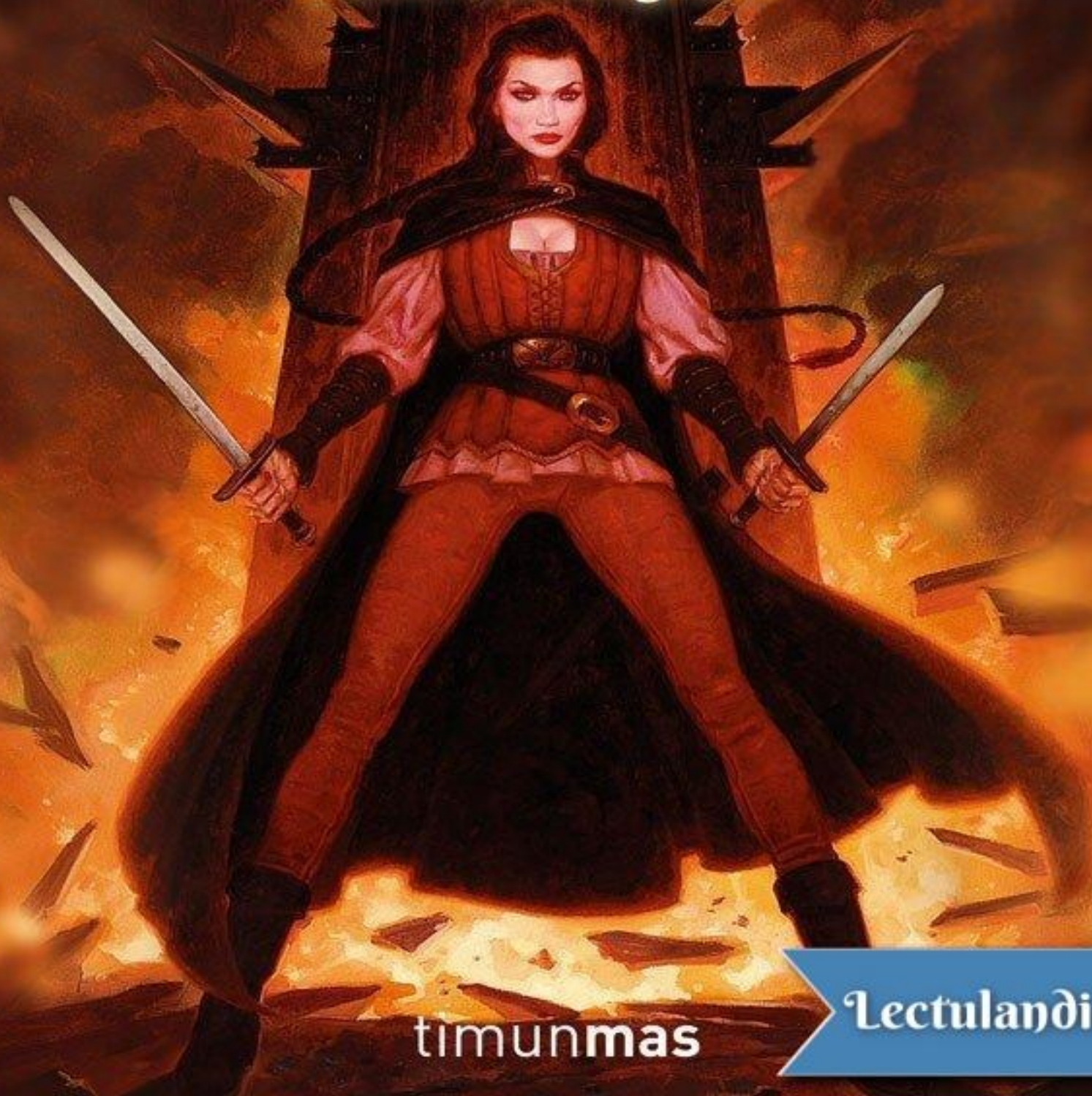


REINOS OLVIDADOS

LOS ARPISTAS • VOLUMEN 4

EL BASTION DEL ESPINO

Elaine Cunningham



timunmas

Lectulandia

Algo no va bien en la Ciudad del Esplendor. Una nueva amenaza acecha en las sombras de Aguas Profundas. El archimago Khelben Arunsun decide enviar a la astuta Arpista Bronwyn en una misión que le permitirá reencontrarse con su padre cuya pista había perdido hacía tiempo y recuperar una peligrosa herencia. Bronwyn desvelará un secreto de familia que amenaza con destruirla, no sólo a ella, sino a todos los Arpistas.

Lectulandia

Elaine Cunningham

El bastión del espino

Los Arpistas IV

ePUB v1.1

Garland 16.10.11

más libros en lectulandia.com

A mi padre que, a diferencia de Hronulf
Dag y Khelben, siempre estaba allí.

Preludio

27 de Tarsakh, 927 CV

Dos jóvenes hechiceros permanecían de pie en la cima de una montaña contemplando con respeto el devastador resultado de la fuerza combinada de su magia.

Ante ellos se desplegaba una amplia superficie cubierta de hierba y flores silvestres, en el mismo lugar donde en el instante anterior se erguía un *alcázar* antiguo y asediado. La fortaleza había desaparecido, y con ella las poderosas criaturas que habían tomado refugio en su interior. También se habían esfumado todos los supervivientes..., como sacrificio a la guerra contra los seres diabólicos que habían emergido de las profundidades del cercano Ascalcorno. Esfumados, sin dejar más huella que un remoto recuerdo en la memoria de los dos hombres que habían invocado semejante destrucción.

Ambos eran jóvenes, pero ésa era su única similitud. Renwick Manto de Nieve Caradoon era de baja estatura y complexión ligera, con rasgos delicados y un rostro enjuto y pálido. Iba vestido de blanco de pies a cabeza y la vaporosa capa que llevaba lucía ricos bordados de hilo de seda blanco e iba ribeteada de nivea piel de armiño.

Tenía el pelo prematuramente cano y en el centro de la frente se le ondulaba en un remolino. Su porte traducía orgullo y ambición, y contemplaba el resultado del hechizo conjunto con satisfacción.

Su compañero era una cabeza más alto que él y ancho de espaldas y de pecho.

Tenía los ojos negros y el semblante tostado por el sol a pesar de lo incipiente del año.

Cualquiera que lo contemplase podría confundirlo con un montaraz o un leñador, salvo por la inequívoca áurea de magia que todavía flotaba a su alrededor. Contemplaba con ojos llenos de terror lo que acababan de hacer.

Una profunda hendidura en la montaña o la estructura chamuscada de una fortaleza..., todo habría sido más fácil de aceptar para el mago que aquel sereno olvido.

Nunca había oído un silencio tan absoluto, tan profundo y acusador. Le daba la impresión de que las montañas que lo rodeaban, y todo lo que sobre su superficie vivía, se había quedado perplejo como testigos silenciosos de la fuerza increíble de la magia que había sido capaz de hacer desaparecer una antigua morada y a todos aquellos que vivían en su interior.

De algún punto de la arboleda que tenían a sus pies, un pájaro emitió un titubeante gorjeo de llamada, y el sonido hizo añicos el silencio sobrenatural así como

la aureola que mantenía inmóviles en su abrazo a los dos brujos. Siguiendo un tácito acuerdo, ambos dieron media vuelta y echaron a andar colina abajo. El recuerdo de lo que acababan de hacer pendía pesado entre ellos.

Sin embargo, el mago no se contentaba con dejar así aquel asunto, por lo que se volvió hacia su compañero; pero la expresión que lucía el rostro de Renwick lo hizo detenerse a media zancada. Renwick parecía satisfecho, casi exultante. Sus sueños de inmortalidad y de poder, que había comentado a menudo, parecían brillar con luz propia en sus ojos.

Como si de repente necesitara un báculo donde sostenerse, el compañero de Renwick apoyó una mano en un corpulento roble.

—Esos anillos que utilizaste en el hechizo, ¿qué más pueden hacer? —preguntó. El hechicero de menor edad le dedicó una sonrisa desdeñosa.

La joven que, según todos los indicios, parecía un pirata atrapado en circunstancias desafortunadas, se detuvo al pie de la colina. Había poco cobijo tan cerca del mar y el aire que le arremolinaba la capa por debajo de los hombros evocaba el recuerdo de un invierno recién acabado. La mujer echó una ojeada a sus espaldas para asegurarse de que el camino que había dejado atrás seguía despejado y, una vez convencida, apartó un manojito de ramas secas que ocultaban la diminuta abertura de una cueva marina.

Un murciélago solitario emergió de la oscuridad y ella lo esquivó instintivamente con un ágil y rápido movimiento que hizo saltar la trenza castaña con la que se recogía el cabello hasta hacerla caer por encima del hombro. Con un ademán, se la echó atrás y luego sacó una antorcha de su bolsa. Tras rasgar varias veces el filo del cuchillo contra el pedernal, consiguió producir unas chispas y, luego, llama. Al instante, pareció estallar una actividad frenética en el suelo de piedra de la cueva: las ratas prorrumpieron en chillidos de alarma y los cangrejos salieron huyendo ante el súbito estallido de luz.

—Aguas Profundas, la Ciudad del Esplendor —murmuró Bronwyn con los labios en un gesto de cariñosa ironía. Desde que se había instalado en la ciudad cuatro años atrás, había pasado más tiempo haciendo negocios en lugares como aquél que en las tiendas de lujo de la calle de la Plata.

Había poco esplendor en los montes que se extendían al sur de la ciudad portuaria.

El sabor del mar flotaba pesado sobre el aire inmóvil, mezclado con el hedor de pescado muerto y el no menos nauseabundo olor de las cercanas colinas de la Rata, una extensión de costa que servía de vertedero para los escombros que generaba la ciudad.

Se introdujo en la pequeña abertura y se quedó allí de pie para poder percibir todo lo que la rodeaba. La caverna era fría y se veía agua por doquier: formaba charcos en el suelo, rezumaba del musgo y del líquen que cubría las paredes y goteaba de las protuberancias en forma de colmillo que colgaban del techo. Cuando se levantara la marea, todavía entraría más agua.

Ese pensamiento incitó a Bronwyn a caminar más deprisa por un sendero escarpado y desigual. Mientras avanzaba, se iba apoyando en el húmedo muro para mantener el equilibrio y se mantenía ojo avizor sobre las sombras que había más allá del círculo de luz de su antorcha. Los murciélagos, las ratas y los cangrejos

representaban la elite de la sociedad de las cavernas y estaba casi segura de encontrarse con cosas peores.

Vadeó con cautela un ancho charco que abarcaba casi por completo la repisa de piedra. Bronwyn odiaba el agua, cosa que no dejaba de añadir un toque de ironía a su disfraz de marinera.

Se llevó una mano a la cabeza para comprobar que el pañuelo escarlata seguía en su lugar y que las argollas de bronce características de los piratas de Las Nelanthers seguían en sus orejas. Se encontraba en las cuevas de los contrabandistas y conocía el refrán: «Si estás en el bosque helado, estremécete». Tras muchos años de esclavitud había aprendido que para sobrevivir había que adaptarse.

El camino viraba de repente frente a ella y, tras caminar varios pasos más, desembocó en una cueva. Por lo alto entraba un retazo de luz a través de una hendidura.

Bronwyn echó un vistazo al barranco que había aparecido de pronto junto al sendero y que asemejaba una herida ancha y profunda en el corazón de piedra de la montaña. Al pie del barranco corría rápido, profundo y extrañamente silencioso, un río subterráneo.

Bronwyn sofocó un estremecimiento y se dispuso a trabajar.

Se descolgó la bolsa del hombro y extrajo de su interior un trapo de grandes proporciones, así como un hacha diminuta forjada de mithral y caoba. El constante aprecio que había sentido durante toda su vida por los objetos de categoría la impulsó a envolver el hacha con sumo cuidado antes de situarla detrás de una roca y ocultarla a la vista tras un puñado de guijarros.

Después, se tumbó sobre su estómago en el borde del precipicio, con medio cuerpo hacia fuera, y palpó con los dedos la escarpada pared de rocas hasta encontrar la cuerda que había atado allí hacía varios días, cuando había decidido preparar el terreno para el lugar de reunión. La cuerda era prácticamente invisible, pero lo suficientemente larga para cubrir cualquiera de las dos paredes del precipicio. La mitad de ella quedaba sumergida bajo el agua por el flujo del torrente. Sacar a la superficie la cuerda era un trabajo duro y, cuando acabó, tenía los guantes de piel empapados y las palmas de las manos llenas de rozaduras.

Bronwyn se quedó un instante quieta para recuperar el aliento y, después de sacarse los maltrechos guantes, volvió a colocarse la bolsa a la espalda y se ató un cabo de la cuerda en el cinturón. Trepó con dificultad por una cuesta tortuosa hasta un punto que sobresalía por encima del camino, un punto que había elegido por el hueco cóncavo que quedaba debajo, entre su posición y el camino. De esa forma, si se le acababa la suerte y se veía obligada a utilizar la cuerda para salvar el barranco, no se quedaría aplastada como una manzana madura contra el escarpado muro de piedra.

Una vez que tuvo bien afianzada la cuerda y comprobó que pendía formando una

curva holgada, Bronwyn sacó de su bolsa un pedazo de hierro de forma extraña que semejaba el contorno de una caldera con el cuello estrecho y sendos amplios asideros curvos a cada lado. Le dio la vuelta y, tras situarlo encima de la cuerda, se agarró firmemente en ambas asas. Tras cerrar los ojos, se dejó caer por el barranco.

Bronwyn se deslizaba por la cuerda hacia el extremo más alejado, primero con rapidez pero luego con más calma a medida que alcanzaba el punto más lejano. Cuando se detuvo, a pocos metros de distancia de la pared opuesta, levantó las piernas y entrelazó los tobillos, por si acaso. Soltó un asa y alargó una mano hacia la cuerda. Los dedos se ciñeron alrededor de ella y, tras exhalar un suspiro de alivio, salvó el resto del camino trepando por la cuerda hasta alcanzar el borde sólido de piedra.

Dejó la cuerda donde estaba y se apresuró a avanzar por el remate del precipicio.

Tras caminar un centenar de pasos, encontró lo que buscaba: una diminuta abertura en la base del muro de piedra que, aunque resultaba ridículo pensarlo, semejaba una guarida de ratones de grandes proporciones.

Bronwyn se agachó y avanzó en cuclillas por un breve pasaje que conducía a otra red de túneles. No era la ruta más corta para llegar al punto de reunión, ni mucho menos, y era el acceso más tortuoso, pero precisamente ése era el objetivo. Bronwyn podía colarse por el diminuto túnel, pero aquellos con los que estaba a punto de tratar no serían capaces de hacerlo.

Emergió del túnel y encendió otra antorcha. Un centenar de pasos más la condujeron hasta la entrada del punto de reunión, una diminuta y húmeda antecámara excavada en la piedra por eones de gotas de agua.

La escena que se sucedía en el interior era todo menos atrayente. Un pedazo de roca más o menos plana había sido apuntalada sobre varias piedras para ser utilizada como mesa y en ella había desperdigados los restos de un ágape poco apetitoso: pan seco, oloroso queso azul verdoso y jarras de cerveza del color del barro elaborada a partir de setas y musgo. Aquel ágape acababa de ser consumido por los tres enanos más feos que Bronwyn había visto jamás.

Eran duergar, una raza de enanos que moraban en las profundidades y que tenían gris la barba, la piel y el alma entera. La enemistad que existía entre los enanos habitantes de las montañas y los duergars era tan acérrima como la existente entre los elfos y sus homólogos subterráneos, los elfos drow. Bronwyn hacía negocios con todo tipo de elfos, pero siempre actuaba con suma cautela.

Cada uno de los miembros de aquel inmundo trío se llevó la mano a la frente a modo de visera para protegerse la vista de la brillante luz de la antorcha.

—¿Has venido sola? —preguntó uno de ellos.

—Ése era el pacto —convino, haciendo un gesto de asentimiento al tercer duergar, que era el de talla más reducida—. Y hablando de pactos, se suponía que

ibais a ser dos. ¿Qué es esto?

—¡Oh, él! —respondió el duergar que había hablado en primer lugar, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Un hijo que podría ser mío. Ha venido a mirar y a aprender.

Bronwyn consideró a aquel tercer miembro de la partida, el único con el cual no había tratado con anterioridad. Los duergars eran, por lo general, delgados y sarmentosos, pero aquél era el duergar más escuálido que Bronwyn había visto jamás.

Alzó la antorcha y lo miró de soslayo. Apenas era un muchacho. Los otros dos duergar lucían barbas grises y fibrosas, pero la barbilla huidiza de aquel enano era tan calva como la de un águila ratonera, y conservaba toda la dentadura, pues en aquel momento se concentraba en hurgarse entre los dientes con unas uñas ribeteadas de negro.

El muchacho duergar se apartó los dedos de la boca y se lamió la dentadura con la lengua para recoger los restos de comida. Al hacerlo, captó la mirada inquisitiva de Bronwyn. La mujer hizo un gesto a modo de saludo. Mientras la contemplaba, una lenta sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. La maldad parecía emerger de aquel joven duergar de forma tan tangible como el vapor que desprende una marmita en pleno invierno. Bronwyn se estremeció, aterrada al percibir semejante maldad en una persona tan joven.

El cabecilla, al notar su respuesta, soltó un gruñido y endilgó una bofetada al más joven, que gritó como un perro callejero que hubiese recibido un puntapié antes de lanzar una mirada de odio a la humana, como si el golpe hubiese sido en parte por su culpa.

Bronwyn fingió no darse cuenta de nada y, cogiendo un cuchillo de piedra que había sobre la mesa, se sirvió un pedazo de queso maloliente. Entre duergars, aquello significaba que se estaba tomando libertades, incluso denotaba cierta arrogancia, pero aunque el segundo adulto también le lanzó una mirada aviesa, no abrió la boca. Nunca hablaba en presencia de Bronwyn, aunque la porra con punta de hierro de casi un metro de longitud que portaba confería cierta elocuencia a su silencio.

Ella le sostuvo la mirada mientras se introducía el pedazo de queso en la boca.

Mantuvo la mirada tranquila, casi de suficiencia, para mostrar de forma tácita que ella controlaba la situación y que no veía motivos para inquietarse. Hacía falta cierta osadía para tratar con aquel tipo de duergars, aunque en ese momento Bronwyn se encontraba en un apuro: el estómago se le encogió en una mezcla de aprensión y repulsa, pero tuvo suerte, porque la porra del duergar se mantuvo en su sitio, y el pedazo de queso robado también se quedó quieto en su aparato digestivo.

Para mantener las buenas costumbres, Bronwyn sonrió al duergar silencioso y volvió a centrar su atención en el cabecilla.

—¿Dónde están las gemas?

Él soltó un gruñido como gesto de aprobación por el modo en que la mujer estaba manejando el asunto y, tras desatarse una bolsa de cuero inmundada del cinturón, esparció el contenido en la palma de su mano.

Mientras las piedras preciosas de oro se escurrían entre sus dedos, Bronwyn intentó mantener la expresión inalterable aun después de darse cuenta de que la calidad del collar era extraordinaria. Las gemas eran de un tono ambarino, y decían que en ellas se reunía el espíritu vital de los árboles que en su momento habían crecido en el desaparecido bosque de los Micónidos. La delicada filigrana de plata, aunque antigua y deslustrada, era una obra de arte exquisita, sin duda de procedencia elfa. Se encontraba entre las piezas de joyería más magníficas que Bronwyn había contemplado nunca. Y aun así, sintió un hormigueo en los dedos cuando tocó el ámbar, quizá porque sus sentidos se habían aguzado tras una vida entera comerciando con antigüedades repletas de magia, o quizá fuese sólo su imaginación, aunque habría jurado que sentía el eco débil y remoto de la magia.

Se obligó a sí misma a coger de nuevo el collar y estudiarlo como si se limitara a valorar su peso y su color.

—Bonito —admitió en tono de indiferencia—, pero el precio es demasiado elevado.

El cabecilla duergar conocía el juego del regateo tan bien como cualquier otra persona.

—Quinientas monedas de oro, ni un cobre menos —repuso, tozudo—. Y armas. Dos de ellas.

Bronwyn esbozó una sonrisa.

—En el lugar de donde procedo, los mercaderes conocen el valor de sus mercancías, pero como supongo que el ámbar no es un elemento del que dispongáis de existencias normalmente, es posible que pueda estirar un poco la cuerda.

—¿Sí? ¿Cuánto?

La mujer se acarició, pensativa, uno de sus enormes pendientes.

—Puedo alcanzar el precio de cincuenta monedas de oro y un hacha de guerra.

Encontré una buena: dos extremos, bien equilibrada, tanto para ser lanzada como para empuñarla. Por supuesto, es de fabricación enana..., una pieza de gran calidad procedente de un herrero enano dorado. La cabeza del hacha es de mithral y el mango es de caoba pulido con incrustaciones de granate y turmalina. ¿Os interesa?

—Mmmm... —El duergar ladeó la cabeza y escupió—. No nos son útiles las baratijas, y menos si proceden de enanos dorados.

Pero Bronwyn captó el brillo de avaricia de sus ojos. Los duergars eran mejores barrenderos que herreros y no conocía a ninguno que no deseara atesorar armas enanas de categoría. Sacudió con indiferencia el collar de valor incalculable.

—Este ámbar de calidad engastado en una pieza más moderna se vendería por

unas doscientas monedas de oro en los bazares. Os daré la mitad de ese precio.

El duergar empezó a preparar otro escupitajo, pero al final pareció decidirse por un gesto más dramático. Representó con mímica el gesto de sacar un cuchillo y hundírselo en el corazón.

—Antes lo haría que aceptar cien monedas —prometió—. Cuatrocientas, y el hacha.

—El arma sola vale ya quinientas.

—¡No creas! Pero como hace tiempo que nos conocemos..., las piedras por el hacha.

Bronwyn hizo un mohín con la nariz.

—Te daré doscientas monedas de oro, pero olvídate del hacha.

El duergar golpeó la mesa con el puño cerrado, enfurecido al pensar que podía perder el premio.

—Dame el hacha, y las doscientas monedas, y trato hecho. ¡Aunque es un robo!

Bronwyn se tomó bien las quejas; de hecho, había esperado protestas, y le daba la impresión de que los duergars habían aceptado con demasiada facilidad. Todavía tendría que pasar más apuros, de eso estaba convencida, y se sentía confusa por la presencia del muchacho duergar.

—Trato hecho. —Puso una bolsa encima de la mesa—. Doscientas monedas de oro, pagadas en monedas de platino de cinco veces su peso. Contadlas.

Un atisbo de rubor cubrió las mejillas grises del duergar. Bronwyn suponía que no sólo no sabía contar semejante cantidad sino que probablemente no podría calcular el cambio de moneda.

—No será necesario —musitó—. Eres de confianza.

Bronwyn notó, no sin cierta satisfacción, que el duergar estaba diciendo lisa y llanamente la verdad probablemente por primera vez en su vida. Se enorgullecía de la reputación que tanto le había costado ganar y, si hacía una promesa, la cumplía.

En pocas palabras, les contó dónde podían encontrar la segunda parte del pago.

—El hacha os pertenece, tenéis mi palabra, pero os costará llegar hasta ella el tiempo necesario para que yo ponga tierra de por medio entre nosotros. No he olvidado lo sucedido después de nuestro último trato.

—Yo, tampoco. Sentí perder a Brimgrumph. Era mi mano derecha en la batalla, pero se pasó de la raya. No supo cuándo retirarse —explicó el duergar en tono compungido.

Era el discurso más largo que Bronwyn le había oído pronunciar jamás y el más autocomplaciente. Si la emboscada que había puesto punto final a su última transacción hubiese tenido éxito, ese mismo duergar se habría apresurado a reclamar su parte del botín; sin embargo, había fracasado y su guardaespaldas había muerto. La mirada acerada de Bronwyn dejó bien claro que rechazaba su intento de rehuir

responsabilidades.

—Si me traicionas una vez, te mantendré vigilado. Pero si me traicionas dos veces, ándate con cuidado —le advirtió.

El duergar se encogió de hombros.

—Me parece justo —accedió.

Bronwyn volvió a tener la sensación de que era demasiado fácil. Mientras el duergar silencioso se embolsaba el dinero, Bronwyn recogió el collar y aflojó las cintas de su bolsa. No se trataba de una bolsa corriente, sino de una que había comprado a un hechicero de Halruua a un precio que se equiparaba a casi la mitad del salario de un año.

El artilugio se merecía ese precio porque se trataba de un túnel mágico que trasladaba todo lo que ella metía en su interior a un lugar seguro en El Pasado Curioso, su tienda situada en un barrio elegante de Aguas Profundas. Bronwyn había aprendido hacía ya tiempo una verdad básica para dedicarse al negocio de adquirir antigüedades raras: encontrarlas era una cosa; conservarlas era algo totalmente distinto.

Un ligero movimiento captado por el rabillo del ojo le hizo detener la mano. El cuchillo de piedra que había tomado prestado se movió espontáneamente, no demasiado, sólo un poco, lo justo para que el extremo apuntara al ámbar que tenía en la mano.

Se trataba de una piedra imán. El cuchillo había sido forjado con un tipo de piedra que percibía y seguía las energías del metal o, en este caso, del ámbar. El duergar pretendía seguir sus pasos y reclamarle el collar en cuanto creyeran que habían superado todas las trampas que ella dejaba siempre para cubrir su retirada.

«Traicióname dos veces», pensó con pesar.

Mantuvo una expresión cuidadosamente neutra mientras se levantaba del asiento de piedra. Incluso se dio la vuelta para alejarse, permitiendo que el portavoz duergar tuviera tiempo de recoger el cuchillo delator. Cuando alcanzó la boca de la cueva, se dio la vuelta y contempló con frialdad los taimados ojos de aquellas criaturas traicioneras, antes de dejar caer el collar de ámbar en la bolsa. Desapareció en un vórtice mágico. El cuchillo de piedra giró por simpatía en un torbellino y, al hacerlo, laceró profundamente la palma del duergar.

El grito de dolor y de rabia le borró la sonrisa del rostro. Bronwyn dio media vuelta y salió huyendo a la velocidad de un ciervo por el túnel que usaba como vía de escape.

Tras doblar un brusco recodo, se detuvo y dejó caer la antorcha para recoger un robusto báculo que había dejado escondido entre escombros a un lado del camino. El retumbo de las suelas de acero de los tres duergars que la perseguían resonaba a un ritmo cada vez más rápido. Cuando juzgó que era el momento oportuno, se plantó en

mitad del camino, frente a los tres enanos que se acercaban a la carrera, con el báculo paralelo al suelo y sujeto con firmeza a la altura de la cintura.

Los duergars no tuvieron tiempo de detenerse. Se precipitaron sobre el báculo, cada uno a un lado de Bronwyn, y toparon contra la madera por debajo de la garganta.

Las cabezas se inclinaron hacia atrás mientras los pies seguían avanzando y resonó un estrépito sordo cuando las dos criaturas cayeron a plomo de espaldas, con los brazos extendidos. Bronwyn dio un salto atrás.

El joven duergar apareció por detrás y no tuvo reparos en pisotear a sus compañeros caídos en su afán por alcanzar a Bronwyn. El brillo de sus ojos, junto con el hacha mellada que sostenía por encima de la cabeza, anunciaba sus mortíferas intenciones.

Bronwyn pivotó con rapidez hacia su derecha y, tras agarrar con ambas manos el báculo por un extremo, lo echó hacia atrás. Se sentía como una niña que se preparase para una jugada decisiva de béisbol; asestó un golpe alto y fuerte. El báculo siseó en el aire y topó contra el brazo con que el duergar sostenía el arma. Algo se resquebrajó con un crujido, pero Bronwyn no fue capaz de distinguir si había sido el brazo o el mango del hacha. El joven soltó el arma sobre uno de sus aturdidos congéneres y siguió acercándose.

Bronwyn se detuvo y alargó el brazo para coger la porra que uno de los duergars adultos había dejado caer, pero demasiado tarde se dio cuenta de que tenía que haber elegido otra cosa porque el palo de acero era demasiado pesado para que ella lo blandiera.

Pero no le quedaba tiempo para ir en busca de otra arma. Bronwyn embistió hacia arriba con la mandíbula bien cerrada y se precipitó con fuerza sobre el estómago del joven duergar para detener su avance. El enano soltó un gruñido agudo de dolor y ambos cayeron al suelo envueltos en un amasijo de brazos y piernas.

Bronwyn forcejeó con los brazos y empezó a repartir puntapiés pero estaba demasiado cerca para causar daño. El joven duergar corría la misma suerte. Hecho un ovillo para protegerse el brazo obviamente roto, propinó varios golpes, aunque sin demasiada fuerza. De repente, ideó una estrategia mejor: agarró uno de los aros de metal que colgaban de las orejas de Bronwyn y tiró con fuerza. El dolor, súbito y lacerante, le hizo soltar un grito a la mujer y, al instante, vio que una ancha sonrisa aparecía en el imberbe rostro de la criatura.

Muy encolerizada ahora, palpó el suelo en busca de la antorcha caída. Sus dedos se ciñeron alrededor de la empuñadura, lo suficientemente cerca del pedazo de madera cubierta de tea para percibir el calor persistente que despedía, y sin pensárselo dos veces lo lanzó sobre el rostro del duergar.

El enano profirió un alarido y la soltó para poder taparse el ojo con la mano

buena. Bronwyn rodó hacia un costado y se puso en pie de un brinco, esquivando por los pelos el abrazo de las manos del cabecilla duergar. Los dos adultos habían superado el ataque sorpresa y estaban empezando a recoger sus cosas y a recuperar sus armas.

Bronwyn dio media vuelta y salió huyendo por el túnel hacia la salida.

Con los brazos balanceándose a los costados, recorrió todo el trayecto con los tres duergars persiguiéndola encolerizados, hasta que apareció el túnel diminuto. Se puso de rodillas y avanzó en cuclillas los últimos metros. Luego, se tumbó sobre su estómago y reptó por el interior del pequeño orificio, agitando los pies con movimientos frenéticos por miedo a que alguno de sus perseguidores pudiese agarrarla por los tobillos y arrastrarla hacia fuera.

Casi había pasado. Casi estaba a salvo.

Algo chocó contra sus pies y el sobresalto le hizo levantar de sopetón la cabeza y topar dolorosamente contra el techo de piedra. De repente, se dio cuenta de por qué los duergars habían traído con ellos a aquel joven escuálido. Ella no había sido la única en explorar con anterioridad la caverna. Debían de haber supuesto que huiría por esa ruta..., y habían decidido llevar consigo a un duergar lo suficientemente pequeño para poder perseguirla a través del túnel.

Sin saber por qué, darse cuenta de eso le provocó más cólera que miedo. El joven duergar ya estaba herido, y aquello estaba durando demasiado. Si tenía que hacerlo, lo mataría, y seguramente los mayores también eran conscientes de eso.

Bronwyn salió reptando del túnel y corrió en dirección al precipicio mientras se mentalizaba para el salto que tenía que efectuar. Cogió la soga y trepó hacia el punto estipulado. Una vez allí, sujetó firmemente la cuerda con una mano y empezó a serrar la cuerda a su espalda con un cuchillo. Cuando la cuerda estaba ya prácticamente deshilachada, oyó el grito de terror del duergar. El alarido fue haciéndose más agudo a medida que se alejaba en la distancia, hasta que finalizó con un ruidoso chapoteo.

Bronwyn soltó un juramento por lo bajo. El joven duergar, medio cegado y sin duda tambaleante por el dolor que le producía su herida, había trastabillado y caído al río.

Los gritos de los otros dos duergar de mayor edad, junto con el retumbo de sus zancadas, produjeron en Bronwyn una curiosa sensación de alivio. Habían encontrado otro camino de acceso a la caverna y sin duda podrían salvar al más joven antes de que fuera arrastrado corriente abajo.

De improviso, la cuerda dio una brusca sacudida. La mujer soltó el cuchillo y se agarró con ambas manos al cabo mientras contemplaba, incrédula, cómo los duergars concentraban su atención en perseguirla, y no en su compañero caído al río.

Una oleada de rabia inundó a Bronwyn y apartó de su interior el terror paralizante que le producía la corriente de agua a sus pies. Profirió un insulto enano, uno que

tenía todas las garantías de provocar jarana en una taberna, un asesinato retribuido o un combate.

Una vez más volvieron a sacudir la cuerda, esta vez con más fuerza. La sogla cedió y Bronwyn salió disparada por encima del precipicio. Se obligó a mantener los ojos bien abiertos para fijarse en la pared de roca que se acercaba con rapidez. En cuanto sobrevoló el borde del barranco, soltó la cuerda y se dispuso a rodar de costado por el suelo.

La maniobra absorbió parte del impacto, pero aun así topó contra el suelo de piedra con una fuerza capaz de provocarle numerosas magulladuras y dejarle los músculos entumecidos. Dio varias vueltas sobre sí misma y fue a topar contra la pared con tanto impulso que se quedó aturdida y paralizada.

Otro chillido resonó a través del precipicio.

—¡Hiciste un trato! —aulló el cabecilla—. ¡El oro y el hacha!

Bronwyn se puso dolorosamente en pie y contempló a través del barranco cómo los duergars brincaban y chillaban. Después de todo lo ocurrido, todavía tenían la desfachatez de acusarla de no cumplir un trato...

Y, sin embargo, tenían parte de razón. Ella tenía el collar, y a cambio les había prometido un hacha. Se acercó al lugar donde había escondido la delicada arma y rebuscó entre la pila de escombros. Luego, levantó el hacha reluciente por encima de su cabeza y la lanzó a través del precipicio.

El hacha salió disparada hacia la otra orilla, justo en dirección a los encolerizados duergars. Ambos soltaron un chillido y corrieron a cobijarse tras un montón de rocas.

Después de oír el golpe sordo de metal contra piedra, unos metros por debajo de su posición, se atrevieron a salir y asomarse al borde del precipicio. El hacha había quedado apoyada en una repisa situada unos diez metros por debajo del camino.

—¡Qué lástima! —comentó Bronwyn con indiferencia.

Tras dejar que los dos duergars se decidieran entre recuperar el hacha o intentar salvar a su joven compañero, se volvió de espaldas e inició el ascenso hacia la superficie. Tenía pocas dudas de qué era lo que aquel par consideraría más importante.

Dag Zoreth había olvidado el sonido que producía el río cuando discurría libre en primavera. El Dessarin emitía en la distancia un canto débil y dulce, a la vez impaciente y risueño, y su voz le resultaba tan familiar como una nana. Una oleada de vividos y punzantes recuerdos lo asaltó, unos recuerdos que parecían lo suficientemente poderosos para borrar los gritos y el terrible retumbo de los cascos de los caballos.

Respiró hondo para relajarse y centrarse en el presente.

—Esperad ahí —ordenó, escueto, a los hombres que iban con él.

Los demás no esperaban aquella orden y, aunque intentaron disimular su sorpresa, no pasó inadvertida a Dag. No solía perderse detalle y no solía revelar ninguno, motivo por el cual ahora era él quien daba las órdenes.

Dag comprendía demasiado bien la reacción de sus hombres. Sabía qué veían cuando lo contemplaban: a un hombre pequeño, una cabeza más bajo que la mayoría de los hombres que estaban a sus órdenes; a un hombre que tenía poca experiencia con la espada corta, de pedrería, que llevaba colgada del cinto; a un hombre de piel excesivamente pálida debido a los muchos años que había pasado encerrado entre muros; en definitiva, no el tipo de hombre que osaría aventurarse solo en un paraje salvaje. Por regla general, Dag Zoreth no perdía demasiado tiempo en esas cosas, pero ahora, en aquel lugar, los recuerdos de su infancia eran intensos, lo suficientemente intensos para despojarlo del poder que tanto le había costado ganarse y hacerlo sentir pequeño y débil, y volvía a ser aquel chiquillo que se desesperaba por no alcanzar los objetivos que le habían marcado.

Volvía a sentir aquella desesperanza, una sombra en el recuerdo de la voz cantarina y profunda de su padre: «Cuando oigas que el Dessarin canta de esta forma, es hora de alejarse del camino».

Dag Zoreth tiró de las riendas de su caballo con tanta brusquedad para poner rumbo al sur, que la bestia relinchó en señal de dolor y protesta, aunque obedeció sus órdenes, como estaban haciendo los hombres profusamente armados que esperaban, obedientes, en la carretera oriental que conducía a Tribor.

Cabalgó durante varios minutos hasta que consiguió orientarse. El viejo sendero seguía todavía ahí, delimitado no por el paso de caballos y personas, sino por la esbelta hilera de árboles que crecía en el espacio antaño despejado.

—Qué rápido pueden crecer los árboles —musitó Dag Zoreth— en cuanto se les saca del sombrío amparo del bosque centenario.

Su mente evocó sin previo aviso una canción, una canción de caminante, un antiguo himno de alabanza a Tyr, el dios de la justicia, que solía cantarle su padre mientras caminaban hacia el poblado. Siempre le decía que el recorrido del camino y la longitud de la canción eran parejos y Dag Zoreth sabía que, antes de que hubiese acabado el estribillo final, el bosque daría paso a un terreno despejado y ante él se desplegaría la aldea.

Una sonrisa fugaz y cínica le curvó los labios al pensar en poner voz de verdad a la canción. Dudaba que su propio dios, Cyric el Loco, tuviera oído para la música.

Pero la costumbre demostró ser más fuerte que la prudencia. Mientras cabalgaba, Dag recordó la letra y fue marcando el ritmo de la tonada en su mente. Cuando la canción llegó a su fin, Dag Zoreth se volvió a encontrar en el claro que esperaba, en cuyos márgenes los árboles jóvenes intentaban con gran empeño confundirse con el bosque.

Dag Zoreth desmontó con lentitud. No estaba acostumbrado a ir a caballo y el trayecto lo había hecho descubrir gran cantidad de músculos de su cuerpo cuya existencia desconocía. Aunque el recorrido desde su hogar en Fuerte Tenebroso había sido largo y duro, su cuerpo había rehusado enfrentarse a su fortaleza y sus músculos.

Y, sin embargo, su voluntad era tan férrea que apartó el lacerante dolor del mismo modo que otro hombre habría apartado una mosca molesta. Dejó que su montura pastara y empezó a circundar el calvero.

El lugar le resultaba familiar y extraño a la vez. Por supuesto, las edificaciones habían desaparecido, habían sido incendiadas en aquella terrible incursión lanzada más de veinte años atrás. Por doquier se veían restos de madera quemada, y piedras que habían constituido los cimientos sobresalían bajo una maraña de zarzas de frambuesas primaverales, pero era indudable que la aldea que lo había visto nacer había desaparecido, y con ella había desaparecido la herencia que Dag Zoreth había acudido a reclamar.

Con gran frustración, echó una ojeada a su alrededor en busca de algo, cualquier cosa que le sirviera de indicativo. Los años le habían cambiado más a él de lo que habían alterado el bosque, y ya no veía el mundo con los ojos de un muchacho que todavía tiene que vivir su séptimo invierno. En aquel momento, su mundo entero se había visto reducido a aquel diminuto pueblo situado al pie del monte Jundar; ahora su mundo era mucho más amplio y sumamente distinto a lo que había podido imaginar durante los años en que había permanecido en aquel cobijado enclave..., muy diferente a todo salvo a la incursión que había puesto punto final a su niñez.

Dag Zoreth volvió a respirar hondo y se masajeó las sienes mientras rebuscaba en su memoria. Una imagen súbita y punzante se apareció en su recuerdo: una hoja rojiza de contorno rasgado que caía lenta y perezosa para ir a desaparecer entre el pecho ensangrentado y destrozado de su hermano.

Pegó un brinco, como haría quien intenta alejarse de un horror que apenas ha atisbado. Echó la cabeza atrás para contemplar las copas de los árboles. Había un roble cerca del lugar donde había muerto su hermano. Allí se veían muchos, pero ninguno de ellos le resultaba familiar. Quizá debería haber venido en otoño, cuando las hojas cambiaban de color. Sonrió fugazmente al pensar en una tontería semejante y la alejó de su mente con la misma rapidez con la que había aparecido. Tenía el poder de reclamar lo que le pertenecía, y la voluntad de utilizarlo. ¿A qué tenía que esperar?

Pero los años habían alterado y tamizado sus recuerdos, del mismo modo que el bosque se había ceñido alrededor de su hogar infantil. No existía ningún modo mortal de que Dag Zoreth pudiese recuperar lo que estaba perdido. Por fortuna, los dioses estaban menos ocupados por temas relacionados con el tiempo y la mortalidad, y en ocasiones se mostraban dispuestos a compartir su perspicacia, aunque fuera sólo un

breve instante cada vez, con sus mortales seguidores.

Aunque sentía temor por la tarea que tenía frente a él, las manos del joven sacerdote se mantuvieron inalterables mientras extraía el medallón que lucía el símbolo sagrado de Cyric de debajo de su casaca púrpura y negra. Dag Zoreth se vestía en todo momento con los colores de su dios, aunque era lo suficientemente inteligente para no ir por el mundo luciendo las vestimentas y los símbolos de Cyric. En opinión de Dag Zoreth, basada en su propia experiencia y ambiciones, aquella gente que aseguraba no tener motivos para temer y para odiar al sacerdocio de Cyric, simplemente no habían vivido el tiempo suficiente para encontrar una.

El joven sacerdote cerró los ojos y apretó entre sus dedos el medallón mientras sus labios pronunciaban una queda oración para obtener apoyo divino.

La respuesta apareció de repente, con una fuerza tan cruel que puso a Dag Zoreth de rodillas y lo hundió en el pasado.

—El himno —musitó con los labios contraídos por el dolor—. Cyric debe de haber oído el himno.

Al instante, el pensamiento desapareció, barrido por el paso de más de veinte años.

Dag Zoreth volvía a ser un niño y estaba arrodillado, no en un bosque de reciente creación, sino en un rincón de una vivienda repleta de humo. Sus brazos, pequeños y escuálidos, apretaban con fuerza una mantequera y tenía los ojos negros abiertos de par en par por el terror mientras contemplaba cómo la barra de la puerta estallaba en pedazos y cedía. Tres hombres irrumpieron en el interior, con un brillo en los ojos que a la vez repelía y fascinaba al encogido chiquillo.

Uno de ellos soltó un revés contra la madre de Dag, que había saltado en defensa de su prole con la única arma que le había quedado a mano, una cacerola de hierro de mango largo. El arma ridícula se deslizó entre sus manos y cayó con estrépito en el hogar. El hombre volvió a golpear y la cabeza de su madre se inclinó hacia atrás y cayó al suelo para golpear contra la piedra de la chimenea con un crujido audible. La sangre destacaba en su rostro demasiado pálido como si se tratara de una obscena flor carmesí, pero sin saber cómo consiguió reunir el coraje necesario para incorporarse y adelantar al hombre que se acercaba con inequívoco propósito a la amplia cuna situada en el otro extremo de la estancia. Allí estaban las dos hermanas mellizas de Dag, que chillaban de terror y rabia, y batían el aire con sus diminutos puños rosados. Su madre se abalanzó sobre la cuna y cubrió a las dos niñas con sus brazos para protegerlas con su propio cuerpo mientras musitaba una oración a Tyr.

El hombre desenvainó una espada y la sostuvo en alto. Por fortuna, la mantequera obstaculizaba la visión de Dag y de hecho no llegó a ver cómo descargaba el golpe, pero enseguida comprendió lo que significaba aquel súbito silencio, y leyó su propio destino en aquel repentino cambio.

Se echó hacia atrás para chafar su propio cuerpo contra el hueco que su traviesa hermana había horadado en el grueso muro de argamasa. Era un lugar ideal para ocultar sus tesoros: guijarros lisos o brillantes, una hoja de pájaro o cualquier otra cosa maravillosa que descubriera en los alrededores del pueblo. Dag deseó con fervor que su hermana hubiese excavado hasta una profundidad mayor y que hubiese convertido su escondite en una puerta que le permitiese huir. Contuvo el aliento e hizo todo lo posible para fundirse en el hueco, el humo y las sombras.

Los hombres escudriñaron a fondo la vivienda y destrozaron los cajones y las camas en su afán por encontrar al chico antes de que los ahogara el humo que despedía el techo de paja, pero no movieron la mantequera, probablemente porque en apariencia no había ningún hueco detrás donde un chiquillo pudiese ocultarse. Al final, abandonaron la búsqueda, tras llegar a la conclusión de que Dag se había escapado, como había hecho su hermana.

La muchacha había salido mucho antes de que se iniciara el fuego porque su carácter siempre curioso le había impulsado a investigar el ruido que producía la avalancha de hombres que se aproximaba. Se había escabullido de entre las manos de su madre, que intentaba retenerla frenéticamente, y se había colado por la única ventana que había quedado entreabierta. El camisón se le había quedado enganchado en el cerrojo de la ventana y se había desgarrado un poco. De forma instintiva, la muchacha había intentado taparse la diminuta marca de nacimiento color carmesí que lucía en la cadera, en un gesto defensivo que habían ocasionado las frecuentes burlas de Dag.

Luego, brillaron un instante las plantas de sus pies desnudos, antes de desaparecer lanzándose con la cabeza por delante por el hueco de la ventana. Dag no sabía qué le había sucedido.

Esperó hasta que los hombres abandonaran la casa antes de salir de su escondite y trepar a una ventana. Dejó a su madre y a sus hermanas pequeñas sin siquiera mirar atrás, odiándose en todo momento por su cobardía. Aunque no era más que un chiquillo, era el hijo de un gran paladín, y su obligación era haber luchado y haber encontrado un modo de salvar a su familia.

Sus dedos escuálidos temblaron mientras intentaba abrir el pestillo que mantenía cerradas las contraventanas. Durante un instante terrible temió no ser capaz de abrir la ventana y tener que elegir entre el dilema de morir en la vivienda repleta de humo o lanzarse en brazos de aquellos hombres que habían venido a matarlo, pero el terror le proporcionó fuerza y siguió tirando del pestillo hasta que le sangraron los dedos.

La barra de metal cedió de improviso, las contraventanas se abrieron hacia fuera y Dag salió tambaleante por el alféizar, y cayó sobre el jardín de hierbas aromáticas que rodeaba un flanco de la casa. Se quedó tumbado donde estaba, envuelto por la fragancia de las plantas, hasta que se convenció de que su precipitada salida no había

atraído la atención de nadie. Al cabo de un instante, alzó con cautela la cabeza y, con los ojos bien abiertos, echó un vistazo por el claro.

Lo que contempló fue una escena propia de las capas más bajas del Abismo, un marco de horror que ningún guerrero sagrado de Tyr debería haber tenido que soportar.

Hombres a caballo rodeaban el poblado con las espadas desenvainadas para cortar el paso a todo aquel que intentaba escapar. El retumbo de los cascos de sus caballos se mezclaba con un infernal coro de voces: los gritos de los invasores, los alaridos de los moribundos, el llanto penetrante de los que seguían con vida. Y, por encima de todo, el fragor y la crepitación de hambrientas lenguas de fuego. La mayoría de casas del poblado estaban envueltas en llamas, que destacaban inquietas y oscilantes contra el cielo nocturno.

Cerca de donde estaba cedió un techo de madera y, al derrumbarse, lanzó una andanada de chispas al claro repleto de humo. La súbita luz iluminó todavía más horrores: por el suelo había desparramados cuerpos encogidos y ensangrentados, que parecían más ánsares recién sacrificados que las personas que Dag había conocido. No era posible que aquel de allí fuera Jerenith el trampero, destripado como un ciervo con su propio cuchillo, que yacía ensangrentado a sus pies. Y aquella mujer joven, colgada sobre el círculo de piedra del pozo del pueblo, inexplicablemente desnuda y con la piel salpicada de negro y púrpura por el hollín y por terribles moretones, no podía ser la hermosa Peg Yarlsdotter. ¿Acaso no le había dado a Dag aquella misma mañana un pastel de miel y le había asegurado con palabras cariñosas que su padre regresaría al pueblo antes de que cayeran las primeras nieves?

Una voz familiar, transformada en sollozo, captó la atención del muchacho mientras lo invadía una oleada de alivio y regocijo. Su padre, el más valiente y más temido Caballero de Tyr de todo el territorio, ¡había regresado por fin! El terror del chiquillo se esfumó, y con él desapareció el dolor de todos aquellos días que había pasado a la espera de ver el caballo de su padre, envidiando a los demás chiquillos cuyos padres permanecían en la aldea para dedicarse a tareas menos elevadas.

Sintiéndose súbitamente valiente, Dag se puso en pie de un brinco sobre el jardín aromático y se dispuso a echar a correr hacia su padre. No existía un lugar mejor ni más seguro en todo Faerûn que el ancho lomo del caballo de batalla del paladín, cobijado por el fuerte brazo de su padre y su implacable determinación.

Corrió tres zancadas antes de darse cuenta de su error. La voz que había oído no era la de su padre, sino la de Byorn, su hermano mayor, que estaba luchando, como habría hecho su padre y como él mismo, Dag, debería estar haciendo.

Sin haber cumplido aún los catorce años ni ser todavía un hombre hecho y derecho, Byorn había tenido el valor suficiente para coger una espada y enfrentarse a aquellos hombres que habían irrumpido en el poblado cargados con frío acero y

antorchas ardientes. Y su voz, cuando elevó su invocación a Tyr para que impusiera su fuerza y su justicia, prometía alcanzar la sonora y profunda inflexión del tono de voz de su padre.

La admiración por un héroe se mezclaba con el terror en los ojos oscuros de Dag mientras contemplaba cómo su hermano se defendía con un arma teñida de sangre. Era evidente hasta para Dag que Byorn carecía de la destreza y la fuerza necesarias, pero el joven luchaba con tanto fervor que conseguía mantener a raya a dos espadachines de mayor edad y salir casi ileso. A su espalda yacía tumbado en el suelo un tercer hombre, con la cabeza colgando hacia un lado por la incisión que le había desgarrado la garganta y los ojos todavía abiertos como si los mantuviera así la sorpresa de haber descubierto que la Muerte podía lucir un rostro todavía imberbe.

No cabía duda de que era Byorn quien llevaba el anillo familiar, pensó Dag con más admiración que envidia. Su padre le había regalado a Byorn el anillo no sólo porque era el mayor de sus cinco hijos, sino porque era quien más se lo merecía.

El anillo.

Una vez más, el temor desapareció de la mente de Dag, reemplazado esta vez por la firmeza de su propósito. Apenas tenía siete años, pero percibía en sus huesos y en su sangre la importancia de aquel anillo. Creía que habría actuado igual aunque nunca hubiese oído los relatos al lado del hogar que desgranaban las hazañas del gran Samular, un noble Caballero de Tyr y antecesor lejano de él. El anillo debía mantenerse a salvo, aunque los hijos de Samular no lo estuvieran. A aquellas alturas, Dag comprendía con gélida certidumbre que no habría ningún lugar seguro ni ninguna esperanza para ellos.

Reptó por la parte trasera de la casa hacia el amparo que proporcionaban los restos del huerto de un vecino. Apoyándose en las manos y las rodillas, se escabulló entre las filas de vides marchitas hacia el lugar donde su hermano seguía en pie luchando como un verdadero hijo de Samular. Cuando estaba llegando al claro vio cómo Byorn resbalaba y caía. Oyó el grito de triunfo de su contrincante y contempló cómo descendía la estocada mortal.

Respirando a trompicones el aire repleto de humo, Dag inhaló una profunda bocanada para soltar un grito de rabia, terror y protesta, pero todo lo que salió de sus labios fue un quejido ahogado. Aun así, siguió avanzando sin pausa hasta situarse junto a su hermano.

Éste yacía inmóvil, terriblemente inmóvil, en un silencioso pedazo de tierra empapada de sangre. Ninguno de los asesinos prestaba ahora la más mínima atención a Byorn porque ya no les presentaba batalla, y de inmediato se habían concentrado en el saqueo de los pocos edificios que quedaban. Dag lo comprendió todo: estaban buscando a los descendientes de Samular. Era todo el tesoro que tenía para ofrecer aquel remoto pueblo escondido. Había oído a los hombres en su propia casa, los

había oído regañar al soldado que había matado a dos valiosas niñas con una embestida cuyo único objetivo había sido su madre. La muerte de Byorn también debía de haber sido un error. Los hombres habían venido a buscar a los niños y, ante los ojos aduladores de Dag, Byorn era ya un hombre hecho y derecho. Con una espada en la mano y una invocación de guerra a Tyr en los labios, debía de haber engañado también a los invasores.

Dag cogió la mano flácida de su hermano entre sus dedos y tiró del anillo familiar, temiendo en todo momento que el puño de Byorn se cerrase para proteger y conservar, a pesar de la muerte, lo que por derecho le correspondía. Pero el esforzado Byorn se había esfumado de verdad, dejando la batalla en manos de su hermano menor, un chiquillo listo, sin duda, pero a quien por desgracia se le había concedido un cuerpo demasiado delgado y frágil para soportar el peso y la gloria de ponerse al servicio de Tyr.

No obstante, como había sido agraciado con una mente despierta, la utilizaría como habría usado cualquier guerrero su arma. Era una determinación tal vez sencilla, pero golpeó a Dag con el peso y la fuerza de una profecía. Durante un breve instante, los años olvidados se alzaron delante de él. Dag comprendió lo que tan sólo había percibido durante aquella primera fase de la incursión: aquella perspicacia daría forma y definiría su vida entera. De repente, los años retrocedieron y el adulto desapareció, pero la determinación pareció tranquilizar al chiquillo y apaciguarlo.

Dag volvió a tirar del anillo, que finalmente salió del dedo de Byorn. El primer pensamiento de Dag fue salir huyendo hacia el bosque con él, pero supo instintivamente que semejante movimiento súbito y evidente atraería sobre él la atención. No podía enfrentarse a los hombres y a sus caballos, ni tampoco se atrevía a conservar el anillo porque lo más probable era que tarde o temprano lo atrapasen. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La respuesta acudió a su mente en la forma de una única hoja carmesí que bajó flotando con tanta suavidad como si fuera un alma recién liberada para posarse sobre la casaca destrozada de Byorn. Dag tragó saliva al contemplar la terrible herida, y alzó la vista en dirección al lugar de donde procedía la hoja.

Había un hueco en el árbol, un orificio pequeño pero que servía a su propósito.

Dag se puso lentamente de pie, sin apenas atreverse a respirar.

—¡Hay otro! ¡Y tiene pinta de paladín, también!

Dag tardó un breve instante en darse cuenta de que el hombre estaba hablando de él. En su día, hacía mucho tiempo, ayer, o aquella mañana, ¡apenas una hora antes!, se habría sentido emocionado hasta la médula de que alguien lo comparara con su famoso padre, pero ahora todo lo que las palabras de aquel hombre inspiraron en él fue una terrible y lacerante rabia.

Su madre y dos de sus hermanas habían muerto. Byorn estaba muerto, y Dag se

había quedado solo para llevar a cabo una tarea que nunca tenía que haber recaído en ninguno de ellos. Su padre tenía que haber estado allí. Pero no estaba. No estaba. ¿Qué cosas buenas podía haber en un hombre que nunca estaba allí, que no estaba ni siquiera cuando sus propios hijos corrían un grave peligro?

Dag oyó cómo aumentaba la intensidad de pasos que corrían a sus espaldas, y reaccionó de inmediato siguiendo una inspiración que lo asaltó con la velocidad de un relámpago. Se lanzó sobre el árbol y lanzó el anillo en el hueco que formaba el nudo.

No se apartó, sino que se quedó abrazado al árbol como si se tratara de su madre. Se vio asaltado por una sucesión de sollozos, aunque tenía los ojos secos y el miedo se había visto completamente superado por el ingenio.

Dejaría que los hombres pensaran que se había vuelto loco, abrumado por la pena y el terror. Su opinión no iba a alterar su destino. Lo secuestrarían, pero al menos el anillo quedaría a salvo.

El anillo.

Dag Zoreth regresó de improvisto al presente, tan veloz como si se hubiera despertado de repente de una pesadilla en la que se viera envuelto en una caída prolongada y terrorífica.

Sentía un dolor punzante en cada músculo de su cuerpo, pero apenas percibía la agonía física porque se veía sobrepasada por la tortura fresca del pesar recordado.

Pasaron varios minutos antes de que se diera cuenta de que le sangraban las manos y de que tenía las finas ropas enfangadas y desgarradas. Debía de haberse movido por todo el poblado al compás del sueño de Cyric, tirando de dios sabía qué mientras intentaba abrir el pestillo de la ventana y reptando por la maleza que en su día debía de haber formado un jardín en su desesperado intento de alcanzar a su hermano muerto.

—Me moví durante el sueño —musitó Dag, comprendiendo las implicaciones prácticas de aquello. Alzó la vista al cielo, esperando encontrar la bóveda primaveral que formasen las hojas verdes y doradas de un roble.

Pero no había ningún roble, sino las hojas plateadas de un par de álamos que se agitaban con nerviosismo al compás de una brisa cada vez más intensa.

Una brisa intensa. Dag respiró hondo y analizó el aroma sutil y acre que le portaba el viento. Sí, iba a llover pronto, descargaría una de esas tormentas rápidas y violentas que tanto le agradaban cuando era niño. Incluso entonces, Dag había percibido el poder y el dolor que acarreaban aquel tipo de tormentas y no le importaba pensar en la destrucción que a menudo dejaban a sus espaldas.

¡Una tormenta! La inspiración volvió a asaltarlo y Dag empezó a destrozar las vides y las zarzas que tenía frente a él. Al cabo de unos instantes, dejó al descubierto un tocón marchito y ennegrecido. Alrededor se veían desparramados trozos de un árbol centenario y setas de formas curiosas crecían en racimo bajo el polvo negro en

que se habían convertido los pedazos putrefactos. Era el viejo roble que buscaba, derribado por un rayo muchos años atrás y quemado prácticamente hasta la raíz.

No fue fácil encontrar el anillo entre las ruinas del árbol. Mientras buscaba, la inminente tormenta engulló el sol e intensificó las sombras que se ceñían sobre el calvero. El caballo de Dag relinchó, presa del nerviosismo. El sacerdote hizo caso omiso de aquellas advertencias, pero la lluvia empezó a caer mientras sus manos buscaban afanosas entre los escombros. Pronto el bosque que lo rodeaba se vio inmerso en la fuerza y la cólera de la tormenta. Otro hombre no habría sido capaz de encontrar el anillo, pero éste parecía llamar en silencio a Dag y lo urgía a seguir buscando.

Cogió un pedazo de barro y lo aplastó con los dedos. Sintió el tacto de algo duro, y atisbó un destello de oro. Ansioso, rebuscó el odre que llevaba colgado del cinto y vació su contenido sobre el aro con incrustaciones, sin apenas sentir la punzada de dolor que le provocaba el vino sobre su piel llena de rasguños. Frotó el anillo para acabarlo de pulir con su desgarrada túnica y se puso de pie, sujetando en un puño cerrado, triunfante y sangrante, aquel preciado tesoro familiar.

Dag examinó el anillo a la luz de otro relámpago. En el interior del aro se leían marcas arcanas, unas marcas que había visto una sola vez de niño y que había supuesto que formaban parte del diseño. Ahora era capaz de leer las runas crípticas: «Cuando tres se unen con un único poder y propósito, se estremece la maldad».

—Tres —musitó Dag.

Sabía de la existencia de dos anillos. Mientras el plan tomaba forma en su mente, empezó a comprender por que Malchior, su mentor, se había sentido de repente tan interesado por la historia familiar de Dag. A éste le parecía probable que los recuerdos de infancia que él conservaba sobre la importancia de los anillos se basaran en poco más que leyenda, pero si Malchior quería meter las narices en el asunto, seguro que se podía conseguir un poder real. Por fortuna, el viejo sacerdote nada sabía del anillo. O quizá sí; pocos miembros de categorías superiores de zhentarim eran conocidos por su altruismo.

Seguramente Malchior no se tomaría la molestia de investigar el pasado perdido de Dag, o la localización de su aldea natal, por complacer a su acólito. Bueno, fuera como fuese, Malchior descubriría que él no era un utensilio dócil, ni estaba dispuesto a permitir que un poder de cualquier tipo se le escapara de las manos sin presentar sangrienta batalla.

Dag empezó a deslizarse el anillo familiar en el dedo índice, tal como lo había llevado en su día Byorn.

Una punzada de dolor, breve, intensa y lacerante, le atravesó el cuerpo. Atónito, lo alejó a toda prisa de su dedo. Se apartó el cabello empapado de lluvia de los ojos y sostuvo el anillo cuan lejos le permitía el brazo para contemplarlo con una mezcla de

confusión y recelo. Él era un descendiente de Samular..., ¿cómo podía volverse en su contra el anillo?

La respuesta se le ocurrió de repente, mezclada con una oleada de cólera contra sí mismo. Tenía que haber previsto lo que iba a suceder porque probablemente lo sabía. El anillo debía de haber sido bendecido, consagrado a algún propósito sagrado en el que él, Dag Zoreth, no podía participar. Samular había sido un paladín de Tyr; Dag Zoreth era un cabecilla de guerra, un clérigo de Cyric.

Siguiendo un impulso, Dag cogió el medallón que llevaba colgado del cuello, un estallido de plata que rodeaba un diminuto cráneo esculpido, abrió el cierre con dedos que el barro y la lluvia y su propia sangre habían vuelto resbaladizos y deslizó el anillo en la cadena. Luego, trabó el cierre y volvió a situar el medallón en su sitio, colgando encima de su corazón. El anillo quedó oculto a salvo tras el símbolo de Cyric.

Que se hiciese la voluntad de Tyr, si algún día el dios de la justicia condescendía en vigilar a alguien como Dag Zoreth.

Silbó para que acudiera su caballo y montó con rapidez. El viaje de regreso tendría que ser breve, porque no podía permitirse llevar el anillo durante demasiado tiempo. Ahora sentía cómo la piel le ardía, a pesar de que lo separaban de su cuerpo capas de telas púrpuras y negras, y una fina cota de malla. No obstante, había otra persona que podría llevar el anillo en su lugar, una persona que era tan inocente como él mismo había sido en aquel lejano día en que un roble había llorado hojas carmesí sobre Byorn, el último hijo digno de un paladín de Tyr.

Lo mereciese o no, Dag pretendía utilizar el anillo. Al fin y al cabo, por sus venas corría sangre de Samular. Reclamaría su herencia a su modo, y para cumplir su propio objetivo.

2

Aunque existían otras fortalezas más grandes e impresionantes en Aguas Profundas, la torre de Báculo Oscuro era, sin lugar a dudas, el reducto más insólito y seguro de toda la ciudad.

Danilo Thann era un visitante frecuente de la torre desde que Khelben Arunsun lo había amparado bajo su tutela hacía veinte años. Últimamente, a Danilo le daba la impresión de que el archimago requería cada vez más a menudo su presencia y que las exigencias que imponía a su «sobrino» y antiguo alumno iban en aumento.

Aquel día caminó ostentadamente a través de las puertas invisibles que permitían el paso a través del negro muro de piedra que rodeaba el patio, y también accedió del mismo modo a la torre. Hasta ese punto, su actuación era normal, pero una vez allí, atravesó la puerta de madera del estudio del archimago sin molestarse en abrirla, como señal de desafío a cualquier medida de vigilancia que se hubiese colocado en ella.

Era un gesto arrogante, que ninguna otra persona en la ciudad se habría atrevido a hacer. Danilo confiaba en que Khelben interpretase aquellos actos como muestras de su intención de permanecer indiferente a los planes que el archimago pudiese tener para él, pero sospechaba que aquella despreocupación era en menor medida el motivo de su frecuente presencia en la torre de Báculo Oscuro.

Llegaba tarde, por supuesto, y se encontró al archimago en un estado de ánimo inusualmente deplorable. Khelben Báculo Oscuro Arunsun, archimago de Aguas Profundas, no solía caminar. Su poder y su influencia eran tales que los asuntos solían acontecer como a él le convenía. Pero en aquel preciso instante, caminaba arriba y abajo por su estudio como si fuera una pantera encerrada y extremadamente frustrada. En otras circunstancias, aquello habría divertido de veras a Danilo, pero el informe que había enviado a su mentor era lo bastante inquietante para alterar su propia compostura.

Khelben detuvo su paso para mirar con la frente arrugada al hombre que era su sobrino sólo de nombre. Existían pocas similitudes entre ellos, salvo el hecho de que ambos eran altos y de que los dos estarían dispuestos a matar sin dudar a quien fuera para proteger al otro. El archimago era un hombre recio, oscuro y de porte serio.

Siempre vestía ropajes sombríos y negros, mientras que Danilo llevaba siempre vestimentas de vividos tonos verdes y dorados, joyas como si estuviera siempre de fiesta y portaba una diminuta arpa élfica, pues, muy a pesar del archimago, había decidido llevar una vida de bardo, decisión que constituía una fuente constante de conflicto entre ellos, conflictos que no hacían más que corroborar las sospechas de Danilo de que el archimago todavía confiaba en que su sobrino pudiese ser su heredero como guardián de la torre de Báculo Oscuro. Danilo sabía que las

aspiraciones de Khelben eran bastante razonables porque, a decir verdad, aunque por fortuna pocas veces tenía que plantearse, hasta Danilo tenía que admitir que era más experto en el manejo de los hechizos que con el arpa o el laúd.

Depositó el instrumento sobre una mesilla y, tras ejecutar un fugaz y complejo movimiento con las manos, aquél empezó a tocar como por arte de magia una tonada ligera a la que Danilo era muy aficionado.

Aquello hizo que el archimago arrugara la frente.

—¿Cuántos juguetes musicales necesita un hombre? —rezongó—. ¡Te has pasado demasiado tiempo en esa maldita escuela de bardos, descuidando tus obligaciones!

El joven se encogió de hombros, impasible ante la reprimenda familiar. Se le ocurrió, divertido, que en todos los rincones de aquella habitación se mostraba el resultado de la inclinación artística particular del archimago. Khelben pintaba con frecuencia, apasionadamente y sin talento destacable. Colgados de las paredes o sobre caballetes se veían paisajes, retratos y marinas extrañamente sesgados, y en la pared del fondo se apilaban en hileras lienzos a medio terminar. La fragancia de la pintura y del aceite de linaza se mezclaba con el olor más picante de los componentes de los hechizos

que se almacenaban en una habitación contigua.

Danilo se acercó al aparador sobre el que estaba su pintura favorita, un retrato casi bueno de una hermosa semielfa de cabellos negros como el cuervo, y se sirvió un vaso de vino de la botella de vino élfico que él mismo había regalado a Khelben.

—La nueva escuela Olamn forma parte de mis obligaciones —recordó al archimago—. Me parece que hemos hablado del tema con anterioridad. La enseñanza y el apoyo a los bardos Arpistas es una tarea importante, en especial en la actualidad, cuando los Arpistas carecen de objetivo y de rumbo. Y, por cierto, tienes una mancha de pintura en la mano izquierda.

—Mmmm. —El archimago bajó la vista para mirarse la mano y frunció el entrecejo al ver la mancha, que desapareció con presteza. Luego, cogió el pergamino que había junto al arpa mágica y se lo lanzó a su sobrino.

Danilo lo cogió al vuelo y tomó asiento en la butaca favorita de Khelben. El archimago también se sentó, en una silla de madera tallada cuyas patas acababan en forma de garras de grifos apoyadas sobre bolas de ámbar. En respuesta directa al ánimo de Khelben, las garras de madera tamborilearon como si fueran dedos impacientes.

—¿Cuántos juguetes mágicos necesita un hombre? —remedó, jocosamente, Danilo, antes de concentrarse en la información que se detallaba en el pergamino.

Transcurrieron unos minutos mientras leía y descifraba el mensaje codificado, y sus facciones se endurecieron.

—Malchior es un jefe de guerra, comandante de los sacerdotes de guerra de la

fortaleza zhentarim conocida como Fuerte Tenebroso —resumió con expresión ceñuda—. ¡Maldita sea! Bronwyn había tratado con personajes sospechosos antes, pero esta vez se ha superado.

—Malchior no puede tener ese collar —repuso con firmeza Khelben—. Debes detener la venta y traerme las piedras.

El bardo alzó las cejas y observó al archimago vestido de negro de arriba abajo.

Los únicos adornos que se permitía Khelben eran las hebras plateadas que le salpicaban la cabeza y el distintivo mechón de pelo blanco que destacaba en el centro de su cuidada barba.

—¿Desde cuándo eres aficionado a la joyería antigua y de lujo? —preguntó Danilo, jocosamente.

—¡Piensa un poco, muchacho! Incluso en su forma más humilde, el ámbar es más que una piedra preciosa, es un conductor natural del Tejido. Ese ámbar procede de Anauroch, de unos árboles que murieron de forma súbita y violenta. Imagina el poder que fue necesario para convertir el antiguo bosque de los Micónidos en una tierra yerma y desértica. Si queda siquiera un rastro de esa magia en el ámbar, sea como fuere que se haya utilizado y concentrado, ese collar tiene un enorme potencial mágico. También puede reunir y transferir energía mágica. —Khelben se interrumpió, ligeramente sobresaltado, como si de repente estuviera considerando las cosas bajo un nuevo prisma.

Se puso de pie y siguió caminando de un lado a otro—. Según parece, vamos a tener que mantener vigilado a Malchior y sus ambiciones.

—En nuestro copioso tiempo libre —murmuró Danilo, mientras alzaba una ceja— 23. Acabo de tener un pensamiento divertido. Cuando empleas el plural, ¿es acaso el plural mayestático, que excluye a tu humilde sobrino y colaborador?

Khelben estuvo a punto de echarse a reír.

—Sigue pensando así. Dicen que soñar es saludable.

—Tío, ¿puedo hablarte con franqueza?

Esta vez, el archimago parecía genuinamente divertido.

—Por mí no te detengas.

—Estoy preocupado por Bronwyn. Deja ya de fruncir el entrecejo, nada se ha salido de lo normal y todo se ha llevado a cabo según tus instrucciones. Me las he arreglado para que sea vigilada y protegida, he promocionado incluso su local como el lugar idóneo para adquirir gemas y demás rarezas, he procurado que sus adquisiciones sean contempladas por aquellas personas que moldean las vicisitudes de la moda, me he asegurado de que reciba invitaciones sociales que le permitan formarse una reputación y ampliar su lista de clientes. En definitiva, la he mantenido entretenida, feliz y anclada en Aguas Profundas.

»Y, sin embargo, que me aspen si conozco la razón para hacer todo eso, y que me

maldigan tres veces si puedo sentirme orgulloso de haber colaborado en la manipulación de una amiga y compañera Arpista.

—Considéralo como «órdenes de la dirección» —repuso Khelben—, si es que la palabra manipulación te desagrada.

Danilo se encogió de hombros.

—Por mucho que llames a los goblins de otra manera, seguirán siendo verdes.

—Una trivialidad encantadora. ¿Es eso lo que te enseñan en la escuela de bardos?

—No cambies de tema, tío.

El archimago levantó ambos brazos.

—Perfecto. Yo también te hablaré con franqueza. Tus palabras desprenden más ingenuidad de la que cabía esperar de ti. Es evidente que los Arpistas necesitan que los dirijan porque las decisiones que los agentes se ven obligados a tomar en ocasiones son demasiado importantes, y su alcance demasiado amplio, para dejarlas por entero en manos de una sola persona.

—A menos, por supuesto, que esa persona seas tú.

Khelben detuvo sus pasos y se volvió lentamente, con una expresión que rezumaba en forma condensada la ira y el poder de un dragón furioso.

—Mide tus palabras —repuso con voz grave y amenazadora—. Existen límites que ni siquiera a ti se te pueden permitir.

Danilo se mantuvo firme, a pesar de que comprendía el verdadero alcance del poder de Khelben mejor que la mayoría de las personas que respetaban al gran archimago.

—Si te he ofendido, te pido disculpas, pero sólo digo la verdad tal como la veo.

—Una costumbre peligrosa —gruñó Khelben, pero se apaciguó y se dio la vuelta mientras unía las manos a la espalda para mirar por la ventana, una ventana que cambiaba de posición al azar y que nunca era visible desde el exterior de la torre.

Danilo vio que la panorámica actual era realmente impresionante: destacaba el lujo del distrito del Castillo, coronado por la cima majestuosa del monte de Aguas Profundas. Un trío de grifos acababa de alzar el vuelo desde un nido situado junto a la cima de la montaña y sus siluetas delgadas se recortaban en las nubes del crepúsculo teñidas de tonos rosa brillante y amatista. Danilo vio cómo trazaban un círculo y desaparecían mientras esperaba a que el archimago hablara.

—Sin duda te habrás preguntado por qué mantenemos una vigilancia tan estrecha sobre Bronwyn, una joven Arpista cuyas misiones en la actualidad son portar mensajes.

—Sí —respondió Danilo de forma escueta, mientras cruzaba los brazos y estiraba sus largas piernas—. ¿Qué te ha impulsado a hacer eso? Muchas veces he pedido saber por qué se me ha convertido en mastín para mantener en el rebaño a esa oveja en particular.

—No seas sarcástico —lo regañó Khelben—. No te haría tanta gracia si comprendieras el posible interés de Malchior en Bronwyn.

—Dímelo, entonces. —Danilo se llevó la mano al corazón, un gesto típico de niño haciendo una promesa a otro—. Seré el rey de la discreción.

La sonrisa del archimago fue breve y pasajera.

—Nunca me has fallado en ese sentido, pero tienes que admitir que es mejor que esta historia no se divulgue. Por ahora, consigue el collar antes de que caiga en manos de Malchior.

—Bronwyn tiene en gran estima su reputación por hacer y mantener acuerdos. No me agradecerá que interfiera.

—No tiene por qué enterarse de tu participación. Será mejor así, pero si eso no es posible, utiliza el método que sea necesario para apartarla del collar.

—Fácil es decirlo —señaló Dan mientras se dirigía a la puerta.

Khelben alzó una ceja en gesto escéptico.

—Tímidas palabras en boca de un hombre cuya primera contribución a la causa de las Arpistas fue su habilidad para conseguir secretos de las mujeres.

El joven Arpista se puso en tensión y se dio la vuelta.

—Haré lo que dices, tío, pero no del modo que insinúas. Me ofende el encargo, y me ofende profundamente tu crítica sobre mi forma de ser.

—¿Acaso puedes negar la veracidad de mis palabras?

La sonrisa de Dan fue tirante y triste.

—Por supuesto que no. ¿Por qué crees que me ofenden?

El vapor inundaba la habitación, y Bronwyn, que hacía ya rato que había regresado a la ciudad para lavarse, vestirse y tomar ciertas precauciones, entrecerró los párpados para observar a través de la niebla. Mientras su visión se ajustaba al entorno, divisó al hombre de barba gris aposentado en la enorme bañera, con los brazos carnosos y rosados apoyados sobre el borde. Sus ojos negros le dedicaron una mirada apreciativa.

—Sois rápida, aparte de hermosa —saludó en tono cortés—. Confío en que traigáis el collar.

Bronwyn cerró la puerta a su espalda y tomó asiento en una butaca acolchada.

—No me atrevería a llevarlo conmigo por miedo a ser detenida. Mi ayudante lo enviará por correo.

—En cuanto sepa de vuestro regreso, sin duda —respondió el hombre secamente.

Ella le dedicó una sonrisa grave.

—Como me ha demostrado mi amplia experiencia, este tipo de precauciones son necesarias, mi señor Malchior. —«En especial cuando se tienen tratos con los zhentarim, en general, y los sacerdotes de Cyric en particular», pensó en silencio. Al

ver que él proseguía con su examen, estiró las manos en un gesto de despreocupación —.

Pero no voy a aburriros con mis historias.

—Al contrario, estoy seguro de que las encontraría muy entretenidas.

Se oyó un ligero golpe en la puerta.

—En otra ocasión, tal vez —murmuró Bronwyn mientras se levantaba para responder. Aceptó una pila de toallas de lino limpias que le tendía la doncella y luego cerró la puerta con pestillo. Del centro de la pila cogió una caja de reducido tamaño, tallada en madera tosca sin pulir.

Bronwyn depositó la caja en una mesa baja y levantó suavemente la caja para no clavarse astillas en los dedos. El sacerdote contemplaba la sencilla caja con gesto de desagrado, pero sus ojos se abrieron de par en par cuando ella esparció su contenido: varias pipas exóticas repletas de un tipo de hierba muy olorosa y sumamente ilegal. No pasó inadvertido a la mujer el súbito brillo que asomó a los ojos del hombre al contemplar las pipas. No había acudido a ciegas a aquella cita y conocía el carácter y los hábitos de aquel hombre más de lo que le habría agradado admitir.

—Perdonadme si esto os ofende, mi señor —dijo, procurando que su voz y su rostro no reflejaran la más mínima ironía—. Esto era una estratagema, sólo por si el muchacho que trajo esta caja a la sala de fiestas estuviera contratado por ladrones, que esperarían encontrar objetos de valor o algún tipo de contrabando. Un ladrón probablemente cogería las pipas y descartaría una caja de aspecto tan simple, sin sospechar que tiene un doble fondo.

Hábilmente, levantó la tapa y sacó el collar de su escondrijo. Luego, se inclinó y se lo tendió al sacerdote, que lo agarró con manos ansiosas. Cerró los ojos y se deslizó por la frente las cuentas de ámbar mientras una expresión rayana en el éxtasis le transfiguraba por completo el rostro. Cuando abrió los ojos y depositó la mirada en ella, Bronwyn sofocó un estremecimiento. A pesar de que aquel hombre poseía un rango social y una riqueza personal considerable, sus ojos traducían un grado de codicia y astucia que podía equipararse con la peor escoria duergar. Bronwyn sospechaba que las razones que lo habían impulsado a comprar el ámbar no iban a aportar nada bueno a la humanidad.

—Lo habéis hecho bien —murmuró por fin—. Es más..., más de lo que esperaba.

Dicen que el ámbar es capaz de retener la memoria de la magia y es posible que vuestro tacto y vuestra belleza hayan aumentado su valor.

Sus palabras le produjeron un desagradable hormigueo en la piel, pero Bronwyn se obligó a sonreír con coquetería.

—Sois demasiado amable.

—En absoluto. Ahora, procedamos con el pago. Aparte del oro, deseabais información. ¿Por qué no os unís a mí? Así podremos conversar con más comodidad.

Bronwyn se desabrochó con presteza el cinturón y se quitó, sin inclinarse, los zapatos. Luego, con un hábil y fugaz movimiento, se quitó la ropa por la cabeza y se volvió para ponerla sobre una silla.

Se giró hacia el baño y, al hacerlo, pilló por un instante al clérigo desprevenido mientras contemplaba fijamente sus caderas con los ojos entrecerrados y llenos de obscena anticipación. Bronwyn cerró con firmeza la boca y se introdujo en el agua. Los baños públicos formaban parte de la vida de Aguas Profundas y de la mayor parte de las ciudades civilizadas. Ella no los consideraba un preámbulo a un contacto más íntimo, pero había quien sí lo hacía.

—Esto es mucho más agradable —comentó Malchior—. Quizá cuando hayamos concluido el negocio, podamos disfrutar de los demás placeres que ofrece esta sala de fiestas.

«Como por ejemplo los dormitorios adjuntos», supuso Bronwyn.

—Tal vez —respondió, en cambio, amable, aunque ahora que había conocido al hombre, estaba más dispuesta a besar a una serpiente de agua... a cincuenta brazas de profundidad—. ¿Qué podéis contarme del *Fantasma del Mar*? —inquirió, nombrando el barco que le había cambiado para siempre la vida.

Malchior encogió los rollizos hombros.

—Poco. El barco era sin duda una embarcación zhentarim pero desapareció hace una veintena de años. Teniendo en cuenta la actividad pirata que existe en esa zona, se supone que la nave fue atacada, saqueada y hundida.

Bronwyn ya conocía aquella información, y demasiado bien.

—¿Se intentó en algún momento seguir la pista del cargamento?

—Por supuesto. Se recuperaron un puñado de armas, y unas cuantas piezas de joyería, pero la mayor parte del cargamento desapareció en los mercados de Amn.

Siguió hablando, pero sus palabras se fueron fundiendo en una evocada neblina de sonidos, olores y sensaciones: terror, cautividad, humillación, dolor. Oh, sí, Bronwyn recordaba los mercados de Amn y aquella algarabía de voces que no comprendía, manos que empujaban y el súbito golpe de maza que anunciaba que otro esclavo había sido vendido, otro destino pactado.

—Me temo que no puedo contaros mucho más. Quizá si me describierais con más detalle qué pieza andáis buscando...

Las palabras de Malchior se introdujeron en su pesadilla y la devolvieron al presente. Posó su mirada en aquel rostro codicioso que parecía ser consciente de que fuera lo que fuese lo que ella buscara seguro que era más valioso para ella que aquel collar de ámbar de valor incalculable, y esbozó una sonrisa fugaz.

—Supongo que no esperaréis que responda a eso. ¿Qué podéis contarme del origen del cargamento? ¿Quién era el dueño de la embarcación y su capitán? ¿Conocéis el nombre de algún miembro de la tripulación? Todo lo que sepáis, incluso

aquellos detalles que puedan parecer insignificantes, podrían ser valiosos.

El clérigo se inclinó hacia adelante.

—Empieza a fallarme la voz de tanto gritar a través de este lago. Acercaos y podremos seguir hablando.

El baño era grande, pero no tanto. Bronwyn se levantó y se acercó al clérigo, procurando quedarse fuera del alcance de sus gordiflonas manos.

No obstante, él no hizo intento alguno de tocarla.

—Debo admitir que vuestro interés en esa antigua historia me intriga —manifestó Malchior—. Contadme lo que vos sepáis del *Fantasma del Mar* y su cargamento, y quizá pueda seros de más ayuda.

—No sé mucho más de lo que os he contado —admitió Bronwyn con franqueza—. Sucedió hace mucho tiempo y las pistas se han ido borrando.

—Dudo que vuestra memoria tenga un alcance tan largo —convino él—. El barco fue hundido hace más de veinte años. En aquel momento, ¿qué debíais tener, cuatro años?

—Más o menos —corroboró ella. De hecho, no conocía su edad exacta, y recordaba poco: la mayor parte de los recuerdos de su primera infancia habían quedado engullidos por el terror. Antes de que pudiese disimularlo, se le escapó un leve suspiro.

Malchior hizo un gesto de asentimiento, y unos ojos perspicaces brillaron en su orondo rostro.

—Perdonadme si soy demasiado atrevido, pero no he podido evitar ver el interesante tatuaje que lleváis. Parece una hoja de roble carmesí. ¿Sois acaso una seguidora de Silvanus?

Su primer impulso fue soltar una risotada ante aquella posibilidad. Silvanus, el Padre Roble, era un dios reverenciado por multitud de druidas, y sin duda ella no era seguidora de aquella creencia, pero se le ocurrió también que Cyric, el dios de Malchior, se mostraba en exceso celoso ante cualquier señal de lealtad hacia otro poder.

—En una ocasión me... aficioné a cierto hombre del bosque —comentó en tono de despreocupación—, y él a su vez era aficionado a las hojas del roble, así que...

Dejó la frase sin acabar y se encogió de hombros. Que pensara lo que quisiera. La marca de nacimiento que llevaba en la espalda era un asunto que sólo le concernía a ella.

—¿De veras? —Malchior volvió a inclinarse hacia adelante—. Comprendo el anhelo que pueda sentir cualquier hombre por dejar su marca sobre vos. Con el tiempo, quizá pueda persuadiros de que llevéis la mía. ¡Apresadla! —gritó.

Bronwyn abrió los ojos de par en par y luego desvió la vista hacia la puerta. La primera patada sobre la madera resonó en mitad de la habitación e hizo crujir el

cerrojo que ella había corrido.

Con un ágil movimiento, salió del baño y se precipitó hacia la ventana. El chapoteo que oyó a su espalda, apenas audible por el retumbo que sonaba en la puerta, le indicó que Malchior acudía en su persecución. Se movía rápido, teniendo en cuenta que era un hombre obeso. El clérigo la atrapó por detrás y la rodeó con uno de sus rollizos brazos la cintura y con el otro el cuello. También era fuerte. Bronwyn forcejeaba como una trucha, pero no conseguía liberarse.

—¡Vamos, deprisa! —seguía chillando él—. ¡No podré aguantarla siempre!

Bronwyn se llevó una mano a la cabeza y extrajo el estilete que había ocultado entre su espeso cabello. El arma había sido diseñada para llevar a cabo un ataque preciso y cuidadoso, pero no disponía de tiempo. Echó el brazo hacia atrás por encima del hombro y topó con carne fresca.

Sin embargo, el fino cuchillo no golpeaba ni con fuerza ni con profundidad.

Malchior soltó una exclamación y sujetó con más fuerza su presa. Ella volvió a atacar, esta vez apuntando a sus nudillos, y tras mover el filo hacia un lado y otro, golpeó por tercera vez.

Al final, la soltó en el preciso instante en que la puerta se abría de par en par envuelta en una explosión de astillas. Bronwyn echó un vistazo rápido a sus espaldas y vio que tres hombres se precipitaban en la estancia envuelta en vapor. Tenía poco tiempo para escapar, pero la rabia la impulsó a volverse hacia el clérigo y hundir la punta del estilete en su protuberante papada.

Luego, salió huyendo hacia la ventana, apartó de un tirón la cortina y soltó un puntapié contra los postigos. El pestillo cedió y ella se lanzó de cabeza hacia la calle.

El tiempo se detuvo mientras Bronwyn caía, pero apenas pasó un instante antes de que topara contra el toldo acolchado que su ayudante había extendido entre los dos edificios, dos pisos por debajo de la estancia que alojaba el baño privado. Rebotó ligeramente y palpó a su alrededor en busca de la túnica que se suponía que tenía que haberle dejado allí. Tras encontrarla, se la deslizó por la cabeza y bajó rodando hasta el borde del toldo, para descolgarse desde allí hasta la calle y salir a la carrera en busca de la seguridad de su establecimiento.

Para su tranquilidad, no salieron en su persecución, cosa que no dejó de sorprenderla. Quizá Malchior había decidido no arriesgarse. Al fin y al cabo, los clérigos zhentarim no podían permitirse el lujo de mostrar públicamente su presencia, ni siquiera en una ciudad tan tolerante como Aguas Profundas. Tenía el collar, y lo había conseguido a un precio ridículo. No cabía duda de que consideraba que el trato había valido la pena.

Entonces, ¿por qué había llamado a sus hombres? Aquel ataque no tenía sentido.

Además, ella había recibido también el pago, por lo que seguro que no intentaba estafarla. Tal vez había descubierto que era Arpista, razón de peso para intentar

matarla.

Pero a juzgar por sus palabras se diría que intentaba retenerla, no matarla. ¿Acaso podía tener esperanzas de convertirla en un agente secreto al servicio de los zhentarim?

Bronwyn sopesó aquella posibilidad mientras regresaba siguiendo un complejo camino que la condujo a través de callejuelas hasta la sala trasera de una tienda de tabaco cuyo propietario confraternizaba con los Arpistas y sus pequeñas intrigas. Salió de la tienda con el calzado que se había dejado preparado allí, la túnica cubierta decentemente por una falda de lino y el pelo húmedo y recogido en una sola trenza. Con aquel atavío, podía moverse sin destacar entre la elegante zona comercial como si fuese una mujer de negocios cumpliendo algún recado o una sirvienta ocupada con la compra de algún capricho para su señora.

Al final, giró por la calle de las Sedas y se maravilló una vez más por la buena fortuna que le había permitido arrendar un local en aquel distrito tan selecto. Contigua a la zona del Mercado y al opulento distrito del Mar, la calle era una avenida amplia y prolongada en la que se agrupaban tiendas y tabernas que abastecían a los habitantes ricos de Aguas Profundas. En aquella calle sólo podían encontrarse los géneros de mayor calidad y las obras de los mejores artesanos. Las mismas tiendas eran un fiel reflejo de aquel estatus: edificios altos, construidos con madera de buena calidad y argamasa, o incluso con mampostería de piedra, se veían adornados con símbolos de madera esculpidos o pintados, estandartes brillantes e incluso diminutos lechos de flores. Las farolas de la calle lucían toda su brillantez y derramaban una luz dorada sobre la gente que, elegantemente vestida, circulaba por las calles adoquinadas.

Abundaban los juglares y, mientras paseaba por la calle, Bronwyn alcanzaba a oír su música como un agradable caleidoscopio de sonidos. Hacía ya rato que había pasado la hora de cenar y la mayoría de las tiendas habían cerrado sus puertas, pero en Aguas Profundas la diversión se prolongaba durante muchas horas. Las tabernas y las salas de fiesta permanecían abiertas hasta la hora del desayuno y se sucedían lujosas fiestas privadas y celebraciones más reducidas y clandestinas que mantenían a los privilegiados ciudadanos felizmente ocupados hasta el alba. Aquellos que se ganaban la vida con el trabajo duro y su habilidad como artesanos solían irse a dormir temprano y levantarse al amanecer, y Bronwyn deseó fervientemente ser uno de ellos.

No la sorprendió comprobar que las luces de su tienda seguían encendidas. Abrió la puerta y se introdujo en el cálido y atrayente amasijo de curiosidades y tesoros. Su ayudante, un gnomo hembra de cabellos blancos y mejillas sonrosadas, que respondía al nombre de Alice Hojalatera, estaba examinando un anillo de esmeraldas con una lente de aumento. Alzó la vista cuando oyó entrar a Bronwyn, pero no se molestó en quitarse la lente y el resultado, un ojo de talla normal gnomo en contraste con uno

aumentado hasta el tamaño propio de un ser de talla normal y ojos azules, hizo frenar en seco a Bronwyn.

Alice soltó una alegre carcajada antes de quitarse la lente.

—Hemos tenido un día ajetreado, ¿verdad?

—Ajá —convino Bronwyn con un suspiro—. ¿Tuviste tiempo de bosquejar la pieza que te envié? —Se encontraba tan agotada que las palabras sonaban confusas hasta para sus propios oídos.

—Sí que lo hice. Contrasté el color con algunos fragmentos de ámbar que corrían por aquí y lo utilicé como guía para añadir los tintes apropiados mañana.

Bronwyn hizo un gesto de asentimiento. Mantenía un archivo de aquellos bocetos, un registro de las piezas raras que pasaban por sus manos, bajo llave y hechizo mágico a buen recaudo. Varios de los diseños los hacía ella misma, pero la mayor parte del trabajo recaía en las manos diminutas y capacitadas de Alice. Aquella gnoma era un tesoro. Mantenía la tienda y conseguía aumentar las ventas mientras Bronwyn salía en busca de aventuras y cerraba tratos. Las dos formaban un formidable equipo y el éxito de la tienda El Pasado Curioso se debía a ambas. A decir verdad, Alice tendía a tratar a su patrona como si fuera su hija crecida, pero Bronwyn no tenía inconveniente en perdonarle aquel único lapsus.

—Mañana será otro día —corroboró mientras se volvía hacia la escalera que conducía al aposento situado en la parte superior de la tienda.

—¡Oh, una cosa más! —la interrumpió Alice—. Ha venido hace un rato aquel joven bardo preguntando por ti. Dice que es importante que hable contigo lo antes posible. Algo referente a un collar.

Sin duda, debía de estar refiriéndose a Danilo. Bueno, mañana sería otro día.

—Bien, perfecto. —Bronwyn empezó a subir a trompicones los escalones.

Alice la siguió hasta el pie de la escalera y se quedó allí plantada con los brazos en jarras y los carrillos contraídos en una mueca de reproche maternal.

—¡Fíjate cómo vas, chiquilla! ¡Estás rendida! No paro de decirte que descansas una temporada, que estés unos días por la tienda.

Sin prestar atención a la retahíla habitual de la gnoma, Bronwyn subió hasta su habitación con la intención de dejarse caer de bruces sobre la cama y preguntándose si sería capaz de mantenerse despierta ese último tramo.

No obstante, en cuanto llegó a su alcoba, se desvanecieron todas las posibilidades de conciliar el sueño. En el centro de la estancia, recostado sobre su báculo y observándola con una mirada sombría y meditabunda, se encontraba el mago más temido y más poderoso de Aguas Profundas.

Bronwyn se quedó observando boquiabierta a Khelben Arunsun, el Maestro de Arpistas que recientemente dirigía sus actividades pero a quien nunca había conocido.

Se consideraba una persona versada en las costumbres y el protocolo de una docena de razas procedentes de los rincones más dispares, pero por primera vez en su vida se vio incapaz de decidir cuál de las tres acciones que se le ocurrían era la correcta: ¿debía hacer una reverencia, salir huyendo o desmayarse?

Dos hombres, ambos ataviados con las vestimentas púrpuras y negras de la clerecía de Cyric, atravesaban a grandes zancadas los jardines de la finca. Una luna resplandeciente iluminaba el sendero sembrado de guijarros blancos. A pesar de que empezaba a despuntar la primavera, el aire se veía envuelto en la fragancia de un puñado de tímidas flores. El agua de tres fuentes brincaba alegre sobre pozas de cerámica.

—He oído cosas interesantes sobre ti —comentó Malchior, observando de reojo al hombre que era su acólito más sabio y prometedor.

Dag Zoreth inclinó la cabeza a modo de reconocimiento, y en tono evasivo. Su mentor conocía demasiadas cosas sobre él, había hecho un estudio de la familia de la cual había sido arrancado Dag. Recientemente había llegado a compartir parte de esa información: la ubicación de la aldea de la que había sido robado Dag, los rumores del poder que conllevaba su herencia familiar, el cargo que mantenía su ilustre padre. A menudo se preguntaba qué más detalles conocía Malchior, y también se preguntaba cómo se había producido el sacerdote aquel corte lívido que le cruzaba la mejilla izquierda, mientras en secreto envidiaba al hombre que se había atrevido a hacerlo.

—Se diría que vos podéis relatar una aventura más intrigante —comentó Dag mientras levantaba un dedo para trazarse una línea en su propia mejilla.

El sacerdote de más edad se limitó a encogerse de hombros.

—Recientemente viajaste hasta el monte Jundar y cabalgaste a solas al pie de la ladera bordeando el Dessarin. Siento curiosidad por saber, hijo mío, qué te impulsó a arriesgarte de ese modo sólo para visitar la aldea que te vio nacer.

Bueno, así que era eso. La noticia había llegado a Malchior antes de lo que Dag esperaba.

—Yo también siento curiosidad —repuso—. Lo que me contasteis de mi pasado me intrigaba, pero existen muchas lagunas en mi propia historia y pretendía llenar algunas de ellas.

—¿Lo conseguiste?

—Una o dos. —Dag clavó una mirada pétrea en el sacerdote—. Me contasteis que la incursión fue obra de un ambicioso paladín rival, pero los hombres que atacaron la aldea eran soldados zhentarim, de eso me acuerdo perfectamente.

Aquello pareció sorprender a Malchior.

—¿Cómo es posible? Eras un chiquillo.

—Lo sé —afirmó Dag con simpleza—. El asunto es algo que concierne sólo a mí

y a mi dios.

Poco podía decir Malchior para contrarrestar aquella afirmación. Caminaron durante unos minutos en silencio.

—Esta villa, tus nuevas responsabilidades —empezó—, las cosas que has conseguido... Tengo algo más para ti. Un regalo. —Hizo una pausa para hacer hincapié en sus siguientes palabras—. No eres el último descendiente de Samular. Tu hermana también sobrevivió al asalto, está viva y se encuentra bien.

Dag se quedó petrificado al oír aquella revelación. No se le ocurría poner en entredicho las palabras de Malchior y, además, a medida que asumía su significado le sorprendió incluso sentirse tan perplejo. Recordó la imagen que le había proporcionado Cyric: la chiquilla intrépida y curiosa que se lanzaba de cabeza por la ventana para investigar la partida de asalto que se aproximaba. Su hermana Bronwyn, apenas recordada como el resto de su experiencia infantil. Ciertamente era que si habían decidido no matarlo a él, ¿por qué iban a matar a la niña?

Una hermana. Tenía una hermana. Dag no estaba seguro de qué sentimientos le provocaba aquello. Recordaba vagamente la voz profunda y decepcionada de su padre que se lamentaba del carácter intrépido de la muchacha y se preguntaba por qué su hermano mayor no tenía ni la mitad de valentía.

—¿Cómo está? ¿Dónde está?

—En Aguas Profundas —respondió Malchior. Hizo una mueca y se frotó el corte lívido que tenía en el rostro—. Y, créeme, se las arregla bien. Me he encontrado con ella y hemos estado hablando esta misma noche.

Aquello había sido obra de Bronwyn. Los años habían pasado pero todavía tenía el coraje de actuar mientras que Dag se contenía. No le complacía admitirlo, pero la expresión desconcertada del rostro marcado de Malchior compensaba.

—Para ser hija de un paladín, es rápida con el cuchillo —comentó Dag con sombría ironía—. No soléis pasar por alto un arma oculta.

—Una mujer desnuda —gruñó Malchior—, con un estilete oculto entre los cabellos. Los hombres deben ser sumamente cautelosos en estos tiempos tan traicioneros.

Dag no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Oh, esto tiene un valor incalculable! ¡Cuán orgulloso se sentiría el gran Hronulf!

Malchior se encogió de hombros.

—Es una mujer interesante; se dedica a encontrar antigüedades perdidas y se gana la vida coleccionando piezas del pasado. Irónicamente, ha sido incapaz de recuperar su propio pasado, aunque lo desea con tanta desesperación que estaba dispuesta a cambiar una piedra preciosa por información. Podrías explotar esa posibilidad. Y deberías hacerlo. —Volvió a esbozar una mueca—. Me topé con cierta...

interferencia. Si no hubiese estado preparado para aquella posibilidad y no hubiese importunado a Cyric antes de tiempo para que me enviara a través de la magia hasta este lugar, la noche habría acabado de forma mucho más desastrosa de lo que aconteció. Es evidente que no sólo nosotros disponemos de esa información. Tu hermana está siendo vigilada y protegida. Si no te apresuras a reclamar a esa mujer y al poder que pueda poseer, alguien más lo hará.

—Sí —convino Dag—. ¿Qué sugerís?

Malchior alzó las cejas. Habían pasado varios años desde la última vez que su alumno le había pedido consejo.

—Te he puesto en bandeja al hombre que traicionó a tu padre, y a ti. Utilízalo.

Deja que atraiga a tu hermana hasta un lugar donde tú puedas ejercer cierto grado de, digamos, influencia fraternal.

El joven sacerdote asintió.

—Bien dicho. ¿Y qué esperáis ganar vos con todo esto, si me permitís la osadía?

—¿Ganar? Hace muchos años que nos conocemos. Eres como un hijo —empezó Malchior, pero al ver que Dag chasqueaba la lengua, abandonó el intento y se encogió de hombros—. Hay poder en tu familia y, aunque no comprenda todavía su naturaleza precisa, creo que debes descubrirlo. Confío en que lo hagas y compartas conmigo tu descubrimiento.

—¿De veras? —Dag consiguió englobar en dos palabras una gran dosis de escepticismo. Malchior no era alguien en quien se pudiese confiar, y daba por supuesto que todos los demás hombres hacían los tratos a su modo.

—Digamos que habrá poder suficiente para los dos. Deseo con todas mis fuerzas que tengas éxito, porque significará un paso adelante para que yo también lo tenga.

Aquello sí que era capaz de creerlo Dag.

—Muy bien. Cuando Bronwyn esté bajo mi influencia, cuando comprenda el alcance de mi herencia, entonces vos y yo volveremos a hablar.

—Me satisfará esperar. —De repente, la expresión jovial del rostro del sacerdote desapareció y sus ojos se tornaron tan inexpresivos y hambrientos como los de un troll—. Supongo que comprenderás el precio del fracaso.

—Por supuesto —respondió Dag con suavidad—. ¿Acaso no lo he infligido con suma frecuencia? Preguntad a todos los hombres que han fracasado bajo mis órdenes..., pero, antes, preparaos a invocar a su espíritu.

Malchior parpadeó, pero luego se puso a reír.

—Bien, bebamos, pues, para sellar nuestro acuerdo.

Unió su brazo al de Dag y juntos echaron a andar hacia la oscuridad de la villa.

—Perdona la intrusión —se disculpó Khelben Arunsun con una voz profunda, con ligero acento—, pero las circunstancias exigían que nos encontrásemos para

hablar. Por favor, siéntate.

Demasiado aturdida para pensar, Bronwyn se dejó caer en el único asiento que le quedaba cerca, el baúl que contenía sus pertenencias. El archimago se sentó en la única silla que había en la estancia. Con el báculo en la mano, parecía un magistrado a punto de dictar sentencia sobre algún crimen desconocido.

—Ha llegado a mi conocimiento que has aceptado un encargo de un sacerdote de Cyric, un hombre conocido como Malchior.

¿Cómo se había enterado tan pronto? Bronwyn procuró sobreponerse a aquella segunda sorpresa y mantener la compostura.

—Así es, lord Arunsun.

—¿Qué piensas de todo este asunto? ¿Acaso debo recordarte que el hecho de conspirar con los zhentarim difícilmente puede considerarse una actividad que aprueben los Arpistas?

—Eso es cierto, milord, pero forma parte de mi trabajo. Fui reclutada por los Arpistas gracias a mis contactos. Un amplio abanico de clientes reclaman mis servicios.

—Y la simple prudencia dicta que pongas tus propios límites. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no era tu intención entregar piedras preciosas cargadas con un poder mágico significativo a Malchior de Cyric?

—Sí, pero...

—¿Qué sabes de ese hombre? ¿Qué clase de tratos tienes con él?

Antes de que Bronwyn pudiese argüir una defensa, un ligero golpeteo en la puerta que se había quedado abierta distrajo su atención, así como la de su visitante. Un hombre de rostro familiar y cabellos rubios estaba recostado contra el dintel y sostenía en las manos un collar de cuentas doradas engastadas en una filigrana de plata.

Los ojos de Bronwyn se abrieron de par en par al ver el collar de ámbar. Por un instante, olvidó la presencia amedrentadora del archimago.

—Maldita sea, Dan, ¿qué estás haciendo con eso?

—Yo también querría saberlo —intervino Khelben con gesto ceñudo al tiempo que se ponía de pie para encararse con el joven—. ¿Por qué traes el collar aquí?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Pertenece a Bronwyn —se defendió Danilo.

—No, no es mío. Me pagaron por él. Se consumó el trato.

—¿Seguro? —El rostro por lo general alegre de su amigo lucía una expresión de honda preocupación. El joven se introdujo en la estancia y fue a sentarse junto a ella en el baúl—. Por lo que he oído, hubo un ligero contratiempo mientras se estaba cerrando el trato. Me contaron algo de un intento de secuestro y un salto desde el cuarto piso de un edificio... ¿Por qué te enoja tanto recibir un poco de ayuda, Bronwyn? Podrían haberte matado.

Aquella explicación no mermó en lo más mínimo la rabia de Bronwyn.

—Es evidente que no lo consiguieron. Huí antes de que tus... amigos hiciesen su aparición. —Le dio un empujón impaciente—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Danilo levantó las cejas.

—Pensaba que sí, pero veo que tú tienes una opinión diferente, y el archimago sostiene un tercer punto de vista. Como estoy seguro de que compartirá conmigo sus pensamientos tarde o temprano, seguro que en total armonía, ¿por qué no nos concentramos en tu punto de vista?

Bronwyn se levantó de un brinco y se acercó a la ventana desde la que se contemplaba una panorámica de la ciudad.

—Yo mantengo las promesas que hago. Ésa es mi reputación y lo más valioso que poseo, y ésta es la primera vez que no cumplo un encargo. Has desbaratado más que un acuerdo puntual. ¿Lo entiendes ahora?

El silencio se prolongó durante un momento largo y tenso.

—Ese collar tiene un gran valor mágico y tiene que ser protegido convenientemente —intervino Khelben.

Bronwyn procuró controlarse. ¿Acaso el archimago no había escuchado una sola palabra? ¿O es que aquellos asuntos menores no tenían importancia? Al fin y al cabo, ¿qué respeto sentía un dragón por un ratón?

—Yo lo mantendré a buen recaudo —prometió ella en tono inflexible—. Danilo os contará qué protecciones mágicas se han invocado sobre él.

Su amigo se puso de pie y le apoyó una mano en el hombro.

—¿Qué precio te pagaron por el collar? Me ocuparé de que Malchior quede suficientemente compensado. Aunque eso no servirá para que quede satisfecho, al menos servirá para restablecer tu honor a sus ojos y ante los tuyos. Te debemos eso.

—Y más. —Echó la cabeza hacia atrás para contemplar a su amigo. Era un alivio no tener que ocultar su irritación—. Tendréis que perdonarme si prefiero proseguir esta reunión en otro momento.

Una fugaz sonrisa curvó las comisuras de los labios del bardo.

—Lord Arunsun, me temo que nos echan...

Bronwyn desvió la vista hacia el archimago.

—No pretendía...

—Claro que sí, y no sin razón —la interrumpió Dan con suavidad—. Descansa un poco. Las... negociaciones del día te habrán dejado exhausta. —Antes de que pudiera responder, los dos hombres dieron media vuelta y salieron de la habitación por la escalera trasera. Bronwyn se sentó de nuevo a contemplar el dintel vacío, consciente de que se había esfumado cualquier posibilidad de conciliar el sueño.

Mientras los Arpistas descendían por la escalera, Khelben inició una

transformación. Su cuerpo corpulento se hizo más compacto y alargado para adoptar la forma de un hombre joven y su ropa pasó de ser negra a lucir una gama de tonos tostados y verdes. Las vetas plateadas desaparecieron de su cabello y barba, y su rostro adoptó las facciones propias de un elfo.

Danilo había asistido con tanta frecuencia a aquellas transformaciones que ya no les prestaba atención. El archimago no solía pasearse por la ciudad luciendo su aspecto real. De hecho, ninguno de ellos abrió la boca hasta que llegaron al callejón que pasaba por detrás de El Pasado Curioso.

—¿En qué estabas pensando para llevar el collar a la tienda de Bronwyn? Ahora ella está al corriente de que los Arpistas la están vigilando.

—Corrimos ese riesgo cuando enviamos hombres a la sala de fiestas —le espetó Danilo con brusquedad mientras un gato callejero salía de detrás de unas cajas y soltaba un maullido en señal de protesta. No había duda de que su aparición había echado por tierra las posibilidades de capturar una presa que acechaba desde hacía rato, como por ejemplo un ratón. Danilo, que no era muy aficionado a los roedores, aceleró el paso—.

Bronwyn no es tonta. Seguro que es consciente de que consiguió huir con demasiada facilidad y sospecha que alguien detuvo a los secuaces de Malchior.

Khelben alargó la zancada para seguirle el ritmo.

—Y ahora, gracias a tu gesto erróneo, lo sabe a ciencia cierta y, teniendo en cuenta que está implicado Malchior, se ha convertido en una situación delicada.

—Ilumíname.

Desembocaron en la calle de Selduth, que a aquella hora estaba en pleno ajetreo por la multitud que iba de taberna en taberna, así como las hetairas y los aspirantes a galanes que se reunían en las cercanías de la plaza del Bufón. En aquella zona la luz era más tenue, en deferencia a los borrachos y a un deseo por mantener flirteos discretos.

Khelben echó un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que nadie prestaba demasiada atención a su conversación y luego torció hacia el oeste, rumbo a la calle de las Sedas. Dan notó que hasta el archimago buscaba instintivamente la seguridad de calles mejor iluminadas.

—Conoces a Bronwyn desde hace unos siete años, pero yo la llevo buscando desde hace más de veinte. Es la hija de un afamado paladín, Hronulf de Tyr, descendiente directo de Samular Caradoon, el paladín fundador de la orden conocida como los Caballeros de Samular. Por la expresión de tu rostro, doy por supuesto que reconoces esos nombres.

—He sido instruido en historia —repuso Danilo mientras esquivaba a un transeúnte ebrio que pasaba tambaleante—. Por favor, continúa.

—Entonces, también sabrás que se supone que la familia de Hronulf fue destruida

en el transcurso de una incursión a su poblado hace más de veinte años. Hronulf cree que todos sus hijos fueron asesinados, pero yo tenía duda sobre ese particular y mantuve la búsqueda hasta que mis sospechas se vieron confirmadas. Uno de los niños, ahora un hombre hecho y derecho, se ha mantenido fuera de mi alcance, pero en cuanto a Bronwyn, puedo y debo influir en ella. No tiene conocimiento ninguno de su herencia, y hay razones para desear que nunca llegue a enterarse.

Danilo se detuvo de improviso y cogió al archimago del brazo.

—¿Tengo que entender que durante casi siete años tú has sabido que dos de los hijos de Hronulf seguían con vida, y él no? —preguntó en tono enojado.

—No juzgues aquello que no comprendes —lo amonestó Khelben—. Harías mejor en concentrarte en la tarea que tenemos entre manos. Tenemos que saber quién conoce el secreto de Bronwyn, si hay alguien que lo conozca, incluida la propia Bronwyn. Y ahí es donde tú intervienes.

Khelben siguió caminando mientras Danilo se quedaba de pie con la boca abierta de par en par y la mente recelosa. Resuelto a descubrir la verdad de todo aquel asunto, trotó hasta alcanzar a Khelben y acompasó sus pasos a los de él.

—Hace siete años me enviaste a Amn para reclutar a una posible agente, una mujer que no había cumplido los veinte años. Bronwyn y yo nos hicimos amigos.

—Eso me dijiste.

—El informe y la recomendación de un Arpista potencial incluye muchas cosas, como por ejemplo, tengo que confesar, si una persona tiene algún tipo de marca identificativa. —El tono de voz de Danilo era tenso y cuajado de una ira cada vez más intensa—. Y yo informé de la marca de nacimiento de Bronwyn, la marca identificativa, ¿no? La marca que confirmaba que era la hija de Hronulf.

—Sí, ¿y qué?

Danilo respiró hondo, inhalando el aire a través de los dientes contraídos.

—Me enviaste a Amn con la intención de que descubriera e informara sobre eso.

—Ambos erais jóvenes y sin compromiso. Era razonable suponer que la naturaleza seguiría un rumbo razonable —repuso Khelben—. Y tengo que añadir que tú eres también predecible en ese asunto.

El bardo soltó un juramento furioso por lo bajo.

—No puedo creerlo, ni siquiera de ti. ¿Acaso no existe ningún rincón de mi vida que quede fuera del alcance de los Arpistas? ¡Y tú! Que manipules de ese modo a aquellos que depositan en ti su confianza... es increíble.

—Cálmate. Eso sucedió hace mucho tiempo y no causó ningún daño. Incluso habéis seguido siendo amigos.

—¡Amigos, claro! —le espetó—. ¿Qué clase de amigo creerá Bronwyn que soy cuando descubra que utilicé y traicioné la confianza que ella depositó en mí? ¿Va a creer que lo hice sin intención o sin estar al corriente? ¿Me creerá cuando le diga que

yo no participé en mantener su pasado y a su familia en secreto incluso para ella misma?

—Baja la voz. —Khelben echó una ojeada a un par de transeúntes que parecían interesados y condujo a Danilo a un callejón lateral—. Hace mucho tiempo que sucedió y es un asunto sin importancia. Olvídalo. No es la primera vez que utilizas tu encanto y tus dotes de persuasión para descubrir los secretos de una mujer, y dudo que sea la última.

—¿Eso crees? —Dan cruzó los brazos y contempló la frente arrugada de Khelben—. He asumido algunos compromisos personales. ¿Eso no significa algo?

—Tenías un compromiso previo con los Arpistas —señaló Khelben, ahora tan enfurecido como su sobrino, aunque con una ira mucho más fría que a ojos de Danilo parecía incluso inhumana—. Si tu Arilyn no puede aceptar eso, demostrará que no se merece el broche de Arpista que ostenta, así como tu constante preocupación por ella.

Danilo se consideraba a sí mismo un hombre pacífico, pero aquella conversación estaba llegando a límites que no permitía que nadie sobrepasara.

—Tendré que regresar trotando a casa como un potro —murmuró entre dientes—, pero por Mystra que habrá valido la pena.

Cerró el puño y arremetió directamente contra la mandíbula de Khelben.

El archimago se tambaleó, sorprendido por el primer ataque físico que había recibido desde hacía, sin duda, siglos. Durante un momento, el disfraz mágico que lo cubría se esfumó y Danilo vio que ya no estaba frente a un elfo joven y fuerte sino frente a un anciano hechicero. De hecho, parecía tan viejo que Danilo sintió por un instante una mezcla de culpa y pesar. Una cosa era golpear a un hombre que gracias a un disfraz mágico aparentaba su misma edad, y otra muy distinta contemplar el rostro aturdido de un hombre que podría haber sido su abuelo.

Pero pronto cesó el cambio y el poderoso archimago de Aguas Profundas se quedó de pie frotándose la mandíbula, con su aspecto habitual: severo, poderoso, y resuelto a hacer cumplir su voluntad en aquel asunto y en muchos más.

Danilo dio media vuelta y echó a andar, demasiado furioso y confuso para preocuparse por la venganza que podía fulminarlo como un rayo.

Ahora que se habían desvanecido todas las posibilidades de dormir, Bronwyn se vistió con rapidez con pantalones oscuros y camisa y bajó por la escalera trasera.

Alquiló un coche de caballos en la calle y dio al conductor una dirección en el distrito del Muelle, la zona más peligrosa y violenta de la ciudad, en el punto donde se unía al mar. Había un almacén en el callejón de la Quilla que albergaba una bodega subterránea, punto de reunión favorito para los habitantes procedentes de los reinos subterráneos. Cuando sus «amigos» duergars acudían a la ciudad, siempre acababan allí.

Bronwyn localizó el almacén sin problemas y se introdujo en el edificio. La planta era de grandes proporciones y se asemejaba a una ciudad en miniatura con calles estrechas pavimentadas de planchas de madera entre estructuras formadas por pilas de cajas, también de madera, y sacos. Albergaba tantos peligros como la ciudad que se extendía en el exterior de sus muros y al ver un par de ojos luminosos, entrecerrados en actitud desafiadora a un palmo del suelo, alargó el brazo para coger de forma instintiva un cuchillo. A través del aire polvoriento le llegó el sonido de un gruñido bajo y enojado, pero al reconocerlo se tranquilizó. Sólo era un gato descarnado, uno de esos que los dueños mantenían para limitar la infestación de ratas. El brillo sobrenatural de los ojos del animal no era más que el reflejo de la luz de un farol de la calle que se filtraba a través de una rendija en la pared.

Se abrió camino a través del laberinto de barriles y cajas hasta la parte trasera del almacén, donde había un barril de grandes proporciones y forma achaparrada. Levantó la tapa y se coló en el interior.

El barril no tenía fondo, sólo una escala de madera que le permitía a uno descolgarse hacia las profundidades de la bodega. En un hogar de piedra ardía un fuego pequeño y humeante, y la grasa que desprendía la pierna asada que giraba sobre él hacía que siseara y chisporroteara. La luz del fuego iluminaba varios rostros grisáceos.

Bronwyn contó cinco duergars, entre ellos los dos con quienes había tratado a primera hora de aquel mismo día. No estaba con ellos el joven duergar, pero los mayores no parecían muy apenados por su pérdida. El duergar silencioso masticaba tranquilo un pedazo de carne asada, mientras el cabecilla jugaba a dados con los demás y discutía en voz baja y enojada. La enorme jarra de cerveza vacía que tenía junto al brazo sugirió a Bronwyn su estrategia.

Ató un pedazo de cuerda delgada y robusta a la manecilla de un arcón apilado por encima de su cabeza y meneó un poco el bulto para que no quedara tan estable. Luego, se situó detrás de otra pila de cajas y esperó a que el duergar saliera. Según sus cálculos, el barril de cerveza se acabaría pronto y ni siquiera los inmundos enanos de las profundidades permitirían quedarse sin bebida en una bodega.

En efecto, al cabo de poco rato oyó el retumbo de las pesadas botas de acero sobre la desvencijada escalera. Cuando el duergar pasó frente a ella en su intento de llegar a la puerta que conducía al callejón, Bronwyn dio un salto, le pasó la mano por encima del hombro para agarrarle por la barba, echarle la cabeza hacia atrás y apoyar el filo de su cuchillo en la garganta desnuda. Con la mano libre, empezó a atar el cabo de la cuerda al cinturón del duergar.

—Ese collar que me vendiste —susurró—. ¿Dónde lo conseguiste?

El duergar empezó a forcejear, pero luego se lo pensó mejor.

—No decir —musitó—. No parte del trato.

—Lo añadido como pago por los daños. ¿Quién te lo vendió? —Dio un ligero empujón al cuchillo para acelerar una respuesta.

—Un humano —confesó el duergar a regañadientes—. Barba corta, ancha sonrisa, un poco gordo, vestido de púrpura.

La imagen se formaba con toda claridad en la mente de Bronwyn, pero quiso asegurarse.

—¿Tiene nombre ese humano?

—Se hace llamar Malchior. Ahora suéltame y ve a importunarlo a él. Tengo cosas que hacer —se quejó el duergar.

Bronwyn bajó el cuchillo. Luego, propinó al duergar una patada que lo hizo caer de bruces al suelo..., debajo de la caja que estaba atada al otro extremo de la cuerda y varias más de abajo. Dio media vuelta y salió huyendo. Antes de que los demás duergars salieran a investigar lo sucedido, había puesto de por medio dos calles y una tienda.

Mientras regresaba a El Pasado Curioso, dos conclusiones se formaron en la mente de Bronwyn. Primero, el hecho irrefutable de que Malchior le había tendido una trampa sin ninguna razón aparente. Y, segundo, la convicción cada vez más profunda de que el duergar le había proporcionado aquella información con demasiada facilidad.

El sol matutino se colaba a través de las ventanas de fino vidrio emplomado. Un sirviente impecablemente vestido colocó con disimulo una bandeja de desayuno en una mesita cercana. Dag respiró hondo para deleitarse con el perfumado aroma de los pasteles de carne, el pan recién horneado e incluso una taza de café de Maztica que tan popular se había vuelto en el decadente territorio sureño.

—¿Es eso todo, milord?

Dag Zoreth hizo una pausa en la contemplación de sus nuevos dominios y echó un vistazo al hombre elegantemente vestido de negro que se había dirigido a él. Emerson era un caballero auténtico: un sirviente ordenado, eficiente y sumamente capacitado que con toda probabilidad sería capaz de dirigir un reino de reducidas dimensiones con gran éxito y aplomo. El mayordomo era precisamente el tipo de lujos a los que Dag pretendía acostumbrarse.

—Una cosa más, Emerson. Sir Gareth Cormaeril vendrá esta mañana. Espera encontrarse con Malchior; no lo disuadas de su error. De hecho, si hace alguna pregunta, intenta no contestarla.

El mayordomo ni siquiera parpadeó ante aquel encargo tan curioso.

—¿Debo anunciarlo, señor, o hacerlo pasar directamente?

Los labios de Dag se curvaron en una fina línea que asemejaba una sonrisa.

—Por supuesto, hazlo pasar de inmediato. Este encuentro lleva más de veinte

años de retraso.

Emerson respondió con una admirable falta de curiosidad y una reverencia rápida y perfecta. En cuanto el mayordomo hubo cerrado la puerta esculpida con bajorrelieves, Dag se arrebujo en el mullido sillón y dejó que el lujo de la estancia lo impregnara.

Alfombras de intrincados dibujos procedentes de Calimport, ventanas con multitud de paneles, algunos de ellos coloreados, y vestidas con cortinas de seda de Shou, muebles esculpidos de maderas exóticas y cubiertos de almohadones bordados, estantes y más estantes con libros finamente encuadernados... El hogar estaba embaldosado con lapislázuli y el candelabro que iluminaba la estancia con multitud de velas de cera de abejas tenía el lustre de la plata élfica. Ni un solo objeto en aquella estancia carecía de calidad y la mayor parte de ellos tenía un tono que abarcaba los azules oscuros y los carmesíes intensos..., los colores más difíciles de conseguir y, por lo tanto, los más caros.

Se encontraba en la biblioteca de la casa de huéspedes de Osterim, una pequeña pero lujosa propiedad solariega que formaba parte del caserío Rassalantar, en las afueras de Aguas Profundas. Se trataba de un complejo de casonas y establos que mantenía un rico mercader para uso y disfrute propio y de sus invitados. Aquello era lo que todo el mundo sabía, pero menos conocido era el hecho de que Yamid Osterim era capitán de los zhentarim. Sus impecables credenciales como mercader le daban acceso a rutas secretas y de comercio; su astucia le permitía pasar toda aquella información de manera que nunca un atisbo de sospecha lo rozara.

Malchior, el mentor de Dag y su inmediato superior, disfrutaba de la hospitalidad de Osterim desde hacía muchos años y había pasado ese privilegio a Dag, junto con los servicios del inestimable Emerson..., y el control del paladín de Malchior.

Para prepararse para la visita de sir Gareth, Dag había añadido un único toque propio a la decoración de la estancia. En el hogar crepitaba un fuego mágico, extrañas e impías lenguas de fuego negro y púrpura que proyectaban una luz violeta sobrenatural y hacían danzar sombras macabras por el suelo alfombrado. Dag se divertía pavoneándose con los colores y el poder de Cyric, una tácita burla de la habilidad de sir Gareth para soportar semejante proximidad con la maldad.

Se abrió la puerta y se introdujo en la estancia un hombre alto y fornido, de aspecto anciano pero vigoroso, el sombrero colocado con gesto respetuoso debajo del brazo y unos cabellos blancos como la nieve peinados en ondas impecables. Sus ojos de un azul brillante se abrieron por la sorpresa cuando se encontró con un hombre pequeño y de tez oscura en vez del sacerdote orondo y falsamente jovial que esperaba ver.

—Bienvenido seáis, sir Gareth. Gracias por venir —saludó Dag, con un deje de ironía en la voz.

La expresión de aturdimiento del caballero se agudizó.

—Poca elección tuve en ese tema, joven señor. Fui convocado.

Dag suspiró y sacudió la cabeza.

—Paladines... —musitó en tono de apacible burla—. Siempre tienen que acabar diciendo aquello que es obvio. Por favor, sentaos.

—No tengo intención de interferir en vuestro tiempo libre. Tengo cita con otra persona. Aceptad mis disculpas por esta intrusión; os dejaré y buscaré...

—Malchior no va a venir —lo interrumpió Dag con suavidad—. Os envía saludos y su deseo de que sea yo quien lo sustituya en este asunto.

Sir Gareth titubeó.

—No os conozco, joven señor.

—¿Seguro que no? He elegido el nombre de Dag Zoreth, aunque es posible que hayáis oído hablar de mí con otro nombre. Conocíais sumamente bien a mi padre, si lo que cuentan es cierto. —Dag hizo un gesto para señalar el brazo derecho del anciano, que pendía destrozado e inservible en su costado—. Os infringieron esa herida cuando le salvasteis la vida, o al menos eso dicen.

El color desapareció del rostro del paladín, pero él se mantuvo tan tieso como un centinela.

—Por favor, sentaos antes de que os caigáis —ofreció el sacerdote, malhumorado.

Sir Gareth se acercó con rigidez a la silla más cercana y se hundió en ella, con los ojos fijos en el rostro de Dag.

—¿Cómo es posible? —susurró—. El hijo de Hronulf. No puede ser verdad.

—Si buscáis en mí algún parecido con mi padre, no os molestéis —repuso Dag con aspereza—. Que yo recuerde, nunca nos parecimos mucho. Pero quizás esta pequeña chuchería os convenza de que digo la verdad.

Alzó una cadena de plata que llevaba colgada del cuello y se la tendió a sir Gareth. El anciano caballero vaciló unos instantes al echar una ojeada al medallón que ostentaba el símbolo de Cyric, pero olvidó sus escrúpulos al atisbar el anillo que pendía tras él. Cogió la cadena y escudriñó con atención el aro.

Al cabo de un momento, sir Gareth fijó la mirada en el rostro de Dag.

—No lleváis este anillo porque no podéis.

Aquello era cierto, pero Dag encogió los hombros en tono despectivo.

—Alguien puede llevarlo en mi nombre. Si el anillo está bajo mi control, poco importa quién lo lleve.

Una expresión de perspicaz especulación parpadeó en los ojos del caballero, pero fue tan fugaz que Dag se quedó con la duda de si lo habría imaginado. Sin embargo, la recordaba, como recordaba todas las cosas que le había contado Malchior del hombre que ahora tenía bajo su control.

—Hay dos anillos más —prosiguió Dag—. Mi padre lleva uno, pero ¿dónde está

el tercero?

Sir Gareth retornó con reticencia el anillo.

—¡Ay, si lo supiera! La Orden Sagrada perdió el anillo hace muchos años, durante los años del gran Samular.

El clérigo estudió el rostro del anciano en busca de alguna señal de vacilación.

Malchior le había dicho que sir Gareth no mentía nunca, pero que solía decir la verdad de un modo muy confuso. Según le había comentado Malchior, era difícil extraer qué era verdad y qué falsedad inventada con ingenio. Dag sospechaba que ni siquiera el propio sir Gareth sería capaz de distinguir la diferencia. Según Malchior, el caballero era un maestro en el arte de la excusa. Sir Gareth trabajaba con empeño, con sumo empeño, para ocultar a ojos de los demás hermanos en la Orden, y ocultárselo a sí mismo, de paso, el hecho de que era un paladín fracasado. Ya no sentía en su interior la gracia de Tyr, de hecho hacía tiempo que no la tenía. En vista de todo ello, concluyó Dag con sombrío regocijo, sir Gareth no podría poner demasiadas objeciones al hecho de llevar un poco de magia procedente de Cyric.

El sacerdote rebuscó entre los pliegues de su túnica púrpura y extrajo una esfera negra diminuta, que tendió a sir Gareth.

—Llevaréis esto con vos, y lo mantendréis siempre con vuestra persona. Cuando desee contactar con vos, percibiréis una sensación de fuego gélido. No intentaré explicaros en qué consiste..., sabréis de qué os hablo cuando lo sintáis. Cuando eso suceda, apresuraos a acudir a un lugar privado y sacad la bola del lugar donde la tengáis oculta. El tacto de vuestra mano abrirá el portal... y sofocará el dolor. —Dag esbozó una fina sonrisa—. Estoy seguro de que no es necesario haceros mayores advertencias, puesto que la presteza y el estoicismo son dos virtudes de un caballero.

Sir Gareth cogió la esfera con mano reticente y dio un brinco horrorizado hacia atrás al ver la imagen que reflejaba su interior: el rostro pálido y enjuto de Dag, enmarcado por lenguas de fuego púrpura.

—Podéis hablar en un tono de voz normal. Os oiré —prosiguió Dag mientras observaba con ojos de burla cómo el caballero se apresuraba a apartar la esfera y frotarse los dedos, como si el tacto no sólo le quemase sino que lo manchase—. Con este artilugio, podréis seguir sirviendo a los zhentarim, como habéis hecho durante casi treinta años.

Las palabras de Dag eran un insulto deliberado y como tal fueron recibidas. La mandíbula de sir Gareth se puso firme y el anciano alzó la barbilla.

—Podéis pensar lo que queráis, lord Zoreth, pero todavía sirvo a la Orden. Los Caballeros de Samular veneran la memoria de Samular, nuestro fundador. Al servirlos a vos, un descendiente directo de Samular, cumplo con mis votos.

—Retorcido —respondió Dag Zoreth en tono casi de admiración—. Tal vez podáis ilustrarme en otro asunto. Tengo una curiosidad: ¿tenéis idea de qué tipo de

diversiones considera amenas un sacerdote de Cyric? —El sacerdote sonrió al ver la reacción de su visitante—. Entiendo, por el tono blanco de vuestra piel, que sí.

Entonces, ¿cómo justificáis el uso de fondos de la Orden para financiar las actividades que Malchior lleva a cabo en su tiempo de ocio?

El rostro de sir Gareth era ceniciento, pero su mirada seguía tranquila.

—Sea lo que fuere aparte de eso, Malchior es un estudioso y posee un amplio conocimiento de las tradiciones y la historia de mi Orden. Es justo y oportuno que el dinero de la Orden se invierta en ayudarlo en su trabajo. No tengo conocimiento de primera mano de que esos fondos se utilicen de otra manera.

—Un matiz que vos seguro que encontraréis tranquilizador —comentó el sacerdote. Su rostro se endureció y el tono de diversión perversa de sus ojos se esfumó—. Permitidme una pregunta más. ¿Qué puede justificar el hecho de condenar a niños a la muerte?

El antiguo paladín dejó caer la cabeza entre las manos, como si el peso de su culpa inconsciente fuera demasiado grande.

—No tuve nada que ver con lo sucedido a los hijos de Hronulf.

—¿Seguro? ¿Acaso no vendisteis varios de los secretos más preciados y mejor guardados de la Orden? Si ese hecho condujo a unos bárbaros a la aldea de mi padre y a mí, supongo que la culpa no salpicará vuestras ropas.

Sir Gareth se puso de pie de repente, con los hombros erguidos. Sabía que le esperaba una muerte inminente, pero todavía conservaba el alma de paladín para aceptar su destino con dignidad.

—Es un poco tarde para que muráis como un mártir —repuso Dag con frialdad—.

Mataros lenta y dolorosamente será mucho más gratificador, aunque en vista de los hechos, sólo estaré administrando justicia. Ése es el alcance de vuestro dios, no del mío.

—¿Qué deseáis entonces de mí, sacerdote de Cyric?

—No más de lo que deseaba Malchior. La información es más importante para mí que la satisfacción fugaz que obtendría con vuestro sacrificio.

El caballero estudió su rostro y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Si yo poseo ese conocimiento, lo compartiré con vos.

Dag dudaba de que eso fuese cierto, pero la información que pudiera proporcionarle sir Gareth sería un punto de partida oportuno. Comprobaría, confirmaría y profundizaría todo lo que pudiese aprender de aquel caballero astuto, y sólo entonces actuaría.

El sacerdote se recostó en su butaca.

—Habladme de mi padre. Contadme lo que sepáis de él... y todo lo que sepáis de la fortaleza que dirige.

Sir Gareth respondió largo y tendido, con todo lujo de detalles. Describió la

antigua fortaleza conocida como El Bastión del Espino, sus defensas, el terreno que tenía alrededor y por debajo. Proporcionó información que pocos hombres entre los Caballeros de Samular poseían. Según parecía, Hronulf había confiado multitud de secretos a su viejo amigo. Mientras Gareth hablaba, un plan empezó a tomar forma en la mente de Dag Zoreth.

En cuanto concluyó la reunión y el paladín hubo partido, Dag Zoreth se levantó y caminó hacia el hogar, sumido en hondos pensamientos. Su vista se posó en las llamas mágicas y distrajo su atención. Los Fuegos de Cyric eran un hechizo de su propia creación, uno de sus favoritos. El fuego era en sí mismo púrpura profundo, y el núcleo de cada espiral de fuego era negro azabache. Los colores de la amatista y la obsidiana, los favoritos de su dios, brillaban con intensidad y poder absoluto. El fuego era un símbolo de la ambición de Dag Zoreth y del sendero hacia el poder que de pronto se había abierto ante él.

«¿Quién iba a pensar que algo tan negro pudiese ser a la vez tan atractivo y brillante?», pensó mientras contemplaba el fuego parpadeante.

3

Algorind detuvo su caballo ante un montón de rocas que habían caído sobre el camino por la ladera de la montaña. Eran demasiado grandes para que las moviera un solo hombre; tendría que tomar nota en su informe para que el maestro Laharin enviase más hombres con la siguiente patrulla. El mantenimiento de la limpieza y la seguridad del camino que comunicaba el río con la carretera de Dessarin era una de las atribuciones de los jóvenes paladines que se entrenaban en Summit Hall..., una tarea que Algorind cumplía con satisfacción y orgullo.

Aquella era su primera patrulla en solitario, y la primera vez que cabalgaba sobre *Viento Helado*, el alto caballo blanco que tantos días le había costado ensillar y embridar. *Viento Helado* no era una verdadera montura de paladín, cosa que Algorind había aprendido ya, sino un animal de pura raza. Algorind trotaba feliz al ritmo de las gráciles zancadas del animal y dejaba que sus pensamientos flotaran por la tarde que se aproximaba.

Aquella noche, tres jóvenes paladines iban a ser iniciados como miembros de la Orden. Se convertirían en Caballeros de Samular tras superar una prueba de fe y de armas, y por la gracia de Tyr, dios de la justicia y del poder. La perspectiva de presenciar aquel ritual llenaba a Algorind de gran regocijo.

Durante toda su vida había deseado ser un caballero. Por circunstancias de la vida, su padre, un noble de orgulloso linaje pero pocos recursos había entregado a su tercer hijo a Summit Hall antes de que cumpliera diez años para que fuera criado y entrenado por la Orden. Algorind no había visto a su familia desde entonces, pero tampoco la echaba de menos. Estaba rodeado de jóvenes con una ambición semejante a la suya, futuros sacerdotes y paladines dedicados al servicio de Tyr. ¿Acaso no eran sus hermanos los jóvenes acólitos? ¿Y qué mejor padre podía tener que los maestros de la residencia?

Aquellos pensamientos lo llenaron de satisfacción mientras cumplía con su última hora de vigilancia. Salvo aquella pila de piedras caídas, la patrulla había transcurrido sin incidentes. Algorind se sentía casi decepcionado; había confiado en poder contribuir a la última aventura de la Orden. Durante sus sesiones de entrenamiento en los parajes de alrededor, los caballeros habían descubierto y perseguido clanes de orcos, y las bestias que habían sobrevivido poblaban aquellos campos y aterrorizaban a viajeros y granjeros. «Ojalá Tyr pudiese hacer que la última de aquellas fieras se encuentre pronto —pensó Algorind con fervor—, y que la maldad que representan se desvanezca.» Su oído captó un grito ahogado, seguido del escalofriante sonido de una risa gutural que no podía proceder de ninguna garganta humana. Algorind desenvainó la espada y la sostuvo en alto mientras espoleaba su caballo.

El caballo blanco viró por un recodo del camino, descendió por una ladera de

resbaladizas piedras y desembocó en un escenario que desató la ira de Algorind. Cuatro orcos, criaturas enormes y monstruosas de músculos fibrosos cubiertos por un inmundo pellejo verdoso, estaban atormentando a un solitario emisario. El hombre estaba encogido en el suelo, apretándose con fuerza la multitud de heridas como si pudiera preservar la vida por la simple fuerza de voluntad. Los orcos lo tenían rodeado y lo pinchaban con sus toscas lanzas; parecían un hatajo de gatos sádicos disfrutando con un único ratón.

Los orcos desviaron la vista de su presa al oír la repentina llegada de Algorind y sus expresiones de burla se tornaron súbitas muecas de terror. Mientras se acercaba, Algorind alzó cuanto pudo la espada y, girándola hacia la izquierda, arremetió con un golpe horizontal bajo. El preciso filo pilló a uno de los monstruos por la garganta y, de un solo tajo, separó la cabeza del cuerpo.

Algorind hizo virar a su montura para enfrentarse al resto de los contrincantes.

Los tres habían abandonado su sangrienta diversión y sostenían la lanza en posición a la altura del pecho del caballo. El joven paladín envainó la espada y desprendió la lanza de su soporte. Levantó el arma cuanto pudo en un gesto de saludo caballeresco muy poco apropiado para semejantes contrincantes y luego afianzó el mango bajo el hombro derecho. Acto seguido, apuntó con ella al orco que tenía más cerca y lanzó su montura al galope.

El caballo salió disparado contra las lanzas tras soltar un relincho salvaje que parecía reconocer el peligro y responder al desafío. Pero Algorind no tenía intenciones de poner en peligro a su corcel. Aquella táctica la había puesto en práctica multitud de veces en la arena de entrenamiento de Summit Hall. Calculó de un vistazo que su lanza era el doble de larga que la de los orcos y en silencio inició la rítmica oración a Tyr que iba a constituir la medida de su ataque.

En el momento oportuno, se levantó sobre los estribos y tiró de las riendas.

Siguiendo sus órdenes, el poderoso caballo dio un salto. La lanza de Algorind cogió a uno de los sorprendidos orcos justo por debajo de las costillas y lo levantó por encima de sus compañeros.

Reuniendo todas sus fuerzas, Algorind lanzó la lanza como si fuese una enorme jabalina. El impulso no proyectó el arma hacia adelante, pero contrarrestó la fuerza del orco empalado e impidió que brazo del paladín se torciera dolorosamente hacia atrás.

Antes de que los cascos del caballo tocaran de nuevo el suelo, Algorind empujó con todas sus fuerzas hacia un costado y apartó la lanza y al orco moribundo.

El corcel aterrizó en el suelo, trotó unos pasos y dio media vuelta. Quedaban dos orcos y Algorind no podía sorprenderlos de nuevo, así que descendió de la silla y desenvainó la espada.

Los orcos se abalanzaron sobre él, con las lanzas en posición. Algorind afianzó

ambos pies en el suelo y, cuando el primero de ellos estaba casi sobre él, alzó la espada, trabó la lanza y la levantó hacia el cielo. Giró sobre sí mismo y, mientras lo hacía, separó la espada de la lanza y arremetió hacia adelante hasta hundirla en el vientre del orco y esparcir sus tripas. La criatura se tambaleó un instante antes de caer de bruces sobre sus propias entrañas y no volvió a levantarse.

Algorind se dio la vuelta para enfrentarse a su último oponente. El orco lo rodeó con cautela, utilizando su larga lanza para mantener al paladín y su espada a una distancia prudencial.

—Te desafío a luchar cara a cara con la misma arma.

El joven paladín retrocedió, sorprendido. ¿Cómo era posible que una criatura tan básica como aquel orco conociese el credo de los paladines? Según las normas de la Orden, no podía rehusar un desafío a menos que el que lo formulase estuviese en una situación de clara desventaja. Por otro lado, el emisario estaba gravemente herido y era posible que se estuviese muriendo. Algorind echó un vistazo al hombre: tenía la túnica empapada de sangre y respiraba con dificultad. Para empeorar las cosas, el sol estaba a punto de ponerse y el viento soplaba con fuerza sobre aquellas colinas desiertas. El hombre necesitaría pronto un poco de calor y el deber de un paladín era ayudar a los débiles. ¿Cómo podía elegir entre semejantes deberes?

Algorind desvió la vista a su oponente. El orco era de una talla mayor de lo que había visto nunca; tenía una estatura de más de metro ochenta y, aunque el pellejo verdoso se veía un poco enjuto, conservaba todavía la corpulencia y la ferocidad de un oso. Un medallón en el que se veía esculpida una garra sangrienta, símbolo del malvado dios Malar, pendía de su cuello. El disco de madera tenía casi el tamaño de un plato, pero no parecía desproporcionado con la criatura que lo ostentaba.

No obstante, era un contrincante contra el que valía la pena enfrentarse y Algorind no veía motivos para rehusar el combate.

El paladín colocó la bota por debajo de una de las lanzas que los orcos muertos habían soltado y, de un puntapié, la levantó. Con una mano se apresuró a envainar la espada mientras con la otra sujetaba la lanza. El orco esbozó una sonrisa horrible e hizo girar su lanza en un gesto desafiador, sosteniéndola en posición frente a él como si fuera una barra. Algorind imitó su mismo gesto para responder al desafío.

Orco y paladín empezaron a girar en círculos, con los ojos alerta y las manos firmemente sujetas a las largas y robustas estacas de madera que sostenían cruzadas ante ellos. De vez en cuando, una de las lanzas salía disparada hacia adelante, pero se encontraba con la otra que le barraba el paso, mientras resonaba el ritmo irregular de madera contra madera, primero con lentitud y luego a un compás más rápido a medida que arreciaba el combate.

Mientras se prolongaba la lucha, la sonrisa confiada del orco se fue convirtiendo en una mueca. Con los colmillos al descubierto, la bestia se abalanzaba sobre el joven

paladín y descargaba golpes y más golpes sobre su diestro oponente, pero Algorind los devolvía todos y no sólo mantenía el ritmo frenético de la lid sino que añadía sus propias acometidas y fintas al fragor del duelo.

El joven paladín respiraba ahora agitadamente y tenía que admitir que la inesperada pericia del orco lo estaba poniendo a prueba, pero mantenía su empeño y su valentía, y se concentraba en intentar mantener alto el bastón de su oponente, una arriesgada estrategia dadas las diferencias en la fortaleza y la estatura de ambos oponentes. Sin embargo, Algorind no veía alternativa; en vez de sentirse intimidado por el gran tamaño de su contrincante, pensaba utilizarlo en beneficio propio.

De repente, Algorind hizo girar hacia abajo la parte roma de la lanza, aceptó el golpe que le asestó por tener la guardia baja y permitió que el mango de madera rebotara dolorosamente en su pecho mientras pasaba su propia lanza a modo de gancho por debajo de la bota del orco. Un rápido estirón levantó del suelo los pies del orco y la criatura cayó pesadamente de espaldas.

Algorind giró con rapidez la lanza y apoyó la punta afilada en la garganta de la bestia.

—Ríndete —musitó, sin pensar con quién estaba hablando. Aquel acto de gracia habría sido apropiado en una lucha entre contrincantes honorables, pero se encontraba ante una criatura malvada, no ante un hombre de honor. ¿Cómo podía permitir que siguiera con vida? ¿Y cómo podía no hacerlo, ahora que le había hecho la oferta?

Por fortuna, el orco resolvió el dilema. Soltó un escupitajo y echó la cabeza hacia atrás en modo desafiador para dejar al descubierto la garganta y elegir la muerte antes que la rendición.

El paladín dio el golpe de gracia apoyándose con fuerza en la lanza y acabó con la criatura con rapidez. Una vez hecho eso, se volvió hacia el emisario.

Con cuidado, lo puso de espaldas y, de inmediato, se dio cuenta de dos cosas: primero, el hombre no sobreviviría a las heridas y, segundo, llevaba la túnica azul y blanca que lo destacaba como miembro de los Caballeros de Samular. Al observarlo más de cerca, descubrió que todavía llevaba el zurrón con las cartas atado en el hombro.

—Descansad, hermano —murmuró con suavidad el joven paladín—. Vuestro deber ha llegado a su fin. Aquí tenéis a quien lo cumplirá en vuestro nombre. Las criaturas han sido reducidas y la residencia está a una hora de camino. Llevaré el mensaje en vuestro nombre.

El hombre asintió dolorosamente y respiró con extrema dificultad.

—Otro —musitó—. Hay un heredero.

Algorind frunció el entrecejo, confuso. Con un último esfuerzo, el mensajero abrió la cinta que sujetaba el zurrón y de él extrajo una única hoja de pergamino. Las

palabras que en él había escritas conmovieron profundamente a Algorind y provocaron que murmurara una plegaria de agradecimiento a Tyr.

Había otro. El gran Hronulf, dirigente de El Bastión del Espino, no sería después de todo el último. Se había encontrado un heredero a la descendencia directa de Samular.

—Casi estamos en casa —jadeó Ebenezer Lanzadepiedra mientras caminaba por el túnel profundamente enterrado.

«Casa» era un laberinto de túneles enanos debajo de los montes de la Espada, no demasiado lejos del mar y demasiado cerca del camino del Comercio que transcurría más hacia el este y la fortaleza humana de encima.

En esta ocasión había estado fuera una buena temporada, pero todo le parecía familiar: el aroma húmedo de los túneles, el débil resplandor que emergía del musgo luminiscente y de los líquenes que cubrían los muros de piedra, y los viejos caminos marcados con runas tan sutiles que sólo los enanos eran capaces de leer. No obstante, había habido algunos cambios, algunos añadidos: repisas talladas en las paredes, pasos y cosas así, pero en aquel momento Ebenezer no tenía tiempo para examinar aquellas innovaciones con más detenimiento.

A la carrera, el enano giró por la curva cerrada que trazaba el túnel, estirando al máximo sus cortas piernas. El golpeteo de sus botas con puntera de acero resonaba contra el suelo de piedra, pero se perdía en el retumbo y el griterío que se oía a su espalda.

En su misma espalda.

En sus oídos resonaba una algarabía de siseos que recordaba el crepitar de una hoguera dejada bajo la lluvia, y chirridos que habrían hecho ladear la cabeza a un águila para descubrir a posibles presas. ¿Cómo era posible que un puñado de ratas gordas armara semejante jaleo?

La verdad era que llevaba detrás un buen puñado de osquip. Docenas de garras restregaban el suelo de piedra mientras dos decenas de roedores gigantes iban tras Ebenezer en ardua y enojada persecución. ¿Por qué? Había cogido un cincel de mithral de una pila de baratijas brillantes, sólo uno, y porque tenía derecho a hacerlo. Perteneecía a su primo Hoshal, un herrero enano austero y solitario que habría tirado a Ebenezer de la rizada barba rojiza si se hubiese enterado de que cualquiera de los suyos era lo suficientemente vago para dejar una herramienta buena como aquella por allí perdida.

Ebenezer estuvo a punto de detenerse. Puestos a pensar, ¿cómo habría ido a parar aquel cincel a una guarida de osquip? La familia se burlaba a menudo de que Hoshal podía poner las manos en una de sus muchas herramientas o armas con más rapidez de lo que podía coger su propia...

—¡Eh!

Un agudo pellizco apartó el chiste de la mente de Ebenezer, arrancó un pedazo de cuero de la bota, y un buen pedazo de carne de debajo, del tobillo del enano. Por fortuna para Ebenezer, el osquip sólo llegó a rozarlo. Si la criatura lo hubiese pillado bien, Ebenezer habría avanzado a la pata coja el resto del camino de regreso a su hogar. La dentadura de los osquip estaba formada por molares grandes y saltones que podían masticar piedra..., y que podían rebanar un pie de enano de un solo mordisco.

Ebenezer se volvió con la maza a punto y descargó un golpe fuerte en la cabeza del ofensivo roedor. El grueso cráneo con forma de cuña se partió en dos con un satisfactorio crujido. El súbito ataque hizo detenerse de pronto a los demás, que era cuanto Ebenezer necesitaba. Al instante, huía de nuevo a la carrera, y pudo sacarles varias zancadas de ventaja antes de que ninguna de aquellas criaturas lograra poner sus seis, ocho o incluso diez patas de nuevo en movimiento. Sin embargo, en cuanto reemprendiesen la persecución, podían avanzar con mucha rapidez y, a ese paso, calculó Ebenezer que irrumpirían en los dominios del clan Lanzadepiedra antes de que el sacerdote hubiese acabado la ceremonia de boda.

Un destello de humor sombrío iluminó los ojos azul pizarra del enano cuando intentó imaginarse la recepción que los suyos brindarían a aquellos visitantes inesperados. Habían transcurrido muchos años desde que el clan Lanzadepiedra se había visto importunado por osquip, roedores gigantescos, lampiños y con multitud de patas que eran casi tan horribles como los duergars, pero siempre mataban a aquellas criaturas nada más verlas, no sólo por principios sino para mantener reducida su población. Si no lo hacían, los roedores podían criar una colonia entera en los túneles laterales con más rapidez que los humanos llenaban sus ciudades de la superficie. Su feo pellejo desprovisto de pelo y amarillento —de los osquip, no de los humanos— servía también para hacer buenas pieles y como había mucho trabajo de minería para hacer y demasiada gente perezosa para hacerlo sin ayuda de la magia, había hechiceros que compraban dentaduras de osquip como ingredientes de sus hechizos. Por todas estas razones, la caza del osquip se había convertido en uno de los deportes favoritos de los enanos. Y ahí estaba él, llevando una partida de esas malditas cosas a los dominios del clan. Los enanos pasarían un buen rato entretenidos.

Si los dioses le eran favorables, iba pensando Ebenezer con una sonrisa en los labios, la diversión que aportaría al clan podría compensar el hecho de que llegaba con retraso a la boda de su hermana. En última instancia, Tarlamera podría desahogar su ira en los osquip en vez de descargarla sobre él.

Ebenezer emergió del túnel y desembocó en una pequeña cueva. Tras echar un vistazo por encima del hombro, soltó un gemido. Ahora lo perseguían unas cincuenta criaturas, debían de haber recogido refuerzos por el camino. Era un poco excesivo,

incluso como regalo de bodas. Quizá debería reducir un poco el número antes de hacer su aparición.

El enano sopesó sus opciones. Podía detenerse y luchar, pero cincuenta osquip eran un número excesivo incluso para él. Un poco más adelante corría un profundo río subterráneo. Durante un brevísimo instante, consideró la posibilidad de sumergirse en él. Los osquip no eran buenos nadadores, a pesar de tener tantas patas para avanzar, y lo más seguro era que la mitad se ahogasen. Por otro lado, sus propias opciones no eran menos optimistas. El clan tenía gatos de caza a los que les gustaba más el agua que a Ebenezer, y la temían mucho menos. Es posible que supiese nadar, pero la verdad era que nunca se había lanzado al agua para probarlo.

—Piedras —musitó, misterioso, y sin dejar de correr, giró sobre sus talones y tomó un túnel lateral que conducía a los dominios de su clan.

Un súbito y agudo siseo en mitad del camino lo hizo detenerse en seco. Allí en medio, con las orejas color calabaza planas contra la cabeza y los colmillos al descubierto según su habitual gesto de bienvenida, estaba agazapada *Fluffy*, la gata persa de su hermana.

Ebenezer dio instintivamente un brinco hacia atrás. Recelaba de los gatos, incluso de aquellas criaturas inofensivas que los humanos mantenían como animales domésticos y perseguidores de ratones. Eran elfos de cuatro patas, eso es, con sus aires de arrogancia y sus garras afiladas y peligrosas. *Fluffy* era casi diez veces más grande que un gato de superficie y tenía un carácter casi tan hosco como el de su dueña Tarlamera.

Por una vez, Ebenezer casi se alegró de haberse encontrado al animal.

—Ratas —anunció, falseando un poco la verdad mientras señalaba la multitud de osquip que lo perseguía—. ¡Píllalas!

Fluffy le dedicó una mirada desdeñosa, pero el rabo se le puso en tensión al ver a los roedores. Con un alarido descomunal, dio un salto y aterrizó en mitad del grupo. Las criaturas se echaron hacia atrás, soltando exclamaciones de sorpresa y chillidos. Si hubiesen sido más inteligentes, los osquip se habrían dado cuenta de que todos juntos podían superar a un simple gato subterráneo, pero los instintos milenarios de sus antepasados los dominaron y muchos de ellos se escabulleron como cucarachas ante la visión de aquel asesino de roedores.

Varios osquip se recuperaron con rapidez de la impresión y una veintena se apartaron de la gata para seguir persiguiendo a su presa original. Ebenezer no se había quedado a ayudar a la gata a perseguir rezagados, porque ella tampoco se lo habría agradecido. Mantener el túnel libre de sabandijas era su trabajo y se mostraba tan posesivo como un enano cuando se trataba de defender su territorio.

Mientras corría, el enano se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

Sospechaba que su aspecto era deplorable después de estar tanto rato corriendo.

Por regla general, tenía el cabello castaño rojizo muy rizado, pero en momentos como aquél, después de sudar como un caballo de carreras, el pelo se le encrespaba y le formaba mechones de apretados tirabuzones. La barba era otro asunto; era larga, espesa y completamente roja, y tenía la decencia de colgar lacia. Era sin duda una barba de la que cualquier enano se sentiría orgulloso. A pesar de sus costumbres extrañas —y según los miembros de su clan, sus costumbres eran de lo más raras—, era un enano apegado a las tradiciones. ¿Qué tenía de malo si odiaba la minería y prefería el balanceo de un caballo al ritmo medido de un pico? ¿A quién le importaba si prefería mantener el labio superior perfectamente rasurado, en vez de lucir el habitual bigote? Al fin y al cabo, ¿dónde estaba escrito que un enano tuviese que llevar bigote? Para lo único que servía ese maldito bigote era para garantizar que horas después de comer se seguía oliendo a comida. Gracias, pero no.

Ebenezer esbozó una mueca, divertido, al darse cuenta de que estaba ensayando para las discusiones que sin duda acontecerían. Bueno, no tenía importancia. Había estado fuera una larga temporada y, con cada fase de la luna que transcurría, el recuerdo de las tendencias más enojosas de su clan se difuminaba cada vez más. A decir verdad, anhelaba el período de paz que significaba el calor del hogar.

Se abrió paso a través de un puñado de estatuas, un círculo de enanos de piedra de tres metros de altura que honraban la memoria de héroes del pasado, y se precipitó por el último tramo de túnel que conducía a la cueva de su clan, para acabar apareciendo ante la mirada estupefacta de los suyos.

Su padre, un enano fornido y de barba grisácea, con un vientre del tamaño de un tonel y un corazón más o menos igual de grande, fue el primero en recuperar el habla.

—¡Osquip! —aulló con ojos centelleantes mientras cogía la maza que pendía de su cinto—. ¿No te lo dije, Palmara, que el chico regresaría a tiempo y con regalo?

La madre de Ebenezer soltó un suspiro y cogió su pico para hundirlo de pleno en el cráneo de un roedor, antes de dar un puntapié a la masa de carne que todavía se retorció en el suelo. Los años de vida en común habían limado las diferencias entre aquella pareja de enanos; salvo por el corte femenino de su túnica, Palmara Lanzadepiedra era prácticamente idéntica a su compañero. Hizo un gesto con su pica ensangrentada.

—Hay dos más allí. ¡Tú, Gelanna! ¡No te acerques a ellos! ¡Yo los vi primero!

Durante un rato, la ceremonia quedó olvidada mientras los enanos se afanaban en perseguir a los osquip invasores. Ebenezer se fue abriendo paso hacia el centro de la caverna. El atril de piedra que servía de podio para las reuniones del clan se había convertido en altar, pero ahora estaba abandonado porque las sacerdotisas de Clangeddin se habían unido gozosas al deporte rey. Tarlamera y su futuro marido, un retoño de enano que no medía más de metro y medio y pesaba poco más de ochenta kilos, estaban de pie con los brazos en jarras, contemplando la escena con una mezcla

de diversión y frustración en los ojos. Los combates contra osquip eran divertidos de mirar, pero ningún enano era capaz de quedarse inmóvil cuando había descuartizamiento de por medio. Sin embargo, Tarlamera llevaba el delantal de las celebraciones y las demás doncellas del clan la habrían abofeteado si osaba ensuciarlo con entrañas de roedores. Era una lástima, pero la tradición lo exigía.

—Eres un enano afortunado, Frodwinner. Te llevas la doncella enana más hermosa de todas las cavernas —lo felicitó Ebenezer, de corazón. Su hermana era una belleza; la barba roja, por lo general salvaje, se veía ahora cuidadosamente trenzada y el pelo, recogido en tirabuzones brillantes. En persona, aquellos malditos tirabuzones quedaban bien.

La joven soltó un bufido, pero lo contempló con ojos cariñosos.

—Ya era hora de que aparecieras. ¿Te quedarás mucho tiempo?

Era una pregunta familiar, y pronunciada con un tono de sarcasmo que parecía anunciar la respuesta de Ebenezer.

—Todo el que pueda resistir —admitió, aunque intentó matizar el comentario con un encogimiento de hombros—. No puedo quedarme quieto mucho tiempo, y lo sabes.

Tarlamera sacudió la cabeza, confusa, y barrió con un gesto de la mano la amplia sala de la comunidad.

—De todos los mundos que has recorrido, ¿has visto algún lugar que pueda equipararse a éste?

Ebenezer sacudió la cabeza con bastante honestidad. La sala comunitaria del clan Lanzadepiedra era impresionante, aunque también acogedora. En ella tenían lugar las ceremonias, las celebraciones y los combates simulados; era una caverna de grandes proporciones, con un suelo nivelado y liso, y unas paredes profusamente talladas. Con el paso de los siglos, los artesanos Lanzadepiedra habían ido esculpiendo multitud de frisos que describían las victorias y las fiestas enanas. En la sala desembocaban varios túneles laterales y mediante escaleras adosadas a las paredes podía accederse a niveles superiores. Varias de esas aberturas conducían a los hogares privados de las familias, otros a las forjas y las tiendas donde se trabajaba con gemas y que mantenían al clan felizmente ocupado. Por supuesto que eran buenos mineros y herreros, pero el clan Lanzadepiedra también era conocido por las obras de arte de gran categoría que forjaban con gemas y metales. Unos cuantos enanos trabajaban como mercaderes e intercambiaban las piezas terminadas por materiales que era difícil encontrar, cosa que inquietaba a Ebenezer. Sus semejantes vivían demasiado aislados, demasiado apegados a su clan y orgullosos de su raza para comprender que había humanos que entrañaban mayores peligros que otros.

—Parece que se acaba la fiesta —comentó Frodwinner haciendo un gesto hacia los demás enanos. El frenesí con los osquip había acabado, salvo por unos últimos

golpes. La mayoría de los restos habían sido sacados a rastras de allí para ser lanzados al río. La corriente de aguas turbulentas se encargaría de arrastrarlos y, aquello que no se quisieran comer los ciudadanos de la ribera acabaría por llegar a la cueva de la hidra, que tenía multitud de bocas por alimentar.

Al cabo de pocos minutos, la cueva se vio limpia de restos. Varios enanos izaron cubos de agua de los pozos para acabar de limpiar el suelo y eliminar los últimos vestigios de la batalla a través de unas diminutas aberturas que había en el suelo y que estaban cubiertas con rejillas de hierro forjado.

—¿Podemos seguir con esto? —preguntó Palmara Lanzadepiedra, con los brazos en jarras sobre sus generosas caderas—. Tengo una hija por casar, un hijo por recibir..., y ¡mirad ahí! —exclamó, señalando las mesas cubiertas de manjares que esperaban a un lado de la caverna—. El puchero se enfría y se calienta la cerveza.

Aquellas consideraciones de tipo práctico consiguieron que los invitados a la boda se apresuraran y las sacerdotisas volviesen a ocupar su lugar en el altar. Ebenezer se acercó a su barbuda madre para envolverla en un abrazo y darle un sonoro beso, cosa que provocó un estallido de felices protestas de la mujer.

La ceremonia fue breve pero solemne. La celebración que siguió fue todo lo contrario. Todo el clan Lanzadepiedra se reunió en torno a las mesas para contar historias increíbles e intercambiar insultos extravagantes hasta que todos los pucheros quedaron rebañados y vacías más de la mitad de las jarras de cerveza. A una señal de Palmara que, como madre de la novia, era la encargada de dirigir la fiesta, una veintena de músicos se distribuyó entre las mesas para iniciar una alegre melodía con sus cuernas, flautas y tambores. Los enanos se lanzaron a bailar con tanto entusiasmo y vigor como se lanzaban al campo de batalla.

Una extraña sensación de júbilo se apoderó de Ebenezer mientras contemplaba cómo los suyos saltaban, giraban y avanzaban en masa siguiendo las líneas intrincadas de una danza en círculo. Se sentía feliz de estar en casa y el hecho de saber que al cabo de una decena de días se sentiría igual de feliz por marcharse no mitigaba lo más mínimo aquel instante de placer.

Pero en aquel momento movía con nerviosismo los pies. Cogió su bolsa y extrajo una pipa y un puñado de hierba antes de recordar que Palmara Lanzadepiedra no tenía nada de eso en su caverna. Ebenezer había adquirido el hábito de fumar durante sus viajes, y le gustaba fumar de vez en cuando en pipa. Pero los Lanzadepiedra fruncían el entrecejo ante semejantes vicios y la última vez que había ido de visita se habían quejado en voz alta del humo. Ebenezer había señalado, a su entender con bastante lógica, que en un poblado caldeado y aromatizado con el humo de las forjas y las chimeneas, una nube más no tenía importancia, pero ellos no lo veían así. Con un suspiro de resignación, Ebenezer se metió la pipa en el bolsillo y echó a andar hacia el río más cercano.

Caminó bordeando el río durante poco más de una hora, exhalando feliz el humo de la pipa mientras disfrutaba del rumor salvaje y el gorgoteo del agua. El arroyo iba ahora crecido porque había llegado la primavera y se había llenado de toda la nieve fundida de las montañas de las Espada, pero aquella era la única intrusión del mundo de la superficie. Los túneles estaban húmedos y oscuros, lo cual le producía una sensación de placidez. No eran completamente seguros porque los Lanzadepiedra tenían que luchar contra todo tipo de bichos, desde osquip a kobolds y drows, pero le producía una agradable sensación de seguridad el hecho de tener un techo de piedra por encima de la cabeza, y muros a ambos lados. Era un mundo aparte de la luz y el bullicio que había bajo el sol.

Ebenezer acabó la pipa y sacó yesca y pedernal para encender otra. La chispa y el parpadeo de luz recibió en respuesta el eco de otra luz, más adelante y filtrada por otro túnel lateral. Ebenezer frunció los labios y miró de soslayo la luz. En aquellas profundidades, la presencia de luz era algo raro, y por lo general mala señal. Todos los habitantes de los túneles podían ver sin necesidad de luces.

Mientras pensaba eso, un trío de figuras altas y escuálidas emergió del túnel lateral y sus flacas siluetas quedaron claramente enmarcadas a la luz de su propia antorcha. Ebenezer escupió al suelo y soltó una maldición. Humanos. Bastante malo era que camparan a sus anchas en las montañas de la superficie, pero no tenían derecho a entrar en los túneles enanos. ¿Cómo habrían encontrado el camino que conducía a aquellas profundidades? Solamente un puñado de humanos sabía de la existencia del clan de los Lanzadepiedra y todos ellos sabían mantener la boca cerrada.

De repente, Ebenezer recordó el cincel que había robado de la horda de osquip. Lo cogió del cinto y estudió la marca grabada en el mango de mithral. Sí, había pertenecido a tío Hoshal. No cabía duda..., allí estaba la marca de Hoshal, grande como la nariz de un gnomo. Pero ¿cómo se habrían hecho con él los roedores? Ebenezer se estrujó la memoria, intentando evocar la imagen del rostro sombrío y picado de viruela de Hoshal en la celebración de la boda, pero no pudo recordarlo. Ahora que lo pensaba, estaba seguro de que Hoshal no había participado en los festejos, a pesar de que era muy aficionado a la cerveza que se servía en las bodas. Su ausencia, unida al hecho de que corrían humanos por los túneles, auguraba problemas.

—¡Piedras! —volvió a maldecir Ebenezer. Se colocó de nuevo el cincel en el cinto y se dispuso a seguir a los tres intrusos.

Algorind se apresuró a llevar de regreso a Summit Hall el cuerpo de su camarada dignamente cubierto y dispuesto en una litera que el propio Algorind había construido con ramas. Tener que arrastrar aquel fardo le supuso invertir más tiempo

en el trayecto y la ceremonia de inducción había empezado ya cuando Algorind alcanzó las puertas del monasterio.

La oscuridad envolvía las montañas y las piedras color de arena de los muros exteriores parecían fundirse con el terreno. Si no hubiese sido por las luces brillantes que despedía la capilla y su propio conocimiento al detalle de la zona, Algorind no habría llegado jamás al monasterio. Muchos viajeros solían pasar junto a la torre de vigilancia sin llegar a ver siquiera el monasterio, lo cual no dejaba de sorprender a Algorind teniendo en cuenta el tamaño del complejo.

El vigilante de la puerta, un joven y robusto paladín que a menudo hacía de compañero de entrenamientos de Algorind, miró a su amigo de arriba abajo.

—Has conocido combate —comentó con un tono de envidia en la voz.

—Orcos. —Algorind se encogió de hombros en un gesto de desprecio hacia aquellas criaturas y luego señaló la litera inclinada—. Cayeron sobre este mensajero.

Han recibido la justicia de Tyr, pero no llegué a tiempo de salvar a este hombre valeroso.

—Ya me ocuparé de él, hermano. Se te necesita en la capilla.

El paladín se quitó la impoluta túnica azul y blanca y se la tendió a Algorind. El joven aceptó agradecido el préstamo y se puso enseguida la vestimenta. Los dos hombres tenían una talla similar, sobrepasaban unos centímetros el metro ochenta, y tenían los músculos bien cincelados por el entrenamiento constante con la espada, la lanza y el báculo. Algorind se mesó con la mano los cabellos rizados que llevaba muy cortos y se apresuró a ir a la capilla que, junto con el campo de entrenamiento, dominaba la existencia en Summit Hall.

Se detuvo ante la entrada de arcadas. Sus hermanos estaban en aquel momento entonando un hermoso e inolvidable canto que exaltaba la justicia de Tyr y el coraje de los hombres jóvenes que habían elegido su camino. Aquello significaba que la ceremonia estaba a punto de finalizar.

Algorind sintió una punzada de remordimiento. Había visto cómo los hombres eran investidos con anterioridad, pero nada lo emocionaba ni lo inspiraba más que aquella ceremonia sagrada. Era su sueño, y durante toda su vida había vivido ansiando presenciar un momento como aquél. El hecho de asistir a una investidura le hacía sentirse mucho más próximo a su objetivo. Muchas cosas habían conducido a aquel momento: años de entrenamiento con armas y devociones, el anhelo de ser paladín, las pruebas rigurosas, la noche en vela de oraciones en la capilla, el ritual del baño y la investidura con vestimentas blancas y una nueva túnica. Algorind todavía seguía el entrenamiento y pasaría un año o más hasta que pudiera conseguir el grado de paladín.

Se detuvo cerca de la puerta abierta, con la cabeza baja en actitud reverente, mientras Mantasso, el Señor Supremo Abbot, un corpulento guerrero que a pesar de

su rango todavía ejercía de entrenador de combate de los acólitos, oraba por obtener la bendición de Tyr. La ceremonia de la investidura, el acto de conceder una espada y el dibujo de sangre como símbolo de que la vida quedaba supeditada al servicio, corría a cargo del Maestro Laharin Barba Dorada. Era una ceremonia antigua que transmitía honor por el roce de una espada pero que los Caballeros de Samular llevaban a cabo con más solemnidad de lo que sugerían las historias románticas de caballería. Algorind contempló con gran deferencia y anhelo cómo el paladín de porte regio llevaba a cabo la ceremonia final de investidura y cómo aceptaba a su vez la espada de cada joven paladín mientras les recordaba que sus vidas quedarían supeditadas al servicio de Tyr.

Finalmente, los jóvenes paladines envainaron sus nuevas armas, teñidas todavía por su propia sangre, y se incorporaron como nuevos Caballeros de pleno derecho de la Orden.

Volvió a resonar el himno, pero esta vez henchido con una nota de exultación.

Algorind se unió al canto con todo su corazón y se mezcló con sus hermanos para salir de la capilla.

Casi de inmediato corrió por todo el recinto la noticia del mensajero que había sido asesinado y Algorind fue llamado al despacho de Laharin para que presentara su informe.

Algorind se acercó a toda prisa al alcázar, el ancho edificio que dominaba el extremo norte del complejo, y subió la escalera que conducía a la torre donde se hallaba el refugio sagrado del Maestro, un espacio circular amueblado con sencillez, e incluso con austeridad. El único toque de color de la sala era el vivido tono amarillo del bigote de Laharin Barba Dorada y su lacio cabello. El Maestro estaba sentado en un banco de madera de respaldo alto tras una mesa de madera pulida. Las sillas que flanqueaban la mesa por los lados y por delante no habían sido elegidas por la comodidad de su diseño y no había tapices que suavizaran la frialdad de las paredes de piedra. En un estante se apilaban volúmenes que describían las hazañas cumplidas, así como una única hilera de libros polvorientos. Un par de ventanucos altos y estrechos y un trío de cirios achaparrados proporcionaban luz suficiente para ver, aunque no para leer. La erudición no era una virtud que se despreciase exactamente, pero tampoco se consideraba una virtud de los caballeros de la Orden.

Algorind se introdujo en la estancia cuando le dieron permiso y se sentó en una de las sillas que había frente al Maestro Laharin. Hizo un gesto de asentimiento respetuoso hacia los demás hombres que flanqueaban al paladín: Mantasso y dos de los sacerdotes de mayor categoría, además de tres paladines de mayor edad, incluido sir Gareth Cormaeril, un nombre y paladín de gran fama, retirado del servicio activo de los Caballeros de Samular tras sufrir una grave herida treinta años atrás. A pesar de sus heridas y de haber sido obligado a llevar una vida inactiva, el anciano era

corpulento y todavía fuerte. Había llegado a la fortaleza aquella misma mañana, poco después de que Algorind saliera de patrulla, tras dos días de viaje a caballo que habrían agotado a hombres más jóvenes. En aquel momento, ejercía de consejero de mayor edad, vestido con un solemne traje azul oscuro, la barba blanca cuidadosamente recortada y los brillantes ojos azules incisivos y vigilantes.

Los hombres escucharon con atención el informe de Algorind.

—Has hecho bien —admitió Laharin cuando hubo concluido, una alabanza un poco extravagante en boca del Maestro de paladines—. Sin embargo, la tarea que recae ahora sobre nosotros es más difícil que tus proezas con las armas.

—No es un asunto fácil —admitió sir Gareth—. Nuestro hermano Hronulf creyó durante muchos años que su familia había muerto, pero ahora nos enteramos de que tiene un hijo. A menos que ese hijo perdido, nada más y nada menos que un sacerdote de Cyric, acepte la gracia de Tyr, poco podremos hacer por él. Esa niña, sin embargo, es otro asunto.

Mantasso cruzó sus rollizos brazos y contempló al caballero de arriba abajo.

—El mensaje dice que la chiquilla ha sido criada a salvo, que es feliz con la familia que la acogió cuando era bebé y que desconoce el maligno destino que ha elegido su padre. ¿Tenemos derecho a molestarla?

—No sólo tenemos derecho, sino que es nuestra obligación —repuso Laharin con toda seriedad—. Por supuesto, debe ser acogida para que la Orden la cuide y la instruya, y la posibilidad, aunque sea remota, de que conserve en su poder uno de los Anillos de Samular añade urgencia al asunto. La pregunta es ¿cómo proceder?

—Si me lo permitís, Maestro Laharin, diría que la respuesta la tenemos justo delante —intervino sir Gareth en tono cortés—. ¿Qué os parece ese muchacho? He oído decir que es lo mejor y más destacable de la cosecha y está más que dispuesto a emprender su camino como paladín. Encargadle la tarea de encontrar a la muchacha y el anillo.

El corazón le latió una vez, y luego otra, antes de que Algorind se diera cuenta de que estaban hablando de él. ¡Estaban hablando de concederle una misión de paladín!

¡No esperaba que le concedieran un honor semejante hasta al cabo de un año por lo menos!

—Veo que estás dispuesto —comentó Laharin en tono seco mientras examinaba el rostro entusiasta de Algorind.

—¡Más que dispuesto! Agradecido estoy, señores, de poder servir a Tyr y a su sagrada Orden, de esta forma o de cualquier otra.

—Está ansioso, de eso no cabe duda —murmuró Mantasso. El corpulento sacerdote se movió impaciente en la silla, lo cual provocó un inquietante crujido de protesta de la madera—. Antes de que continuéis, tengo que dar mi opinión de este asunto.

—Por supuesto —admitió Laharin en un tono de voz controlado—. ¿Por qué tendría que ser este asunto diferente de los demás?

Algorind parpadeó, atónito, ante aquella señal de desarmonía entre los Maestros.

Mantasso, que había estado examinándolo con atención, percibió su reacción y sacudió la cabeza presa de la exasperación.

—No querría faltar al respeto a ninguno de los presentes —confesó el sumo sacerdote—, pero este joven pertenece al clero, no a la orden militar. ¿No es obligación de todos los sirvientes de Tyr utilizar todos nuestros recursos a su servicio? ¿Todos?

Algorind posee erudición e idiomas, una mente despierta y gran potencial tanto para la enseñanza como para el liderazgo. Sus conocimientos sobre cartografía son notables y es un hombre de hablar fluido y correcto. En el clero, puede llegar lejos y hacer una gran labor para influir en mucha gente a favor de la causa de Tyr. Pero ¿cuántos paladines llegan a cumplir los treinta inviernos? ¿O incluso los veinticinco? ¡Quizá dos o tres de cada centenar! Vosotros, venerables caballeros de esta sala, no sois lo habitual sino una rara excepción a la norma.

—Y Algorind, ¿acaso no es excepcional? —replicó Laharin—. Somos plenamente conscientes de los dones que posee este joven como paladín y su potencial. La Orden necesita hombres de su talento y dedicación. El asunto queda zanjado. —Se volvió hacia Algorind—. Tienes una obligación, hermano. Intenta cumplirla bien.

Algorind se puso de pie, demasiado regocijado para poder hablar, e hizo una profunda reverencia al Maestro. Salió del estudio dispuesto a cumplir con su misión, plenamente consciente de que nada podía superar la gloria de aquel momento.

Sir Gareth salió tras él y lo llamó para que se detuviera. El afamado paladín estrechó la mano de Algorind con ambas manos como si Algorind fuera ya un caballero hecho y derecho, pero no se detuvo ahí sino que siguieron caminando juntos mientras sir Gareth le ofrecía consejos y asesoramiento y lo instruía sobre los pasos que debía seguir cuando rescatara a la chiquilla.

Aquella camaradería significaba más honor del que jamás habría soñado Algorind.

Escuchó con atención, almacenando en su bien entrenada memoria todos y cada uno de los detalles. En cuanto Algorind tuvo la bolsa preparada y el caballo blanco a punto, sir Gareth proclamó que estaba listo para partir.

—Vas a aportar grandes honores a la Orden, hijo mío —le aseguró el anciano con una amable sonrisa—. Recuerda las virtudes de todo caballero: coraje, honor, justicia. A ellas, añado una más: discreción. Este asunto es muy delicado. Es importante que no cuentes a nadie lo que estás haciendo. ¿Me lo prometes?

Casi mareado por la excitación, el culto a la heroicidad y el fervor sagrado,

Algorind hincó una rodilla en el suelo ante el paladín.

—En este asunto, como en todo lo demás, sir Gareth, haré lo que me ordenáis.

A Bronwyn le costó casi dos días dar con el paradero de Malchior. Primero, tuvo que encontrar e interrogar a los agentes Arpistas que habían actuado a las órdenes de Danilo para impedir que los hombres de Malchior la siguieran, lo cual no era una tarea fácil porque la privacidad era un hábito profundamente arraigado entre los Arpistas, y muchos se sentían reticentes a compartir secretos incluso entre ellos. Por fortuna, uno de los seguidores de Danilo apodado Listo era un halfling con pretensiones musicales; la copla que compuso sobre el suceso, en la que por supuesto hacía dramático hincapié en su propia participación, corrió de taberna en taberna y se oyó en todos los puntos de reunión de los juglares. Alice Hojalatera escuchó la canción en su noche libre y llevó hasta Bronwyn no sólo la información sino al propio halfling, que protestaba abiertamente.

El relato de Listo, desprovisto de todo recurso retórico, sirvió de poca ayuda. El sacerdote había desaparecido dejando en el aire una nubecilla de acre humo púrpura.

Bronwyn escudriñó la ciudad, recurrió a todos los puntos de información de que disponía y se endeudó a favores hasta tal extremo que, si hubiese tenido que equilibrar la balanza, habría estado ocupada hasta que cayeran las primeras nieves. No obstante, al final sus esfuerzos se vieron recompensados y acabó conociendo a un elfo que poseía recursos amplios y una reputación sumamente oscura.

—Estás en deuda conmigo —le dijo innecesariamente el elfo mientras le tendía un rollo de pergamino.

Bronwyn esbozó una mueca mientras cogía el papel, imaginando el tipo de pago que aquel contacto en particular le exigiría. Al desplegar el pergamino, soltó un silbido de admiración. Eran los planos de una villa de tamaño medio en los que con una letra pequeña y apretada el elfo había anotado las protecciones mágicas, las puertas ocultas, alcobas ocultas para vigilantes y demás secretos celosamente guardados. Alzó la vista, recelosa, hacia su benefactor.

—¿Cómo has conseguido esto?

Le dedicó una desdeñosa sonrisa.

—Querida mía, soy propietario de ese edificio. Como el hombre que buscas ha pagado el alquiler por adelantado, puedes hacer lo que desees con él, pero ten cuidado con el mobiliario y no manches de sangre las alfombras.

—Haré lo que pueda —repuso, secamente. Tras intercambiar unos cuantos comentarios graciosos más con el elfo, se marchó rumbo al distrito Norte.

Por la noche, aquel distrito era tranquilo porque la mayoría de sus acomodados residentes o bien estaban ocultos tras los muros de sus mansiones o bien habían salido en busca de placeres a lugares más bulliciosos de la ciudad. Mientras caminaba

por las anchas avenidas adoquinadas, se preguntó cómo reaccionarían los habitantes del vecindario más tradicional de Aguas Profundas si supieran que un sacerdote de Cyric se hallaba entre ellos. Probablemente, su respuesta se asemejaría a la del elfo: si el sacerdote pagaba sus deudas y se mantenía en asuntos de su incumbencia, no suponía ninguna amenaza real.

Pero Bronwyn tenía motivos suficientes para pensar de otro modo. Malchior había corrido muchos riesgos para encontrarse con ella, y aquella noche estaba dispuesta a descubrir por qué.

Bordeó la sala de fiestas La Sirena Amable, una estructura de piedra de gran tamaño y escaso buen gusto de la que emergían más torreones que cabezas tiene una hidra, así como numerosos balcones engalanados con intrincados diseños de hierro forjado. El edificio ocupaba el interior de una manzana de casas entero; se apartó de él para doblar por el callejón de los Gatos. Alzó la vista para contemplar las cabezas de piedra de aspecto natural que adornaban los aleros de multitud de edificios y recordó los relatos de taberna que aseguraban que a veces incluso se los había visto hablar con los transeúntes. Sin embargo, las únicas voces que se oían ahora eran las de los gatos extraviados que rebuscaban entre los desechos de las carnicerías que ofrecían sus mercancías durante el día. El aroma dejado por aquellas tiendas pendía pesado en el aire quieto, empapado de niebla. Bronwyn se alzó la capa por encima de la nariz y aceleró el paso, mientras intentaba esquivar a un par de gatos atigrados que se disputaban un pedazo de embutido.

A poca distancia de las tiendas, encontró el muro trasero del recinto ajardinado de la mansión. Palpó con la punta de los dedos la piedra y encontró el pestillo en el punto exacto donde el elfo había señalado que estaba. Tras prometer en silencio ser generosa en el pago de aquella deuda en particular, Bronwyn levantó el pestillo y esperó a que la puerta de piedra se abriera. Se coló por la abertura y se ocultó en la sombra de una pérgola de parra que decoraba el centro del jardín.

En un extremo de la pérgola, oculto a miradas indiscretas por la espesura de las hojas de parra, estaba el primer centinela. Bronwyn recordaba haberlo visto entre los soldados zhentarim que habían irrumpido en los baños tras la llamada de Malchior.

Titubeó un instante. No era fácil matar a un hombre, pero aquél en particular parecía haber estado muy dispuesto a matarla a ella, o a dejarla presa en manos de Malchior, lo cual probablemente habría sido peor.

Se deslizó por detrás del centinela con un pedazo de cuerda delgada, pero resistente, en las manos. Con un movimiento fugaz y súbito, alargó los brazos por entre la parra y rodeó la garganta del hombre con la cuerda. De sus labios escapó un breve y ahogado gruñido, que fue incrementando de volumen a medida que el hombre conseguía agarrar la soga con sus manos. Era mucho más fuerte que ella, y, en un momento de pánico, Bronwyn se dio cuenta de que pronto sembraría la alarma.

Se echó hacia atrás, afianzando ambos pies contra el emparrado de la pérgola, y tiró de la cuerda. Al cabo de un momento, el hombre se quedó en silencio. Bronwyn ató la cuerda con mano firme al emparrado y luego pasó al otro lado. Los ojos saltones del hombre fueron testimonio de la efectividad de su ataque. La mujer respiró hondo para tranquilizarse y luego se dirigió hacia la cámara de hielo.

La mansión estaba bien equipada, incluso el edificio de reducidas dimensiones y gruesos muros donde se almacenaban los pedazos de hielo que recogían en un río cercano y que serían un lujo durante los siguientes meses de verano. La casa estaba ahora casi llena y en ella hacía tanto frío como si fuera pleno invierno. Bronwyn se arrebujó todavía más en su capa mientras se abría paso entre los bloques de hielo.

Al final del pasillo encontró otra puerta oculta. Al abrirla, descubrió un pequeño túnel oscuro. Palpó en la oscuridad en busca del estante en el que le habían prometido que se guardaban velas; encendió una y fue avanzando por el estrecho pasadizo hasta encontrar un tramo de empinados escalones.

Según el elfo, aquel pasadizo atravesaba el muro trasero y desembocaba en la alcoba más lujosa de la mansión, donde seguramente se alojaría Malchior. Sólo confiaba en encontrarlo a solas.

Bronwyn avanzó sigilosamente por el pasillo y luego subió un tramo de empinadas escaleras de madera. Se movía con lentitud, avanzando sin que ningún crujido pudiera delatar su presencia. A cada paso que daba, se sentía más y más inquieta. No había telarañas en aquel túnel, ni señal alguna de que hubiera ratones.

¿Cómo podía ser secreto un paso tan bien conservado?

En el preciso instante en que empezaba a considerar la conveniencia de dar media vuelta, el pasadizo desembocó en otra puerta, esta vez una delgada hoja de madera cubierta por un tapiz. En apariencia, Malchior estaba solo y sumido en sus oraciones.

Bronwyn mantuvo los ojos cerrados e intentó no escuchar mientras la espantosa cadencia del cántico subía y bajaba. Saber que Malchior trabajaba a favor del Cyric era una cosa; otra muy distinta era estar allí mientras el dios de la oscuridad y la maldad era invocado.

Al final, Malchior acabó con sus oraciones. Bronwyn alcanzó a oír el gruñido que escapó de sus labios ante el esfuerzo de poner en pie su voluminoso cuerpo y luego el crujido de protesta del suelo de piedra ante el peso de sus zancadas.

El siguiente paso era el más arriesgado. Bronwyn abrió la puerta, se deslizó por detrás del tapiz y asomó la cabeza por un extremo. Malchior no estaba solo, después de todo, pero la joven mujer con quien compartía la noche yacía muerta entre el desorden.

Se percató también del estado lastimoso en que estaban las alfombras del elfo. El vestido de baratija y remendado que había depositado en una silla sugería que la mujer debía de proceder del distrito del Muelle; quizá fuera una furcia de taberna a la

que alguno de los hombres de Malchior había atraído hasta la mansión con la promesa de conseguir dinero fácil dejándose acariciar por un anciano. ¿Cómo podía ella saber que aquel sacerdote jovial y voluminoso obtenía placer de la muerte y del poder que conseguía con sus tratos con la muerte?

A Bronwyn le latía desbocado el corazón cuando desenvainó el cuchillo y esperó.

Contempló cómo el sacerdote se servía un vaso de vino rojo oscuro de una botella de plata y lo levantaba en dirección a la mujer a modo de saludo. Bebió un sorbo y cerró los ojos como si rememorara un instante de felicidad. Luego, tras soltar un suave canturreo, se dirigió al baño, por detrás del tapiz.

La mujer saltó de su escondite y le propinó un puntapié. La bota desapareció en la inmensidad de su carnosos vientre, pero tuvo el efecto deseado. Malchior soltó un resoplido como si fuera un fuelle y cayó al suelo.

Bronwyn agarró un mechón de cabellos y le hizo echar la cabeza hacia atrás. Acto seguido, se puso tras él y apretó con fuerza el cuchillo contra su garganta.

—Si gritáis, seréis hombre muerto —lo amenazó en voz baja, furiosa.

Malchior tardó varios minutos en recuperar el habla, pero cuando lo hizo fue capaz de responder con admirable aplomo.

—Soy capaz de discernir lo que es obvio. Decidme qué queréis. Se me enfría el baño. O, mejor aún, podríais cambiaros y bañaros conmigo.

Bronwyn casi sintió admiración por el descaro que demostraba.

—La pregunta obvia es ésta: ¿por qué intentasteis matarme la otra noche? ¿Era otro de vuestros juegos?

—Un pensamiento agradable, pero no —repuso el sacerdote. La voz le salía ahora con más fuerza, pero la cólera que mostraba el rostro de Bronwyn lo impulsaba a observarla con ojos temerosos—. No era un juego. No os deshonraría con asuntos triviales. No sois una furcia de taberna que pueda usarse y luego descartarse.

—Me honráis. ¿Por qué, entonces?

El hombre alzó las manos, con las palmas hacia arriba.

—No fue nada personal. Formo parte de los zhentarim y vos sois hija de un reconocido enemigo de los zhentarim. Un hombre que desee conservar la vida no permite que queden lobeznos que puedan afilar los colmillos y crecer con ganas de venganza.

Bronwyn se quedó helada. Nada, nada de lo que hasta entonces había vivido o experimentado, nada que pudiese salir de aquel hombre retorcido de malvada imaginación, podría haberla dejado tan perpleja como aquellas simples palabras: «Vos sois hija de...». Alguien.

—¿Quién? —preguntó con urgencia—. ¿Quién es vuestro enemigo?

El sacerdote soltó una risotada y todas las carnes de su orondo cuerpo temblaron.

—Querida mía, soy sacerdote de Cyric. Tengo más enemigos que padres tiene esa

puta.

El ligero énfasis que puso en la palabra «padres» estuvo a punto de hacer explotar a Bronwyn. Malchior había estado jugando con ella, y todavía pretendía hacerlo.

Contempló el cuchillo que tenía apoyado en su garganta y sintió deseos de hacer un tajo profundo, pero se contuvo porque si lo hacía nunca encontraría la respuesta que llevaba buscando desde hacía más de veinte años. Respiró hondo para tranquilizarse e intentó apaciguar su rabia.

—Decidme el nombre de mi padre. Decídmelo, y os dejaré con vida.

—¿Sois mujer de palabra? —se mofó el hombre—. ¿Dónde está mi collar?

—No fue culpa mía —gruñó—. Como vos mismo decís, un sacerdote de Cyric se granjea muchos enemigos. —Se le ocurrió una nueva alternativa para amenazarlo—.

Vos tocasteis el ámbar. Me preguntó qué tipo de secretos interesantes podría discernir un mago experimentado del rastro que vuestra magia dejó en él.

Aquel pensamiento hizo desaparecer el descaro de la mirada de Malchior, aunque sólo un instante.

—Y el collar, ¿está ahora en poder de un mago de ese tipo?

—Podría ser. Me lo devolvieron, pero estoy dispuesta a compartirlo por una buena causa.

Malchior consideró la propuesta.

—Os diré el nombre de vuestro padre si mantenéis el ámbar en vuestro poder durante, digamos, tres ciclos lunares.

—Hecho.

—Encontraréis divertida la información si tenemos en cuenta los ingeniosos métodos que utilizáis para hacer negocios.

—¡Soltadlo ya!

—Oh, muy bien, pero siento una ligera molestia en el cuello por el modo en que me sujetáis la cabeza hacia atrás. No es que vuestro rostro no sea agradable de ver, pero ¿podrías soltarme el pelo? Además, este cuchillo es de lo más incómodo...

—¡Hablad!

El sacerdote sopesó su impaciencia.

—Sois la hija mayor y única superviviente de Hronulf Caradoon, un paladín de Tyr. Creo que una especie de caballero.

A través de la oleada de confusión que la embargaba, Bronwyn asintió sin darse cuenta. El nombre removía recuerdos profundamente olvidados en su interior e imágenes que apenas podía apresar, como si fueran sueños que se esfumaban antes de poder atraparlos. La enormidad de aquella confesión la aturdió. Su padre tenía un nombre. ¡Ella tenía un nombre!

Apartó el cuchillo de la garganta del sacerdote. Luego, alzó una mano con la palma hacia arriba y golpeó con la empuñadura del arma a Malchior en la sien.

El hombre puso los ojos en blanco antes de que su cuerpo se desplomara.

Bronwyn le soltó el pelo y dejó que cayera de bruces sobre la alfombra que había echado a perder antes con la sangre de la prostituta.

Bronwyn se inclinó y, tras apoyar la punta de los dedos detrás de la oreja del sacerdote, comprobó que todavía le latía el pulso. Pronto se despertaría, para seguir actuando a favor de la maldad, pero ése era el trato que había hecho: su vida, y la promesa de que los secretos que sin querer hubiese confiado al collar de ámbar se mantendrían ocultos a miradas indiscretas.

Era una mujer de palabra.

Se levantó y se escabulló por detrás del tapiz. Se marcharía por una ruta distinta de la que la había llevado hasta allí, pero el inicio era el mismo. Mientras se abría paso por la vía de escape que su socio elfo le había marcado con sumo detalle, intentó no lamentar lo que acababa de hacer. Mantenía siempre sus promesas, ya se las formulara a un hombre o a un monstruo. Tenía sentido. Aunque una persona no tuviera ni una mínima pizca de honor, eso no impedía que reconociera y apreciara el honor en las demás personas. Ella actuaba así para sí misma, para sus clientes y para los Arpistas, porque la gente conocía su reputación y estaban dispuestos a hacer negocios con ella.

Sin embargo, existía otra razón que la impulsaba a mantener aquella férrea política, una más importante, profunda y personal. Si una vez, una sola vez, se permitía romper aquella regla prioritaria que marcaba su camino, ¿sería acaso diferente de la gente con quien trataba?

Una nueva voz resonaba ahora en su mente, una voz novedosa pero a la vez angustiosamente familiar, que añadía algo a aquella premisa: si rompía las normas, ¿podía ser verdaderamente hija de un paladín?

4

Ebenezer siguió el rastro hasta la orilla del río con tanto sigilo como si fuera uno de los gatos de Tarlamera. La mayoría de los humanos que conocía pensaba que los enanos se movían con tanto ruido como los aludes, pero la verdad era que cualquier enano digno de ser tenido como tal era capaz de caminar por los túneles con el mismo sigilo que los elfos avanzaban por el bosque.

Por ese motivo, aparte de por otros muchos, lo que sucedió a continuación fue harto embarazoso. En un instante, estaba Ebenezer caminando detrás de tres humanos, fuera del alcance de la luz de sus antorchas y de su visión limitada; al instante siguiente, estaba envuelto en una red como si fuera un pescado.

Las pesadas cuerdas cayeron sobre él con tal violencia que le dieron un gran golpe en la espalda. Gracias a la agudeza que su instinto de artesano le había proporcionado para admirar los objetos hechos con las manos, Ebenezer detectó que la red era resistente y pesada por los bordes, y que tenía entretejido un hilo por los extremos como si fuera la cinta para cerrar una bolsa de monedas de cuero. Sin embargo, Ebenezer no creía que los humanos pudiesen tener fuerza suficiente para cerrar aquella red, pero al alzar la vista a través de la malla de cuerda vio a una pareja de sonrientes semiorcos asomados en una repisa por encima de su cabeza. Uno de ellos se llevó la mano a la nariz para hacerle un gesto obscuro y burlón y luego entre los dos empezaron a izarlo.

El primer estirón hizo que la red se cerrara a sus pies y lo hizo tambalearse. El enano sacó, furioso, su cuchillo de caza y empezó a segar la red. Cercenó un hilo, luego otro, y cuando los semiorcos estaban a punto de ponerle la mano encima, la red cedió y Ebenezer se coló por la abertura para acabar cayendo pesadamente sobre el camino de piedra.

El impacto del enano sobre la roca retumbó por la caverna. Los humanos se dieron la vuelta y alzaron la mirada inquisitivamente hacia la repisa. Los semiorcos soltaron una voz de alarma y empezaron a bajar por la escarpada pendiente en busca de su presa.

Ebenezer se dio la vuelta, con el hacha en la mano, para enfrentarse a los humanos y a sus guardaespaldas semiorcos. La sonrisa de entusiasmo que alumbraba su rostro se desvaneció cuando sus ojos se posaron en el humano que llevaba la antorcha. Era un hombre alto vestido con una túnica corta de color púrpura y negro. Su cabeza afeitada era tan calva como el cráneo que lucía en un medallón de gran tamaño que le pendía del cuello. Ebenezer conocía aquel símbolo y no le gustaba demasiado. Un sacerdote. Se veía capaz de luchar contra los humanos pero si al grupo se añadía un cobarde y mentiroso dios humano, creía que el combate no resultaba equilibrado. No obstante, no tenía tiempo de pensar en el asunto. Los

semiorcos acabaron de descender por la pendiente y se acercaron a él con las armas en la mano.

Durante mucho rato el tintineo del acero sobre el mithral ahogó el rumor del río.

Luego, Ebenezer captó en un extremo de la conciencia otro sonido bajo, parecido a un inquietante cántico. El terror lo invadió y se debatió frenéticamente en un intento de acabar con la lucha y llegar hasta el sacerdote antes de que fuera demasiado tarde.

Sin embargo, el hacha se le estaba haciendo pesada y sus miembros se movían cada vez con mayor lentitud. Incluso los tirabuzones empapados de sudor de su cabello empezaron a relajarse y acabaron pendiendo lacios ante sus ojos cada vez más legañosos. El sonido del río empezó a amortiguarse también, hasta que el murmullo del agua pareció convertirse en una retahíla de palabras que apenas podía distinguir. Pronto, también eso desapareció y todo se sumió en la oscuridad y el silencio.

Se despertó poco después, con todos los miembros entumecidos y un dolor de cabeza que ni la mayor ingestión de cerveza era capaz de producir. Con cautela, se incorporó. Alzó las manos hacia la cabeza y se topó contra madera. Parpadeó mientras intentaba aclararse la visión y descubrir dónde se encontraba.

En primer lugar se dio cuenta de que estaba en una jaula robusta, de buena calidad, formada por gruesas tablillas de madera. Instintivamente, bajó la mano hacia el mango de su hacha pero, por supuesto, el arma había desaparecido. La jaula estaba situada en un recinto pequeño, una cueva diminuta situada a orillas del río. Parecía una especie de cueva del tesoro; sus secuestradores eran ávidos coleccionistas pues Ebenezer reconoció varios de los objetos que había visto en manos de la horda de osquip. Se habían tomado la molestia de retenerlo, en vez de matarlo sin más, lo cual habría sido lo más sensato, aunque le doliera tener que admitirlo.

—Parece que soy una especie de tesoro —musitó Ebenezer, más para animarse que porque creyera en la veracidad de sus palabras—. Ya iba siendo hora de que alguien reconociese lo que valgo.

Pero a medida que hablaba, el enano se dio cuenta de la verdad que encerraba aquella afirmación. Sólo existía una razón que justificaba mantener a un enano con vida, pero cualquier enano que fuese más digno que un escupitajo de lagarto preferiría morir antes que aceptarla.

Había sido capturado por traficantes de esclavos.

La puerta del muro occidental de Fuerte Tenebroso se abrió con un chasquido. El caballo de Dag Zoreth, al reconocer la fortaleza zhentarim como su hogar, pareció rendirse de improviso a la fatiga, corcoveándose y encabritándose de impaciencia por llegar al establo. Dag, con gesto ausente, dominó las riendas y obligó al caballo a seguir la fila de la caravana. A diferencia de su montura, él no se sentía especialmente feliz por regresar a la fortaleza que había sido su hogar durante varios años. El tiempo

pasado en el exterior, unido al convencimiento de que estaba a punto de adquirir su propia fortaleza, le permitían contemplar el fortín zhentarim con renovados ojos.

Fuerte Tenebroso era más sombrío y tenebroso que cualquier otro lugar que Dag hubiese podido ver o imaginar. El castillo era en sí mismo enorme, construido a una escala exageradamente grande con macizos bloques de piedra gris vetada de rojo.

Contaba la leyenda que el tono rojo procedía de la sangre que se había mezclado con la piedra y el mortero, y Dag no tenía duda de que fuese cierto. Una aureola de maldad y muerte emanaba del castillo de forma tan palpable como el humo que se elevaba en espiral de las chimeneas que coronaban sus muchas torres. Ubicada en un valle profundo, rodeada por tres de sus costados por altos y escarpados precipicios de piedra, y por el otro por el alto y espeso muro que acababa de cruzar su caravana, la fortaleza era prácticamente inexpugnable. El suelo del valle que cubría la distancia de la puerta al castillo era plano, irregular y salpicado de rocas, estéril salvo por un tortuoso arroyo cuyas aguas cantaban tristes mientras discurrían entre las rocas y un diminuto puñado de árboles.

El descomunal portalón se cerró a sus espaldas y Dag trotó a través del yermo valle hasta el muro interior que rodeaba el castillo. Medía nueve metros de altura y tenía casi el mismo grosor. Las patrullas de cuatro hombres que vigilaban la muralla podían cruzarse sin necesidad de ponerse en fila.

La caravana se detuvo al borde del profundo foso y esperó mientras se levantaba el rastrillo de hierro. La pasarela empezó a descender para cubrir el paso y el chasquido metálico del mecanismo le sonó a Dag como un dragón jugueteón que intentase clavar las garras en un acantilado liso de pizarra.

Dag y sus hombres cruzaron el puente que desembocaba en un patio de grandes proporciones. Descendió de su montura y tendió las riendas a uno de los solícitos soldados. Tras dirigir unas concisas palabras a sus hombres, recordándoles la penalización que sufrirían si divulgaban cualquier detalle del viaje, echó a andar y se introdujo por la puerta principal que conducía a un vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas de estandartes y cuyo techo, imposible de ver de tan alto, había sido diseñado según esas proporciones para poder acoger a los gigantes, muertos hacía ya tiempo, que habían construido la fortaleza.

Se detuvo frente a una de las descomunales puertas que desembocaban en el vestíbulo. En el centro del enorme portalón se había abierto una puerta más pequeña y manejable que era de mayor utilidad para los humanos que habitaban el recinto. Dag sentía punzadas de dolor en todos los músculos del cuerpo mientras subía por dos tramos de escaleras de caracol y atravesaba otra sala hacia el complejo de habitaciones profusamente amuebladas que eran sus aposentos privados.

Dag se había ganado aquellos lujos. Había trabajado en Fuerte Tenebroso como parte del nuevo cuadro de sacerdotes de guerra desde sus comienzos hacía cuatro

años.

Durante ese tiempo había alcanzado una posición de poder considerable entre el clero, superado sólo por Malchior. Incluso Kurth Dracomore, el capellán del castillo y el informante secreto, aunque por todos conocido, de Fzoul Chembryl, dirigente del lejano Zhentil Keep, observaba a Dag con cautela y respeto.

El joven sacerdote hizo un gesto a modo de saludo a una pareja de soldados con quien se cruzó de camino a algún recado. Podía permitirse cierta cortesía porque los preparativos para la conquista de El Bastión del Espino iban extraordinariamente bien.

Había enviado un comunicado a Sememmon, el mago que dirigía Fuerte Tenebroso, y éste había aplaudido su plan y le había ordenado acudir a la fortaleza para recoger a los hombres que llevaría en su nueva empresa. El mago aprobaba a las personas con iniciativa y ambición, siempre y cuando aquellos que las poseían no amenazaran su propia posición. Y Dag Zoreth no deseaba dirigir Fuerte Tenebroso, prefería reclamar su propio territorio. Esa conquista no significaba el cenit de la ambición de Dag Zoreth, ni mucho menos, pero sí que era un razonable siguiente paso, porque se añadiría al poder rápidamente creciente de los zhentarim, y también le produciría una gran satisfacción personal.

Una débil neblina púrpura envolvía el pestillo de la puerta: una advertencia para todo aquel que estuviera tentado de entrar sin ser invitado. Dag deshizo con prontitud los hechizos que protegían su puerta y entró. De inmediato, la lámpara que había junto a la puerta se encendió por sí sola, antes incluso de que él alcanzara la yesca y el pedernal. La estancia se vio de repente iluminada por una luz dorada y el aire impregnado del rico y sabroso aroma de aceite perfumado..., y el suave, embriagador y amenazador sonido de una seductora carcajada femenina.

Antes de que el sorprendido sacerdote pudiese invocar un hechizo de defensa, una sombra se removió en el extremo más alejado de la habitación y la silueta de una elfa de increíble belleza se levantó de la cama para situarse en el círculo de luz. Iba vestida tan sólo con un camisón de fina seda color rojo oscuro. El cabello, largo y rubio, había sido dejado suelto para que cayera en cascada sobre la pálida piel dorada de sus hombros.

El corazón de Dag dejó de latir un instante y luego reemprendió el ritmo con dolorosas punzadas. Habían pasado muchos años desde la última vez que ella acudiera a su alcoba, y nunca se habían encontrado en Fuerte Tenebroso.

Una sonrisa fugaz de reconocimiento curvó los labios exquisitos de la elfa cuando contempló al atónito sacerdote. Probablemente sabía que era aprensión, no deseo, lo que brillaba en sus ojos y le había quitado el color del rostro, pero para mofarse de él, se recogió un poco la túnica.

—¿Reconoces este camisón, quizá? Lo llevaba puesto la noche en que fue

concebida nuestra hija.

—Ashemmi. —Pronunció su nombre en un admirable tono de voz controlado y bien modulado—. Perdóname si parezco sorprendido. Pensé que deseabas olvidar el breve tiempo que compartimos.

—No he olvidado nada. Nada. —Se acercó como si flotara, acarició con la punta de los dedos los labios de Dag y luego tocó un punto en su frente en la que el cabello le formaba un remolino. Ladeó un instante la cabeza para contemplarlo—. Eres ahora más atractivo. El poder sienta bien a la mayoría de los hombres.

—Según esa teoría, nuestro lord Sememmon sólo podría equipararse al propio Corellon Larethian —comentó secamente, nombrando al dios elfo que simbolizaba la belleza masculina.

Ashemmi soltó una carcajada..., un sonido elfo único y hermoso que recordaba a Dag cascabeles o risas de niños, pero la elfa se apartó de él, cosa que era justo lo que Dag pretendía al mencionar al brujo que era su dueño y amante.

El rostro de ella se ensombreció un instante al captar su estratagema.

—Sememmon está seguro en su posición —repuso con firmeza—. Y más ahora que planeas establecer tu propia fortaleza. Cada vez recela más de ti, y lo sabes. —Intensificó un poco el tono de voz con coquetería mientras alzaba una ceja en sutil gesto de desafío.

Dag comprendió y cayó de pleno en una sutil cacería que casi había olvidado. En aquel arte, Ashemmi era una maestra. Con pocas palabras, la descarada mujer mezclaba la competición feroz por el orden jerárquico de Fuerte Tenebroso con un recuerdo tentador de sus considerables encantos personales. Un equilibrio muy volátil, sin duda.

Todo lo que él dijera, fuera cual fuese la nota que tocara, podía ser peligrosamente equivocado, y aquel convencimiento le aceleraba el pulso y reavivaba el placer oscuro que había probado por última vez hacía nueve años. Dag no era un hombre que apreciara el intercambio carnal a secas, pero aquél era un juego que le hacía disfrutar, y aquella mujer era una gran jugadora.

Una vez restablecido el equilibrio, el sacerdote se acercó a una mesa y sacó el tapón de una botella de exquisito licor elfo. Sirvió dos copas y tendió una de ellas a la hechicera elfa, quien se la llevó a los labios para saborear el aroma y el gusto con deliberada lentitud y turbador gozo..., sin dejar de observarlo al sacerdote por encima del borde de la copa. Dag se limitó a dar un sorbo a la bebida y esperó a que ella hablara.

Al final, ella se cansó del juego y apartó la copa.

—Eres paciente, querido. Siempre lo has sido. En una ocasión, pensé que era..., encantador.

—Los tiempos han cambiado —apuntó él en un tono de voz anodino que, a pesar

de todo, tenía mil y un significados.

Una sonrisa breve y apreciativa cruzó por el rostro de la elfa. Después del poder y de la belleza, Ashemmi apreciaba la sutileza por encima de todas las cosas. Se acercó lo suficiente para envolverlo con la fragancia de su perfume: una mezcla seductora y lujosa de flores nocturnas, almizcle y azufre.

—Los tiempos han cambiado —convino—. Hace poco hice una visita a Zhentil Keep. Las señales de su destrucción han desaparecido casi por completo.

—Me alegro —comentó Dag, antes de dar otro sorbo al vino.

—Mucho. —Alargó la mano para coger la copa que él sostenía entre las suyas, le dio la vuelta y lamió con la punta de la lengua el borde donde se acababan de posar sus labios—. Ha llegado el momento de reconstruir lo que tuvimos y de alcanzar nuevas...

cimas.

—Siempre has sido ambiciosa.

Aquel comentario pareció resultarle divertido. Dejó la copa y empezó a pasear en círculos alrededor de él.

—Las oportunidades abundan para aquellos que tienen la valentía y la inteligencia suficiente para cogerlas. Tú sabes hacerlo bien. Tu devoción hacia los zhentarim está fuera de toda duda, y tus hechizos poseen más fuerza que los de ningún otro clérigo de la fortaleza. No cabe duda de que rivalizas en poder de hechizos con todos los hechiceros de Fuerte Tenebroso, salvo con dos de ellos. —Se detuvo cuando quedó frente a él más cerca de lo que lo había estado en todo el rato; tan cerca que él fue capaz de percibir el calor que desprendía, y también el hielo. Dag se empeñó en disimular el conocimiento que sus ojos tenían de aquella mujer, incluso cuando ella alargó la mano para desatar el broche que le sostenía la capa. El pedazo de tela oscuro cayó sin hacer ruido, al suelo.

Se aclaró la garganta mientras pensaba en lo que podía decir.

—Me halagas.

—En absoluto, sólo digo la verdad. —Ashemmi empezó a jugar con su medallón, palpando el diseño en relieve del resplandor.

Instintivamente, Dag se cubrió con la mano el medallón, y el secreto que se ocultaba detrás. No podía arriesgarse a que ni ella ni nadie descubriese el anillo. Al día siguiente, haría que se lo enviaran a su hija para mantenerlo a salvo. Para distraer a una Ashemmi súbitamente interesada por la fuente de su inquietud, él alzó el medallón por encima de su cabeza y lo depositó en una vasija de plata que había en la mesa.

Un destello de triunfo iluminó los ojos de la hechicera. Sus manos descendieron hacia el cinturón, de donde pendían las armas y su bolsa de pociones y pergaminos. En cualquier otra mujer, aquello no habría sido más que un lógico paso a seguir, pero

no en Ashemmi. Dag se había despojado de un signo de poder: ella pretendía despojarlo de otro. Sin duda Ashemmi, con su pasión por la ironía, pretendía castrarlo así.

Dag capturó una de sus manos errantes, cogió una de las copas de vino y le cerró los dedos alrededor.

—¿A qué vienen todas estas preguntas, esta súbita pasión por la «verdad»? Hasta ahora no había notado que demostraras gran interés por ella.

De repente, los ojos dorados de la elfa se endurecieron. Dio un paso atrás y apartó impaciente la copa.

—Vamos a hablar claro. Tienes inteligencia, talento, ambición y el apoyo de quienes gobiernan en Zhentil Keep. ¿Por qué insistes en sitiar una fortaleza? ¿Qué tienes que probar?

Así que eso era. De alguna manera, se había enterado de sus planes y se sentía confundida.

—Atribuyes demasiadas complicaciones a mi mente. Mis motivos son simples: tan sólo deseo dirigir mi propio baluarte y la fortaleza que deseo, por desgracia, no se encuentra en este momento bajo control zhentarim. Corregir ese pequeño contratiempo no es tarea difícil. —Se detuvo y deslizó una mano entre la sedosa espesura de sus cabellos para cogerla por la nuca y, luego, apretó lo justo para que doliera—. Pero, de verdad, me conmueve tu inquietud por mi bienestar.

Se echó hacia atrás para zafarse de su abrazo y sus labios se curvaron en una sonrisa felina.

—¿Por qué no iba a estar preocupada? Al fin y al cabo, eres el padre de mi única hija.

El corazón de Dag se aceleró ante aquella segunda referencia a una criatura que, a su modo de ver, le pertenecía a él en solitario. Ashemmi había estado encantada de cederle al bebé ocho años atrás, temerosa de que su ascenso al poder pudiese verse obstaculizado por aquel retoño mestizo colgando de sus faldas de seda, y lo único que había pedido de Dag —no, exigido de él— era su promesa de mantenerlo en el más absoluto secreto. Era la primera vez que habían hablado de la criatura, o de otra cosa, en ocho años.

Le acarició con la mano la espalda mientras hacía un esfuerzo por reconducir la conversación a un terreno más seguro.

—Tomo nota de tu inquietud, pero la recompensa bien merece el riesgo. La fortaleza será una buena adquisición para los zhentarim. Está ubicada estratégicamente en una ruta comercial de importancia.

—Y está lejos de Fuerte Tenebroso. No olvidemos eso. Podrás tener a tu preciosa hija a tu lado sin preocuparte de tener que compartirla a ella... ni el poder que posee.

El sacerdote sintió que el color le desaparecía de las mejillas, cosa que parecía

divertir a Ashemmi. Una vez más, la mujer elfa ladeó la cabeza para estudiar su rostro.

—Ahora comprendo las habladurías de los soldados —susurró—. ¿Sabes lo que dicen de ti cuando están seguros de que nadie los escucha? Eres tan pálido y austero, de pasos y figura tan delicada que apenas haces un solo ruido al moverte, apenas produces sombras. Los pones nerviosos. ¡Dicen que pareces un vampiro en todo menos en los colmillos!

Más allá del obvio insulto, en sus palabras había mucha más sutileza, recordatorios de que Dag Zoreth era un hombre pequeño y físicamente débil en una fortaleza de guerreros. Él sonrió de todas formas y siguió bajando la mano hasta hundir los dedos en carne fresca y tierna.

—Si deseas hacerlo, puedes decirles que tengo los dientes afilados.

Su risa volvió a flotar por el aire.

—Es mucho más divertido que lo descubran por sí solos. —Se serenó enseguida y se apresuró a apartarse de sus dolorosas caricias—. Estábamos hablando de tu plan para asaltar a la fortaleza de la montaña. Seguro que conoces las dificultades de un asedio. Es un proceso prolongado y costoso. La fortaleza que deseas está a pocos días de marcha de ciudades que no son partidarias de nuestra causa, lo cual reduce en gran medida tus posibilidades de éxito. ¿Crees que Aguas Profundas permitirá que el ejército zhentarim lleve a cabo un asedio prolongado cuando en cinco días pueden reunir guerreros suficientes para plantarte batalla en terreno abierto?

Dan había considerado todas aquellas opciones y estaba preparado. Cogió un mechón de sus pálidos cabellos dorados y, tras dejar que se escurriera entre sus dedos, rozó su esbelta figura.

—Estate tranquila. No pretendo asediar ninguna fortaleza.

—¿No? Entonces, ¿qué? No creerás que puedes conquistarla sin más, ¿verdad?

No hay suficientes guerreros en todo el Fuerte Tenebroso para hacer algo así ni tampoco serás capaz de reunir una fuerza del tamaño suficiente sin llamar la atención. ¡Saltaría la alarma antes de que salieras de las colinas del Manto Gris! ¿Qué harás, entonces?

Él recorrió con la mirada la femenina silueta que el camisón granate de Ashemmi apenas ocultaba.

—Es peligroso revelar demasiado detalles al enemigo, ¿no lo sabías?

Ella volvió a sonreír, de forma siniestra, y alargó los brazos para entrelazarlos por detrás de su nuca.

—Si las fuerzas del enemigo están equilibradas con las propias, la batalla puede ser una agradable diversión. Dímelo, y luego no tendremos que hablar más.

Dag se recordó a sí mismo la promesa que se había hecho de no tener más relaciones con aquella víbora en forma de elfa.

—He estado preparando este ataque durante mucho tiempo. Se ha dispuesto todo para asegurarnos de que es un asalto exitoso, aunque poco ortodoxo.

—Puedes hacerlo mejor. Lo recuerdo bien —le murmuró al oído.

Él dio un paso atrás mientras todavía podía.

—Conténtate con esto: la captura de ese fortín no mermará la fuerza militar de Fuerte Tenebroso. No pretendo hacer pedazos ni a Perespectro ni a sus oficiales contra los muros de la fortaleza —aseguró, nombrando al jefe rival de Ashemmi por la posición de segundo al mando. Incluyó la cabeza en una breve reverencia irónica—.

Lamento los inconvenientes que esto pueda causarte.

Se estudiaron en silencio un rato. Dag Zoreth no tenía la más mínima intención de decir a Ashemmi que pensaba ganar más del asalto que la simple posesión de una fortaleza. Ya sabía demasiadas cosas, como bien demostraba su presencia allí.

—Has hablado con franqueza. Ahora me toca a mí —respondió ella, como si hubiera seguido el hilo de sus pensamientos—. Estás planeando llevar a la niña a tu nuevo fortín.

La sangre enfurecida de Dag se enfrió de repente.

—¿Y qué más te da? La dejaste por propia voluntad en mis manos y yo he mantenido mi promesa. Pocos saben que tengo una hija y nadie sabe quién la dio a luz.

Nadie lo sabrá nunca, y menos que nadie Sememmon.

La sonrisa de Ashemmi era parecida a la que esbozaría un gato con el estómago repleto de crema.

—Oh, tal vez quiero que lo sepa. ¿Por qué debería importarle con quién me acostaba yo hace diez años? No tendría consecuencias..., a menos, por supuesto, que la chiquilla fuera descendiente directa de Samular...

Dag había estado temiendo aquella revelación desde la primera vez que Ashemmi había mencionado a su hija, pero incluso así las implicaciones lo dejaron asombrado.

¿Por qué iba a querer Ashemmi a su hija, a menos que supiera el poder que la chiquilla podía controlar? Esperaba con fervor que si Ashemmi había recibido aquella información por boca de Malchior la hubiese obtenido mediante el robo o el espionaje mágico. Pensar que aquellos dos podían estar conspirando juntos era algo que atemorizaba más que el abrazo de un fantasma. Si Malchior se enteraba de la existencia de la niña, no habría lugar seguro para ella. Pero seguramente Ashemmi no estaría dispuesta a proporcionar aquella valiosa información, ¿no, si podía explotar el poder de la niña para sí misma! Por desgracia, con una criatura tan sutil y traicionera como Ashemmi, era imposible saberlo a ciencia cierta.

Decidió lanzar un engaño. Recorrió la distancia que los separaba y le acarició con las manos la espalda mientras la atraía hacia él.

—Samular, claro —murmuró con la boca inmersa en su pelo. Su voz no mostraba

más que un tono de regocijo burlón y dulce—. ¿Qué significa para ti y para Sememmon un paladín muerto hace ya tiempo? ¿Acaso vosotros dos estáis pensando en cambiar de ocupación y de lealtades?

Ashemmi soltó un bufido, pero no pareció considerar el comentario digno de ser rebatido.

—Hay poder en la línea sucesoria de Samular, más incluso del que tú crees.

Las manos de Dag se quedaron quietas. Aquella afirmación lo sorprendía y lo intrigaba. Con lo que ya sabía, y sus sospechas de que Malchior no se lo había dicho todo, no dudaba de que las palabras de Ashemmi fuesen ciertas. Se echó un poco hacia atrás y se encontró con la mirada inquisitiva de ella.

—¿Qué quieres exactamente de mí? —preguntó bruscamente.

Una expresión de desagrado ensombreció los dorados ojos de Ashemmi.

—¿Hemos de exponer nuestras bazas? ¿Negociar como vulgares mercaderes?

—Dame ese gusto.

La elfa lo miró provocativa y luego se encogió de hombros.

—Muy bien: quiero que traigas aquí a la niña. Quiero explorar su potencial y, luego, veremos entre los dos qué uso hacemos de él, y de ella.

Aquello era más de lo que Dag podía soportar. Durante años había controlado su tiempo, sin arriesgarse a hacer una posible revelación de su herencia hasta que estuviera en posición de proteger a la niña inocente que, sin saberlo, portaba la sangre de Samular. Ashemmi estaba dispuesta a echar por tierra todo aquello y, además, estaba también dispuesta a desechar a la niña si no conseguía obtener beneficio del hecho de conservarla.

Apartó de un empujón a la hechicera.

—Triste razón es que una madre esté dispuesta a explotar a su propia hija —le espetó con frialdad.

—Y triste razón para un jefe militar ambicioso no hacerlo —le espetó ella a su vez—. Piensa en ello y, mientras, piensa siempre en mí. Esta situación representa una oportunidad para nosotros dos, siempre y cuando actuemos con inteligencia y discreción.

—Y hablando de discreción, ¿cómo crees que se tomará Sememmon el hecho de que hayas estado ocultándole todo este asunto?

La evidente amenaza de sus palabras encendió la furia de los ojos de Ashemmi.

—Si él o cualquier otra persona de Fuerte Tenebroso se entera del asunto de la chiquilla por boca tuya, será por estar conversando con tu espíritu. Yo se lo diré a Sememmon, a mi manera y en el momento que más convenga a mis propósitos. ¡Yo!

Acepta, y tú y tu retoño bastardo podréis vivir el exiguo período de tiempo que tenéis asignado. ¿Me explico?

Dag Zoreth contempló a la elfa con un grado de aversión que por lo general

reservaba a las criaturas que ocasionalmente pululaban por el muladar de la fortaleza.

—Por supuesto, Ashemmi. Te explicas muy, pero que muy bien.

—Bien —ronroneó, arrastrando las sílabas. Con gesto lánguido alzó los brazos y el camisón se disolvió en un remolino de niebla carmesí, que quedó flotando hasta envolver a Dag como un sofocante humo de amapolas ardiendo.

La sonrisa de Ashemmi era seductora.

—Siempre y cuando nos comprendamos el uno al otro, podemos ocultarle algún secreto más a nuestro señor Sememmon.

Durante un largo instante, Dag titubeó en el precipicio de la indecisión. Podía dar un paso atrás, apartarse y salir de la habitación, dejando a Ashemmi desnuda y furiosa.

Podía hacerlo.

Pero en vez de eso, respiró hondo aquella neblina y paladeó la fragancia encantada hasta que el poder amenazó con despedazarlo, y luego avanzó por la nube carmesí en dirección a ella.

Dos días después de que le fuera encomendada su misión, Algorind tiró de las riendas para detener a su caballo en la cima de una colina desde la que se divisaba un placentero valle. De una vivienda de piedra de aspecto acogedor salía una columna de humo; los gansos se contoneaban junto a un diminuto estanque mientras un pequeño grupo de ocas picoteaba entre la hierba en un corral cercado. La tierra había sido removida para plantar un pequeño huerto y del fértil suelo crecían ya varias hileras de plántones. Oyó el sonido de la voz burlona de una mujer y la balbuciente respuesta de una risa infantil y feliz.

Mientras contemplaba aquella escena hogareña, Algorind se maravillaba de que un hombre tan malvado se hubiese preocupado de proporcionar tanta comodidad y bienestar a su hija. Según todos los indicios, aquélla era una familia bondadosa que no conocía los aliados que había hecho. Quizá nada sabían de la herencia de su hija adoptiva, pero lo más probable era que, si se trataba de buena gente, comprendieran que lo más sensato era entregarles a la niña por su propio bien y por el de la Orden.

En aquel momento, se abrió la puerta de la vivienda y salió una mujer alta, de cabellos castaños. Llevaba el delantal recogido a modo de cuenco por delante de ella con una mano mientras con la otra empezaba a repartir grano para los pollos y los gansos. Los animales acudieron ansiosos a su llamada.

Algorind abrió los ojos de par en par. A simple vista, la mujer parecía de lo más decente, vestida con modestia con una simple falda de lino cubierta por un vestido largo, pero el color del vestido lo puso en alerta y lo alarmó. Era de un vivo color púrpura, un tono caro y difícil de conseguir, y que ninguna ama de casa decente y sencilla se atrevería a llevar.

Su marido salió del cobertizo para los caballos y la mano de Algorind salió disparada hacia su espada. No se trataba en absoluto de un humano, sino de un elfo. La aguzada vista de Algorind distinguió el paso templado del elfo, su forma de moverse y el gesto atento de su postura y su rostro. No era un simple granjero, sino un guerrero bien entrenado.

La verdad se le ocurrió de repente. El sacerdote de Cyric había dispuesto la crianza adoptiva de su hija con malévola sutileza. ¿Quién iba a sospechar que una simple familia de granjeros alojaba a la hija de un zhentarim? ¿No era acaso más fácil pensar que se trataba de una tranquila familia de elfos que se dedicaba a sus asuntos?

No eran personas sencillas, felices con el regalo de una hija que los dioses no les habían concedido, sino mercenarios a las órdenes de un sacerdote malvado. La decepción espoleó la ira de Algorind, que se apresuró a desenvainar la espada y urgió a *Viento Helado* a salir al galope.

Al verlo descender con gran estruendo por la ladera, la mujer soltó un grito y huyó al interior de la vivienda, dejando caer en cascada el grano que estaba repartiendo entre los pollos, que se desperdigaron graznando. Algorind se abalanzó directamente contra el elfo, que se agachó y, tras rodar por el suelo, se incorporó con un largo cuchillo en cada mano y una mirada de odio asesino en sus *Gatunos* ojos verdes.

Algorind desmontó y caminó hacia adelante. Frenó la primera acometida del elfo y, tras desviar el arma hacia un lado, replicó a su vez, pero el elfo contrarrestó su ataque con la misma facilidad. Durante un rato, se quedaron los dos frente a frente, intercambiándose golpes con igual destreza y apasionada convicción.

Durante su entrenamiento, Algorind había aprendido multitud de estilos de esgrima. El elfo luchaba al estilo sembiano: ataques fulminantes con ambas manos, una técnica de bajos fondos muy apropiada para combates breves y decisivos y que permitiesen una retirada rápida.

—Luchas muy bien —comentó Algorind entre dos envites—, pero estás lejos de casa.

El elfo titubeó, sorprendido por sus palabras. La súbita punzada de dolor que asomó a sus ojos inhumanos despertó en el corazón de Algorind algo parecido a la lástima.

—Es un mundo triste y perverso —prosiguió el paladín— este en que los hombres buenos e incluso los elfos son arrastrados a participar en planes de hombres malvados.

Algorind esquivó a duras penas una acometida directa.

—¡Fueron hombres buenos los que me trajeron aquí! —le espetó el elfo, hablando por primera vez. Acto seguido, arremetió con una oleada de ataques centelleantes y tan incisivos que durante mucho rato el paladín tuvo que poner todo su empeño y

habilidad para frenarlo—. El tanar'ri Vladjick. —La voz del elfo sonaba ahora desgarrada por el cansancio y una cólera amarga—. ¿Recuerdas esa historia?

El paladín la recordaba, e hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza. Un terrible demonio, un tanar'ri, había sido invocado por la ambición de un hombre perverso. Años antes de que naciera Algorind, los caballeros de la Orden de Samular habían protagonizado una marcha contra esa criatura y, tras una batalla larga y virulenta, el tanar'ri había huido hasta un bosque situado al norte de Sembia. Entre los paladines y su terrible enemigo se encontraba una comunidad de elfos, que se resistió al paso de los caballeros por sus bosques, aliándose de esa forma con el demoníaco tanar'ri. Muchos caballeros buenos y nobles cayeron en el feroz campo de batalla y, desde entonces, parte de la Orden había seguido mirando con recelo a los elfos y su forma de ser tan desconocida e inhumana.

—Lo recuerdo —replicó el elfo entre dientes—. ¡Siempre lo recordaré! Los caballeros asesinaron a mi familia sin otro motivo que el hecho de que éramos elfos y nos encontrábamos en mitad de su camino.

Una vez más se echó hacia adelante, pero esta vez los sentimientos le hicieron perder un poco el control. Algorind cogió una de las muñecas del elfo con la mano izquierda mientras apartaba a un lado la otra mano del elfo con la empuñadura de su espada. El elfo era ligero, casi frágil, y no le resultó difícil rechazarlo y atacar con su espada. Una última embestida decisiva finalizó la batalla y silenció para siempre al elfo mentiroso.

Respirando entrecortadamente, Algorind se acercó a la vivienda. Confiaba en que la mujer estuviera más dispuesta a entrar en razón.

La estancia estaba vacía y la puerta de atrás, abierta. Algorind rodeó el edificio y siguió sin problema las huellas que habían dejado los pies de la mujer en el huerto.

La persiguió por entre los árboles floridos y la acorraló contra un alto muro de piedra de un corral de cerdos. Se dio la vuelta, con la chiquilla en los brazos, y se enfrentó a él sin pronunciar palabra, con el rostro surcado de lágrimas de desesperación.

Durante un instante, Algorind vaciló y se preguntó si le habrían informado mal.

Tanto la mujer como la chiquilla eran delgadas, y ambas tenían el cabello castaño cuidadosamente trenzado, pero ahí acababa cualquier semejanza. La mujer era humana: la niña, semielfa. ¡Seguro que no era ésta la hija heredera de Samular!

—No le hagas daño —dijo la chiquilla en un tono de voz claro y tintineante.

Había más rabia que miedo en sus almendrados ojos elfos.

—No tengo el más mínimo deseo de herirte a ti o a tu madre, niña —repuso con suavidad.

—Madre adoptiva —corrigió la pequeña, con un afán de decir la verdad que sí parecía propio de un hijo de Samular.

—Mujer, ¿es ésta la hija de Dag Zoreth, sacerdote de Cyric? —preguntó Algorind.

—¡Es mía! ¡Ha sido mía desde su nacimiento! ¡Vete y déjanos en paz! —suplicó la mujer. Puso a la chiquilla en el suelo y la envolvió con su amplia falda púrpura, cubriéndola con su propio cuerpo.

Aquello colocaba a Algorind en una encrucijada. Seguramente aquella valerosa y desinteresada reacción no era propia de un servidor del maligno. Retrocedió unos pasos, sin soltar la espada por miedo a que hiciesen algún gesto traicionero. Sus ojos se quedaron posados en la mujer vestida de púrpura, pero el centro de su atención fue más allá y sus labios se movieron en plena oración, mientras sentía que el poder que Tyr garantizaba a todos los paladines lo envolvía. En nombre del Dios de la Justicia, Algorind sopesó y midió a la mujer que tenía delante de él.

Punzadas de dolor se le clavaron como cuchillos en las sienes. Se le apareció una imagen: un resplandor púrpura y un reluciente cráneo negro. Algorind jadeó entrecortadamente. Tyr había hablado: la mujer estaba aliada con el maligno..., con una gran perversidad. Seguía al loco dios Cyric.

Pero Tyr también era compasivo, así que Algorind se echó atrás para apartarse de la imagen.

—Mujer, si renuncias a Cyric y a los malvados tratos que hayas hecho con él, dame a la niña y seguirás viva.

Los ojos de la mujer centellearon y con gesto desafiador escupió al suelo a los pies de Algorind.

La alternativa de Algorind era evidente y, sin embargo, seguía indeciso. Nunca había matado a una mujer, y mucho menos a una desarmada y que no hubiese sido entrenada. Y, por supuesto, jamás lo había hecho en presencia de una chiquilla.

—Corre, pequeña —le aconsejó en tono amable—. Esto no es adecuado para tus ojos.

Pero la niña resultó tan tozuda como su madre adoptiva y se quedó donde estaba.

Lo único que resultaba visible de ella eran sus manos diminutas, aferradas a la falda púrpura dorada de la mujer. Algorind musitó una oración silenciosa para sosegar su ánimo y ahogar sus propias protestas ante el terrible deber con el que tenía que enfrentarse. Arremetió con una única estocada de gracia y la mujer se derrumbó en el suelo. La chiquilla se quedó contemplándolo por encima del cuerpo de su madre adoptiva, con los puños todavía agarrados a la tela púrpura y los ojos abiertos de par en par por el terror. Luego, de repente, se volvió y echó a correr con la agilidad de una liebre.

Algorind soltó un suspiro y apartó la espada. Su tarea como paladín le resultaba cada vez más desconcertante.

Bronwyn no durmió bien aquella noche. En su aposento de la parte alta de El Pasado Curioso, se revolvía una y otra vez en la cama, con sueños repletos de imágenes olvidadas hacía tiempo, recuerdos infantiles que la revelación de Malchior había sacado a la luz. Su padre se llamaba Hronulf. Había sido paladín al servicio de Tyr. Había esperado algo de ella, algo importante. De pequeña, no había llegado a saber qué era, y ahora no era capaz de reunir imágenes suficientes para entenderlo.

Se levantó antes del amanecer, resuelta a encontrar respuestas. Por lo que sabía de los seguidores de Tyr, el hecho de aparecer a primera hora de la mañana no supondría ningún impedimento. Se vistió de prisa y salió de la tienda.

Alice, con su diminuto y tostado rostro contraído en una mueca de maternal inquietud, estaba ya despierta y la esperaba. Blandió ante Bronwyn el plumero de quitar el polvo con el mismo ímpetu con que hubiese blandido una reluciente espada.

—¿Adónde se supone que vas a estas horas?

Bronwyn suspiró y se reclinó en una estatua de mármol verde que había traído de Chult.

—Cosas de negocios, Alice, negocios que me permiten contratarte.

La gnoma soltó un bufido, en absoluto complacida por aquel comentario que le recordaba su estatus. Apuntó con un dedo acusador a Bronwyn.

—No creas que no sé a qué hora llegaste anoche. Vas detrás de alguna cosa, y quiero saber qué es. Déjame que te ayude, chiquilla —añadió en tono amable.

—De acuerdo —convino Bronwyn—. Voy al Tribunal de Justicia para hablar con alguno de los paladines que hay allí. He tenido noticias de mi padre.

La gnoma se sentó en un arcón de madera tallada.

—¿Después de tantos años? —murmuró con voz débil—. ¿Quién te ha dado noticias?

—Un sacerdote zhentarim, el que me encargó el collar de ámbar —fue la respuesta de Bronwyn, que apenas podía disimular la rabia que le causaba la traición de Malchior—. Persigue algo, y quiero averiguar qué es.

—Ya, supongo que es lo mejor —murmuró Alice con gesto ausente—.

¿Regresarás esta mañana?

—Después del mediodía. Tengo que parar un momento en la tienda de gemas de Ilzimmer en la calle del Diamante. Han estado reparando y limpiando la parte de oro de aquella pieza de esmeraldas.

—Perfecto. Pasaré por el mercado para comprar algo que comer.

Bronwyn le dio las gracias con un gesto y salió a la calle envuelta en la oscuridad.

El cielo empezaba a adquirir un tono plateado por encima de su cabeza y la mayoría de las farolas empezaban a parpadear por falta de reservas de aceite. A pesar de la hora tan temprana, la ciudad no estaba envuelta en sueños. Aunque los acomodados habitantes de la ciudad consideraban la calle de las Sedas un lugar para

hacer compras, cenar o buscar diversión, muchos de los empleados de esos locales habitaban en las viviendas de los pisos superiores y a aquella hora se alzaban nubecillas de humo de las chimeneas que indicaban que los criados y las amas de casa empezaban a encender los fuegos para preparar el desayuno. Una carreta pasó ruidosa por su lado, arrastrada por un par de bueyes corpulentos que obedecían las órdenes de un conductor de ojos soñolientos. Iba cargada con ruedas de queso y recipientes llenos de leche; un gato medio dormido que iba tumbado encima de una de las lecheras abrió un ojo para observar a Bronwyn.

La mujer fue a buscar a su caballo a un establo público cercano y puso rumbo al templo de Tyr. El Tribunal de Justicia era un complejo formado por tres grandes edificios de piedra gris, sombríos y cuadrados, dispuestos en forma de triángulo sobre una explanada de hierba. Sin embargo, el conjunto no parecía austero porque de los balcones del edificio principal pendía una hilera de brillantes estandartes que simbolizaban los colores de las diversas órdenes de paladines. Aunque la luz del sol apenas teñía el cielo, una docena o más de hombres y tres mujeres se encontraban enfrascados en pleno entrenamiento de armas.

Bronwyn expuso el motivo de su visita al joven caballero que había en la puerta.

Su gesto cortés se suavizó y sus ojos se animaron ante la sola mención de Hronulf.

—Estáis de suerte, lady —repuso en tono animoso—. Sir Gareth Cormaeril está hoy de visita. Fue gran amigo de Hronulf y su compañero de armas en su juventud.

Probablemente podáis encontrarlo en su estudio, atendiendo asuntos de su orden.

¿Deseáis que os escolte hasta allí?

—Por favor... —Bronwyn escuchó atentamente cómo el joven continuaba ensalzando a sir Gareth, a Hronulf y las antiguas y grandes hazañas de aquellos poderosos guerreros. Le contó la historia del ataque zhentarim y de la terrible herida que había sufrido Gareth defendiendo la vida de su amigo.

—Sir Gareth sirve a la Orden de los Caballeros de Samular como tesorero.

Hronulf, por supuesto, está todavía en servicio activo.

El corazón de Bronwyn latió con fuerza ante aquella noticia. ¿Su padre seguía con vida? Por algún motivo, aquella posibilidad nunca se le había ocurrido, pensaba que sólo iba a oír historias de su vida. Nunca había soñado con poder volver a verlo con sus propios ojos.

El joven caballero siguió parloteando, pero Bronwyn no oyó una palabra hasta que estuvieron frente a la puerta del estudio de sir Gareth. Tras hacer las presentaciones, el joven la dejó allí.

Sir Gareth era un hombre atractivo de edad madura que conservaba cierta robustez a pesar de la herida que le dejaba prácticamente inutilizado el brazo derecho. La recibió con cortesía y pidió que les sirvieran té.

—Así que deseáis saber cosas de Hronulf Caradoon —comentó—. ¿Me permitís preguntar el origen de vuestro interés?

Bronwyn no vio ninguna razón para mentir, pero su instinto y la fuerza de la costumbre la impulsó a no contar toda la verdad.

—He estado buscando a mi familia durante años y tengo razones para pensar que Hronulf pueda tener información que me sirva de ayuda en la búsqueda.

Sir Gareth se recostó en su silla y la observó, pensativo.

—Esto es sumamente importante. Hronulf también sufrió la pérdida de su familia. Estoy convencido de que se sentirá muy identificado con vos y hará cuanto esté en su poder para ayudaros. Bueno —añadió con una breve sonrisa de orgullo—, lo haría de todas formas.

La calidez de los ojos azules del caballero la conmovió.

—Me han dicho que es amigo vuestro.

—El mejor que he tenido nunca, el mundo entero no se merece uno mejor —respondió sir Gareth—, pero será mejor que lo conozcáis y podréis juzgarlo con vuestros propios ojos.

El caballero fue en busca de tinta y pergamino para escribir una breve nota.

Espolvoreó las letras con polvos de secar y luego sacudió la hoja para quitar el exceso.

Acto seguido, enrolló el pergamino y se lo tendió a un solícito escriba.

—Pon mi sello —ordenó con gesto ausente, y luego se volvió hacia Bronwyn—.

Llevad esta carta a Hronulf como presentación mía. Es capitán de una fortaleza conocida como El Bastión del Espino. ¿La conocéis?

—He oído hablar de ella. Está cerca de la carretera Alta, a unos dos días de camino al norte de Aguas Profundas, ¿verdad?

—Correcto. Ah, gracias. —Cogió el pergamino sellado de manos de su ayudante y se lo tendió a Bronwyn—. ¿Deseáis escolta? Yo no estoy en condiciones de acompañaros, pero con gusto enviaré a hombres de confianza para que os guíen y os protejan.

Bronwyn agradeció su gesto con una sonrisa y apartó de su mente el atisbo de recelo que aquel tono paternalista le inspiraba. Era una gentil oferta, y debía aceptarla con cortesía.

—Sois muy amable, sir Gareth, pero me las arreglaré sola.

—Entonces, que Tyr os facilite el camino. ¿Partiréis pronto?

—Hoy mismo.

El hombre se levantó.

—Entonces, no pienso entreteneros. Si sois tan amable, decidle a mi viejo amigo que le envíe recuerdos.

La mujer aceptó y, tras estrechar la mano que le ofrecía, salió a toda prisa del

Tribunal de Justicia. Pasó por delante de la tienda de Ilzimmer sin detenerse siquiera a preguntar por el estado de la reparación que tenía encargada. Después de todo, la familia de su cliente había tenido extraviado el broche de esmeraldas durante más de un siglo.

No iba a importarles mucho unos días más de retraso.

El bullicio propio de los barrios comerciales imperaba en la calle de las Sedas cuando Bronwyn llegó a su tienda, pero para su sorpresa, la puerta de El Pasado Curioso estaba cerrada y de ella pendía un cartel que anunciaba que la tienda reabría después del mediodía.

Bronwyn frunció el entrecejo mientras rebuscaba en sus bolsillos una llave.

Aquello no era propio de Alice. La gnoma era la tendera más fiel de todo Aguas Profundas, lo cual era decir mucho. ¿Qué podía haberla impulsado a cerrar la tienda durante las ajetreadas horas del mediodía?

Un recuerdo se abrió paso en un rincón de la mente de Bronwyn, y con él apareció una serie de preguntas que no había tenido tiempo de considerar, y una sospecha que le hizo latir el corazón desbocado en el pecho. Los Arpistas habían sabido dónde encontrarla la noche en que se había citado con Malchior; o bien habían estado siguiendo sus pasos durante aquel ajetreado día, cosa poco probable, o alguien les había informado de su punto exacto de reunión. Malchior y sus secuaces habían tenido conocimiento del lugar de reunión poco antes de la hora de la cita y sólo una persona conocía sus planes.

Alice.

Bronwyn volvió a introducirse la llave en el bolsillo y encaminó sus pasos hacia el sur, hacia la descomunal torre negra de superficie lisa donde parecían convergir todos los asuntos relacionados con los Arpistas. Mientras se abría paso por las concurridas calles, Bronwyn no dejaba de recordarse a sí misma que ya estaba acostumbrada a las traiciones y a no poder confiar en nadie, que era algo con lo que se enfrentaba a diario y que sabía ya cómo sobrevivir a ello. No era nada nuevo, y por lo general nunca era nada personal.

¿Por qué entonces le escocían tanto los ojos por las lágrimas mal disimuladas?

Ebenezer miró desanimado su jaula. Las tablillas de madera eran lo suficientemente gruesas y duras para mantener una manada de castores ocupados un día entero. Sin cuchillo ni hacha, tenía pocas esperanzas de liberarse.

Pero eso era precisamente lo que tenía que hacer. Humanos y semiorcos campando a sus anchas por los túneles, cazando enanos y metiéndolos en jaulas...; eso era un problema. Los hechiceros lanzadores de hechizos eran todavía peores, y ¿quién sabía cuántos más habría merodeando alrededor? Tenía que liberarse para avisar a los suyos.

El enano se arrodilló y miró alrededor. Los hombres habían regresado hacía un rato y embalado el botín de los osquip. Eran zhents, eso es lo que eran, unos saqueadores. La cueva estaba repleta de cajas pesadas, cerradas y envueltas con cadenas. No había nada que pudiese utilizar como herramienta o como arma, aunque pudiese encontrar el modo de llegar a cogerlo. Sólo unos metros de repisa de piedra y luego una caída hasta el río.

La inspiración lo asaltó de repente. Ebenezer se agazapó en un extremo de la jaula y, luego, lanzó todo su peso contra la pared opuesta. La jaula se tambaleó y, acto seguido, giró sobre un costado. Sacudió la cabeza para despejarse y repitió la maniobra.

Con cada doloroso batacazo conseguía acercar un poco más la jaula al borde de la repisa, al tiempo que rezaba a todos los dioses enanos que alguna vez habían blandido una maza que le diesen tiempo para acabar el trabajo antes de que el jaleo atrajese de nuevo a los zhents.

Ebenezer se detuvo en el borde mismo de la repisa. Un golpe más y la jaula se precipitaría contra el camino de piedra de abajo. No resistiría el impacto y él se vería liberado.

—Dolerá un poco —admitió, antes de lanzarse por última vez contra la pared de la jaula.

Para desesperación de Algorind, la chiquilla no se tomó su rescate muy por las buenas. Forcejeó con él hasta que llegaron a la aldea de Rassalantar, donde la dejó agradecido en manos de una niñera que sir Gareth había contratado. Tras hacerle beber una taza de té, la niña se quedó dormida y viajó así en la intimidad de un carruaje cubierto hasta llegar a Aguas Profundas.

Con gran alivio, entró en el recinto del templo de Tyr y, tal como le habían indicado que hiciese, mandó aviso a sir Gareth. En cuestión de unos minutos, el viejo caballero se reunió con él en la puerta, a lomos de un caballo y dispuesto a emprender viaje. Para sorpresa de Algorind, sir Gareth no lo guió al interior del complejo, sino que tomó una calle que iba rumbo al mar.

—Este asunto es de suma confidencialidad —le recordó Gareth—. Si hemos de encontrarle a la niña un lugar seguro donde ser criada, pocos deben estar al corriente de su llegada a Aguas Profundas.

—Pero seguramente estaría más segura en el Tribunal de Justicia —aventuró Algorind.

El caballero lo contempló con cariño.

—Muchos visitantes acuden al Tribunal de Justicia en busca de ayuda o de información. No podemos arriesgarnos a que sea descubierta la presencia de la niña porque podrían hacernos preguntas. ¿Por qué colocar a nuestros hermanos en una

situación en la que se vean obligados o bien a traicionarnos o bien a mentir? Aquello que no conocen, no pueden negarlo de buena fe.

—Estoy seguro de que es lo más acertado —convino Algorind, aunque por algún motivo se seguía sintiendo inquieto.

—Es necesario —corroboró sir Gareth con firmeza—. Ahora puedes dejar a la chiquilla en mis manos. Tu deber ha llegado a su fin.

Algorind titubeó.

—¿Qué deseáis que haga ahora, que regrese a Summit Hall para avisar de que la niña está sana y salva en vuestras manos?

—No, será mejor que cabalgues primero a El Bastión del Espino con un mensaje para Hronulf. Debería ser informado del paradero de su nieta.

El caballero alargó una mano para apoyarla en el hombro del joven paladín. Su rostro denotaba seriedad.

—Tengo un nuevo deber que encomendarte. Quédate con Hronulf tanto tiempo como te necesite. Temo que se acercan tiempos peligrosos y me sentiría más convencido de la seguridad de mi viejo amigo si supiese que un joven caballero de tu destreza y valor lo protege.

—Cumpliré gratamente lo que me pedís, pero todavía no soy un caballero —se sintió obligado a puntualizar Algorind.

Sir Gareth sonrió, pero en sus ojos apuntaba una expresión ausente, como si rememorara lejanas glorias.

—Haz lo que te digo y te prometo que morirás con los honores de un paladín, luchando junto a caballeros.

Al entrar en el estudio de Khelben, Danilo retrocedió sorprendido. La mandíbula del archimago lucía un ligero moretón en el punto donde Dan lo había golpeado. La ira que todavía sentía se desvaneció de inmediato, reemplazada por una sensación de culpa y de confusión. Khelben podía haberse curado con facilidad la herida..., ¿por qué habría decidido no hacerlo?

—Nuestra última discusión parece haber hecho más mella en ti de lo que yo pretendía —aventuró Danilo.

La mirada de soslayo que le dirigió Khelben mostraba un atisbo de modestia que la mayoría de las personas encontraría fuera de lugar en el carácter típico del archimago.

—Acepto tus disculpas —respondió Khelben con brusquedad—; ahora, será mejor que nos centremos en el asunto que nos ocupa.

Hizo un gesto de asentimiento hacia el otro ocupante de la estancia, una gnoma que estaba sentada sujetando con firmeza los reposabrazos de un asiento demasiado grande para su talla y que tenía las piernas rectas hacia adelante como si fuera una

chiquilla.

—Alice, me alegro de verte —saludó Danilo con cariño.

—Olvídate de las cortesías y escúchame bien —lo interrumpió el archimago—.

Ha surgido una situación que me impulsa a divulgar cosas que hasta ahora era mejor mantener calladas.

Khelben se acercó a grandes zancadas hacia su escritorio, cogió con gesto ausente una pluma y la manoseó con los dedos.

—Alice me ha contado que Malchior ha revelado a Bronwyn información sobre su pasado y en este momento ella está hablando con los seguidores de Tyr. La situación es grave y la coloca en una posición muy vulnerable.

Tiró la estilográfica manoseada a una papelera. Del interior del recipiente emergió una mano de color naranja con los dedos en forma de garra que la pilló al vuelo y, acto seguido, una sucesión de crujidos y de sonidos masticables revelaron bien a las claras el destino que esperaba a todos los papeles que el archimago descartaba y que, de otro modo, serían una pista de sus negocios.

—Es cierto que hay miembros de los zhentarim que conocen la identidad de Bronwyn. Pronto lo sabrán también los paladines de Tyr y es posible que le cuenten a ella el poder que le proporciona su herencia. Tanto los paladines como los zhents querrán explotar ese poder y, en consecuencia, a ella.

Danilo asintió con lentitud. Todavía no había digerido la rabia que las maquinaciones de Khelben le habían producido, ni la sensación de confusión que le producía el hecho de que él mismo hubiese participado en encubrir la identidad de Bronwyn, pero al menos empezaba a comprender el razonamiento de Khelben. No le gustaba lo más mínimo, pero la comprensión servía de ayuda. Un poco, al menos.

—¿Y qué poder es ése? —inquirió.

El archimago hizo una mueca.

—No lo conozco por completo —admitió—, pero al menos puedo contarte esto: los Caballeros de Samular tienen en su posesión tres anillos de considerable poder. Sólo pueden llevarlos los descendientes por vía directa de Samular.

—Es decir, Bronwyn.

—Sí. Lo que esos anillos pueden hacer y dónde los conservan, no lo sé. Hronulf porta uno de ellos, otro se perdió durante la incursión que destrozó su aldea y el tercero ha estado desaparecido durante siglos. —El archimago se volvió hacia Alice—. Y aquí es donde apareces tú. Averigua lo que Bronwyn sabe, y regresa de inmediato.

—Tengo que contarle lo de los anillos, ¿verdad? —preguntó Alice, ansiosa—. No será fácil confesarle que he estado vigilándola durante más de cuatro años, pero ha llegado el momento.

—Todavía no —le aconsejó Khelben—. Tienes que actuar como hasta ahora. Ver,

escuchar e informar.

—Pero...

La interrumpió con una mirada severa.

—Descubre lo que sabe. Y eso es todo.

Era evidente que estaba poniendo punto y final a la entrevista. Alice bajó al suelo desde la silla demasiado alta e inclinó la cabeza en una reverencia fugaz, sin demasiada convicción.

Danilo la vio salir, comprendiendo perfectamente cómo se sentía. La pequeña gnoma consideraba que Bronwyn era una amiga y, aun así, tenía que mantener secretos con ella porque era su deber como Arpista hacerlo. Era evidente que aquello contravenía su antaño orgullo de guerrero. A decir verdad, tampoco sentaba bien a Danilo y no pudo evitar preguntarse hasta cuándo él o Alice verían la balanza del deber más pesada que la de la amistad.

5

Bronwyn se detuvo cuando estaba a un centenar de pasos de distancia de la torre de Báculo Oscuro. Era uno de los edificios más curiosos de una ciudad poco usual: un cono de techo plano y cuya superficie no parecía tener ningún tipo de aberturas, rodeado de un muro fabricado con el mismo material y que tampoco tenía ningún paso evidente.

Circunvaló el muro, sin saber muy bien lo que andaba buscando. De repente, vio un cesto a los pies de la pared, un cesto alto de mimbre parecido a los que usan los mercaderes en los puestos del mercado. Había unos cuantos cestos de ese tipo en la trastienda de El Pasado Curioso. Bronwyn se situó entre dos edificios cercanos y se dispuso a esperar.

Al cabo de un rato, la cesta empezó a moverse, arrastrada por el asa por una gnoma diminuta de cabellos blancos. Bronwyn contuvo el aliento al reconocer a Alice.

A pesar de su dolor, Bronwyn no pudo dejar de admirar el ingenio de la gnoma.

Emerger a través de un muro invisible era una cosa, y llamaría la atención de cualquier transeúnte que lo viese, pero ¿quién iba a fijarse en una mujer de negocios gnoma que en apariencia se detenía un instante para ajustar la carga antes de seguir su camino? Era evidente que Alice planeaba colarse a través del muro por detrás de la cesta, esperar el momento oportuno, y luego seguir su camino. Muy ingenioso.

Bronwyn echó a andar tras ella, manteniendo una distancia de unos treinta pasos entre ella y la traidora gnoma. Al menos ahora sabía cómo los Arpistas habían estado al corriente de sus asuntos. El hecho de que Alice informara directamente a Khelben Arunsun, el Maestro Arpista, era un asunto un poco inquietante porque Bronwyn no veía motivo que le hiciese suponer que ella se merecía una atención tan individualizada.

Sin duda el archimago estaría preocupado por sus contactos con Malchior. Los miembros de los zhentarim no solían aventurarse en Aguas Profundas, y sus actividades se controlaban con detalle. Y, como ella misma había supuesto, un mago experimentado podía obtener gran cantidad de información del collar de ámbar que Malchior había tenido en sus manos. A Khelben no le habría agradado demasiado perderlo.

La cólera volvió a apoderarse de ella y durante un instante la hizo detenerse.

Khelben le habría ordenado a Alice que le llevara el collar, y eso después de que Bronwyn había jurado a Malchior que lo mantendría alejado de aquellas personas que pudiesen leer los secretos de la magia. Una vez más, parecía que los Arpistas se empeñaban en poner en entredicho su palabra de honor. Sencillamente, no podía permitirlo.

Cuando llegó a El Pasado Curioso, Bronwyn abrió la puerta de par en par con tal ímpetu y furia que cayó un pedazo de yeso de las paredes de argamasa y echó a perder una hilera de curiosidades que había en un estante. Dos sorprendidos halflings que había como posibles clientes y una igualmente atónita dependienta gnoma se la quedaron mirando, perplejos.

—¿Dónde está el collar de ámbar? —inquirió a Alice.

La gnoma frunció el entrecejo, confusa.

—A salvo, chiquilla, donde tú lo dejaste. Por favor, sigan mirando, regresaré en un minuto —añadió dirigiéndose a los clientes. La gnoma miró de reojo a su versión personal de un gato doméstico..., un lustroso cuervo de ojos perspicaces llamado con acierto *Gatuno*. El cuervo bajó de su percha y se situó de forma que su pico curvo y amarillento quedase a la altura de las manos de la matrona halfling.

Alice y Bronwyn se dirigieron deprisa al polvoriento revoltijo de cestas, cajas y toneles que se apilaban en la trastienda. Tras ellas, oyeron un agudo graznido, seguido del sorprendido chillido de la halfling.

—Piensa en ello —advirtió el cuervo, una de las frases que sabía decir y que mayor efecto surgían.

La gnoma soltó un suspiro y cerró la puerta tras ella.

—Tendré que apresurarme antes de que Fillfuphia nos limpie la tienda. Bronwyn, hay cosas que debes saber. Siéntate, niña.

Bronwyn obedeció y tomó asiento en una cesta que le resultaba sospechosamente familiar. Tragó saliva para intentar deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—También yo tengo que hacerte unas preguntas.

—Tendrán que esperar. Por favor, escúchame bien. No es fácil decirlo, y no querría tener que repetirlo.

—Vamos —repuso Bronwyn con cautela mientras asía los bordes de la cesta con tanta fuerza que se clavó los hilos de mimbre en las palmas todavía doloridas. Aquella respuesta era lo último que habría ella esperado de Alice; a la gnoma siempre se la veía calmada y competente. Nunca mostraba sus pensamientos. Alice siempre le decía a Bronwyn lo mismo: ésta era una norma que imperaba en todos los tratos comerciales que hacían y, según parecía, regía también las relaciones entre ellas dos. Pero al menos en ese momento, Alice no estaba siguiendo sus propias reglas. Los ojos prominentes de la gnoma se veían relucientes por lágrimas contenidas, tenía el rostro arrasado y contraído en una mueca, y su cuerpo parecía agitarse con una emoción que no lograba contener. En definitiva, Alice era el reflejo exacto del modo en que se sentía la propia Bronwyn.

—Chiquilla, tú no eres la única Arpista que hay en esta tienda. Me asignaron tu vigilancia y tu protección sin que te enteraras. No sabía por qué, al menos hasta hace poco, y sólo me habían indicado qué cosas y qué personas tenía que buscar, pero las

cosas se han estado complicando... —En pocas palabras, la puso al corriente de lo que Khelben le había contado sobre los zhentarim, los paladines y los anillos.

Mientras escuchaba, Bronwyn sintió que parte del dolor que la traición le había causado se desvanecía, pero su determinación era más fuerte que nunca.

—Tengo que ir al Bastión del Espino —concluyó—. Tengo que ver a mi padre.

—Por supuesto que sí, chiquilla. —La gnoma la contempló con ojos perspicaces—. Pero eso es precisamente lo que esperan que hagas. Pueden surgir problemas, a menos que podamos distraerlos.

Bronwyn asintió mientras un plan empezaba a forjarse en su mente. Sin embargo, todavía le quedaba una cuestión sin resolver. Sostuvo brevemente la mirada de Alice.

—¿Nosotras? —preguntó con intención.

—Nosotras —corroboró la gnoma con firmeza—. Haz lo que tengas que hacer, y te ayudaré en lo que pueda.

Alice titubeó y luego alargó una mano, ofreciéndosela a modo de disculpa y para sellar el trato.

Alice quería que se estrecharan la mano sujetándosela por la muñeca, de Arpista a Arpista. Bronwyn comprendía el gesto pero lo encontró inadecuado para lo que Alice ofrecía y para lo que ambas compartían. Apartó a un lado la diminuta mano, pero antes de que el gesto de sorpresa de los ojos de Alice se convirtiera en gesto de dolor, estrechó a la enana entre sus brazos. Las dos mujeres se quedaron abrazadas durante un breve pero intenso momento.

Al cabo de un instante, Alice se aclaró la garganta y se echó hacia atrás.

—Bueno, será mejor que vayamos a ver por qué *Gatuno* está chillando —se apresuró a decir mientras se pasaba el dorso de la mano por los ojos.

—Buena idea —respondió Bronwyn aunque no había oído la voz estridente del cuervo desde que habían salido de la tienda. Una sonrisa le asomó a los labios mientras contemplaba cómo la gnoma se dirigía hacia la tienda. Luego, se enjugó los ojos y subió a su habitación, para poner en orden sus pensamientos y prepararse para el viaje.

La diminuta cueva marina, situada a menos de medio día de andadura al sur de los túneles Lanzadepiedra, medía seis pasos de punta a punta. Ebenezer volvió a medir una y otra vez la anchura, caminando de un lado a otro mientras reflexionaba sobre su situación apurada.

No se parecía a una cueva; era excesivamente pequeña y el suelo estaba repleto de algas secas, pinzas de cangrejo y conchas rotas. Prendidos de las paredes de piedra y del techo colgaban bichos parecidos a mejillones y el suelo era una mezcla de terreno pedregoso y arena de playa. No era precisamente hogareño, según los estándares enanos, pero en aquel momento le parecía a él una combinación de cielo y

prisión. La gran roca que había arrastrado hasta la abertura ocupaba casi todo el paso y mantenía la cueva segura..., al menos por ahora. Ebenezer no estaba muy seguro de lo que podría hacer cuando subiera la marea. Probablemente, moriría ahogado. Podía oír el mar e incluso oler su fragancia salada, pero la verdad es que el olor quedaba amortiguado por otro aroma del exterior mucho más nauseabundo.

—Pájaro que vuela a la cazuela —musitó Ebenezer, rememorando un conocido refrán que, como se ajustaba tan bien a su situación actual, se veía en la necesidad de usarlo ni que fuese una vez.

Taciturno, rememoró los pasos que lo habían llevado a aquella situación. Había sobrevivido a la caída desde la repisa contra el suelo de piedra bastante bien y, de una patada, se había deshecho de la destrozada jaula..., sólo para acabar perdiendo el equilibrio y precipitarse al río. Ebenezer no había aprendido nunca a nadar y en ese momento supo por qué: era muy desagradable estar inmerso en agua fría y turbulenta.

El agua le había golpeado y abofeteado durante lo que le parecieron horas, y se vio sumergido más veces de las que podía contar. Lo único que le había impedido morir ahogado era su terquedad..., eso y la enorme roca con la que tropezó. Por fortuna, la roca no estaba sola y, en cuanto consiguió centrar la vista, pudo abrirse camino hasta la orilla. El problema fue que en aquel momento había sobrepasado los límites de los túneles Lanzadepiedra y el único modo de regresar era río arriba, por donde había bajado. Gracias, pero no. Así que había salido a la superficie por el túnel más cercano y había puesto rumbo al sur por la línea de la costa —una cosa muy ruidosa y sucia el mar—, hasta un punto en el que encontrar algún modo de escalar el acantilado casi vertical y regresar al camino del Comercio. En opinión de Ebenezer, ése era el camino más rápido para regresar a la entrada de los túneles, pero por desgracia le quedaba todavía mucha caminata por delante..., calculaba que al menos medio día de marcha.

Sospechaba que para cuando llegase sería demasiado tarde.

Esto era cuanto se refería al «pájaro que vuela», porque «la cazuela» no mejoraba mucho. Ebenezer soltó un suspiro y se acercó a la abertura de la cueva.

Una mano esquelética salió disparada hacia él. El enano se echó hacia atrás y la garra pasó de largo, tan cercana que el olor a carne asada estuvo a punto de provocarle un desmayo.

—Por los pelos —admitió Ebenezer mientras retrocedía—. Suerte que me afeité el bigote, porque sino me lo habría arrancado de cuajo.

El enano ajustó la roca que obstaculizaba la mayor parte de la abertura de la cueva y se sentó a reflexionar. Se veía capaz de luchar contra hombres, orcos, goblins e incluso elfos, si se daba el caso, pero no tenía ni idea de qué tipo de criaturas había al otro lado de la cueva...; mejor dicho, qué tipo de criaturas habían sido, porque poco quedaba de su forma original para poder distinguirlas. Además, aunque lo supiera, no

tenía armas con las que luchar. Eso era una auténtica cazuela, no cabía duda.

Ebenezer se aventuró a asomar de nuevo la cabeza por encima de la roca. En la rocosa orilla que había por debajo de su escondrijo, tres desgraciadas criaturas, con las carnes tan abotargadas y putrefactas que costaba reconocerlas, caminaban hambrientas de un lado a otro. El enano sabía que en el estero de los Hombres Muertos abundaban las criaturas no muertas, pero aquél era el punto más alejado de los pantanos en que las había encontrado nunca.

—¿Estáis perdidos? —les preguntó a voces—. Id hacia el norte, entonces. Seguid la orilla del mar. Cuando empecéis a sentir el suelo húmedo bajo los pies, habréis llegado a casa.

Sus palabras no eran sólo bravuconería. Ebenezer reconocía a un zombi en cuanto lo olfateaba. Alguien había entrenado a aquellas pobres criaturas, había convertido a unos simples hombres muertos, o lo que fueran, en guerreros sin sentimientos ni cerebro. Aunque era arriesgado, suponía que al final los zombis acabarían por escucharlo, a falta de otro dueño a quien poder obedecer.

Resultó que sus palabras surgieron su efecto..., aunque no el que él había supuesto.

—¡Hola al de la caverna! —gritó una voz joven y diáfana de barítono—. ¿No estás herido, amigo?

El grito procedía de la carretera. Ebenezer se puso enseguida de pie.

—No puedo quejarme —gritó a su vez—, salvo que me han estado chinchando tres personajes muertos que se niegan a quedarse quietos o largarse.

Se sucedió una pausa, un silencio únicamente interrumpido por el retumbar de los cascos de un caballo.

—Ya los veo.

La voz del hombre joven denotaba repugnancia, pero no miedo, cosa que inquietó a Ebenezer.

—Espero que traigas compañía.

—Viajo solo —repuso la voz con calma—, pero me ampara la gracia de Tyr.

Un hombre que confiaba en los favores de algún dios humano. El enano soltó un gruñido y se recostó en la pared de la cueva, para dejarse resbalar hasta sentarse en el suelo, mientras se disponía a no escuchar lo que sin duda iba a suceder. Los zombis no eran guerreros demasiado pulcros y por regla general gustaban de despedazar a sus presas.

Para su sorpresa, la voz del joven entonó una canción, una especie de himno. La verdad era que en una taberna no habría tenido mucho éxito, dicho sea de paso, porque era lento, solemne y poco pegadizo, pero Ebenezer percibió su poder y se vio arrastrado por él. Volvió a ponerse de pie y oteó por encima de la roca.

Un hombre joven, de cabellos rizados como un cordero y casi tan hermoso, se

aproximaba a lomos de un enorme caballo blanco. Los tres hombres se acercaron tambaleantes hacia él, lo que no pareció alterar en lo más mínimo la compostura del hombre, pues se limitó a alzar una mano al cielo y señalar con la otra hacia las criaturas no muertas. El canto incrementó su volumen hasta convertirse en un alarido de poder.

—En nombre de Tyr, os ordeno que os sometáis a vuestro destino.

Al instante, las criaturas flaquearon y cayeron. La carne putrefacta se disolvió, los huesos se volvieron quebradizos y sucumbieron hasta convertirse en polvo.

Ebenezer apartó a empellones la roca y salió de la cueva.

—Buen truco —admitió.

El joven hizo un gesto de asentimiento.

—Sé bienvenido, amigo enano. Suerte que oí tus gritos. Ahora, tendrás que disculparme.

—Espera. —El enano sujetó las riendas del caballo—. Tengo que avisar a mi clan.

¿Podrías llevarme a donde tengo que ir?

—*Viento Helado* no podrá llevarnos demasiado rato a los dos —repuso el joven mientras señalaba a su espléndido corcel—, y mi deber me impulsa a ir hacia otro lado.

—¡Es muy importante!

—Pues entonces que Tyr acelere tus pasos y te proporcione medios para abreviar tu viaje.

—Tal vez ya lo haya hecho —musitó Ebenezer. Luego, alzó la mano y tras agarrar la túnica blanca y azul del joven, tiró de él para hacerlo desmontar.

Cayeron los dos rodando por el suelo y el joven desenvainó su espada. Ebenezer cogió la primera arma que le quedó a mano, una roca que duplicaba el tamaño de su puño, y la estampó contra la frente del humano. El joven soltó un gruñido y cayó, inmóvil.

Ebenezer se puso de pie.

—Lo siento —murmuró, aliviado al ver que el humano todavía respiraba.

Coger un caballo prestado en una situación apurada era una cosa, otra muy diferente era matar al hombre que le acababa de hacer un favor. Aunque, tal como había dicho el tipo, Tyr proveía lo necesario y habría sido desagradecido por parte de Ebenezer pasar por alto un regalo tan oportuno y útil.

El enano cogió las riendas del caballo y acercó al animal a la roca. Se subió a ella para llegar a introducir la punta del pie en el estribo y, tras darse impulso, se subió a la silla. A diferencia de la mayoría de enanos, le gustaban los caballos y solía salir a

cabalgar cuando podía. Aquél era el caballo más espléndido que había montado nunca.

No sería fácil de dominar, pero Ebenezer estaba convencido de que encontraría el modo de hacerlo.

—Me voy, entonces —comunicó al hombre, que empezaba a sacudir la cabeza para despejarse—. Si te parece mal, te las arreglas con Tyr.

Ebenezer sacudió las riendas sobre el cuello del caballo blanco y puso rumbo hacia el norte, hacia su clan y su hogar.

Danilo era un visitante habitual de El Pasado Curioso. Hasta aquel momento, no había pensado demasiado en su papel de fomentar los negocios de Bronwyn. Le gustaban los objetos raros y hermosos, como a la mayoría de sus acomodados congéneres, y el hecho de adquirirlos en casa de Bronwyn era un favor que habría hecho por cualquier amigo. La diferencia era que estaba haciendo aquello siguiendo las directrices de Khelben y con el propósito expreso de mantener a Bronwyn en Aguas Profundas y bajo la vigilancia del archimago.

Mientras contemplaba el alto y estrecho edificio que albergaba la tienda, Danilo se preguntó qué pensaría Bronwyn de su implicación en todo aquello y cómo reaccionaría si supiera que su tienda, como muchas otras en aquella misma calle y en otras, era propiedad de los Arpistas. Tal vez podría contárselo directamente, pensó Danilo mientras abría la enorme puerta chapada en roble. Quizá debería contarle lo que había descubierto sobre su herencia, pero Khelben insistía en que hacerlo era ponerla en peligro. En opinión de Danilo, el archimago actuaba con excesiva cautela y proporcionaba muy poca información, pero ¿cómo podía estar seguro de que las advertencias de Khelben no eran válidas?

—Piensa en ello —le advirtió una voz inhumana y estridente, casi al oído.

Danilo dio un brinco y, al volverse, se encontró cara a pico con un cuervo de gran tamaño. Una maliciosa sonrisa le asomó a los labios. Era curioso cómo el comentario invariable del cuervo concordaba tan perfectamente con su ambivalente estado de ánimo.

—Te aseguro, mi querido *Gatuno*, que eso es precisamente lo que he estado haciendo. ¿Está tu dueña en casa?

El cuervo se limitó a ladear la cabeza y se quedó mirando el reluciente aro de oro que pendía de la oreja de Danilo. Danilo se cubrió la joya con una mano y dio un prudente paso atrás. *Gatuno* era el mejor vigilante de la tienda, pero en ocasiones le resultaba imposible discernir qué cosas valiosas pertenecían a la tienda y qué cosas podían llevarse los clientes porque tuviesen derecho a hacerlo o porque ya lo trajesen al entrar.

—No te entiende, ni te responderá —le explicó Alice Hojalatera mientras salía de detrás del mostrador.

—Me detuve a hablar con Bronwyn. ¿Está en casa?

—Acaba de salir —repuso Alice con los ojos azules abiertos de par en par y la mirada ingenua—. Ahora mismo. Salí rumbo al Vado de la Daga esta mañana, por la puerta Sur.

—¿De veras?

—Tiene un encargo entre manos. Un paladín la ha enviado en busca de una vieja espada. Una espada de paladín. No es que sea exactamente mágica, pero sí bendita..., aunque no sabría decirte la diferencia exacta entre ambas cosas. Parece que se perdió hace unos doscientos años en una batalla importante con hombres lagarto. Bronwyn oyó hablar de una espada que podía muy bien ser la que le habían encargado encontrar.

Como ya sabes, la marisma es cada vez más reducida y parece ser que un muchacho en el Vado de la Daga encontró una espada mientras buscaba mejillones. Bronwyn ha ido a ver si las dos espadas pueden ser la misma.

—Caramba, cuánta información —comentó Danilo en tono indiferente.

Alice volvió a encogerse de hombros.

—Es todo lo que sé. ¿Deseas saber algo más?

—¿Cuándo crees que volverá? Vado de la Daga está a..., ¿cuánto? ¿Dos días de viaje a caballo? Supongo que necesitará uno o dos días para arreglar sus asuntos y luego otro par para regresar.

—Sí, más o menos eso.

Claro que sí. Vado de la Daga y El Bastión del Espino estaban casi a la misma distancia de Aguas Profundas, aunque en direcciones opuestas. Sospechaba que en efecto Bronwyn habría salido por la puerta Sur, sólo para mezclarse con una caravana que fuese rumbo al norte, volver a cruzar la ciudad y salir por la puerta Norte con otra caravana distinta. Con anterioridad, había utilizado con éxito trucos de ese estilo, y no podía menos que admirar el cuento que había añadido Alice sobre el encargo de un paladín. Era sencillamente inspirado. Con toda certeza, los Arpistas no querían alertar a los paladines sobre su interés en Bronwyn y no se atreverían a llamar a las puertas del Tribunal de Justicia para inquirir qué encargo habían hecho a Bronwyn. Lo más razonable que podían hacer los Arpistas era seguir sus pasos hasta el Vado de la Daga y garantizar allí su seguridad.

Bueno, eso era lo que harían los Arpistas. Danilo tenía, personalmente, otros planes. Se inclinó y estampó un beso en la tostada mejilla de la gnoma.

—Gracias, Alice.

—¿De qué? —Soltó un suspiro y se frotó la mejilla con una mano—. Te he dicho lo que sé, como siempre. Tú pasarás la información, como siempre. El negocio sigue igual.

—Transmitiré el informe que me has dado —respondió él, poniendo énfasis en las palabras.

Un destello de sagacidad cruzó la mirada de la gnoma y una fugaz sonrisa asomó a sus labios. Luego, se aclaró la garganta y se volvió para levantar la cubierta de cristal de un mostrador y sacar de debajo una pareja de pendientes con forma de lágrima, de plata y con incrustaciones de adularias y zafiros. Eran muy hermosos, y perfectos para la compañera semielfa de Danilo.

—Son de artesanía elfa y, si no recuerdo mal, el festival elfo de Primavera está a la vuelta de la esquina.

Danilo contó en voz alta el precio y puso las monedas de oro en la mano de la enana.

—A Arilyn le encantarán. Es posible que incluso se los ponga. Eres una vendedora fabulosa, Alice —aseguró, puntualizando el comentario con otro beso en la mejilla—, y todavía mejor amiga.

Danilo dio media vuelta y salió de la tienda, no sin antes ahuyentar al receloso cuervo y sin pasar por alto, con satisfacción, que aquella vez Alice había permitido que el beso quedara depositado en su mejilla. Mientras se alejaba, musitó una oración tácita a Selûne, diosa de la luz de luna y patrona de todos los buscadores, para que Bronwyn llegara sana y salva a El Bastión del Espino y que allí encontrara lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Dag Zoreth había oído historias sobre lo vasto y lo complejo del mundo subterráneo, pero todo le parecía insignificante comparado con la realidad. Los túneles y las cavernas por debajo de las montañas de la Espada parecían no tener fin y se hundían más de lo que la imaginación de ningún hombre podía alcanzar. Dag Zoreth nunca se había adentrado tanto en las profundidades. Sentía el ambiente opresivo, de un modo que no podía compararse con ninguna de las mazmorras de ninguna fortaleza, por húmedas y espantosas que fueran. Quizá fuese el convencimiento de que por encima de su cabeza se amontonaban toneladas de rocas y de tierra, o el peligro constante que planteaba el río que vertebraba el corazón de la montaña.

El camino que discurría al borde del río era húmedo y traicionero. Más de un hombre había caído por el terraplén para acabar barrido por la corriente hacia una muerte segura. En una ocasión, se habían visto obligados a sacrificar una de las mulas de carga que había resbalado y se había roto una pata en las inestables rocas. El rumor del agua turbulenta era casi ensordecedor y la única fuente de luz la proporcionaba el musgo luminoso que crecía en manchas desiguales en las paredes de los túneles.

Pero Dag había elegido aquella ruta precisamente por sus dificultades. El murmullo del río podría amortiguar el ruido producido por el avance del ejército y el musgo luminoso hacía innecesarias las antorchas. Nunca era fácil sorprender a los

enanos, pero el hecho de capturar a varios miembros de sus puestos avanzados, un taciturno herrero y algunos mineros trabajando en lugares lejanos, les había servido de ayuda. Uno de los mineros les había proporcionado noticias interesantes. No por propia voluntad, claro. Había muerto sin abrir la boca, a pesar de la creatividad que habían puesto los soldados zhénticos en sus esfuerzos por arrancarle información a base de tortura. El espíritu del enano se había mostrado más colaborador. Sin dejar de gruñir hasta después de muerto, el enano había desvelado, poco a poco, que la mayor parte del clan Lanzadepiedra se había reunido para celebrar los esponsales de la hija menor del patriarca. Se iban a suceder días de festejos y bailes en los que abundaría la cerveza de boda, un brebaje particularmente potente.

Ninguno de los soldados contaba con que aquello les facilitase las cosas. Los enanos eran guerreros temibles cuya destreza y ferocidad parecía sólo incrementarse en función del nivel de cerveza que albergaban sus vientres. Pero lo que los zhentarim tenían a su favor era el factor sorpresa por haber accedido a los túneles por una ruta que, hasta hacía poco, sólo conocían los paladines de El Bastión del Espino.

La información de sir Gareth había resultado de lo más precisa, aunque Dag se había preocupado de verificarla cuanto pudo. Al final, llegaron al último túnel, el que desembocaba en la sala principal del dominio de los Lanzadepiedra.

De fila en fila se fue transmitiendo una llamada de silencio y de preparación para el asalto, mediante siseos y gestos. Dag contempló cómo sus soldados preparaban las armas y cogían más y más de las bolsas prácticamente vacías que llevaban las mulas.

Los animales se iban a quedar en el lugar porque iban a ser útiles en las nuevas vías de comercio que seguirían a aquella conquista. Cuando todo estuvo a punto, Dag hizo un gesto de asentimiento a su capitán, y los soldados salieron reptando hacia adelante.

Una excitación oscura e intensa latía en el corazón de Dag. Había visto combates con anterioridad, pero siempre desde la distancia. Sus superiores en Fuerte Tenebroso lo habían considerado demasiado valioso para arriesgar su vida en luchas cuerpo a cuerpo y se había ganado su posición entre el clero militar gracias a su dominio de la estrategia y los hechizos que había desarrollado con la bendición de Cyric. Aquella era la primera vez que podría oler la sangre y el miedo, catar el potente vino de la destrucción.

Se situó por detrás de sus guerreros y empezó a murmurar una oración, en la que destiló toda su cólera largo tiempo reprimida, su odio, su deseo de sangre, poder y muerte.

El hechizo maligno cobró fuerza y poder, y fue creciendo hasta tal punto que a Dag le pareció algo vivo, una forma independiente nacida del oscuro poder de Cyric y su propio anhelo insondable. El poder emergió de su cuerpo y se cernió sobre sus soldados como si fueran manos invisibles, transmitiendo a cada uno de ellos el

vórtice de lo que Dag percibía, veía e invocaba. Pronto, los hombres estaban a la carrera, con las armas prestas y los ojos sedientos de sangre, mientras sus zancadas retumbaban como truenos por el túnel.

Los enanos oyeron el fragor y salieron a recibirlos, como Dag había supuesto que harían. Acabaron de recorrer el último tramo del túnel hasta desembocar en una antecámara, una vasta obra de arte tan hermosa que a punto estuvo de distraer a Dag de su malévolos objetivo.

A punto estuvo, pero no lo suficiente. La voz de Dag se alzó por encima del fragor como si fuera el ulular del viento mientras el hechizo salía de su garganta y se arremolinaba por la cámara.

Un poder visible sólo a sus ojos barrió la sala con la fuerza de un remolino para engullir y rodear las descomunales estatuas de piedra que rodeaban la cámara. Al instante, las estatuas empezaron a temblar.

Los enanos se detuvieron, súbitamente inmóviles ante lo que les parecía el terror más grande de todas las cosas: un terremoto.

Pero la realidad de la cólera de Cyric era a la vez más y menos terrible. Las maravillosas estatuas de héroes enanos muertos hacía ya tiempo cayeron sobre sus descendientes. Se tambalearon un instante, libres de la sujeción de sus pedestales por multitud de explosiones, y se precipitaron sobre la horda enana.

Varios enanos tuvieron la ligereza de pies y destreza necesarias para escapar por los túneles, pero docenas de ellos se vieron atrapados bajo la tromba de piedras. Los soldados zhénticos irrumpieron en mitad de la arremolinada nube de polvo.

Los sonidos del furioso combate reverberaron por los túneles que conducían a la gran sala. Aunque los zhentarim tenían la ventaja de ser más numerosos y poseer más armas y magia, Dag no confiaba en que los enanos no fuesen a presentarle batalla.

Tenía razones para saber con cuánta ferocidad puede la gente luchar para defender sus hogares y su familia. Había visto morir a su hermano Byorn haciendo precisamente eso, y lo había visto resistir más de lo debido contra más adversarios a los que ningún hombre en su sano juicio se habría atrevido a enfrentarse. El rostro del joven Byorn se le apareció en la mente y, con la imagen, evocó también su corazón la punzante pérdida.

Dag sacudió sin contemplaciones la cabeza para alejar el recuerdo.

Empezó a entonar entonces otro hechizo oscuro, uno que había creado él mismo en Fuerte Tenebroso, uno que había enseñado a los hombres y mujeres que tenía como alumnos. Lo llamaba Persecución del sueño y su efecto era que ralentizaba los miembros de sus adversarios y provocaba que cada movimiento fuera tan lento y pesado como si se movieran inmersos en agua. El hechizo era una imitación, precisa y mortalmente efectiva, de la sensación que tenía uno cuando atravesaba una pesadilla durante el sueño, en la cual era perseguido y se sentía incapaz de correr.

Sólo que ese hechizo no era un sueño, sino la cruda realidad.

El hechizo surtió efecto y convirtió los esfuerzos de combate de los enanos en una danza lenta y macabra. Dag fue escudriñando a los enanos supervivientes en busca de aquellos que pudieran tener algún valor. Cuando veía uno que podía servirle, marcaba al futuro esclavo con una suave luz púrpura que, por un lado, mantenía al enano inmóvil en su posición, y por otro servía de indicación a los soldados para que no lo sacrificaran.

Los soldados respetaban la voluntad de Dag, incluso inmersos como estaban en el ansia de batalla por efecto de los hechizos.

Dag descubrió que disfrutaba con el proceso de selección. Cada enano que moría bajo sus órdenes era una ofrenda a Cyric, dios de la lucha, pero aquel tipo de ofrendas eran algo más, le resultaban tan estimulantes que el hecho rozaba casi la blasfemia.

Cyric recibía, pero sólo aquellas ofrendas que Dag Zoreth elegía darle. Él señalaba, y el enano vivía; una hembra de barba rojiza, probablemente una herrera experta a juzgar por los ricos adornos que lucía; una chiquilla imberbe; otro más. Aquel otro que tenía la maza alzada para hundirla en el cráneo de un soldado; una hembra corpulenta con atuendo de fiesta y una larga barba grisácea. No..., aquélla era demasiado vieja para que pudiera tener valor. La luz púrpura que la rodeaba se desvaneció y una espada zhentarim la sacrificó.

Todo acabó demasiado pronto. En el relativo silencio que siguió a la carnicería, el corazón de Dag latía con tanta fuerza que estaba seguro de que todo el mundo podría oírlo. Pero no tenía importancia. Sus hombres no lo tendrían en menor estima por eso puesto que el placer oscuro que él sentía se veía reflejado como en un espejo en los rostros de cada uno de los zhents que había sobrevivido.

Dag respiró hondo para tranquilizarse y se concentró en su siguiente tarea.

—Encadenad a los prisioneros, como máximo de tres en tres —ordenó—.

Llevadlos a la superficie. ¿Están las vagonetas a punto?

—Sí, milord —respondió el capitán.

Dag hizo un gesto de asentimiento. La esclavitud estaba prohibida en la mayoría de las tierras del norte y habría sido una imprudencia llevar a los enanos por la superficie, mientras que las vagonetas cerradas ofrecían cierta seguridad. Los enanos serían conducidos al sur y vendidos en mercados donde las vidas y las habilidades enanas tenían un precio. El dinero recaudado iría a Zenthil Keep para garantizar que nadie pusiera en tela de juicio el derecho de Dag de conservar lo que había conquistado.

Por placentera que fuera, la tarea no estaba todavía hecha. Había que explorar multitud de túneles y sellar muchos otros. Y luego, lo mejor de todo...

La destrucción del Bastión del Espino y la reclamación del derecho de nacimiento de Dag Zoreth.

6

Cuando alcanzó la cima del sinuoso camino, Bronwyn bajó de su caballo y se quedó de pie contemplando la fortaleza que dirigía su padre.

Su padre. Se había repetido las palabras en silencio en muchas ocasiones e incluso las había practicado en voz alta durante el trayecto a El Bastión del Espino.

El camino había sido indecentemente corto. Dos días de marcha a caballo era todo cuanto la separaba de la verdad de su pasado. Peor aún. Desde siempre había conocido aquella fortaleza de la orden de paladines, había sabido con exactitud dónde se encontraba; no demasiado al norte de Aguas Profundas, en la cima de un despeñadero junto al mar, al norte de Acantilados Rojos y de Rocas Rojas, al oeste de Kheldell y al sur del estero de los Hombres Muertos. Podría haber acudido en cualquier momento si hubiese sabido lo que iba a encontrar allí.

Bronwyn respiró hondo para tranquilizarse y echó una ojeada alrededor. La fortaleza era impresionante, formidable. Estaba construida en piedra gris, incrustada prácticamente en la cima de una colina que llegaba hasta lo alto para caer en un acantilado prácticamente vertical sobre el mar. Podía oler el mar y también oírlo..., el golpeteo distante e incansable del agua contra una orilla rocosa sumamente inhóspita.

Por encima de su cabeza planeaban varias aves marinas, y sus estridentes gritos parecían encontrar eco en la inexplicable sensación de soledad que la invadía como a oleadas.

Era un sentimiento extraño, sin duda inspirado por aquel entorno desértico, pero también se sentía incomodada por la inminente reunión. Bronwyn sacudió la cabeza para alejar los malos humores y estudió la fortaleza. Un grueso muro rodeaba el fortín; era alto y curvo, sin esquinas que pudiesen obstaculizar la visión de los vigilantes, ni puntos muertos desde los que las flechas no alcanzaran a los potenciales invasores. Por encima del muro se alzaban dos torres altas, ambas coronadas con el estandarte azul y blanco de los Caballeros de Samular. No había más adorno que ése; a diferencia de los pequeños castillos de Aguas Profundas y los alcázares exóticos que había conocido Bronwyn en tierras del sur, aquella fortaleza era sombría e imperturbable, construida como símbolo de fuerza y nada más. No había ventanas cubiertas de vidrieras, ni balcones, ni bajorrelieves ornamentales..., nada que pudiese ser utilizado por el enemigo como punto de apoyo para escalar los muros. Las hendiduras para lanzar flechas eran excesivamente estrechas, las almenas estaban construidas espaciadas por encima del muro y tapadas con porticones de madera para mayor seguridad.

Tras varios minutos de escrutinio, Bronwyn empezó a preguntarse si su demora se debía a su afán por observarlo todo con detenimiento o a una cierta vacilación cobarde.

Cogió las riendas de su caballo y se dirigió andando hacia el enorme portalón de madera, en cuyo centro había una puerta más pequeña que se abrió en cuanto ella llamó con la aldaba y de la que salió un anciano. Le pareció a Bronwyn que el hombre se había sorprendido al verla, quizá porque era una mujer joven que viajaba en solitario.

Había leído que varias de aquellas órdenes sagradas menospreciaban a las mujeres y que cuando pensaban en ellas, las consideraban seres indefensos que requerían protección.

Sin embargo, no pudo quejarse de que el anciano la tratase con descortesía, pues con gran amabilidad le preguntó su nombre y qué menester la traía hasta allí.

—Tengo un asunto que atender con Hronulf de Tyr —respondió, amable—. Mi nombre se lo diré sólo a él.

El paladín la estudió durante un rato con mirada legañosa pero intensa. Luego, hizo un gesto de asentimiento.

—No hay maldad en vos —anunció—. Podéis entrar.

Bronwyn se mordió el labio inferior para evitar que se le escapara la risa. No hay maldad. Era la alabanza más curiosa que le habían hecho nunca y, lo más curioso era que aquel elogio le resultaba familiar y le evocaba algún recuerdo vago. Intentó encontrar palabras para describir aquella emoción. ¿Tranquila desesperanza? No, no era del todo exacto, aunque le producía inquietud que se pareciese tanto.

Fue meditando sobre ello mientras seguía al anciano paladín. Se encontraron con otro hombre, también entrado en años, que la acompañó a través del patio de armas.

Allí, al menos, parecía haber cierto bullicio y Bronwyn se sintió agradecida de poder dar rienda suelta a su curiosidad natural.

Quizás una veintena o más de sirvientes, individuos normales que atendían las tareas propias de toda comunidad, se afanaban entre los diminutos edificios de madera y yeso que había construidos contra el muro interno. Arracimadas por el patio de armas, el patio interior del castillo, había corrales de animales, una cervecería y una cerería de la que emanaba un aroma de sebo fundido y velas puestas a enfriar. En el aire flotaba un olor a jabón y lejía, y un par de sirvientes, con los brazos desnudos hasta los codos, se inclinaba sobre anchas cubas de madera y frotaba piezas de ropa contra tablas de lavar.

Un carretero intentaba reparar el radio roto de una rueda de carro mientras el nervioso mercader merodeaba alrededor haciendo sugerencias. Por otra puerta abierta, Bronwyn vio de refilón un telar con el brillante diseño azul y blanco de la orden.

Aunque pareciese curioso, no se contaba ninguna mujer entre los sirvientes, cosa que intrigó a Bronwyn. Después de todo, su propia existencia demostraba que los Caballeros de Samular no eran una orden que promocionara el celibato.

Estuvo tentada de preguntar a su guía sobre el particular, pero tras pensarlo bien decidió que no le inspiraba suficiente confianza. Cuando le habían dicho que acompañara a Bronwyn hasta los aposentos del comandante de la fortaleza, había hecho un mero gesto de asentimiento con los labios fruncidos y, tras rogarla que lo acompañara, había echado a andar. En todo el trayecto, no había pronunciado palabra y Bronwyn había visto rostros con la frente arrugada menos elocuentes que la rígida pose de su espalda y sus hombros. No, no era una persona que inspirara confianza. Ojalá su padre se mostrara más comunicativo, aunque en aquel momento, y sin motivo ninguno que pudiera explicar, Bronwyn no estaba demasiado convencida de apostar que así sería.

El guía la condujo a través del patio de armas hasta el pie de una de las torres.

Subieron un tramo de una ancha escalera de piedra y, cerca de la cumbre, su escolta se detuvo frente a una puerta de madera ribeteada de hierro.

—Éstos son los aposentos de Hronulf. Ahora debe de haber acabado con sus oraciones.

Sin más, el paladín dio media vuelta y dejó a Bronwyn sola en el pasillo.

Ya estaba. Había estado esperando aquel momento durante veinte años, lo había anhelado y había luchado por conseguirlo, pero de repente se sintió reticente a seguir.

Tras soltar un juramento, alzó una mano y llamó.

La puerta se abrió casi de inmediato. Un hombre alto, casi una cabeza más alto que Bronwyn, estaba de pie en el umbral. Aunque rozaba aquella edad en que la mayoría de los hombres son considerados ancianos, poseía todavía un porte firme y una planta propia de guerrero; hombros corpulentos y brazos poderosos proclamaban su destreza con la espada que colgaba de su cinto, y llevaba una casaca de lino blanca blasonada en azul con el símbolo de Tyr: una báscula de precisión colocada sobre una maza de guerra. Tenía el cabello oscuro y de un tono gris como de hierro, el mismo tono del bigote y una barba bien cuidada. Unos perspicaces ojos grises plateados la observaban enmarcados en un rostro rubicundo y atractivo que llevaba la edad excesivamente bien.

Antes de que Bronwyn abriese la boca, el color se esfumó del rostro del paladín.

Se tambaleó y se sujetó en la jamba de la puerta. Instintivamente, Bronwyn alargó un brazo para sostenerlo, pero él se recuperó enseguida y, sacudiendo la cabeza, pasó el momento de conmoción.

—Perdóname, chiquilla, por un momento me recordaste a alguien que conocí una vez.

—¿A quién? —La palabra emergió de sus labios sin que tuviese tiempo de evitarlo.

—A mi mujer —respondió con sencillez.

«Mi madre.» El silencio se cernió sobre ellos mientras el paladín esperaba

cortésmente a que ella anunciara el motivo de su visita, pero Bronwyn, que solía tener facilidad de palabra, se quedó sin habla. Al final, fue el paladín quien habló.

—Probablemente no habrás venido a escuchar historias de un hombre viejo. ¿En qué puedo ayudarte?

Bronwyn respiró hondo.

—Señor, he venido de Aguas Profundas para hablar con vos. He repasado lo que quería deciros multitud de veces en la mente, pero no me sirve de nada. No sé cómo deciros que...

—Las palabras sencillas suelen ser la mejor opción. Una flecha directa siempre alcanza el corazón.

Las palabras evocaron un recuerdo en algún rincón distante de su mente. Las había oído con anterioridad, y otras parecidas.

—Fui criada en Amn como esclava; me llevaron allí cuando era muy niña. No recuerdo mi edad, ni mi aldea, ni siquiera el nombre de mi familia. Todo lo que conservo es mi nombre de pila y una pequeña marca de nacimiento en la parte baja de la espalda que se asemeja a una hoja de roble roja. Me llamo Bronwyn.

El paladín se quedó tan pálido que por un momento Bronwyn pensó que iba a desmayarse. Con amabilidad pero con gesto firme, lo condujo al interior de la estancia y lo hizo sentarse en una silla.

Él la contempló durante largo rato con una expresión por completo incomprensible. Le pareció a Bronwyn que tal vez estaba examinándola, como había hecho el guardián de la fortaleza, el hombre que no había encontrado «maldad» en ella.

Decidió que no pensaba soportarlo y que no estaba dispuesta a aceptar otro examen semejante.

Alzó la barbilla y cuadró los hombros.

—Me han dicho que vos perdisteis a una chiquilla de mi edad, una chiquilla que tenía un nombre similar y una marca de nacimiento, y creo que puedo ser yo. Si esto es cierto, me contentaré con salir de este lugar con la verdad. Si me han informado mal, seguiré buscando a mi familia en otro lugar. En cualquier caso, no pido nada de vos. Si tenéis cualquier duda sobre mis intenciones, ponedme a prueba de la manera que os plazca. Coged la verdad que hay en mi corazón en justo intercambio por la verdad que os reclamo.

Mientras hablaba, iba estudiando el rostro del viejo caballero. Era posible que no poseyera el don que los dioses otorgaban a los paladines de ahondar en la mente y los corazones de los demás, pero poseía unas dotes de observación muy aguzadas y un instinto que pocas veces le fallaba. Notó que el color volvía lentamente al rostro de Hronulf, y que reaparecía la luz en sus ojos. Se atrevió a pensar que tal vez fuera la conmoción, y no el recelo, lo que prolongaba su silencio.

Hronulf se puso lentamente de pie. Bronwyn percibió que aunque su rostro lucía toda la compostura y su porte se veía alto y orgulloso, la mano con que se sujetaba al respaldo de la silla en busca de apoyo tenía los nudillos blancos, o quizá fuese una señal tangible de que no estaba preparado para soltar la «verdad» en la que él mismo había creído durante veinte años.

—Por propia voluntad, ¿estás dispuesta a sopesarte según la balanza de Tyr? —preguntó en un murmullo.

—Sí.

Hizo un gesto de asentimiento y la mano que sostenía el respaldo de la silla se relajó un poco.

—Sólo los justos hacen peticiones tan atrevidas. Para mí no son necesarias esas pruebas.

—Para mí, sí —lo instó Bronwyn. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo desesperada que estaba por saber—. Desde siempre he oído que un paladín puede discernir la verdad. ¿Puede acaso vuestro dios decirnos si es cierta la historia que me ha traído aquí?

—Lo único que puedo hacer es preguntar. —Los ojos del paladín volvieron a adquirir un tono distante mientras buscaba mediante la oración un nivel de perspicacia y lucidez que sólo su dios podía ofrecerle.

Pasaron varios momentos, momentos prolongados que se vieron cargados con el peso de los veinte años de exilio de Bronwyn. Esperó, sin apenas atreverse a respirar, hasta que la invisible visión desapareció de los ojos de Hronulf y la mirada volvió a centrarse en su persona. Bronwyn supo, antes de que ninguna palabra fuera pronunciada, cuál había sido la respuesta de Tyr.

—Mi pequeña Bronwyn —murmuró Hronulf, estudiándola con ojos que mostraban una hambrienta desesperación—. Ahora que veo la verdad en todo ello, comprendo lo que mi corazón supo en cuanto te vio. Eres la viva imagen de... de tu madre.

Ese comentario agradó y a la vez apenó a Bronwyn. Se llevó una mano a la mejilla, como si buscara en su propio rostro lo que había perdido.

—No la recuerdo.

Hronulf dio un paso adelante, con las manos extendidas.

—Mi pobre chiquilla. ¿Podrás perdonarme alguna vez por todo lo que has sufrido? —preguntó con voz temblorosa y suplicante—. La culpa fue mía, aunque no te di por perdida a la ligera. Cuando vi que no estabas entre los sacrificados, yo..., yo te estuve buscando durante muchos meses. Nunca debí darme por vencido..., hasta que un día encontré los restos de una chiquilla que creí que era la mía.

La terrible sensación de culpa que él sentía le ablandó el corazón y estrechó sus manos entre las de él.

—No os culpo —se apresuró a decir—. Durante muchos años he intentado averiguar la verdad de mi pasado. Había muchos caminos para ir siguiendo, pero todos acababan en un callejón sin salida. Al final acabé ganándome la vida recuperando cosas perdidas, cosas que las personas ansiaban recuperar. Si no fui capaz de encontrar el camino hacia mi pasado, ¿cómo podíais hacerlo vos que teníais motivos para creer que vuestra búsqueda había concluido?

Hronulf esbozó una fugaz sonrisa.

—Tienes buen corazón, como tu madre.

—Habladme de ella.

Se sentaron juntos y el paladín empezó a hablar del pasado, con lentitud y con una extraña torpeza. En un principio, Bronwyn pensó que el origen de la dificultad era la barrera formada por los años perdidos, pero pronto descubrió que los motivos eran más profundos. Hronulf pasaba pocas temporadas en su hogar y, en consecuencia, tenía pocos recuerdos del escaso tiempo en que habían sido una familia. No la conocía, y se preguntó si habría llegado a conocerla mejor en el caso de que el asalto nunca hubiese sucedido.

No pasó mucho tiempo antes de que se quedara sin recuerdos. Se levantó con una expresión de alivio en el rostro al tener un plan de acción en mente.

—Ven, te enseñaré el castillo.

La suerte de Ebenezer, que había brillado por su ausencia últimamente, dio un súbito giro. En el momento preciso, se encontró con una caravana que iba rumbo al sur y acordó con su jefe que el caballo del paladín fuera devuelto al Tribunal de Justicia de Aguas Profundas. Le costó tiempo y dinero convencerlo, pero el enano se apartó de la caravana con la satisfacción de que todo se haría como él había pedido. Luego, puso rumbo al norte con la conciencia tranquila y la sensación de haber cumplido con su deber. Le parecía que tarde o temprano, el joven que tanto apego sentía por Tyr acabaría en el templo de su dios y allí podría reunirse con su corcel perdido, sin haber sufrido daño alguno y sólo con la suela de las botas un poco más gastada.

Ebenezer se apartó del camino del Comercio en dirección al pie de una colina. La entrada a los túneles Lanzadepiedra no estaba demasiado lejos del camino, pero quedaba tan escondida que sólo un enano era capaz de verla. Encontró el lugar, un escarpado altozano rodeado por un espeso grupo de pinos, y pasó los dedos por la pared rocosa hasta que encontró una sutil hendidura en la piedra. Apoyó el hombro contra la puerta y empujó entre gruñidos hasta que se abrió hacia dentro. Se coló con rapidez por la abertura y dejó que la puerta se cerrara a su espalda con un ruido sordo.

Se quedó inmóvil un instante hasta que los ojos se ajustaron a la oscuridad mientras se frotaba la entumecida espalda con ambas manos. Hacía tiempo que no

había montado a caballo y sentía las piernas y el trasero doloridos, pero se sacudió la fatiga y echó a correr a buen ritmo. La mayoría de los humanos que conocía Ebenezer pensaba que los enanos eran lentos de movimientos y se cansaban con rapidez, pero cualquier enano digno de su raza podía correr a buen paso todo el rato que fuese preciso.

Ebenezer supuso que debía de ser el atardecer cuando llegó al río. Aguzó el oído intentando oír algo, lo que fuese, por encima del infernal estruendo de las arremolinadas aguas. Cuanto más se acercaba a su hogar, más ansioso se sentía por la suerte de sus congéneres. Aceleró el paso, sin importarle que el suelo fuese resbaladizo y desigual, y pasó a la carrera por cavernas y pasadizos en dirección al centro neurálgico de su clan.

El olor lo asaltó de repente, le retorció las tripas e hizo que el corazón le cayese, latiendo desbocado, hasta los pies. No había confusión posible: cualquier enano que hubiese alzado alguna vez una maza de guerra lo conocía bien. Metálico, pesado, extrañamente dulce y enfermizo..., el hedor a sangre derramada que se ha vuelto ya negruzca y seca, el hedor a cuerpos que se enfrían.

Un terror espantoso e insensible se abatió sobre Ebenezer como si fuese una tormenta de invierno, despojándolo de toda fuerza, voluntad y movimiento. Se detuvo y un único grito desgarrador salió de su garganta: el primer y el último lamento que se permitiría antes de conocer la magnitud de la tragedia. Se forzó a sí mismo a seguir caminando hasta llegar a donde tenía que llegar.

Se detuvo otra vez en la entrada de la Sala de los Antepasados, perplejo ante el alcance de la destrucción de un monumento que había estado en pie durante siglos inmemoriales. Las antiguas piedras enanas se habían desmoronado y yacían desperdigadas entre los cuerpos de los enanos que habían perecido con la avalancha.

Ebenezer se paró junto al enano que tenía más cerca y tuvo que morderse el labio para no soltar un grito. El patriarca Lanzadepiedra, su padre, había encabezado la marcha. El viejo enano no había muerto por el derrumbe de las estatuas; eso quedaba espantosamente claro. Los enanos de piedra no portaban espadas y lanzas que pudieran producir heridas con semejante tranquilidad y cruel pericia.

Ebenezer alzó la vista y parpadeó para intentar aclararse una vista que, de repente, se le había vuelto borrosa. Aquí y allá se veían varios cadáveres de humanos con las marcas características de las hachas enanas, cosa que consoló a Ebenezer. Su padre no había muerto con tranquilidad, pero había muerto bien.

Se levantó y merodeó por toda la cámara mientras sentía que la rabia crecía en su interior con cada enano que identificaba..., y se volvía más amarga con cada enano que no podía identificar. Ebenezer había luchado en muchas ocasiones, pero la carnicería que tenía frente a él era algo nunca visto. En cada uno de los cuerpos fríos y atormentados de los enanos se veía el sello de un placer indescifrable, una maldad

prolongada y duradera.

Ebenezer encontró más de lo mismo en el interior de la gran sala. No había quedado un solo enano vivo. El clan de los Lanzadepiedra había sido diezmado y los cuerpos de sus congéneres brutalmente asesinados habían sido dejados tirados en las salas vacías.

El pesar le entumecía los músculos y por fortuna le ralentizaba el ingenio y los latidos del corazón. Se fue moviendo entre tanta destrucción, atendiendo a los muertos y grabando en su memoria sus nombres. El tiempo pasó a carecer de importancia. Tenía el rostro contraído en una mueca de granito, los ojos secos y la mirada dura mientras recogía los cuerpos de sus amigos y de todo su clan para enterrarlos en una única tumba.

Fueron pasando las horas. En algún rincón de su mente, Ebenezer seguía el pulso del tiempo y supo que por encima de su cabeza se había alzado ya una luna de cera sobre las montañas de la Espada. Pero en aquel rincón, el enano sólo veía la oscuridad y la terrible tarea que tenía ante sí. No se detuvo a descansar hasta que todo el clan Lanzadepiedra quedó decentemente enterrado bajo una pila de rocas de la montaña.

Cuando hubo concluido la faena, se dejó caer pesadamente al suelo e intentó poner palabras a un importuno temor que le rondaba en un rincón de la mente.

El rostro destrozado del joven Frodwinner se le apareció en la memoria. De todos los enanos Lanzadepiedra, era el que más batalla había planteado. Le habían infligido heridas suficientes para acabar con la vida de un trío de enanos y, sin embargo, había seguido luchando. Siete humanos y cuatro semiorcos habían caído bajo el impulso de su hacha. Por supuesto, Frodwinner era el que más había tenido que perder de todo el clan.

Hacía dos días que había contraído matrimonio con la doncella más hermosa y alegre de todos los túneles. Frodwinner y Tarlamera tenían siglos de existencia por delante.

Frodwinner apenas tenía cincuenta años. Era casi un niño. Un chiquillo.

Con aquel pensamiento, Ebenezer encontró por fin palabras para lo que lo estaba inquietando.

No había niños entre los sacrificados.

Aquello cayó sobre Ebenezer con la misma fuerza con que habría recibido un puñetazo de un goblin. Su primera reacción fue de alivio porque, al igual que la mayoría de los clanes enanos, los suyos no tenían la bendición de tener muchos niños y él adoraba los chiquillos, le encantaban aquellos pequeños y ruidosos bribones. Pero, si no estaban allí, ¿dónde estaban?

Mientras pensaba en ello, también se dio cuenta de que había unos cuantos miembros adultos del clan que no había contado, incluidos miembros de su propia

familia. Su padre había sido asesinado junto a la irritable y adorable mujer enana que le había engendrado nueve hijos robustos. La mayoría de esos hijos, hermanos de Ebenezer, yacían destrozados bajo las rocas, pero Tarlamera no se contaba entre ellos.

Se incorporó, sorprendido de que no se hubiese dado cuenta antes. Tarlamera era la hermana más cercana a él en cuanto a edad y a temperamento. Habían jugado juntos en multitud de ocasiones durante su feliz infancia y suyo era el rostro que él siempre buscaba cuando se topaba con una piña de sus propios congéneres. ¿Cómo era posible que no la hubiese buscado y no se hubiese dado cuenta enseguida de que no estaba?

Ebenezer había oído decir que la gente que recibía conmociones fuertes a veces omitía detalles importantes y no pensaba en ellos hasta que estaba preparada. Tal vez era eso, lo que estaba haciendo, aunque hasta entonces siempre había pensado que eso era una tontería.

En cuanto se hubo librado de la negación de la evidencia que había actuado como medida protectora para él, Ebenezer empezó a analizar los hechos hasta que dio con un patrón de conducta de lo sucedido. La mayoría de los mejores guerreros del clan habían sido asesinados, así como aquellos que pasaban el día atendiendo a las necesidades básicas del clan: madres, productores de cerveza, toneleros, zapateros. Todos los enanos de mayor edad habían muerto y también aquellos que tenían algún tipo de tara. Los miembros que faltaban eran los que tenían habilidades especiales, habilidades que sólo un enano puede llegar a dominar. Habían desaparecido los mejores mineros, incluida Tarlamera, cuyos instintos para trabajar con rocas eran tan aguzados que Ebenezer sospechaba que podía olfatear depósitos de minerales y piedras preciosas a cincuenta pasos de distancia. Los mejores artesanos habían desaparecido también, así como los herreros y unas cuantas hembras en edad fértil. Y los niños.

En definitiva, todos aquellos que podían tener algún valor en algún distante mercado de esclavos.

Una mezcla de rabia, frío y ferocidad le subió al enano como bilis por la garganta.

Había otra cosa que también había sepultado en lo más hondo de su memoria: su propia captura por una patrulla de zhents. De repente, se dio cuenta de la verdadera y devastadora naturaleza de su terror.

La esclavitud.

Ebenezer se puso de pie, cogió unas pocas armas y dejó atrás el cementerio en que se había convertido su hogar, rumbo a un túnel secreto, un pasadizo tortuoso y pendiente que desembocaba en la fortaleza que unos humanos habían construido en la cima de la montaña varias décadas atrás.

Se llamaban a sí mismos caballeros, pero eran un hatajo de entrometidos y presumidos que se mantenían ocupados limpiando la zona de trolls, de osos

hormigueros y cosas así, y que a Ebenezer le recordaba siempre el comportamiento de las abuelas del clan, que iban siempre cambiando los muebles de sitio y limpiando el polvo de los estantes.

Si había respuesta a sus preguntas, Ebenezer estaba convencido de que aquel nido de humanos cazadores de trolls, entrometidos en todos los asuntos del mundo, sería un buen punto de partida para iniciar la búsqueda.

Bronwyn siguió a su padre escaleras abajo hacia el patio de armas. Los primeros atisbos de verdadera animación asomaron a la voz de Hronulf cuando empezó a describirle la fortaleza, su historia, sus defensas y las buenas obras que hacían los paladines con los viajeros que pasaban. Se iba deteniendo aquí y allí para conversar con los sirvientes e intercambiar saludos con otros caballeros. A cada uno de ellos, la presentaba con voz orgullosa como su hija perdida, pero lo más curioso era que aquel gesto no confortaba el corazón de Bronwyn ni la hacía sentirse más querida. Era casi como si él tuviese la necesidad de justificar su presencia allí. Aun así, Bronwyn percibió el cálido afecto y el respeto que los habitantes de la fortaleza sentían por su jefe.

Aquellos que conocían a Hronulf lo tenían sin duda en gran estima, cosa que le recordó al caballero que la había dirigido hasta allí.

—Me entrevisté con sir Gareth Cormaeril en Aguas Profundas —comentó—. Me envió recuerdos para vos.

El rostro de Hronulf pareció iluminarse.

—¿Lo viste? ¿Y sabe quién eres? ¡Esa noticia lo habrá llenado de júbilo!

—Le dije mi nombre, pero no pareció relacionarme con vos, ni siquiera cuando le conté que os andaba buscando para que me proporcionarais información sobre mi familia perdida. Comentó que vos también habíais perdido la vuestra y que seguramente estaríais dispuesto a proporcionarme toda la ayuda que pudieseis, pero no pareció relacionar ambas historias.

—Sir Gareth fue un gran caballero y un buen amigo —confirmó Hronulf, pero de repente los ojos se le endurecieron—. Fue él quien te encontró, o al menos eso creyó: una chiquilla asesinada cuando una partida de goblins asaltaron una caravana que iba rumbo al sur. Tal vez su afecto lo cegó, entonces como ahora; sentía miedo por mí, de tan grande como era mi pesar. Aunque descubrir que tu hija está muerta es algo terrible, no saber qué puede haberle sucedido es mucho peor. Tal vez después de haber tranquilizado mi mente y la suya propia creyéndote muerta, no pudo ver a Bronwyn Caradoon cuando vio tu rostro.

—Es posible —admitió ella, aunque le inquietaba la posibilidad de que podría haber sido hallada de no haber sido sir Gareth tan presto en el momento de anunciar su muerte. Algo más se le ocurrió relacionado con eso—. ¿Conoció Gareth a mi

madre?

—Oh, sí, Gwenidale era una mujer de buena familia y su hermano era paladín, camarada de Gareth y mío propio. Murió antes de cumplir los veintitrés años, pero fue todo un caballero. No obstante, han pasado muchos años desde que el último hombre puso la vista en el hermoso rostro de Gwenidale. No culpes a Gareth en este asunto. — Hronulf sonrió fugazmente—. Él y yo somos hombres de avanzada edad. La vista nos falla y a veces hasta los recuerdos más sentidos parece que se nos escapan.

Mientras hablaban, fueron siguiendo su paseo por la fortaleza. Hronulf la condujo a la capilla y señaló con la mano los tramos de escalera que subían por ambos lados del muro trasero. Subieron por la escalera de la derecha y aparecieron en el camino de ronda que circundaba la muralla. El orgullo que sentía su padre por sus dominios, así como la inquietud patente por todos aquellos que tenía a su cargo, quedó en evidencia para Bronwyn. El Bastión del Espino era en realidad su hogar, no la aldea que ella apenas recordaba. Aquel lugar, aquellos hombres, siempre habían ocupado un lugar predominante en su corazón.

Aquello le hacía sentir más curiosidad y rabia de la que estaba dispuesta a admitir. Intentó sacar el tema.

—No hay mujeres aquí —comentó.

—Alguna viajera, de vez en cuando. Creo que hay un espadachín hembra a sueldo en la caravana que tenemos hospedada actualmente.

—Así que los paladines no traen aquí a sus familias. —Aquello la preocupaba sobremanera, en especial a la luz de su propia historia.

—Pocos caballeros tienen familia —respondió el paladín, pero luego vaciló—. Es una vida sacrificada y llena de peligros. A menudo predomina la lealtad, servir con tu espada a tu dios o a tu rey. Los hombres que sobreviven a los treinta años, o más, se casan, pero la mayoría, no.

—Vos lo hicisteis. Vos teníais una familia y nos abandonasteis en una pequeña aldea en mitad del bosque. —Las palabras le salieron en tono desafiante. Deseaba haberse mostrado más diplomática, pero su necesidad era demasiado intensa. Necesitaba oír alguna palabra de explicación, alguna razón para el horror que había destruido su familia y forjado su vida.

Hronulf no respondió de inmediato. Se detuvo ante la puerta de un largo edificio de piedra que ocupaba la distancia entre las dos torres y cuyo techo curvo trazaba en el centro un arco inmenso. A través de la puerta abierta, Bronwyn alcanzó a ver el altar en cuyo centro se hallaba depositada la balanza de la justicia. La luz se filtraba por las ventanas situadas en lo alto de los muros de piedra y caía como delgados retazos dorados sobre los caballeros que, arrodillados o postrados, se hallaban inmersos en sus oraciones.

—Era mi deber casarme —repuso Hronulf con sencillez—. La herencia de Samular debía ser transmitida. Cosa que me recuerda que hay asuntos familiares que tenemos que atender. Ven.

Aquello no era una respuesta en absoluto. Con la esperanza de que luego le ofreciera una mejor, Bronwyn lo siguió de regreso a la torre. Cerró la puerta y ajustó el pestillo, extraña precaución que sorprendió a Bronwyn por la seguridad que inspiraba aquel entorno. Todavía se quedó más confundida cuando sacó un antiguo pedazo de pergamino de un diminuto arcón de madera cerrado con llave.

—¿Sabes leer?

—En varias lenguas, tanto modernas como antiguas.

La respuesta le pareció natural a ella, pero no pareció complacer a su padre.

—Ese orgullo no me parece correcto.

—No es orgullo —repuso ella con total honradez—, sino necesidad. Soy mercader, y supongo que una especie de estudiosa. Encuentro artefactos perdidos, lo que significa que tengo que estudiar una amplia variedad de materiales y hablar con muchos tipos de gente para encontrar lo que busco.

—Un mercader.

Pronunció las palabras en un tono que bien podría haber empleado para decir, por ejemplo, «un duende», y Bronwyn supo de repente cómo se sienten los gatos cuando se les eriza el pelo del lomo. Se tragó la respuesta agria que le había acudido de inmediato a los labios y cogió el pergamino.

El estilo de la escritura era antiguo y la tinta se veía borrosa y poco intensa, pero Bronwyn pudo leerlo sin dificultad. La fortaleza de El Bastión del Espino, y la mayor parte de la montaña donde se asentaba, no pertenecía a la Sagrada Orden de los Caballeros de Samular, sino que era propiedad de la familia Caradoon.

—Esto es una copia del decreto de sucesión de El Bastión del Heraldo —explicó Hronulf—. Tras mi muerte, deberás hacerte cargo de la fortaleza y comprobar que se sigue utilizando para el mismo propósito para el que se ha usado durante tantos siglos.

—La observó con ojos perspicaces—. ¿Estás casada?

—Ni siquiera cerca —repuso con sequedad.

—¿Casta?

Bajo cualquier otra circunstancia, habría respondido a aquella pregunta con una sonora carcajada, pero ahora se sintió simplemente confusa, a punto de encolerizarse.

—No veo qué tiene eso que ver con el tema que nos ocupa —respondió, tensa.

En apariencia, Hronulf vio en sus palabras una respuesta, y no la que deseaba, porque una expresión de profunda decepción cruzó por su rostro. Dio un suspiro y luego apretó la mandíbula como si acabara de tomar una determinación. Se levantó y, tras acercarse a la escribanía, se sentó y cogió una pluma.

—Te escribiré una carta de presentación —afirmó mientras mojaba la pluma en un tintero—. Llévala a Summit Hall y preséntasela a Laharin Barba Dorada de Tyr.

Dirige aquel lugar y te encontrará una pareja adecuada.

Bronwyn se quedó boquiabierta. Se pasó una mano por el cabello y agitó la cabeza como si deseara despejarse la mente.

—No me creo lo que está ocurriendo.

—La herencia de Samular debe continuar —insistió Hronulf con fervor antes de soplar sobre la tinta para que se secase y apartar el pergamino—. Eres la última de mis cinco hijos, así que la responsabilidad recae sobre ti. Pareces adecuada para cumplirla.

Eres joven, hermosa y en apariencia estás sana.

Aquello era más de lo que Bronwyn era capaz de soportar.

—Y ahora me vais a decir que criar niños es mi deber y mi destino.

—En efecto, lo es.

Bronwyn tuvo un súbito arranque de compasión por una yegua de cría. Se levantó con brusquedad.

—Estoy cansada, padre. ¿Hay alcobas de invitados en esta fortaleza que no se sientan mancilladas por alojar a una mujer?

Él se levantó a su vez y la estudió con una mirada un poco más cariñosa.

—Estás abrumada. Perdóname. Te he dado mucho en lo que pensar demasiado pronto.

—Soy adaptable —le aseguró, aunque mientras hablaba se preguntaba si tal vez no habría llegado a los límites de su flexibilidad.

—Hablaremos más por la mañana. Hay secretos, que sólo conocen los descendientes de Samular, que tienes que escuchar. Tienes que comprender las responsabilidades de tu familia.

Aquella vez, Bronwyn no pudo corresponder con una sonrisa. Hasta aquel momento, había sido una persona muy aficionada a la ironía, pero para Hronulf de Tyr, las responsabilidades familiares significaban sólo la continuación de la línea de sucesión de Samular. Y, sin embargo, al cumplir con su deber, había dejado a su familia en una situación vulnerable.

Pero no sentía el más mínimo deseo de hacerle esa puntualización a su padre. Era tan grande el abismo que los separaba que difícilmente podría ver Hronulf las cosas como las veía ella. Si se casaba adecuadamente y producía hijos que siguieran los designios de Tyr, él estaría contento. Ninguna otra cosa que pudiese ella hacer, nada de lo que ella era, tenía importancia. En todas las cosas que contaban de verdad, seguía ahora tan sola como cuando había puesto los pies en El Bastión del Espino.

Bronwyn se recordó a sí misma que nunca había esperado tener en verdad una familia. Sólo había buscado conocimiento sobre su pasado. Si era capaz de pensar en

ese encuentro con su padre en esos términos, quizás el dolor que sentía en el pecho remitiera.

Así que cogió el rollo de pergamino que Hronulf le tendía y un pequeño libro encuadernado en cuero que le rogó que leyera para aprender más sobre las gestas y los propósitos de la familia. Bronwyn tenía todavía miles de preguntas que formularle, pero al final las respuestas parecía tenerlas al alcance de la mano. A todas las preguntas, menos a una: ¿Por qué no le resultaba suficiente el conocimiento de su pasado, el cumplimiento de sus sueños?

La hora de la cena había finalizado en El Bastión del Espino y por todos lados se desperdigaban los Caballeros de Samular, cada uno dedicado a su descanso o pasatiempo favorito. Un paladín ya mayor, conocido en su día en todo Faerûn occidental como Randolar el Oso, subió una empinada escalera de camino a su dormitorio para coger un libro de su modesta alcoba, un magnífico tomo rebosante de historias excitantes narradas con admirable brevedad, y se dirigió a una habitación todavía más pequeña: una sucia letrina situada entre el espeso muro del alcázar. Allí ascendió al trono de los hombres mortales y se dispuso felizmente a leer.

Tan enfrascado estaba en la historia que, en un principio, las maldiciones musitadas en voz baja le parecieron el eco de la furia del propio villano derrotado, pero poco a poco empezó a darse cuenta de que las voces eran reales y que procedían del conducto sobre el cual estaba él sentado. Tras un momento de desconcierto, Randolar se dio cuenta de que alguien estaba trepando por el interior del muro del alcázar, un invasor con determinación suficiente para arriesgarse a recibir la desagradable sorpresa que acababa de recibir. También se le ocurrió que, puesto que aquella no era la única letrina de la fortaleza, podría haber otros invasores con la misma determinación.

El viejo paladín saltó al suelo y respiró hondo para inhalar aire suficiente para dar la voz de alarma. Antes de que pudiese pronunciar un solo sonido, el asiento de madera del retrete salió volando y fue a topar contra la pared con una fuerza inusitada. Al darse la vuelta, vio que del conducto emergían la cabeza y los hombros de un hombre de barba negra, el rostro contraído con una mueca y cubierto con los desechos que acababa de evacuar el paladín.

Tras apoyarse en un codo contra el borde del retrete, el invasor alzó una ballesta cargada y se apresuró a pulsar el gatillo. El proyectil se incrustó en el pecho de Randolar y el paladín resbaló despacio por el muro de piedra hasta caer al frío suelo. Su último pensamiento fue una profunda sensación de vergüenza al pensar que como caballero de Tyr moriría sin poder dar la voz de alarma y con los calzones a la altura de las rodillas.

En la cima de una colina cercana, Dag Zoreth contemplaba la fortaleza desde un puesto de vigilancia recién conquistado. Todo estaba a punto. Sus validos lo habían hecho bien. Hasta sir Gareth había actuado por encima de las expectativas. Según los exploradores de Dag, una joven mujer había entrado en el alcázar varias horas atrás. Su reencuentro con su familia perdida prometía ser más compleja y satisfactoria de lo que se habría atrevido a esperar.

Y pronto iba a suceder. En aquel momento, su avanzadilla de soldados se habría abierto camino por los desprotegidos canales de desagüe. Eran hombres elegidos y entre ellos se contaban los asesinos más expertos y silenciosos de entre las filas de zhentarim, y los mejores arqueros y ballesteros. Su objetivo era colarse en silencio en el interior de la fortaleza. Tres asesinos se abrirían paso hasta la sala del torno, una estancia diminuta que albergaba la maquinaria que alzaba el puente levadizo. Los demás dejarían fuera de combate a los hombres que patrullaban por el camino de ronda y vigilaban desde las garitas para abrirse paso hasta la puerta.

Dag se vio súbitamente distraído por una sensación de fuego gélido que le quemaba un costado, una sensación dolorosa pero no por completo desagradable.

Deslizó una mano a la bolsa de cuero que colgaba de su cinto y extrajo de ella la fuente de su incomodidad, una diminuta esfera parecida a la que había dado a sir Gareth.

El rostro que se veía en ella era de un tono grisáceo, presentaba unos rasgos vagamente elfos, y estaba sembrado de cicatrices ganadas tras décadas de servicio a la maldad. El asesino semidrow hizo un único gesto de asentimiento.

Dag sonrió y volvió a introducir la esfera en su bolsa.

—Han entrado en la sala de mandos y están a punto para alzar el puente levadizo —comentó al capitán, un hombre calvo, de barba negra, que sacaba más de una cabeza de altura a Dag y le duplicaba la corpulencia. Cuando al capitán Yemid le fallaba la estrategia, se imponía por pura fuerza bruta y era hábil transmitiendo órdenes y haciéndolas cumplir—. Haz sonar el tono de asalto —ordenó Dag.

Yemid alzó el puño al aire con el pulgar alzado y al instante uno de los hombres se llevó un cuerno a los labios y dio la señal de ataque. De inmediato, la caballería pesada salió al galope, una veintena de imponentes caballos militares, protegidos con armaduras y montados por jinetes también cubiertos por completo de armaduras. Detrás de ellos salió la segunda oleada, otros veinte soldados a caballo que se encargarían de derribar y asesinar a todos aquellos que esquivaran la primera andanada. Al final, salió la infantería: cincuenta hombres, bien armados y bien aleccionados, cuya ansia de batalla quedaba garantizada por el influjo del hechizo que Dag Zoreth dedicaba a Cyric.

No era una fuerza poderosa, pero sería más que suficiente. Había ya trece hombres en el interior de la fortaleza, asesinos tan silenciosos y mortíferos como si

fueran hurones enfrascados en la persecución de gallos viejos y palomas de cría. Dag sólo confiaba en que la matanza saciara el hambre de sangre de su gente; si no, varios de los hombres se volverían contra sus propios compañeros y aprovecharían la confusión de la batalla para saldar algún viejo insulto o alguna estúpida rivalidad, como sucedía a menudo entre los zhentarim.

—Una pérdida de tiempo —musitó Dag entre dientes mientras ponía a su caballo al galope. Lo mejor era acumular la cólera como un tesoro, construyéndola y madurándola hasta que se convertía en un arma en sí misma, una que podía servir a sus propósitos.

Cerca de su posición, uno de los soldados cayó de su caballo, con una flecha clavada en el pecho. Bien. Todavía quedaba ansia de lucha en los paladines. Para no correr riesgos, Dag se abrazó a su montura mientras el corcel adelantaba a la infantería, y mantuvo la vista fija en la puerta de madera que había en mitad del muro de la fortaleza.

El puente levadizo se fue alzando en una serie de tirones bruscos y rápidos a medida que los asesinos accionaban el mecanismo. Los caballeros de Fuerte Tenebroso se abalanzaron hacia la puerta de madera, con las largas lanzas niveladas frente a ellos.

Cuatro de ellos golpearon la puerta en el mismo instante y los paneles de madera salieron proyectados hacia adentro, prueba patente de que los invasores habían podido apartar las barras. Los soldados zhentarim se colaron a través de la abertura en la muralla y Dag espoleó a su montura con saña, por miedo a llegar a la fortaleza cuando la lucha hubiese finalizado.

En los aposentos de la torre de Hronulf, Bronwyn fue la primera en oír la alarma. Se detuvo, con una mano en la puerta, y luego se giró para observar a su padre.

—Ese cuerno. Conozco la señal.

Hronulf hizo un gesto de asentimiento y se acercó a grandes pasos a la puerta.

—Zhentarim. Quédate aquí..., tengo que ir a la muralla.

Bronwyn lo cogió del brazo, olvidados ya todos los sentimientos de cólera que había sentido contra él.

—Es demasiado tarde. Escuchad.

El lejano rumor de la batalla parecía colarse por entre los gruesos muros y el roble macizo. Hronulf abrió los ojos de par en par.

—¡Están dentro de la fortaleza!

Ella hizo un gesto de asentimiento mientras su mente discurría y desechaba multitud de planes posibles.

—¿Hay algún camino secreto para salir de aquí?

El paladín sonrió con pesar y desenvainó su espada.

—No para mí. El Bastión del Espino está bajo mis órdenes. La defenderé y moriré si es preciso.

Antes de que Bronwyn pudiese responder, el primer asalto golpeó la puerta de la habitación. Los paneles de madera crujieron e incluso las bandas de acero que los protegían se curvaron hacia adentro.

Hronulf volvió a enfundar su espada y se sacó una alianza de oro de gran tamaño y profusos adornos del dedo. Cogió la mano izquierda de Bronwyn y deslizó el anillo en su dedo índice. Aunque la joya acababa de salir del dedo del paladín, mucho mayor que el de su hija, se ajustó a su delgado índice y se quedó allí encajada.

—Escúchame bien —le urgió él—, porque esa puerta no va a resistir mucho. Este anillo es una reliquia de familia de gran poder. No puede caer en manos de los zhentarim. Debes protegerlo a toda costa.

—Pero...

—No hay tiempo para explicaciones. —La cogió por los hombros y la empujó con firmeza hacia la pared. Luego, alargó una mano por encima de ella y presionó con fuerza una de las piedras del muro. De inmediato, se abrió una abertura redonda en el muro aparentemente sólido, un agujero negro a la altura del suelo. Le hizo un gesto hacia la abertura—. Debes irte.

Bronwyn se escabulló entre sus brazos y se acercó al par de espadas cruzadas que había expuestas en la pared. Soltó una de ellas y la blandió de cara a la puerta, quejumbrosa y encorvada.

—Acabo de encontraros —murmuró con un rechinar de dientes—. No pienso irme.

La sonrisa del paladín mostraba a la vez tristeza y orgullo.

—En verdad eres hija mía. —Por un instante, sus miradas se quedaron prendidas y le pareció a Bronwyn que por primera vez la estaba viendo a ella, sólo a ella, no a un reflejo de su madre muerta hacía tiempo o un mero legado a su herencia de Samular—.

Bronwyn, hija mía —repitió, con un deje de admiración en la voz—. Por ser quien eres, harás lo que sea tu obligación. Como yo.

Sin más, le quitó la espada que tenía en las manos y la cogió por la parte trasera de su casaca. Luego, la hizo girar y, cogiéndola con la otra mano del cinturón, la levantó del suelo. De esa guisa, como si fuera él un forzudo semiorco y ella un vulgar cliente de una taberna, le hizo la despedida típica de los borrachos en el distrito del Muelle. Ella cayó de bruces sobre el suelo de piedra, patinó sobre el estómago y desapareció de cabeza por el túnel.

Detrás de la abertura se iniciaba una pronunciada y lisa rampa. Se deslizó de cabeza, sintiendo cómo el viento le silbaba en los oídos a medida que ganaba velocidad.

A pesar del ruido, alcanzó a oír el ruido sordo producido por el muro de piedra al cerrarse, el estallido en pedazos de la puerta de madera y una voz profunda y resonante que invocaba un canto a Tyr cuando el paladín inició su batalla final.

Dag cruzó el umbral de la puerta y, al llegar al patio de armas, descendió de su caballo. Al mirar a su alrededor, vio que parte de la batalla ya había finalizado. La mayoría de los sirvientes de la fortaleza habían sido sacrificados. Sus cuerpos yacían mutilados en grandes pilas, como si fueran pollos decapitados a punto para ser desplumados. Los soldados habían rodeado a los supervivientes y los habían forzado a ponerse de rodillas formando una única fila. Una pareja de sacerdotes caminaba por delante de la hilera mientras iban lanzando los hechizos necesarios para discernir el carácter y la lealtad de cada persona.

Era una precaución poco habitual; por regla general se consideraba que los sirvientes de un castillo eran parte del botín, se los consideraba personas simples dispuestas a salvar su propio pellejo y sus vidas sirviendo a todo aquel que controlase la fortaleza. Dag era consciente de que aquellos sacerdotes consideraban las pruebas una auténtica molestia y una pérdida de tiempo, pero él opinaba de distinto modo. La influencia de un paladín era insidiosa. Bajo sus órdenes, todo aquel que demostrase ser demasiado fuerte o cuya alianza con las fuerzas del bien se mostrara demasiado sólida, tenía que ser sacrificado.

En opinión de Dag, era una precaución de gran importancia.

Sus ojos se detuvieron en Yemid, que estaba ahora de pie y perseguía a un sirviente en retirada. Dag cogió al capitán por el brazo.

—¿Dónde está la mujer?

Yemid soltó un suspiro de frustración.

—Desaparecida, milord. Los hombres han registrado la fortaleza desde las torres hasta las mazmorras.

Dag arrugó la frente, sumamente enojado. No había considerado la posibilidad de que su hermana pudiese poseer magia. Le habían dicho que era una mercader, no una hechicera, aunque él sabía tan bien como todo el mundo que los hechizos mágicos podían comprarse, suponiendo que uno tuviese dinero para pagarlos. Aun así, la mayoría de los hechizos que él conocía tenían un poder y un alcance limitado.

—Envía una patrulla y que registren las cercanías. ¡Encontradla!

Yemid salió disparado y transmitió a voz en grito las órdenes. Una docena de hombres montaron a caballo y se dirigieron al galope hacia la puerta.

—¿Y el señor del alcázar? —insistió Dag, resuelto a no sentirse más defraudado—. ¿Dónde está?

El capitán titubeó y luego señaló la línea de cuerpos zhénticos que yacían allí, preparados para la incineración, la resurrección o la animación después de muertos,

según el deseo de Dag.

—Esto es parte de su obra. Pillaron al viejo en una cámara de la torre pero, aun así, les costó reducirlo.

—¿Reducirlo?

El frío mortal que destilaban sus palabras hizo que desapareciera el color del rostro del corpulento soldado.

—Os juro, lord Zoreth, que el hombre estaba todavía vivo cuando lo dejé. Pero le habían herido y parecía una herida seria. —Apartó la maza de púas que solía usar para la lucha cuerpo a cuerpo y volvió la espalda al encolerizado clérigo—. Os llevaré hasta él.

Dag siguió al soldado hasta la parte de atrás de la fortaleza y subieron el tramo de escalera de caracol que conducía a la habitación de la torre. Un par de guardias custodiaba la destrozada puerta y prohibía el paso con las lanzas puestas en forma de cruz. Dag notó que también estaban heridos, tenían las túnicas deshilachadas y se veían marcas brillantes en sus cotas de malla en los puntos en los que la afilada espada se había hundido o había golpeado. Aquellos hombres formaban parte de la elite de Fuerte Tenebroso, eran guerreros escogidos a dedo por el propio Perespectro, y ni siquiera ellos habían salido ilesos de la espada de Hronulf.

Una fugaz y tirante sonrisa asomó a los labios de Dag Zoreth. Era extraño que los recuerdos de la niñez conservaran el mismo brillo al cabo del tiempo, pero era evidente que la percepción que él tenía de las habilidades de su padre en combate había sido una excepción.

—¿Vive el señor del alcázar? —preguntó.

—Ajá —gruñó uno de los guardias—, de acuerdo con vuestras órdenes.

Dag hizo un gesto de satisfacción.

—Apartaos.

Los guardias titubearon e intercambiaron una mirada que mezclaba indecisión y malos presagios.

—No cumpliría mi deber si no os advirtiese —aventuró el hombre que ya había hablado—. Varios buenos soldados murieron subestimando a ese anciano.

—Ya veo. —Los ojos de Dag se entrecerraron en tono amenazador—. Por fortuna para mí, no soy un buen soldado, sino un sacerdote de Cyric. ¿Me comprende, soldado?

La amenaza era poderosa. Los dos hombres hicieron un gesto marcial a modo de saludo y se apartaron. Dag pasó junto a ellos y se introdujo en la estancia, con su oscura cabeza erguida y la capa púrpura flotando a su alrededor como una nube de tormenta. Se sentía revigorizado más que asustado por la perspectiva de enfrentarse al alto y poderoso paladín que incluso en los últimos años de su vida era capaz de despachar a una veintena de los mejores hombres de Fuerte Tenebroso. Tal vez

tendría que alzar por última vez la vista, físicamente hablando, para hablar con Hronulf de Tyr, pero esta vez lo haría, por primera vez en su vida, desde una posición de poder. Existía cierta ironía en ello que le agradaba.

Sin embargo, Dag se vio privado de su pequeño triunfo. El padre que desde tan lejos había venido a conquistar ya no era un guerrero al que se pudiese odiar y temer, sino un hombre viejo y moribundo.

Hronulf de Tyr estaba sentado muy tieso en una silla. Frente a él sostenía su espada, con la punta apoyada en el suelo, una mano en la empuñadura y un gesto que evocaba la postura de un monarca dirigiéndose a sus súbditos. La otra mano la tenía cerrada en un puño y se cubría con ella una herida justo debajo de las costillas.

Dag Zoreth se volvió lentamente hacia su guía.

—Es como has dicho. Está gravemente herido, en contra de mis órdenes expresas.

El capitán hizo un gesto de asentimiento y tragó saliva. El convencimiento de que su muerte estaba escrita se reflejaba claramente en sus ojos.

Pero Dag sacudió la cabeza.

—No suelo matar a los portadores de malas noticias, ni como entretenimiento ni para demostrar que soy un hombre al que hay que temer. Los buenos mensajeros son difíciles de encontrar, y los buenos capitanes todavía más. Me has servido bien, Yemid, y te recompensaré de manera adecuada. Pero si me fallas en el encargo que estoy a punto de encomendarte, probarás el sabor de mi ira.

—¡Por supuesto, lord Zoreth!

—Ve y encuentra al hombre que hizo esta herida y hazle lo mismo. Primero, derríbalo y luego clávale la espada en un punto que te garantice que muera lentamente, para que con sus gritos pida a los cuervos que tengan la compasión de finalizar la tarea.

Una vez más volvió Yemid a tragar saliva..., bilis, a juzgar por el tono verdoso que acababa de adquirir su tez.

—Todo se hará como vos decís. —Saludó y salió a toda prisa de la habitación, con una celeridad que más tenía de alivio por haber salvado la cabeza que celo por cumplir el encargo que le acababan de hacer.

Dag despidió a los guardias y cerró lo que quedaba de puerta. Una vez a solas con su cautivo, cruzó los brazos y lo contempló con frialdad.

—Soy sacerdote —explicó en un tono de controlada frialdad que no dejaba entrever la rabia o el regocijo que sentía—. Puedo curaros. Puedo hacer que os desaparezca de inmediato el dolor. Puedo incluso ofreceros protección de los soldados que han invadido vuestra fortaleza, o una muerte rápida luchando, si lo preferís.

Hronulf alzó los ojos para contemplar el pálido y enjuto rostro de Dag.

—No tenéis nada que yo pueda desear.

—Eso no es exactamente cierto. —Dag hizo un gesto rápido y complejo con ambas manos y lanzó un hechizo que había preparado. Una ilusión se alzó en el aire entre ellos, y en ella se veía la imagen reluciente de un anillo de oro profusamente adornado—. A menos que haya sido mal informado, deseáis esto con mucha intensidad.

Y es mío.

Los ojos del paladín centellearon.

—¡No tenéis derecho a él!

—Una vez más, os equivocáis. Tengo todo el derecho a poseerlo. —Dag alzó la barbilla—. Soy vuestro hijo segundo, al que llamasteis Brandon en honor al padre de mi madre. Cogí el anillo de manos de mi hermano Byorn, después de que cayera en un combate que nunca habría tenido que librar.

—¡Mentís!

—¿Acaso no puede un paladín discernir la verdad? Probadme y sabréis si hay falsedad en mis palabras.

Hronulf clavó una mirada escrutadora en el sacerdote. Sus ojos se quedaron atónitos a medida que la verdad se desvelaba en su cerebro, pero su rostro se endureció.

Su mirada se detuvo, escrutadora, en la vestimenta negra y púrpura de Dag, luego se fijó en el símbolo que llevaba grabado en el medallón.

—No tengo ningún hijo seguidor de Cyric. Mi hijo Byorn murió como un héroe, luchando contra los zhentarim.

Aunque había esperado oírlas, aquellas palabras impactaron en el corazón de Dag con dolorosa fuerza.

—¿Estáis seguro? ¿Se os ha ocurrido nunca pensar cómo pudo llegar a oídos de los zhentarim la situación secreta de vuestra aldea familiar? O, en la misma línea, ¿cómo es posible que una banda zhentilar se las haya arreglado para desvelar los secretos de esta fortaleza? ¡Mirad, y conoceréis la respuesta!

Dag extrajo la diminuta esfera negra de su escondite y la sostuvo frente a los ojos de su padre. Una lengua de fuego púrpura relampagueó para lanzar una luz impía sobre el rostro del amigo más antiguo y querido de Hronulf.

—¿Cómo puedo serviros, lord Zoreth? —inquirió la imagen de sir Gareth Cormaeril.

Un cúmulo de sensaciones que oscilaban entre la conmoción, la incredulidad y la triste aceptación de lo evidente pasó por los ojos gris plateado de Hronulf. Alzó la vista para contemplar el rostro frío y vengativo de Dag.

—Gareth era un buen hombre. Corromper a un paladín es una maldad atroz y una mancha negra en el alma de todo aquel que participa en su ruina. No vais a encontrar a nadie más aquí que quiera tener tratos con vos, cyriciano.

Con gran esfuerzo, Dag consiguió mantener el rostro impassible.

—He venido a reclamar mi herencia y a conocer a mi hermana. ¿Dónde está?

—Esto es una fortaleza de los Caballeros de Samular. Ninguna mujer reside aquí.

—Por fin decís algo parecido a la verdad —repuso Dag con frialdad—, pero vamos a dejarnos de juegos. Vimos entrar a una joven en esta fortaleza y no la hemos visto salir.

—Ni la veréis. Está fuera de vuestro alcance.

Dag se limitó a encogerse de hombros.

—Por ahora tal vez sí, pero llegará el día, y muy cercano, en el que los tres anillos de Samular se reunirán en las manos de tres de sus herederos. Decidme lo que eso significa. ¿Qué poder se puede desencadenar?

—Eso no tiene importancia. Vos no lleváis el anillo. No podéis.

—Quizá no, pero mi hija sí puede, y hará lo que yo le diga. Pronto mi hermana hará también lo mismo. Siempre que sea yo quien controle el poder, no importa quién porte el anillo. —El sacerdote separó los brazos y, alargando una mano, dio un paso adelante—. Es hora de que me des en legado mi herencia. El segundo anillo, por favor.

Una oleada de dolor relució en los ojos del paladín cuando sintió que su hijo se aproximaba porque la maldad de Cyric quemaba a los hombres como Hronulf con tanta precisión y dolor como el fuego de un dragón. Dag Zoreth observó la reacción, pero no se sorprendió porque la esperaba. Aun así, apartó de un puntapié la espada real de manos de Hronulf y sostuvo los dedos del paladín entre sus manos.

—No hay ningún anillo. La otra mano, pues —pidió. Con gesto desafiador, Hronulf alzó el puño que tenía ensangrentado y abrió la palma de la mano para que el sacerdote comprobara que no lucía ningún anillo en sus dedos.

El rostro de Dag se oscureció a medida que la cólera se apoderaba de él.

—En una ocasión, cuando no contaba más que siete inviernos, oculté uno de los anillos en un lugar seguro en el hueco de un roble para que no lo cogieran mis captores.

¿Acaso hicisteis vos algo parecido?

—No tengo el anillo —afirmó Hronulf.

—Ya veremos.

Dag no dudaba de que el paladín decía la verdad. Sabía que lo más razonable era encontrar el modo de curar al hombre e interrogarlo, pero Dag no actuaba según su propio raciocinio. La rabia, el pesar y la locura de una vida de terrible aislamiento, un torrente de emociones demasiado numerosas y complejas para catalogar o comprender, lo habían llevado más allá de sus límites. Con un brusco movimiento, hundió su propia mano profundamente en la herida del paladín.

Un rugido de agonía e indignación emergió de la garganta de Hronulf. Dag

sospechaba que el tacto de un sacerdote de Cyric le causaba al paladín un dolor parecido al que le causaría un herrero enano si lo rozara con hierro candente, y se sintió complacido por ello, aunque no lo suficiente para saciarlo.

Dag clavó la mirada en los ojos angustiados de su padre mientras empezaba a entonar las notas de un hechizo. El dios Cyric escuchó a su sacerdote y le garantizó el uso de la magia. De repente, los frágiles dedos de Dag se convirtieron en hojas afiladas y aguzadas como cuchillos de mithral, que empezaron a subir hacia arriba, desgarrando músculo y carne viva, hasta llegar al pulsante corazón del paladín.

Con un rápido estirón, Dag Zoreth extrajo el corazón a través de la herida y se lo mostró al paladín moribundo. Luego, con la misma rapidez, lo lanzó al fuego de la chimenea.

Dag Zoreth giró sobre sus talones y salió de la habitación, canturreando todavía por lo bajo. El último sonido que escuchó Hronulf de Tyr fue el siseo y el crepitar mortal de su propio corazón, y la voz de su hijo perdido, maldiciéndolo en nombre de Cyric.

7

El fragor de la batalla se fue desvaneciendo con rapidez a medida que Bronwyn se precipitaba por la empinada pendiente. Iba de cabeza hacia abajo, ganando velocidad a cada instante.

Vagamente se dio cuenta de que el túnel estaba excavado en el grueso muro del alcázar y que había iniciado una caída prácticamente en vertical. Se protegió la cabeza con los brazos preparándose para lo que fuese que le esperara al pie de la rampa.

Sin embargo, el túnel trazó una curva y la sumergió en algo que parecía una caída en espiral. Sospechaba que el túnel bajaba en círculos a través de la muralla curva, pero no podía estar segura porque el equilibrio y el sentido de la orientación la habían abandonado barridos por la velocidad de su caída. No tenía tiempo de considerar su situación, planear o ni siquiera reaccionar. No tenía alternativa, ni opciones, sino rendirse a la fuerza que la tenía presa. Eso lo comprendía sin necesidad de palabras ni siquiera de pensamientos conscientes, y saberlo le producía una gran sensación de frustración y de hirviente rabia. ¿Cómo era posible que no existiese nada en su vida, nada en absoluto, sobre lo que pudiese ejercer algún tipo de control?

De improviso, Bronwyn se dio cuenta de que el túnel se había ensanchado porque no sentía el discurrir de las paredes a ambos lados de su rostro, y habían dejado de rozarle por uno y otro costado. Además, ya no sentía debajo de su cuerpo los bordes encajados de una y otra piedra sino que el suelo era una sucesión todavía lisa pero en apariencia de una sola pieza.

Se dio cuenta de que estaba en el interior de la montaña, y que seguía cayendo.

Aunque la velocidad no había disminuido demasiado, al menos tenía cierto espacio para maniobrar. Se estiró hacia un costado, plegando las piernas contra el pecho y estirándolas de sopetón cuanto pudo, pero ni aun así consiguió asirse a la pared ni con las manos ni con los pies, aunque sí que su movimiento tuvo cierto efecto, pues empezó a ralentizar su caída. Empezó a pensar que pronto podría detenerse.

En ese preciso instante, llegó a otra curva. El cambio de posición del peso le hizo girar en torbellino y quedó completamente fuera de control, cayendo sin dejar de rodar.

Agitó brazos y piernas frenéticamente, en busca de algún asidero para detener su loco descenso, pero fue en vano. En cierto modo, tenía que estar agradecida de que no hubiese protuberancias, porque si el túnel no hubiese sido liso, a estas alturas estaría por completo destrozada y magullada hasta quedar irreconocible; no obstante, casi habría agradecido encontrarse una roca en su camino si con ella hubiese podido frenar su precipitado descenso.

Y, de repente, vio una roca, o al menos algo que se parecía mucho a una roca. Por el rabillo del ojo, alcanzó a ver su silueta contrastada contra una luz diáfana que brillaba por detrás. Se rodeó la cabeza con los brazos para protegerse el rostro y se lanzó de frente contra un muro que parecía duro y curvo.

Por fortuna para Bronwyn, el «muro» tenía cierta holgura. Soltó un sorprendido «¡bufff!» y alargó unos brazos y unas piernas recias en un desesperado intento de mantener la posición en aquella inclinada pendiente. Durante un breve instante, Bronwyn forcejeó con su invisible «rescatador» mientras ambos se tambaleaban al borde de la caída. Perdieron la batalla, y el descenso acabó resumiéndose a un tumulto de brazos y piernas y una retahíla de gruñidos y contundentes maldiciones.

El túnel acabó por nivelarse y Bronwyn se fue deteniendo lentamente. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero al menos había cierta luz, un suave brillo verdoso, emitido probablemente por el líquen fosforescente que crecía en algunas cavernas subterráneas. Bronwyn se quedó tumbada de espaldas a la espera de que las formas y los colores que giraban como torbellinos ante sus ojos se convirtieran en imágenes nítidas.

Con una mano, agarró su cuchillo por si se veía en la obligación de defenderse contra aquello que todavía no alcanzaba ver.

A pocos pasos de distancia, Ebenezer soltó un gruñido y se puso de rodillas. Tenía el cuerpo dolorido desde la barba hasta las botas, pero su vientre era quien había recibido sin duda la peor parte. El dolor era algo conocido para él, algo que se veía capaz de manejar. Comparado con el pesar agonizante que le producía la destrucción de su clan, sentir unas cuantas punzadas y tener cuatro moretones era casi un alivio. Una distracción. Sintió que se encolerizaba cuando sus ojos se posaron en la pequeña y desaliñada mujer que estaba tumbada sobre el suelo de piedra de la caverna.

Ebenezer se puso de pie y se inclinó para observar a la humana.

—¿Te vas a quedar ahí tumbada todo el día? —preguntó con voz quejumbrosa.

Ella abrió los ojos y desvió la vista en la dirección de donde procedía la voz.

Sentía la cabeza un poco aturdida, como si intentase observar a través de la neblina.

—Un enano —musitó, y volvió a cerrar los ojos—. Y yo que pensé que había tropezado con una piedra.

—Y no andabas muy equivocada —soltó Ebenezer en un tono de voz ronco—, sólo que las piedras no sienten deseos de venganza cuando se las ataca.

Aquello despertó el interés de la mujer, que abrió los ojos de par en par y desenvainó una larga daga de una de las fundas que pendían de su cinto. De un salto se puso de pie, pero con un gesto tan inestable que Ebenezer esperó a que volviese a caer al suelo. Sin embargo, aunque se tambaleó un poco, consiguió seguir erguida, antes de agazaparse y sostener la daga a la defensiva con gesto experto.

Una pelea. Bueno, a Ebenezer ya le iba bien. Descolgó de su cinto el martillo que había recogido del puño prieto y helado de Frodwinner.

—Estás equivocado. Yo no te he atacado —se defendió la mujer mientras empezaba a caminar en círculos a su alrededor.

El enano se volvió hacia ella, frotándose el dolorido vientre.

—¿Ah, no? ¿Cómo llamarías tú a esto?

—Una caída.

A pesar de su rabia, Ebenezer tenía que admitir que había cierta razón en sus palabras. Cuando los humanos deseaban bombardear a alguien, no solían utilizar sus propios cuerpos como misiles. Podía aceptar que esta humana no había detenido deliberadamente su ascenso hacia la fortaleza, pero todavía sentía justificada su ira. Sus congéneres habían sido sacrificados o raptados y Ebenezer estaba dispuesto a matar a todo aquel zhent que se encontrase en los túneles Lanzadepiedra, empezando por aquélla.

—Caída, ¿eh? —repitió Ebenezer con amargura—. Prepárate a caer un poco más.

Te voy a mandar a ti y a todos los tuyos directamente al Abismo.

Caminó en círculos a su alrededor mientras medía su altura, su equilibrio y su postura. Según su propia experiencia, los humanos eran bastante predecibles. Cuando veían que un martillo o un hacha se les venía encima, la mayoría tendía a agacharse, pero por lo visto su instinto no les advertía de la altura de los enanos y el alcance de sus brazos. Ebenezer había observado que en la mayoría de las ocasiones lo único que llegaban a hacer era inclinarse ante la inminencia del golpe y, de esta forma, si se apuntaba a los hombros, normalmente recibían el impacto en la cabeza. Más fácil todavía, a su entender.

Se lanzó a la carga, balanceando el martillo por encima de su cabeza para descargar un golpe lateral.

Pero aquella humana no respondió como Ebenezer había anticipado. Se tumbó plana en el suelo de la caverna y rodó por él en dirección opuesta al martillo, para acabar poniéndose de pie detrás del enano y rajar con su daga las posaderas de sus calzones de cuero.

Se giró hacia ella, mientras con una mano se sujetaba la tela por donde le entraba ahora una brisa cortante.

—Has luchado contra enanos antes —observó con frialdad. Eso confirmaba sus sospechas. No demasiados humanos estaban dispuestos a desafiar a un enano, a menos que quisiesen saldar una afrenta muy personal o tuviesen un grupo de amigos a mano.

Y, a juzgar por el modo en que habían devastado los dominios de su clan, aquélla debía de tener un montón de amigos.

La mujer retrocedió unos pasos mientras giraba la vista a un lado y a otro como si

buscara un modo de escapar.

—He conocido a varios enanos, eso es todo. —Alzó una ceja y le dirigió una breve sonrisa de complicidad—. En particular, conozco a uno muy bien.

El significado de aquel comentario era inconfundible, pero Ebenezer no se lo tragaba. Los humanos y los enanos no solían relacionarse ni mantenían prácticamente nunca relaciones serias.

—¡Bah! —se burló—. ¿Qué podría querer un enano con alguien como tú?

Ella empezó a contarle con tanto detalle que el pobre enano sintió que las mejillas se le ponían tan rojas como la barba. A Ebenezer le gustaba escuchar historias tanto como a cualquier otro enano, pero no estaba de humor para intercambiar fanfarronadas con una asesina zhéntica, así que la cortó con una rápida acometida, seguida de una serie de golpes de martillo que la mantuvo ocupada intentando esquivarlos y en retirada durante largos minutos.

—Eres rápida —le concedió Ebenezer, cuando ambos se detuvieron a tomar aliento—, ¡pero aunque intentes distraerme no vas a conseguir nada!

—¿No? —La mujer sonrió y contraatacó con una finta.

Ebenezer se apartó del filo de la daga, pero ella se abalanzó sobre él antes de que pudiera recuperar el equilibrio y por más que intentó blandir su martillo, la mujer estaba demasiado cerca para que la alcanzara.

Su peso impactó contra él: un golpe fuerte para tratarse de una persona tan escuálida, pero Ebenezer estaba acostumbrado a cosas más duras y no estaba dispuesto a dejarse tumbar. No habría caído, a no ser por la enorme piedra que se hallaba justo a su espalda. Parecía que sí se había distraído un poco porque no había visto la roca, que le golpeó por la parte de atrás de las rodillas. Se le doblaron las piernas y, para mortificación suya, se vio tumbado de espaldas.

La mujer cayó sobre él, retorciéndose, arañando y escupiendo como una loca, pero le fue imposible alcanzarla porque estaba demasiado cerca y además era escurridiza como una anguila. Tal vez fuera escuálida y canija, pero luchaba con una furia que habría sido la envidia de los gatos de Tarlamera.

Ebenezer, tan incómodo ahora como encolerizado, sólo deseaba acabar con aquella pelea. Palpó el suelo de piedra en busca de su martillo, pero en vano. Echó una ojeada hacia un lado..., y soltó un aullido cuando la maldita hembra le pegó un bocado en la oreja que había dejado al descubierto. El arma quedaba fuera de su alcance.

Ebenezer soltó un juramento y, de un empujón, apartó de encima a la felina mujer de dos patas, antes de ponerse de pie y abalanzarse por el martillo.

La mujer soltó un escupitajo manchado de sangre y saltó en su persecución. Con los brazos le rodeó las piernas a la altura de los tobillos y lo hizo caer de bruces, clavando otra vez todo el peso sobre su ya maltrecho abdomen. Golpeó con la

barbilla el suelo de piedra y resonó un crujido, pero lo peor fue que con los dedos estirados no llegó por pelos a coger la empuñadura de su arma.

Ella reptó por encima de su cuerpo y, tras coger el martillo, lo lanzó todo lo lejos que fue capaz. Ebenezer alcanzó a oír el tintineo del mitral sobre la dura roca y luego un ruido metálico a medida que el arma resbalaba por la pronunciada pendiente hasta el río.

Aquel golpe fue demasiado fuerte para él. Se incorporó y se zafó de ella con facilidad. Luego, se puso de pie y la señaló con uno de sus rollizos dedos a modo de furiosa acusación.

—Estás empezando a irritarme —aseguró, con la sutileza propia de los enanos.

La humana estaba de nuevo de pie y caminaba otra vez en círculos, observándolo como una loca con aquellos ojos redondos y el cabello completamente alborotado.

Durante un breve instante, Ebenezer pensó que parecía casi tan enfadada, encolerizada y vejada como se sentía él mismo.

—¿A irritarte, dices? Entonces, supongo que no te importará que te haga esto...

Se abalanzó sobre él, con la agilidad de un gato, y cogió con ambas manos su larga barba rojiza. Ebenezer soltó un aullido de dolor y furia ante aquel ultraje a su dignidad enana.

Pero la bruja todavía no había acabado. Dio un brinco, sin soltarle la barba, y, encogiéndose las rodillas, lanzó un puntapié con ambos pies contra el estómago del enano, antes de echarse hacia atrás, arrastrándolo al suelo con ella. Él echó ambas manos hacia adelante para parar el golpe al caer, en parte por instinto y en parte porque no le agradaba la idea de mancharse la ropa con la carne aplastada de la humana.

Pero las cosas fueron muy distintas. La mujer rozó el suelo antes que él y, acto seguido, volvió a darle un puntapié con ambas piernas. Ebenezer sintió que la caverna giraba bruscamente a medida que sus botas trazaban un arco por encima de su cabeza. Y así se vio, girando en el aire como una tortilla sobre una sartén, hasta aterrizar con un fuerte golpe de espaldas.

Unas manos veloces le pasaron la barba por encima de la cara, se cruzaron y volvieron a tirar hacia atrás con fuerza. Antes de que su cabeza impactara contra la roca, Ebenezer sintió un rápido tirón estrangulador. Se sintió abrumado por la incredulidad, aparte de por una oleada fresca de cólera. ¡La mujer tenía el descaro de intentar estrangularlo con su propia barba!

Ebenezer forcejeó para ponerse de pie, arrastrando consigo a la tozuda mujer. Tiró hacia un lado y hacia otro, pero ella estaba pegada a él como un erizo a una mula y sus movimientos no hacían más que ceñir su abrazo. Empezaban a arderle los pulmones y la visión se le volvía borrosa en los extremos, mientras que los latidos de su propio corazón resonaban en sus oídos con tanta intensidad que parecían olas del

mar.

Aquél no era el tipo de muerte que le haría merecer un lugar de honor en la Sala de los Héroes. Resuelto a no ser derribado de un modo tan ignominioso, Ebenezer se abalanzó sobre la pared de la caverna. Si podía llegar allí antes de caer, si podía aplastarla contra la pared unas cuantas veces, tal vez aflojara su abrazo.

Cuando estaba a punto de llegar, sintió que ella aflojaba los brazos y percibió cómo el peso de su cuerpo resbalaba por su espalda. Ebenezer respiró hondo entrecortadamente y hundió los dedos entre los dos pedazos de barba que habían quedado colgando. Empezó a tirar, pero se detuvo de repente cuando vio lo que había hecho reaccionar a la mujer.

—¡Piedras! —musitó con voz ronca, casi estrangulada.

La conquista de El Bastión del Espino se había completado. Dag Zoreth caminaba por la fortaleza revisando el trabajo de sus hombres.

Su labor había sido concienzuda. Sólo quedaban con vida unos pocos sirvientes; por ejemplo, los hombres que mantenían y sacrificaban a cerdos y pollos, el cervecero y un par de los ayudantes de cocina. La mayoría de los habitantes del fortín había quedado demasiado afectada por la influencia de los paladines a quienes había servido y se convertía ahora en cenizas en una pira.

El humo se alzaba en oscuras y fétidas volutas por detrás de los muros de la fortaleza. Los paladines sacrificados y sus seguidores habían sido echados en una pira de madera de deriva y paja seca. Era un combustible que tenía poca intensidad calorífica, pero el nuevo gobernador del castillo de Dag, un hombre oscuro y enjuto que habría sido atractivo a no ser por la lívida cicatriz que le cruzaba la mejilla, era un hombre práctico y había decretado que el suministro de leña y troncos de El Bastión del Espino era demasiado valioso para malgastarlo. Dag se había alegrado de poder delegar la decisión en el nuevo alcaide; al fin y al cabo, el hombre había gobernado con eficacia las propiedades de un individuo de Amn, hasta el día en que fue descubierto en compañía de la mujer del noble, lo cual le había valido la destitución y el desfiguramiento. A Dag no le importaban lo más mínimo las costumbres del hombre y sus consejos le habían parecido bastante razonables. Además, si los cuerpos de los paladines no quedaban quemados por completo, ¿qué importancia tenía? ¿Acaso no tenían que alimentarse también los cuervos y las demás bestias de la costa de la Espada?

Los festejos en el interior de la fortaleza aquella noche provocaron algarabía durante largo rato. Los soldados asaltaron la bodega y subieron tinajas de cerveza y de vino al comedor de la fortaleza. Varios de los animales sacrificados, junto con puerros y tubérculos que había en la bodega, fueron introducidos en un caldero para ser estofados.

Los hombres festejaron, bebieron, cantaron y se vanagloriaron hasta que salió la

luna, y siguieron celebrándolo hasta que la mayoría se quedó roncando a la mesa, con las caras apoyadas en los empapados tajaderos.

Dag se mantuvo al margen de la fiesta, vigilando y esperando hasta asegurarse de que disponía de la privacidad que necesitaba. Había una cosa más que tenía que hacer, un acto que convertiría la victoria en completa.

Cuando el tono del cielo nocturno viró de obsidiana a color zafiro, a punto de iniciarse el alba, y cuando la fortaleza permanecía en silencio salvo por unos cuantos ronquidos ebrios, Dag caminó hacia la capilla y cerró las puertas tras él.

Unos pocos cirios ardían todavía en el altar, y un puñado más en los candelabros de hierro situados en las paredes. La mayoría de las llamas parpadeaba o se había convertido en tenues vestigios de azul hundidos en pozas de cera líquida. Eran velas de una gran categoría. Dag había visto con anterioridad que la cerería producía un tipo de cirios altos y gruesos capaces de estar ardiendo un día entero o una noche. Lástima que el experto cerero fuera un hombre tan apegado a un camino de rectitud. Si el hombre hubiese mostrado cierta flexibilidad, tal vez habría vivido para adornar el altar en honor de Cyric. Dag se imaginaba ya la capilla iluminada por enormes cirios de color púrpura.

Pero quizá podía hacerlo todavía mejor. Dag caminó hacia la escalera ancha que conducía al altar y se quedó un rato mirando la balanza de madera de la justicia, símbolo del severo Tyr, antes de cerrar los ojos e iniciar un cántico.

El poder pareció llenar por completo la capilla y con él unas terroríficas luces púrpuras altas como llamas emergieron de las gastadas velas. El sacerdote abrió los ojos y estudió las sombras alargadas y retorcidas que bailaban contra los muros. No, no bailaban exactamente..., forcejeaban. Eran paladines borrosos que libraban una batalla inacabable que nunca podrían ganar. El espectáculo complacía a Dag, y supuso que su dios Cyric también se sentiría complacido.

No tardó en tener pruebas del regocijo de su dios. Una explosión profunda resonó en toda la capilla, y el símbolo de Tyr se balanceó lentamente antes de precipitarse sobre el altar. Las llamas de las velas aumentaron de tamaño para engullir la balanza de madera, la consumieron por completo y luego se hicieron todavía más altas. El fuego sobrenatural se alzó para convergir en mitad de la estancia y formar la silueta de un púrpura estallido de sol. Mientras Dag contemplaba la imagen, extasiado, un punto oscuro apareció y fue aumentando de tamaño hasta alcanzar la forma de una enorme calavera negra.

Dag hincó lentamente las rodillas en tierra mientras sentía que su ambición se empequeñecía a la vez que se fortalecía por aquella gran señal del favor de Cyric. Alzó ambas manos, todavía manchadas de sangre reseca, y entonó otro cántico. Esta vez, sus labios formaron una oración de súplica, importunando a Cyric para que aceptara los regalos de su conquista, de su intriga y de su lucha, y le sirviera de guía

en el siguiente paso que debía dar en su camino por conquistar poder.

El sacerdote confiaba en que el dios estuviese de su lado. El regalo que le ofrecía era más que una simple capilla de Tyr con su santidad corrompida por magia maligna y su grandeza reconducida a Cyric. En la mente de Dag, no podía aportar mayor ofrenda a su oscuro dios que la muerte de un gran paladín de Tyr, un descendiente del poderoso Samular, el hombre que había sido su padre.

Bronwyn vio la luz de la antorcha antes de oír cómo se aproximaban los soldados.

La súbita aparición de cuatro zhentilares armados la impactó y le hizo recobrar la lucidez de inmediato, a la vez que desvanecía por completo la rabia cegadora que se había apoderado de ella. Con súbita claridad, se dio cuenta de que el enano no era su enemigo, sino que probablemente tenía su hogar en aquellos túneles. No parecía probable que se hubiese aliado con los zhentarim; de hecho, parecía tan descontento con la visión de los soldados como ella misma. Tras soltarle la barba, lo apartó de un empujón.

—¡Piedras! —volvió a exclamar él, y aunque la voz le salió ronca por culpa del trato que le había dispensado Bronwyn, el veneno y la acritud con que pronunciaba aquella única palabra le hacían deducir que se trataba de un juramento enano.

Bronwyn se sintió en la necesidad de proferir unos cuantos insultos de su propia cosecha, lo cual le valió una mirada rápida y curiosa de su barbudo oponente.

—¿No son de los tuyos? ¡ —Pensé que eras tú quien iba con ellos —le espetó ella, mientras pensaba: «El enemigo de mi enemigo...»—. ¿Luchamos o huimos?

—Me has perdido el martillo —protestó el enano—, lo cual nos reduce las opciones.

En aquel preciso instante, uno de los soldados los vio y, tras señalar hacia ellos y soltar un grito, los cuatro hombres salieron a la carrera en su dirección.

—Huyamos —concluyó Bronwyn.

El enano ladeó la cabeza hacia el río y salió al trote rápido y a buen ritmo.

Bronwyn echó a correr tras él, pero le dolían todas las articulaciones y tendones, y sus movimientos eran lentos y torpes. Abrió los ojos de par en par al contemplar el resbaladizo y desigual sendero que discurría a la orilla del río. Si mantenía el ritmo enloquecido del enano, corría el riesgo de resbalar y precipitarse en las arremolinadas aguas. Si no lo hacía, y perdía de vista al enano, se pasaría el resto de su vida merodeando por aquellos túneles, aunque a juzgar por la patrulla de zhents que la perseguían, ese resto iba a ser breve.

Bronwyn tuvo de repente serias dudas sobre la conveniencia de unir su suerte con la de aquel enano. Como si percibiera su vacilación, el enano se detuvo y volviéndose, la observó antes de tenderle una de sus rollizas manos.

—Sujétate fuerte —la animó, en un tono de voz profundo que superaba el rumor

y el estrépito del río—. Cualquier enano que se precie más que una babosa es incapaz de resbalar por este camino. No te dejaré caer.

Por algún motivo, Bronwyn le creyó, corrió hacia él y lo sujetó por la muñeca que le ofrecía. De inmediato, él echó a correr a un paso más rápido de lo que Bronwyn jamás habría creído posible.

A sus espaldas, oyeron un grito de sorpresa, seguido de un chapoteo. Ella y el enano intercambiaron una sonrisa rápida e intensa.

—Uno menos —apuntó ella.

—Empezamos bien.

En aquel momento, Bronwyn sintió que los pies le resbalaban, cayó de espaldas, apoyándose sobre el codo derecho, y empezó a deslizarse por la pendiente, pero al instante sintió que tiraban de ella hacia la izquierda a medida que el enano la arrastraba hacia arriba por la escarpada rampa. Con otro estirón, consiguió que recobrará el pie y, sin perder el ritmo, ambos echaron a correr de nuevo.

—Te dije que te sujetaría —vociferó el enano—. Tienes mi palabra.

Ella hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias y sintió que parte de la desolación que sentía en su corazón se mitigaba. De repente, le dio la impresión de que no era tan difícil mantener el ritmo del enano.

Algorind intentaba contar las cosas buenas de que disfrutaba. Brillaba el sol, y la fría brisa que barría el mar de las Espadas parecía suave en comparación con los vientos gélidos que habían soplado por las laderas que rodeaban el monasterio durante todo el largo invierno. Le habían asignado una misión de paladín y había completado la primera parte de su viaje. Ahora iba de camino a El Bastión del Espino para llevar una buena nueva a Hronulf de Tyr, el paladín cuya fama y virtud le habían servido de inspiración a Algorind desde tiempo inmemorial. Estaba vivo y sano, tenía fe y una espada de categoría en el costado.

¿Qué importaba la pérdida de un caballo en comparación con todo aquello?

Y, aun así, el recuerdo del desagradecido y traidor enano lo perseguía. Algorind tenía que admitir que conocía pocas cosas del mundo, pero seguramente aquello no debía de ser un comportamiento muy usual. Ya había oído decir que los enanos eran irritables, pero honrados. ¿Por qué le había golpeado aquel tipo de barba roja y le había robado su caballo? Era un pago muy mezquino, después de que Tyr había tenido la gentileza de salvarle la vida.

A Algorind también le preocupaba el retraso. A pie, le costaría casi un día más alcanzar la fortaleza. Perder a su caballo era un asunto serio, porque la Orden no le proporcionaría otro de inmediato, sino que tendría que ganarse de nuevo una montura.

Esto añadiría otra tarea más a su misión y, por tanto, retrasaría en gran medida su

investidura como Caballero de Samular. «Bueno —se resignó con un suspiro—. La paciencia es una de las virtudes de los caballeros.» No obstante, había una cosa peor. Las misteriosas palabras de sir Gareth cuando se habían despedido seguían intrigándole. El viejo caballero lo había instado a permanecer con Hronulf y vigilarle las espaldas. ¿Qué provocaba aquella súbita preocupación por su amigo? Una vida de paladín estaba plagada de peligros, eso era cierto, pero ¿acaso existía un peligro concreto que amenazase al legendario caballero?

Otro pensamiento cruzó por la mente de Algorind. Hronulf era un hombre entrado en años y era posible que le estuviese fallando la salud. Quizá sir Gareth temía que las noticias de las que Algorind era portador provocaran una crisis en el estado de salud de Hronulf. Por mucho regocijo que provocara tener conocimiento de la existencia de una nieta, no había que menospreciar la conmoción que supondría saber que su hijo perdido seguía con vida, pero que se había convertido en un enemigo. Era mejor tener un hijo muerto que un hijo vivo consagrado como sacerdote de Cyric.

Eran muchas y variadas las incógnitas que se le planteaban a Algorind, pero a medida que caminaba, la belleza de aquel día de primavera lo cautivó y animó su corazón. La carretera Alta discurría amplia y llana bajo sus pies y a menudo le cubría la sombra de altos robles y majestuosos pinos. En la orilla de la carretera crecía una profusión de bayas, pequeñas como su dedo pulgar, rojas, dulces y cargadas de zumo.

Los pájaros piaban con la dulce urgencia de la primavera mientras buscaban pareja y construían nidos para albergar a su inminente prole.

Todo era nuevo para él y se sentía embriagado. Algorind no se había alejado tanto de Summit Hall desde el día en que había ingresado en la Orden pero, precisamente por eso, sabía bien por dónde tenía que ir.

Lo sabía porque se había aprendido de memoria todos los mapas de la biblioteca del monasterio..., muchos de los cuales había aportado él mismo como dote de aprendiz el día de su ingreso. El padre de Algorind y sus hermanos mayores habían hecho poco uso de aquellos pergaminos y habían preferido la vida lujosa de la ciudad capital de Cormyr antes que dedicarse a algo tan desagradable y sucio como viajar. Sin embargo, Algorind recordaba haber adorado los mapas desde que tenía uso de razón. Ya de pequeño, rogaba a todos aquellos viajeros y mercaderes que pasaban por delante de la casa de su padre que le dejaran mirar sus mapas y se aprendía de memoria cada línea, cada punto y cada recoveco. Conocía dónde estaban los pasos de las montañas, en qué punto los ríos cantaban canciones turbulentas y traidoras, qué colinas albergaban con toda seguridad guaridas de orcos o goblins o cosas peores. En opinión de Algorind, todo el conocimiento era útil, pero aquella información en concreto iba a tener que utilizarla en el futuro si tenía que viajar por el mundo al servicio de Tyr.

Aquella había sido la primera oportunidad que había tenido de comparar la

realidad del ancho mundo con la detallada imagen que se había forjado en la mente. En su mayor parte, las dos imágenes se fundían con admirable precisión. Un poco más adelante, se erguía el bajo edificio de piedra construido por los seguidores de Tyr para reposo de los viajeros. En aquel punto, el camino se apartaba de la orilla del mar para discurrir entre colinas bajas salpicadas de rocas. En ese trecho, el terreno era más abrupto y los árboles daban paso a arbustos. La gente podía creer que aquel pedazo de tierra era desierta y lúgubre, pero Algorind se sentía tan dichoso como un niño al ver cómo sus mapas cobraban vida.

De repente, captó algo que ningún mapa le había advertido que encontraría. Hacia el norte se alzaba en el aire una nube de espeso humo negro.

El sonido de roncadas voces captó su atención y le hizo desviar la vista hacia las colinas que se alzaban al este del camino del Comercio. Luego, oyó el retumbo de cascos de caballo contra las losas del camino y el juramento de uno de los jinetes. Sin duda, no era una patrulla procedente de El Bastión del Espino.

¿O tal vez sí? La columna de humo y el recuerdo de la preocupación que destilaban las palabras de sir Gareth dieron rienda suelta a una terrible sospecha. Si había sucedido algo en El Bastión del Espino, debía saberlo.

Pensó con rapidez. Los jinetes debían de seguir sin duda un camino a través de aquellas colinas. Algorind lo había visto marcado una vez en un mapa de extremado detalle que le había mostrado un sabio elfo. El camino era traicionero y estrecho, y en un punto seguía el borde de un escarpado precipicio, con nada más que un profundo abismo al otro lado.

Algorind salió a la carrera, dio un rodeo y se agazapó detrás de la maleza, mientras escuchaba con atención el sonido de la vasta voz de aquel hombre y juzgaba su progreso para poder ajustar los pasos a su ritmo.

Encontró el paso y se escondió detrás de una pendiente rocosa desde la que se podía contemplar el camino y el abismo de detrás. Se agazapó detrás de unas rocas a mirar y esperar, y se hundió todavía más al ver aparecer a los hombres.

Había cuatro, y llevaban bordada en las capas la runa retorcida que constituía el emblema de Fuerte Tenebroso. Sin duda eran soldados zhénticos, cosa que hacía que Algorind se sintiese mejor en relación con lo que estaba a punto de hacer. Tender una emboscada no era una tarea demasiado noble para un paladín, pero aquellos hombres tenían un espíritu claramente maligno y cuanto más ventaja tuvieran ellos, más valor necesitaría Algorind, cosa que parecía quitarle acritud a la acción que necesitaba llevar a cabo.

Cuando los hombres llegaron casi a su posición, Algorind saltó sobre el que iba en la retaguardia y lo arrastró con su propio peso para hacerlo caer del caballo. Cayeron juntos al suelo y Algorind se apresuró a dar dos puñetazos en la garganta y la sien del soldado, que de inmediato se quedó inmóvil. Sin perder un segundo,

Algorind montó sobre el sobresaltado caballo y desenvainó la espada.

Los soldados que quedaban se habían dado cuenta de lo sucedido, así que hicieron recular sus monturas y desenfundaron sus armas. Tras espolear a sus corceles con golpes de espuela en los lomos, salieron al trote contra el paladín.

Por fortuna para Algorind, el paso era demasiado estrecho para que pudiesen avanzar de costado dos caballos. El primer atacante se abalanzó sobre él con la espada en alto. Algorind hizo chocar su propia espada con la de su contrincante, estiró las riendas de su caballo prestado hacia la izquierda y dio un tirón brusco con la mano que sostenía el arma. El arte de la justa se practicaba a menudo en Summit Hall, y Algorind consiguió con facilidad apearse del caballo a su oponente. El zhent cayó con brusquedad contra el suelo, pero fuera del camino, y bajó rodando por el precipicio plagado de rocas. Sus juramentos se convirtieron pronto en alaridos, antes de perderse en la distancia.

Mientras su compañero rodaba todavía por el barranco, los dos soldados restantes se abalanzaron sobre Algorind. El más adelantado llevaba una pica de gran tamaño que sostenía como una lanza por debajo del brazo. Algorind esperó a que el hombre estuviese a su altura, saltó de su silla en dirección al filo que acometía contra él y arremetió de paso con su propia espada.

Su hoja pilló la punta de la lanza y, gracias a su peso, forzó al arma a clavarse en el suelo. Algorind se echó hacia un lado, fuera del alcance de los cascos del caballo y desde su posición oyó el alarido de su contrincante cuando la pica hundida en el suelo lo arrancó de su montura y lo lanzó por los aires.

Antes de que ningún ruido sordo anunciara el impacto del hombre contra roca sólida, Algorind estaba de nuevo en pie, con la espada a punto. De un salto, se situó frente al caballo del último jinete; el corcel corcoveó y lanzó a su montura al suelo.

Antes de que el jinete caído pudiese reaccionar, Algorind se abalanzó sobre él, sujetó con el pie contra el suelo el brazo del soldado que sostenía la espada y apoyó la punta de su propia espada en la garganta del hombre.

Los ojos del zhent reflejaban el miedo que le producía una muerte que consideraba inminente y Algorind sintió por él una súbita compasión; debía de ser muy duro enfrentarse a la dudosa merced de Cyric o de cualquier otro dios maligno a los que estaban consagrados los zhentarim o, mucho peor incluso, enfrentarse al vacío insensible de no tener fe en absoluto.

—Contéstame a unas preguntas, y podrás irte libre e ileso —prometió Algorind.

Los ojos del hombre se entrecerraron, recelosos.

—¿Y si no hablo?

—Habla libremente o muere rápido —le ofreció el paladín—. La elección es tuya.

—Parece fácil —musitó el soldado—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Eres de Fuerte Tenebroso, pero estás lejos de tu fortaleza. ¿Tenéis otro fortín

por aquí cerca?

La sonrisa fugaz y retorcida que esbozó el hombre le recordó a Algorind la imagen de un águila ratonera dispuesta a abalanzarse sobre su presa.

—Desde ayer noche, sí.

El corazón de Algorind pareció convertirse en piedra.

—El Bastión del Espino. Lo habéis conquistado.

—Hemos hecho una buena limpieza, también.

Algorind asintió y supo de inmediato que no sería capaz de cumplir su cometido de transmitir su mensaje a Hronulf. Él mismo habría luchado hasta la muerte para proteger una fortaleza de la orden del acoso de un ataque de zhents. No conocía un solo paladín que no pusiese su vida en el empeño, pero aun así tenía que formular la pregunta.

—Y los paladines que allí vivían..., ¿están todos muertos?

—Absolutamente. Vi cómo los quemaban.

La humareda negra... Sintió que la cólera se apoderaba de él y ardió en deseos de ajusticiar a aquel hombre diabólico que se complacía en la destrucción de hombres buenos con tanta indiferencia.

Pero Algorind había dado su palabra. No iba a romper su compromiso ahora, y menos sin saber todo lo que tenía que averiguar. Cuando había estudiado las tradiciones de la orden con devoción de estudioso, había aprendido que Hronulf de Tyr llevaba un poderoso objeto, uno de los anillos de Samular. Era deber de Algorind averiguar qué había sucedido con él.

—Tus respuestas son sinceras, y por eso te estoy agradecido. Dime una cosa más.

¿Qué sucedió con las posesiones de los paladines?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo habitual. Las armas y los objetos de valor pasan al comandante en jefe. Los capitanes hacen la selección y distribuyen el botín.

—El comandante de los paladines, conocido como Hronulf de Tyr, poseía un anillo de oro. ¿Sabes quién se ha quedado con él?

—Ese maldito anillo —repitió en eco el soldado con voz de resignación—. ¡Por las bolas de Bane, estoy harto de oír hablar de ese anillo! El comandante nos hizo registrar la fortaleza de arriba abajo más veces de lo que yo soy capaz de contar.

Suponemos que el anciano caballero dio el anillo a una hermosa y joven prostituta que consiguió escapar. Nadie sabe cómo escapó ni adónde fue, pero mi patrulla tenía como misión encontrarla. Es la verdad, y es todo lo que sé.

Algorind lo escudriñó durante un prolongado instante y luego dio un paso atrás.

—Te creo. Puedes irte.

El soldado se lo quedó mirando un rato.

—¿Así, sin más? —preguntó, incrédulo.

—Has cumplido con tu parte. Puedes irte.

El hombre soltó una carcajada; un sonido amargo y burlón.

—Parece fácil, tal como tú lo dices. ¿Tienes idea de lo que hará Dag Zoreth conmigo cuando descubra que mi patrulla ha sido diezmada por un solo hombre, cuando sepa que he hablado contigo? Y lo sabrá. Tiene formas de averiguar cosas que yo ni siquiera sé que existen. Si regreso a la fortaleza, soy hombre muerto.

Algorind se sentía por completo confuso.

—Entonces, ¿por qué has hablado?

—Me ofreciste una muerte rápida como alternativa. Supongo que cogí la mejor opción.

Aquello conmovió al joven paladín. Era terrible que un hombre pudiese llegar a temer a sus superiores de aquel modo. Estudió al zhent durante largo rato mientras en silencio pedía a Tyr que lo ayudara a juzgar la verdadera naturaleza de aquel hombre.

Lo que descubrió lo sorprendió en gran medida y convirtió la tarea de valorar a aquel soldado en algo mucho más complicado.

¿Y qué ocurriría con su propia misión? La captura de El Bastión del Espino y la muerte de Hronulf ponían punto final a su tarea, pero ¿qué pasaría con el anillo y la mujer? Era un asunto sin duda serio y requería la sabiduría de un paladín de mayor edad. Tal vez sir Gareth estuviese todavía en el Tribunal de Justicia. Y, si no, ¿qué mejor lugar tenía Algorind para iniciar la búsqueda de la misteriosa «hermosa prostituta» que en aquella decadente ciudad?

—Ambos hemos perdido algo. Yo hice una promesa contigo sin esperar que tomara este sesgo. En cuanto a mí, creo que lo mejor es que ponga rumbo hacia el sur, hacia Aguas Profundas. Puedes venir conmigo, si lo deseas. Sin duda, en un lugar grande como aquél podrás pasar inadvertido e iniciar una vida nueva y mejor.

El soldado se incorporó sobre ambos codos mientras contemplaba incrédulo al joven paladín.

—¿Qué me estás ofreciendo? ¿Una conspiración?

—Compañía —lo corrigió Algorind—, y mi palabra de honor de que no he encontrado en tu interior verdadero espíritu maligno. También te puedo ofrecer, en nombre de Tyr, el don de la redención. Acepta, abandona el camino que habías elegido y, cuando llegue tu hora, no tendrás que morir con todo ese terror que hoy he visto en tus ojos. Pero te advierto que Tyr es el dios de la Justicia y que tu vida entre los zhentarim puede haber dejado actos que exijan una restitución. La redención de Tyr exige un precio.

—¿Y qué? —gruñó el soldado, pero cogió la mano que le ofrecía Algorind y dejó que el joven paladín lo ayudara a ponerse de pie. Algorind percibió, en los ojos del soldado, el vacilante renacimiento de virtudes que Tyr podía restituir: esperanza, honor y la triste pero agradable creencia en la justicia severa—. Iré contigo hasta

Bronwyn corrió con el enano hasta que sintió un fuerte dolor en los costados.

Cuando se convenció de que era incapaz de dar un paso más, el enano se apartó de la orilla del río y se introdujo en un túnel completamente negro. Se dejó arrastrar a tientas, y sólo fue capaz de darse cuenta de que giraban varias veces. Al final, su guía hizo una parada.

Durante largo rato, se quedó con las manos apoyadas en las rodillas, respirando entrecortadamente para recuperar el aliento. El enano hacía lo propio, sólo que de forma más ruidosa. El aire entraba y salía por la garganta de aquel rollizo individuo con una fuerza y un volumen que evocaban el rumor de una fragua en pleno uso.

—¿Cómo llegaste a ese canal? —preguntó el enano en cuanto consiguió reunir aire suficiente para hablar.

—Te aseguro que no fue idea mía. —Bronwyn se sentó en la fría piedra que cubría el suelo del túnel—. Hubo una batalla. Los zhents se colaron en la fortaleza a través de los desagües, a juzgar por su olor. Cuando quedó patente que la fortaleza sería conquistada, uno de los paladines me lanzó por ese agujero.

No le contó quién o qué había sido el paladín para ella porque su pérdida era todavía demasiado reciente y desgarradora para resistir el peso de las palabras.

—Mmmm. —El enano meditó sus palabras—. Eso lo explica todo. Los zhents son sinónimo de problemas, lisa y llanamente. Unos cuantos enanos de mi clan decidieron comerciar con ellos. «No lo hagáis —les dije—. No os pagarán.» Bueno, así es como pagan.

El tono de amargura que denotaba la voz del enano conmovió el corazón de Bronwyn, que empezaba a poner en su sitio las piezas del rompecabezas. La mayoría de las fortalezas tenían túneles para poder escapar, pero su situación era un secreto celosamente guardado. Hasta los desagües, necesarios en cualquier edificio, estaban siempre protegidos contra posibles intrusos. La presencia de un clan de enanos proporcionaría un escudo de protección adecuado para aquellas vías de escape. La mezcla de conmoción y pesar que oía en la voz del enano explicaba por qué de repente los canales de desagüe habían quedado accesibles.

—¿El canal va a parar a vuestros túneles? —preguntó, amable.

—Exacto. Pocos conocían esa ruta, incluso entre los enanos. Sólo el cabecilla de los humanos sabía de su existencia. Supongo que estuviste en el lugar apropiado en el momento oportuno.

La ironía de sus palabras no pasó inadvertida para la mujer, ni tampoco el tono desgarrador de las mismas, que indicaba un dolor profundo. Durante largo rato, Bronwyn y su invisible compañero se quedaron sentados en silencio. Nada de lo que ella dijera podía aliviar su dolor. Lo sabía porque no podía pensar en ninguna palabra

de consuelo que sirviera para mitigar su propia pérdida.

Una mano diminuta y fuerte la agarró por la muñeca.

—Vamos —indicó con un gruñido—. Será mejor que salgamos de aquí.

Caminaron en silencio durante quizás una hora hasta que Bronwyn empezó a distinguir las siluetas y las sombras que emergían de la oscuridad.

—¿Hay una abertura ahí delante?

—Exacto. ¡Oh, maldita sea!

Bronwyn se detuvo, sorprendida por el tono áspero del enano.

—¿Qué sucede?

—Voy a tener que cubrirte los ojos. Ningún humano conoce esa entrada. Será mejor que siga siendo así.

A Bronwyn le pareció que aquello era como cerrar con llave la puerta del establo después de que alguien robara los caballos, pero no pensaba decírselo al apesadumbrado enano.

—Lo comprendo. Rasga un pedazo de tela del bajo de mi capa, si lo deseas.

El enano se puso a la tarea y luego guió a Bronwyn por el túnel hasta la abertura.

Como para ella ir con los ojos vendados o no era prácticamente lo mismo debido a la oscuridad del túnel, no le importó tanto como había pensado. Además, aunque no podía ver, el sonido y el aroma de la brisa marina parecía levantarle el ánimo. Hasta que no estuvo a punto de salir de los túneles no se había dado cuenta de cuánta opresión había sentido en el interior de la montaña.

Al final, el enano se detuvo y le quitó la venda. La mujer parpadeó y se protegió los ojos del súbito resplandor de la luz. Cuando consiguió enfocar la visión, se percató de que estaban en un ancho y polvoriento camino: la carretera Alta. También pudo hacerse una imagen detallada del enano.

Era..., bueno, cuadrado. Probablemente no alcanzaba el metro veinte de altura, pero era redondo como un tonel, con brazos rollizos y una amplitud de hombros que habrían envidiado hombres de metro ochenta de estatura. El cabello rizado y de tono rojizo le cubría los hombros, y la barba, de un brillante tono caoba, le llegaba hasta el pecho. A diferencia de la mayoría de los enanos, no llevaba bigote, lo cual confería un aspecto aniñado a su orondo rostro. Llevaba colgada del cuello una herradura en una correa, otro toque infantil en su persona, aunque no había nada de ingenuo en sus ojos, que tenían el color de un cielo tormentoso y que eran igual de desapacibles.

Alargó una mano.

—Soy Bronwyn. Gracias por sacarme de los túneles.

Él titubeó, pero acto seguido le agarró la muñeca en el característico saludo de los aventureros.

—Ebenezer.

Su respuesta fue breve, casi desafiadora, pero Bronwyn no se esperaba nada

distinto. Los enanos eran lentos en mostrar confianza con los demás y reacios a dar de sus nombres.

Según su tácito acuerdo, ambos echaron a andar en dirección al sur. Bronwyn vio que el enano caminaba con los hombros hundidos.

—Perdiste a gente en los túneles —comentó en un tono profundamente compasivo.

Se sucedió un momento de silencio, que fue aumentando de tensión hasta que el enano soltó un juramento enano.

—Mi clan —admitió—. La mayoría fueron asesinados. Algunos se libraron.

—Si algunos consiguieron escapar, ya es algo.

—¡Bah!, no conoces a los enanos si crees en lo que dices. ¿Huir cuando se está librando una buena batalla? No se fueron por elección propia, de eso puedes estar segura.

Bronwyn entrecerró los ojos mientras asimilaba las palabras del enano. Se detuvo y, agarrando al enano por el brazo, lo hizo girar para mirarlo a la cara.

—¿Se los llevaron los zhents? ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió, impotente—. ¿Por qué iba un humano a aprender a leer en las piedras o sudar para extraer minerales y gemas de rocas sólidas? ¿Por qué pasarse veinte años aprendiendo el arte de forjar espadas, otros treinta en período de práctica y luego dedicarte a vender armas que te ha costado una década forjar? ¿Por qué molestarse en cortar y pulir gemas hasta que brillan como las Lágrimas de Selûne en una noche despejada? ¿Por qué hacer nada de todo eso cuando puedes secuestrar a alguien que lo haga por ti?

—Tráfico de esclavos —murmuró Bronwyn entre dientes mientras su propio pasado se alzaba ante ella y notaba que aquellas solas palabras destilaban más veneno que un nido de víboras.

El enano la contempló con curiosidad.

—Eso supongo yo. ¿Y tú?

Ella le soltó el brazo y siguió andando por el camino a buen ritmo. Al cabo de un instante, Ebenezer le dio alcance.

—Ante la proximidad de las fiestas de la primavera, pronto saldrá una caravana rumbo al sur —explicó ella con brevedad—. Tengo dinero suficiente para comprar un caballo. ¿Sabes montar?

—Sí, pero...

—Entonces, dos caballos. Llegaremos a Aguas Profundas antes de que caiga la noche de pasado mañana. Con un poco de suerte, llegaremos a Puerto Calavera a medianoche.

—¡Puerto Calavera! —se burló él—. Eso son cuentos de gente alta. Historias de taberna. No existe ese lugar.

—Desde luego que existe, y es el puerto más cercano donde se comercia con esclavos. Si deseas encontrar a los miembros supervivientes de tu clan antes de que estén a medio camino de Calimport, ahí es donde tenemos que ir. Tú verás.

El enano se quedó meditabundo, considerando sus palabras. Al final, le dirigió una mirada de escepticismo.

—¿Qué ganas tú con esto, humana?

—Me llamo Bronwyn —repuso ella de manera forzada—. Será mejor que te acostumbres a usar mi nombre. Al lugar adonde vamos, si vas por ahí gritando «¡Eh, humano!», vas a tener muchas respuestas y te aseguro que la mayoría no te va a gustar.

—Bronwyn, de acuerdo. Y, además, es posible que te ahorres el dinero porque tengo un caballo escondido. Yo soy Ebenezer Mac Brockholst'n'Palmara, del clan Lanzadepiedra.

Ella hizo un gesto de asentimiento, comprendiendo el honor que le confería al proporcionarle su nombre completo y su linaje..., y al ver en sus ojos el esfuerzo que le costaba pronunciar el nombre de sus padres, a quienes con toda probabilidad acababa de enterrar. Aceptaba su plan y confiaba en que ella lo ayudara a encontrar a su familia perdida. La enormidad de aquella confesión la impresionó tanto que apenas supo qué responder, aunque lo intentó de todas formas.

—Lanzadepiedra —repitió—. ¿Erais un clan de mineros?

—No, nos pusieron ese apodo porque mi abuelo llegó a engendrar treinta hijos —replicó él.

Bronwyn alzó las cejas, al oír el sarcasmo subido de tono.

—Perfecto, directo al grano.

—Hablando de ir directo al grano —respondió el enano, súbitamente receloso de nuevo—, ¿cómo me has dicho que te ganas la vida?

—No te lo he dicho, pero no soy traficante de esclavos, si es eso lo que estabas pensando. Busco antigüedades perdidas. Probablemente me llamarías buscadora de tesoros.

Él asintió, comprendiendo con toda claridad aquella preferencia suya. Al fin y al cabo, coleccionar tesoros era un impulso muy habitual entre los enanos.

—¿Dónde tienes tu botín?

—Es más bien una tienda, pero no suelo estar allí. La mayoría de los días los paso en los caminos, buscando nuevas piezas. A menudo trabajo por encargo, pero todo lo que encuentro es para vender.

—Muy práctico —aprobó Ebenezer—. Es mejor no tener cosas acumuladas cogiendo polvo y también es muy enojoso llevar tus tesoros encima todo el rato.

¿Dónde aprendiste a luchar?

Bronwyn chasqueó la lengua en un gesto de impotencia, súbitamente confusa por

aquel cambio brusco de tema.

—Haciéndolo, básicamente. No me he entrenado nunca como luchadora, pero hasta ahora he ido ganando más combates de los que he perdido.

—Es el mejor entrenamiento que existe. —La miró de soslayo—. ¿Siempre haces trampas cuando luchas?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando tengo que hacerlo.

El enano volvió a asentir.

—Bien, pues vamos a echar un vistazo a ese Puerto Calavera que dices.

8

Algorind y su nuevo compañero echaron a andar rumbo al sur, hacia la gran ciudad portuaria. Por desgracia, uno de los caballos zhentilares había quedado cojo durante el ataque de Algorind y había tenido que ser sacrificado. Los hombres intentaron sin éxito capturar el resto de las monturas, pero parecía que los corceles no tenían el sentido de la lealtad y el deber que caracterizaba a las monturas que eran entrenadas para los paladines.

Sorprendentemente, Jenner, el antiguo zhent, resultó un buen compañero. Sabía cantar con bastante entonación y conocía viejas baladas que relataban hazañas de heroísmo y valor; extrañas canciones en boca de un hombre que se había pasado la juventud siendo miembro de las patrullas a caballo de Fuerte Tenebroso. Aquello tenía perplejo a Algorind.

—¿Cómo caíste al servicio del maligno? —le preguntó en una ocasión.

Las palabras del joven paladín provocaron una compungida sonrisa en su compañero.

—Yo no lo veo de ese modo, sino que pienso más en la supervivencia. Nací en las colinas del Manto Gris y, de pequeño, ayudaba a mi padre a llevar el rebaño, aunque sabía que tanto las ovejas como las tierras pasarían en herencia a mi hermano mayor.

Siempre lo había sabido, pero luego se sucedieron tres años de mala cosecha y con poca cría de corderos, así que no me quedó otra opción que coger el primer trabajo que se me presentó.

—Siempre hay alternativas —repuso con firmeza Algorind mientras apoyaba una mano en su hombro—. Hoy has hecho una buena elección, que confío que sea la primera de otras muchas.

—¿Confías? —Rió entre dientes sin convicción—. Me parece que eres de naturaleza confiada. Eso tarde o temprano te causará dolor.

Algorind no tenía palabras para poner en tela de juicio aquella afirmación. La traición del enano al que había salvado de los zombis todavía le dolía.

—Hay una zona de descanso para viajeros a poca distancia. Podremos llenar los odres en el pozo y comer las bayas que crecen con profusión alrededor.

Jenner soltó un suspiro de añoranza.

—Me encantan las bayas. Son buenas de todas formas, pero son sabrosísimas con miel y crema sobre una pila de galletas. Cuando lleguemos a Aguas Profundas, será una de las primeras cosas que pida, después de un buen pedazo de carne de venado asada y unas cuantas cervezas.

El paladín se sintió ligeramente ofendido por aquella imagen de glotonería.

—Será mejor que te dediques a buscar un empleo digno.

Jenner parpadeó.

—¿Y dónde mejor que en una taberna? ¿Es ahí adonde va la gente a contratar a espadachines?

—¿Crees que encontrarás empleo como espadachín a sueldo?

—Es lo que sé hacer. No te preocupes. —Le dirigió una maliciosa media sonrisa—. Podré encontrar empleo como vigilante de una caravana o algo parecido.

Bien, ya llegamos a la zona de descanso.

Algorind hizo un gesto de asentimiento, pero luego se quedó helado. La imagen que tenía frente a él reflejaba tanta osadía y vileza que sintió que la respiración le fallaba.

El enano de barba rojiza salió de la estructura de piedra conduciendo a *Viento Helado* por las riendas. Con él iba una mujer joven con un cabello excepcionalmente largo y espeso recogido en una trenza. Por sus facciones, encajaba muy bien con la descripción de «hermosa prostituta» y, como era poco habitual que las mujeres viajaran solas por aquellos parajes, probablemente era aquella a la que buscaban los zhentarim de El Bastión del Espino. El enano la ayudó a subir a la grupa de *Viento Helado*, como si tuviera todo el derecho del mundo a disponer de su caballo, y luego montó él mismo en un pony achaparrado de aspecto desagradable. Al mirar atrás, se quedó atónito cuando se topó con la pasmada mirada de Algorind.

El enano alzó una mano a modo de saludo, y espoleó su montura, que inició un trote sorprendentemente rápido. La mujer lo siguió en el caballo robado de Algorind.

—La mujer que buscáis, ¿está aliada con los zhentarim?

Jenner sacudió la cabeza, pues era obvio que no entendía a qué venía aquel razonamiento.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Ese caballo blanco es mío —repuso Algorind, señalándolo con el dedo—. El enano me lo robó a traición. Si la mujer acompaña a ladrones de caballos, debo preguntar si puede estar aliada con la escoria de los hacedores del mal.

El antiguo zhent soltó una carcajada.

—Sin ofender, supongo.

Algorind lo observó, confundido.

—No, no pretendo ofender. ¿Por qué lo dices?

Jenner soltó una risa ahogada y sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Será mejor que lleguemos a Aguas Profundas lo más rápido que podamos o, mejor dicho, lo más rápido que nos permitan tus escrúpulos.

A última hora de la tarde, dos días después de la caída de El Bastión del Espino, Bronwyn llevó a su nuevo compañero a El Pasado Curioso. Al entrar en la tienda, el enano echó una ojeada a su alrededor y contempló con envidioso éxtasis las antigüedades y rarezas que lucían expuestas en los estantes y las mesas.

—Hay que quitar el polvo —concluyó en tono brusco.

Un sonoro carraspeo anunció la presencia de Alice Hojalatera. La gnoma se puso en pie cuan larga era, asomó el rostro tostado por encima del borde de la enorme tinaja de latón que estaba puliendo, y tembló presa de indignación.

—¡Polvo, ni hablar! Te desafío a que encuentres un solo tarro, gema o libro en este lugar que no reluzca como los chorros del oro.

Ebenezer se cruzó de brazos.

—Aunque fuera un enano a quien le gustaran las apuestas, no aceptaría ésa, así que ya puedes coger tu desafío y metértelo donde te quepa.

—Alice, te presento a Ebenezer Lanzadepiedra —comentó, secamente, Bronwyn—. Estará conmigo un par de días.

El rostro de la gnoma se volvió receloso.

—¿Dónde?

—Ninguno de los dos nos quedaremos. Después de darnos un baño y comer algo, nos iremos.

Alice soltó un resoplido.

—Bueno, a juzgar por tu aspecto, chiquilla, necesitas una buena comida.

Miró de soslayo al enano, dejando suspendido en el aire el tácito insulto.

Bronwyn contemplaba toda aquella dialéctica con incredulidad. Alice era la persona más compasiva que conocía y no era usual que la gnoma despreciara de aquella forma a un visitante de El Pasado Curioso. Pero cuando estaba a punto de regañar a su asistente, se dio cuenta de que los ojos del enano brillaban de puro regocijo. Durante su viaje de camino al sur, habían hablado muy poco; ella le había otorgado largos períodos de silencio y tiempo para que se acostumbrara a su pérdida, pero a juzgar por la animación que veía ahora en su rostro, pensó que tal vez habría sido mejor incitar alguna buena pelea entre ellos.

—Espera a que te crezca la barba, mujer —aconsejó Ebenezer a Alice en tono brusco. El comentario dejó perpleja a Bronwyn, pero Alice pareció comprenderlo a la perfección pues abrió mucho los ojos, luego fingió una sonrisa de timidez mientras un ligero rubor le cubría las ya sonrosadas mejillas.

Bronwyn comprendió con retraso su error. Las mujeres enanas eran tan barbudas como sus compañeros varones; por lo visto, Ebenezer estaba expresando su aprobación sobre la tosca recepción de Alice, e incluso se permitía coquetear un poco con ella.

Bronwyn alzó la mirada al techo, que, a pesar de las afirmaciones de Alice, estaba profusamente adornado con telarañas.

—¿Ha sucedido algo digno de mención durante mi ausencia?

La gnoma recompuso el gesto.

—Tu amigo lord Thann ha encontrado excusas para pasarse por aquí, o enviar a

alguien en su nombre, un mínimo de tres veces al día. Parece muy preocupado por ti.

—Ya me imagino —musitó Bronwyn—. Supongo que me ha estado vigilando y también pasando toda la información a Khelben. No te ofendas, Alice —se apresuró a añadir al ver que una pincelada de sentimiento herido y autorreproche asomaban a los ojos de la gnoma.

Vigilándola. Informando de todo.

De repente, se le ocurrió algo más, algo que le hizo abrir los ojos de par en par, súbitamente impresionada y colérica. Cuando había querido identificarse a sí misma delante de su padre, le había nombrado la marca de nacimiento que lucía. Con toda probabilidad, aquella marca de identificación había sido la señal utilizada por todos aquellos que en su día habían buscado a la hija perdida de Hronulf. Los Arpistas podían haberse enterado de aquella búsqueda y recordado también la marca. ¿Acaso era posible que la invitación para unirse a los Arpistas, trasladarse a Aguas Profundas y trabajar bajo la dirección de Khelben Arunsun no fuera motivada por las habilidades que podía aportar a los Arpistas, sino sólo por su identidad?

Durante todos aquellos años, ella había buscado desesperadamente a su familia y ellos lo sabían todo de antemano.

Si eso era cierto, aquellos breves días y noches de diversión que había compartido con Danilo varios años atrás adquirirían ahora una dimensión nueva y detestable. Darse cuenta de eso le provocó un latigazo de traición que a punto estuvo de hacerla caer de rodillas. Danilo había sabido quién era..., o al menos lo había sospechado. Para cuando habían partido de Amn, sin duda lo habría sabido ya a ciencia cierta.

—¡Oh, Dios mío! —susurró con voz horrorizada, perpleja por descubrir aquel doble juego en un hombre que durante tanto tiempo había considerado amigo—. Mi dulce hermana Sune.

—Alguien puede pensar que es demasiado temprano para estar invocando a la diosa del amor y de la belleza —observó una conocida voz lánguida a sus espaldas—.

Aunque por mi parte, no veo motivos para posponer lo que tal vez quiera hacer otra vez luego.

Aquella observación, pronunciada después de la súbita y desagradable idea que se le había ocurrido, hizo estallar el temperamento de Bronwyn. Cerró la mano en un puño y se abalanzó hacia la puerta de la tienda para descargar un puñetazo contra el visitante.

Danilo esquivó la acometida y cogió a la mujer por la muñeca.

—¡Caramba! ¿Es ésa forma de saludar a un viejo amigo? —la reprendió.

Bronwyn apartó la mano de su contacto y retrocedió.

—Hijo de perra —murmuró en voz baja y furiosa.

—¡Ah!

Eso nada más. No se molestó siquiera en preguntarle de qué estaba hablando.

Claro que no. Pero si Bronwyn no hubiese sabido cuán camaleón podía ser su compañero Arpista, habría jurado que en sus ojos asomó un destello de verdadero pesar.

Dio un paso hacia ella, con una mano extendida a modo de súplica.

—Bronwyn, tenemos que hablar de eso.

—Ni hablar. Fuera de mi tienda.

Ebenezer fue a situarse a su lado y por la expresión de su barbudo rostro se habría dicho que parecía un batallón completo tomando posiciones. Cruzó los brazos sobre el pecho y observó de arriba abajo al visitante de Bronwyn. Cuando su mirada descubrió la espada con empuñadura de pedrería, soltó un bufido. Una vez completado el escrutinio, levantó el labio superior para no dejar lugar a dudas sobre cuál era su opinión sobre el petimetre rubio.

—No he matado a nadie hoy —anunció—. Tal vez debería hacerlo, para no perder la práctica.

—Espera —intervino Bronwyn, aunque en secreto se sentía impresionada de que el enano estuviera dispuesto a defenderla sin hacer preguntas ni vacilar. Le servía de ayuda, en especial ahora que toda su perspicacia y sus alianzas parecían estar desmoronándose y sentía que sus propias emociones no la dejaban pensar con claridad.

Sin embargo, en aquel momento otra pieza molesta parecía encajar en todo aquel rompecabezas. Se le ocurrió pensar a qué se debía aquel súbito interés de los Arpistas por su persona. ¿Acaso sospechaba Khelben que los zhentarim querían apoderarse de la fortaleza de su padre? ¿Si los Arpistas lo habían sabido de antemano y no habían hecho nada por detenerlos, su relación con ellos habría llegado a su fin!

Se volvió hacia Danilo, olvidado ya el dolor que su anterior traición le había causado.

—¿Cuánto de esto sabías?

Él alargó las manos, con las palmas abiertas hacia arriba.

—Te prometo, Bronwyn, que no tenía ni idea cuando nos conocimos en Amn —afirmó con fervor—, ni sabía nada de tu linaje hasta hace unos días. No hubo subterfugio ni plan estipulado con nuestra amistad. Éramos jóvenes y congeniábamos.

Cuando te recomendé como Arpista unos meses más tarde, describí tus marcas distintivas. Es importante que un Maestro Arpista conozca esas cosas, y cuando Khelben me hizo la pregunta, no pensé que tuviera importancia. Se lo dije, aunque nunca mencioné cómo lo había descubierto.

—Siempre un caballero —se mofó ella—, pero eso es lo de menos. Hace apenas unos minutos, me habría parecido muy importante, pero esta nueva traición supera todo lo sucedido con anterioridad.

Aquello lo cogió por sorpresa.

—¿De qué me estás hablando?

—¡Todavía te atreves a negarlo! —Sumamente furiosa, agarró una estatua de marfil y la lanzó contra él, pero erró el blanco y fue a estallar en pedazos contra el dintel de la puerta—. ¡Mataste a mi padre! Si no hubierais ocultado información, quizá todavía seguiría con vida.

Bronwyn deliraba y lo sabía, pero no le importaba. Las palabras amargas le salían del interior como criaturas con vida propia dispuestas a nacer a pesar del dolor que causaban.

Danilo se inclinó para recoger los pedazos de marfil; Bronwyn sospechaba que quería ganar tiempo para recuperar la compostura antes de contestar, pero cuando se incorporó, vio que tenía todavía una mueca de incredulidad en el rostro.

—¿Qué está sucediendo, Bronwyn?

—Dime una cosa: ¿sabías que iban a atacar El Bastión del Espino?

Danilo pareció quedarse francamente perplejo con la noticia. Se derrumbó sobre un arcón de madera esculpida y hundió la cabeza entre las manos.

—¿El Bastión del Espino ha sido atacado?

—Y conquistado. —Por el rabillo del ojo, Bronwyn detectó que *Gatuno* mostraba un vivo interés por el pendiente que lucía su visitante y que se estaba preparando para el ataque; la fuerza de la costumbre hizo que se dispusiera a agarrarlo, pero luego se lo pensó mejor y dejó que el pájaro hiciera lo que quisiera—. La fortaleza de El Bastión del Espino está ahora bajo el poder de los zhentarim. —Su voz ganaba volumen y pasión a medida que hablaba—. ¿No es por eso por lo que Khelben Arunsun estaba tan preocupado por mis contactos con Malchior? Temía que pudiese revelar secretos familiares, ¿no es así? O tal vez pensasteis que yo estaba colaborando con los zhentarim...

—No, eso nunca. —Danilo se puso de pie y dio un paso hacia ella, pero su acción se vio interrumpida cuando un enano furioso se interpuso entre él y Bronwyn.

—Atrás —gruñó Ebenezer. Alzó uno de sus rollizos dedos para apoyarlo con gesto amenazador contra el pecho del Arpista—. Me parece que la dueña de esta tienda le ha dicho que quiere que se vaya y todavía no le ha hecho caso. Tenemos un problema por resolver y dos opciones.

El Arpista inhaló aire lentamente y soltó un suspiro.

—No deseo pelear contigo, amigo. Bronwyn, aunque hayas decidido dejar de lado el antiguo asunto, debemos discutir esto lo antes posible. Envíame una misiva cuando estés dispuesta a hacerlo.

Su única respuesta fue una mirada pétrea. Al cabo de un momento, Danilo hizo un gesto de asentimiento a modo de despedida silenciosa y se marchó, evitando sin saberlo el rápido ataque del pico de *Gatuno*.

—Podría llegar a cogerle cariño a este pájaro —comentó Ebenezer, contemplando el ave con gesto de sombría aprobación.

Danilo se dirigió a pie hacia la torre de Báculo Oscuro, con las manos cruzadas a la espalda y la frente arrugada con gesto meditabundo. Captó de reojo su imagen en el escaparate de una sombrerería y la impresión le hizo detenerse en seco, aunque tardó un instante en darse cuenta de qué le inquietaba de la imagen que le devolvía el cristal.

Había contemplado con anterioridad aquella postura y la expresión era la viva imagen del gesto que a menudo lucía el rostro del archimago a quien servía.

—He dedicado demasiado tiempo a este asunto —comentó por lo bajo mientras echaba de nuevo a andar, esta vez con paso tranquilo.

Encontró al archimago sentado a la mesa, cosa que no mejoró en absoluto su humor. Khelben tenía una perversa afición a los ágapes del tipo del potaje de lentejas, las gachas de avena y los bollos de fruta azucarados. Si aquél era el secreto de la longevidad del archimago, Danilo esperaba con fervor morir cuando llegara su hora.

Tras intercambiar un saludo, Danilo cogió una rodaja de manzana seca de una bandeja y se sentó a la mesa frente al archimago, mordisqueando la fruta mientras consideraba cuál era la mejor forma de transmitir el mensaje que Bronwyn le había dado a gritos. Danilo había dado su palabra a Alice, aunque tácitamente, de que no iba a informar a Khelben del viaje de Bronwyn a El Bastión del Espino, ni tampoco iba a contar al archimago que Bronwyn estaba de regreso a la ciudad. Más pronto o más tarde, lo descubriría por sí mismo. Los días en que Danilo informaba de las andaduras de sus viejos amigos habían acabado.

Se le ocurrió un ardid simple. Nada molestaba más a Khelben que cualquier referencia a las habilidades de Danilo como bardo y tal vez una treta sencilla como aquella podría hacer que el archimago no examinase con demasiada atención la historia.

—Escuché una balada muy divertida anoche en La Luna Aulladora —empezó Danilo nombrando una taberna nueva que se había hecho famosa por reunir a todo tipo de bardos de paso por la ciudad—. El cantante describía la caída de El Bastión del Espino y aseguraba que el suceso había tenido lugar apenas un par de días atrás. Me inclino a creer que decía la verdad, tío. No me gusta criticar a los juglares, pero la canción parecía haber sido compuesta a toda prisa.

Khelben se lo quedó mirando durante largo rato.

—Espera aquí —ordenó.

El archimago se levantó y salió de la estancia. En ausencia de Khelben, Danilo se apartó de la bandeja de fruta seca y estudió el comedor. No había mucho que ver: las paredes estaban cubiertas de madera pulida, y en el suelo de piedra habían sido

dispuestos ordenadamente juncos frescos mezclados con hierbas aromáticas, como era la costumbre. La estancia era sombría y gélida, y la única luz que la alumbraba procedía de las ventanas, siempre cambiantes. El archimago tenía unos hábitos de lo más simples e insistía en que no había necesidad de gastar velas a menos que fueran necesarias para leer.

Khelben regresó al cabo de un rato, con el rostro más taciturno que el reflejo de sí mismo que Dan había atisbado en el escaparate de la sombrerería.

—Es como dices —confesó el archimago—. ¿Cómo puede suceder algo así sin previo aviso? ¿Cómo es posible que una fuerza de ocupación de tamaño suficiente pueda marchar hasta llegar a una fortaleza situada a dos días de marcha a caballo al norte de la ciudad y nadie se dé cuenta? ¿Qué diablos estamos haciendo aquí en Aguas Profundas?

La última pregunta era un desafío dirigido a todos los Arpistas en general y a Danilo en particular, y fue lanzada con la fuerza de una lanza.

—Es posible que los zhentarim hayan estado preparando este ataque durante mucho tiempo. No habría mejor época que ésta, teniendo en cuenta que en breve se llevarán a cabo las ferias de la primavera y existe mucho tráfico en la carretera Alta. Los soldados y los caballos pueden quedar disimulados con facilidad como parte de una caravana de mercaderes y pasar así inadvertidos. Pueden ir ocultándose en las colinas grupos reducidos y después reunirse en un punto concreto.

Khelben lo miró, sorprendido.

—Bien dicho.

—Sí, pero demasiado tarde. Teníamos que haber pensado en esta posibilidad. —Dan soltó un suspiro y cogió una ciruela pasa. Luego, extrajo una daga de pedrería del puño de su camisa para deshuesar la fruta—. No tengo experiencia en tácticas de sitio, pero seguro que tienes Arpistas al tanto de esas cosas.

—No vimos la necesidad —repuso el archimago, con sequedad—. El Bastión del Espino era considerada una fortaleza segura.

—¿Y? —insistió Danilo, al ver una familiar expresión de secretismo en el rostro de su tío.

Khelben se quedó meditabundo y luego alargó ambos brazos como si se resignara a soltar toda la verdad y no arriesgarse al fastidio que le supondría luego si no lo hacía.

—A decir verdad, los Arpistas y los Caballeros de Samular se tratan con cierto recelo. El origen de ese conflicto se remonta tan atrás en el tiempo que no sacaríamos provecho ninguno de volver a relatarlo.

—¿De veras?

—Sí. —Esta vez, la expresión de Khelben mostraba a las claras su intención de mantenerse firme—. Y aunque tu razonamiento sobre la posible estrategia que hayan

seguido los atacantes puede ser cierto, no es suficiente para explicar la caída de El Bastión del Espino. Los paladines suelen enviar patrullas de vigilancia a las montañas.

Si una fuerza lo suficientemente grande para invadir la fortaleza se estaba reuniendo en las cercanías, los paladines probablemente lo habrían descubierto. No, tiene que haber algo más, algo oculto. —Miró fugazmente a Danilo—. Algo que pueda mantenerse oculto a una inspección visual. ¿Dónde has dicho que oíste la balada?

—En La Luna Aulladora —repitió Danilo—, y era espantosa. —«O lo será», corrigió en silencio, teniendo en cuenta el poco tiempo que tenía para componerla.

—Bien. —Khelben asintió con satisfacción y empezó a remover el potaje que se había quedado frío—. Si no es una buena balada, hay menos posibilidades de que se divulgue.

—Es evidente que no has pasado mucho rato en las tabernas últimamente —comentó Dan con sequedad—. Te aseguro, tío, que la Balada de El Bastión del Espino es de ese tipo de canciones que siempre se piden en las tabernas, ésas que buscan ansiosamente los jóvenes bardos y juglares que se ganan la vida viajando de un lado a otro como portadores de noticias y de habladurías.

—¿No podrías detener la difusión de esa balada? —preguntó Khelben.

«Con más facilidad de lo que te crees», pensó Danilo con una punzada de culpabilidad. Podía dejarla sin escribir y que no se cantara nunca, pero ¿qué ganaría con eso? Lo que le había dicho a Khelben era cierto: si él mismo no escribía esa balada, alguien lo haría y el relato podía ir ampliándose a medida que lo fueran cantando.

—¿Cómo? ¿Prohibir una canción? Eso sólo conseguiría que se difundiera con más rapidez. Y tienes que admitir que tiene todos los elementos de un buen relato: heroísmo, tragedia y misterio. Encontrará eco fácil en espadachines a sueldo retirados, que abundan en Aguas Profundas.

—¿Por qué?

—Bueno, porque aparte de los hombres que constituían las patrullas, El Bastión del Espino estaba dirigida por paladines de edad madura, veteranos que elegían seguir sirviendo antes que retirarse. Los paladines de El Bastión del Espino desafiaban su edad y sus debilidades y murieron luchando, como héroes, mucho después de que se les pasara la hora. No me negarás que tiene atractivo.

Danilo alargó el brazo para coger el cucharón de la sopera, pero se lo pensó mejor.

—Todavía hay más. Aunque la audiencia espera siempre que en los relatos la bondad triunfe sobre la maldad, muchos son los que se sorprenden y se deleitan en secreto cuando es el mal el que sale victorioso..., siempre y cuando el asunto no les

afecte personalmente.

El archimago se limpió la boca con una servilleta de lino.

—Es un poco duro decir eso.

Danilo se encogió de hombros.

—Pero aun así, es cierto. Como existe todavía mucho misterio en torno a la caída de El Bastión del Espino, habrá especulaciones. Los que escuchen la balada se convertirán de inmediato en narradores y añadirán fantasías sobre lo sucedido.

—Pero no todos los hombres son propensos a las habladurías —aseveró el archimago—. ¿Desde hace cuánto tiempo se estaban reuniendo fuerzas de tamaño reducido para lanzarse contra El Bastión del Espino? Los paladines del Tribunal de Justicia se empeñarán en averiguarlo, eso por no hablar de los caballeros de Summit Hall. Huelga decir que será un empeño inútil porque sólo un asalto de grandes proporciones y a gran escala de un poder descomunal podría derribar esos muros.

Danilo se examinó las uñas.

—¿Estás pensando en intervenir, tío?

El archimago soltó un resoplido.

—Ante eso, sólo tengo una palabra: Ascalhorn.

—Ah, muy agudo.

Durante un rato, ambos se quedaron en silencio, y en el aire pareció quedar suspendido el recuerdo de los resultados calamitosos e imprevistos de un uso indebido de magia poderosa. La caída de la fortaleza que Khelben acababa de nombrar había abierto el portal a poderes más oscuros y mortíferos. Durante años, Ascalhorn había sido llamado con acierto el alcázar de la Puerta del Infierno y representaba el fracaso de los remedios mágicos. Evocar ese episodio probaba la firme resolución de Khelben de mantenerse al margen. Danilo a menudo sospechaba que Khelben tenía una participación más profunda y personal en aquel asunto, pero nunca había hallado el modo de enfocar el tema.

—Así, ¿qué propones que hagan los Arpistas? —lo pinchó Danilo.

—No te gustará mi sugerencia —le advirtió el archimago—, pero escucha lo que me preocupa y sopésalo. Hronulf de Tyr fue uno de los hombres ejecutados y con él se pierde un anillo de poder considerable y misterioso. Tenemos que recuperarlo nosotros.

—Otra vez ese «nosotros» —murmuró el joven en un tono de voz cargado de presentimiento.

La sonrisa de Khelben fue adusta y fugaz.

—Esa tarea no recaerá sobre ti. Hay una persona más adecuada que tú para llevarla a cabo.

—Bronwyn, supongo.

—¿Quién mejor que ella? Ha demostrado gran habilidad en la búsqueda de

objetos perdidos y lo que todavía no sepa de su linaje, lo descubrirá en breve. Sería prudente que en este asunto consiguiéramos colocarla al servicio de los Arpistas.

Danilo estaba más que decepcionado por aquel súbito giro en los acontecimientos.

—Esa tarea la situará en serio peligro.

—¿Es acaso diferente de las otras muchas misiones que ha emprendido por voluntad propia?

Aquella afirmación era cierta, pero Danilo todavía se estrujaba el ingenio en busca de argumentos de peso en contra de aquel plan. De repente, se le ocurrió pensar que quizá Bronwyn poseía ya el anillo. Si había conseguido ver a su padre, tal vez se lo había entregado antes de morir. Era una posibilidad que cabía investigar. Si fuese cierta, Danilo se veía incapaz de pensar en nada lo suficientemente importante para arrebatar a Bronwyn el único tesoro familiar que nunca había poseído ni que probablemente tendría en el futuro.

—Bronwyn hará lo que le ordenes —afirmó Danilo, dejando que en su tono de voz asomara cierta irritación—. Siempre te obedece. Pero, dime, ¿qué tiene ese anillo que lo hace ser más importante a tus ojos que su persona?

—Yo no he dicho eso —lo reprendió Khelben—. Encontrar los anillos y mantenerlos alejados de aquellos que quieren utilizar su poder es la única manera de garantizar la seguridad de Bronwyn. Mientras puedan conseguirse esos anillos, cualquier descendiente de Samular se convierte en una presa codiciada.

Danilo cogió una jarra de cerveza y se sirvió un vaso.

—No me hagas actuar a ciegas, tío. He participado demasiado en todo este asunto y no pienso seguir haciéndolo a menos que me digas lisa y llanamente lo que hacen esos anillos.

—Cuenta la leyenda que...

—Olvídate de las leyendas —lo interrumpió el bardo con impaciencia—. ¿Qué hacen?

Khelben tiró del aro de plata que llevaba colgado en el lóbulo de la oreja, prueba patente de su incomodidad.

—No lo sé —confesó—. Cuando se combinan los tres anillos, producen un efecto muy poderoso cuyo alcance, por desgracia, me es desconocido. El hechicero que los creó por encargo de Samular y sus caballeros no estaba muy dispuesto a compartir sus secretos.

«¡Ajá!», pensó Danilo. Algunos de los comentarios anteriores de Khelben adquirirían un significado mayor a juzgar por esa revelación.

—¿Una rivalidad antigua?

El archimago se limitó a encogerse de hombros.

—Encuentra el anillo —repitió.

Danilo se recostó en la silla y bebió un sorbo de cerveza, que era poco espumosa y amarga. Torció el gesto y volvió a dejar la bebida en la mesa.

—Eso será un poco difícil. Como te dije hace días, Bronwyn está fuera en viaje de negocios. Mis contactos no han visto señales de ella en el Vado de la Daga, lo cual parece indicar que usó ese destino *como* tapadera. Me atrevería a pensar que tiene otro destino mucho más profundo en mente.

Pronunció aquellas palabras con toda la intención para confundir deliberadamente al archimago.

Khelben frunció el entrecejo.

—Otra vez Puerto Calavera, ¿no? Bueno, compruébalo. Ayúdala a completar sus asuntos para que podamos centrarnos en el tema que nos ocupa.

Danilo sonrió, aliviado de poder decir por fin la verdad.

—Eso, tío, dalo por hecho.

Ebenezer esperó con impaciencia a que Bronwyn negociara con el humano de edad avanzada que regentaba la posada. Se llamaba Portal del Bostezo y el cliente se sentía igual de soñoliento. Cuando empezaba a dar cabezadas sobre su tercera jarra de cerveza, la joven se acercó a su mesa con una expresión de triunfo en el rostro.

—Durnam nos ayudará a entrar —comentó en voz baja—. No es la única entrada a Puerto Calavera, pero sí la más rápida. Es como si fuéramos un cubo sobre un pozo.

Nos ciñe una cuerda alrededor y nos baja.

—Ah, bueno, espero que sea un pozo seco.

—En principio. —Esbozó una sonrisa fugaz y agresiva—. Puerto Calavera no es ni húmedo ni seco, no según ninguna medida.

El enano digirió las noticias. Había estado demasiado tiempo sentado para su gusto y estaba dispuesto para pasar un par de horas de animación. Se levantó de un brinco.

—Bueno, vamos pues.

Ebenezer siguió a Bronwyn hasta la estancia cerrada con llave y contempló cómo el anciano empujaba para deslizar la tapadera que cubría un agujero del suelo. El enano insistió en introducirse en primer lugar porque suponía que podría advertir con antelación el peligro gracias a su capacidad de ver en la oscuridad, capacidad que ella no compartía. Bronwyn accedió y le contó brevemente qué debía buscar.

Fue una buena elección que él se introdujera en primer lugar porque el trayecto fue mucho más largo de lo que Ebenezer esperaba. Si se hubiese quedado sentado mano sobre mano esperando a que Bronwyn regresara, habría cambiado de opinión y habría exigido ir por otra ruta, pero era difícil cambiar de opinión en mitad de un pozo oscuro y estrecho.

Al final, vislumbró la abertura que Bronwyn le había dicho dónde tenía que estar.

Se balanceó atrás y adelante por la cuerda para coger cierto impulso y luego agarró uno de los asideros de hierro que sobresalían por la pared de piedra. Se empujó hacia el túnel lateral, se quitó el arreo de cuero que llevaba y dio dos fuertes tirones para avisar a los de arriba.

El instinto lo impulsaba a no empezar a dar saltos de alegría por haber llegado hasta allí. Lo rodeaban la oscuridad y el silencio, pero no sabía qué podía estar esperándolo allí y no deseaba que su presencia fuese advertida.

El enano esperó con impaciencia, sin apartar la mano de la empuñadura de su martillo, hasta que Bronwyn hizo su aparición. La agarró del cinturón y la atrajo hasta el túnel lateral. La suela de cuero de sus botas apenas hizo ruido al aterrizar sobre el suelo.

Tras quitarse el arreo, hizo un gesto a Ebenezer para que la siguiera, un gesto a ciegas para ella porque no podía ver nada en la completa oscuridad del agujero.

Ebenezer acompasó el ritmo de sus zancadas al de Bronwyn y avanzaron con soltura por la oscuridad. Sus ojos, como todos los de los enanos, percibían, aparte de la gama de luces y colores, los sutiles cambios de calor. Los humanos no disponían de esa habilidad, pero Bronwyn avanzaba con notable soltura, tanteando con la punta de los dedos una de las paredes.

Pasaron por dos cruces antes de que Bronwyn girara por un túnel lateral, que avanzaba un poco en pendiente y en forma de espiral, ensanchándose a medida que avanzaban. Con gran lentitud, la percepción del calor se desvaneció de la visión del enano para ser sustituida por una luz débil, fosforescente. Líquenes relucientes pendían de las húmedas paredes de piedra y manchas de hongos móviles y luminosos cubrían los suelos.

Ebenezer dio un puntapié a uno de ellos, que fue a desparramarse contra la pared provocando una mancha de un extraño tono verde luminiscente y acabó rezumando otra vez hacia el suelo para mezclarse con otro hongo.

—Parece que un dragón estornudó por aquí —murmuró, hosco.

—Luego empeora. Ten cuidado dónde pones los pies.

Resultó un buen consejo porque parte de los desechos que había allí eran más desagradables que otros y en más de una ocasión se tropezaron con el cadáver putrefacto de alguna pobre criatura que había sido acorralada y medio devorada.

Caminaron durante horas sin hablar, siempre atentos a los sonidos que producía el túnel: el eco hueco de sus propios pasos, el goteo del agua, los chillidos de las ratas y los lejanos rugidos de monstruos en busca de presas. De vez en cuando, el débil rumor de una colonia resonaba en los túneles.

—Ya casi hemos llegado —murmuró Bronwyn.

Ebenezer hizo un gesto de asentimiento mientras alzaba una mano para cubrirse las narices, pues el hedor inconfundible de un puerto de mar impregnaba el ambiente.

Giraron por otro pasadizo que desembocaba en una amplia caverna en cuyo suelo se veían desparramados muchos edificios bajos y oscuros.

Se abrieron paso por un mercado miserable formado por seres de las razas más variopintas que Ebenezer había visto nunca. Fue casi un alivio cuando Bronwyn lo hizo desviarse hacia un estrecho pasaje lateral.

El túnel se acababa en seco frente a una diminuta cueva iluminada por una débil y parpadeante luz azulada, en cuyo umbral había apostados dos de los mayores illithids que Ebenezer había visto en su vida. Eran unas criaturas brutas y horribles, bípedas, de tamaño humano, en cuyos cuerpos deformados era imposible distinguir cuáles de ellos eran hembras y cuáles varones. Las cabezas, enormes y calvas, de un enfermizo tono lavanda, sobresalían por encima de vestimentas del color de la sangre seca. Sus rostros carecían de expresión, o al menos sus expresiones eran irreconocibles para el enano.

Los ojos de los illithids eran grandes, blancos y vacíos, y la parte inferior de sus rostros estaba formada por cuatro retorcidos tentáculos de color del espliego. Los vigilantes sostenían lanzas cruzadas con sus manos púrpuras de tres dedos, pero su verdadera arma estaba guardada detrás de aquellos ojos impasibles.

—Tengo que hablar con Istire —comunicó Bronwyn a los guardias, antes de hacer un gesto dirigiéndose a Ebenezer—. Traigo un enano para vender. —A modo de respuesta, los vigilantes se hicieron a un lado y un tercer illithid emergió de las sombras para rogarles que lo acompañaran.

Ebenezer dirigió a su amiga una mirada burlona, y mantuvo la expresión en su rostro mientras seguía a la mujer a través de la cueva. A su modo de ver, un entrecejo fruncido sería más adecuado al modo con que contoneaba sus pasos. Quizás aquellas criaturas moradas podían escudriñar en su mente y saber lo que pensaba de todo aquello, pero ¿sería tan maldito como un duergar si dejaba que su rostro mostrase miedo!

—Supongo que no es mal plan, pero ¿no podrías haberme avisado con tiempo? —se quejó Ebenezer en un susurro mientras él y Bronwyn seguían al guía.

—Es difícil, teniendo en cuenta que voy improvisando sobre la marcha.

—Mmm, espero que no acabes vendiéndome a uno de estos calamares de dos patas —replicó el enano, mostrando más osadía de la que en realidad sentía.

Cuando desembocaron en otra pequeña cueva, su guía volvió a perderse entre las sombras y emergió otro illithid, envuelto en sedas de aspecto caro y joyas de calidad.

Según parecía, el mensaje había sido transmitido en aquella misteriosa forma de hablar mental que utilizaban aquellas criaturas. Como tenía poco sentido mentir a una criatura que era capaz de leer la mente de otro ser, Bronwyn fue directa al grano.

—Istire —empezó, tras hacer un gesto a modo de saludo—. Estamos intentando localizar una expedición de enanos esclavos. Quiero todo el lote.

Ése no fue el mensaje que transmitió el guardia, respondió el illithid Istire, y su «voz» sobrenatural resonó en la mente de Ebenezer.

—Quiero un Árbitro —repuso Bronwyn con calma, sin prestar atención a su propia mentira—. Según las leyes del comercio de Puerto Calavera, tenemos derecho a uno.

Un deje de emoción —irritación, frustración y tal vez respeto— fue emitido por el illithid.

Por aquí, les indicó a regañadientes.

La criatura los condujo hacia las profundidades de la cueva. A medida que avanzaban, el resplandor azulado se iba intensificando, hasta que el brillo forzó a Ebenezer a protegerse los ojos. Cuando empezó a distinguir el origen de aquella luz, deseó no haber abierto los ojos.

Un extraño y deformado illithid estaba sentado en un pedestal que era un dado con escalones por los cuatro costados. En vez de cuatro tentáculos, aquel ejemplar tenía nueve o diez de gran longitud que sobresalían por todos los costados de una enorme y reluciente cabeza, y que se movían suavemente por el aire como si fuera un pulpo de las profundidades en busca de presas.

—Un Árbitro —explicó suavemente Bronwyn—. Tienes que coger la punta de uno de estos tentáculos y, mientras lo hagas, permaneceremos en igualdad de condiciones. El illithid no podrá influir en nosotros, ni nosotros controlarlo.

Ebenezer contempló los ondulantes tentáculos con ojos de desesperación.

—Cuando encontremos al resto de mi clan, esos enanos van a tener una deuda conmigo —musitó.

Istire cogió uno de los tentáculos e instó a Bronwyn y Ebenezer a hacer lo mismo.

La experiencia era tan desagradable como el enano había temido. De inmediato, se sintió inmerso en una nube de extrañas sensaciones. Nunca había pensado en concreto en la maldad, más que su impulso natural de desenfundar el hacha y hacer el trabajo cuando una criatura malvada se cruzaba en su camino, pero no tenía ni idea de que la maldad podía tener un sonido, una forma y un olor propios. Unir su mente con la de un illithid lo convenció de eso fuera de toda duda. Aunque peor todavía era el hambre, el hambre oscura, envolvente y absoluta que constituía el poder del illithid.

Por fortuna, Bronwyn parecía más capaz de adaptar su modo de pensar al modo en que los illithids hacían negocios. Tras una breve negociación, Istire respondió a las preguntas de Bronwyn con presteza: quién tenía esclavos enanos, dónde los escondían y en qué barco iban a zarpar. Ebenezer sospechaba que la conversación iba a costar a Bronwyn mucho más que el ridículo precio que había acordado pagar, pero por más que se alegrase de la información que la criatura les había vendido, antes se introduciría en la garganta de un dragón que permitir de nuevo introducirse en la mente de un illithid.

De camino al exterior, Ebenezer no se molestó en demostrar bravuconería, sino que pensó que la rapidez era más útil. Prácticamente sacó a rastras a Bronwyn de la reluciente caverna azul para llevarla a la relativa oscuridad y pureza de los túneles.

—Una pizca de plata y un puñado de perlas negras —musitó Ebenezer, maravillado por el precio que Bronwyn había pagado por la operación, aunque no deseaba que su guía oyera lo que decía. Como era más fácil pensar en un futuro lejano en que tendrían que saldar deudas que meditar sobre la negra y sombría realidad que tenían ante ellos, añadió—: El clan estará obligado a pagarte el precio de este rescate, pero con un poco de tiempo no tendremos problema.

Lo interrumpió el entrecejo fruncido de Bronwyn.

—Habla de eso más tarde. Por ahora, no es momento de hablar de reembolsos.

—¡Vale! —admitió él con un suspiro—. ¿Cómo se llama el lugar adónde vamos ahora?

—El Troll Ardiente, una taberna frecuentada por piratas y contrabandistas. Es poco más que un desagüe, pero podremos encontrar la información que precisamos.

Una hora más tarde, Ebenezer estaba sentado en lo alto de un taburete desvencijado, ensuciándose los codos de la chaqueta en la infesta barra que tenía delante. Iba dando pequeños sorbos a su cerveza, demasiado deprimido para preocuparse por el agua que le habían añadido al brebaje.

El barco había zarpado ya. El barco que conducía a sus congéneres a la esclavitud había zarpado aquel mismo día, y lo habían perdido. Ningún túnel podía alcanzarlos al lugar adonde iban. A Ebenezer se le negaba incluso el frío consuelo de la venganza porque los asesinos y ladrones humanos que habían hecho eso estaban fuera del alcance de su hacha vengativa. Ebenezer soltó otro juramento e hizo un gesto para que le sirvieran una tercera cerveza.

—¿Juegas a los dados? —sugirió una voz basta y áspera a su lado.

Ebenezer hizo girar el taburete para toparse con el ejemplar de orco más feo que había visto en su vida. La criatura era poco más alta que un enano, aunque era ancha y robusta como la mayoría de sus congéneres. A Ebenezer se le ocurrió que algún dios con tiempo para perder y con un retorcido sentido del humor había colocado a la criatura entre las palmas de sus manos y la había compactado como si fuera una bola de nieve. En opinión de Ebenezer, el dios en cuestión debería haber seguido apretando hasta rematar la faena.

Ebenezer se señaló el pecho.

—¿Estás hablando conmigo?

—¿Por qué no? —El orco circular enseñó los colmillos en una ebria sonrisa y palmeó a Ebenezer con camaradería en el hombro.

Una corriente de ira enana, satisfactoria y depuradora, corrió por las venas de Ebenezer. Poco antes había enviado a un kobold a través de la ventana de la taberna, sin molestarse en abrir las contraventanas, porque se había burlado de él porque no llevaba bigote. Aunque aquello no lo había dejado del todo satisfecho, encontrarse un orco que se acercase a él con gesto amistoso era la gota que colmaba el vaso.

—Ya que lo preguntas —gruñó el enano—, te mostraré por qué no quiero.

Alargó la mano y cogió el cubilete que le ofrecía el orco. Lo volcó sobre la mesa y se desató el martillo del cinto. El rugido de protesta del orco hizo tintinear las jarras de cerveza de la barra cuando comprendió el intento de Ebenezer. Alargó la mano para recoger los dados, en el preciso instante en que uno de sus dedos quedaba pillado por el mazazo del martillo.

Varios clientes, la mayoría tan feos como el mismo orco, se acercaron para investigar el escándalo, con los rostros surcados de cicatrices y colmillos y la general expresión de amenaza que solían lucir. Ebenezer los recibió con un ligero ademán.

—Mirad —comentó, señalando el dado destrozado. Un diminuto escarabajo azul iridiscente, una especie de cosa preciosa que parecía como un zafiro con patas, se escabulló desesperadamente. Aquellas criaturas diminutas podían ser adiestradas para que dejaran caer su peso contra el lado coloreado de su diminuta prisión.

Un murmullo bajo de enojo se levantó entre el puñado de hombres, orcos y cosas peores que rodeaban a Ebenezer y al orco que lo había desafiado. Utilizar dados trucados no era un buen sistema para ganarse amigos, comprobó Ebenezer con satisfacción, ni siquiera en un lugar como aquél.

El aullido de dolor y ultraje del orco se interrumpió de repente cuando descubrió cómo había cambiado la corriente de opinión. Retrocedió unos pasos, con los ojillos de cerdo alerta y sujetándose el dedo aplastado contra el pecho. Luego, dio media vuelta y echó a correr, con sus antiguos compañeros de juegos pisándole los talones. Ebenezer levantó la jarra de cerveza a modo de saludo burlón y volvió a concentrarse en la barra del bar y en su objetivo de seguir bebiendo hasta caer de bruces sobre el mostrador y despertarse al cabo de unas horas de bien merecida inconsciencia.

Más o menos una hora más tarde, Bronwyn encontró al enano todavía en la barra.

Ebenezer parecía tan derrotado que su propia e indecisa resolución se hizo más firme.

Había encontrado una solución, una que la aterrorizaba pero que era la mejor de que disponía. Y era la única posibilidad que el enano tenía de encontrar a su familia perdida.

Se acercó hasta la barra, apartando a su paso varias manos que intentaban sujetarla, y cogió el brazo del enano cuando se disponía a levantar su jarra de cerveza, cuya espuma se desparramó por el tablero y le humedeció la barba. Le dirigió una mirada de desesperanza.

—¿Por qué has hecho eso?

—He conseguido un barco —le informó con urgencia.

El enano entrecerró los ojos.

—¿Un barco?

—Y una tripulación. Son contrabandistas que esperan un cargamento que, según parece, se ha retrasado, y el capitán está perdiendo a muchos hombres durante la espera.

Está ansioso por conseguir un trabajo y nos hará el trayecto a buen precio.

—Espera un momento. ¿Dices que vamos a tener que echarnos a la mar? ¿En un barco?

—Es el método más usual —siseó ella, impaciente—. Ahora, vamos. No tenemos mucho tiempo para llegar a los muelles.

El enano todavía parecía indeciso, pero bajó del taburete y la siguió fuera de El Troll Ardiente para abrirse camino entre hileras de edificios de madera que configuraban un tortuoso laberinto de estrechas callejuelas que conducía a los muelles.

La perspectiva de un viaje por mar dejaba a Bronwyn con los nervios tan a flor de piel que se sentía como si la hubiesen despojado de varias capas de abrigo para dejarla en una posición de increíble vulnerabilidad. Empezó a murmurar por lo bajo para distraerse.

—Conseguir un barco ha sido más fácil de lo que habría pensado. El capitán estuvo incluso dispuesto a fiarnos a cambio de un botín o del pago. Si eres un enano devoto, ruega porque el barco tenga un botín que valga la pena, o esto puede ser nuestra ruina.

—El clan se lo merece —repitió Ebenezer.

—De eso estoy segura. Aunque me parece que la historia del capitán esconde algo —comentó con gesto ausente, súbitamente alerta ante un ruido suave y rítmico que oía a sus espaldas. En Puerto Calavera, el ruido parecía estar en todas partes, reverberaba por la amplia cueva marina y, tras rebotar en las paredes de piedra, resonaba por los túneles.

Pero esa cadencia en particular era demasiado regular y constante para pasarla por alto—. Nos están siguiendo —murmuró. Cogió un diminuto disco de bronce de su bolsa y echó un vistazo por encima del hombro. Captó el reflejo de un feo y achaparrado orco que los contemplaba desde una esquina.

Ebenezer no fue tan discreto. Dio media vuelta y echó un vistazo antes de soltar un ligero resoplido. Aquello no hizo más que enojar al orco, que, bajando la cabeza como si se tratase de un toro, embistió contra ellos. Bronwyn desenfundó su cuchillo y se agachó.

Pero el enano la apartó a un lado y se quedó esperando en el centro del callejón,

con el martillo en la mano.

—Déjame a ése. No tardaré mucho, teniendo en cuenta que tiene una mano machacada.

Bronwyn desvió la vista del fulgor que despedían los ojos del enano al martillo que sostenía con una mano, y suspiró.

—Veo que hiciste amigos en la taberna, ¿no?

Ebenezer soltó un gruñido como respuesta y alzó y bajó el martillo para descargar el primer golpe, que pilló la barbilla del orco por abajo, cosa que hizo detener la embestida de la criatura y le levantó la cabeza hacia atrás. Ebenezer atacó con la mano que le quedaba libre y alcanzó a la criatura en el pecho. Los ojos se le salieron de las órbitas y el tono grisáceo de su rostro se convirtió en un azul horroroso. Con gran lentitud, se tambaleó hacia adelante y cayó de bruces sobre uno de los fétidos charcos que cubrían el callejón.

—Se les detiene el corazón, si se consigue dar en el punto exacto —comentó Ebenezer mientras volvía a atarse el martillo al cinto y se volvía hacia Bronwyn—.

¿Qué decías?

Ella cerró la boca, que se le había quedado abierta de perplejidad, y siguió caminando por el callejón.

—El capitán es un ogro —comentó, retomando el hilo de la conversación donde lo había dejado—, pero instruido, bien vestido y bien hablado, no un rufián desesperado de segundo orden.

—Contrabandistas de primera clase —repuso Ebenezer con sequedad.

—Eso es cierto. Si piensas en ello, hay una ciudad por encima y una por debajo y existe tráfico entre ellas. Puedes apostar ese martillo que llevas que muchos de los mercaderes de Aguas Profundas conocen a alguien que conoce a alguien dispuesto a pagar a alguien para conseguir un favor. ¿Me sigues?

—Es fácil, pero la pregunta es si tú conoces a alguien que esté en posición de hacer algo de lo que otros tienen conocimiento.

Bronwyn titubeó, sin estar demasiado segura, pero deseando estarlo.

—¿Recuerdas al hombre que vino a la tienda? Aquel alto, de cabello rubio y atractivo.

—No llevaba barba y sí demasiadas joyas —recordó Ebenezer—. Estabas tan enfadada con él que echabas chispas. ¿Qué sucede con él?

—Es amigo mío y también miembro de una rica familia de mercaderes. Es posible que pudiese hacer algunos arreglos que nos allanaran el camino. Ya llegamos —comentó al ver que el callejón desembocaba en una pasarela amplia y podrida—, y allí está nuestro barco.

Ebenezer siguió con la mirada el punto que señalaba su dedo extendido y la expresión de duda que reflejaba su rostro se oscureció hasta convertirse en un

entrecejo fruncido mientras contemplaba el laberinto de muelles y de barcos amarrados sobre una ondulante agua negruzca. Una manada de murciélagos de mar chilló y revoloteó sobre el barco que había indicado Bronwyn, que se preparaba para zarpar. Estibadores fornidos se apresuraban a cargar barriles de suministros a bordo, mientras el capitán, un ogro descomunal, se asomaba por la barandilla para soltar órdenes a gritos en un tono de voz que tenía tanta musicalidad como el bramido de una mula.

—Ese amigo tuyo —comentó Ebenezer en tono sombrío mientras contemplaba el barco, agitado—, dudo que te deba un favor tan grande como te piensas.

Dag Zoreth permanecía en el camino de ronda de la muralla de El Bastión del Espino mientras contemplaba el paso de una caravana de tres vagones, más uno de guardia de mercenarios. Nada interesante. Ni siquiera pensaba sugerir que sus hombres atacaran y exigieran un pago a los comerciantes. Oteó en busca de una caravana más pequeña, una que llevaba una carga mucho más preciosa.

Habían transcurrido varios días desde la victoria de Dag y, cada día que pasaba, se encontraba más rato paseando por la muralla para contemplar la carretera Alta en busca de alguna señal que indicase la llegada de la caravana que traía a su hija. La escolta de soldados zhentilares ya tenía que haber llegado al lugar secreto donde la mantenía oculta. Llegaba con retraso, y a cada momento que pasaba Dag se sentía más y más preocupado.

Se sintió pues muy aliviado al ver un grupo de jinetes que se separaba del camino rumbo a la fortaleza, y todavía más feliz al ver que alzaban el estandarte de Fuerte Tenebroso a modo de presentación. Dag dio unas cuantas órdenes a uno de los guardias para que las transmitiera al alcaide y luego se apresuró a bajar para recibir a su hija.

Para consternación suya, al abrirse la puerta dejó al descubierto un grupo de hombres que le resultaban familiares, pero que no estaban a sus órdenes. En cabeza, cabalgaba Malchior. Dag consiguió recomponer la expresión de su rostro para cambiarla por una de reverencia y bienvenida, y echó a andar para ayudar a su antiguo mentor y superior a descender del caballo.

Malchior aterrizó con pesadez en el suelo y dirigió una mirada apreciativa al patio de armas.

—Muy impresionante, hijo mío. Nunca pensé que podría llegar a ver el interior de este fortín de Caradoon, salvo tal vez las mazmorras.

Dag sonrió débilmente como respuesta a la broma. Malchior mostraba un extraño buen humor, tan jovial que parecía a punto de ponerse a bailar en cualquier momento.

—Habéis tenido un largo viaje a caballo desde la ciudad. Venid, os mostraré vuestra habitación y diré a los sirvientes que os traigan bebidas frescas.

—Más tarde, más tarde. —Malchior sacudió las manos, apartando la idea como si espantara moscas—. ¿Has revisado los papeles de Hronulf?

—Sí —respondió Dag en tono frío. Había poco para ver. Tres o cuatro libros de tradiciones que relataban historias de pasadas glorias atribuidas a los Caballeros de Samular, y unos cuantos pedazos de pergaminos ennegrecidos que había encontrado en la chimenea, junto al corazón quemado de su padre.

El anciano sacerdote se frotó las manos con gran expectación.

—Estaría sumamente interesado en ver todos los documentos que hayas encontrado.

Dag se encogió de hombros y echó a andar hacia la torre. Por supuesto, se había apropiado de los aposentos del paladín y en ellos guardaba las pocas cosas que Hronulf de Tyr había dejado atrás.

—No hay mucho que ver —le advirtió.

—¿Y tesoros? Algunas fortalezas, incluso aquellas de órdenes religiosas, tienen un botín considerable: relicarios de plata que contienen los huesos de un dedo de algún héroe o santo, armas antiguas y algún que otro artilugio. Incluso tesoros de menor importancia, como las joyas.

Malchior pronunció la última frase en voz más baja, en un tono sutilmente más suave, como más indiferente. El aguzado oído de Dag captó la diferencia y su motivo probable. Malchior conocía la existencia del anillo.

Mientras Dag llevaba a Malchior a la estancia de la torre, reflexionó sobre qué hacer con respecto al anillo. Decidió no decir mucho, con la esperanza de que Malchior le revelase el verdadero propósito de los anillos, así que esperó hasta que Malchior se hubo sentado detrás del escritorio de Hronulf, «no, de mi escritorio», se recordó a sí mismo. Percibió el destello de codicia en los ojos del anciano sacerdote cuando situó una pila de libros de tradiciones delante de él. Quizá los anillos no fuesen el tesoro que Malchior considerase más preciado.

—Ya que habéis mencionado el tema de las joyas, supongo que os referiréis al anillo de Samular que llevaba Hronulf —comentó Dag con frialdad—. Por desgracia, no estaba en sus manos cuando murió. Parece que mi hermana llegó antes que yo y se llevó mi herencia. La encontraremos.

El viejo sacerdote alzó la vista para escudriñar con ojos astutos a su antiguo estudiante.

—¿Y los demás anillos?

—También los encontraré —repuso Dag con confianza. No había necesidad de contarle a Malchior que ya tenía uno en su posesión. Esperó a que Malchior abriese uno de los libros y lo ojeara—. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—No demasiado —murmuró el sacerdote en tono distraído—. Esto es de lo más interesante. Muy interesante. Con tres o cuatro días de estudio tendré suficiente, a

menos que puedas prestarme estos libros.

—Por supuesto —respondió Dag con presteza, demasiado rápido, a juzgar por la escrutadora mirada que Malchior le dirigió. El sacerdote sospechaba, y con razón, que todo clérigo de Cyric sabía más de cualquier asunto de lo que estaba dispuesto a revelar.

En aquel momento inoportuno, llamaron con los nudillos a la puerta, que estaba abierta. Dag echó una ojeada hacia el umbral y sintió que se le formaba un nudo de aprensión en la garganta al reconocer al capitán de la escolta que había enviado a por su hija. El porte tieso y el rostro tenso y serio del rostro de su emisario anunciaban con más claridad que las palabras que las noticias que traía no eran buenas.

—Perdonadme —murmuró Dag a un Malchior sumamente interesado—. Por favor, coged vos mismo todos los libros y documentos que preciséis, y también vino, si deseáis.

Se precipitó hacia el pasillo y cerró la puerta a su espalda.

—¿Y bien?

El capitán palideció.

—Lord Zoreth, le traigo malas noticias. Cuando llegamos a la granja, la chiquilla había desaparecido. Tanto el elfo como su mujer habían sido ejecutados.

Un sonido parecido al rugido del mar reverberó en los oídos de Dag, amenazándolo con engullir su mente entera. Invocó su voluntad de hierro para no dar respuesta alguna a la aparente ruina de todos sus sueños.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Seguimos el rastro de un hombre, a caballo, que se dirigía hacia la ciudad de Aguas Profundas. Perdimos la pista en cuando llegamos a la carretera, pero su destino era claro. —El hombre permanecía completamente inmóvil—. ¿Qué deseáis que hagamos?

Dag clavó una mirada gélida sobre el fracasado soldado.

—Quiero que mueras con gran lentitud y terrible dolor —respondió con voz inexpresiva.

Un atisbo de sorpresa asomó a los ojos del soldado, mezclada con la duda de que no estaba seguro de si su superior se estaba burlando de él o no. Acto seguido, la primera oleada de dolor le recorrió el cuerpo, apartando de su mente esa idea al tiempo que le eran arrancadas las costillas inferiores del pecho.

El soldado bajó la vista para contemplar incrédulo cómo le sobresalían dos delgados y curvos huesos blancos como si fueran batientes de una puerta. Los ojos se le pusieron vidriosos y abrió la boca para emitir un grito de agonía y terror, pero todo lo que consiguió balbucir fue un ruidoso gorgoteo mientras le salía un torrente de sangre de la garganta para desparramarse por su destrozado pecho.

Dag contempló impávido cómo el poder de toda su cólera hacía pedazos al

soldado. Cuando el hombre hubo muerto, regresó con calma a la habitación y tiró de un llamador. Al instante, acudió un sirviente, con el rostro ceniciento por lo que acababa de descubrir en la antecámara.

—Recoged todos esos desperdicios y decidle al capitán Yemid que venga —ordenó Dag con calma. El hombre tragó saliva y dio media vuelta—. Ah, y una cosa más. Preparad mi caballo y mi escolta. Partiré mañana al amanecer con destino a Aguas Profundas.

9

Al amanecer del día siguiente, el caballo de Dag Zoreth y su escolta estaban a punto para el viaje al sur. Por eso no se sintió complacido cuando uno de los sirvientes de Malchior se acercó a la puerta para rogar a Dag que esperara a su huésped, que deseaba acompañarlo.

Transcurrió más de una hora hasta que el sacerdote de mayor edad acabó de desayunar y supervisó con cuidado la carga de los libros de tradiciones de Hronulf en sus bolsas. Una vez cumplido el encargo, los miembros de la partida montaron y se encaminaron hacia la carretera Alta.

El tamaño del grupo inquietaba a Dag. Aunque ninguno de los soldados llevaba los símbolos de Fuerte Tenebroso y ninguno de los sacerdotes, las vestimentas de protocolo, el hecho de que se hubieran sumado a Malchior y su montón de sirvientes los convertía en un grupo que despertaba recelo y era objeto de escrutinio. Que un grupo de unos cuarenta hombres armados llegara a las puertas de Aguas Profundas podía atraer mucho la atención y provocar el interés por los asuntos de Dag.

Ya tenía bastantes preocupaciones sin el estrecho control de las autoridades de Aguas Profundas, tanto manifiestas como secretas. La ciudad era un núcleo de actividad de los Arpistas y los señores secretos de la ciudad eran casi tan molestos e incisivos como aquéllos. Las averiguaciones que tenía que hacer Dag en la ciudad eran extremadamente delicadas y no podía utilizar a ninguno de sus usuales informadores zhentilares. Si Malchior descubría que Dag tenía una hija, y que había mantenido su existencia en secreto durante más de ocho años, le causaría problemas.

Y además existía siempre la posibilidad de que Malchior ya lo supiera y que la desaparición de la chica fuera obra de los zhentarim. Dag había comprobado en más de una ocasión que la sociedad que servía utilizaba ese tipo de métodos.

Miró de reojo a Malchior. El gordo sacerdote cabalgaba como si fuera un saco de grano, pero su rostro no mostraba rastro de la incomodidad que sin duda sufría su cuerpo. Captó la mirada de Dag.

—Te has encontrado con sir Gareth. ¿Crees que es útil ese contacto? —preguntó, amable.

Dag meditó sus palabras con cuidado; al fin y al cabo, pretendía usar al paladín para encontrar a su hermana perdida y a la hija que le habían robado.

—Consiguió conducir a Bronwyn hasta El Bastión del Espino. También se ocupó de disponer de una carga recién adquirida para mí. En definitiva, parece bastante capaz, pero vacilaría en confiar demasiado en él porque ha demostrado una capacidad notable para engañarse a sí mismo. No me cabe duda de que sería capaz de justificar cualquier traición.

—Bien dicho —corroboró Malchior—. Ése es siempre el riesgo de un agente,

¿no? Un hombre que está dispuesto a traicionar a sus compañeros de armas es difícil que muestre una absoluta lealtad al hombre que lo ha comprado.

Aquel comentario dejaba a Dag la puerta abierta para sacar un tema a relucir, cosa que no se esperaba.

—Me presentasteis a sir Gareth como un hombre ambicioso, celoso de la fama y el linaje de Hronulf. Eso no me cuesta aceptarlo, pero ¿cómo esperaban beneficiarse los zhentarim del asalto a la aldea de Hronulf, y qué provecho pretendéis vos sacar mostrándome mi herencia?

Malchior echó un vistazo alrededor para cerciorarse de que no hubiese nadie que pudiese escucharlos.

—La respuesta a tu primera pregunta es sencilla: los paladines y los zhentarim son enemigos naturales, se odian casi tanto como los linceos y los lobos. Hronulf tenía más enemigos entre nosotros de los que puedo contar o nombrar —contestó Malchior.

—Constatáis lo que es obvio más que responder a la pregunta —observó Dag, manteniendo el tono de voz frío con gran esfuerzo—. Según vuestras propias enseñanzas, no puedo aceptar semejante sofisma. Por favor, no insultéis vuestro propio adiestramiento.

El sacerdote soltó una risita ante aquella estrategia.

—Una vez más, ¡bien dicho!

—¿Por qué se cogieron varios de los hijos de Hronulf? —insistió Dag.

Malchior soltó un suspiro y espantó una mosca que zumbaba alrededor de las orejas de su montura.

—Eso no sabría decírtelo. Forma parte de la naturaleza zhentarim que una mano no siempre sepa lo que la otra está haciendo. Hay muchos hombres ambiciosos entre nosotros. ¿Quién sabe? Quizá sólo fuese para pedir un rescate o buscar venganza.

¿Quién es capaz de decir lo que esconde el interior de un corazón zhentilar?

Dag no pasó por alto el hecho de que acababa de eludir otra pregunta.

—¿Y cómo descubristeis la historia de mi familia y pudisteis conectarme con Hronulf de Tyr cuando mostrasteis interés por mí, un chiquillo perdido hacía veinte años?

—Ah, bueno, había hecho un estudio de la familia Caradoon. Algún día te mostraré un viejo retrato de tu antecesor, Renwick Caradoon. Te pareces bastante a él para ser su hijo, incluso su hermano mellizo. Reconocí de inmediato la similitud cuando te trajeron a Fuerte Tenebroso como aprendiz y me dediqué a hurgar en tu historia. No fue fácil seguir las huellas de tu pasado, te lo aseguro. Transcurrieron años hasta que pude estar seguro de que eras el chiquillo que había sido raptado en el valle del Jundar y que había sido perdido por los soldados zhénticos que te apresaron.

Dag escuchaba atentamente aunque la fuerza de la costumbre le hacía mantener la vista fija en el camino que se abría ante él, un tramo de aspecto interminable cubierto

de polvo y aromatizado por la fragancia de los cedros gigantes que crecían en los márgenes orientales. Hizo un gesto despreocupado a su capitán y señaló hacia los árboles para indicar la necesidad de que hubiera una vigilancia adicional. El hombre saludó y envió a un par de hombres hacia la arboleda para prevenirlos de una emboscada.

—Has adquirido cierta práctica en el arte del mando —observó Malchior—. Tal vez hayas heredado algo de tu padre, después de todo.

Dag entrecerró los ojos. Su primer impulso fue pensar que el comentario era una pulla, pero tras reflexionar un poco, se dio cuenta de que por fin Malchior le había dado la respuesta a su pregunta, aunque de la manera indirecta que era característica del sacerdote.

—Y por eso fuisteis en mi busca —resumió sin rodeos.

—Hay poder en la sangre de Samular —confesó el sacerdote—, como ya te he dicho antes.

—¿Y por qué no el propio Hronulf?

Malchior soltó un resoplido de burla.

—Antes sería capaz de controlar las mareas que torcer a un hombre como Hronulf Caradon para que actúe según mis propósitos. No, el único modo de tratar con un paladín noble es la manera que tú has elegido, y que sin duda habrás ejecutado en persona.

Dag se puso tenso.

—No mencioné lo ocurrido con Hronulf.

—No tenías que hacerlo. Te enseñé bien y ambos sabemos que sólo los necios dejan la destrucción de un enemigo al más fiel de sus subordinados. Lo importante es que ahora el poder de Hronulf será tuyo. Cuando descubras lo que es, y cómo usarlo, confío en que tu éxito sea también el mío.

—Sois un hombre confiado —repuso Dag con acentuada ironía—. Supongo que ése es también el motivo de que estéis buscando a mi hermana. ¿No será que estáis apostando a diferentes caballos?

Malchior soltó una sonora carcajada mientras se daba palmadas sobre su carnoso muslo.

—Ay de mí, las apuestas hípicas es un vicio que todavía no he tenido ocasión de desarrollar, pero eres astuto. Me gustaría tener a esa mujer bajo la influencia de los zhentarim. La mía, la tuya..., no existe diferencia. ¿Acaso no somos como padre e hijo?

No dejaba de ser una comparación interesante, a juicio de Dag, teniendo en cuenta la historia de traiciones que existía entre él y su verdadero padre. No obstante, Dag consideró las palabras del anciano sacerdote, leyendo entre líneas para descubrir su verdadero significado. Quizá su primera conclusión había sido errónea. Tal vez

Malchior no lo necesitase a él o a Bronwyn, sino a ambos a la vez.

Los anillos familiares. Existían dos anillos de los que él tuviese constancia. Uno estaba en manos de su hija y el otro, lo más seguro, en posesión de su hermana. Sin embargo, la inscripción en el anillo que él había encontrado en su aldea arrasada indicaba la existencia de tres anillos que, cuando se reuniesen, provocarían «el temblor de la maldad».

El tercer anillo, entonces. Tres anillos en manos de tres de los descendientes de Samular. Eso debía de ser lo que Malchior deseaba.

Dag apretó la mandíbula y volvió a concentrarse en el camino. No, no podía confiar en que los zhentarim lo ayudasen a encontrar lo que había perdido. A pesar de todas sus limitaciones, sir Gareth seguía siendo el mejor recurso de Dag. Quedaban dos días de viaje, y entonces podría encontrarse con su «aliado» paladín cara a cara. Aunque eso, por supuesto, le suponía un gran peligro. Si los paladines que servían a las órdenes de sir Gareth reconocían el anillo en la mano de la pequeña, Dag tendría dificultades para recuperar a la niña.

—¿Y tu hermana? ¿Han encontrado tus hombres rastro de ella?

Dag se llevó una mano a los labios para ocultar una taimada sonrisa. Sí, Malchior parecía realmente interesado en encontrar a Bronwyn.

—Hasta esta mañana, no. Pero, antes o después, regresará a su centro de negocios en la ciudad y la encontraré allí. El retraso no me perjudica en lo más mínimo. A su debido tiempo, conseguiré celebrar la pequeña reunión familiar.

Devolvió una mirada inexpresiva a su antiguo mentor, muy atento a su reacción.

Pero el rostro del sacerdote no mostraba nada.

—Estoy seguro de que tienes razón. Ahora, centrémonos en temas más prácticos.

Hemos estado en ruta durante muchas horas y estoy seguro de que podríamos hacer una pausa para comer algo.

Dag echó un vistazo hacia el este, pero el sol apenas era visible por encima de los altos cedros. Faltaban más de dos horas para mediodía. Disimuló un suspiro e hizo un gesto para llamar la atención de su oficial de intendencia.

Según parecía, el trayecto hasta Aguas Profundas iba a ser más prolongado de lo que Dag había supuesto.

Ebenezer Lanzadepiedra no se había sentido nunca tan desgraciado en sus casi doscientos años de vida. Estaba desplomado en la cubierta del barco, con la espalda recostada contra un barril y los ojos clavados con suma resolución en el cielo, por no mirar el inquieto oleaje de abajo.

Cada sacudida y balanceo del barco le provocaba oleadas de terror en todo el cuerpo. Nunca sabría cómo se las arreglaban los humanos y los elfos para soportar los viajes por mar, pero la sensación que percibía era muy parecida a los primeros temblores que anunciaban un terremoto, cuya fuerza impredecible y devastadora los

convertía en el terror más profundo de todos los enanos. Estar en un barco era una espera constante y espantosa para que se iniciara el maldito movimiento de tierra.

El efecto del balanceo, unido al constante estado de pavor expectante mantenía el estómago del enano hecho un revoltillo. Desde el mismo momento en que habían zarpado del puerto en aquella imitación flotante de ataúd, Ebenezer no había podido probar un solo bocado.

Y no era que no lo hubiese intentado. Cuando Bronwyn lo encontró, intentaba tomar unas cucharadas de potaje de pescado.

Se agazapó junto a él.

—La comida del barco es terrible —se compadeció ella.

—Ajá —corroboró él con voz agria, contemplando el diminuto cuenco que tenía entre las manos—. Y las raciones son más bien mezquinas.

Por algún motivo, encontró el comentario gracioso, pero se recompuso rápidamente mientras se sentaba a su lado.

—Estamos haciendo muchos progresos. El capitán Orwig pudo sobornar a los Vigilantes de las Puertas de Puerto Calavera y averiguar dónde enviaron al barco que estamos buscando.

Ebenezer asintió. Recordaba demasiado bien el viaje desde el puerto subterráneo a través de una serie de enlaces mágicos.

—¿Cuánto crees que queda?

—Esta carabela es veloz y ligera. La embarcación que estamos buscando es de un solo mástil, con un profundo compartimento para el cargamento. Iba cargada hasta los

topes. Según el capitán, si nos mantenemos en el rumbo que los Vigilantes nos dieron, deberíamos alcanzarlos con prontitud. Si no hoy, mañana como máximo.

—Bien —repuso el enano, categórico, mientras rebañaba el cuenco con un pedazo de torta seca y se la metía en la boca—. Como aquel viejo refrán que dice: «Nada sienta mejor al estómago que la fragancia de la sangre del enemigo».

—No lo conocía —musitó Bronwyn—. Debe de ser un proverbio enano.

A Ebenezer le pareció que su voz sonaba un poco aguda, y se quedó mirando a Bronwyn.

—El tono de tu piel es un poco verdoso también. Los viajes por mar no te complacen, ¿verdad?

—No.

Aquella breve y tajante respuesta ocultaba en realidad una historia, una historia que Ebenezer suponía que a la mujer le haría bien contar.

—No es éste tu primer viaje por mar, ¿verdad?

—El segundo. —Bronwyn echó un vistazo al enano, con la expresión ceñuda. Era evidente que no quería llevar la conversación por ese derrotero.

Pero Ebenezer era tozudo como él solo. Hizo un gesto expectante para dar pie a que ella relatarla la historia, pero al ver que no daba resultado, se inclinó hacia adelante y alzó las cejas de modo inquisitivo.

Con un suspiro, Bronwyn se dio por vencida.

—Me llevaron al sur en una embarcación después del asalto de mi poblado. Por aquel entonces tenía tres o cuatro años.

—¡Piedras! —Pensar que una chiquilla, de cualquier raza, había sido sometida al terror de un viaje por mar hacía que a Ebenezer le hirviera la sangre, cosa que en su opinión era mucho mejor que tener el estómago revuelto. Lástima no haberse irritado de buen principio en aquel viaje porque le habría resultado más placentero—. Es una experiencia difícil, sobre todo para una niña de esa edad.

—Lo fue. —Bronwyn se mantuvo en silencio durante un momento—. Nunca llegué a ver el mar.

La mirada de Ebenezer se paseó por las olas plateadas e infinitas. Tragó saliva y volvió a concentrar su atención en las nubes hinchidas que salpicaban el cielo.

—No te perdiste nada.

—Hay cosas malas y cosas peores. Al menos, en este trayecto tengo alternativa.

Durante mi primer viaje, me mantuvieron encerrada en el compartimento de carga, junto con una docena de prisioneros, más o menos.

Prisioneros. El enano apenas pudo disimular un estremecimiento.

—Eso es peor —admitió.

Permanecieron sentados en silencio durante largo rato. Ebenezer se dio cuenta de que Bronwyn tenía la vista fija en su cinturón y, al seguir la dirección de su mirada, vio que contemplaba el odre de vino. Lo había rellenado en Puerto Calavera. A pesar de sus carencias como taberna, El Troll Ardiente tenía buenas existencias de vinos enanos.

Desató la cuerda que lo mantenía sujeto a su cintura y se lo tendió a Bronwyn. La mujer sacó el corcho y tomó un trago reparador. Para sorpresa de Ebenezer, la mujer se bebió el fuerte brebaje —conocido entre los enanos como mithral fundido— sin toser ni atragantarse. No conocía a ningún otro humano capaz de hacer eso, no sin cierta práctica. Se le ocurrió pensar que quizás era verdad que ella había tenido un contacto más que prolongado con los enanos y sus costumbres. Más tarde tal vez podría meditar sobre el tema.

Bronwyn volvió a tapar el pellejo y se lo devolvió con un gesto de agradecimiento.

—Por alguna razón, yo era la única prisionera que no iba encadenada. Supongo que me trataban bastante bien. Tenía comida suficiente, una manta y un rincón donde tumbarme, aparte de un par de muñecas. Los demás iban destinados a convertirse en esclavos y hablaban de ello. Yo pensaba que me libraría, al menos al principio.

—¿Qué sucedió? —le urgió el enano.

—Se desató una tormenta —respondió ella—. Una tormenta terrible que zarandó el barco como si fuera la hoja de un árbol. El mástil se partió en dos y se rompieron varios de los listones de madera. El agua empezó a inundar la bodega. —Se estremeció al recordar la escena—. Me subí lo más arriba que pude a una pila de cajas. Todos los demás estaban encadenados, y no pude hacer otra cosa que contemplar cómo se iban ahogando, lentamente, chillando y maldiciendo como criaturas condenadas al Abismo.

Su voz se quebró hasta convertirse en un suspiro ronco por el horror rememorado.

—Duro, sobre todo para una chiquilla —confirmó el enano.

—Fui la única superviviente en la bodega..., salvo algunas ratas. Ellas también podían trepar y se agarraban a cualquier asidero que encontraban. Cuando me llegó el agua a la barbilla, les quedaban pocos lugares donde agarrarse.

Ebenezer presintió lo que iba a venir y soltó una exclamación sincera. A punto estuvo de alargar una mano para sujetar una de las de la mujer.

—Dos de las ratas treparon hasta mi cabeza y lucharon entre ellas por su derecho a permanecer allí. Nada pude hacer para apartarlas. —Esbozó una fugaz sonrisa—. Con el pelo mojado y recogido, todavía se distinguen las cicatrices. —Tomó aire entrecortadamente—. El mar se calmó de repente y más tarde me enteré de que una ola de grandes proporciones nos había apartado de nuestro rumbo para dejarnos en mitad de la ruta de unos piratas de las islas Nelanther. Sin mástil, nuestro barco no podía presentar batalla ni salir huyendo. La mayoría de la tripulación fue asesinada. Los piratas cogieron todo lo que había de valor y también a todos los supervivientes para venderlos como esclavos. Entonces era ya de noche, y no había luna. Por eso nunca llegué a ver el mar.

Ebenezer permanecía sentado, muy tieso.

—Así que acabaste como esclava...

—En efecto. Esta vez sí que fui encadenada. El resto del trayecto lo recuerdo vagamente. Apenas me acuerdo del mercado, de haber estado en una jaula mientras la gente pasaba y fisgoneaba. Me vendieron, pero hay una parte de la historia que no recuerdo en absoluto. Creo que volvieron a venderme, o quizá me escapé y fui capturada de nuevo. La verdad es que no me acuerdo.

Soltó un suspiro y a Ebenezer le pareció que la mujer estaba agotada después del relato. Lamentaba haber preguntado, pero también se alegraba de haber escuchado.

Aprender a medir a los amigos era algo bueno. Y la medida de su amistad la resumió en una sola afirmación.

—Y, a pesar de todo, te has subido a esta embarcación.

Sus miradas se quedaron prendidas la una de la otra, llenas de comprensión. Al cabo de un momento, el enano le cogió una mano y los frágiles y largos dedos de la

humana se entrelazaron con los rollizos dedos del enano. Permanecieron sentados en silencio, contemplando el castillo de nubes que flotaba delicadamente por encima de ellos y el mar plateado que fluía por debajo. En ese momento, a Ebenezer no le importaba contemplar la inestable superficie del mar. En cambio, sus congéneres no podían elegir. Tal como Bronwyn había dicho, había cosas malas y cosas peores.

Algorind llegó a Aguas Profundas con los pies doloridos y lleno de polvo. Las botas que llevaba habían sido diseñadas para montar a caballo, y las suelas estaban muy desgastadas por los días que había caminado con ellas. Su casaca, antaño blanca, estaba descolorida por el polvo del camino. No le agradaba la idea de presentarse ante las puertas del Tribunal de Justicia en aquel estado, pero sus hermanos tenían que ser informados de inmediato del destino que había sufrido El Bastión del Espino.

Se apresuró por las calles. Como siempre, se sintió impresionado por el ruido y las multitudes. ¿Cómo podían los hombres de Tyr mantener su fe rodeados de todas aquellas distracciones y aquella decadencia? Le confundía el motivo que había impulsado a sus hermanos a construir el Tribunal de Justicia en el corazón de aquella ajetreada ciudad. Habría sido más oportuno construirlo en alguna colina remota o en la pureza de la cima de una montaña barrida por el viento.

El vigilante de la puerta del Tribunal de Justicia lo contempló de arriba abajo con patente desaprobación.

—Es urgente que hable con sir Gareth. Por favor, comunicadle que Algorind de Summit Hall desea audiencia.

—Summit Hall, ¿eh? —respondió el guardia, con una expresión un poco más cálida en el rostro—. Estaréis entonces en buena y abundante compañía.

Algorind arrugó la frente, confuso.

—¿Señor?

—¿No lo sabéis? Hay un grupo de jóvenes paladines y de acólitos de la escuela de entrenamiento, al mando del propio Laharin Barba Dorada. Están llevando a cabo una misión. —Los ojos del hombre se enternecieron mientras recordaba distantes glorias—.

Yo también iría, pero las heridas me mantienen atendiendo esta puerta.

—La vuestra es una tarea honorable y un servicio a Tyr —aseguró Algorind al notar el deje melancólico que adquiría la voz del caballero—. Pero, señor, ¿de qué gran tarea estáis hablando?

—Veo que os habéis perdido un montón de cosas. ¿Os habéis tomado una temporada de aislamiento, como el viejo Texter?

—No por elección propia. Señor, ¿la misión?

El rostro del caballero se tornó sombrío.

—Qué, si no, que la reconquista de El Bastión del Espino, por supuesto. Los

jinetes están difundiendo la noticia por todo el Norland. Los Caballeros de Samular se están reuniendo para ir en formación hacia el norte. Paladines de otras órdenes se están uniendo a ellos, y también aquellos que no pertenecen a ninguna orden. Habían pasado muchos años desde la última vez que se reunió un ejército de semejante rectitud. Los zhentarim ya pueden echarse a temblar.

Algorind cogió por el brazo al vigilante.

—Señor, acabo de llegar precisamente de El Bastión del Espino. Estaba a pocas horas de distancia a pie cuando se completó la captura. Vi alzarse el humo de la destrucción y tuve que vérmelas con una patrulla de zhents procedente del ejército que tomó la fortaleza.

Los ojos del caballero se abrieron de par en par.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? ¡Tú, Camelior! Ven y conduce a este joven caballero a la sala del consejo con la máxima celeridad.

Algorind echó a andar en pos del guía, que lo condujo al mayor de los tres edificios, hasta una enorme sala en la que había seis prolongadas mesas cuyos cantos habían sido pulidos para que entre todas formaran un único y descomunal hexágono.

Los paladines estaban sentados por la parte externa, de modo que podían conversar entre ellos. Del techo colgaban brillantes estandartes que simbolizaban la multitud de órdenes y los caballeros solitarios que servían en el Tribunal de Justicia.

La mirada de Algorind buscó a sir Gareth y percibió la expresión de sorpresa del rostro del anciano caballero al verlo. Eso lo hizo sentirse cohibido. La pulcritud y la limpieza eran normas de la orden y para él aparecer de aquel modo era una afrenta, pero Algorind tenía poco tiempo para meditar sobre la respuesta de su héroe porque Camelior transmitió con presteza a la asamblea el mensaje que había dado Algorind al vigilante de la puerta.

—Otro asiento, por favor —pidió Laharin.

Los escuderos, jóvenes muchachos que eran llevados al templo para probar su valía como servidores de Tyr, se apresuraron a cumplir las órdenes del Maestro de Paladines. Algorind vio cómo lo escoltaban y lo hacían sentar con tal ceremonia que lo inhibieron. Los deberes contradictorios hacían que Algorind se sintiera a disgusto como un halcón atado al que se le impidiera volar y cazar.

—Cabalgaba hacia el norte, rumbo a El Bastión del Espino, para transmitir un mensaje de carácter personal a Hronulf —empezó a contar Algorind con cautela; el ligerísimo gesto de asentimiento de sir Gareth corroboró que las palabras que había elegido eran las correctas—. A pocas horas de distancia de la fortaleza, vi una negra columna de humo que se alzaba en el cielo y, por el olor, supe que era un túmulo funerario.

Algorind se quedó un rato en silencio por respeto a los que habían muerto. A su alrededor, todos los caballeros y los sacerdotes inclinaron la cabeza o hicieron

ademanes con las manos para reafirmar su fe y encomendar los espíritus de sus caballeros hermanos a las manos de Tyr.

—Oí una patrulla y les tendí una emboscada. —Algorind enrojeció al tener que confesar aquello, pero estaba obligado a decir la verdad—. Eran cuatro hombres, a caballo y bien armados. Estaban buscando a una mujer que se encontraba en la fortaleza en el momento del ataque pero que había conseguido escapar, aunque ninguno sabía cómo, llevándose consigo un anillo que pertenecía a Hronulf.

Murmullos de consternación resonaron por la sala.

—¿Y buscasteis vos a esa mujer? —inquirió Laharin.

—Señor, me parece que la vi de refilón un momento, en compañía de un enano, de camino a Aguas Profundas. Si ése es vuestro deseo, iré en su busca.

Sir Gareth se puso en pie lentamente con una expresión en el rostro que parecía la de un hombre resuelto a enfrentarse a un destino que había elegido.

—Hermanos, creo que puedo arrojar cierta luz sobre este asunto. Hace unos días, acudió a mí una joven y nerviosa mujer que buscaba noticias de Hronulf de Tyr. Me dijo que respondía al nombre de Bronwyn; era delgada, con grandes ojos marrones, mejillas y barbilla de huesos prominentes y pelo castaño recogido en una larga trenza.

¿Es ésa la mujer que visteis?

—Por vuestra descripción, parece que sí —admitió Algorind—. Estaba demasiado lejos para detenerla, y mucho menos para poder mirar detenidamente su rostro.

Sir Gareth soltó un suspiro y se hundió en su silla.

—Cometí un grave error —admitió—. Le hablé a aquella mujer de Hronulf y quizá mis palabras la indujeron a encaminar sus pasos hacia El Bastión del Espino.

—No os lo reprochéis, hermano —le instó el Maestro Laharin—. No tenéis razón para dudar de los motivos de las preguntas de esa joven.

—No, ninguno, pero no formulé una oración a Tyr para poner a prueba su corazón y el camino que había elegido. Fue un descuido imperdonable. —Sir Gareth frunció el entrecejo de improviso y se quedó mirando a Algorind—. ¿Cómo es que has llegado con tanto retraso para informarnos?

Aquél era el momento que Algorind había estado temiendo.

—El enano que acompañaba a la mujer me robó el caballo. Tuve que regresar a pie hasta la ciudad.

—En ese caso, es notable tu presteza en regresar —comentó Laharin, secamente—. Dime, ¿tuviste más suerte en la recuperación de la chiquilla heredera de la sangre de Samular?

—Oh, sí, señor —se apresuró a responder Algorind mientras miraba de reojo a sir Gareth para obtener un gesto de confirmación.

El viejo caballero barrió la estancia con su sosegada mirada.

—Tras oír hablar de la caída de El Bastión del Espino, temí por la seguridad de la niña y la conduje a un lugar secreto fuera de Aguas Profundas. Me pareció una precaución adecuada.

—Pero...

Sir Gareth lanzó tal mirada a Algorind que éste interrumpió su protesta como si hubiese recibido una flecha directa al corazón. ¿Cómo era posible que el caballero estuviera diciendo aquello? Él mismo había entregado la chiquilla a sir Gareth mucho antes de la caída de la fortaleza y ya entonces había sido informado de que la chiquilla iba a ser conducida a un lugar secreto. Tal vez la habían trasladado a un lugar más seguro, acabó consolándose Algorind.

—Entonces, ¿cómo debemos proceder? —preguntó un caballero cuyo nombre Algorind desconocía, un hombre de mediana edad y un rostro excesivamente rubicundo.

—Este joven paladín tiene una misión que cumplir —sugirió Laharin haciendo un gesto de asentimiento en dirección a Algorind—. Es un joven muy capaz. La pérdida de su caballo es la primera falta que le he visto cometer en casi diez años de entrenamiento y de servicio. Dejemos que sea él quien encuentre a la mujer y el anillo que porta.

—Estoy de acuerdo —accedió sir Gareth con presteza—. Con vuestro permiso, hermanos, me gustaría prestar a Algorind un caballo de mis propios establos. Este asunto es demasiado importante para esperar a que consiga ganarse una nueva montura.

—Quizá no sea necesario —intervino otro caballero—. Ayer mismo fue devuelto a nuestro recinto un caballo blanco de gran tamaño. ¿Es posible que ese ladrón de caballos se arrepintiera de su fechoría?

—Me pasaré por los establos y comprobaré si ése es mi caballo, señor —repuso Algorind, agradecido—, pero no conozco a ese enano.

Con gran alivio por ser relevado de sus obligaciones y ansioso por ver si el caballo blanco era en realidad su perdido *Viento Helado*, Algorind pidió permiso para salir y dedicarse a su nueva misión.

El rostro severo de Laharin se suavizó mientras estudiaba el rostro de su antiguo estudiante.

—No, sin duda estarás cansado y necesitarás comida y descanso. Límpiame el polvo del camino y luego regresa a compartir el pan con tus hermanos. Lord Piergeiron ha consentido en quedarse a cenar con nosotros. Los escuderos te llevarán al albergue, donde podrás lavarte y cambiarte de ropa. Regresa con la máxima presteza.

Algorind no necesitó que se lo repitieran dos veces. Uno de los escuderos lo condujo hasta el albergue, donde se apresuró a quitarse el polvo del camino y ponerse

ropa limpia. Nada podía hacer con los agujeros en las suelas de las botas, pero gracias a que el escudero las untó con grasa de ganso y les pasó un paño, al menos consiguió que se vieran lustrosas.

Se apresuró a regresar a la sala, adonde llegó en el preciso instante en que el sonido de los cuernos anunciaba la entrada de lord Piergeiron. Ocupó su asiento junto al Maestro Laharin y se levantó junto con sus compañeros para saludar al Señor de Aguas Profundas.

Piergeiron era un hombre de lo más impresionante, alto y bien formado. Tenía el pelo castaño muy espeso y apenas salpicado de gris, a pesar de que contaba ya más de sesenta años. Hizo un gracioso gesto de asentimiento ante los paladines reunidos en asamblea para rogarles que volvieran a ocupar sus asientos. Algorind percibió que su aspecto era de suma modestia y que no llevaba ninguno de los adornos que cabía esperar del dirigente de una ciudad tan decadente, pero es que era paladín, hijo de un paladín: el gran Azhar, el Brazo de Tyr, que en su tiempo había gozado de tanta fama como en la actualidad tenían personajes como Hronulf y sir Gareth.

Algorind se sintió humilde en presencia de hombres como aquéllos y agradeció que nadie lo obligase a relatar sus recientes infortunios. Además, durante la cena se debatieron pocos temas. Los hombres se limitaban a intercambiar información que habían recogido en las carreteras y compartían recuerdos con camaradas que no habían visto desde hacía tiempo. Fue un ágape de lo más cordial, atendido en todo momento por los escuderos.

Algorind veía trabajar a los muchachos y aprobaba su habilidad y su diligencia.

La voluntad de servicio era el objetivo y el placer de un paladín y todos aquellos jóvenes que aspiraban a ponerse al servicio de Tyr empezaban el camino que habían elegido de un modo similar. Se les encomendaban tareas menores y se les enseñaba a cumplirlas de modo alegre y con corrección. Había sido así con Algorind y con todos los hombres que conocía. No podía concebir mejor entrenamiento que aquél. Las historias de gloria y heroísmo atraían a muchos hombres jóvenes y a algunas jóvenes para optar por la carrera de paladín, pero era aquella etapa de servicio, prolongada, pesada y poco lustre, la que permitía elegir a aquellos cuya vocación era verdadera.

La comida fue inusualmente abundante para lo que los paladines estaban acostumbrados, con vino a raudales. Cada grupo de seis hombres disponía de unas fuentes con forma de barco y había tanta abundancia de vajillas finas que sólo a los paladines más jóvenes y a los escuderos de los caballeros se les habían repartido tajaderos. Algorind se sintió abrumado por la variedad de comida: había carne asada, pastel de anguilas, pichones rellenos de pinzones que a su vez se habían relleno de hierbas aromáticas, filete de cerdo y también de venado, pescado y bollos diminutos y sabrosos. Incluso había dulces, una tarta rellena de crema y manzana seca. Algorind se dedicó a comer con moderación, para no caer en la glotonería, e intentando con

todas sus fuerzas no juzgar demasiado a la ligera a aquellos que parecían menos dispuestos a atenerse a la norma.

Al final, se retiró la última bandeja y se sirvió vino dulce para concluir el ágape.

—Lord Piergeiron, tenemos un asunto grave que discutir con vos —empezó sir Gareth—. Necesitamos que nos ayudéis a encontrar a cierta joven, que creemos que puede haber robado un objeto sagrado para los Caballeros de Samular. Se llama Bronwyn. Es atractiva y de cabellos castaños, de baja estatura. Desearíamos saber más sobre ella y sobre sus socios.

El paladín se limpió las comisuras de los labios con la punta de una servilleta, como era de rigor en público, y se volvió hacia su caballero hermano.

—No conozco a esa mujer, pero haré averiguaciones. Tenéis mi palabra, como hijo de Azhar, que lo que descubra os lo haré saber.

La soledad era un raro placer y Danilo había procurado aprovecharlo. Había dedicado la tarde a estudiar en la privacidad de sus aposentos y había dado órdenes a Monroe, su competente mayordomo halfling, para que no admitiera ninguna visita. Por consiguiente, se sintió un poco irritado cuando su tenaz concentración se vio interrumpida por el golpeteo de unos nudillos en la puerta de su estudio.

—¿Sí? ¿Qué sucede? —preguntó, sin molestarse en alzar la vista de las runas arcanas que estudiaba.

—Lord Arunsun ha venido a verle, señor. ¿Lo hago pasar?

Entonces sí que levantó la vista del libro de hechizos, sorprendido por aquellas inesperadas palabras. Devolvió al halfling una taimada sonrisa.

—¿Se te ocurre otra posibilidad?

—Ninguna me acude a la mente, señor —repuso Monroe con una admirable falta de entonación. Hizo una reverencia y se apresuró a acompañar al huésped.

Danilo suspiró. Khelben no solía visitarlo en su casa porque se sentía incómodo por lo suntuoso del mobiliario, la multitud de instrumentos musicales que había a mano y los muchos bardos y amantes de la jarana que siempre parecían reunirse alrededor de la mesa o estar de cháchara en el salón. Aquella tarde Danilo estaba solo, excepto por la discreta presencia de su mayordomo y la media docena de sirvientes que tenía a sus órdenes. Había planeado aprenderse un nuevo hechizo. Se apresuró a abrir uno de los cajones y poner el libro fuera de la vista. Aunque todavía seguía los estudios de magia que su tío le había hecho empezar veinte años atrás, no había dejado en segundo plano su interés por el arte. No deseaba acrecentar en demasía las esperanzas del archimago.

—¡Tío! —saludó de buen grado mientras se levantaba para recibir a su visitante.

Dejó que el archimago entrara y fue en busca de la botella de vino élfico que había en su escritorio—. Si me hubieses dicho que venías, habría hecho preparar al

cocinero alguno de esos guisos potentes que tanto te gustan.

—Ya he comido. —Khelben rechazó con un ademán la copa de vino y tomó asiento ante el escritorio de su sobrino. Echó un vistazo a la nueva alfombra calishita que cubría la mayor parte del pulido suelo de madera y cuyo tejido lucía unos vividos tonos rojos y crema, pero por una vez no hizo ningún comentario sobre aquella última extravagancia—. ¿Te has enterado de la reciente afluencia de paladines a la ciudad?

«Así que era eso», pensó Danilo. No cabía duda de que Khelben estaba preocupado por la posible conexión con Bronwyn, y había venido a escuchar el informe y dar su consejo..., consejo que con toda seguridad Danilo no desearía seguir.

—Los rumores corren —admitió Danilo a la ligera. De repente, dejó que desapareciera de su rostro la máscara de fingida alegría y se retrepó en su silla. Había momentos en los que Danilo lamentaba el papel cada vez más importante que desempeñaba en las actividades de los Arpistas. Su existencia era mucho más agradable cuando la única vida que podía poner en peligro o de la que tenía que responder era la suya propia. Tomar decisiones que podían acarrear graves consecuencias para amigos como Bronwyn, y para otros jóvenes agentes Arpistas y mensajeros que tenía bajo su dirección, era una pesada responsabilidad—. La presencia de tantos paladines en la ciudad me preocupa —admitió—, y me ha dado motivos para reconsiderar mi creencia de que no puede augurar nada bueno.

—Por una vez, estamos de acuerdo. —Pareció que Khelben iba a añadir algo más, pero había en sus gestos un cierto aire de vacilación poco habitual que no hizo más que incrementar la sensación de incomodidad de Danilo. El joven apartó de su pensamiento el comentario jocosos que había acudido a su mente. Era un momento para hablar con palabras directas.

—Un paladín puede ser el más puro ejemplo de lo que un hombre puede llegar a ser..., la personificación de todo lo que es noble. Y un paladín dispuesto para la batalla en su corcel de guerra, henchido de sagrado entusiasmo y coraje, puede ser la visión más inspiradora que puedan tener en toda su vida muchos mortales. Pueden hacer mucho bien, y de hecho así lo hacen, pero ¿un centenar de paladines?, ¿un millar?, ¿unidos con un solo propósito y arrastrados por su sentido del deber? Te lo digo sinceramente, no puedo pensar en una mejor definición del terror.

—Estas palabras no deberías repetir las delante de la mayoría de los hombres —le advirtió Khelben—, y sólo a ti te confesaré que, una vez más, estamos en completo acuerdo. Por ese motivo, siempre he sentido cautela ante las órdenes de paladines. Esos hombres buenos tienen una inquietante tendencia a pasar con sus caballos de guerra sobre todo aquello que perciben como obstáculo en su camino.

—O estás a favor de un paladín o estás en contra —corroboró Danilo—. No hay medias tintas y en su moralidad no existen más que el negro y el blanco. Por desgracia, rompí mi amistad con mi viejo amigo Rhys Brossfeather poco después de

que entrara al servicio de Torm. Mis costumbres no se parecían a las de él, y aquello parecía ser un obstáculo insalvable para él. De hecho, a los ojos de muchos paladines, me atrevería a decir que un Arpista es para ellos tan enemigo como un sacerdote de Myrkul.

El archimago asintió con lentitud.

—Cierto, y ahí radica nuestro problema. Es imposible para los Arpistas enfrentarse a una de las Ordenes Sagradas sin desatar no sólo la cólera de los paladines sino las sospechas de muchos de los individuos normales. En este asunto, tengo la mente dividida. ¿Qué sugieres que hagamos?

Aquella pregunta era la primera de aquel tipo que le hacía Khelben, y Danilo se apresuró a disimular su sorpresa.

—Lo que mejor sabemos hacer: vigilar, informar e influir en los acontecimientos a pequeña escala. En los viejos tiempos, los Arpistas más eficaces eran los más invisibles. Ya he hecho gestiones para averiguar el interés de los caballeros en Bronwyn y sus intenciones.

—¡Oh!

—Sin duda, enviar hombres infiltrados al Tribunal de Justicia sería una pérdida de tiempo y de esfuerzos, teniendo en cuenta la habilidad que tienen los paladines para sopesar y medir las intenciones de aquellos que los rodean. Así que he apostado a unos hombres para que vigilen la tienda de Bronwyn, sus contactos habituales e incluso los lugares y tabernas que suele frecuentar. Si los paladines la buscan, nos enteraremos.

El archimago asintió, satisfecho.

—Bien. ¿Has hecho algún progreso en tus estudios?

Danilo parpadeó. Por un instante, pensó que el astuto archimago se refería al hechizo que se había aprendido a medias y que había ocultado en el cajón, pero luego recordó otro tema de controversia que había entre ellos: Bronwyn y los secretos de su pasado.

—Por supuesto que sí. —Se levantó y cruzó la estancia para acercarse a una pared forrada de estantes con libros. Eligió un ejemplar de cuero rojizo y regresó al lado del archimago—. He leído todo lo que he podido encontrar sobre los Caballeros de Samular. Es un grupo impresionante, con una larga historia. No obstante, hay una serie de cosas que parecen no ser ciertas, ni siquiera cuando intenté extraer las exageraciones propias de los bardos y el modo habitual que las leyendas tienen de hincharse a medida que se relatan. La captura de El Bastión del Espino fue uno de esos incidentes.

Khelben se lo quedó mirando fijamente.

—¿No te estarás refiriendo a la batalla reciente, a la captura en manos de los zhents?

—No, por supuesto. La batalla original, en la que los caballeros arrebataron la fortaleza a un señor de la guerra de poca envergadura. El propio Samular estuvo implicado y según parece se quedó con la fortaleza a título personal. Al parecer, en aquellos tiempos se tenían menos miramientos con las posesiones personales, y como Samular procedía de una familia sumamente acomodada, sospecho que estaba tan acostumbrado a tener propiedades que consideró su derecho quedarse con aquélla, y no pensó que fuera una violación de sus votos.

—Deja esos asuntos a los Heraldos —intervino el archimago, impaciente—.

Prosigue.

—Bien, según la mejor información que pude encontrar, los paladines que servían a las órdenes de Samular conquistaron la fortaleza en un solo día, con una fuerza inferior a cincuenta hombres. Brunyundar, el señor de la guerra, tenía el triple de efectivos. Aun teniendo en cuenta el fervor y la destreza que da fama a los paladines, parece una hazaña imposible.

Khelben asintió, siguiendo el razonamiento de Dan.

—Crees que invocaron el poder que otorgan los tres anillos de Samular.

—Sería razonable. Qué pueda ser ese poder, no lo sé, pero creo que sé cómo llegó a perderse el tercer anillo.

Dejó en la mesa, ante el archimago, el libro abierto.

—Ésta es una copia muy reciente, de menos de cinco años de antigüedad, de un viejo libro de tradiciones. El original se copió varias veces con el paso de los años, pero los escribas y los artistas que se encargaron de ello se contaban entre los de mayor categoría de sus respectivas épocas, y creo que la reproducción es fidedigna. Mira atentamente el grabado.

El archimago se inclinó sobre el escritorio y estudió la página. Danilo asomó la cabeza por encima de su hombro y echó un vistazo al grabado que había llegado a aprenderse casi de memoria. Era una reproducción excepcional de la conclusión de una batalla, pintada con tanta precisión que parecía que el artista no sólo había estado presente sino que poseía algún tipo de don o de encantamiento que le permitía captar el momento con una precisión casi mágica. En el fondo se veía una fortaleza de piedra compuesta por dos torres rodeadas de un muro curvo y robusto. Las puertas estaban abiertas, cosa que indicaba que la fortaleza ya había sido tomada. Los muros tenían los extremos acabados en punta y se veían gastados por el tiempo. El terreno era escarpado y montañoso, y pájaros marinos sobrevolaban la zona. Por doquier se veían hombres derribados, con puntas de flecha que les sobresalían del pecho o de la garganta.

Aquellos desafortunados portaban cotas de malla de eslabones anchos que no se habían usado durante siglos, y también cascos rudimentarios de un tipo que no se había visto en muchos años. En primer plano había un hombre joven, con la capa

blanca y la vestimenta teñidas de su propia sangre. Yacía en manos de un fornido caballero arrodillado junto a él que lo contemplaba con profundo pesar. Parecía evidente que los dos hombres eran hermanos o parientes próximos, aunque en verdad eran muy distintos.

El herido era un joven delgado y de baja estatura. Tenía el rostro enjuto, el cabello, prematuramente blanco, se le combaba en la frente a modo de visera, y las manos, que mantenía en movimiento, tenían los dedos flexibles. Llevaba un único anillo en el dedo índice de la mano izquierda.

Danilo percibió el súbito destello de reconocimiento, rápidamente disimulado, que cruzó por los ojos del archimago.

—¿Lo conocías? —preguntó el bardo.

—Sí, o creo que sí. Fue hace muchos años —respondió Khelben con brevedad—.

No es una historia que me apetezca contar, así que no te molestes en preguntar.

Era extraño que el archimago hablase con tanta claridad. Sin duda, aquella vieja herida no había cicatrizado bien.

—Mira esas manos —apuntó mientras señalaba al hechicero moribundo, pues no cabía duda de que era un hechicero. Aquel gesto característico, congelado en el tiempo por un artista que con toda seguridad no comprendía lo que estaba plasmando, formaba parte de un hechizo largo, difícil y espantoso. Un hechizo que había nacido de un orgullo y una ambición incombustibles, y el último recurso de un brujo moribundo que no quería someterse a la muerte.

Los ojos de Khelben se abrieron de par en par cuando las implicaciones de aquel gesto le revelaron la verdad. Lanzó una mirada de inquietud por encima del hombro hacia su sobrino.

—¿Cómo sabes lo que eso significa? Por los nueve infiernos, ¿qué te hizo aprenderte ese hechizo en particular?

—La curiosidad —le aseguró Danilo—. No fue intencionado. Deseaba saber cómo podía hacerse una cosa así, pero no tengo el más mínimo deseo de experimentarlo en carne propia.

—Bueno —Khelben soltó un largo y tembloroso suspiro—. Ya causas bastantes problemas tal como eres ahora.

—Pero has entendido el asunto.

—Por supuesto, y creo que sé dónde puede encontrarse ese tercer anillo.

Desgraciadamente, Bronwyn es la única persona viva que tiene posibilidad de recuperarlo.

En la mañana del tercer día que llevaban a bordo, Bronwyn se despertó al oír unas voces alteradas en cubierta. Soltó un bufido mientras bajaba de la hamaca y se desperezaba. Tal como esperaba, la hamaca de Ebenezer estaba ya vacía.

Bronwyn apenas podía mantenerse erguida sin topar con la cabeza en las vigas del techo. Con cuatro zancadas, podía recorrer de punta a punta la cabina que compartía con su «compañero» enano, pero aun así podían decir que viajaban con relativo lujo si la comparaba con una cabina idéntica que había al otro lado del estrecho pasillo que servía de vestíbulo y en la que dormían seis ocupantes: cuatro hombres y dos ogros.

Uno de los ogros balbució algo en sueños, medio desvelado por los movimientos de la mujer. Bronwyn hizo una mueca y se acercó a la puerta de la cabina con pasos cortos y sigilosos. El ojo de buey del camarote mostraba un cielo con tintes más de color zafiro que de color plata, y sus compañeros de viaje no le iban a agradecer que los despertara tan temprano. Los seis se habían acostado tarde, pues se habían pasado un buen rato sentados en el suelo de la cabina, contándose relatos y jugando a dados, mientras daban sorbos a un licor dulce y espaciado. Aunque eran muy rudos, aquellos tripulantes compartían una curiosa camaradería nacida de los años pasados en común y de las batallas compartidas. Bronwyn casi los envidiaba. Ella, como recién llegada y como la persona que los había contratado, había sido excluida de su camaradería, pero por lo que había visto no se habría atrevido a despertar su ira colectiva.

Bronwyn se detuvo en la puerta para recoger sus botas y las llevó consigo mientras salía. Recorrió el breve pasillo hasta la escala que subía a cubierta y trepó por ella con una sola mano. Allí, encontró lo que esperaba.

Cerca de la proa, de pie uno frente al otro, con los brazos en jarras y los ojos relampagueantes, estaban el capitán Orwig y Ebenezer Lanzadepiedra. La parte superior de los cabellos ensortijados y rojizos del enano apenas llegaba a alcanzar el cinturón del ogro, lo cual lo obligaba a echar la cabeza hacia atrás para contemplar a su adversario, pero la expresión enojada del rostro de Ebenezer no le concedía ninguna desventaja. Los dos estaban de nuevo enzarzados en una discusión, intercambiándose fuertes y coléricos insultos. Bronwyn, que no era tampoco una delicada flor de primavera, contuvo el aliento sorprendida ante el hiriente repaso que el enano estaba dando de la parentela del capitán Orwig.

El fugaz ruido sobresaltó a los combatientes. Ambos se dieron la vuelta y una expresión de idéntica consternación asomó en sus rostros tan dispares. El capitán Orwig fue el primero en recuperar la compostura y, tras saludar a Bronwyn con una ligera reverencia, caminó hacia la popa para hacer sonar la campana que levantaría a la tripulación.

Bronwyn lo siguió con la mirada. Junto a la proa habían instalado una vieja rueda de carro que había sido adaptada como artilugio de navegación en consonancia con la fortaleza y el tamaño del capitán. Dos pasos más hacia estribor había un enorme triángulo de latón colgado de lo que parecía ser una horca en miniatura, sobre la que colgaba de un gancho una larga varilla de latón que se usaba para hacer sonar la alarma.

Pero Orwig no hizo caso de la vara de latón, sino que extrajo su machete, lo introdujo en el triángulo y lo hizo girar con impaciencia trazando un círculo.

Un apremiante repiqueteo resonó en la quietud del alba e hizo que los marineros fueran acudiendo a cubierta, con las armas en la mano, los pies todavía descalzos pero olvidado ya el sueño ante la promesa de un combate inminente. Durante unos instantes, la tripulación escudriñó las aguas en busca de la amenaza y, luego, cuando se hizo evidente que no había nada que ver, lanzaron miradas de incredulidad a su capitán.

—¿Un simulacro de entrenamiento? —aventuró uno de ellos.

—¡Es de día! —gruñó Orwig como respuesta—. ¡Sois unos holgazanes! A vuestras tareas, y rápido.

Dio media vuelta y empezó a moverse de un lado a otro, ágil como una ardilla a pesar de su gran tamaño.

Bronwyn suspiró y se sentó en un barril para ponerse las botas. El capitán Orwig parecía un marino bastante diestro, pero no dejaba de ser un ogro y sentía tan poco aprecio por Ebenezer como asco sentía el enano por él. El intercambio de insultos y desafíos se hacía cada vez más intenso y Bronwyn sospechaba que era cuestión de horas que ambos acabaran enzarzados en una pelea.

La tripulación también se mostraba cada vez más intranquila. Había oído quejas sobre la brevedad de su descanso en tierra y había tomado nota de sus tácitas expectativas de que aquel viaje inesperado fuera remunerado pronto, y bien, para que valiese la pena.

Se levantó y echó una ojeada en busca de Ebenezer. El enano permanecía sentado con las piernas cruzadas recostado contra el mástil principal y su ocupación consistía en contemplar el mar mientras iba dando bocanadas a una diminuta pipa de barro.

—Me ha parecido interesante eso que le decías a Orwig —comentó, indiferente, Bronwyn—. Ese uso en concreto de los huevos de hombres lagarto nunca se me había ocurrido.

El enano dio un brinco y acto seguido enrojeció.

—No pretendía que lo oyeras —musitó.

Bronwyn le cogió la pipa y, tras dar una bocanada del humo fragante, se la devolvió.

—Orwig tiene un buen historial como capitán, y buena reputación como

contrabandista, por extraño que parezca. Todas las personas con las que he hablado dicen que cumple lo que promete, sin trucos ni excusas. Nos llevará a donde tenemos que ir, pero, créeme, Ebenezer, no puedes provocar a un ogro hasta ese extremo.

—Tiene ganas de pelea, ¿verdad? —repuso Ebenezer con inmensa satisfacción.

Inhaló una bocanada de humo y lo exhaló en tres círculos perfectos con gesto experto.

Cuando Bronwyn consiguió digerir lo que las palabras del enano significaban, abrió la boca y sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Estás haciendo esto a propósito? ¿Te lo estás trabajando para la pelea que se avecina?

—Eso es —corroboró Ebenezer—. Y es un deporte estupendo para mantener mi mente apartada de... —Se interrumpió mientras hacía un gesto dirigiéndose al mar.

—Casi hemos llegado —respondió Bronwyn, más para tranquilizarse a sí misma que al enano—. Deberíamos alcanzar el barco de esclavos durante el día de hoy.

Mañana, a lo sumo.

—Sí. Es un lugar grande, este mar. Es fácil perder un barco pequeño.

Ella sacudió la cabeza.

—No olvides que Orwig sobornó a uno de los Vigilantes de las Puertas de Puerto Calavera para que le dijera adónde se dirigía el barco de esclavos. Sabemos de dónde emergió el *Grunion* y tenemos una idea bastante precisa de adónde se dirige.

Ebenezer se estremeció al recordar el viaje a través de las numerosas esclusas mágicas que unían el mundo subterráneo de Puerto Calavera con el mar abierto. Según parecía, los enanos no eran muy amigos de soportar los viajes mágicos. El cuerpo denso y compacto de Ebenezer se había resistido al proceso y, a diferencia de las demás personas de a bordo, había sentido el tránsito mágico como si fuera un ardiente dolor físico. «Era como si te desgarraran a través de un espeso muro, pero a trocitos», recordaba habérselo descrito a Bronwyn después de la travesía.

Le tembló un poco la mano mientras levantaba la pipa para dar otra calada.

—Hay mucha agua ahí fuera —repitió el enano. Echó un vistazo a Bronwyn como si la desafiara a llevarle la contraria.

Bronwyn lo comprendía a la perfección y trató de buscar las palabras adecuadas no sólo para inspirarle confianza a él sino también a sí misma.

—Emergimos en el mismo punto marítimo en el que emergió el *Grunion*. Los traficantes desearán llegar a su punto de destino lo antes posible. En esta época del año, el aire cálido que sopla sobre el continente crea un fuerte viento en la costa, y se aprovecharán de ello. Cuanto más se adentren en el mar, menor será el viento, pero si permanecen muy pegados a la costa, corren el riesgo de toparse con bancos de peces, rocas y patrullas costeras. El pasadizo que queda no es muy ancho. Mientras el capitán Orwig siga el viento, podremos avistarlos.

El enano se quedó mirando las velas. Había tres, sujetas a una pareja de altos mástiles de roble. Todas ellas trazaban una tensa curvatura, tan hinchidas por el viento que ni una sola arruga doblaba las tersas telas blancas, pero él seguía teniendo dudas.

—Nos llevan mucha ventaja.

—Cierto, pero el *Narval* navega con tres velas y el *Grunion* sólo con una. Este barco ha sido construido para emprender persecuciones y entablar batallas. El *Grunion* es una bañera..., una embarcación vieja con una quilla profunda diseñada para albergar un gran compartimento de carga, y, según los documentos del muelle, lleva una carga pesada. Es imposible que nos saque ventaja.

El enano le dirigió una mirada de soslayo.

—Para ser una persona que odia el agua, conoces un montón sobre este tema.

—Soy mercader —repuso Bronwyn con brevedad—. Tengo que saber cómo se mueven las cosas de un lugar a otro.

—Claro —convino él, pero su mirada de sagaz comprensión sugería que comprendía más de lo que Bronwyn deseaba decir. Ella se había pasado muchos años aprendiendo todo cuanto podía sobre el tráfico de esclavos, con la esperanza de seguir el rastro de su propio pasado hasta su hogar olvidado y su familia. Y, sin embargo, aquélla era la primera vez que había tomado partido por una gente que, al igual que ella misma, habían sido arrancados de todo aquello que conocían. Agradeció que el enano no le preguntara el motivo de aquella actitud, ni la presionara para que le explicase ese súbito impulso que la impelía a ayudarlos a él y a su clan. Era algo que no podía explicar, ni siquiera a sí misma.

Se mantuvieron en silencio, contemplando el mar. Su tono se había tornado plateado y en el horizonte apuntaba ya un fulgor rosa profundo que anunciaba la inminente salida del sol.

Por encima de sus cabezas, un aullido chillón y ondulante resonó a través del agua..., un sonido que habría parecido la voz de un lobo si éstos hubiesen tenido capacidad de hablar, pero en una voz más profunda e inquietante de lo que habría sido capaz de emitir ninguna bestia del bosque o de la tundra.

Bronwyn pegó un brinco y entrecerró los ojos para ver el puesto del vigía. El capitán Orwig daba la voz de alarma mientras señalaba hacia el este. Saltó por el costado de la cesta y se deslizó por las cuerdas, gritando órdenes a medida que descendía.

La tripulación entró en acción de inmediato. Varios de ellos enrollaron unos cabos por el costado de estribor, atando un extremo de cada uno de ellos a lazos de acero colocados en la cubierta y sujetando ganchos en el otro extremo. Unos pocos marineros salieron corriendo en busca de sus armas, y varios más se ocuparon de las velas.

—¡Montad el bauprés! —gritó Orwig mientras llegaba a cubierta. Se abrió paso a través del caos y empujó a uno de sus compañeros para apartarlo de la rueda. Ocupó su lugar ante el timón y clavó sus ojillos de cerdo en el barco que tenían delante—.

¡Moved el lastre!

Varios miembros de la tripulación corrieron hacia el enorme poste que cruzaba la mitad de la cubierta, desde proa hasta cerca de la vela mayor. Soltaron con destreza los nudos que impedían que se desenredara y luego se agazaparon, listos para levantarse.

Tras contar hasta tres, lo izaron en volandas y, tras soltar un gruñido por el esfuerzo, lo llevaron hasta proa. Colocaron el arma en la ranura dispuesta para sostenerla, que estaba reforzada por dentro y por fuera con una lámina de acero, y luego apretaron los cerrojos.

Mientras tanto, otros marineros se encargaban de empujar con los hombros pesados barriles de municiones con proyectiles de ballesta, metralla y mortíferas bolas con púas, para llevarlos hacia popa y equilibrar así la embarcación.

Bronwyn silbó por lo bajo al medir la artillería del barco. El bauprés parecía una lanza gigantesca, envuelta y coronada de acero. Colocado en su lugar, otorgaba al navío el aspecto del pez mortífero con cabeza de espada del que había heredado el nombre.

Comprendió por qué el capitán Orwig había diseñado su embarcación de ese modo y por qué la tripulación aceptaba sufrir las inconveniencias de pasar por encima del bauprés cuando descansaba en su lugar habitual en el centro de la cubierta. Cuando la colocaba en su lugar, el *Narval* asemejaba con total nitidez un barco de guerra, y como tal se lo habría contemplado en cualquier puerto legítimo, e incluso en Puerto Calavera.

Bronwyn se protegió los ojos para contemplar a través del resplandeciente mar el barco que huía. Se parecía a la descripción que le habían dado; tenía un aspecto viejo, anodino, con nada que llamara la atención. La vela tenía multitud de parches y la embarcación daba la impresión de ser la última posesión de una familia pesquera venida a menos. Sin embargo, la artillería que portaban las diminutas figuras que se apiñaban en cubierta ponía en tela de juicio aquella ilusión. El *Grunion* era una embarcación bien defendida, y su tripulación de mercenarios parecía más que dispuesta a entablar batalla.

—¡Preparaos para el abordaje! —gritó Orwig. Sus recios brazos se tensaron mientras giraba la rueda. El alarido resonó por todo el barco. Varios marineros jalaron las cuerdas de las velas para poder captar hasta el más mínimo soplo de aire. El barco se tambaleó peligrosamente hacia un lado mientras salía disparado hacia adelante. Bronwyn, que pensaba que el *Narval* había estado viajando con rapidez, se quedó sorprendida de ver cómo cortaba ahora la superficie del mar a una velocidad que

dejaba un rastro profundo a su paso.

El barco de esclavos intentó esquivar el golpe, pero era demasiado lento y torpe.

A los ojos de Bronwyn, parecía un conejo con los miembros petrificados de miedo que esperaba a que su ave de presa le hincara las garras.

—¡Agarraos!

El grito del ogro retronó por encima del ulular del viento y el rumor del agua. En todos los rincones del barco, los marineros se cogieron a los asideros y se prepararon para resistir el inminente impacto. Bronwyn rodeó con los brazos el mástil y se sujetó con firmeza. Ebenezer cogió con una mano la cadena del ancla y con la otra, el cinturón de Bronwyn. Una fugaz sonrisa curvó los labios de la mujer ante aquel gesto instintivo de protección.

El encontronazo entre los dos barcos se asemejó al encuentro entre dos caballeros gigantescos en un combate desigual. La primera estruendosa y escalofriante sacudida fue seguida por un agudo ruido de astillas. La madera se resquebrajó en contacto con la madera cuando el bauprés se incrustó en la quilla del *Grunion*.

En cuanto remitieron los temblores del impacto, la tripulación del *Narval* entró en acción. Ocho marineros consiguieron escudos de gran tamaño y se arrodillaron en cubierta formando una hilera de protección. Detrás de ellos se dispuso una docena de arqueros y media de cargadores para mantener una lluvia constante de flechas sobre la cubierta del barco de esclavos. Bronwyn se apresuró a unirse a ellos y enseguida cogió el ritmo de cargar los diminutos y mortíferos arcos.

Una vez a solas, Ebenezer miró alrededor en busca de algo que hacer. Junto al pasamanos de la borda se apiñaban los miembros de la tripulación de mayor envergadura y fuerza, y se dedicaban a recoger los cabos enrollados y lanzar ganchos de sujeción hacia la borda de la otra embarcación.

El enano se encogió de hombros y se dispuso a intentarlo. Se acercó a la borda y, tras coger uno de los ovillos, lo hizo girar en el aire, como había visto que hacían los demás, y lo soltó.

El gancho siseó por el aire y fue a topar contra el costado del barco, unos cincuenta centímetros por debajo del objetivo que pretendía el enano. Aunque había errado un poco el blanco, Ebenezer se puntuó a sí mismo con un diez por la fuerza con la que había lanzado. La madera se resquebrajó con un crujido y el gancho desapareció en el interior del casco.

Aquella hazaña le hizo ganar una fugaz mirada de incredulidad de los demás marineros. Ebenezer se limitó a encogerse de hombros y coger otro cabo. Esta vez fue más certero. El gancho sobrevoló la cubierta y fue a empotrarse en el pecho de un mercenario de barba negra que estaba ocupado intentando cortar uno de los cabos ya enganchados. Los pinchos de hierro se incrustaron profundamente entre sus costillas y el hombre cayó de bruces, con el pecho destrozado, muerto.

Al ver que aquel humano no iba a necesitar más su cuerpo, Ebenezer creyó que podía intentar sacarle provecho y dio un brusco tirón a la cuerda. La cabeza del mercenario muerto fue a empotrarse en el agujero que había provocado el lanzamiento anterior. El enano dio un ligero tirón a la cuerda para comprobar la solidez del enganche.

—¡Será suficiente! —exclamó con satisfacción, y se volvió a coger otro cabo.

Pero la tarea estaba finalizada; todos los ganchos habían sido lanzados y había tantos cabos que conectaban ambas embarcaciones que el barco de esclavos parecía un pescado atrapado en una red.

Varios de los marineros más ágiles se deslizaron a la carrera por las cuerdas, al amparo de la cubierta de flechas que lanzaban sus compañeros, y saltaron al abordaje.

Ebenezer se quedó maravillado ante la muestra de agilidad felina de aquellos hombres y luego echó un cauteloso vistazo por encima de la borda para inspeccionar la enorme extensión de agua que había abajo.

Bronwyn se situó al lado de Ebenezer y éste se percató de que ella tampoco parecía muy entusiasmada por la perspectiva de saltar.

—Supongo que tampoco tú sabes nadar —aventuró.

Su respuesta fue una fugaz sonrisa.

—Sólo tenemos que asegurarnos de no caer.

Trepó sobre la borda y, tras sujetar uno de los cabos con ambas manos, respiró hondo y se quedó colgando por encima del hambriento mar. Empezó a avanzar una mano tras otra, balanceando las piernas a uno y otro lado para ir dándose impulso.

—¡Piedras! —musitó Ebenezer, en un tono que más que juramento parecía un cumplido—. ¡Esta mujer tiene un barril lleno!

Resuelto a no quedarse atrás, también él se subió a la borda y probó dos cuerdas hasta encontrar una que parecía capaz de resistir su peso. Se soltó y empezó a avanzar centímetro a centímetro.

Bronwyn cruzó el paso en cuestión de segundos. Tras cruzar a horcajadas por el costado del barco de esclavos, echó una rápida mirada atrás para ver al enano, que seguía en la brecha. Tras hacerle una señal de impaciencia, desenfundó un cuchillo largo y se precipitó hacia la batalla que tenía lugar en cubierta.

—Que me dé prisa, dice —murmuró Ebenezer mientras seguía inseguro su camino, sin llegar a soltar nunca la cuerda—. Es fácil para ella decirlo. Tiene brazos largos y no carga más que una escuálida...

Un súbito y brusco tirón lo hizo detenerse a medio insulto. Miró por encima del hombro y los ojos se le abrieron de par en par de puro pánico. Su cuerda se estaba deshilachando en el punto justo en que rozaba contra la borda del *Narval*.

El enano aceleró cuanto pudo el paso, poniendo una mano tras otra, para intentar llegar al otro lado antes de que cediera, pero cuando estaba a apenas tres metros de

distancia del barco, la soga se partió en dos.

Aullando de terror, Ebenezer se precipitó hacia la oscuridad de las aguas. Se agarró por pura supervivencia a la cuerda y, por instinto, pegó las piernas al cuerpo con las botas por delante.

Chocó contra el barco, justo por encima de la línea de flotación, y el impacto le hizo crujir los huesos y le mandó punzadas lacerantes de dolor a través de todas las fibras y tendones de su cuerpo. La vieja madera cedió con gran estrépito y sus pies atravesaron el casco. Desplegó las piernas y con unos cuantos puntapiés más consiguió abrir un agujero lo bastante grande para colarse dentro.

Ebenezer se escurrió hacia dentro, maldiciendo por lo bajo al pensar en la cantidad de astillas que tendría que sacarse de las piernas y la espalda, pero la escena del interior de la bodega lo interrumpió en mitad de un juramento.

Allí estaban los miembros perdidos de su clan, con un aspecto más demacrado y desaliñado del que jamás había visto a un enano. Estaban encadenados a literas de madera, tan sumamente apiñadas que parecían estanterías y tan cerca las unas de las otras que apenas podían sentarse. Por todos lados se veían barriles y cajas desparramadas. En el centro de aquel caos había una chiquilla de cabellos castaños con el rostro completamente blanco y los ojos, enormes y marrones, abiertos de puro terror.

El barco zozobró de repente cuando el vaivén del mar apartó la proa en forma de lanza de la carabela y un chorro de agua se precipitó al interior del barco a través del casco destrozado. Por un instante, Ebenezer tuvo la extraordinaria sensación de estar reviviendo la pesadilla íntima de Bronwyn.

—¡No es momento para darse un baño! —exclamó, quejumbrosa, una voz femenina que tanto amaba—. ¿Nos vas a liberar o a pasarnos una pastilla de jabón?

Una sonrisa iluminó el rostro barbudo del enano. ¡Tarlamera no sólo estaba viva sino que seguía tan gruñona como siempre! Se acercó al lugar del que procedía la voz, no sin antes coger a la chiquilla y colocarla sobre una caja, fuera del alcance del agua gélida que le llegaba hasta los tobillos. Después de depositarla allí, eligió un diminuto cuchillo que llevaba al cinto y se lo tendió.

—Es para las ratas, de dos o de cuatro patas; por si te molestan —explicó, amable.

La chiquilla cerró el puño alrededor de la empuñadura y, con mirada calma, hizo un gesto de asentimiento.

Ebenezer sonrió y le hizo una carantoña. A fe suya que ante sí tenía a otra mujer a la que sólo faltaba una barba. Abundaban por los túneles, últimamente.

Al instante, se acercó con el hacha en la mano a la prisión de Tarlamera como si fuera un leñador perturbado. A su modo de ver, no había forma de cortar todo aquel amasijo de cadenas; lo mejor y lo más rápido para soltar a los enanos era demoler las

literas.

En cuanto se vio libre, Tarlamera bajó al suelo, arrastrando todavía por la muñeca un pedazo de cadena y un trozo de madera astillada. Se movía con dificultad y evidente dolor, pero tenía el rostro sonriente y una expresión de fiereza.

—Nunca en la vida había tenido una visión tan hermosa —juró Ebenezer, con una sinceridad que emanaba de las profundidades de su alma. Tarlamera se veía desaliñada y sucia, llevaba su atuendo de boda hecho un harapo con sangre reseca; los rizos de su pelo se veían deslustrados y sumamente desarreglados, y la barba, pringosa como la de un duergar, pero al menos estaba sana y salva, y de una pieza.

La sonrisa de Tarlamera fue tan radiante como la suya y sus ojos también se iluminaron. Agarró a su hermano por las orejas y lo atrajo hacia sí para plantificarle un sonoro beso en la punta de la nariz, y luego lo palmeó en la cabeza. Acto seguido, desapareció rumbo a la escalera que comunicaba con la cubierta, sosteniendo entre las manos los restos de su litera como si fuera una porra mortífera.

Ebenezer soltó un suspiro, feliz y encantado por aquella inhabitual reunión familiar, pero no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello porque el clan entero estaba provocando un estruendo capaz de levantar de las tumbas a sus antepasados.

Cada enano exigía a gritos ser el siguiente, al tiempo que pronunciaban cáusticos comentarios sobre su técnica con el hacha, y al pobre Ebenezer le llovían insultos por los cuatro costados.

Qué fortuna haberlos recuperado.

Cada enano que liberaba iba directo hacia la escalera para unirse a la refriega.

Ninguno de ellos se quedó para ayudar a liberar a los demás. Aunque Ebenezer no hacía más que gruñir, en el fondo los comprendía. Si él hubiese estado allí empaquetado como un cargamento de carbón por un puñado de malditos humanos, también querría saldar cuentas. Incluso los enanos niños iban hacia arriba, con tanta determinación como sus compañeros adultos, y sin siquiera tener tiempo de darle las gracias.

Todos se marcharon menos Clem, un muchacho enano que era primo lejano de Ebenezer. El muy pícaro se quedó el tiempo suficiente para echar los brazos hacia su rescatador y darle un rápido y fuerte abrazo. Cuando se separó de él, lucía una ancha sonrisa en su imberbe rostro, y en la mano, el martillo de Ebenezer. Levantó el arma robada a modo de saludo, y dio media vuelta de camino a la escalera.

—¡Vuelve aquí, maldito ladrón! —gruñó Ebenezer, pero aunque lo exclamó a voz en grito, no lo decía de corazón. De hecho, la sonrisa que lucía era tan grande que amenazaba con dejarle las orejas colgadas unos centímetros por encima de su lugar habitual. Mejor que Clem acudiera a la batalla armado. Además, ya que Ebenezer no podía participar en la lucha, al menos su martillo podría destrozar uno o dos cráneos.

—¿Qué es tanto retraso? ¿Se te ablanda el hacha? —se burló una ronca voz

enana.

Entre los enanos, aquel insulto era equiparable a hacer referencia a algún antepasado orco. Ebenezer se volvió hacia el origen de la voz y señaló con su dedo índice al enano que había hablado.

—¡Maldita seas, Jeston, podrías afeitarte con el filo de mi hacha!

—Lo haría encantado, si me soltaras.

La nota de súplica en el tono de voz del herrero conmovió a Ebenezer, que apartó de su mente la idea de vengarse por el insulto. Alzó el hacha para soltar la primera descarga.

—Quizá te lo recuerde luego —musitó.

En cubierta, Bronwyn oyó el grito de su amigo resonar en las profundidades de la bodega. Su primera reacción fue de alivio al comprobar que había logrado cruzar el paso entre los dos barcos, pero luego se quedó un poco preocupada. A juzgar por el número de enanos de rostro sonriente que corrían por cubierta, apaleando a sus raptos con toscas porras caseras, imaginó que Ebenezer se había encontrado con poca resistencia allá abajo.

Bronwyn se abrió paso hacia la escotilla. Un mercenario se abalanzó sobre ella, trazando con rapidez un mortífero movimiento horizontal con su daga curva. Esquivó el ataque y descargó su propio cuchillo con fuerza suficiente para hacer que la daga se desviara y apuntara hacia cubierta. Luego, giró en la misma dirección en que estaban entrelazadas las dos armas y soltó un fuerte puntapié con el pie izquierdo. La bota se hundió profundamente, justo por encima del cinturón de su atacante; la daga cayó con estrépito al suelo y el hombre se echó hacia atrás, para caer entre los brazos abiertos de una ogra que lo estaba esperando. La hembra esbozó una sonrisa horrible que dejó al descubierto sus colmillos. Hizo girar al hombre un par de veces sobre sí mismo como si fuera una criatura jugando a la gallinita ciega, y luego volvió a lanzárselo a Bronwyn.

—¡Cógelo!

Bronwyn levantó el cuchillo y, al precipitarse sobre ella, el hombre se lo clavó solo. Durante un momento, se quedaron mirándose a los ojos.

Bronwyn había contemplado la muerte con anterioridad, en más ocasiones de las que le gustaba recordar, pero nunca desde una distancia tan corta. La vida fue desapareciendo del rostro de su oponente como una marea en plena retirada, y sus ojos oscuros se quedaron vacíos e inexpresivos. Luego, cayó hacia atrás de forma tan súbita que Bronwyn estuvo a punto de perder el equilibrio.

La ogra sostuvo al hombre del cuello como levantaría un muchacho a un cachorrillo y, tras soltar un gruñido de aprobación al ver el cuchillo hundido de Bronwyn, soltó el cadáver a un lado.

Bronwyn se giró para bajar a la bodega y a punto estuvo de ser arrollada por un

muchacho enano que salía despedido por la escotilla como si hubiese sido propulsado por un cañón. Al ver el martillo que sostenía en la mano, comprendió el origen de la cólera de Ebenezer, y una vez convencida de que su amigo no estaba asediado por enemigos, seleccionó a su siguiente contrincante.

La oficial de cubierta del *Narval*, una musculosa hembra bárbara, estaba siendo acosada por dos contrincantes, con la espalda apoyada contra el mástil, e intentaba mantenerlos a raya con una espada. Bronwyn percibió los movimientos espasmódicos del arma y las gruesas gotas de sudor que perlaban la frente de la mujer. En ese momento, uno de los atacantes esquivó un ataque y Bronwyn se percató de la herida que la marinera lucía en la clavícula. No parecía mortal, pero la túnica de la mujer estaba empapada de sangre y se estaba apoderando de ella aquella náusea fría que provocaban las heridas de arma blanca.

Bronwyn se precipitó hacia adelante, no sin antes esquivar a dos enanos que portaban un varón humano entre los dos, uno arrastrándole de las manos y el otro sujetándole los pies. El prisionero se retorció, forcejeaba y soltaba imprecaciones, pero los enanos se dirigían inexorables hacia la borda con la intención de echarlo al agua.

Agarró al primero de los contrincantes de la oficial de cubierta por el pelo, le tiró de la cabeza hacia atrás y, sin vacilar, levantó el cuchillo y le cortó de cuajo el cuello.

La exclamación de sorpresa del hombre, aunque breve y cortada literalmente de raíz, atrajo la atención de su compañero, quien, al volverse en dirección al ruido, vio cómo salpicaba su rostro el chorretón de sangre de su compañero.

El hombre soltó un alarido y arremetió a ciegas con el filo de su espada. Bronwyn, que todavía sostenía el cadáver por la cabeza, se volvió para protegerse tras él. El cuerpo se estremeció por el impacto. Bronwyn lo soltó y dio un paso atrás, procurando no perder el equilibrio, pues el suelo de cubierta estaba resbaladizo por la sangre.

El traficante de esclavos volvió a arremeter contra ella. Bronwyn se agazapó y consiguió esquivar el golpe, pero le pasó el filo tan cerca que percibió el soplo del aire que levantaba. Antes de que el hombre pudiese prepararse para una nueva acometida, la mujer tensó todo su cuerpo para dar el salto y salió disparada con la hoja por delante.

El filo de su arma se clavó en el pecho del hombre. En la expresión de sus ojos vio que había notado el golpe, pero él no cejó en su empeño y a juzgar por la mueca torva de su rostro supuso que pretendía llevarla consigo a las profundidades de la muerte.

Bronwyn tiró de su cuchillo y saltó hacia arriba con la rodilla doblada hacia adelante para conectar un golpe que acabara de derrumbarlo. La espada de su contrincante cayó sobre cubierta con un tintineo.

La mujer dio un paso atrás mientras respiraba corta y agitadamente.

—¡Detrás de ti, chica!

El grito de la mujer devolvió a Bronwyn al escenario del combate. Al volverse se topó con el rostro adusto de un enano que se preparaba para clavar un clavo que sobresalía de su improvisada porra en la base de la columna vertebral de Bronwyn.

El instinto y la memoria la hicieron reaccionar.

—¡Por Lanzadepiedra! —chilló en lengua enana, recordando lo que un antiguo amigo enano le había contado sobre los gritos de guerra de los enanos.

Su respuesta sobresaltó a todas luces al enano, quien bajó el garrote y borró de su rostro el enrojecimiento que su ansia de batalla le había grabado en la piel. Durante un instante, se quedó mirando intensamente a Bronwyn y pareció comprender que no formaba parte de sus secuestradores, porque tras hacer un ligero gesto de asentimiento, se marchó en busca de otra batalla.

Sin embargo, la lucha prácticamente había terminado. El fragor de la batalla había ido menguando hasta convertirse en algún aislado entrechocar de acero contra acero y unos cuantos gritos de dolor, que en ocasiones acababan con escalofriante brusquedad.

Por encima del menguante frenesí de la batalla podía oírse con facilidad la voz rimbombante del capitán Orwig, que ordenaba a su tripulación que recogiera a los muertos de ambos bandos y todos los traficantes y los lanzara al mar como tributo a Umberlee. Aquello entusiasmó a los enanos, aunque no les importaba un ápice la diosa

del mar, y se pusieron a trabajar con tanta pasión que ni siquiera parecieron darse cuenta de que estaban recibiendo órdenes de un ogro.

Bronwyn enfundó su cuchillo en el preciso instante en que los ojos de la mujer bárbara se quedaban en blanco. Consiguió pillarla antes de que cayera desmayada y la tumbó con cuidado, tarea harto difícil a juzgar por la diferencia de tamaño, pero al menos consiguió que aterrizara en el suelo con más suavidad que la que habría conseguido sin su ayuda.

Desgarró un pedazo de tela del dobladillo de su túnica y presionó con fuerza sobre la herida, sujetando con firmeza hasta detener la hemorragia; luego, se quitó la capa y cubrió con ella los hombros de la mujer para mantenerla abrigada mientras volvía en sí.

Era todo cuanto podía hacer por ella, pero confiaba en que fuese suficiente.

La tripulación del *Narval* no había salido ilesa. Varios de los cadáveres que fueron lanzados por la borda tenían rostros familiares. Uno de ellos era la ogra que acababa de lanzarle un oponente a Bronwyn y que la había aceptado, ni que fuera por un instante, como una compañera. Bronwyn respiró hondo y se dirigió hacia popa, donde habían construido un pequeño cobertizo de madera sobre el timón.

Tal como esperaba, en él encontró los documentos del barco. Con el pulgar fue pasando las páginas mientras intentaba encontrar algo que pudiese proporcionarle una pista sobre la identidad de la gente que había destruido el hogar de los enanos y les había robado la libertad; y, a ella, su padre.

Pero las transacciones estaban en clave. Con un poco de tiempo, probablemente podría averiguar lo que decían. No obstante, sí había una larga lista del cargamento que llevaban escrito en Común, el lenguaje habitual en el comercio. Bronwyn le echó una ojeada y silbó por lo bajo. Aquello bastaría para satisfacer el ansia de botín del capitán del *Narval* y de su tripulación. También le serviría como ayuda para negociar con Orwig un asunto delicado. Era un ogro y, hasta en una ciudad tolerante como Aguas Profundas, llamaría mucho la atención. Además, era contrabandista, lo cual significaba que sus asuntos no resistirían un examen demasiado pormenorizado. Y, sin embargo, se veía incapaz de hacer pasar a Ebenezer y a sus congéneres por un doloroso camino de regreso por las esclusas mágicas que llevaban a Puerto Calavera.

Se colocó el diario de a bordo bajo el brazo y regresó a cubierta. Cuando vio pasar al capitán Orwig, lo cogió del brazo.

—La batalla ha sido una gran victoria. Me gustaría agradeceros vuestra ayuda — empezó.

Los colmillos revestidos de oro centellearon cuando el ogro esbozó una mueca que Bronwyn confiaba que fuese una sonrisa.

—No tenéis que agradecerme nada. Tenéis que pagarme.

—Recibiréis vuestros honorarios —le aseguró—, y un premio, puesto que por derecho me corresponde la propiedad de todo lo que hay a bordo. —Le contó lo que había en la bodega: gemas en bruto, rollos de lana, pieles valiosas, armas, monedas, y barriles de aguamiel.

La perspectiva de quedarse con aquel tesoro conmovió el alma del ogro.

—¿Todo?

—Salvo los enanos. Por supuesto, vos no los queréis.

Él soltó un bufido para indicar que aquello se daba por sentado.

—Os cederé mi derecho al cargamento a cambio de dos cosas —prosiguió Bronwyn—: Este libro, que contiene el diario de a bordo y el registro de entradas, y vuestra promesa de que atracaremos en Aguas Profundas en vez de regresar a Puerto Calavera.

El ogro titubeó, pero la tentación bailaba en sus diminutos ojos rojizos. Se rascó el hocico mientras meditaba.

—Habrà que pagar un impuesto por atracar en el muelle y una tasa por el botín.

—Y después de pagar la tasa, todavía os quedará más de lo que esperabais. Yo pagaré el impuesto. ¿De acuerdo?

Todavía parecía dubitativo.

—Un enano es un problema. Come más que dos humanos juntos. ¿Cuántos hemos liberado? ¿Cincuenta?

—Más o menos —respondió ella—. Pero las reservas del *Grunion* nos servirán para alimentarlos hasta que llegemos a Aguas Profundas.

El ogro arrugó la frente, pero cedió con un desgarbado encogimiento de hombros.

—Muy bien, pero mantened a ese barbudo montón de estiércol lejos de mí o no seré responsable de que llegue sano y salvo a tierra firme.

—Hecho —convino ella, aunque dudaba que tuviese suficiente influencia en Ebenezer para persuadirlo de que dejara en paz su juguete favorito.

Caminó hasta la escotilla y escuchó. Aunque no salía sonido alguno que indicase pelea, sí oyó un golpeteo rítmico que indicaba que Ebenezer todavía estaba ocupado con el hacha.

Bronwyn se coló por la abertura y parpadeó, sorprendida por toda aquella destrucción. Por todos lados se veían pedazos de madera astillada, que asemejaban los troncos destrozados de los árboles tras una erupción volcánica. Ebenezer seguía golpeando con tenacidad en un rincón.

—¿Los has liberado a todos? —preguntó Bronwyn.

—Éste es el último —respondió el enano—. Los demás se han metido en la pelea; todos menos yo, los muy bribones —gruñó mientras hacía un gesto en dirección a un pequeño montón de cajas—. Todos menos ésa.

Bronwyn siguió la dirección de su mirada y depositó la vista en la niña diminuta que había agazapada sobre la caja, con el cuchillo que le había dado el enano bien sujeto entre las manos.

Recuerdos terribles se agolparon en la mente de Bronwyn y se hundieron como una espada en su corazón. Por un instante, volvieron a resonar en sus oídos los gritos de los pobres esclavos que habían muerto ahogados y los agudos rechinos de las ratas. Sin darse cuenta, se llevó una mano a la cabeza para frotarse las cicatrices que le habían dejado dos de ellas con sus garras.

Pero de eso hacía mucho tiempo, se recordó Bronwyn con firmeza. El presente estaba allí, y otra chiquilla necesitaba consuelo. Quizá no podía ahuyentar sus propios demonios, pero tal vez sí que podía impedir que clavasen sus garras en otra víctima de corta edad.

Tragó saliva y consiguió estampar en su rostro algo parecido a una sonrisa reconfortante. Con gran lentitud, como si se estuviera acercando a un caballo desbocado, empezó a avanzar hacia la chiquilla.

—Soy Bronwyn —se presentó con voz suave—. Ya conoces a mi amigo Ebenezer. Hemos venido a liberar a los enanos. Estás a salvo con nosotros. Te llevaremos a casa.

Alargó una mano como promesa de ayuda. La niña la observó con sus ojos

castaños, grandes y tristes, y luego depositó su diminuta mano en la de Bronwyn. El contacto pareció reconfortarla y, tras deslizar los dedos hasta la muñeca de Bronwyn, se aferró a ella con gesto de desesperación.

—Pero yo no sé dónde está mi casa —respondió con voz alta y clara que conservaba todavía un ligero ceceo infantil.

—Te ayudaremos a encontrarla. No te preocupes —le aseguró Bronwyn en el mismo tono apaciguado—. ¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes?

—Cara Doon. Cumplí nueve años el pasado invierno.

La chiquilla parecía menor de nueve años, quizá porque era baja y estaba en exceso delgada, pero al levantar una de sus diminutas manos para apartarse un mechón de cabello detrás de la oreja, Bronwyn descubrió otra razón para su pequeña talla y en apariencia corto desarrollo. Era semielfa. Tenía las orejas ligeramente puntiagudas y los dedos que sujetaban la muñeca de Bronwyn eran largos y delicados.

Y en uno de ellos lucía un anillo que le resultaba de lo más familiar.

Bronwyn abrió, conmocionada, los ojos. El corazón empezó a latirle desbocado, pero enseguida recuperó el pulso, aunque acelerado. El anillo de la niña era de oro y profusamente adornado con diseños místicos. Bronwyn tenía guardado uno igual en un lugar seguro en El Pasado Curioso.

—Es muy bonito. ¿Puedo verlo?

Cara retiró la mano y la ocultó a la espalda.

—Mi padre me dijo que ningún extraño tenía que mirarlo, y que no podía entregarlo a nadie que no fuese de la familia. Además, no puedes quitármelo. Los hombres malos lo intentaron —aseguró, señalando hacia cubierta—. No sale si yo no deseo quitármelo.

Aquello era una novedad para Bronwyn. Se preguntó si el anillo que su padre le había dado gozaría también de una lealtad mágica similar. Sin embargo, ese pensamiento cruzó como un destello por su mente, abrumado por otro de mucha mayor importancia. El anillo de Cara era idéntico al suyo. Hronulf había dicho que la joya era una reliquia de familia, y que sólo podían lucirla los descendientes de sangre directos del gran paladín Samular Caradoon. Una vez más, los ojos de Bronwyn se abrieron de par en par.

—¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Cara —repuso la niña con un deje de impaciencia—. Cara Doon.

11

Dag Zoreth sólo había estado una vez con anterioridad en Aguas Profundas y la proximidad de tantos enemigos de los zhentarim le ponía los nervios a flor de piel.

Esperó a que la sirvienta cerrara la puerta al salir, y luego se aseguró de echar el cerrojo.

Como toda precaución era poca, recorrió la suntuosa estancia en busca de artilugios de espionaje mágicos mientras canturreaba un hechizo que le permitía detectar también magia invisible.

No había nada de nada. La Sirena Amable, sala de fiestas y taberna situada en el corazón del aburrido distrito Norte, tenía fama de discreta. Las habitaciones privadas eran precisamente eso, y en aquella ciudad donde se usaba con profusión la magia, eran escasas. Las demás cosas raras que abundaban en la estancia eran meros placeres adicionales.

Había una escribanía de calidad y una silla de pulida madera de teca de Chult, un lecho amplio cubierto de almohadones de seda de vivos colores azul y amarillo, cortinajes de terciopelo y gruesos tapices para mantener cálido el interior, una palangana y una jarra de delicada porcelana, una mesa diminuta en la que habían dejado copas de plata y una botella de vino, así como una bandeja de canapés dulces y salados.

Dag no echó en falta ningún detalle, a pesar de que sabía apreciar los lujos. Mientras saboreaba un pedazo de queso con esencia de hierbas, se prometió llevar todos aquellos servicios a El Bastión del Espino para suavizar y amenizar los austeros aposentos de los paladines.

Pero en aquel momento, Dag Zoreth tenía una tarea más inmediata que atender.

Extrajo una diminuta bola oscura del interior de su capa y, tras aposentarse en la butaca acolchada, sostuvo la esfera en la palma de su mano para escudriñar sus profundidades.

Siguiendo sus órdenes, una llamarada de fuego púrpura centelleó en el interior de la esfera. Dag sabía lo que aquello significaría para el hombre al que iba destinado el mensaje. La invocación mágica provocaría un dolor lacerante y frío en su destinatario, un dolor que no cesaría hasta que el hombre pudiese encontrar un lugar privado donde coger la esfera similar que portaba.

Dag no se sorprendió de que la respuesta no tardara en llegar. A pesar de sus aires cortesanos y sus declaraciones moralistas, sir Gareth Cormaeril tenía un desarrollado instinto de supervivencia. Al cabo de unos instantes, el rostro enjuto y digno del paladín apareció en la esfera; su aspecto parecía incongruente contra el siniestro fondo de fuego púrpura.

—¿Deseabais hablar conmigo, lord Zoreth? ¿Hay algún problema que requiera mi

atención?

—No, ardía en deseos de gozar de vuestra compañía —repuso Dag fríamente—. ¿Qué ocurre en el templo de Tyr? ¿El lugar está infestado de paladines!

—Preparan una marcha sobre El Bastión del Espino —respondió sir Gareth sin contemplaciones—. Seguramente no creeréis que vuestra victoria no será contestada.

—Dejemos que lo intenten. No podrán colarse en la fortaleza con tanta facilidad como nosotros. A menos que vos les hayáis dado la misma información que me disteis a mí.

En los ojos azules del caballero centelleó un súbito y fugaz destello de temor.

—Yo no lo he hecho, pero quizá haya otros en la orden a quienes Hronulf confiara ese secreto.

A Dag le importaba poco aquel asunto, sólo había sacado el tema para hacer hablar al anciano. Si el ejército de paladines que se estaba formando disponía de esa información, no les haría provecho. Los túneles horadados por debajo de la fortaleza habían quedado tan alterados que los hombres podrían merodear por ellos días enteros sin encontrar los antiguos pasadizos.

—Hay otro asunto del que debemos hablar —prosiguió Dag—. Tengo una hija.

Aunque su existencia se ha mantenido en secreto durante más de nueve años, estoy tratando de encontrarla. ¿Qué sabéis de ella?

—¿Señor? —inquirió el caballero, estampado en su rostro un gesto de confusión—. ¿Por qué debería saber algo?

No era una mentira —Dag todavía no había conseguido pillar al fracasado paladín en una mentira directa—, pero era evidente que evitaba una respuesta, cosa que irritó al sacerdote.

—Tengo poco tiempo y poca paciencia —musitó Dag entre dientes—.

Escuchadme bien. La niña fue secuestrada de su hogar adoptivo por un solo hombre, a pesar de que su padre adoptivo era un elfo de considerable destreza con las armas. Los zhentarim no tienen fama de cometer actos de semejante bravura, cosa que nos induce a pensar en..., ¿quién?

Sir Gareth inclinó la cabeza.

—Sé que me merezco vuestras sospechas, lord Zoreth. Mi colaboración en el asalto a la aldea de vuestra infancia...

—Eso forma parte de la historia —lo interrumpió Dag con frialdad—. No tengo intención de haceros sufrir por pasadas fechorías, pero os aseguro que vuestra existencia depende de vuestra habilidad para servirme rápido y bien. ¿Queda claro?

—Traslúcido, milord —corroboró el caballero.

—Pues quiero respuestas directas. ¿Tuvisteis o no algo que ver en el secuestro de mi hija?

—Me temo que la respuesta no es tan simple como la pregunta sugiere —repuso

el caballero, con el rostro alterado—. Mi orden fue responsable de ello, así que en cierto modo yo también.

Dag sorbió ante aquella «confesión» interesada, aunque en el fondo eran buenas noticias.

—Mis hombres siguieron los pasos del secuestrador de Cara. Se dirigía a Aguas Profundas. Quiero su nombre y, antes o después, su corazón ensartado en un pincho.

—Hay muchos paladines en Aguas Profundas —contestó sir Gareth con evasivas—. Contadme más cosas sobre vuestra hija para que pueda hacer unas cuantas preguntas discretas. Yo mismo no llegué a ver a la niña.

Parecía una petición razonable.

—Tiene nueve años, pero es pequeña y ligera, así que no aparenta más de seis o siete. Tiene el cabello castaño, así como los ojos. Como corre parte de sangre elfa en sus venas, tiene las orejas ligeramente puntiagudas, los ojos almendrados y un poco alargados en los extremos, y sus dedos son finos y delicados. —Antes de acabar de pronunciar la última frase, se arrepintió de haberla dicho. No deseaba atraer la atención de nadie sobre las manos de la niña, y sobre el anillo de extraordinario valor que llevaba—. Y mi hermana —añadió Dag con rapidez—, ¿qué habéis sabido de ella?

—La envié a El Bastión del Espino, como ordenasteis. ¿Llegó allí?

Dag decidió que aquella pregunta valía más dejarla sin respuesta.

—Quiero que se encuentre a esa mujer y a la niña, y que me sean entregadas.

Encontrad el modo de burlar a los demás caballeros. ¿Queda claro?

El caballero levantó dos dedos para llevárselos a la frente en un gesto de saludo arcaico.

—He prometido honrar a los descendientes de Samular. Haré como vos decís.

Dag sacudió la cabeza, disgustado, y liberó el hechizo. El rostro de sir Gareth se desvaneció de repente de la esfera, pero no antes de que Dag captara de reojo y con gran satisfacción la angustia que afligía al destinatario la liberación del hechizo.

Despreciaba al viejo caballero. Odiaba a todos los paladines, y en particular a aquellos que, como su propio padre, habían hecho votos como Caballeros de Samular, pero aquel hombre simplemente le producía náuseas. Sir Gareth Cormaeril había sido en su día un poderoso caballero, amigo y camarada de su padre. En una ocasión había salvado la vida de Hronulf y por esa causa había recibido la herida que le había dejado impedido el brazo y que había acabado con su carrera en activo. Pero había en aquel hombre cierta debilidad, una debilidad de carácter y de corazón que Dag despreciaba. Él mismo había triunfado sobre la debilidad física..., ¿cómo era posible que otro hombre viera en ella una excusa para abandonar todo lo que en su día había sido?

Eso era precisamente lo que sir Gareth había hecho. Había sido presa fácil en las

astutas trampas de Malchior, abusando de su nuevo papel como tesorero de la orden cuando su hermano menor, rufián y jugador empedernido, se había aficionado a las casas de placer regentadas por los zhentarim. Malchior se había hecho cargo de las deudas del joven lord y Gareth había accedido a coger sin hacer ruido dinero «prestado» para pagar al sacerdote zhéntico antes que arriesgarse a sufrir un escándalo personal o familiar. Aquello fue el principio. A partir de ahí, se había hecho cada vez más fácil comprar el alma de aquel hombre, cada vez un poco más. A Dag le sorprendía que sir Gareth no pareciese darse cuenta de ello.

Dag había elegido ser lo que era. Disfrutaba de un gran poder, otorgado por un dios malévolo y ejercido de un modo que un hombre como sir Gareth jamás habría podido concebir. Y pretendía conseguir más de lo mismo, utilizando los mismos métodos, o peores, si se daba el caso. Lo que era, lo había elegido. Y sabía cómo era. Su vida se regía por una honestidad básica que sir Gareth ni siquiera podía empezar a comprender ni imitar.

Mientras Dag apartaba la esfera, una sonrisa irónica le curvó los labios al darse cuenta de que, al menos en aquel asunto, él poseía más virtud que un hombre elogiado como uno de los grandes caballeros de Tyr.

Para Bronwyn, los tres días de viaje de regreso transcurrieron con demasiada rapidez. Pasaba muchas horas con la pequeña Cara, respondiendo a su, en apariencia, interminable serie de preguntas. La chiquilla tenía una profunda curiosidad por el mundo y cuando escuchaba los relatos de Bronwyn se pintaba en su rostro su anhelo por descubrir lugares lejanos.

La verdad era que Cara tenía más cosas con las que ocupar su tiempo. Jugaba con los cinco niños enanos, y se defendía sorprendentemente bien en peleas y discusiones con los pequeños, mucho más fuertes que ella. Ebenezer también parecía mostrar un interés especial por la niña, y se pasaba horas contándole historias de sus aventuras y respondiendo a sus preguntas. Llegó incluso a tallarle una muñeca de un pedazo de madera; una muñeca con las orejas ligeramente puntiagudas cuyas articulaciones estaban unidas y conectadas con cuerdas, de modo que pudiese moverlas. Bronwyn, que lo pilló cosiendo un pedazo de vela para hacerle ropa, hizo un comentario sobre lo bien que quedaba la muñeca y de inmediato deseó haberse quedado callada. El enano le recordó la conveniencia de meterse en sus propios asuntos con una sarta de imprecaciones que en parte sirvieron para cubrir el embarazo que le había causado que lo pillaran con las manos en la labor y el corazón enternecido.

Para su sorpresa, Bronwyn descubrió que disfrutaba estando con Cara. Nunca había tratado con niños, ni siquiera cuando ella misma era niña, pero le complacía la curiosidad de la chica, aprobaba su tozudez y admiraba su entereza. Cuando las islas exteriores que protegían la bahía de Aguas Profundas aparecieron en el horizonte,

Bronwyn había decidido ya que, si algún día tenía una hija, le haría feliz que se pareciese a Cara.

Pero Cara tenía una familia propia, un padre que casi con toda probabilidad era pariente de Bronwyn. La necesidad que ambas tenían de encontrarlo se intensificaba en Bronwyn como si fuera una fiebre.

Por desgracia, Cara era de poca ayuda. Sólo conocía a su padre por el nombre de «Doon» y la descripción que dio de él era la que cabía esperar de cualquier semielfa de nueve años: era un adulto. Tenía el pelo negro. Era grande.

No era mucho, para empezar.

Sí que tenía muchas cosas más que contar del hombre que la había secuestrado de la única casa que nunca había conocido. Tenía una espada, que había usado para matar a sus padres adoptivos. Era un hombre alto, con el pelo rubio muy corto. Montaba un caballo blanco y lucía una túnica con una marca azul en el pecho. Siguiendo las indicaciones de Bronwyn, Cara intentó hacer un dibujo del símbolo, pero el garabato apenas les aclaró nada. Habían cabalgado durante mucho tiempo y se habían detenido en una casa hermosa. Después de eso, Cara no recordaba nada. Se había quedado dormida y se había despertado en la bodega del barco con un fuerte dolor de cabeza y el estómago dolorosamente vacío. Bronwyn, que escuchaba las explicaciones con tácita rabia, supuso que la chiquilla había sido drogada. Prometió en silencio encontrar a quien había hecho eso y asegurarse de que no pudiese condenar a más chiquillos a aquellos momentos que a ella le había tocado sufrir.

Al final, el *Narval* entró en la bahía por el paso situado más hacia el sur, más allá del faro conocido como la Torre de la Antorcha Este: un cono de granito blanco, alto y estilizado, que centelleaba como indicaba su nombre. Bronwyn habría preferido entrar por el acceso norte porque los impuestos de la bahía eran un poco más económicos y, además, habrían estado mucho más cerca de su tienda, pero el capitán Orwig se negó en redondo a acercarse a un lugar conocido como la Torre de la Perdición de los Contrabandistas.

Un par de pequeños botes salieron a recibirlos a la entrada, cruzada por una cadena, y una mujer ataviada con el uniforme negro y dorado de la Vigilancia pidió subir a bordo. Al oír eso, el capitán ogro dejó los colmillos al descubierto en una mueca de desprecio e hizo un gesto para desenvainar su daga, pero antes de que pudiese hablar, Bronwyn lo cogió del brazo e hizo un gesto para que mirara el agua por detrás de los botes. Orwig siguió el rumbo de su mirada y una expresión de derrota se adueñó de sus diminutos ojos rojos. Varias cabezas rompían la superficie del agua aquí y allí y se deslizaban sombras de formas vagamente humanas alrededor del barco: eran tritones, dispuestos a ayudar a las autoridades si era preciso. Orwig valoraba demasiado su barco para arriesgarse a que se lo hundieran.

—Permiso concedido —accedió de mala gana y, tras lanzar una mirada a

Bronwyn para dejar todo el asunto en sus manos, se alejó.

Bronwyn se encargó de detallar su cargamento y, en nombre de Orwig, pagó la tasa con parte de las monedas que habían encontrado en el barco de esclavos. Escribió una nota para pagar el impuesto del muelle, comprometiéndose a liquidar la deuda con el capitán del puerto en el plazo de tres días. Bajaron la cadena y permitieron que el *Narval* se introdujese en la bahía. Para complacer al capitán Orwig, que se encontraba a todas luces incómodo en aquel puerto, Bronwyn solicitó que dejaran atracar al barco en el muelle más cercano.

En menos de una hora, los pasajeros habían desembarcado en un muelle pequeño, con la superficie recubierta de percebes, justo al lado de la calle del Cedro. El *Narval* volvió a zarpar con tanta prisa que el último enano en desembarcar estaba todavía en la pasarela cuando se puso en marcha. El enano se precipitó en el agua de la bahía con un estruendoso chapoteo y se hundió como un hacha. Cuatro tritones consiguieron arrastrarlo hasta la superficie, aunque sudaron de lo lindo para cumplir su cometido. Un bracero sonriente lanzó una cuerda al agua. Contentos de encontrar algo para hacer, una docena de miembros del clan Lanzadepiedra agarraron la cuerda y fueron tirando de ella con tanto entusiasmo que el infortunado enano salió despedido del agua y aterrizó de panza sobre el malecón.

En cuanto se calmaron los ánimos tras aquel pequeño incidente, los enanos se apiñaron en el muelle y se quedaron contemplando con ojos embobados la ajetreada escena que los rodeaba, así como las atestadas y estrechas callejuelas que había más allá. Por una vez, los cincuenta enanos se quedaron callados y sus voces, en perpetua discusión, se acallaron ante la admiración que les causaba la ciudad.

—Tienes que perdonarlos —murmuró Ebenezer a Bronwyn—. Yo soy la única persona que ha salido a menudo de los dominios del clan. El resto, bueno, podría decirse que son como peces fuera del agua.

—Cuanto antes los instalemos, mejor —corroboró Bronwyn. Detuvo a un hombre alto y calvo que llevaba la insignia de la Cofradía de Transportistas bordada en la casaca. Tras un breve regateo, alquiló tres carromatos para llevar a los enanos a través de la ciudad hasta su tienda.

—Podríamos haber ido andando —se quejó Ebenezer en cuanto estuvieron instalados en un carromato de madera cerrado que despedía un fuerte olor a pescado y queso rancio.

—¿Cincuenta enanos en marcha por el distrito de los Muelles? —se burló—.

Parecería casi una invasión. No necesitamos atraer tanto la atención.

El enano meditó la respuesta, y luego accedió a regañadientes.

—¿Cuál es tu plan, entonces?

—Por ahora, iremos a mi tienda. Luego, enviaré a unos cuantos mensajeros para pedir algunos favores. Conseguiremos un alojamiento tranquilo para todos.

Ebenezer miró a sus espaldas y vio que dos de los chiquillos enanos se habían enzarzado en una pelea a puñetazos.

—No será fácil.

Tal como les habían indicado, los conductores dejaron a los enanos en el callejón de atrás de El Pasado Curioso. A pesar de las súplicas de Bronwyn para que actuaran con discreción, los enanos recorrieron la estrecha callejuela con gran estrépito, sintiéndose más a gusto en aquel pasillo que parecía un túnel de lo que se habían sentido durante muchos días.

Se precipitaron en El Pasado Curioso como si fueran una plaga de cuervos. La respuesta de Alice dejó atónita a Bronwyn. La gnoma sacó una espada de debajo del mostrador y una pistola y se plantó ante la primera pareja de enanos que había en la puerta.

—No pasaréis —aseguró con tanta convicción que Bronwyn creyó lo que decía—.

Id a saquear otro sitio.

—¡Alice, soy yo! —gritó Bronwyn por encima de las cabezas de los enanos—. No pasa nada. Vienen conmigo.

Los ojos de la gnoma estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¿Todos?

Bronwyn alzó las manos en un gesto de impotencia, consciente de que le estaba pidiendo demasiado a la gnoma. Los delicados hombros de Alice se alzaron y descendieron al compás de un suspiro, pero se apartó de la puerta.

Los enanos se precipitaron al interior, con los ojos abiertos como platos ante las maravillas que veían alrededor.

—Vaya botín —musitó Tarlamera con envidiosa admiración mientras cogía un brazalete con incrustaciones de piedras preciosas. En vez de deslizárselo por la muñeca, pasó los dedos a través de la abertura y cerró el puño de modo que las piedras aumentaban el tamaño de sus nudillos. Alzó el puño para admirar el efecto—. Muy bonito. ¿Es tuyo, gnoma?

—¡Yo diría que no! Esta pieza fue encargada por lady Galinda Raventree.

Los ojos de Tarlamera centellearon.

—¿Crees que es posible que quiera hacer uno o dos asaltos? Tanto tiempo sentada en ese barco me ha dejado un poco inquieta y con ganas de divertirme.

La imagen de la reina de hierro de la sociedad enzarzada en una batalla contra la enana hizo que Bronwyn esbozara una maliciosa sonrisa. Pagaría gustosa por ver un combate semejante.

—Alice, ¿por qué no vas al mercado a comprar algo para nuestros invitados? Un poco de pan y carne, y un barril de cerveza. Di que te lo traigan.

—Desde luego, no pienso volver cargada —gruñó la gnoma. Luego, cogió el chal

que tenía colgado en un gancho y se marchó, supuso Bronwyn que aliviada.

Uno de los chiquillos empezó a subirse por un estante en busca de un hacha que había llamado su atención, pero una lustrosa y negra forma emergió de las sombras y aterrizó en su hombro.

—¡Piénsatelo! —advirtió *Gatuno*.

El joven enano soltó un chillido y se precipitó al suelo. El cuervo aleteó en el aire y fue a posarse en una urna alta.

—¡Habla! —exclamó, encantada, una hembra enana mientras señalaba con uno de sus rollizos dedos al cuervo. En sus ojos centelleó un deseo de combate y se acercó a *Gatuno*—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me zampé un ave asada —aseguró en tono desafiante.

El cuervo se quedó mirándola.

—¡Piénsatelo!

Los enanos prorrumpieron en carcajadas.

—Quizá podamos seguirle el juego un rato, Morgalla, si haces la preguntas oportunas —intervino Ebenezer.

Ella se encogió de hombros y sonrió, antes de mirar a su alrededor y toquetear una larga cadena de perlas rosáceas que había expuesta en un busto de madera.

Se pasaron una hora la mar de entretenidos contemplando los objetos de la tienda e intercambiando insultos con el cuervo. En el preciso instante en que unos cuantos empezaban a inquietarse, Alice regresó con media docena de porteadores y el refrigerio que le habían encargado.

En cuanto el primer barril tocó el suelo, aparecieron enanos de todos los rincones de la tienda y fueron pillando todo cuanto les venía a mano: jarras de plata o copas con incrustaciones de piedras. La gnoma creyó morir al ver la indiferencia con que cogían los tesoros que con tanto celo guardaba.

—Podemos contratar a alguien que nos ayude a limpiarlo todo —le dijo Bronwyn.

—Si te queda dinero —le espetó Alice mientras hacía un gesto en dirección a sus visitantes, que estaban dando buena cuenta del montón de comida. Dos de los enanos estaban abriendo ya el tercer barril.

Ebenezer debía de estar pensando en lo mismo porque intervino.

—No dudes que pagaré hasta la última moneda de cobre —prometió en voz baja—. Dime qué puedo hacer para ayudarlos a que se ganen el sustento.

Bronwyn echó una ojeada a Cara, que estaba jugueteando con *Gatuno* y canturreando por lo bajo. Se le conmovió el corazón ante la imagen de la chiquilla con el cuervo, que estaba encantado con las caricias.

—Hay enanos en la ciudad, pero para el tipo de trabajo que vuestro clan puede hacer siempre hay demanda. Conozco gente que puede proporcionarnos todo lo que

necesitamos.

—Tendrás un montón de amigos, si crees que puedes colocar a toda esta pandilla —comentó Ebenezer.

—Es una forma de hablar. —Aquello le hizo pensar en un asunto en el que Bronwyn había estado pensando los últimos días. A bordo del barco se había dado cuenta de que tendría que recurrir a los recursos de los Arpistas para instalar a todos aquellos enanos. Confiar a alguien que pertenecías a esa organización secreta estaba prohibido, salvo en casos de extrema gravedad o a amigos de mucha confianza. Aunque hacía relativamente poco que conocía a Ebenezer, lo contaba entre sus mejores amigos, así que decidió confiar en el enano.

Lo cogió del brazo y lo condujo a un rincón donde reinaba una calma relativa.

—¿Qué sabes de los Arpistas?

Ebenezer frunció el entrecejo y soltó un escupitajo, que fue a parar a la escupidera de bronce de la entrada con precisión y estrepitosa fuerza.

—Nada bueno. Por lo que he oído, no suelen ocuparse de sus asuntos.

—Eso es bastante cierto —repuso ella, dubitativa—. Pero son muy buenos recopilando información y transmitiéndola. Si me pongo en contacto con los Arpistas adecuados aquí en la ciudad, mañana a mediodía tendré a todos los miembros de tu clan trabajando como herreros de espadas, joyeros o panaderos. Sean cuales sean sus especialidades, les encontraremos trabajo.

—¿Cómo sabremos a quién acudir...? —El enano se interrumpió, con expresión recelosa—. Tú eres uno de ellos.

Bronwyn suspiró.

—Culpable. ¿Tan malo es?

—Quizá —gruñó él, antes de mirarla atentamente—. Lo que hiciste por mi clan, ¿fue un asunto de los Arpistas?

—No —respondió ella, categórica, aunque sospechaba que si lo corroboraba haría que el enano cambiase de opinión sobre el asunto—. Eso fue personal.

—Bien. —Hizo un gesto de satisfacción—. Bueno, dime entonces dónde hay que ir e iniciaré el proceso.

Bronwyn corrió escalera arriba hacia sus aposentos, desalojó a la pareja de chiquillos enanos que estaban saltando sobre su cama, y se sentó a escribir en su escritorio. Bajo un doble fondo del cajón había hojas de pergamino con el sello de Khelben Arunsun. Aquella runa, que era su símbolo personal, daba fuerza a todo lo que se escribiera en el pergamino. Los Arpistas que tenía a su cargo debían utilizarlos sólo en circunstancias extremas. Bronwyn disponía de dos hojas. Sumergió una pluma en el tintero y empezó a escribir una carta para Brian el Maestro de Esgrima.

A medida que iba escribiendo, la mente de Bronwyn intentaba averiguar las consecuencias de aquella medida. Khelben sabría de inmediato que se había utilizado

uno de sus edictos especiales y quién lo había hecho. Aunque era un vulgar comerciante y un hombre tranquilo y modesto, Brian el Maestro de Esgrima era gran amigo del archimago. La historia llegaría a oídos del maestro de Arpistas demasiado pronto.

No sabía, entonces, qué le pedirían que hiciera.

Aquel pensamiento la llenó de desasosiego. Durante toda su vida, le habían dicho lo que tenía que hacer. Cuando era esclava, tenía pocas opciones para elegir. Como comerciante de antigüedades, se había limitado a recibir encargos y cumplirlos. Sus métodos le eran propios, y se enorgullecía de tener recursos, pero la tarea en sí misma era una imposición. Lo mismo podía decirse de su colaboración con los Arpistas. La primera acción que podía considerar decisión propia había sido rescatar al clan Lanzadepiedra de la esclavitud. Se sentía orgullosa de ello y no estaba dispuesta a aceptar dócilmente que todas sus decisiones a partir de ahora las tomaran los demás.

Y, aun así, ¿habían ocurrido las cosas de verdad de ese modo? Incluso siendo esclava, ella había sido dueña de su camino. Había trabajado duro en el comercio de joyas y, antes de ser una mujer adulta, tenía más destreza para falsificar objetos que ningún otro de los sirvientes de su dueño, y también más que el propio dueño, quien se había interesado por ella y le había enseñado las piezas extrañas que copiaban en la tienda y que eran vendidas como originales. Bronwyn había desarrollado un gusto verdadero por las cosas antiguas y hermosas que pasaban por sus manos. A diferencia de ella misma, tenían una historia, un pasado. Aquellas historias tenían para ella más importancia que los objetos en sí, así que suplicaba a su maestro para que le contara el pasado de cada una de las piezas con la excusa de que así podía hacer mejores reproducciones y más difíciles de detectar. La idea le había complacido y de esa forma Bronwyn había iniciado el camino que ahora recorría. Tras la muerte de su dueño, el hijo había vendido el taller, incluyendo a los esclavos. Había comprado su libertad colocándose de aprendiz con un buscador de tesoros que había hecho negocios con su dueño. Pronto consiguió seguir su propio rumbo y ahora descubría, no sin cierta sorpresa, que desde entonces lo había hecho así.

Bronwyn permaneció sentada largo rato mientras asimilaba todo aquello. Luego, hizo un lento gesto de asentimiento y enrolló el pergamino. Bajó por la escalera y salió al callejón. Siempre había uno o dos mensajeros dispuestos para ser contratados en casa del zapatero, situado un par de puertas más abajo.

El mensajero era un joven que conocía bien. Le dio el pergamino con las debidas instrucciones de entrega y una moneda de plata adicional, antes de regresar a su tienda con paso rápido.

Sucediera lo que sucediese en el futuro, se apañaría como siempre había hecho: a su manera.

A Ebenezer le costó casi dos horas agrupar a sus congéneres y hacerlos salir de la tienda.

—Es peor que un rebaño —se quejó mientras empujaba al último, pero la mirada de desesperada gratitud que le dirigió Alice consiguió arrancarle una sonrisa del rostro.

Los Lanzadepiedra eran pocos, pero inconfundibles. Sólo confiaba en que los misteriosos amigos de Bronwyn tuviesen contactos suficientes para solucionar el problema.

Una vez fuera, en la calle, la situación empeoró. La tienda de Bronwyn estaba ubicada en la calle de las Sedas, un rincón de la ciudad en el que la gente pensaba que las suelas de sus zapatos no estaban hechas para ensuciarlas al caminar, así que de un lado a otro pasaban hermosos carruajes arrastrados por grupos de caballos.

—Parecen mulas —se maravilló Benton, un primo suyo que no había salido jamás de los túneles antes de ser capturado.

—¿Cómo consiguen que vayan los cuatro en la misma dirección? —preguntó Tarlamera, cuya única experiencia con mulas le recordaba a animales de carga, pequeños y polvorientos, casi tan tozudos como ella misma. El clan mantenía a algunas para extraer las gemas y los minerales de las minas más recónditas.

La pregunta sugirió una idea a Ebenezer.

—¡Mineros, en marcha! —aulló—. Amplitud del túnel, siete. En orden de clan.

El clan se situó en su lugar con una celeridad que sólo podía dar largos años de práctica. Un túnel de amplitud siete significaba que se tenían que hacer hileras de tres enanos, y el orden de clan era muy fácil: los mayores delante. Cualquier enano sabía el lugar que ocupaba en relación con los demás, así que con gran prontitud encontraron el lugar que les correspondía. Sólo permitieron que Ebenezer rompiera la tradición al situarse en cabeza. Ningún enano le disputó ese honor, puesto que él era el único que había estado con anterioridad en la ciudad.

Iniciaron la marcha hacia abajo, por la calle de las Sedas, pasando por delante de tiendas repletas de aquellas bagatelas que parecían agradar tanto a los humanos. No perdieron el paso ni un solo instante, pero a medida que se acercaban a la plaza del Bufón, los aromas que emergían de La Poderosa Mantícora hicieron soltar más de un suspiro a sus congéneres. Ebenezer conocía al propietario de la taberna, un semienano de muy buena pasta. Recibía el mote de Tonelero porque tenía la espalda más ancha que una barrica, pero, cuando había inaugurado la taberna, había mantenido su estilo enano.

Hasta la calle llegaba el aroma de un inconfundible asado de carne, relleno de setas y de un sabroso arroz negro que crecía silvestre en las hondonadas pantanosas ocultas entre las montañas de enanos. Tonelero parecía tener siempre un asado a

medio hacer, y había pocas fragancias que despertaran más el apetito de un enano.

—¡Eh, hermano! —gritó una brusca voz femenina—. Ya subo.

Ebenezer se llevó una mano a los labios para disimular una sonrisa. Había estado tanto tiempo entre humanos que le daba risa el método usual de los enanos para «pedir permiso».

Tarlamera se situó a su lado y durante un rato caminaron en silencio mientras él esperaba a que su hermana le contara lo que tenía en mente.

—Deberíamos regresar a nuestra tierra —decretó.

Era lo que se temía; tarde o temprano tenía que salir el tema, pero aún así intentó esquivarlo.

—¿Y cómo crees que podríamos hacerlo? No hemos quedado bastantes para recuperar los túneles, y mucho menos para mantenerlos seguros. Los hombres que os raptaron regresarían, y esta vez sería incluso más fácil para ellos.

La mujer enana frunció el entrecejo y se cruzó de brazos.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Hay enanos en la ciudad —le dijo—. Bronwyn tiene amigos que pueden encontrarnos trabajo. Nos adaptaremos a ellos, conseguiremos ganarnos la vida.

Tarlamera parecía enojada.

—Me da la impresión de que confías demasiado en esa humana. ¿Enanos de montaña en la ciudad? ¿Qué clase de vida nos espera?

—Una mejor que la que «esa humana» impidió que os dieran, te lo aseguro.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es, pero todo lo que tengo que decir es... ¡Repámpanos!

Ebenezer se detuvo en seco, sorprendido por la exclamación de su hermana y por la fuerza con que la había pronunciado.

—¿Qué sucede ahora?

Le cogió del brazo y señaló. La calle desembocaba en una plaza amplia y adoquinada. En el extremo más alejado se alzaba el palacio enorme y sumamente adornado que había hecho construir el primer señor de la ciudad, y detrás de él se alcanzaba a ver la majestuosa cima del monte de Aguas Profundas. Pero mucho más cerca había algo capaz de interrumpir en seco las quejas de Tarlamera: una torre alta y esbelta ante la cual se veía un esqueleto con los brazos levantados y los pies apenas apoyados en el suelo.

—No os acerquéis demasiado a esa torre —comentó Ebenezer en tono indiferente—. Se la conoce con el nombre de Torre de Alghairon. Ha estado vacía durante mucho tiempo y parece que en el pasado perteneció a algún hechicero loco que murió. Ahora es un monumento. Por estos lares la gente no suele acercarse, salvo ese tipo que veis ahí.

—Es un buen sistema para evitar curiosos —comentó uno de los enanos por

detrás de ellos, y el comentario hizo que el grupo entero soltara una carcajada.

La compañía recibió miradas de extrañeza mientras cruzaba en formación la plaza. Ebenezer suponía que no debían de parecer un grupo amenazador, escuálidos como estaban y con apenas tres armas entre todos, pero aun así alzó la mano a modo de saludo cuando un miembro curioso de la patrulla de vigilancia miró en su dirección.

Giraron hacia el este rumbo a la avenida de Aguas Profundas y al enorme castillo que era el corazón y la fortaleza de la ciudad. Ebenezer siempre había sentido admiración por aquel castillo.

—¡Mirad eso! —exclamó, mientras señalaba las lejanas torres—. Miden más de ciento veinte metros de altura.

Tarlamera resopló. Por lo general, los enanos no se sentían impresionados por la altura de las cosas, sino por su grosor.

—Sus muros tienen casi dos metros de espesor —añadió él.

—Eso es un muro —admitió su hermana, impresionada por fin.

Ebenezer señaló más adelante.

—¿Ves esa señal que hay colgada en la farola? Marca el inicio del camino del Dragón, una calle muy ancha, que conduce al distrito de los Mercaderes, donde reside el hombre que vamos a ver.

—He visto ya un hombre —gruñó la joven enana—. Hoy he visto un montón de hombres.

—Éste es un herrero. Dicen que las piezas que fabrica son las mejores que pueden hacer los humanos. Mejores incluso que las de algunos enanos.

La mujer resopló de nuevo.

—No me creo que aquí puedan hacer buenas piezas. ¿Cómo puedes hacer funcionar bien una forja sin un túnel que haga de ventilador?

Ebenezer señaló hacia la cúpula celeste del cielo.

—Tienen gran cantidad de aire.

—Ya. —Frunció el entrecejo y contempló su arruinada vestimenta—. Siento cómo circula a través de los harapos que llevo. Cuando regrese a los túneles, me haré un vestido nuevo de lino y un delantal de cuero.

Una débil nota de añoranza resonó en sus palabras. Aunque seguía mirando hacia adelante con la vista fija, Ebenezer leyó en sus ojos el dolor que sentía. Un vestido y un delantal formaban parte de la vestimenta usual de cualquiera enana. Si todo hubiese salido bien, en esos momentos estaría peleándose feliz con su joven marido. Pero Frodwinner estaba muerto, al igual que sus hermanos y sus padres. No habían hablado del exterminio de los suyos ni una sola vez desde que Ebenezer la había liberado a hachazos del barco de esclavos.

—Frodwinner luchó bien —comentó Tarlamera mientras se esforzaba por esbozar

una sonrisa, como si intentara aceptar que aquello era suficiente—. Lo vi antes de que me atraparan. ¿Cuántos consiguió derribar?

—Quince —repuso Ebenezer con presteza, engrosando la cantidad sin el menor titubeo.

—Bien, eso está bien.

Caminaron en silencio durante un rato.

—Les hice un túmulo —comentó él—. Uno solo, para todos.

—Así es como se hacen las cosas en tiempo de guerra —convino ella—. ¿Los encontraste a todos?

—A todos no —repuso él con voz triste—. No vi al viejo Hoshal, pero estoy casi convencido de que lo mataron antes porque encontré uno de sus cinceles en una guarida de osquip.

—Seguro que sí. Hoshal era muy peculiar con sus instrumentos. Papá siempre decía que Hoshal era capaz de coger cualquiera de sus artilugios con más rapidez de lo que se agarraba su propia... —Se interrumpió y abrió la boca, incrédula. Ebenezer siguió la dirección de su mirada hacia un callejón lateral, y también abrió los ojos de par en par.

—No puedes decir que eso lo veas cada día —admitió.

Una mano enorme e incorpórea flotaba sin rumbo fijo por el callejón, con unos dedos cuya longitud sobrepasaba la altura de los enanos. En el centro de la palma había una boca enorme que tarareaba una tonadilla de taberna. Ebenezer sacudió la cabeza, completamente perplejo.

—¿Qué quiere eso? —siseó uno de los enanos tras ellos.

—¿Una canción más bonita? —le espetó Ebenezer—. ¿Acaso tengo que saberlo todo de esta ciudad? ¡En marcha, vamos!

Salieron disparados a un ritmo que hizo resoplar a más de uno como si fueran teteras.

—Tendríamos que regresar a los túneles —se quejó Tarlamera.

Ebenezer negó con la cabeza y señaló el camino que tenían por delante. Las calles se volvían cada vez más estrechas y los edificios altos de madera estaban tan apiñados que los habitantes de los pisos altos podían sacar la cabeza por la ventana y besar a sus vecinos, en el supuesto de que se llevaran bien. Estaban llegando a la calle de los Herreros y un humo negro que emergía de una docena de forjas se elevaba en volutas hacia el cielo.

Muchos de los cimientos de las casas, y algunas hasta las plantas de más arriba, estaban contruidos en piedra para evitar los incendios. Si uno se arrimaba a las paredes, podía llegar a pensar que eran los muros de una caverna.

—Es acogedor, ¿verdad? —comentó, esperanzado.

Tarlamera volvió a soltar un bufido.

Cuando doblaron la esquina para enfilear la calle de Brian, un hombre enorme, completamente calvo, se acercó a recibirlos. Se detuvo ante Ebenezer y le estrechó la mano.

—Vosotros debéis de ser el clan Lanzadepiedra. Yo soy Brian, os estaba esperando.

Ebenezer apretó con fuerza la mano del hombre, que era grande como un jamón, y cuando le devolvió el saludo, bizqueó.

—Se nota que es herrero —comentó con Tarlamera.

Su hermana estaba haciendo también sus evaluaciones. Escudriñó al hombre desde la calva cabeza hasta la barba salpicada de vetas blancas, midió la amplitud de sus hombros y sus brazos, de sus músculos tensos y manchados de hollín.

—Es un muchacho apuesto —admitió, y luego suspiró—. De acuerdo, chico, vamos a ver esa forja.

Durante el viaje de regreso a Aguas Profundas, Bronwyn había conseguido descifrar parte de los códigos del diario naval del barco de esclavos; lo suficiente para poder afirmar que el *Grunion* era propiedad de los zhentarim. Aquello no la sorprendió lo más mínimo, teniendo en cuenta la destrucción de El Bastión del Espino y la captura de los enanos en manos de soldados zhénticos.

Pero ¿y Cara? ¿Por qué el anillo que portaba había atraído la ira de los zhentarim lo suficiente para secuestrar a niños y apartarlos de sus hogares? Fuera quien fuese, y estuviera donde estuviese, el padre de Cara podía correr también un gran peligro.

Aquel pensamiento aceleró el ritmo de Bronwyn mientras se abría paso por el distrito de los Muelles. Aquel desconocido era familiar suyo. Tal vez tuviera respuestas a las preguntas que Hronulf no había tenido tiempo de responder. Aquella posibilidad hacía que valiese la pena lo que estaba a punto de hacer.

Se apresuró a llegar hasta La Serpiente Durmiente, una taberna repleta de rufianes y de ruidos en la que ladrones de todas las razas se reunían para intercambiar historias, puñetazos y objetos robados. El contacto zhentarim que había utilizado en alguna ocasión frecuentaba aquella taberna.

Un escándalo de risas inundó la calle cuando Bronwyn se apoyó de espaldas en la puerta para abrirla y colarse en la atestada estancia. El aroma a cerveza rancia y cuerpos todavía más sucios le golpeó las fosas nasales. La mayoría de los estibadores que acudían a beber allí no se molestaban en darse un baño después de un día entero de trabajo. Localizó a su informador, bracero y en ocasiones asesino, desplomado sobre una mesa cerca de la chimenea.

El hombre alzó la vista cuando ella dio un puntapié a una pata de su silla.

—¿Y bien? —preguntó, borracho—. ¿Qué estás buscando esta vez?

Se inclinó para poder hablar en un tono normal y no a gritos.

—Un hombre que ha perdido una hija recientemente.

El hombre se inclinó hacia atrás y la contempló con mirada especulativa.

—No soy muy aficionado a los niños.

—Nadie te pide que tengas nada que ver con ésta. ¿Has oído algo?

—No sabría decirte. ¿Quién es ese hombre que ha perdido a su chiquilla?

—Se llama Doon. Es un hombre moreno, probablemente no muy alto.

Un destello de luz asomó a los ojos del hombre, pero sacudió la cabeza.

—Lo siento, no puedo ayudarte —repuso, mientras alargaba una mano para coger su cerveza.

Bronwyn lo agarró por la muñeca.

—¿No puedes o no quieres?

Él se zafó de su presa y se volvió en claro gesto de rechazo.

—Tanto lo uno como lo otro, es lo mismo para ti.

Un ramalazo de temor recorrió la columna vertebral de Bronwyn. Siempre hasta ahora, aquel hombre había intentado venderle cualquier cosa, y había hurgado en cualquier ápice de información para convertirlo en algo que ella deseara comprar. Un rechazo tan manifiesto y descarado, y el destello de avaricia que veía en sus ojos la advirtieron del peligro.

Hizo un gesto de asentimiento y se abrió paso hacia la barra. Había estallado una trifulca en el centro de la sala y pasaría un rato antes de que pudiese abrirse paso de nuevo hasta la puerta. Pidió una cerveza y se subió a un taburete para esperar a que amainara la tormenta.

Una mano la sujetó por el brazo. Bronwyn dio un brinco y echó mano de su cuchillo. Midió al hombre de un simple vistazo y decidió que iba a ser un combate sencillo porque, a pesar de que no era aun un hombre maduro, era la persona más delgada y frágil que había visto nunca. La chispa de la vida parecía haberse esfumado de su cuerpo y concentrado una última llama en sus diminutos ojos negros.

—Aparta la mano o te la parto en dos —amenazó ella con voz calma.

El hombre la detuvo con un gesto de impaciencia y mostró la palma de la mano.

Los ojos de Bronwyn se abrieron de par en par. Tatuado, o quizá estampado a fuego sobre su mano, se veía el emblema del malévolo dios Bane: una mano pequeña y negra.

Se apartó instintivamente y alzó ambas manos con gesto conciliador. Aunque aquel dios se consideraba muerto y desaparecido, y no constituía ya un poder a quien tuviese que temerse, Bronwyn no sentía deseos de mezclarse con nadie que pretendiese ser un acólito de un ser tan diabólico.

—Te he oído. Buscas a un hombre que ha perdido a una niña. ¿Dónde está ese hombre? —insistió, con voz viperina.

Bronwyn se mojó los labios, nerviosa.

—Eso es lo que intento averiguar. Si sabes algo de él, estoy dispuesta a pagar por la información.

Una risotada terrible emergió de los labios de aquel antiguo sacerdote.

—Si el material que tienes para canjear es su amarillento pellejo, trato hecho, zorra. Lo quiero a él. Lo quiero muerto —especificó, como si cupiese alguna duda respecto a sus intenciones.

Bronwyn sopesó con rapidez el riesgo frente a las posibles ganancias. Si aquel sacerdote conocía al padre de Cara, no le quedaría más alternativa que entablar conversación con un seguidor de Bane y aceptar el peligro inherente a estar en semejante compañía. Alargó una mano para coger su cerveza y le hizo una seña al camarero para que le sirviese otra bebida a su «amigo».

—No sé donde está, pero estaré encantada de entregártelo en cuanto lo localice.

Por la niña... —añadió con rapidez al ver que él le dirigía una mirada recelosa.

—¡Ah! —Sonrió desdeñoso y luego se tragó el contenido de la jarra que el camarero le había puesto delante—. Parece que dices la verdad. Es del tipo de gente que siempre deja sin acabar lo que empieza.

Una horrible sospecha se materializó en la mente de Bronwyn.

—¿Fue alguna vez seguidor de Bane? —preguntó, intentando con todas sus fuerzas que su voz sonara neutra.

—Se pasó al bando contrario, el maldito traidor —se mofó mientras levantaba los puños cerrados.

Bronwyn exhaló el aire en un prolongado suspiro. La posibilidad de que el padre de Cara pudiese ser seguidor de un dios malévolos era aterradora, pero, tal vez, al ver el error que había cometido se había ganado enemigos. Era mejor así que la posibilidad de que hubiese compartido el destino del hombre que tenía junto a ella, con aquel rostro esquelético y los ojos enloquecidos. Privado de todo hechizo, cortados ya los lazos con la fuente del poder diabólico, el antiguo sacerdote de Bane era poco más que una carcasa demente.

—Cuando encuentre a Doon, enviaré un mensaje aquí —aseguró, mientras su mente discurría con rapidez un plan que le permitiese mantener su promesa sin poner en peligro al padre de Cara—. Escribiré el nombre del lugar donde puedes encontrarlo en un bosquejo y lo dejaré en el guardarropía.

—¿Doon? ¿De qué estás hablando, zorra? El nombre de ese hombre es Dag Zoreth.

La mujer disimuló con rapidez su sorpresa.

—Por supuesto —repuso con fingida amargura—. No querrá que se le conozca por el nombre que dio a la mujer que traicionó y abandonó. Siempre fue un hombre cauteloso. Y también justo y modesto: Justo en Luskan y Modesto en Neverwinter.

Para su sorpresa, con aquel viejo chiste consiguió arrancar una risotada del

seguidor de Bane. Supuso que en la compañía en que solía estar, no debía de ser habitual el sentido del humor.

Bronwyn se levantó y, tras tirar varias monedas de plata al mostrador, hizo un gesto de asentimiento al camarero.

—Bebe cuanto quieras hasta que se acabe el dinero.

Se marchó rápidamente, mientras el antiguo sacerdote se quedaba todavía contemplando su inesperada generosidad, y durante todo el trayecto hasta la puerta sintió los ojos del informador zhentilar clavados en su espalda.

Algorind trotaba ligero por las atestadas calles en su alto caballo blanco. Todavía ahora no lograba comprender cómo había regresado *Viento Helado* al Tribunal de Justicia. El caballo había sido tratado bien y no parecía magullado.

Escudriñó los carteles de madera que colgaban del exterior de muchos comercios en busca de El Pasado Curioso. Lo que encontró le causó sorpresa porque, a diferencia de otros carteles, no había en él pintado ningún zapato ni capa ni jarra de cerveza que orientase sobre la mercancía que podía encontrarse en el interior. El nombre estaba esculpido en lenguaje Común, así como en otras lenguas. Una mujer instruida. No era ésa la imagen que tenía él de Bronwyn, un ser capaz de robarle a Hronulf y asociarse con un enano ladrón de caballos.

Empujó para abrir la puerta. Tintineó en lo alto un timbre y una mujer gnoma de cabellos blancos apareció detrás de un mostrador.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó, amable.

Algorind oyó un portazo en la trastienda.

—Estoy buscando a Bronwyn.

—Entonces me temo que no puedo ayudarlos —respondió la gnoma con patente pesar—. Está fuera de la ciudad por un asunto de negocios.

El joven paladín hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cuándo esperáis que regrese?

—No lo sé. De aquí a dos o tres días. ¿Deseáis volver a pasar por aquí o le dejo un recado?

—Regresaré. Gracias, buena mujer, por vuestro tiempo y ayuda.

Salió del comercio y caminó con rapidez hacia el estrecho callejón que había visto junto a la tienda del zapatero unas cuantas puertas más allá. Sentía curiosidad por el portazo que había oído antes.

Una figura diminuta corría en su dirección en persecución de un gato callejero, con los brazos extendidos para pillarlo. Se detuvo en seco en cuanto lo vio, y sus ojos grandes y castaños se abrieron presa del terror. Soltó un chillido y, tras dar media vuelta, echó a correr por el callejón.

¡Era la niña! La misma chiquilla que había raptado en la granja y había entregado

a sir Gareth. Era incapaz de comprender qué podía estar haciendo en la ciudad, y sola.

Echó a correr tras ella, agachándose para no tropezar con la ropa tendida que había en el callejón.

La chiquilla corría como las liebres. Llegó al final del callejón, que desembocaba en una zona abierta y pequeña. Un diminuto rótulo de madera indicaba que se trataba de la plaza del Gato Aullador, en la que había desperdigadas unas cuantas mujeres de rostros pintarrajeados y corpiños atados por debajo de donde permitía la decencia. Se mofaron de Algorind al verlo ir en persecución de una chiquilla, y le dijeron a gritos que tenía que dejar aquellos juegos infantiles y aprender algunos juegos de adultos. El paladín se sintió enrojecer al comprender lo que aquello significaba.

Su presa giraba y se escabullía, esquivando ágilmente sus manos. La chiquilla dio media vuelta y se precipitó en otro callejón. Algorind se dispuso a seguirla, pero de repente un pesado golpetazo resonó en su cráneo y lo detuvo en seco. Al darse la vuelta, confuso, contempló con ojos incrédulos cómo una de aquellas mujeres maduras lo miraba con una diminuta porra de roble en la mano. Tras esbozar una severa sonrisa, la mujer se besó la punta de los dedos e hizo un gesto como si soplara hacia él a modo de saludo burlón, antes de perderse entre las sombras de una calleja.

Algorind sacudió la cabeza para apartar de su cráneo aquel dolor entumecedor y salió disparado tras la chiquilla. Cuando casi había llegado a la avenida, resonó en la plaza el ulular trémulo de un cuerno.

—¡Vos, deteneos donde estáis!

El joven paladín sabía distinguir la autoridad cuando la escuchaba. Se detuvo en seco y se dio lentamente la vuelta. Hacia él caminaban, con la porra en la mano, cuatro hombres y dos mujeres, todos ellos ataviados con armaduras de cuero teñido de verde y de negro y con refuerzo de cota de malla color dorado. Sin duda, una banda de mercenarios. Decidió intentar abrirse camino a pesar de todo, pero aquella determinación se debió de reflejar en sus ojos.

—Someteos a la guardia de la ciudad —ordenó el portavoz—. No recibiréis daño alguno si no os resistís.

Aquello planteaba un dilema para Algorind. La norma de su orden establecía que tenía que obedecer todas las autoridades legales a menos que lo impulsaran a actuar de forma malévolas. Aquella guardia de la ciudad se interponía entre él y el cumplimiento de su deber, pero no era necesariamente malévolas.

—Señores, señoras... —empezó con voz seria—. Ustedes no comprenden.

—Comprendemos que estáis persiguiendo a una niña. ¿Es vuestra hija?

—No, pero...

—¿Sois acaso responsable de ella?

En cierto modo, aquello era cierto, pero no se acercaba tanto a la verdad para que

Algorind se sintiera cómodo diciéndolo.

—Deseaba devolverla al lugar donde debería estar —respondió, cosa que era mucho más precisa.

—¡Uff! —respondió el capitán de la guardia, con una expresión de escepticismo estampada en su barbudo rostro—. ¿Cómo se llama?

Algorind se sintió perdido.

—No lo sé —tuvo que admitir.

El capitán resopló.

—Lo que me imaginaba. Prendedlo. Dejaremos que los jueces decidan.

Aquello sobrepasaba la capacidad de comprensión de Algorind.

—No puedo ir con ustedes.

—No tenéis alternativa. Podéis venir por voluntad propia, o atado y con capucha.

Vos elegís.

—Iré. —Algorind bajó la cabeza, derrotado—. Pero, ¿puedo pedirles un favor?

¿Podrían mandar aviso al Tribunal de Justicia para que sepan lo que me ha ocurrido?

—En el castillo hay mensajeros. Antes o después, pasarán por vuestra celda y podréis enviar un mensaje a quien os plazca. Vamos, en marcha.

Bronwyn se apresuró a regresar a la tienda por un atajo que conocía. Al cruzar la plaza del Gato Aullador, le pareció que una de las cortesanas de baja categoría que se pavoneaba por un rincón le dirigía una sonrisa de reconocimiento. El rostro de la mujer le resultaba vagamente familiar y parecía inofensiva, así que Bronwyn levantó una mano a modo de saludo y siguió su camino.

Encontró a Alice hecha un manojo de nervios, frotándose las diminutas manos y caminando de un lado a otro con tanto ímpetu que levantaba nubes de polvo. El primer pensamiento de Bronwyn fue para Cara. Se abalanzó sobre la gnoma y, cogiéndola de los hombros, la hizo girar para verle el rostro.

—¿Dónde está?

—Se ha ido —se lamentó Alice, confirmando las peores sospechas de Bronwyn.

Bronwyn se pasó una mano por la frente y se mesó los cabellos en un gesto de frustración.

—¿Viste algo?

—Vino un hombre en tu busca. Creo que un paladín. Llevaba una casaca azul y blanca y una espada de hoja ancha. Era joven, no debía de tener más de veinte años, pero más alto que la mayoría de los hombres. El cabello, de un amarillo pálido, y rizado.

Dejó el caballo a la puerta.

Bronwyn tuvo un mal presentimiento.

—¿Un caballo grande? ¿Blanco?

—Creo que sí. Apenas le eché una ojeada. ¿Por qué?

—Es una larga historia —musitó Bronwyn. Ebenezer le había relatado su rescate en manos de un hombre capaz de convertir a las almas en pena en polvo. Aquello sólo podía ser obra de un sacerdote o de un paladín. El hombre que había ido a buscarla, y que podía haber secuestrado a Cara, estaba cerca de El Bastión del Espino. Era fácil suponer lo que sabía y lo que andaba buscando.

En aquel momento resonó el timbre de la puerta, y ambas dieron un brinco. Se volvieron al unísono hacia la puerta, en cuyo umbral estaba Danilo Thann, con una ancha sonrisa en el rostro y una diminuta niña semielfa en brazos.

—¡Cara! —gritó Bronwyn. Se abalanzó para coger la niña y, tras darle un rápido beso, la dejó en el suelo y concentró su atención en el hombre—. Danilo, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde la has encontrado?

—De hecho, no fui yo. Me la trajeron unos Arpistas que la habían encontrado.

Bronwyn arrugó la frente.

—¿Seguís vigilándome?

—Estrictamente hablando, no. Hemos mantenido vigilancia sobre los paladines, y uno de ellos resultó que merodeaba por tu tienda.

—Entonces, te lo agradezco —respondió ella con suavidad, mirando a la chiquilla. Cara estaba parloteando feliz con Alice, contándole cómo había estado a punto de pillar a un gato precioso que habría sido una mascota estupenda.

Bronwyn suspiró.

—Prometí que encontraría a su padre, pero no sé si seré capaz de mantenerla a salvo hasta entonces.

Aunque hablaba en un susurro, la chiquilla levantó la vista.

—Estaré a salvo, Bronwyn. Mira esto. ¡Ven, *Gatuno*!

Antes de que el cuervo respondiera a la llamada, la niña desapareció. Bronwyn parpadeó con rapidez, como si aclarándose la vista pudiese hacer reaparecer a la chiquilla, pero en vano. Acto seguido, resonó una carcajada infantil en la puerta principal, pero antes de que Bronwyn pudiese moverse, Cara había regresado, tan repentinamente como había partido.

—¡Mira! —exclamó con orgullo, mostrándole a Bronwyn tres gemas de colores vivos que llevaba en la mano—. Una de color rubí, una azul topacio y otra..., ¿cetrina?

—preguntó, mirando a Danilo para que se lo corroborara.

Él hizo un gesto de asentimiento, con los ojos brillantes como si reflejaran el placer que destilaban los de la niña.

—Eso es. Tienes buena memoria.

—Piedras de salto —musitó Bronwyn, rememorando historias que había oído sobre piedras que permitían a su poseedor transportarse de forma mágica al lugar

donde se encontraba cualquiera de las gemas. Eran raras, y sumamente caras. Poseer tres de ellas era un regalo digno de una princesa.

—Con esto, Cara puede escabullirse de los lugares peligrosos —comentó Danilo a la ligera—. Ponlas en la bolsa, Cara, como te he enseñado.

La chiquilla esbozó una radiante sonrisa e hizo lo que le ordenaban. Danilo llevó a un aparte a Bronwyn.

—Tienes una nueva amiga estupenda —comentó con suavidad—, aunque creo que te va a mantener ocupada.

Bronwyn hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—Cara no supone problema ninguno, pero creo que está en apuros, aunque no sé hasta qué punto ni de qué tipo.

—Deja que te ayude —suplicó Danilo—. Dime lo que puedo hacer.

Ella le dedicó una sonrisa, olvidada casi del todo la cólera que había sentido contra él.

—Ya lo has hecho. Las piedras preciosas que le has dado le permiten controlar un poco su propio destino. Eso es lo que necesita. Eso, y un poco de control —añadió con voz triste—, es todo cuanto la mayoría podemos esperar.

12

Dag Zoreth había visto a su antiguo mentor Malchior sucumbir a un ataque de ira en una sola ocasión, y antes de calmar su cólera, en el suelo yacía medio batallón de soldados ineptos, varios de ellos quemados por los relámpagos negros que le permitía disparar Cyric, y unos pocos moviéndose todavía de forma espasmódica. Mientras Dag miraba cómo el viejo sacerdote contenía su rabia, invocó en silencio una plegaria a Cyric. Si uno de los dos tenía que acabar aquella entrevista retorciéndose y debatiéndose encima de la alfombra, prefería no tener que ser él.

Se levantó de su butaca como gesto de deferencia ante el sacerdote de mayor categoría.

—Vaya sorpresa —lo saludó—. No esperaba encontraros en Aguas Profundas.

—¡Sin duda! —replicó el sacerdote—. ¿Qué es eso que he oído de ti?

Dag se acercó a la mesa y se sirvió una ración de camarones especiados que la doncella había traído con la comida del mediodía. Aquella posada era de lujo. Había comida suficiente para dos, y de sobra. Cogió la bandeja entera y se la tendió a Malchior. El sacerdote de mayor edad apenas pareció darse cuenta. Se llevó un camarón a la boca y lo masticó brevemente, mientras seguía hablando.

—Todavía no has encontrado a tu hermana, pero sí lo ha hecho uno de nuestros informadores —comentó Malchior, puntualizando su comentario con otro camarón—.

Iba preguntando por una chiquilla que dice que es tuya.

Dag se encogió de hombros.

—No sería la primera mujer que lanza una acusación falsa de ese tipo sobre mí.

Como no sabía que tenía una hermana, no podréis acusarme de violar las leyes de consanguinidad.

El sacerdote volvió a llenarse la boca y masticó, enojado.

—Estás esquivando la cuestión.

—Se ha convertido en un hábito —replicó Dag sin darle importancia—. Me habéis enseñado bien.

Los ojos del sacerdote se entrecerraron mientras contemplaba al hombre de menor edad como si de repente estuviera considerando si había aprendido demasiado bien sus lecciones. Acto seguido, desapareció de su mirada todo deje de especulación, y con ello se esfumó también su ira.

—Son deliciosos —aseguró mientras observaba la bandeja casi vacía—. Quizá podríamos empezar con ese sabroso pastel mientras hablamos de otros asuntos... Ya habrás oído que se están concentrando paladines. Tengo algunos consejos para administrar y salvaguardar tu mando, si deseas escucharlos.

La expresión de jovialidad de Malchior estaba de nuevo en su lugar, pero Dag no

se dejó engañar. Aquel hombre era un enemigo peligroso, y él deseaba encontrar a Cara.

Si Dag lo consideraba necesario, lo mataría, pero hasta entonces aprendería de él.

—Mi querido Malchior —repuso con una sonrisa—. Estoy interesado en todo lo que podáis decirme. —«Y mucho más interesado —pensó—, en todo aquello que guardáis en silencio.» El destello que asomó en los ojos del sacerdote sugería que había percibido aquel añadido silencioso de Dag y que tomaba buena cuenta de ello. Sonriéndose el uno al otro como un par de tiburones al acecho, se sentaron a seguir con aquel juego.

—Puedes tener por seguro, Bronwyn, que tu amigo se quedará como residente en el castillo durante el resto del día —prometió Danilo—. Varios de los mensajeros que atienden a los prisioneros son Arpistas. Se ocuparán de dejar la solicitud de Algorind la última.

Bronwyn hizo un gesto de asentimiento y miró de reojo a Cara. La chiquilla estaba arrodillada en el suelo de la tienda, jugando a algún tipo de juego inventado con piezas de ajedrez y canturreando para sí.

—Ya es algo —admitió Bronwyn. Luego, se mordió el labio, meditabunda.

—Quizá te parezca frívolo —le advirtió.

Aquello pareció divertir a su amigo.

—No olvides con quién estás hablando.

Ella soltó una risotada y siguió hablando.

—Cara ha pasado su infancia en una granja diminuta situada en un lugar remoto.

Aparte de su viaje a Aguas Profundas como prisionera y un breve trayecto en un barco de esclavos, no ha tenido ocasión de ver mundo. ¿Qué lugar mejor para empezar que la ciudad de Aguas Profundas?

Danilo asintió.

—Me parece razonable, y además estaréis a salvo. Con tu permiso, me ocuparé de que os sigan discretamente y os protejan.

Todavía le dolían los años en que unos ojos invisibles de Arpistas la habían estado siguiendo.

—¿Y si no doy mi permiso?

—Entonces, respetaré tus deseos. Con gran pesar, pero los respetaré.

Hablaba con firmeza, sin asomo de aquella costumbre suya de arrastrar las palabras. Bronwyn lo creyó. Sonrió y se volvió hacia Cara.

—Cara, ¿cuál es tu color favorito?

La chiquilla alzó la vista, sorprendida por la pregunta.

—No creo que tenga ninguno.

—Si pudieras elegir el color de un vestido, ¿cuál elegirías?

Un anhelo muy femenino asomó a sus ojos.

—Mi madre adoptiva vestía siempre de color púrpura, pero decía que yo no tenía que hacerlo. Nunca me dijo por qué.

Bronwyn tenía sus sospechas respecto a aquello, pero no quería formularlas con palabras, ni siquiera en silencio.

—¿Y el azul? ¿O el amarillo?

Cara asintió, dispuesta a participar en aquel juego.

—Rosa, como una nube en el atardecer.

Aquello le hizo pensar en algo. Ellimir Báculo de Roble, una modista cuya tienda estaba también situada en la calle de las Sedas, tenía una pieza de suave seda de color rosa de un tono tan curioso que sin duda causaría furor entre las damas que empezaban a comprarse la ropa de primavera.

—Vamos —la animó, alargando una mano—. Conozco una dama que puede hacerte un vestido del color de las nubes y casi tan suave. Vamos a que te tome medidas.

Cara se puso de pie de inmediato.

—¿De veras?

—De veras. Y luego, iremos a tomar el té y a dar una vuelta por la Ciudad del Esplendor.

Cara pareció recelar de repente.

—¿No era un juego?

Bronwyn soltó una carcajada, pero su mirada se quedó prendada de la chiquilla. A la edad de Cara, ella tampoco había podido disfrutar de ninguna de aquellas experiencias y creía conocer lo que todo aquello significaba para la muchacha.

Tras despedirse del bardo Arpista, Bronwyn mantuvo su promesa y le compró a Cara un vestido rosa y dos más. Luego, se fueron a tomar el té y vino con azúcar a la taberna Gounar, un establecimiento resplandeciente situado en el corazón del distrito del Mar. El techo estaba iluminado por docenas de esferas mágicas y gran número de espejos distribuían la luz por todos los rincones para que fuera captada por los cristales de múltiples caras y gemas de imitación que había incrustados por todas partes, desde los platos hasta las sillas.

Tal como Bronwyn esperaba, a Cara le encantó el establecimiento. Demasiado nerviosa para comer, sostenía con ambas manos la copa de vino con azúcar y agua — que tenía mucho más azúcar que vino, y más agua que nada—, mientras miraba a su alrededor con infinita curiosidad. Se mantuvo en silencio hasta que salieron de la taberna, pero luego explotó en multitud de preguntas, pues deseaba que le explicara todo lo que veían.

Bronwyn sacudió la cabeza mientras seguía a Cara por la calle, sorprendida por sus propios sentimientos. Cada momento que pasaba con la niña no hacía más que dificultar la idea de dejarla, pero aquel regalo, aquel único día de aventura y de

entretenido placer, era algo que conservaría siempre.

Con la intención de mostrar a Cara tanto como fuese posible, alquiló un carruaje y pidió al conductor que las llevara a dar una vuelta. Pasaron al trote junto a la muralla que bordeaba el mar, maravillándose ante las amplias y adornadas mansiones así como ante la estatua de casi tres metros que mostraba a un guerrero que contemplaba impasible el mar. Cruzaron por delante de la Torre de Alghairon, y Cara se estremeció al oír la historia del viejo hechicero y del esqueleto del hombre que había intentado robarle su poder. Soltó una exclamación de asombro ante el palacio de Piergeiron y estiró cuanto pudo la cabeza para contemplar el paso de la patrulla de grifos. Ante el Plinto, el obelisco que servía como hogar de oraciones para gente que profesara cualquier tipo de fe, pareció ligeramente perpleja.

—Mis padres adoptivos rezaban, y también mi padre, pero nunca me enseñaron ni me dijeron el nombre de ningún dios al que debiera rezar.

Los celos de Bronwyn respecto a aquella fe misteriosa se intensificaron, así como su perplejidad ante el hecho de que aquel tal Dag Zoreth pareciese tan determinado a mantener a su hija ajena a su propia fe.

—Encontrarás el dios o la diosa con el que tu corazón quiera hablar —le aseguró con voz suave.

—¿Con quién habla el tuyo?

Bronwyn meditó la respuesta unos instantes. No era una persona religiosa, pero se le ocurrió que sólo había una respuesta posible.

—Tymora —dijo—, diosa de la suerte. Te impulsa a elegir una opción y seguir tu propio camino.

Cara se mordió el labio inferior.

—Suenan bien, pero no es adecuado para mí.

—Eso está bien. —Bronwyn se sentía ligeramente fuera de lugar ante aquella conversación. Nunca había prestado demasiada atención a la religión, pero el anhelo que veía en los ojos de aquella chiquilla por encontrar un dios o una diosa en quien creer la convenció de que valía la pena meditar sobre el asunto—. Ahora iremos al distrito Sur —sugirió—. Pronto se pondrá el sol y creo que hoy hay luna llena.

En ocasiones como aquélla, inflaban la Esfera de la Luna encima de un amplio recinto y la gente podía introducirse en el enorme globo hinchado de magia y flotar o volar por donde quisiera. A Bronwyn no se le ocurría una maravilla mejor para atraer la imaginación de una niña, ni mejor opción para finalizar el día.

La mazmorra del castillo de Aguas Profundas no era el lugar húmedo y terrible que se esperaba Algorind. Su prisión estaba en efecto bajo tierra —la guardia lo había hecho bajar dos tramos de escaleras—, pero los muros de piedra se veían lisos y secos, y cada pocos pasos había antorchas prendidas en soportes de la pared. Las

celdas eran pequeñas, pero limpias, y disponían de las comodidades más básicas: un jergón sobre una estructura de tablas, una vasija, una palangana y un cántaro de agua. Le habían ofrecido comida la noche anterior, y otra vez aquella mañana. En general, no podía quejarse, y confiaba en que la justicia de Tyr se encargaría de que aquel confinamiento no durara mucho. Con la mente fija en aquel pensamiento, Algorind alzó la voz para entonar su tradicional himno matutino. Supuso que no debía de ser muy habitual que uno oyera aquel tipo de cánticos allí.

El sonido de unas pisadas resonó por los pasadizos, cada vez más fuertes. El rostro de Algorind se iluminó cuando vio acercarse a sir Gareth, pero antes de saludarlo acabó los dos últimos versos del himno.

—Gracias por venir, señor.

—Pareces sorprendido de verme —comentó el caballero—. Eres más listo de lo que parece si sospechabas que iba a dejarte aquí. ¿Qué ha sucedido?

Algorind echó un vistazo al guardia que vigilaba su celda. El anciano caballero siguió su razonamiento e hizo un ligero gesto de asentimiento. En cuanto el joven paladín estuvo libre, salieron en silencio de la prisión y no cruzaron palabra hasta que ambos estaban a lomos de sus caballos de camino al Tribunal de Justicia.

—Vi a la niña —dijo por fin Algorind—. La chiquilla descendiente de Samular.

El rostro del caballero se tornó tan pálido que Algorind temió que fuera a caerse del caballo.

—¿Aquí, en Aguas Profundas?

—Sí, señor. La perseguí con la intención de devolverla al templo, pero se escabulló y la guardia me detuvo.

Sir Gareth permaneció en silencio durante largo rato mientras meditaba una respuesta. Al final, miró con gesto de severidad a Algorind.

—Tu fracaso en el intento de atrapar a una chiquilla es muy serio. Demuestra falta de destreza o falta de voluntad. Quizá permitiste que la chiquilla escapara.

Algorind se sorprendió.

—¡Señor!

—La incompetencia es una ofensa grave, y sin duda eres culpable —repuso el caballero con frialdad—. Según todos los informes, eres una persona capaz y bien entrenada. Cualquier fracaso en el futuro será considerado un error deliberado y una traición a la orden. ¿Lo comprendes?

—No, señor —respondió Algorind con total sinceridad. La verdad era que las palabras del caballero lo desconcertaban.

—¿Qué parte no te ha quedado clara?

—No entiendo cómo la niña puede estar en la ciudad.

—Mejor sería que te concentraras en encontrarla —respondió el caballero en tono severo—. Y, cuando lo consigas, tráemela de inmediato, pero no al templo —añadió

con voz más apacible—. Los demás hermanos no tienen por qué enterarse de este error.

Mantendremos el asunto en secreto entre nosotros dos. Obedéceme.

—Sí, señor —repuso Algorind, aunque jamás se le había hecho tan pesado cumplir con una obligación. Si había cometido un error, tenía que asumir la censura de sus hermanos. Era impío intentar evitarla. No sentía deseos de apartar de sus hombros la carga que le correspondía o intentar disimular sus faltas, pero había prometido obediencia, y debía hacer lo que sir Gareth le ordenaba. En el pasado había tenido claro cuál era su deber y sus opciones habían sido simples, pero ahora no.

Profundamente inquieto, el joven se enderezó en su silla y meditó sobre el negro futuro que se abría ante él.

En cuanto Malchior se hubo acabado el último bocado de tarta de frambuesa y bebido la última jarra de vino, se marchó. Una vez a solas en su habitación alquilada, Dag Zoreth se dispuso a invocar la imagen de su paladín espía. En una ocasión, sir Gareth había sido informador de Malchior. Quizá todavía lo era.

En aquella ocasión, Gareth tardó mucho más rato en responder. A pesar de la impaciencia por el retraso, Dag se sintió en parte complacido. Una tardanza como aquélla podía ser inmensamente dolorosa y disfrutaba de proporcionar al fracasado paladín parte del dolor que se había ganado.

El rostro que por fin apareció en la esfera estaba pálido como un pergamino y ojeroso.

—Gracias por venir —saludó Dag, sarcástico—. He tenido una visita interesante de nuestro mutuo amigo Malchior. ¿Quizás hayáis hablado con él últimamente?

—No, lord Zoreth —repuso el caballero.

Dag lo creyó. A aquellas alturas, ya sabía que Gareth disimulaba sus mentiras en elaboradas mentiras a medias. Una respuesta tan directa sólo podía ser verdad.

—¿Alguna novedad de mi hermana o de mi hija?

—Acabo de encontrarme con un joven paladín, el hombre que raptó a la niña de la granja. Se llama Algorind. La chiquilla se le escapó y, mientras la perseguía por la ciudad, estaba tan enfrascado en su misión que no se dio cuenta de que había atraído la atención de la guardia de la ciudad. —Hizo una pausa—. Ya sabéis cuán tozudos pueden llegar a ser los seguidores de Tyr.

—En efecto —convino Dag, secamente.

—El joven paladín es muy entusiasta. Me recuerda a vuestro padre cuando tenía su edad —musitó sir Gareth.

Dag se preguntó, brevemente, si el caballero no intentaría estimular a propósito su cólera en contra de aquel tal Algorind.

—¿Y dónde está la niña ahora?

—No lo sé. Se la vio cerca de la calle de las Sedas, procedente de la tienda conocida como El Pasado Curioso. Ese comercio es propiedad de vuestra hermana. Los caminos de nuestras presas convergen, lo cual simplifica las cosas. He enviado a ese Algorind a enmendar su error, con la instrucción de que sólo debe informarme a mí.

Cuando la mujer y la niña estén en mis manos, estarán en las vuestras. Eso lo cumpliré, os lo prometo.

—Eso espero —repuso Dag con gesto indiferente, antes de deshacer el hechizo.

La calle de las Sedas no estaba lejos de la sala de fiestas donde había alquilado una discreta habitación. Quizá ya iba siendo hora de que encontrara a su hermana perdida hacía tanto tiempo.

Dag titubeó un momento, indeciso sobre si debía cambiarse la vestimenta púrpura y negra por algo menos llamativo, pero al final decidió que no. No había vestido otro color desde hacía casi diez años. Su señor Cyric podría ofenderse si ahora cambiaba.

El sacerdote salió de la sala de fiestas y caminó hasta la tienda. No se dirigió allí directamente, sino que se tomó su tiempo, pasando de una tienda a otra como si no tuviese otra cosa en mente que contemplar los objetos expuestos. Se probó un par de botas en una tienda diminuta y en otra conversó brevemente con una linda muchacha semielfa que cosía un pequeño vestido de tela rosada.

Se sintió impresionado ante El Pasado Curioso, situado en un bonito edificio de dos plantas con estructura de madera y argamasa. El yeso de la pared se veía en buen estado y recién encalado. La puerta principal estaba formada por paneles de vidrio casi traslúcido y, en una mesa situada junto a la ventana se había dispuesto un tentador escaparate, aunque no en exceso, de la mercancía única con la que allí se comerciaba.

Por todos los rincones se veían toques de buen gusto. Los largueros de la puerta lucían un elaborado diseño en forma de espiral, símbolo del paso del tiempo, pero en varios de los paneles de vidrio habían tallado relojes de arena inclinados, de tal forma que el flujo de arena se veía interrumpido.

Alzó el pestillo y se introdujo en la tienda. Una gnoma salió a recibirlo y a espantar al cuervo que lo contemplaba con una intensidad que rayaba el reconocimiento.

Dag no se sintió incómodo por ello. Sentía cierta afinidad con los cuervos y los lobos, por todos aquellos carroñeros que se beneficiaban de los combates. Además, algunos de los antiguos creían que los cuervos se encargaban de transportar el alma de los muertos al más allá. El dios de Dag había sido en su tiempo señor de los muertos, y Dag había enviado un buen puñado de almas al reino de Cyric. En general, tenía mucho en común con aquel pájaro de ojos de musaraña.

—¿En qué puedo ayudaros, señor? —preguntó la gnoma mientras lo escudriñaba

de arriba abajo con mirada de experta. Como parecía evidente su falta de interés por los adornos personales, empezó a enumerar una lista de posibles objetos que podían interesarle como si fuera una letanía: un juego de copas, una pequeña estatua, un cofre tallado, un cuenco de espionaje...

—No deseo nada. Quisiera hablar con Bronwyn. Quizá tengo un encargo para hacerle.

Los ojos de la gnoma se enfriaron un ápice.

—Me temo que no puede atenderos en este momento. Si queréis dejar un nombre y una dirección donde pueda ponerse en contacto con vos...

—Regresaré. ¿Mañana, tal vez?

—A mediodía —respondió la gnoma con rapidez—. Es la mejor hora.

Le dio las gracias y salió del comercio, sin creerse una palabra. Al recordar la dicharachera modista semielfa, y al reconsiderar la posible importancia del pequeño vestido rosado, desanduvo el camino hasta la sastrería e intentó entablar conversación con la mujer. Ésta se sintió encantada de inmediato y al poco rato parlotaba sin cesar.

—Sí, la primavera se ha retrasado este año. Los mercados apenas comienzan a abrir y la gente empieza acudir a la ciudad de aquí y de acullá.

—He visto que hay gran afluencia de paladines —comentó en tono informal—.

Pasé a caballo esta mañana por delante del Tribunal de Justicia y armaban bastante jaleo con sus eternos combates cuerpo a cuerpo.

La mujer hizo un mohín.

—Dejemos que se entretengan y así nos dejarán en paz. El otro día vino uno por aquí. —Echó un vistazo a la seda rosada que mantenía sujeta con ambas manos. Estiró un poco las arrugas y pareció reconsiderar añadir nada más.

Pero Dag había oído ya bastante. Se acercó un poco más a la mujer.

—Quizá podáis ayudarme. Si deseara buscar un regalo especial para una mujer, algo diferente y raro, ¿dónde podría acudir?

—Oh, a casa de Bronwyn, por supuesto. El Pasado Curioso. —Su rostro se iluminó ligeramente—. ¿Tenéis una dama que requiere un regalo especial?

—Mi madre —mintió lisa y llanamente. Otro destello de placer cruzó por la mirada de la mujer. «Qué predecible», pensó él con un deje de desdén. Se maravillaba de que tuviera tan poco tiempo para perder con mujeres.

Pero ésta le había sido útil. La semielfa conocía bien a su hermana y estaba trabajando en un vestido de corta talla con puntadas rápidas y cuidadosas, y no había apartado las manos de la labor para conversar con él, cosa que indicaba que confiaba en entregar pronto el vestido. Parecía que la chiquilla regresaría pronto, y Bronwyn, también.

Dag siguió hablando con la joven semielfa durante unos minutos más, y se citó

con ella más tarde en una taberna iluminada con discreción..., una cita que no pensaba cumplir.

Era una pequeña crueldad, pero satisfactoria. Y, lo más importante era que servía a un propósito. Si la zorra semielfa sentía que le habían dado calabazas, era menos probable que hablara de lo incómoda que se había sentido ni del hombre que la había dejado plantada.

Dag olvidó a la semielfa en cuanto salió de la tienda. Tenía cosas más importantes que atender. En algún lugar de la ciudad había un paladín que se hacía llamar Algorind. Antes de que acabara el día, Dag pretendía asar el corazón de ese paladín en fuego de color púrpura.

Bronwyn regresó a la tienda con el capazo de lino cargado de comestibles. Había dejado a Cara durmiendo y tenía la intención de deleitarse con un desayuno a base de pastas, fruta y té con limón, pero la mirada que le dirigió Alice le apartó de la mente aquellos agradables pensamientos.

—Un hombre vino hace un rato —le contó la gnoma con voz tensa—. Tenía más o menos tu altura y era casi tan delgado como tú. El cabello oscuro le caía en ondas por aquí —añadió mientras se señalaba el centro de la frente.

El contenido del saco de Bronwyn se desparramó por el suelo sin que ella le prestara atención. Era el único detalle que Cara había sido capaz de contarles de su padre.

—Tal como dijo Cara —musitó.

—Eso es.

—¿Le dijiste que Cara estaba aquí?

Alice pareció ofendida.

—¿Por quién me tomas..., por una kobold? No lo preguntó, aunque tampoco se lo habría dicho. Era a ti a quien andaba buscando. Dijo algo de un encargo.

Bronwyn se agachó para recoger los comestibles caídos. Cogió un limón y volvió a meterlo en el cesto.

—Una cosa más: ¿iba vestido de color púrpura?

—Púrpura y negro —confirmó Alice—. ¿Por qué?

Bronwyn se limitó a sacudir la cabeza, porque sentía la garganta demasiado reseca para musitar una respuesta.

—Chiquilla, ha llegado el momento. Si era el padre de la niña, tendrás que devolvérsela. Cara sería la primera en pedírtelo.

—Lo sé —musitó Bronwyn, pero no era cierto. Nunca con anterioridad se había sentido menos segura de algo. Antes de decidir qué hacer con la chiquilla, necesitaba encontrar algunas respuestas. Iba siendo hora de que se enfrentase a Khelben Arunsun, y probara su habilidad para mantenerse en su rumbo en contra de la

voluntad poderosa del Maestro de Arpistas y sus sutiles manipulaciones.

Tal como sucedieron las cosas, resultó que Bronwyn no tuvo que ir en busca de Khelben Arunsun, sino que fue él quien acudió a ella.

La calle donde estaba situada su tienda conservaba todo su ajetreo durante el día y parte de la noche, así que el súbito silencio que interrumpió el jaleo fue más evidente que el anuncio de un cuerno.

Bronwyn echó un vistazo por la ventana y comprendió de inmediato el cese de actividad. Lord Arunsun y su dama, la maga Laeral Manodeplata, caminaban cogidos de la mano por la calle, deteniéndose en las tiendas para admirar un objeto u otro. Aquella visión no era muy habitual y Bronwyn sospechaba que era ella el objeto de aquella visita y que las demás tiendas eran visitadas para disimular.

En aquel momento, una de las ayudantes de Ellimir salió corriendo a la calle con un rollo de tela de color plateado en las manos. Desplegó un pedazo para que comprobaran que era casi del mismo tono que los cabellos de lady Laeral, y las dos mujeres estuvieron conversando agradablemente unos instantes. Bronwyn las observaba, inquieta por algo pero sin saber a ciencia cierta por qué. En aquel momento, la joven modista se dio la vuelta y Bronwyn se percató de la gruesa capa de maquillaje que llevaba en los ojos y el rastro de colorete que todavía le empolvaba las mejillas.

«Por eso el rostro de la cortesana del callejón me pareció tan familiar», pensó, pesarosa. Apostaría una moneda de oro que aquella ayudante de modista era una de las agentes Arpistas de Danilo.

Aquello la puso un poco nerviosa y a la vez la encolerizó. Se apartó de la ventana y se puso a ordenar unos tomos de libros raros mientras ponía en orden sus pensamientos.

El timbre de la puerta resonó demasiado pronto para su gusto. El archimago y su dama fueron recibidos en la puerta por Alice Hojalatera, y Bronwyn no pudo sino admirar la actuación de la gnoma. La respuesta de Alice fue perfecta; parecía intimidada por la presencia de dos de los magos más poderosos de la ciudad, y tan dispuesta a agradar que parecía un cachorro a punto de empezar a menear la cola. A cualquiera que observase la actuación de la gnoma le costaría creer que había sido informadora de los Arpistas durante muchos años. Desde que Alice se había confesado a Bronwyn, le había hablado con toda libertad de su pasado y, aunque era difícil relacionar a la gnoma de expresión maternal con la guerrera feroz que en su tiempo había sido, Bronwyn comprendía cómo esa misma dicotomía había convertido a Alice en una agente Arpista muy eficaz.

Khelben parecía perplejo por la presencia de la chiquilla en la tienda. Bronwyn notó que seguía con la vista a Cara, pero era difícil leerle el semblante. Ella misma

desvió la vista hacia Cara y trató de imaginar qué estaba viendo el archimago. Cara era una niña pequeña, delgada en exceso, y morena. Era evidente que era semielfa, pero salvo por la delicadeza de su figura y la silueta en punta de sus orejas, parecía más humana que elfa. ¿Se daba cuenta también el archimago de que la muchacha seguía a Bronwyn como si fuera su sombra?, ¿y que, al igual que su mentora, la chiquilla tenía ojos para detectar los objetos raros y hermosos? Siguiendo las indicaciones de Alice, Cara eligió unas cuantas baratijas para mostrar a Laeral y, de inmediato, se puso a parlotear y a reír, para delicia de la dama hechicera.

Khelben se cansó enseguida de quedarse a un lado contemplando cómo las mujeres conversaban sobre bagatelas. Bronwyn cruzó con él una mirada mientras se inclinaba para sostener un espejo de mano de modo que Laeral pudiese admirar el efecto de un collar de perlas rosáceas. Puso el espejo en manos de Alice y se incorporó.

—¿Puedo mostraros algo, milord?

—Libros antiguos, quizá. No veo ninguno por aquí, pero tal vez tengáis alguno que no esté expuesto.

Bronwyn captó la indirecta y lo condujo a la trastienda. Él esperó hasta que hubo encendido una lámpara de aceite y cerrado la puerta.

—No me cabe duda de que te harás muchas preguntas sobre tu pasado —empezó sin más preámbulo—. Creo que tengo las respuestas que buscas o, al menos, puedo decirte dónde encontrarlas.

Bronwyn escuchó atentamente las instrucciones que le dio sobre cómo encontrar el monasterio de Tyr y luego la descripción de lo que iba a encontrar allí.

—Está a un par de días de distancia a caballo —calculó ella, con gesto de inquietud—. Espero que a Alice no le importe encargarse de Cara.

El recelo asomó a los ojos del archimago.

—¿Qué tiene que ver esa chiquilla contigo?

—Es una niña extraviada, como yo —comentó Bronwyn sin darle más importancia.

—¿Planeas adoptarla?

Suspiró, con expresión melancólica.

—No me importaría, pues es un encanto, pero tiene un padre. —Khelben se quedó pensativo y Bronwyn se preguntó si acaso estaría comparando el rostro de Cara con el de ella y viendo el parecido—. Es familiar mío —admitió—. Dice que su padre se llama Doon, pero he oído que se le conoce por otro nombre.

—Dag Zoreth —repuso Khelben.

Bronwyn parpadeó, sorprendida, aunque no demasiado, de que Khelben conociese aquello.

—Sí. ¿Quién es? —preguntó, ansiosa.

El archimago cogió uno de los tomos encuadernado en cuero verde y lo volvió a colocar en el estante sin haberlo abierto. Bronwyn se maravilló de verlo tan inquieto, pues nunca había pensado que se pudiesen atribuir emociones tan mortales a un archimago.

—Dag Zoreth es un opositor..., un sacerdote de Cyric. Hasta hace poco, vivía en Fuerte Tenebroso como clérigo de guerra —confesó Khelben sin rodeos—. También es tu hermano.

Bronwyn se desplomó en una silla.

—Mi hermano —repitió.

—Sí. Tú lo conocías con el nombre de Brandon. Se cambió el nombre por Dag Zoreth poco después de ser secuestrado.

—Brandon —murmuró—. Bran. —Su mente evocó la imagen de un rostro diminuto, pálido, enjuto pero intenso, coronado por una mata de pelo negro como ala de cuervo. Era una presencia que amaba y temía vagamente a la vez. Bran y Bron, se llamaban el uno al otro. Sí. De nuevo podía evocarlo..., no un recuerdo propiamente dicho, pero al menos la sombra de uno.

Tenía un hermano.

El pensamiento volvió a asaltarla, esta vez de forma tan punzante que la hirió.

—Parece que tu familia tiene acceso a un poder considerable —prosiguió Khelben—. Dag Zoreth desea ese poder. Y también los paladines. En algunos círculos, esto puede considerarse una herejía pero no veo cuál de los dos puede llegar a apoderarse de él el primero.

—Y Cara y yo estamos en el medio —murmuró Bronwyn.

—Os encontráis en una posición muy delicada —convino—; sois un punto de apoyo entre los zhentarim y la Orden de los Caballeros de Samular.

Ella le dedicó una sonrisa compungida.

—No era eso lo que yo andaba pensando cuando accedí a proteger el Equilibrio.

—Sea como fuere, es la tarea que se te ha encomendado —repuso Khelben con una sonrisa irónica—, y es apropiada para ti. Como buscadora de antigüedades, debes encontrar tres anillos que una vez pertenecieron a Samular y a su hermano y ponerlos a buen recaudo en lugar seguro.

Bronwyn se levantó y clavó la vista en el rostro de Khelben.

—¿Por qué?

Para su sorpresa, él no encontró impertinente su pregunta.

—Los anillos forman parte de un rompecabezas. Existe un objeto de mayor tamaño, un poder de algún tipo que la unión de los tres anillos puede desencadenar.

Debes recuperarlo.

Meditó un instante y decidió hablar con sinceridad.

—Ya poseo dos de esos anillos. Uno me lo dio mi padre; el otro, lo lleva Cara.

El archimago asintió como si hubiese esperado oír eso.

—Supongo que no podré persuadirte de que dejes los anillos bajo mi custodia.

¿Considerarás al menos la posibilidad de dejar a mi cargo a la chiquilla? Hay pocos lugares más seguros que la torre de Báculo Oscuro. Laeral parece congeniar con ella, y estoy seguro de que no le importará atenderla hasta que regreses.

Bronwyn entrecerró los ojos, recelosa.

—Parece todo demasiado planeado. Conocíais su existencia, también.

—No hasta este momento —confesó Khelben sin rodeos—. No tenía ni idea de su herencia, y no hubiera sabido quién era si no os hubiese visto juntas. Sólo entonces pensé en el anillo y le miré el dedo. Pero piensa en ello: si un hombre puede percatarse de esa semejanza y descubrir así el valor del anillo que lleva, también podrá hacerlo otro.

Los hombros de Bronwyn se alzaron y bajaron al compás de un suspiro cuando se dio cuenta de la verdad que encerraban las palabras del archimago. La pobre Cara había sido abandonada a su suerte como un tapón de corcho en pleno oleaje y Bronwyn no estaba ansiosa por decirle que tendría que dejarla al cuidado de un extraño.

—Mañana, a primera hora, la llevaré —prometió—. Necesitaré tiempo para hacerse a la idea.

Los hechiceros se fueron de la tienda poco después, dejando a Alice feliz contando y recontando una pila de monedas, y a Cara suspirando y contemplando con ojos embobados las gemas que había ayudado a vender y a la hermosa mujer que iba a llevarlas. Al darse cuenta de eso, Bronwyn se sintió agradecida. Eso suavizaría un poco las cosas.

Se agachó para que los ojos le quedaran a la altura de los de Cara.

—Te gusta lady Laeral, ¿verdad?

La chiquilla esbozó una radiante sonrisa y agitó, feliz, la cabeza.

—Es agradable. Me ha comprado esto. Dice que es para mí. —Le enseñó a Bronwyn un diminuto broche que tenía forma de ciervo en pleno salto. Era un objeto sencillo y bonito, pero también era de plata, de fabricación elfa y de más de doscientos años de antigüedad. Había otras piezas en la tienda de más valor, pero no muchas.

Bronwyn cogió con cuidado el broche y lo engarzó en el hombro de su capa nueva.

—Un gesto muy amable por su parte. A mí también me gusta Laeral. Es una buena amiga.

—Tiene magia —comentó Cara en tono informal—. Mucha magia.

Aquello sorprendió a Bronwyn.

—¿Puedes percibirlo?

Cara se irguió.

—Por supuesto. ¿Tú no?

Aquello sí que era un giro inesperado. No era experta en el tema de la magia pero sabía que la habilidad para reconocer un talento mágico en los demás significaba sin duda que Cara tenía un don.

—¿Te gustaría aprender magia?

Asintió, ansiosa.

—¿Hoy? —preguntó la niña, con un deje de esperanza en la voz.

Bronwyn soltó una carcajada.

—Se tarda un poco más, pero todo es cuestión de empezar. Te diré lo que vamos a hacer —añadió, mientras se giraba para poder sentarse en el suelo y poner a Cara en su regazo—. Mañana por la mañana te llevaré a la torre donde vive lady Laeral. Ella jugará contigo, te cuidará y te enseñará algo de magia. ¿Te gustaría?

Cara meditó la propuesta.

—¿Tú también vendrás?

—Sí, pero no podré quedarme —confesó con pesar—. Tendré que marcharme unos días.

—¿Por qué?

—No encontraremos a tu padre si no lo buscamos, ¿verdad?

Los ojos de la chiquilla se encendieron.

—Iré contigo.

—No puedes. Tendré que cabalgar durante varios días. Será aburrido y muy cansado, y puede resultar peligroso. Ya has corrido bastantes aventuras por el momento.

Estarás más a salvo con Laeral.

La muchacha se cruzó de brazos, sacó el labio inferior hacia fuera y su rostro se convirtió en la viva imagen de una nube de tormenta.

—¡Estoy harta de quedarme a salvo, callada y apartada de todo! ¡Estoy cansada de quedarme en un solo lugar! Quiero ir contigo. Quiero conocer los lugares de los que me habéis hablado tú y Ebenezer.

Bronwyn suspiró y acarició los cabellos castaños de la niña.

—Créeme, sé cómo te sientes. Si me quedo mucho tiempo en un mismo lugar, empiezo a sentir picores, como si me caminaran hormigas por la piel.

Cara se rió, pero luego se estremeció.

—Yo también lo siento —confesó.

Bronwyn sonrió fugazmente, conmovida y apenada de que aquella chiquilla abandonada tuviera un espíritu tan semejante al suyo. Aunque era posible que, gracias a todo lo que ambas compartían, ella fuese capaz de hacerle comprender.

—Sabes que el barco en el que te encontré era un barco de esclavos, ¿verdad?

—Sí, pero yo no tenía que ser una esclava. Los hombres dijeron que era una especie de princesa, y que me llevaban a un palacio. —Cara arrugó la frente—. Pero no me escucharon cuando les dije que quería regresar. Se supone que las princesas pueden decidir adónde quieren ir, ¿no?

—Me temo que las princesas deciden menos cosas que las niñas normales —le aseguró Bronwyn—, pero hay veces que las cosas salen mal. Yo viajé en un barco como ése en una ocasión, cuando era mucho más pequeña que tú. Llegaron los piratas y nos secuestraron; casi como Ebenezer y yo os secuestramos a ti y a los enanos, pero ellos no nos liberaron. Fui vendida como esclava y la primera persona que me compró era muy...

desagradable. Conseguí escapar, pero volvieron a capturarme y a venderme. En esa ocasión, me compró un mercader de joyas. Yo era muy diestra con las manos y, cuando tenía más o menos tu edad, podía manejar muy bien las herramientas diminutas de los joyeros. Trabajé muy duramente. No tenía tiempo para juegos, ni niños con quienes divertirme, y apenas me daban de comer. Lo único que me pertenecía era una estera para dormir en un rincón de la cocina.

—Qué mezquinos —decretó Cara.

—No creo que tuviesen la intención de hacerlo, pero simplemente no pensaban en mí, y eso era todavía peor.

La chiquilla consideró lo que le había dicho y asintió.

—Me alegro de que me secuestraras.

Bronwyn le dio un abrazo.

—Yo también. Haré todo lo que sea necesario para mantenerte apartada de una vida así..., incluso dejarte unos días en la torre de Báculo Oscuro, si eso es lo que debo hacer.

—De acuerdo —accedió la niña. Su rostro se tornó severo y sacudió un dedo—. ¡Pero si tardas mucho en volver, Ebenezer y yo iremos a buscarte y te secuestraremos!

A última hora de la mañana, Bronwyn se acercó a caballo al distrito Sur para despedirse de Ebenezer. El patio que rodeaba la forja de Brian Maestro de Esgrima se veía avivado por multitud de fuegos relucientes y por todos lados resonaba el claqueteo de los martillos contra los yunques y las voces de los enanos discutiendo.

Ebenezer la vio cuando estaba atando el caballo a la puerta. De inmediato, soltó el martillo y se acercó a ella.

—¿Y la chiquilla? ¿Has encontrado a su padre?

Le contó lo que había descubierto hasta la fecha, así como el intento del paladín de arrebatarla. Su rostro adquirió una expresión de inquietud a medida que escuchaba.

—Es divertido. Los paladines son gente muy rara, ¿verdad? Para mi gusto últimamente se dejan ver mucho.

—Los paladines constituyen el menor de mis dos problemas —le aseguró ella.

—Eso todavía no lo sabemos. No me harás creer que los paladines sean tan diferentes de la raza humana. Como siempre digo, piensa lo peor, por si acaso. Y no me hace ni pizca de gracia que te metas en su guarida sin más escudo y armadura que un saludo.

—No tengo tiempo para discutir, Ebenezer. Te veré cuando regrese.

—Y muchas más veces durante el viaje, porque pienso ir contigo.

—Iré a caballo.

Sus ojos se iluminaron.

—Sabes que soy un buen jinete. ¿Todavía tienes aquel pony?

—No, lo dejé en un establo público con instrucciones para que fuese vendido.

—Qué lástima... Me gustaba más ese animal que muchos de los hombres que he conocido, porque tenía más sentido común. Pero ahora tengo algunas monedas ahorradas, y el clan me debe más dinero. Podría comprarme mi propio pony.

—No quiero que te gastes tus ahorros.

—¿No? De un modo o de otro, iré contigo, aunque eso signifique que tenga que ir a lomos de un elfo con alas. Tú me apoyaste, y estoy dispuesto a hacer lo mismo.

En aquel momento, una enana lo llamó a voz en grito. Tras echar un vistazo a sus espaldas, el enano bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Y me han puesto a trabajar en una forja. No tiene nada de malo, pero los pies empiezan a picarme en cuanto me quedo demasiado tiempo en un sitio. Me estarás haciendo un favor —la engatusó.

Bronwyn acabó cediendo con una sonrisa.

—Pues vamos. Tendremos que buscarte un caballo.

En cuanto Algorind se separó de sir Gareth, regresó a El Pasado Curioso, el escenario de su fracaso anterior. Se sentía confuso sobre cómo actuar cuando encontrara a Bronwyn y a la chiquilla. En aquella ciudad, a un hombre no se le dejaba libertad suficiente para atender su misión. Mientras cabalgaba, detectó varias patrullas de vigilancia que atendían los asuntos de la ciudad y se ocupaban de los negocios de hombres mejores.

La dificultad del asunto residía en seguirle la pista a alguien a través de la ciudad. Había aprendido a seguir el rastro de hombres, caballos y monstruos a través de colinas y páramos, pero ¿cómo podía seguirse a una mujer en Aguas Profundas? ¿Y a una niña? ¿Cómo se conseguía algo así?

Todavía reflexionaba sobre ello cuando vio que una figura pequeña y furtiva se escabullía en un oscuro pasadizo situado entre dos edificios de altura. Captó de reojo el destello de una larga trenza marrón justo en el momento en que doblaba la esquina.

Algorind desmontó de su caballo y ató con rapidez las riendas a una farola. No estaba seguro de encontrar la montura cuando regresase, pero por ahora no podía preocuparse por eso. Se apresuró a introducirse en el callejón en persecución de la mujer.

Esta cruzó dos callejuelas más y desapareció por la puerta de atrás de un edificio de madera. Al aproximarse, Algorind alcanzó a oír el ruido de unos telares y, por encima, el sonido de unas zancadas que descendían con gran estruendo sobre escalones de madera.

La siguió al interior del edificio y bajó por la escalera. A medida que avanzaba, se hacía más intenso el olor a humedad, suciedad y tubérculos, y le llegaba un ápice de luz a través de una diminuta trampilla de reja de hierro que había situada en lo alto del muro de la bodega.

Al llegar abajo, Algorind desenvainó la espada y escudriñó la oscuridad. Sus ojos eran incapaces de distinguir a nadie más en la bodega, pero estaba seguro de que la había oído correr hacia allí.

Un breve y agudo chirrido rompió el silencio y de repente se encendió una antorcha. Algorind se encontró frente a cuatro hombres, todos ellos armados con espadas, que sonreían malévolamente. La sonrisa más ostentosa la lucía el hombre que él había estado siguiendo: un tipo escuchimizado con el rostro picado de alguna vieja enfermedad y una cola larga y trenzada de melena de caballo en las manos. Blandía burlón la trenza frente a Algorind, parpadeando de forma forzada, en una parodia del comportamiento femenino típico.

Sus compañeros soltaron una estruendosa carcajada al ver sus gestos y empezaron a rodear a Algorind. En lo alto, resonaba sin pausa el ruido rítmico de los telares.

Demasiado tarde, Algorind se dio cuenta de la trampa en la que había caído.

Aquellos hombres conocían las costumbres de la ciudad y habían escogido un lugar en el que un combate pasara inadvertido. Por la gracia de Tyr que pensaba presentarles la batalla que andaban buscando.

Separó un poco la espada del costado, con todos los músculos alerta y dispuestos para reaccionar. El primer hombre se abalanzó sobre él con la espada en alto y dos de sus secuaces a la espalda. Algorind embistió con un movimiento rápido y preciso que le hundió el filo de la espada en el corazón. Se agazapó para esquivar el siguiente ataque y, al incorporarse, atacó de abajo arriba al tercer hombre, derribándolo asimismo de un solo golpe. Por detrás de él oyó que un rápido ruido de pasos se detenía de repente sobre el sucio suelo. Algorind se acabó de erguir y giró hacia el hombre que había corrido para situarse a su espalda. Era el que lo había atraído a la

trampa, y estaba a punto de abalanzarse sobre él con un revés mortífero. Las dos espadas se quedaron trabadas con un sonoro tintineo, pero Algorind aprovechó para atacar con la mano izquierda por encima de las dos armas inmovilizadas y, cuando notó que el hombre se tambaleaba, arremetió de nuevo. La espada se clavó entre las costillas del hombre y le salió por la espalda.

El paladín se volvió para enfrentarse a su cuarto y último contrincante. Aquél era el más astuto de todos y el peor, porque se había complacido en ver cómo morían sus compañeros mientras medía a su oponente.

Era casi tan alto como Algorind y, aunque no tan ancho de espaldas, tenía un aspecto delgado y elástico, y un modo de sostener la espada que revelaba muchos años de práctica con la esgrima. Alzó la espada hasta la frente a modo de saludo en un gesto burlón sólo en parte.

Empezaron a caminar en círculos antes de intercambiar los primeros golpes.

Algorind se percató de que su enemigo era rápido y luchaba economizando movimientos. El hombre había sido entrenado, y además bien.

Algorind hizo una finta por arriba, pero su oponente le paró el golpe y luego lo atacó con un rápido movimiento circular hacia abajo. Algorind contrarrestó el ataque y respondió con otra embestida. En total, tres rápidos choques de acero contra acero que se habían sucedido correlativos y con mucha fuerza.

Se imponía la velocidad. El paladín cogió un ritmo rápido y descargó una serie de golpes sobre su contrincante, pero éste no sólo los iba deteniendo sino que iba atacando a su vez. Durante mucho rato, las dos espadas mantuvieron su diálogo rítmico y veloz.

Los luchadores se apartaron el uno del otro como si lo hubiesen decidido de mutuo acuerdo, siguiendo el ritmo único de su danza mortal. Luego, volvieron a enzarzarse, atacar y esquivar.

En una ocasión, el asesino se abalanzó sobre Algorind y, mientras atacaba por lo bajo, se llevó la otra mano al cinto. El paladín comprendió la estrategia. El hombre intentaba atacar por encima de las espadas con una daga, más o menos el mismo truco que había utilizado él para atacar con el puño desnudo al contrincante anterior.

Pero Algorind estaba preparado. Los maestros de esgrima del joven paladín lo habían entrenado en muchos estilos de lucha. Aquél era el modo característico de lucha de los habitantes de los valles, una zona agreste pero generalmente pacífica situada hacia el este y habitada en su mayor parte por granjeros, montaraces y leñadores. ¿Qué podía haber llevado a aquel hombre a un lugar tan alejado de su hogar?

Parte de la lástima que sentía por el habitante de los valles debió de asomar a los ojos del paladín, porque el rostro del hombre se torció en una mueca de rabia mientras sacaba la daga. No obstante, la cólera, como mala compañera de la

estrategia, le hizo desenvainar demasiado pronto y atacar demasiado alto.

Algorind pilló con facilidad la daga con la empuñadura de la suya e hizo que el violento golpe de su contrincante saliera desviado. Aprovechó el impulso para invertir la dirección de la embestida y golpeó con la empuñadura de su propio cuchillo la nariz del tipo. Resonó un crujido de huesos y un borbotón de sangre fue a derramarse sobre la gastada casaca de cuero que llevaba.

El hombre se abalanzó sobre él de forma ahora salvaje, perdida ya toda disciplina.

Algorind lo contrarrestó y esquivó todos los mandobles. Con una sensación casi de lástima, terminó con rapidez el combate con una estocada dirigida a la expuesta garganta de su oponente.

Se quedó un momento de pie sobre el cuerpo de aquel hombre para murmurar una oración por su alma descarriada; había sido un oponente de consideración que había caído víctima de su propia debilidad.

Algorind limpió el filo de la espada en un puñado de paja que cubría un cubo de zanahorias del verano anterior y envainó el arma. Luego, con la daga todavía en la mano, cogió una antorcha de un soporte de la pared. Ya había caído una vez por incauto en una trampa aquel día y no pensaba repetir.

En lo alto de la escalera, apagó la antorcha, la lanzó al callejón y desanduvo el camino de regreso a la calle principal. Se sintió aliviado al ver que el caballo seguía donde lo había dejado. Desató las riendas mientras reflexionaba sobre qué podía hacer a continuación.

Le daba la impresión de que aquella mujer llamada Bronwyn y su compañero enano estaban detrás de todo aquello. Pensaba remitir aquella información de inmediato a sir Gareth y dejar el asunto en sus manos.

Encontró al caballero en su despacho, ojeando un libro de registros con una expresión de dolorosa determinación en el rostro. Alzó la vista cuando Algorind anunció su presencia y levantó las cejas grises en gesto de interrogación.

Algorind le contó lo que le había ocurrido. El caballero meditó la información durante unos instantes y luego cogió pergamino y una pluma.

—Ve a los barracones a asearte. Consultaremos este asunto con el Primer Señor en persona.

Al cabo de un rato, salieron del Tribunal de Justicia rumbo al palacio del Primer Señor. Era fácil para sir Gareth conseguir audiencia con lord Piergeiron. Cuando él y Algorind se plantaron a las puertas del lujoso palacio, fueron recibidos por guardias uniformados que los condujeron en presencia del Primer Señor.

Una vez más se sintió Algorind incómodo ante todo aquel ostentoso esplendor que lo rodeaba. El palacio era una estructura construida por entero en un raro mármol blanco, coronada con una veintena o más de torres pequeñas y mucha mampostería esculpida. El interior era todavía más lujoso. Del centro de un gran vestíbulo brotaba

una fuente y alrededor se veían estatuas de mármol de diferentes héroes y dioses. Por doquier colgaban tapices con una profusión increíble de detalles y brillantes colores.

Los cortesanos lucían vestimentas de lujo a base de sedas, y joyas, e incluso los sirvientes iban con ropajes propios para la investidura de un joven caballero.

Los condujeron por una ancha escalinata en curva y luego a través de una sucesión de salas hacia la torre que Piergeiron consideraba como propia. Allí se encontró por fin Algorind con un entorno que le resultaba familiar. El despacho del Primer Señor era sencillo, casi austero. Los muros se veían desnudos salvo por un fino tapiz. El único lujo era una profusión de libros y la única comodidad, un fuego mortecino en la chimenea.

Piergeiron se levantó para saludarlos en tono campechano y con un fuerte apretón de manos.

—¡Bienvenidos, hermanos! He pensado mucho en vosotros. ¿Cómo va la preparación de la batalla?

—Bien, milord —respondió sir Gareth. Hizo un gesto de agradecimiento cuando Piergeiron le señaló una silla y esperó a que todos tomaran asiento antes de volver a hablar—. Paladines de todo el Norland se están reuniendo para el asalto a El Bastión del Espino. En un par de días, o tal vez tres, tendremos suficientes efectivos para iniciar la marcha hacia el norte.

—Ésas son buenas noticias —se congratuló el paladín—. Cuanto antes retome vuestra orden los mandos de la fortaleza, más a salvo estaremos todos aquellos que viajemos por la carretera Alta.

Sir Gareth inclinó la cabeza como respuesta a aquel elogio.

—Traemos otras noticias, milord, que no son tan agradables de oír. Se trata de la mujer de la que hablamos. Se ha dedicado a hacer travesuras desde la última vez que nos vimos.

En pocas palabras, el caballero contó la historia del arresto de Algorind y la trampa que le habían tendido unos asesinos que le habían preparado una emboscada.

También mencionó, para vergüenza de Algorind, el hecho de que el caballo del joven paladín había sido robado por un enano que era compañero de Bronwyn. Le habló de la visita de la mujer a El Bastión del Espino en el momento del asalto y su sospechosa huida, doblemente sospechosa en vista del hecho de que el comandante que había dirigido el asalto a la fortaleza era el hermano de Bronwyn. Sir Gareth finalizó su letanía repitiendo que Bronwyn había robado un objeto de gran valor perteneciente a la orden.

Lord Piergeiron escuchó toda la disertación en agitado silencio.

—He recopilado información sobre ella, pero ninguna tan espantosa como ésta. La joven tiene una reputación excelente en su trabajo y parece llevar una vida tranquila.

—Y no obstante tiene socios interesantes: un hermano que se suma al bando de los zhentarim, un enano ladrón de caballos y una gnoma que es una rufián. ¿Sabíais que Alice Hojalatera, la dependienta que tiene contratada Bronwyn, fue conocida en el pasado como Galinda Hojaveloz, ladrona y aventurera, y más tarde contratada por los Arpistas?

—No lo sabía —admitió Piergeiron.

—Todavía hay más —prosiguió Gareth—. Un visitante frecuente de la tienda es un joven noble conocido como Danilo Thann. ¿Acaso no está ese joven Arpista implicado en el nuevo colegio de bardos?

El Primer Señor asintió de manera forzada.

—Me preguntó qué querrá él de Bronwyn. Ella no es juglar, ni tampoco cortesana ni Arpista. —El tono de voz de sir Gareth indicaba que para él había poca diferencia entre aquellas profesiones.

—He conversado con el joven lord Thann en varias ocasiones y es una persona muy aficionada a las joyas y a los objetos de valor. Tal vez se limite a comprar objetos en el comercio de Bronwyn.

Sir Gareth alzó las cejas.

—¿Creéis eso?

—No. —El Primer Señor suspiró—. Me ocuparé de este asunto y os comunicaré lo que descubra lo antes posible. ¿Será suficiente para vosotros?

—Por supuesto. La palabra de un hijo de Azhar es un compromiso que ni el acero puede romper —respondió sir Gareth con franqueza. Se levantó para marcharse, pero pareció vacilar—. Hay una cosa más. Estoy seguro de que vuestros oficiales para la ley y el orden no escatimarán esfuerzos, pero ¿qué os parecería si nos encargamos nosotros de la búsqueda de esa mujer y la llevamos al Tribunal de Justicia de Tyr para que responda a unas preguntas? ¿Confiaríais en mí en este asunto?

A Algorind le pareció que lord Piergeiron suspiraba aliviado al oír una pregunta que podía responder de forma simple. Se levantó y alargó una mano para sellar el pacto.

—¿Qué puedo negarle a un hermano paladín? ¿Y quién mejor podrá dispensar justicia que Tyr?

Los dos hombres, paladín y caballero, se estrecharon las muñecas en un gesto propio de aventureros.

—¿Quién mejor? —repitió en eco sir Gareth.

Bronwyn recogió las pocas pertenencias de Cara y se preparó para dejarla en la torre de Báculo Oscuro. La chiquilla parecía tomárselo bien y Bronwyn se sentía orgullosa de lo muy adaptable y resistente que demostraba ser.

Lo que todavía le parecía más notable era que Cara no tenía más apoyo que su

propia fortaleza interna. «Estará bien», se repetía Bronwyn mientras se preparaba para el viaje que debía emprender, y pareció que iba a ser así hasta que llegaron a la base del muro liso y negro que rodeaba la torre del archimago.

Bronwyn desmontó y se acercó al pony de Ebenezer para bajar a Cara. Para su sorpresa, la chiquilla se abalanzó sobre el lomo del animal, tomó las riendas y se quedó mirando a Bronwyn con gesto desafiante y los ojos bañados en lágrimas.

—¡Quiero ir contigo!

Bronwyn suspiró.

—Ya hemos hablado de eso Cara. No puedes venir. Será muy peligroso.

—Llévame contigo —insistió.

—Te llevaré al interior de la torre —intentó negociar Bronwyn—, y me quedaré a probar el té y las pastas de lady Laeral. ¿Qué te parece?

La chiquilla se cruzó de brazos y chasqueó la lengua.

—No es bastante.

Ebenezer le dio un codazo a Bronwyn.

—Sería un mercader estupendo —comentó en voz baja, divertido.

—No me ayudas demasiado —musitó ella, mientras echaba un vistazo a la lisa superficie de piedra negra de la torre, preguntándose si alguien en su interior podría ver su situación.

Su súplica en silencio recibió una respuesta inmediata. Apareció Laeral, caminando a través de lo que parecía piedra sólida, como si fuera la imagen viviente de una cascada de agua. Era una mujer muy alta, más que la mayoría de los hombres, y esbelta como un abedul. Había dejado suelta su cabellera plateada, espesa y abundante, y le caía en cascada sobre los hombros desnudos hasta alcanzarle casi las rodillas. El vestido, también plateado, de la maga le ceñía el cuerpo hasta formarle un remolino a los pies, y parecía apropiado como traje de noche o de fiesta. En sus orejas brillaban sendos pendientes en forma de lluvia de estrellas, y el collar era una intrincada malla de filigrana plateada y todavía más cristal. El conjunto era suntuoso, extravagante y perfecto.

Cara se quedó boquiabierta y alzó la mirada al cielo, maravillada.

—Parecís magia pura —pronunció la niña—. Mucha magia.

Los ojos de la hechicera se iluminaron, afectuosos e irónicos.

—También tú podrás, Cara. Primero, desayunaremos algo y luego empezaremos.

¿Te apetece?

Era evidente que la chiquilla se sentía encantada, pero aun así desvió la vista hacia Bronwyn y se mordió el labio con gesto dubitativo.

—Sí... —murmuró, vacilante.

—Además, tengo una nueva mariposa —prosiguió Laeral— que acaba de nacer esta misma mañana. Tiene unas preciosas alas blancas como la nieve, pero está

aprendiendo a volar y necesita alguien que cuide de ella.

Aquello era el último empujón que Cara necesitaba. De inmediato, alargó las manos para ayudar y Bronwyn la levantó del caballo mientras por encima de la cabellera morena de la niña dirigía una mirada de agradecimiento a Laeral.

—Nos lo vamos a pasar muy bien, tú y yo —aseguró Laeral mientras cogía a Cara de la mano. Al ver que la niña contemplaba embelesada sus anillos brillantes, eligió uno que resplandecía como si estuviera hecho de fuego y hielo, y lo deslizó por el diminuto dedo de la niña. De inmediato, la sortija se adaptó al tamaño del dedo.

Bronwyn hizo un gesto de aprobación, pues sabía lo que aquel gesto significaría para Cara. La chiquilla tenía un anillo de su padre y sabía que era importante; consideraría un regalo como aquél algo muy significativo. Parecía que Laeral era tan sabia y perspicaz como hermosa.

Envueltas en una aureola casi tangible de magia, las dos se volvieron y desaparecieron a través del muro, aparentemente sólido, sin mirar atrás.

Bronwyn volvió a suspirar y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Luego, montó en su caballo y puso rumbo a la puerta Norte.

Cabalgaron en silencio durante varios minutos.

—Pareces concentrada en algún pensamiento —comentó Ebenezer, tras observarla un rato.

Ella esbozó una fugaz sonrisa.

—Ojalá se me hubiese ocurrido regalarle a Cara un anillo.

Por debajo de las calles de Aguas Profundas existía un extenso laberinto de túneles, y más abajo, otro, y otro más, capa sobre capa de secretos excavados profundamente en la piedra de la montaña. Dos hombres caminaban a buen paso a través de esos túneles, un paso simple que comunicaba la torre de Báculo Oscuro con el palacio de Piergeiron, un túnel accesible sólo para los hombres que dirigían aquellos lugares. Era un rincón solitario. Los únicos sonidos que se alcanzaban a oír eran el goteo del agua procedente del techo abovedado, el retumbo de sus botas sobre el suelo de piedra y, de vez en cuando, el chillido de alguna rata, unas criaturas que se paseaban por donde querían en un claro desafío al poder de aquellos señores.

Caminaban en silencio, pensando ya en el inminente encuentro. El rostro severo de Khelben Arunsun se veía más solemne que de costumbre, arrugado por una expresión que parecía de terror. Su sobrino pensaba que podía entender su preocupación, al menos en parte. El poder que el archimago dominaba lo ponía en ocasiones ante unas cimas que pocos podían escalar. Salvo por la compañía de su dama, Khelben era una persona solitaria y cargaba con un peso más diversificado y cansino de lo que la mayoría de mortales podía siquiera imaginar. Khelben tenía una vida prolongada, y había enterrado a muchas personas: amantes, amigos,

compañeros, incluso a sus propios hijos. Aquello era algo que Danilo Thann todavía no podía entender: ¿cómo era posible que alguien soportara el peso de la vida cuando sus propios hijos hacía ya tiempo que se habían convertido en cenizas? Sospechaba que el archimago pronto tendría que sufrir otra pérdida, la de una persona que era de los pocos y mejores amigos que le quedaban.

El pasadizo acababa en una estrecha escalera de caracol que ascendía en vertical.

Danilo se apartó a un lado para que Khelben pudiera subir primero. Al final de la espiral, el archimago dio unos golpecitos a una robusta puerta de madera, una puerta que, por el otro lado, no era una abertura. Ante la respuesta de Piergeiron, abrió la puerta y los dos hombres atravesaron un tapiz para introducirse en una sala de paredes paneladas de roble.

Piergeiron los saludó con afecto y con todo el encanto de cuya fama gozaba. Les sirvió vino de una botella de pedrería e hizo que un sirviente les trajese una bandeja con queso y frutas. Luego, hizo preguntas sobre temas relacionados con el archimago y el trabajo de los bardos, conversando sobre canciones que había oído y gente que los tres conocían. Danilo había sido entrenado en el arte de la conversación intrascendente y durante largo rato estuvieron platicando sobre nimiedades y temas sin trascendencia.

Khelben no dejaba de observar en todo momento a su viejo amigo con una expresión que sugería que lo estaba viendo de modo distinto, o al menos desde una perspectiva diferente. Danilo contemplaba aquella actitud con creciente incomodidad.

Había visto a Piergeiron y a Khelben juntos en varias ocasiones, y a pesar de que su amistad era tan poco estable como la que a menudo acontecía entre un gato doméstico y un caballo de granja, había sido perdurable. Por lo general, entre ellos había una cierta camaradería que en aquella ocasión se echaba en falta. El cambio no podía atribuirse en absoluto a nada de lo que el Primer Señor estuviese haciendo o diciendo, pero Danilo lo percibía con la claridad con que un elfo del bosque olfatearía la inminencia de una nevada en una brisa otoñal.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Khelben rompiera aquella pantomima. El archimago no se caracterizaba por ser un hombre paciente, ni era probable que soportara aquel tratamiento de parte de un viejo amigo. Era preferible un insulto punzante, o un súbito golpetazo, que aquel educado y elaborado intento por mantener las distancias.

—Una joven susceptible de ser agente Arpista ha entrado en conflicto con una hermandad de paladines —comentó el archimago sin más preámbulo—. Supongo que me habrás mandado llamar para hablar de ese asunto. Si es así, dime lo que tengas que decirme, y yo haré lo mismo.

—Muy bien. —Piergeiron dejó la copa en la mesa. Más que ultrajado, parecía aliviado de regresar a un terreno que conocía bien. Con admirable franqueza, el

Primer Señor expuso cuáles eran sus preocupaciones, basándose en el relato de sir Gareth.

—Deja que te tranquilice —repuso de inmediato el archimago—. Es cierto que Bronwyn es agente de los Arpistas. Tiene un objeto de Tyr en su posesión; eso también es cierto, pero en este preciso instante va de camino a Summit Hall, el monasterio de Tyr.

La expresión de Piergeiron pareció suavizarse. Danilo miró de soslayo al archimago, sin poder evitar pensar si sentiría la más mínima comezón de culpa por mentir a un viejo amigo. De hecho, Khelben no estaba diciendo que Bronwyn fuera a devolver el anillo, pero era evidente que Piergeiron creía eso, y parecía evidente que Khelben no iba a sacarlo de su error.

—Me alivia oír eso, amigo mío, pero debo admitir que albergo serias dudas sobre las intenciones de Bronwyn. Según sir Gareth, ha estado haciendo preguntas sobre un sacerdote de Cyric que, además, resulta que es hermano suyo.

Khelben ni siquiera parpadeó.

—Tiene razones para andar buscándolo. Los Arpistas y los zhentarim han sido enemigos durante muchos años.

«Otra verdad que oculta una mentira», pensó Danilo. ¿Era en eso en lo que se convertirían los Arpistas? Con el paso del tiempo, ¿también él haría como Khelben: manipular a sus viejos amigos y retorcer la verdad en beneficio del Equilibrio? Más tarde, tendría que prestar atención seriamente a ese asunto, pero ahora no era el mejor momento, así que disimuló al máximo la expresión de su rostro para que ocultara sus agitados pensamientos.

Khelben se inclinó hacia delante.

—Para hablarte con franqueza, Piergeiron, yo miraría con recelo los motivos que pueda tener sir Gareth en todo este asunto.

El Primer Señor pareció ofendido.

—¡Es un paladín de Tyr!

—Es miembro de la Orden de los Caballeros de Samular —especificó Khelben—.

No voy a discutir en absoluto que los paladines no sean hombres buenos y santos, pero siento desconfianza de las Órdenes. Que un hombre tenga convicciones justas es algo positivo, pero imagina el daño que pueden hacer muchas personas buenas que persigan como único objetivo una meta que están convencidas de que es justa. Odiaría ver a Bronwyn arrasada por una marea tan poderosa.

Piergeiron sacudió la cabeza, incrédulo.

—No me creo lo que estoy oyendo.

—Al menos considera lo que te estoy diciendo. Desde hace tiempo miro con recelo las Órdenes Militares, y es especial a los seguidores de Samular. Recientemente, he llegado a sospechar que hay razones buenas y de peso que

sustentan ese recelo.

El Primer Señor se puso de pie, con el rostro contraído y los ojos medio cerrados.

—Cuando encuentres pruebas que corroboren ese recelo, si es que llegas a encontrarlas, te ruego que me lo comuniques de inmediato. Me perdonarás si no deseo ni hablar del tema hasta que llegue ese momento.

Khelben se puso de pie en respuesta a aquel rechazo. Si acaso había percibido la frialdad del tono de voz de su amigo, no se vio reflejado en su mirada.

—Créeme, amigo mío, que desearía estar equivocado en este asunto.

Pasaron con rapidez por el consabido teatro de gestos educados y palabras de despedida, antes de que los Arpistas salieran de palacio. Mientras desandaban el camino a través de los túneles, el silencio de Khelben era pesado e inquietante. Por primera vez se le ocurrió a Danilo que el archimago podía estar entablado una batalla que no esperaba ganar. ¿Cómo podía un hombre ir en contra de los paladines sin aparecer ante la sociedad como una persona malvada? ¿Y qué hombre vivo, en especial un hombre que había vivido tantos años como Khelben y atesorado un vasto poder, no podía encontrar en el pasado algún secreto que sustentara aquella imputación? Danilo no tenía ningún recuerdo en especial, pero la reacción de Khelben cuando habían conversado sobre la historia de los Caballeros de Samular le inducía a creer que al menos unos cuantos de los secretos del archimago estaban relacionados con esa orden.

—Lo que has dicho a Piergeiron... —aventuró Danilo—. Has dicho que todo podía acabar mal pero que esperabas que tus predicciones fueran equivocadas. ¿Crees realmente en esa posibilidad?

El archimago chasqueó la lengua.

—¿Quieres una respuesta honrada?

Una irónica sonrisa curvó los labios de Danilo.

—Supongo que no.

—Ya me parecía —repuso Khelben con una voz cargada de cansancio—. Como la mayoría de la gente.

La cabalgada hasta Summit Hall transcurrió con más rapidez de lo que Bronwyn había anticipado. El pony azul de Ebenezer, a pesar de su naturaleza huraña, tenía un paso incansable y una veta de tozudez ancha como el trasero del enano. *Diablo Azul*, nombre con el que había bautizado Ebenezer al animal, era incapaz de seguir el ritmo de la veloz yegua de Bronwyn, pero trotaba a su lado como si desafiara al caballo a seguir sus pasos.

Gatuno también los acompañaba, a veces posado sobre el caballo de carga, otras tomando impulso y sobrevolando el cielo en círculos por encima de sus cabezas.

—¿Por qué has traído el cuervo? —quiso saber Ebenezer—. ¿Pretendes ahuyentar a los ladronzuelos?

Hizo un ademán para señalar el extenso páramo que los rodeaba. Era su segundo día de viaje. Habían vadeado el río Dessarin a primera hora de la mañana y ahora seguían la ruta de la carretera de Dessarin, en dirección al norte. El día anterior, habían pasado a la vera de varias aldeas y granjas aisladas, y se habían cruzado con jinetes y caravanas que los saludaban amistosamente al pasar. Pero aquel día se habían topado con sólo dos grupos de viajeros, y ambos a primera hora de la mañana. Salvo por el propio camino que seguían, aquella ruta tenía pocas señales de estar habitada. En la mayor parte del camino, los árboles eran densos y lo suficientemente altos para que las copas se cruzaran por encima de sus cabezas. En pleno verano, debían de proporcionar una sombra de lo más agradable, pero Bronwyn se alegraba de que en aquel momento apenas brotaran racimos de hojas de color verde dorado. Cuando estuviesen cubiertos por completo, aquellos árboles proporcionarían un vasto cobijo para bandidos y depredadores.

—¿Por qué el cuervo? —repitió ella en eco—. A veces lo uso para enviarle mensajes a Alice. ¿Por qué el caballo de carga?

Ebenezer se encogió de hombros.

—La costumbre. Nunca se sabe cuándo vas a encontrar algo que valga la pena llevar al mercado.

Ella soltó una carcajada.

—Eso suena a buscador de tesoros.

—No negaré haberlo hecho. Hay maneras peores de ganarse el sustento. Ser Arpista debe de ser una de ellas...

La mujer miró con ojos especulativos al enano. Aquel estudiado tono de indiferencia demostraba cierto interés. Por regla general, los enanos eran reservados y odiaban entrometerse como odiaban el agua, pero Ebenezer era de naturaleza curiosa y su interés era mayor que el de la mayoría de sus congéneres.

—No es en realidad el modo en que me gano el sustento, aunque supongo que

haya quien sí lo hace. Ser Arpista es formar parte de algo, ser algo más que una persona sola.

—Una especie de clan —razonó él.

—No conozco muy bien los lazos familiares, pero supongo que podría llamarse así. Mira ahí delante —se interrumpió, señalando un punto.

Desde hacía una hora, los árboles se habían vuelto más escasos y de menor tamaño. Al frente, el escenario cambiaba y, en vez de bosque, el terreno se convertía en pendientes y ondulantes colinas. En la distancia, el camino giraba y emprendía el ascenso por una escarpada pendiente.

—Hay muchas cuevas por aquí —anunció el enano tras divisar los montes rocosos en dirección al norte—. Es territorio de goblins; lo más seguro, de orcos. Será mejor que acampemos en algún lugar resguardado antes de que anochezca.

Siguieron cabalgando hasta el crepúsculo y montaron el campamento en una colina situada a poca distancia de Summit Hall. Ebenezer encontró una cueva diminuta con una abertura pequeña y tan escondida que Bronwyn fue incapaz de verla hasta que él apartó unas ramas para mostrársela.

—Espera un momento —dijo, y luego desapareció por el hueco. Apareció al cabo de un instante, frotándose enérgicamente el polvo de las manos—. Es una buena caverna. No hay señales de orcos, y tiene el techo demasiado bajo para que puedan luchar de pie. Desemboca incluso en un pequeño túnel que puede utilizarse como vía de escape. Es un poco estrecho, pero confío en que pueda cocinarse un guiso para dos esta noche.

El tono esperanzado de su voz hizo sonreír a Bronwyn.

—¿No te tocaba a ti cocinar?

—¿Y si yo cazo los conejos?

—Me parece justo. —Bronwyn se volvió hacia el caballo de carga para desatar el equipaje. Y allí, sentada entre los bártulos y con una sonrisa de gatito satisfecho en el rostro, estaba Cara.

Bronwyn brincó hacia atrás y soltó un grito.

—¿Cómo has llegado aquí?

Pero supo la respuesta antes de acabar la frase. De repente, el comportamiento de Cara delante del muro de la torre de Báculo Oscuro cobraba sentido. Su reticencia a quedarse había sido una estratagema, una manera de ocultar su piedra preciosa entre la carga del caballo. Bronwyn no sabía si echarse a reír, sentirse conmovida o exasperarse.

Se apretó con ambas manos las sienes con la esperanza de calmar así la aceleración de su pulso.

—Bueno, es un buen saludo. —Ebenezer se cruzó de brazos y fingió arrugar la frente—. No podemos meternos en un nido de paladines con la chiquilla, en vista de

las ganas que tienen en Aguas Profundas de conservarla.

—Cierto. —Bronwyn se acercó a Cara y la izó del caballo—. Debes regresar de inmediato.

—Déjame quedar esta noche —suplicó la chiquilla—. Nunca he dormido bajo las estrellas.

Bronwyn lo había hecho en tantas ocasiones que apenas prestaba atención a ellas, pero era una perspectiva encantadora en boca de alguien que lo expresaba con tanto anhelo. Desvió la vista hacia Ebenezer.

—¿Te quedarás con ella mientras voy a hablar con los paladines?

—¿Y perderme una conversación con esa gente? Encantado. Tú y yo vamos a colocar algunas trampas y cebos alrededor del campamento —añadió dirigiéndose a Cara.

Según parecía, Cara tenía buena mano con las trampas. Había sido tarea suya cuidar de las trampas para conejos que sus padres adoptivos mantenían alrededor del huerto. En cuanto aprendió a ajustar el tamaño, consiguió atar y colocar los cebos con tanta agilidad como el enano.

—¿También sabes cocinar? —preguntó éste.

—No, pero sé hacer un buen fuego. Mira. —La chiquilla volvió la vista hacia la pila de rastrojos que Bronwyn había amontonado alrededor de un círculo de rocas. De inmediato empezaron a surgir volutas de humo de las ramas y, acto seguido, chisporrotearon lenguas de fuego—. ¿Qué os parece? —añadió con voz triunfante, mientras Bronwyn la contemplaba boquiabierta—. Laeral me enseñó cómo hacerlo. Es un hechizo.

—Muy bueno —balbució Bronwyn. No era experta en magia, pero le parecía notable que alguien fuera capaz de aprender un hechizo tan rápido, y más una niña. Por primera vez, se preguntó quién sería la madre de Cara. ¿Qué mujer elfa había dado a luz y legado a su hija un talento tan increíble? ¿Y dónde estaba ahora?

Como Cara no había mencionado nunca a su madre, Bronwyn pensó que era más oportuno no preguntar. Echó un puñado de carne seca y raíces en un puchero de viaje y, para cuando empezaron a despuntar las primeras estrellas, los tres saboreaban un cocido mientras escuchaban el primaveral croar de las ranas de un estanque cercano.

El complejo era impresionante; se parecía más a una ciudad amurallada que a una fortaleza, y estaba rodeado de un espeso muro de casi seis metros de altura construido con la piedra color arena que abundaba en los alrededores. En cada esquina había torres de vigilancia y en la cima de la colina sobresalía un alcázar. Al norte, fuera del recinto, se alzaba una antigua y desvencijada torre.

Bronwyn se acercó a caballo a la puerta y fue recibida de forma cordial, aunque distante, por los seguidores de Tyr. Un caballero de edad avanzada le mostró la

cámara para los huéspedes situada en uno de los edificios de menor tamaño que bordeaban un patio polvoriento, amplio y descubierto. La estancia estaba amueblada de forma espartana, y se preguntó si hubiese recibido un aposento de mayor categoría si los paladines hubiesen conocido su linaje. En aquel momento, sin embargo, le pareció más prudente mantener en secreto su identidad. Había dejado el anillo oculto en el campamento por miedo a alertar a los paladines y acabar perdiéndolo.

—Buena idea —había aprobado Ebenezer—. No es bueno confiar demasiado en los humanos.

Bronwyn había estado a punto de preguntarle qué pensaba que era ella, pero lo cierto era que aquellas últimas semanas las experiencias que ella misma había tenido en sus tratos con la raza humana no le servían como prueba para refutar aquel cínico razonamiento.

En una de las torres del alcázar resonó un timbre y, de inmediato, Bronwyn oyó un frenético ajeteo y se asomó a la ventana. Varias docenas de jóvenes se estaban reuniendo en el campo descubierto que constituía el corazón del monasterio. Formaron una hilera doble para empezar a entrenar de dos en dos con espadas, porras y una amplia variedad de armas de reducido tamaño. Todos ellos eran buenos luchadores, muy impresionantes. No había un solo hombre al que Bronwyn se viera capaz de ganar en un combate cuerpo a cuerpo. Además, le daba la impresión de que todos ellos disponían de un creativo surtido de tácticas sucias.

Uno de los jóvenes paladines la condujo a la presencia del maestro Laharin Barba Dorada. Se introdujo en su austero despacho y lo saludó con cortesía.

El hombre levantó la vista y sus ojos se abrieron de par en par.

—Gwenidale —balbució.

No era un nombre corriente, y Bronwyn lo había oído sólo una vez en veinte años, cuando Hronulf se había referido a su madre.

Bronwyn no tenía intención de desvelar su identidad, pero cambió rápidamente de opinión.

—No soy Gwenidale, sino su hija. Me llamo Bronwyn.

El caballero recobró la compostura y se acercó a ella con las dos manos extendidas. Cogió las de ella y le abrió los brazos como haría un viejo amigo con una chiquilla cuyo súbito crecimiento le pillara por sorpresa.

—Eres tú, no cabe duda, pequeña Bronwyn. La última vez que te vi, no tenías más de tres años. ¡Por el martillo de Tyr, chiquilla, te has convertido en la viva imagen de tu madre!

Descubrió que Laharin le caía bien y que habría pensado lo mismo de él aunque no hubiese hablado de su madre. El hombre parecía tener más calidez y amabilidad que ninguno de los demás paladines que había conocido, incluido su propio padre.

—Vamos, siéntate —la urgió—. Tienes que contármelo todo. ¿Cómo has llegado

al final hasta nosotros?

—Conocéis el asalto que tuvo lugar a mi pueblo. Fui vendida como esclava y aunque durante años intenté encontrar el rastro de mi familia, era demasiado joven para recordar. Recientemente, conseguí saber el nombre de mi padre.

Una profunda tristeza se reflejó en el rostro del caballero.

—Demasiado tarde —murmuró—. Tu padre era un gran hombre. Un buen amigo.

—Tuve ocasión de encontrarme con él —admitió Bronwyn—. Fui hasta El Bastión del Espino para verlo.

Una súbita luz iluminó el rostro del caballero.

—Te entrevistaste con sir Gareth en Aguas Profundas, ¿verdad? Hasta este momento no he establecido la conexión. Chiquilla, la hermandad está muy preocupada por ti. Oímos decir que colaborabas con aquellos que asaltaron la fortaleza y que te apropiaste de un objeto sagrado para nuestra orden. ¿Cómo conseguiste escapar a la destrucción?

—Había una vía de escape y mi padre insistió en que me fuera por ella.

—Ah, eso lo explica todo. Hronulf debía de conocer todos los secretos de la fortaleza porque había pertenecido a vuestra familia durante muchos años.

Aquel comentario daba pie a Bronwyn a plantear un tema que hasta aquel momento no había considerado utilizar.

—Fue deseo de Hronulf que viniese a hablar con vos, Maestro Laharin. Me dijo que debía aprovecharme de sus buenos consejos respecto al futuro de mi familia... —Dejó que su voz tradujera cierta incertidumbre y bajó la vista como si se sintiese abrumada por un arranque de modestia femenina.

—Ah. —Laharin comprendió con toda claridad los pensamientos de Hronulf—.

Sí, debes encontrar una pareja apropiada. Aquí hay varios hombres jóvenes que podrían ser adecuados. Pensaré en el asunto.

—Mientras tanto, ¿podrías instruirme sobre mi herencia? No estoy acostumbrada a ser la hija de un paladín. Si asimismo tengo que engendrar nuevos paladines, desearía conocer más cosas sobre la orden.

—¡Te mostraré encantado Summit Hall!

Laharin se levantó e hizo que ella se cogiera de su brazo. Juntos, empezaron a caminar por la fortaleza. Le enseñó el patio de entrenamiento, los barracones donde dormían los jóvenes, los establos llenos de hermosos caballos y las armerías repletas de casi todas las armas que Bronwyn era capaz de nombrar. También había una biblioteca con libros antiguos y mapas.

—Puedes leer lo que te apetezca de aquí; todo está a tu disposición —le aseguró Laharin—. Todas las historias y las costumbres deben ser transmitidas a tus hijos.

¿Recuerdas haber escuchado esos relatos?

—Vagamente —admitió—. Tan sólo recuerdo su ambiente y su ritmo. —Siguió

con la mirada a un muchacho delgado que cruzaba el vestíbulo en dirección a ellos. A juzgar por el corte de su túnica y el montón de ropa de lino que llevaba en una pila entre los brazos, debía de ser un escudero. Era enjuto y de expresión jactanciosa, con una mata de pelo rojizo y un rostro salpicado de pecas, al igual que los brazos desnudos.

Debía de tener unos ocho años.

Laharin siguió su mirada, percibiendo de inmediato su expresión confusa.

—Los muchachos que desean entrar al servicio de Tyr acuden por lo general antes de haber cumplido diez inviernos y permanecen aquí una decena de años.

—Tan jóvenes...

El caballero le dedicó una mirada que era a la vez severa y comprensiva.

—Los hombres tienen la opción de dedicar sus vidas al servicio de Tyr. Sospecho que las mujeres tienen una tarea más dura, pues deben dedicarse a sus hijos.

Bronwyn murmuró algo dócil y siguió al caballero por un prolongado tramo de escaleras estrechas que desembocaba en lo que parecían unas mazmorras. Había varias celdas, todas ellas vacías, y al final de un pasillo otro tramo de escaleras que bajaba todavía más hacia las profundidades. Laharin descolgó una antorcha de un soporte de la pared y le indicó con un gesto que lo siguiese.

—Este túnel conduce a las bodegas de la cocina —explicó.

Ella señaló una puerta de madera redondeada, de poca altura. El pestillo estaba echado y trabado, cubierto de óxido polvoriento.

—¿Qué es esto?

—Nada importante. Es un túnel que conduce a una vieja torre que hay en el exterior de la muralla. Nadie lo ha utilizado durante siglos.

Bronwyn se quedó pensativa, extrañada por aquella respuesta.

—¿No teméis que alguien pueda acceder al monasterio a través de esa torre?

—No —repuso él, brevemente, mientras se erguía y suavizaba, no sin esfuerzo, el entrecejo que tenía fruncido—. La torre se ve con toda claridad desde la torre de vigilancia y nadie ha entrado ni salido de ella durante siglos.

—Entonces, ¿por qué...?

—Es parte de nuestro patrimonio —la interrumpió él—. Pocos conocen esta historia, pero tú debes escucharla. La torre perteneció en su día a un hermano de Samular, un brujo de gran poder conocido con el nombre de Renwick Manto de Nieve Caradoon. Fue deseo de Samular que se construyese un monasterio de entrenamiento de paladines junto a la torre, y que se protegiese en todo momento en honor a su hermano, que murió en plena batalla con tanta valentía como cualquier caballero.

«Al menos, ésta es la versión de Samular», pensó Bronwyn mientras recordaba lo que Khelben le había contado sobre aquel lugar y lo que debía buscar.

—Es una historia enternecedora. Samular conocía el valor de la familia — respondió mientras se esforzaba porque su rostro mostrase una expresión de embeleso y carente de astucia.

Laharin le dedicó una mirada curiosa, como si de repente estuviera considerando lo que Bronwyn conocía realmente sobre el valor de su familia, pero el instante pasó rápido y fue sustituido por una fugaz expresión de autorreproche. Bronwyn se dio cuenta, no sin cierta sensación de culpabilidad, de que no era un hombre que se mostrara por regla general receloso. Realmente detestaba tener que abusar de su buena voluntad. Además, no estaba lista para consagrarse ella misma y el poder que hubiese heredado de su familia, fuese cual fuere, a favor de la orden.

Pasó un día muy agradable con el caballero, pero se excusó de ir a cenar alegando el cansancio del viaje. Esperó hasta que los paladines y los sacerdotes se hubieron reunido para sus rezos vespertinos para escabullirse a través del patio y regresar al alcázar. Khelben la había instruido para que registrara una torre situada en el exterior de la fortaleza principal y el viejo túnel era el mejor modo de acceder a ella. Cogió una antorcha del piso superior, como había hecho Laharin, y se abrió paso en dirección a la puerta de madera.

Fue sencillo romper el oxidado pestillo. Con tres golpes precisos con la empuñadura de su cuchillo consiguió romper la desgastada cadena. Bronwyn se coló por la abertura, no sin antes sacudir el aire ante su rostro para apartar la extensa telaraña que cubría el lugar como si fuera niebla. El suelo también estaba lleno de vida: escarabajos e insectos de todo tipo pulularon bajo sus pies en cuanto se introdujo en el interior.

Mientras avanzaba, el túnel parecía ir ascendiendo, pero para su sorpresa, el pasadizo terminaba en un sólido muro de piedra. Sin dejar que la venciera el desánimo, apoyó una mano en la piedra. Sintió que le subía un cosquilleo por el brazo y percibió una llamada dulce y tácita que la impulsaba a entrar.

Bronwyn apartó la mano, sobresaltada. Impulsada por una súbita sensación de urgencia, volvió a apoyar la palma de la mano en el muro de piedra y, una vez más, sintió la acogedora invitación. Siguió su impulso antes de llegar siquiera a comprenderlo y atravesó el muro de piedra. El paso a través de piedra sólida le produjo una especie de hormigueo por todo el cuerpo y la dejó con una extraña sensación de frío.

Se envolvió los hombros con los brazos y echó un vistazo a su alrededor. El interior era más amplio de lo que parecía desde afuera y estaba iluminado por velas colocadas en candelabros de pared. La luz oscilante dejaba al descubierto muros de piedra adornados con tapices de telarañas y un techo abovedado cuyo extremo no alcanzaba la vista.

—Bienvenida, hija de Samular —saludó una voz débil y quejumbrosa.

Bronwyn giró en redondo, sobresaltada por aquel sonido sobrenatural, y su mirada se quedó prendida en un par de resplandecientes ojos rojizos enmarcados por un rostro esquelético.

Ahogó un grito y se echó hacia atrás. Tras una inspección más detallada, comprendió la naturaleza del ser que tenía delante. Telas antiguas y ajadas colgaban en jirones alrededor de aquella forma flaca y en aquellos puntos donde antaño debía de haber habido carne se veían ahora tan sólo huesos envueltos por una piel apergaminada.

Escasos mechones de cabellos blancos emergían de debajo de la capucha de una capa que en su tiempo debía de haber sido blanca. Y aun así había algún tipo de vida tras aquellos ojos rojos resplandecientes. Se encontraba ante un cadáver, un brujo no muerto, y uno de los seres más temidos y poderosos que el mundo conocía.

La criatura dio un paso adelante.

—Hija de Samular —repitió—. No hay razón para temerme. He esperado durante mucho tiempo este momento, y a alguien como tú, El Veneno de Fenris... ¿Ha llegado el momento? ¿Has venido en su busca y a por el tercer anillo?

Como parecía lo más oportuno y además no estaba segura de que no le fallara la voz, Bronwyn asintió.

El cadáver se abalanzó hacia adelante produciendo un rápido cascabeleo. Cogió los brazos de Bronwyn con sus huesudos dedos y asomaron lágrimas de polvo y moho a sus relucientes ojos.

—¡Por fin has venido! ¡Qué maravillas vamos a conocer..., y qué gloria! Espera aquí.

Soltó a Bronwyn con tanta brusquedad que ésta estuvo a punto de caer. Se frotó los brazos en los puntos donde el contacto con el cadáver le había dejado la piel fría y contempló, perpleja, cómo la criatura subía por la escalera que rodeaba el muro interno de la torre. Transcurrieron varios minutos y, cuando empezaba a considerar la posibilidad de retirarse, el cadáver apareció con una diminuta caja en sus esqueléticas manos.

—El tercer anillo —musitó con voz reverencial, mientras le tendía la caja.

Bronwyn la abrió y deslizó el anillo en su mano izquierda tal como había hecho su padre. Al igual que en aquella ocasión, éste también se adaptó de forma mágica a su hechura.

—¿Y El Veneno de Fenris? —preguntó, recordando el nombre que había pronunciado antes el cadáver y suponiendo que aquél era el objeto tan buscado.

—No está aquí, por supuesto. He mantenido la máquina de asedio oculta para mayor seguridad durante muchos años, del mismo modo que uno ocultaría un árbol en un bosque —confesó la criatura en tono malicioso—. Se encuentra en el ático de una tienda de juguetes y curiosidades, en una ciudad remota cercana al monasterio.

Máquina de asedio. En una tienda de juguetes. Bronwyn empezaba a comprender qué papel jugaban los anillos en todo aquel asunto.

—¿Por qué lo hiciste? Pensé que El Veneno de Fenris estaría a salvo aquí.

El cadáver meneó un dedo en gesto de amonestación.

—Es peligroso tener los anillos y la torre en el mismo lugar. Los cuatro objetos deben agruparse sólo cuando se reúna una fuerza suficiente para usarlos y protegerlos.

—El cadáver hizo una pausa, sacudió la cabeza, y se inclinó hacia adelante en un gesto amenazador—. No llevas los otros anillos contigo, ¿verdad?

—Sé dónde están, pero no los traigo conmigo. Uno está en manos de otra chiquilla, también descendiente de Samular; una niña que está protegida por una magia poderosa. Si se encuentra amenazada, es capaz de huir a través de muros de mucho grosor. —El instinto la impulsó a no mencionar la torre de Báculo Oscuro.

—Bien. Eso está bien. ¿Tus antepasados te han preparado para que manejes El Veneno de Fenris en nombre de Samular?

Cierta sagacidad en su seco tono de voz hizo que Bronwyn recelara. Parecía evidente que aquella criatura podía percibir su herencia..., tal vez le estaba haciendo una prueba para descubrir sus conocimientos y su valía. Intentó ajustarse cuanto pudo a la verdad.

—Mi padre me dio el anillo justo antes de morir en un ataque perpetrado contra su fortaleza. Él habría querido que yo usase El Veneno de Fenris para corregir ese atropello.

La criatura asintió con frenesí, y con el ímpetu perdió pedazos de su ajada piel.

—Bien, bien. Tienes dos hijos descendientes directos, dos que están de acuerdo en cómo utilizar los anillos. Eso es necesario porque una persona sola no puede despertar la magia de El Veneno de Fenris. Ahora vete, y hazlo.

Bronwyn estaba encantada de obedecer, pero cuando se encontraba ya de cara al muro, se giró.

—La tienda de juguetes.

—Gladestone —respondió el cadáver con impaciencia—. Una vieja ciudad de elfos que viven largas vidas y atesoran recuerdos. Busca a Tintario o a sus herederos.

Existe un compromiso con esos elfos y su tienda. Nunca venderán El Veneno de Fenris ni cerrarán la tienda. Si es necesario protegerla, lo harán aun a riesgo de dejar en ello la vida. Espero que tú hagas lo mismo.

Tenía una pregunta más, una que temía formular.

—¿Quién eres? O, si lo prefieres, ¿quién fuiste?

El cadáver titubeó. La muchacha tuvo la impresión que lo había entristecido más que agraviado con su impertinencia.

—Ya no me acuerdo del nombre que un día llevé. Lo que fui se ha perdido. Ahora

soy el Guardián de la Orden. —Su cuerpo emitió un sonido pesado y sordo, que en una garganta normal habría parecido un suspiro—. Eso me coloca en una posición paradójica. Los paladines no toleran a las personas no muertas y me destruirían si me viesen. Para bien o para mal, pocos de los paladines y sacerdotes que viven en la fortaleza saben quién o qué habita en esta vieja torre. Simplemente lo consideran un lugar sagrado y existe un edicto de la orden que les impide entrar aquí.

El cadáver sacudió su cuerpo para alejar de sí la desesperación como habría hecho en multitud de ocasiones durante sus largos años de vida como no muerto.

—Pero ahora has venido tú y dejo el tercer anillo y El Veneno de Fenris en tus manos. Esto lo hago porque eres descendiente directa de Samular y porque no puedo entregar esas cosas a los paladines para los que se crearon. —La criatura salió disparada con sorprendente rapidez y se cernió de forma amenazadora sobre Bronwyn. Con una mano huesuda se apartó los harapos que le cubrían los huesos y un diminuto murciélago salió volando de entre sus costillas. El cadáver no le prestó atención, pero del interior de un bolsillo extrajo una diminuta esfera de reconocimiento y se la mostró—. Podré ver lo que haces. Si fracasas, iré a buscarte.

Cara y Ebenezer pasaron un plácido día en el monte. El enano le enseñó cómo escupir a grandes distancias y cómo coger un cuchillo para tallar madera. La chiquilla lo tomó con tanto entusiasmo que al poco rato tenía una pila de virutas de madera alrededor de los pies. Sólo podría conseguir un puñado de astillas y algunos mondadientes, observó el enano, pero no estaba mal para un principiante.

La niña le suplicaba que le contara historias, como había hecho en el barco.

Ebenezer ya le había relatado sus mejores relatos, pero no le importaba empezar por los menos interesantes. No quedaban mal, en cuanto les añadía un poco de brillo y color.

Mientras hablaba, le iba tallando un muñeco de madera. La niña quería que le hiciera un orco igual que el que aparecía en sus relatos.

La verdad era que Ebenezer pensaba bastante en orcos. Conocía las señales mejor de lo que habría deseado: toscas huellas de pies grandotes, restos de pequeños animales de caza comidos de un bocado y el fétido y húmedo olor que emanaba de cuevas escondidas. Tendrían problemas, de eso estaba seguro. Los orcos siempre traían problemas.

Pero cuando llegaron los problemas, tomaron un cariz muy diferente. La súbita exclamación de Cara lo pilló por sorpresa. Lo cogió de la muñeca y señaló a la lejanía.

—¡Allí! ¿Ves ese caballo blanco con manchas grises? Ése es el hombre que me raptó en la granja y que me persiguió por la ciudad.

Ebenezer aguzó la vista y parpadeó, pero sus ojos no podían alcanzar distancias

tan grandes como los afinados ojos de la chiquilla. No alcanzaba a ver al hombre, pero...

¡caramba! Conocía el caballo.

—Más paladines —musitó—. Y van de camino al alcázar.

No le gustaba aquello, ni una pizca. Su instinto le decía que aquello pondría a Bronwyn en dificultades. Pero, ¿cómo podía avisarla?

Cara soltó un silbido. A pocos metros de distancia, *Gatuno* estaba rebañando los huesos del conejo asado que habían tomado como almuerzo. El cuervo alzó la vista al oír el sonido y voló hasta posarse en el hombro de la chiquilla.

—Podemos enviar a *Gatuno* para que la avise —propuso.

Ebenezer se mordió el labio mientras meditaba.

—¿Sabrá hacerlo?

—Puede volar, puede encontrarla y darle el mensaje —replicó, confiada, pero de repente se mordió el labio con gesto de consternación—. Yo todavía no sé escribir muy bien. ¿Podrías escribir tú la nota?

Ebenezer podía hacerlo, pero no en Común. El cartel de la tienda de Bronwyn tenía una inscripción en dezhek, junto con texto en Común y la típica escritura élfica de trazos redondeados y femeninos. Confió en que Bronwyn no tuviera que contratar un escriba enano para entender el texto en dezhek. Cogió el extremo grueso de un lápiz de carboncillo que le tendía Cara y garabateó unas runas en un pedazo de pergamino.

—Es hora de ver si esa gnoma presuntuosa le ha enseñado algo útil —murmuró mientras escribía.

Los colores del atardecer se desvanecían por el horizonte mientras sir Gareth y Algorind cabalgaban hacia Summit Hall. Saludaron a los centinelas de las torres para no tener que aminorar el paso y esperar a que abrieran las puertas y se precipitaron a través del umbral de madera para acabar deteniéndose ante un sobresaltado grupo que salía en aquel momento de la capilla.

—¿Dónde está esa zorra? —preguntó sir Gareth mientras descendía de su caballo.

El Maestro Laharin dio un paso adelante; tenía las cejas amarillentas torcidas en un gesto de disgusto.

—La cortesía es una norma de esta Orden, hermano. La única mujer que hay en esta fortaleza es una huésped honoraria.

El tono de reprimenda era duro teniendo en cuenta su posición, pero Gareth no pareció darse cuenta.

—Es una traidora y una ladrona. Lord Piergeiron de Aguas Profundas nos dijo que se dirigía hacia aquí. ¡Encontradla!

Tal era la urgencia que destilaba la voz del caballero que la mayoría de los

paladines obedeció de inmediato. Algorind desmontó para colocarse a su lado pero, antes de haber dado una docena de pasos, Yves, un joven que iba un curso por detrás de Algorind, salió corriendo al patio.

—¡La cadena del túnel de la torre ha sido profanada!

Algorind no había visto nunca semejante rabia descontrolada en el rostro de un paladín como la que mostraba el de sir Gareth. El caballero intentó moderarse y se volvió hacia Laharin, que se había quedado pálido de repente.

—¿Lo veis? Esa mujer os ha engañado.

A Algorind le pareció que el caballero se complacía en poder dar aquella noticia.

—Esa mujer estaba en El Bastión del Espino cuando la fortaleza fue asaltada — prosiguió sir Gareth—. ¿No se os ocurrió pensar cómo había podido salir ilesa una simple mujer?

—Es hija de Hronulf —repuso Laharin sencillamente—. Me contó que se había encontrado con Hronulf y que él le había mostrado un túnel secreto que le había servido como vía de escape.

—¿Dijo también que Hronulf le había dado su anillo? ¿Mencionó acaso que la chiquilla perdida de Samular está bajo su custodia, oculta en la torre de Báculo Oscuro?

Laharin palideció todavía más a medida que digería la enormidad de la situación.

—No, no lo hizo.

—Y, además, ha pasado a la antigua torre —concluyó Gareth con pesar.

Aunque Algorind no sabía lo que aquello significaba, era evidente que Laharin sí porque se retorció nervioso las manos.

—Eso parece. ¡Por el martillo de Tyr! Los tres anillos volverán a reunirse.

Sir Gareth se volvió hacia Algorind.

—Encuétrala. Llévate contigo a otro hombre. Haz lo que debas hacer, pero recupera los anillos de Samular.

La absoluta frialdad de la voz del caballero hizo estremecer a Algorind, pero no podía echar la culpa al razonamiento de sir Gareth ni poner en tela de juicio la tarea que le encomendaba. Llamó con un silbido a su montura y pidió a Corwin, un muchacho de su misma edad, que lo acompañara.

Los dos jóvenes paladines salieron disparados hacia la torre. Algorind suponía que si Bronwyn había salido por la puerta oculta, no debería de estar muy lejos. Le seguirían el rastro.

El ocaso se estaba convirtiendo ya en negra noche cuando Algorind descubrió las primeras huellas dejadas por unas botas gastadas, de tamaño pequeño. Había sólo un grupo de huellas, y se perdían por detrás de un pedregoso montículo.

Bajó de su caballo y se arrodilló para observar mejor. La mujer era de baja estatura y aquellas huellas parecían un poco grandes para ser las suyas, pero no tanto

para que fuera imposible. Para ser precavido, desenvainó la espada y le hizo un gesto a Corwin para que hiciera lo mismo antes de echar a correr hacia el montículo.

Allí no les esperaba ninguna mujer, sino una pequeña banda de orcos: criaturas escuchimizadas y espantosas con ojos rojizos y sebosos, y protuberantes colmillos.

Aquella banda iba armada sólo con sus malévolas sonrisas y cuchillos de hueso; la mayoría iban desnudos, o casi, y sólo una hembra de pellejo verdoso llevaba puestas un par de botas. Debía de ser ella quien había dejado las huellas que lo habían engañado.

Aquello era sin duda una emboscada.

Aquellas criaturas eran más pequeñas de lo que Algorind había visto nunca, y más jóvenes. La hembra no llevaba más que las ajadas botas y un pequeño taparrabos de cuero, y lucía los pequeños pechos al descubierto por encima de unas costillas bien marcadas. No parecía haber alcanzado todavía la edad adulta, y varios de los varones parecían incluso más jóvenes que ella, pero eran orcos, así que los paladines salieron a la carga.

Los orcos carecían del valor necesario para entablar un combate honroso y, cuando fue evidente que la lucha no se les iba a presentar fácil, la mayoría soltó un chillido y salió huyendo. Algorind arremetió contra un orco que lo atacaba con un cuchillo y con el mismo impulso destripó a un segundo. Luego, se abalanzó hacia adelante y el filo de su espada se hundió profundamente en las costillas de un cobarde que intentaba salir huyendo por encima de unas rocas.

Los supervivientes se desperdigaron y salieron en desbandada. La orca que iba calzada tuvo valor suficiente para intentar robar un caballo. Montó de un brinco en el corcel negro de Corwin y empezó a espolearlo a patadas para que saliera al galope, pero no tuvo en cuenta que se trataba de una montura entrenada por paladines. En cuanto el caballo salió al trote, Corwin emitió un agudo silbido y, de inmediato, el corcel corcoveó, alzando las patas al aire. La orca resbaló hacia atrás y cayó pesadamente de espaldas sobre el pedregoso suelo. Al instante, Corwin estaba a su lado, apuntándole con la espada a la garganta. La pequeña zorra todavía consiguió escupirle antes de que el filo del arma le segara la vida.

Algorind brincó sobre el lomo de *Viento Helado* y le indicó a Corwin que lo siguiera. Trabajando en equipo, consiguieron matarlos a todos menos a un par, e, incluso éstos, no consiguieron salir ilesos. Los dos orcos supervivientes estaban heridos y pronto dejaron abandonados a sus compañeros para escabullirse entre las rocas y las sombras.

—Así es como actúan los animales salvajes —observó Corwin cuando al final abandonaron la búsqueda—. Hasta los lobos heridos buscan un rincón pequeño y tranquilo para lamerse las heridas.

Algorind asintió.

—Busquemos un lugar donde montar el campamento. Mañana por la mañana, seguro que encontraremos el rastro. Con la ayuda de Tyr, encontraremos a Bronwyn antes de que el sol vuelva a ponerse.

Bronwyn atravesó el muro de la torre y cayó al suelo. Nunca se había sentido tan helada por dentro, tan desprovista de vida, con una desesperación tan absoluta. Vagamente, notó que el terreno parecía diferente y que los muros de Summit Hall no estaban donde debían de estar, pero ya pensaría en eso más tarde. Apoyó la mejilla en el pedregoso suelo y dejó que la oscuridad la envolviera.

Cuando se despertó, el crepúsculo había pasado ya y el cielo plateado estaba empañado por la proximidad de la noche. Un súbito revoloteo pareció desvelar sus confusos pensamientos. *Gatuno* acababa de posarse a su lado y batía las alas mientras graznaba con furia.

Bronwyn soltó un gruñido y volvió la cabeza hacia el suelo. La chillona voz del cuervo le provocaba un punzante dolor en las sienes.

—Piensa en ello —repitió con él.

El retumbo familiar de las botas de puntera de hierro de Ebenezer resonó en las proximidades. El enano le hizo levantar la cabeza estirándole de la trenza y escudriñó su rostro.

—Pensé que te habías olvidado de leer, mujer. Por los Nueve Infiernos, ¿dónde has estado, en una caverna de hielo? ¡Tienes la piel azul como una elfa plateada!

Bronwyn consiguió moverse hasta sentarse y se abrazó las rodillas para mitigar los temblores incontrolables que la asaltaban.

—Un cadáver viviente. Por todos los dioses, tengo frío. No me di cuenta del frío que hacía hasta que me aparté.

—El miedo es algo positivo —comentó el enano—; te mantiene en marcha. Y hablando de marcha, deberíamos irnos. ¿Puedes ponerte en pie?

Dejó que la ayudara a levantarse y, tras dar unos cuantos pasos tambaleantes, comprobó que las piernas aguantaban su peso. Fue escuchando cómo Ebenezer le contaba la llegada de los paladines y cómo la idea de Cara le había permitido encontrarla. A su vez, ella le relató lo que el cadáver le había revelado.

—Iremos a Gladestone, una aldea situada a unas dos horas de viaje hacia el norte. Es una pequeña comunidad de elfos y semi...

—¡Piedras! —exclamó el enano—. Una aldea de elfos. Nunca pensé que llegaría el día en que entraría en una de ellas a propósito. ¿Y qué es eso que andamos buscando?

—Una máquina de asedio de juguete. Te lo explicaré luego. —Echó una ojeada a sus espaldas—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Si ese paladín me está buscando, seguro que no estará lejos.

Cabalgaron a la luz de una luna creciente, manteniéndose alerta a la presencia de paladines o de orcos. Al cabo de poco rato, Cara empezó a cabecear y Bronwyn le pasó un brazo por los hombros para mantenerla erguida. Cuando llegaron a Gladestone, Cara no era la única que estaba durmiendo. La mayoría de las casas y tiendas se veían a oscuras.

La aldea era pequeña, un puñado de casas y comercios dispuestos a lo largo de dos calles estrechas conectadas en algunos puntos por callejones. Era un lugar muy acogedor y en el par de ocasiones que Bronwyn había pasado por allí siempre se había sentido a gusto. La mayoría de las casas eran de poca altura, con techo de paja. Una cigüeña había anidado sobre una chimenea en desuso y un horno de arcilla exterior donde se cocía todo el pan que se consumía en la aldea desprendía todavía un calor agradable y un aroma cálido a levadura. La tienda de juguetes estaba cerrada, con las puertas y contraventanas echadas, y vigilada por un perro de gran tamaño y aspecto famélico.

—Esto tendrá que esperar hasta mañana —comentó Ebenezer mientras contemplaba al guardián, que gruñía por lo bajo.

Bronwyn se despertó en mitad de una pesadilla, con las sábanas revueltas y luchando por apartarse de los demonios que aullaban y rugían a través de sus sueños.

—¡Apresúrate! —la instó la severa voz del enano, que la sujetaba por los hombros y la sacudía para despertarla—. Tienes que quedarte aquí y vigilar a la chica.

Mientras abandonaba el sueño, Bronwyn se dio cuenta de que la pesadilla tenía raíces en la realidad. Al otro lado de la ventana se oía un infernal ruido de gritos marcado por el retumbo de los cascos de los caballos y el choque de acero contra acero.

Por encima de todo resonaba y siseaba la voz hambrienta del fuego y brillantes lenguas de llamas se alzaban para lamer el cielo nocturno.

Bronwyn apartó de una patada la colcha y se puso las botas. Intentó alejar de su mente viejos temores y hacerse una idea de la situación. La habitación que habían alquilado era amplia y consistía en una única cámara que ocupaba la segunda planta del caserío. Sólo tenía una puerta, y las ventanas tenían contraventanas, que mantendría a los invasores a raya durante un rato y, si era preciso, Cara siempre podía recurrir a sus piedras para escapar.

Echó una ojeada al rostro de la niña, que se veía serio pero calmado. Se acercó hasta la ventana y se quedó mirando al orco que había acorralado a dos de los habitantes semielfos de la aldea contra el horno de arcilla. De repente, una lengua de fuego emergió del suelo y se subió por las arqueadas patas de la criatura. El orco soltó un aullido de dolor y sorpresa, y se tambaleó hacia atrás.

—Puedo ayudar —comentó Cara con tozudez mientras se volvía hacia Bronwyn con una expresión en sus ojos marrones que parecía desafiar a Bronwyn para que intentara apartarla.

—Te irás, si es preciso —se sintió obligada a decir Bronwyn.

—Sólo en ese caso.

La mujer asintió, y ambas se sentaron a esperar.

En las calles de más abajo, Ebenezer soltó una risa cuando el estallido de fuego mágico quemó al orco. Por un instante, se preguntó si Cara sería capaz de volverlo a hacer.

Y no era que necesitasen más fuego. Cuatro caseríos de la parte oriental de la aldea estaban envueltos en llamas, totalmente echados a perder, pero los orcos no parecían estar interesados en incendiar más cosas. Habían irrumpido allí para saquear lo que pudieran y parecían bastante desesperados.

Sin embargo, a Ebenezer le parecía que aquel asalto tenía parte de venganza. El ataque parecía fuera de toda razón, era salvaje, con ansia de sangre y carecía de

conocimiento y de preparación, lo cual dificultaba la defensa contra aquellas criaturas.

Eran como mulas a las que hubiera picado una colonia de abejas; no había forma de saber hacia dónde iban y por qué.

Uno de los orcos lo vio y salió corriendo hacia él, sosteniendo a modo de lanza una horca de granjero bajo el brazo. Durante un breve instante, Ebenezer titubeó sobre cómo enfrentarse al ataque, pero enseguida recordó dónde estaba: justo frente a uno de los gruesos muros de yeso de la casa que habían alquilado.

El enano cogió el martillo para hacer que el orco pensase que planeaba quedarse quieto y luchar, y esperó a que se acercara. En el último momento, se dejó caer y rodó por el suelo. El orco siguió avanzando y las púas de la horca se clavaron profundamente en la pared.

Ebenezer estaba ya de pie antes de que se desvaneciera el gruñido de sobresalto del orco. Blandió con fuerza el martillo y lo descargó en la base de la columna de su oponente. Cuando tuvo a la criatura en el suelo, volvió a estamparle el martillo en la nuca.

El enano miró a su alrededor para ver qué más podía hacer. A poca distancia, una mujer elfa con el pelo rubio y rizado, vestida con un camisón, contemplaba con desesperación la espada rota que tenía entre las manos. En las cercanías yacían dos orcos muertos, pero no parecía dispuesta a parar.

Ebenezer respetaba aquella actitud. Si él hubiese tenido la ocasión de defender su clan y su hogar, no se habría preocupado por parar hasta que la faena estuviese hecha.

—¡Eh, rubia! —gritó el enano mientras se sacaba un hacha del cinto y la blandía—. ¿Necesitas un arma?

Una sombra de duda asomó al rostro de la elfa, pero fue sustituida por un gesto de resolución. Se acercó al enano y sopesó el hacha.

—¿Es como un cuchillo de trinchar? —preguntó.

—Se parece mucho. —Asintió con satisfacción al ver que salía en pos de un orco que huía con su botín bajo el brazo. Vio cómo alzaba el hacha prestada por encima de la cabeza y descargaba un golpetazo respetable—. A esta dama sólo le falta una barba —musitó al oír cómo el filo del arma quebraba el grueso cráneo del orco.

De repente, detectó una lucha desigual cerca del pozo. Un orco corpulento había acorralado a un muchacho elfo muy escuálido que no parecía tener arma alguna en las manos. Se precipitó en su ayuda, pero se detuvo en seco al ver que el orco arremetía con una espada corta. El elfo consiguió esquivar el filo, pero por pelos. Saltaron astillas de madera cuando el arma fue a impactar contra la cubierta del pozo.

Un segundo estruendo resonó en la zona cuando Ebenezer descargó el martillo sobre la mano del orco. El muchacho elfo se apresuró a coger la espada que acababa de caer al suelo e hizo lo que tenía que hacer.

El enano percibió la mirada pesarosa del muchacho y rememoró cómo hacía poco más de una centuria él se había visto en la misma situación.

—Quédate con esa espada —le aconsejó, amable—. Nunca te será fácil, pero tampoco más difícil que ahora.

Y al instante se marchó en busca de alguien a quien ayudar u ofrecer una oportunidad de lucha.

Algorind se despertó de un sueño profundo por el fragor del combate y el resplandor de las lenguas de fuego contra el cielo. Despertó a sacudidas a Corwin y de inmediato montó y salió al galope para ofrecer su ayuda.

No tuvo que llegar muy lejos. Aunque los paladines de Summit Hall no patrullaban aquella zona, Algorind conocía la aldea porque la había visto en un mapa de la biblioteca del monasterio. Los habitantes eran en su mayoría elfos y semielfos; todos ellos ciudadanos pacíficos.

A medida que se acercaban quedó claro la razón de aquellos disturbios.

Mezclados con el crepitar y el siseo del fuego y los gritos de los heridos se oían los rugidos guturales de una banda de orcos. Algorind apretó la mandíbula con gesto de determinación.

Pero Corwin se quedó rezagado, con el más puro semblante de horror estampado en el rostro.

—¡Esto ha sido culpa nuestra! Los orcos nos han seguido. Hemos sido nosotros los que los hemos atraído hasta aquí.

—Esto es una aldea, y esos orcos pretenden saquearla —discutió Algorind—.

¡Vamos!

Pero Corwin lo cogió del brazo.

—¿Acaso no lo ves? Nosotros matamos a sus retoños cuando en verdad no había ninguna necesidad de hacerlo. Esto es venganza, y esta pobre gente está pagando las consecuencias.

—Si eso es cierto, será Tyr quien imparta justicia —repuso Algorind—. Quédate o ven conmigo, como desees. No hay tiempo que perder con discusiones.

Espoleó a *Viento Helado* hacia la aldea y se agazapó por detrás del cuello del animal mientras cabalgaba al galope hacia la batalla. A sus espaldas, oyó el retumbo de unos cascos de caballo y se alegró de que Corwin se hubiese dejado convencer por su deber.

Varios de los orcos estaban escapando, pero los paladines les cerraron el paso, tanto para derribarlos cuando podían o para obligarlos a regresar al poblado, donde los esperaban las espadas de los valerosos ciudadanos.

Aquello era obra de Tyr, y Algorind lo servía con total fortaleza y convicción, pero mientras luchaba no dejaba de mirar entre la multitud enardecida en busca de

una mujer menuda, de cabellos castaños, y la niña de quien se había apropiado de forma injusta.

En el piso superior del caserío, Bronwyn esperaba junto a la puerta, sosteniendo una silla de madera por encima de la cabeza, mientras contaba los pasos de unos pies pesados que retumbaban por la escalera.

—¿Tienes tu gema a punto? —preguntó a Cara.

La muchacha asintió, pero si pronunció alguna palabra quedó ahogada por el estrépito de algo que se nacía añicos. La puerta se abombó y se quebró, pero se mantuvo en pie. Sin embargo, cedió por completo al segundo asalto y un orco de gran tamaño y piel cenicienta entró tambaleante en la habitación.

Bronwyn descargó la silla y golpeó al orco antes de que pudiese recuperar el equilibrio. Cayó de bruces al suelo, pero enseguida replegó los brazos y se dispuso a impulsarse con las palmas de las manos para ponerse de nuevo en pie. Bronwyn reaccionó y atacó con el arma que tenía en la mano: una pata de la silla que se había hecho añicos y que presentaba una punta desgarrada. Hundió la estaca como si estuviera cazando a un vampiro loco y pisó fuerte con el pie para asegurarse.

Otro orco se precipitó en la estancia. Bronwyn desenvainó el cuchillo y desvió la arremetida de una espada. Durante largo rato intercambiaron golpes, moviéndose por la estancia según un molde cambiante de avanzada y retirada. Cuando pensaba que ganaría la partida, el ruido de nuevas pisadas en el vestíbulo echó por tierra sus esperanzas.

Oyó el roce de un pequeño arcón de madera sobre el suelo y de inmediato comprendió lo que Cara estaba pensando. El arcón de mantas serviría para tumbar al orco siempre y cuando ella consiguiera maniobrar para ponerlo en la posición adecuada.

Bronwyn reanudó con furia sus ataques, arremetiendo y acosando al orco de forma increíble para obligarlo a adoptar una actitud defensiva. Poco a poco, lo hizo recular por la estancia. El orco tropezó contra el arcón y cayó pesadamente al suelo.

Bronwyn dio un salto, con el cuchillo por delante, y dejó caer todo su peso sobre el pecho de su contrincante, súbitamente desprotegido.

Rodó hacia un costado mientras extraía su cuchillo de la carne. Dos orcos más entraron en la habitación. Bronwyn echó hacia arriba el arma y, tras cogerla por el extremo del filo, lo lanzó contra el primer orco, pero el cuchillo estaba resbaladizo de sangre y erró el blanco. En vez de incrustarse en la garganta, como pretendía, se hundió mucho más abajo.

El orco soltó un rugido y se tambaleó, doblándose hacia adelante como si le hubiera propinado un puñetazo un gigante. Bronwyn recogió la espada del orco muerto y se puso en pie de un brinco, blandiéndola de forma frenética. El filo

atravesó el pecho del orco que acababa de entrar en la estancia, que se precipitó sobre el cuerpo encorvado de su compañero, y ambos cayeron al suelo. Bronwyn acabó primero con uno y, luego, con el segundo con golpes rápidos e incisivos.

Luego se levantó, respirando pesadamente, y desvió la vista hacia el extremo opuesto de la habitación en busca de Cara. La chiquilla se había apoyado contra la pared y lucía el rostro muy blanco y los ojos abiertos de par en par. A Bronwyn le partía el corazón que la niña hubiese presenciado aquella carnicería.

—Deberías haberte ido —le reprendió.

—Yo coloqué el arcón —le recordó Cara con voz frágil.

Bronwyn sonrió fugazmente.

—Hiciste bien, pero aquí no estás segura.

Los ojos de la niña se oscurecieron y de repente pareció mucho mayor de lo que aparentaba su diminuto rostro.

—No creo que esté a salvo en ningún sitio —repuso.

Mientras, en El Bastión del Espino, Dag Zoreth se detuvo frente al altar y estudió el fuego púrpura que se alzaba y danzaba según un ritmo siempre cambiante, y el enorme cráneo negro que asomaba en mitad de las llamas. Era un símbolo de su dios, prueba del favor que le concedía Cyric. Una cosa así le proporcionaba un gran honor, y hacía que los hombres lo contemplasen con suma reverencia. Era más de lo que cabía esperar.

Pero no era suficiente.

Dag se arrodilló con cuidado frente al altar y depositó en el suelo un cuenco redondo. El cuenco era de latón y estaba tan bien elaborado que ni una sola onda ni un defecto alteraba su superficie. Como receptáculo perfecto para el poder, sería capaz de albergar fuerza mística y devolverla al exterior, de forma similar a como las montañas devolvían los gritos en forma de eco. Una vez lleno de agua, el cuenco se convertía en una poza de espionaje de enorme poder.

Si por el contrario se llenaba de sangre, era una súplica para conseguir el poder oscuro que sólo un dios malévolo podía conferir.

Dag agarró con ambas manos los lados del cuenco y escudriñó la superficie negra.

Inició un cántico, una oración arrogante que exigía más poder de su dios, y se mofaba del precio que sin duda tendría que pagar. A su debido tiempo lo pagaría, y consideraría que valía la pena, si con ello lograba encontrar a Cara.

Se formó una imagen de la niña en la mente y salió en su busca a través del oscuro hilo conductor del cántico.

Las palabras de la oración lo envolvieron mientras iba acumulando poder. La magia se alzó como si fuera incienso hacia las llamas púrpura y envolvió la estancia

con una pesada fragancia de flores, almizcle y sulfuro.

El aroma le aguijoneó la mente. A través de la neblina inducida por el ritual, Dag sintió los primeros tirones de alarma. Su cántico se hizo más entrecortado y luego se interrumpió a medida que la sangre empezaba a alzarse desde el cuenco.

La sangre se arremolinó en el aire y adoptó la silueta de una mujer elfa esbelta y furiosa. La imagen de Ashemmi flotó ante él, envuelta en una túnica de un tono todavía más oscuro que el que solía llevar de color carmesí.

Dag recordó de repente que todavía estaba de rodillas, así que se apresuró a levantarse y se quedó contemplando la aparición.

—Te arriesgas demasiado al interrumpir un ritual a Cyric —le advirtió.

—¡Sentí la magia y la seguí! —le espetó la imagen de Ashemmi—. ¡No creas por un momento que no puedo encontrarte, y que no lo haré!

Un escalofrío de temor sacudió a Dag mientras se preguntaba si la elfa habría encontrado también a Cara. Pero era imposible; se lo habría dicho, en caso contrario. No existía ningún lazo entre ella y la niña, y su magia de rastreo no conocía los caminos que pertenecían solamente a Cara. Sin embargo, Dag conocía las profundidades de su negro corazón, y la conocía a ella.

—¿Qué deseas, Ashemmi? —Intentó que sus palabras denotaran fatigada paciencia.

—¡La niña!

Dag se dio cuenta de que no había dicho *mi* niña, ni siquiera *nuestra* niña. Era un instrumento, un arma. Cara se merecía algo mejor.

—Está a salvo —repuso, confiando en que fuera verdad. Su servicio de inteligencia le había informado de que la niña había sido conducida a la torre de Báculo Oscuro, y se sentía inclinado a creer que todavía seguía allí. Aun así, quería comprobarlo por sí mismo y, como un artilugio de espionaje normal no iba a proporcionarle la información con suficiente rapidez, había decidido solicitar los poderes de un dios.

—¿A salvo? —se mofó la aparición—. ¡Me han dicho que fue embarcada junto con un cargamento de esclavos rumbo al sur! No me digas que está segura.

Aquello sorprendió a Dag, pero de inmediato supo quién había sido el culpable.

Parecía que tenía una deuda de gratitud con su propia hermana. Seguramente había sido ella quien había frustrado aquellos planes y había traído a la niña de vuelta a Aguas Profundas.

—Yo no tuve nada que ver con eso —le aseguró Dag a la imagen mágica de Ashemmi—. No tengo intención de causar daño a mi propia hija.

Ella hizo un gesto de burla.

—No tiene importancia cuáles sean tus intenciones. A un cierto nivel, no existe diferencia entre la maldad y la ineptitud. Deseo tenerla conmigo, Dag. Encuéntrala y

tráemela.

—Renunciaste a tus derechos sobre la niña —protestó él.

—Los reclamo. Cuando la encuentres, será conducida a Fuerte Tenebroso. Puedes traerla tú mismo o te la arrebataremos, pero una cosa te aseguro: ¡la niña será mía!

La aparición se esfumó con la rapidez de un relámpago. La sangre regresó de forma precipitada al cuenco, salpicando el suelo y al sacerdote.

Dag alzó la vista para contemplar el símbolo de Cyric. Le pareció que la calavera tenía una expresión de alerta, como si fuera un gato salvaje estudiando el momento para arrojarse sobre su presa, pero la manifestación de su dios no dio muestras del descontento de Cyric. Las luchas internas, las intrigas y las ilusiones formaban parte de la escena que él y Ashemmi acababan de representar. Cyric lo habría encontrado hasta entretenido.

Pero Dag no pensaba correr riesgos. Salió de inmediato de la capilla y envió a los sirvientes de los que podía prescindir a que limpiaran los restos del ritual fallido.

Cuando los ruidos de la batalla se fueron desvaneciendo, Bronwyn abrió los pestillos de la contraventana y echó una ojeada al poblado. Un ahogado sollozo escapó de sus labios ante aquella escena de destrucción tan terrible. Cuatro casas habían quedado reducidas a círculos humeantes de piedras y, desde la altura donde ella se encontraba, parecían restos de un fuego de campamento. Había puertas, ventanas y contraventanas rotas, y desparramadas por la calle se veían mercancías procedentes de hogares y de comercios. Mucho peor eran las terribles heridas que lucían aquellos que caminaban por la calle, y peor aún los que no se movían.

—Cara... —empezó Bronwyn.

—Quiero encontrar a Ebenezer —insistió la niña, anticipándose a lo que suponía que iban a decirle—. Quiero comprobar que está bien.

No podía negarle aquello a la niña, pero tampoco podía dejarla allí sola.

—Ven, pues —accedió, y echó a andar en dirección a la calle.

Bronwyn estuvo a punto de tropezar con el paladín. Le habían infligido numerosas heridas, y apenas tuvo tiempo de mirarlo, pero no cabía duda de que era un paladín porque llevaba la inconfundible casaca azul y blanca. Una oleada de alivio le corrió por el cuerpo, ligeramente empañada por una sensación de culpa. No parecía justo que se alegrara de que un «hombre bueno», porque sin duda lo habría sido, hubiera sido brutalmente asesinado.

Encontraron a Ebenezer en la tienda de juguetes, abriéndose paso a patadas a través de los escombros mientras profería juramentos con notable creatividad. Se interrumpió en mitad de una imprecación al ver a Cara al lado de Bronwyn.

—¿La has traído aquí? —preguntó, incrédulo.

—No quería irse.

El enano sacudió la cabeza.

—A esta moza sólo le falta tener barba. Bueno, tengo malas noticias. Tienes diez oportunidades para averiguarlas, y ahí está tu primera pista.

Señaló hacia la puerta de atrás. El cuerpo de un elfo ya anciano estaba de centinela en la puerta, apuntalado a la jamba de madera con lo que debía de ser su propia espada. En el interior de la tienda había dos cadáveres más de elfos y los restos de cinco orcos. Los elfos habían luchado con una valentía que parecía desproporcionada con el valor aparente de sus mercancías.

Bronwyn pasó por encima del cadáver de piel grisácea de una hembra de orco y empezó a investigar el desastre. El contenido de los estantes se veía desparramado por el suelo, que estaba cubierto de juguetes. A un lado se habían lanzado las muñecas, los carros de madera y los animales de granja tallados. Bronwyn se dio cuenta de que no había arcos ni flechas, ni espadas de madera, ni hondas o catapultas en miniatura. En definitiva, todos los juguetes que entrenaban a los más pequeños en el arte de la guerra habían desaparecido.

Era una extraña forma de rapiña, y, desde el punto de vista de Bronwyn, complicaba en gran medida la situación. Intentó cribar a puntapiés a través de los escombros, pero con tan poca fortuna como Ebenezer.

—Voy a echar una ojeada por fuera —comentó el enano—. Hay restos por todas partes. Los orcos salieron en estampida y es posible que encontremos algo. O... —Se interrumpió de repente y se encogió de hombros.

Bronwyn captó la nota discordante, pero estaba demasiado distraída para caer en la cuenta.

—Perfecto —murmuró, mientras seguía escudriñando y dando la vuelta a cada pedazo de madera, cada harapo y cada trozo de papel, hasta que al final tuvo que admitir la realidad.

El Veneno de Fenris había desaparecido.

Derrotada, se desplomó sobre un estante caído.

—¡Pero si estabas muerto! —protestó Cara.

Bronwyn dio media vuelta para ver la entrada de la tienda. En el umbral había otro paladín, un joven alto de cabellos rubios que encajaba en la descripción que había oído en boca de Cara, Alice y Danilo. Aquél era el paladín que había secuestrado a Cara de su familia adoptiva, que había seguido a Bronwyn a Aguas Profundas, y luego a Summit Hall. Simplemente, no abandonaba nunca; como si fuera un troll, se limitaba a reunir las piezas y seguir avanzando. Una oleada de desesperación la abatió.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó.

—Soy Algorind de Tyr, y es mi deber llevar a esta niña de regreso a la Orden de los Caballeros de Samular para que le consigan una adopción adecuada.

—Eso ya lo hiciste una vez —le espetó Bronwyn—, y no te salió muy bien. La encontré en un barco que se dirigía hacia un mercado de esclavos del sur. Sólo te llevarás a esta niña por encima de mi cadáver.

El joven parecía entristecido, pero resuelto.

—Las mentiras no van a ayudarte. No es mi deseo hacerte daño, pero me llevaré a la niña. Será mejor que regreses conmigo a la orden para responder por tus crímenes de robo y traición. Quizá si lo haces consigas la paz.

—Yo no miento. —Una oleada de cólera se apoderó de Bronwyn y echó mano de su cuchillo—. Pero seré feliz de hacer lo que dices si antes pones esa espada tuya con el filo hacia arriba y te sientas encima.

Algorind se sonrojó, pero ni siquiera parpadeó.

—Es evidente que no eres la mejor guardiana para la niña. Apártate o enfréntate a la justicia de Tyr.

—¡No! —La fina y aguda voz de Cara los sobresaltó a ambos. La chiquilla dio un paso al frente y situó su diminuto cuerpo entre el armado paladín y Bronwyn—. No hagas daño a Bronwyn. Iré contigo.

—¡Cara, no lo hagas! —suplicó Bronwyn—. Vete, ahora mismo.

La niña sacudió la cabeza, tozuda.

—No te dejaré aquí con él. —Caminó hacia Algorind con su diminuta mano extendida.

El paladín vio cómo la chiquilla se aproximaba, pálida pero con confianza.

Cuando estuvo a su lado, colocó su mano entre las de él.

—Iré contigo y no te causaré problema alguno, pero antes debes responderme a una pregunta. ¿Me darás tu palabra y la mantendrás?

El paladín la contempló, confuso.

—Estoy obligado a cumplir siempre mi palabra.

—Bien, entonces perfecto. Ésta es la pregunta: ¿cómo se llama mi cuervo?

Algorind no poseía una imaginación desbordante, pero rebuscó en su memoria todos los nombres con los que había oído apodar a aquel tipo de pájaros.

—No lo sé. ¿*Medianoche*? ¿*Ala negra*? ¿*Po*?

—No, no —respondía Cara con impaciencia. Apartó su mano de las de él y colocó el puño cerrado sobre la palma de Algorind.

—¿Cuál es el adjetivo que se refiere a los gatos?

—*Gatuno*, supongo.

En cuanto pronunció las palabras, ella abrió la mano y dejó caer en su palma una gema grande y roja. Al instante, él se sintió barrido por un fuerte vendaval.

Algorind intentó resistirse, utilizando para ello hasta el último vestigio de su voluntad de hierro y su disciplinada resistencia, pero en vano. La saqueada tienda se tornó borrosa y empezó a desvanecerse, mientras un ruido parecido al mar

embravecido resonaba en aumento en sus oídos. Por encima del tumulto, Algorind oyó la feliz música de campanillas que era la risa de la niña. Su visión borrosa se posó en el rostro de aquella mujer traidora. Estaba de rodillas junto a la niña, la abrazaba y los ojos de ambas brillaban de alegría y orgullo.

Todo desapareció y el mundo que rodeaba a Algorind se convirtió en un torbellino blanco y terrible. Había sido apartado de su deber por algún tipo de magia traicionera.

El túnel que conducía de la elegante casa de Danilo a la torre de Báculo Oscuro resultaba de lo más conveniente. En opinión de Danilo, últimamente se había hecho demasiado conveniente. Echó a andar por el pasadizo para responder a la tercera llamada que recibía en una semana.

El túnel finalizaba en una puerta mágica. Danilo murmuró la frase que le permitiría pasar y acto seguido se adentró a través de lo que parecía piedra sólida para desembocar en el estudio de Khelben.

El archimago estaba pintando otra vez, cosa que era sin lugar a dudas una muestra de que se encontraba bajo presión. Danilo echó una ojeada al lienzo: era un paisaje marino, encima del cual relampagueaban lívidos hilos de luz procedentes de un montón de hinchidas nubes de color púrpura. A pesar de aquel cielo sobrecogedor, el mar lucía un tono verdoso inexplicablemente tranquilo.

—Un trabajo interesante, tío. ¿Me dejas que le ponga nombre? *Pesadilla de Umberlee* es el primero que me viene a la mente.

Khelben sacudió el pincel en su dirección y lo salpicó de pintura púrpura. La furia que reflejaba el rostro del archimago convenció a Danilo de que era mejor no protestar.

—¿Qué te impulsó a hacer una cosa tan estúpida y propia de orcos?

Danilo alzó un hombro.

—Tendrás que ser más específico. Hago un montón de cosas estúpidas y propias de orcos.

El archimago hurgó en los bolsillos de su bata de pintor y extrajo una piedra de color azul brillante.

—¿Qué es esto?

Ir de farol era una pérdida de tiempo, pero Danilo decidió intentarlo.

—¿Un topacio?

—Piedras preciosas —le espetó, enojado, el archimago—. Tú le diste piedras encantadas a la niña y le enseñaste a utilizarlas. Has cometido locuras en tu vida, pero...

—Pero esto no es una locura —lo interrumpió Danilo—. Cara no es sólo una niña.

Es más lista que la mayoría, pero poca gente con más edad que ella se ha ganado una colección de enemigos como la que ella tiene. Un paladín la vio en el exterior de la tienda de Bronwyn y salió en su persecución. Mis agentes, que lo vieron, avisaron a la vigilancia y el presunto secuestrador fue atrapado.

—Sí, lo sé —se quejó Khelben—, y te agradezco que actuaras con tanta rapidez.

Como resultado, todavía tengo la suela de las botas de Piergeiron estampada en el trasero de mis pantalones.

—El paladín se lo había buscado —protestó Danilo sin recurrir ni pizca a su habitual sentido del humor—. Nadie tiene derecho a separar a una niña de su familia.

—Su familia es Dag Zoreth, un sacerdote de Cyric.

—Bronwyn también es familia de Cara —rezongó Danilo—. Es hermana de Dag Zoreth.

—Sí, creo que eso también se comentó en la conversación con Piergeiron. ¿No te acuerdas?

Danilo se cruzó de brazos.

—Con un poco de ayuda, Bronwyn podrá hacerse cargo de Cara. Si no tienes respeto alguno por el concepto de familia, ten esto en cuenta: ¿no sería más conveniente que el poder que esa familia posee, sea cual fuere, esté en poder de los Arpistas y no a disposición de la Sagrada Orden de los Caballeros de Samular?

El archimago ponderó aquella sugerencia.

—Tu razonamiento es bueno, pero comprende que hagamos lo que hagamos crearemos un conflicto entre los Arpistas y los paladines. Esta situación es peligrosa. No podemos permitirnos enojar a los Caballeros de Samular más de lo que ya lo hemos hecho.

Una súbita brisa barrió la estancia, un viento intangible que evocaba el poder de la magia, pero antes de que ninguno de los dos magos pudiera responder con un hechizo defensivo, un resplandor iluminó la estancia. Un hombre apareció tambaleante en un invisible torbellino blanco, prácticamente en brazos de Khelben.

Los dos hombres se echaron hacia atrás, contemplándose el uno al otro con gesto de sorpresa. Mientras, Danilo observó al recién llegado. Era un hombre joven, alto y corpulento, con el pelo rubio y rizado cortado muy corto, según un estilo poco a la

moda. La descripción no dejaba lugar a dudas, a pesar de que no lucía los distintivos colores de los Caballeros de Samular. Aquél era el paladín que había estado persiguiendo a Cara, y seguro que aquella pequeña bribona lo había hecho regresar.

Danilo estalló en carcajadas, incapaz de controlar una risa que lo sacudía a oleadas mientras se sujetaba la tripa y se inclinaba para recobrar el aliento.

El paladín apenas le prestó atención, concentrado como estaba en Khelben.

—¿Qué tipo de brujería retorcida es ésta? —preguntó, disgustado.

—Yo no he hecho nada —replicó Khelben con severidad.

—Oh, vamos, finge ser tú el responsable —consiguió balbucir Danilo en mitad de la risa—. Su dignidad quedará menos mermada si se siente superado por el archimago de Aguas Profundas que si lo gana una chiquilla semielfa de apenas nueve años.

El paladín echó mano de su espada, y aquel gesto pareció apaciguar en cierto modo la risa de Danilo. El bardo se frotó los ojos, empapados de lágrimas, y siguió riendo por lo bajo, mientras con una mano iba realizando los gestos necesarios para invocar un hechizo diseñado para calentar el metal. La empuñadura de la espada del paladín empezó a enrojecerse por efecto del calor. Con una exclamación de sorpresa, el joven soltó la espada y se quedó mirando hacia abajo con una expresión que sugería que en aquel momento consideraba la propia espada responsable de traición deliberada.

Aquello desató de nuevo la hilaridad de Danilo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Khelben, alzando la voz para poder hacerse oír por encima de las carcajadas de su sobrino—. Te enviaré de regreso.

Danilo se interrumpió en mitad de una risotada.

—Tío, eso no sería...

—Lo enviaré a una distancia razonable del lugar de donde partió —especificó el archimago, antes de volverse hacia su «visitante».

—Gladestone —admitió el paladín.

—Esto queda cerca de Summit Hall. Te enviaré de regreso al monasterio, que está a medio día de distancia a caballo. Siempre que eso te parezca razonable a ti —añadió Khelben, dirigiendo una siniestra mirada en dirección a Danilo.

Danilo alzó ambas manos con gesto de rendición.

—Deja la piedra ahí, antes de irte —le dijo a Algorind.

El joven bajó la vista hacia su mano al recordar lo que sostenía. Dejó caer la piedra al suelo como si fuera un insecto repugnante.

—No quiero tener nada que ver con estas cosas, pero sí que aceptaré vuestra ayuda —le dijo a Khelben con frialdad—, para poder cumplir con mi deber.

El archimago inició el hechizo, un complejo balanceo de las manos acompañado de un cántico breve pero poderoso. Gracias a eso, consiguió tejer un camino de plata a través de la magia que rodeaba y sostenía el mundo entero, cosa que no era sencilla, a pesar de que los artilugios mágicos como las piedras encantadas podían hacer pensar lo contrario a gente poco entendida. Danilo conocía el esfuerzo que suponían los viajes a través de la magia y conocía también a ciencia cierta el coste del trío de piedras que se requería para hacer los hechizos de salto.

En aquel momento, tenía la sensación de que la pequeña Cara Doon se merecía eso y más.

Mientras contemplaba cómo el paladín se iba disolviendo lentamente, hasta desaparecer convertido en plateadas partículas de luz, meditó sobre lo que Cara había hecho y supo que la decisión de proporcionarle aquella magia había resultado oportuna.

Para cuando el sol se hubo alzado por encima de los árboles, los aldeanos habían enterrado ya a sus muertos. Un puñado de supervivientes rebuscaba entre los restos de sus comercios con la esperanza de encontrar lo suficiente para alimentar a sus exhaustos y desesperanzados congéneres. Agruparon toda la comida que habían podido reunir para introducirla en una cacerola grande que pudiese ser compartida por todos.

Ebenezer deambulaba por la aldea cuando la sopa estuvo lista. Bronwyn lo distinguió en la lejanía y se apresuró a acercarse, con una prisa fruto de una mezcla de alivio y cólera. Había estado fuera desde la noche anterior, dejándola prácticamente enferma de inquietud. En cuanto lo tuvo a su alcance, le dio un palmetazo en la cabeza, como había visto hacerle a su hermana, con bastante fuerza.

—Buena colleja —admitió él, frotándose el cráneo—. He estado cazando orcos. Pásame ese cuenco de ahí.

Le dio el cuenco y vertió en él un poco de sopa. Luego, se sirvió uno para ella.

Bronwyn sorbió varias cucharadas antes de apartar el cuenco. Cara dormía, exhausta por los acontecimientos de la noche. Cuando se despertara, tendría hambre, y entonces ya no quedaría sopa.

—¿Cómo te ha ido?

—Pillé unos cuantos —replicó el enano con deleite—, pero no tenían tantas ganas de luchar como me habría gustado. Eran unos seres escuálidos.

—Eso tiene una razón —repuso una voz suave pero severa a su lado y, al volver la vista, descubrieron el rostro enjuto y atribulado de una mujer semielfa.

Como la aldeana parecía tener ganas de hablar, Bronwyn dio unos golpecitos al suelo a su lado a modo de invitación; la mujer se sentó y, tras un momento de vacilación, cogió el paquete de raciones de viaje que Bronwyn le tendía y se lo metió en el bolsillo del delantal.

—Para mis niños —repuso con tristeza—. Pasarán hambre hasta que llegue la nueva cosecha.

—Ésta no era la primera vez que os atacaban los orcos —aventuró Bronwyn.

—No, ni será la última. Son criaturas desesperadas que luchan por su supervivencia. A mi modo de ver, la orden de paladines destruyó un asentamiento de orcos que había en las colinas, hacia el sur. Los orcos no pueden salir de caza por las colinas sin toparse con las patrullas de paladines. Los paladines persiguen a los orcos con gran fervor, porque les proporciona práctica..., sí, práctica, a los jóvenes caballeros que desean aprender a luchar y a matar.

Sus palabras destilaban una profunda amargura.

—Extrañas palabras en boca de una elfa que acaba de perder a sus congéneres y

su hogar en manos de los orcos —comentó Ebenezer.

—No soy amiga de los orcos —afirmó la mujer—, pero sé lo que está ocurriendo y no echo toda la culpa a esos bárbaros que nos han atacado. ¿Qué alternativa les queda a esos orcos desarraigados si les quitan sus territorios de caza? Tienen que hacer incursiones en los poblados y en las granjas para sobrevivir, y eso es lo que hacen.

—Hay que mantener a los orcos a raya —intervino Ebenezer, en cuyo rostro se reflejaba la confusión que le producía aquel dilema—. Si dejáis que sobrevivan, se multiplicarán como ratas.

—Supongo —asintió la semielfa—. Pero ahora somos nosotros quienes hemos de trasladarnos. Los que hemos sobrevivido. —Se levantó y rozó levemente el hombro de Bronwyn—. Gracias por vuestra amabilidad y por escucharme. La conversación no cambia nada, pero necesitaba decirlo.

Ebenezer la vio partir, sintiéndose incómodo ante una conversación que trataba de malvados a aquellos que cazaban orcos. Luego, se encogió de hombros y se volvió hacia Bronwyn.

—¿Has encontrado el juguete que buscabas?

—No. —Bronwyn se pasó una mano por los mechones de cabello pajizo deseando poder resolver aquel problema con la misma facilidad con que domaba los rizados que se le escapaban. Se deshizo la trenza y se soltó el pelo, con la intención de reunir toda la melena y poder anudarla de nuevo.

—Déjame hacerlo a mí —pidió el enano, apartándole las manos—. Tienes la mirada extraviada; apuesto a que ahora serías incapaz de caminar y escupir al mismo tiempo. He trenzado muchas crines de caballo, así que no te preocupes.

Bronwyn volvió la cabeza, obediente, hacia el enano. Fiel a su palabra, Ebenezer empezó a trenzarle con soltura el cabello.

—El «juguete» ha desaparecido —comentó ella, cansada—. Los orcos se llevaron todas las cosas útiles que encontraron en el poblado, y alguna cosa más. Me da la impresión de que se llevaron todos los juguetes relacionados con la guerra y dejaron el resto.

—Cuando los tiempos son duros, los pequeños lo pasan mal —musitó Ebenezer—. Aunque me cueste creerlo, supongo que los orcos consiguen alegrar un poco los ánimos si llevan a su prole algo que les ayude a olvidar un estómago vacío o un corazón herido. —Se aclaró la garganta—. No es que esté a favor de los orcos, por supuesto.

—Ya lo veo. ¿Qué hacemos ahora?

—Bueno, hemos de recuperar el juguete. Hasta un enano ciego sería capaz de seguir el rastro. Los orcos se ocultan en cuevas situadas no lejos de aquellas montañas.

—Sólo somos dos —señaló ella—. Seguro que no podemos ir a pedir ayuda a los paladines de Summit Hall.

—Tienes razón —accedió Ebenezer—. Déjame pensar un poco.

Permanecieron en silencio hasta que el enano hubo acabado su sopa.

—Me da la impresión de que este lugar es encantador, y la gente odia tener que abandonar su hogar. Quizá no tengan que hacerlo si nos libramos de una vez por todas de esa tribu de orcos.

Una mujer elfa que pasaba por allí se detuvo en seco al oír aquellas palabras. Se agazapó a su lado y se apartó un mechón de espeso pelo rubio de la cara.

—Dinos cómo.

El enano se quedó mirándola.

—Acabáis de terminar una batalla. ¿Estáis listos para enzarzaros en otra?

—Dinos cómo —repitió.

Los aldeanos se entregaron a la tarea siguiendo las instrucciones de Ebenezer. Las habilidades que habían desarrollado como pacíficos granjeros salieron a relucir cuando llegó el momento de recuperar sus hogares. Varios de ellos colocaron trampas en los caminos mientras otros cavaban un profundo foso en el centro del pueblo. Un cazador matutino trajo un jabalí, que pusieron ensartado a asar al aire libre para que la fragancia de la carne se esparciera, tentadora, por los alrededores como para demostrar a cualquier orco que andara de vigilancia que los aldeanos todavía tenían cosas que valía la pena robar. Un puñado de ciudadanos se quedó en la retaguardia preparándose para la incursión. Cara no estaba ya entre ellos. Con gran reticencia había aceptado regresar a la torre de Báculo Oscuro a esperar a Bronwyn. Aunque ésta odiaba verla partir, no podía arriesgarse a dejar a la chiquilla allí con tan pocos defensores.

Cuando la aldea estuvo a punto, una docena de elfos y semielfos que deseaban participar en la lucha se unió a Ebenezer y a Bronwyn rumbo a las colinas que había al sur del poblado.

Al final, Ebenezer los hizo detenerse.

—Está a punto de anochecer —comentó en una voz tan baja que apenas era un susurro—. Los que perpetraron el asalto deben de merodear por ahí, ansiosos por repartirse el botín. El resto debe de estar todavía durmiendo. Ya sabéis cómo son las guaridas de los orcos.

Los elfos hicieron un gesto de asentimiento. Bronwyn recordó lo que le habían contado. La mayoría de las guaridas estaban formadas por diversas cuevas. Los guerreros dormían en la parte de delante; después se disponían los suministros de comida y armas. Por último, en la parte más remota y segura, estaban los más jóvenes.

Ebenezer apartó a un lado un puñado de rocas y se asomó por la abertura de una

estrecha caverna. Los elfos se colaron detrás del enano, uno a uno. Bronwyn se sumergió en la más remota oscuridad con las manos y las rodillas apoyadas en tierra. El túnel se iba ensanchando a medida que se introducían en él, o al menos ésa era la impresión que tenía, porque dejó de sentir la presión de las paredes a ambos lados.

Bronwyn oyó, por delante, un golpe sordo seguido de un gruñido de orco. Ebenezer había encontrado y derribado el vigilante del túnel. Mientras pasaba junto al cadáver, casi estuvo a punto de alegrarse por tener una visión tan limitada. Últimamente había presenciado demasiadas muertes.

El camino ascendía ahora suavemente en dirección a la parte superior de la cueva.

Desembocaron en una repisa que bordeaba por encima la cueva dedicada al almacén de comida y de armas. Agazapados, se asomaron al borde rocoso para contemplar la guarida.

Tal como habían previsto, los guerreros estaban preparándose para un nuevo ataque. Eran criaturas feas, más altas que la mayoría de hombres y cubiertas por una piel gruesa de un tono indeterminado que variaba del verde al marrón y al gris. Algunos iban ataviados con armaduras de cuero, y todos ellos se habían apropiado de armas robadas a sus víctimas: un surtido curioso e intimidador de espadas, hachas, horcas y arpones de pesca. También llevaban sacos colgadas a la espalda, con vistas a los botines que pensaban conseguir con aquella incursión.

Los orcos fueron saliendo a oleadas, en grupos reducidos. Las tropas de Ebenezer esperaron hasta que no quedaron más que diez criaturas. Cada elfo eligió a su contrincante, ya fuese hembra o varón, y se comunicaron las intenciones unos a otros con gestos. Ebenezer inició la cuenta atrás asimismo con gesto, y los elfos saltaron en el aire.

Bronwyn hizo una mueca cuando aterrizaron sobre los orcos, pillándolos desprevenidos y derribando al suelo a criaturas mucho más altas que ellos. La mayoría impactó contra sus víctimas con los cuchillos o las dagas por delante; aquellos que no consiguieron pillarlos, se incorporaron al instante y, con las armas en la mano, despacharon a los enemigos elegidos con unas pocas acometidas bien dirigidas.

En la cámara más interior resonó un vocerío y apareció otra oleada de orcos.

Algunos iban heridos y cojos, otros eran hembras o ancianos desdentados, pero todos llevaban armas y voluntad para utilizarlas.

Bronwyn dio media vuelta y empezó a deslizarse por la pared de la caverna para unirse a la refriega. Una piedra lanzada en el tumulto le golpeó la mano con fuerza suficiente para hacerle soltar el asidero. Cayó tambaleante hacia atrás y acabó aterrizando en brazos de Ebenezer.

El enano la sostuvo, como si le sorprendiera lo ligera que era, y luego la dejó en el suelo, de pie.

—Los aldeanos pueden arreglárselas aquí. Nosotros iremos atrás.

Bronwyn hizo un gesto de asentimiento y lo siguió, apoyándose en los muros de la caverna, con el cuchillo desenvainado.

La parte trasera estaba casi desierta. Dos orcos hembras permanecían de guardia y tres criaturas espantosas, de piel amarillenta y cuerpos desnudos que dejaban al descubierto su patente masculinidad, se apiñaban en el muro más alejado. Ebenezer se agachó y recogió un puñado de rocas pequeñas. Con mortal precisión, lanzó primero una y luego otra, y ambas fueron a impactar entre los ojos de las dos hembras adultas.

Los ojos rojizos de ambas se quedaron en blanco justo antes de caer desplomadas al suelo.

Los jóvenes iniciaron un quejumbroso lamento. El rostro de Ebenezer se tornó sombrío mientras se volvía hacia Bronwyn.

—Coge lo que necesites.

La mujer echó una ojeada por la caverna apenas iluminada. Estaba más ordenada de lo que habría supuesto, con pieles para dormir apiladas en un costado y un tonel agrietado que servía para almacenar huesos y otros desperdicios. Habían horadado pequeños estantes en los muros y en ellos los orcos habían colocado sus tesoros.

Bronwyn descubrió que la mayoría eran juguetes robados. Barrió con la mirada la cueva, en busca del objeto que andaba persiguiendo: un modelo pequeño y detallista de una torre de asedio. Lo descubrió en el centro de uno de los estantes, justo encima de los encogidos vástagos de orco.

—Allí —señaló.

Dio un paso adelante, pero Ebenezer la cogió del brazo.

—Ve con los demás. Espera en la entrada de la caverna principal. No tienes por qué ver lo que voy a hacer.

Bronwyn sintió que le dolía el corazón al ver la necesidad que hostigaba a su amigo. Suponía que el pragmático enano no podía permitir que tres potenciales enemigos mortales se convirtieran en una amenaza, pero su profundo amor por las criaturas, ya fuera enanas, humanas o incluso orcos, convertían aquella tarea en algo todavía más terrible. Tragó saliva.

—Ve tú. Ya lo haré yo.

—¡He dicho que te vayas! —gruñó Ebenezer, mientras cogía la torre de asedio del estante y se la tendía.

Salió huyendo de la cueva, con el objeto bien sujeto entre las manos. Mientras corría, oyó cómo el enano decía a los niños que dejaran de lloriquear. Sus palabras sonaron duras, pero con una nota que impulsó a Bronwyn a asomarse de nuevo a la entrada de la caverna.

Observó desde allí cómo el enano cogía de su bolsa un soldado de juguete

esculpido con gran detalle, un orco, si no le fallaba la vista, y se lo tendía a uno de los mocosos.

—Toma esto a cambio de la torre y vosotros dos coged lo que más os guste.

Luego, reunid un poco de ropa, un cuchillo y un paquete de comida. Hay una salida por la parte de atrás. Los tres saldréis por ahí.

Se lo quedaron mirando, inmóviles. El enano soltó un juramento y pronunció unas palabras en una lengua gutural. Aquella vez sí parecieron entender lo que decía y se apresuraron a hacer lo que les había mandado.

—Seguid el camino de salida, pero no os alejéis demasiado. Este par de damas no tardarán en despertarse e irán en vuestra búsqueda. Decidles que tenéis que viajar hacia el norte en busca de un nuevo clan. ¡En marcha!

Uno de ellos balbució unas palabras y Ebenezer repitió las instrucciones, o al menos eso fue lo que supuso Bronwyn. Las criaturas empezaron a patear el suelo, demasiado felices para desobedecer las órdenes. Bronwyn se apresuró a llegar a la caverna principal, consciente de que si Ebenezer se enteraba de que lo había oído todo, no se atrevería jamás a mirarla a los ojos.

—Enanos —musitó, y luego esbozó una sonrisa al darse cuenta de que cada vez era más amiga de ellos.

La batalla había finalizado ya. Seis de los guerreros elfos se habían quedado en la cueva para eliminar a todos aquellos orcos que osaran regresar, y el resto había iniciado la vuelta a Gladestone.

Mientras se aproximaban al poblado, se dieron cuenta de que las trampas habían cumplido su cometido. Los orcos estaban colgados de los árboles como si fueran murciélagos espantosos y sin alas, con flechas elfas clavadas en el pecho. En el poblado resonaba algún entrechocar de espadas, unos pocos gruñidos y algún grito de dolor.

Cuando llegaron a Gladestone, todo había acabado. Un trío de aldeanos estaba en el borde de un foso donde habían quedado atrapados los orcos y les lanzaba flechas despiadadamente.

Después de lo que había presenciado en la caverna, Bronwyn esperaba que Ebenezer protestara por aquel trato poco caballeroso a un enemigo, pero el enano se limitó a asentir con un gesto de aprobación y se unió a los elfos para acabar de empujar al resto de los orcos al foso.

Un elfo hizo rodar un barril de aceite y lo dejó caer en la abertura. Otro elfo soltó una antorcha y las llamaradas se alzaron en la noche mientras Bronwyn y Ebenezer presenciaban la escena en silencio, y los lugareños hacían recuento del precio que habían pagado por aquella victoria.

Después de que el fuego se hubo apagado, todos se enfrascaron en la tarea de cubrir el foso. Cuando salió el sol, la faena estaba acabada y una columna espesa y

negra de humo que se alzaba en el sur indicaba que la retaguardia había limpiado de igual forma la guarida de orcos.

El poblado de Gladestone estaba, por fin, seguro.

Y, sin embargo, Bronwyn no se sentía segura. Estaban demasiado cerca de Summit Hall. Tras despedirse de los lugareños, Ebenezer y ella salieron a caballo rumbo a campo abierto.

—Eso es todo —comentó el enano—. Haz lo que viniste a hacer.

Ella no estaba tan segura. Sí, ya tenía El Veneno de Fenris, pero se sentía un poco como si fuera un perro de granja que se dedicara a perseguir un caballo de la carreta y que, una vez lo tenía atrapado, se preguntaba: «¿Qué hago ahora?».

—Será mejor que regresemos a la ciudad —prosiguió el enano, despertándola de sus ensoñaciones—. Tal como lo veo, ese Brian Maestro de Esgrima no tardará más de dos días en echar a la calle a mis congéneres para que se busquen el alimento. Tengo que tomar parte en el asunto.

—Cierto. Y yo tengo que arreglar unas cuantas cosas sobre Cara y decidir qué hago con estos artilugios.

El enano se frotó la barbilla.

—Después de lo que nos ha costado conseguir ese juguete, me gustaría echarle una ojeada. ¿Sientes fluir la magia en él?

Bronwyn meditó la respuesta. Sólo tenía en su poder dos de los tres anillos y sólo una de las dos personas cuya sincronía era necesaria para activar el poder de la torre de asedio, pero aunque el resultado fuera deficiente, si era posible conseguir algo, valdría la pena presenciarlo. Sin duda, se lo debía al enano.

Bronwyn deslizó un anillo y después el otro en las ranuras de la torre. Por un instante, no sucedió nada, pero de repente la torre empezó a crecer en un movimiento rápido y suave que asemejaba una ola gigante que creciera desde el mismo centeno que cubría el suelo. Ebenezer la levantó agarrándola por el cuello y ambos salieron a la carrera. Tras haber corrido un centenar de pasos, se detuvieron a mirar atrás.

—Piedras —musitó el enano.

La torre se alzaba en contraste contra el cielo, tan alta como los árboles. La parte frontal formaba una línea recta vertical, pero por detrás hacía un poco de pendiente. En las paredes había listones de madera que permitían que los soldados escalaran el descomunal muro. Un enorme contrapeso quedaba listo para bajar en espera de que se dispusiera el cargamento sobre un trabuquete de grandes proporciones. La catapulta era una máquina monstruosa y, junto a ella, se alineaban montones de proyectiles. La estructura estaba construida en su totalidad con sólidas planchas de madera de roble, pero el lustre que lucía la madera sugería que habían sido tratadas con algún barniz protector mucho más efectivo que los pellejos húmedos de animales con que solían cubrirse la mayoría de las torres de asedio. Listones de acero y miles y

miles de clavos mantenían la estructura compacta, y, sin embargo, salvo por su tamaño, apenas era más consistente que un fuerte vendaval. Bronwyn era capaz de ver a través de ella los árboles del otro lado y el sol que despuntaba por el horizonte se reflejaba y brillaba en su contorno débilmente luminoso.

El Veneno de Fenris era poco más que un fantasma: maravilloso, indestructible y mortífero.

También era mayor de lo que Bronwyn había supuesto, y se veía con toda claridad desde el poblado. Dio media vuelta para ver si alguien había presenciado la transformación, y enseguida divisó a la mayoría de los lugareños que se acercaban a la carrera para acabar deteniéndose a una prudente distancia para contemplar aquella maravilla.

Ebenezer soltó un silbido de admiración.

—Bonito trabajo —admitió, contemplando El Veneno de Fenris con patente asombro—. Aunque poco sólido.

Aquello era cierto, y planteaba a Bronwyn un dilema. ¿Cómo iba a recuperar los anillos de la torre? Sin embargo, o bien vaciló la magia incompleta o la torre mágica respondió a sus deseos, porque la monstruosa máquina de guerra recuperó su tamaño de juguete y Bronwyn pudo sacar los anillos y ponérselos en los dedos.

El enano echó una ojeada hacia los asombrados lugareños. Al instante, soltó un juramento.

—Mira allí. —Señaló las colinas que se alzaban al sur del poblado. Se veía claramente un caballo blanco que se acercaba con rapidez. Lo acompañaban cuatro jinetes más—. Ahora que habrán visto esta cosa, tendrán un motivo más para perseguirte. Será mejor que partamos, y rápido.

El incidente acontecido en la capilla de El Bastión del Espino pesaba como una losa en el ánimo de Dag Zoreth, al igual que la inquietante información que le había transmitido Ashemmi. Se dirigió a su cámara y volvió a extraer su esfera de reconocimiento. La «visita» de Ashemmi le había dejado el cuerpo repleto de una rabia impotente y dejó que aquella cólera fluyera en su invocación. Como resultado, la llama púrpura que emergió en el corazón de la esfera fue tan intensa que hasta él mismo pudo percibir el dolor que estaba infligiendo.

Sir Gareth apareció en la esfera casi de inmediato.

—¿Dónde estáis? —le espetó el sacerdote.

—En Summit Hall —respondió el caballero, con la voz un poco arrastrada por la intensidad del dolor.

Dag redujo un poco el dolor para permitir que el hombre pudiese hablar.

—He tenido una conversación de lo más esclarecedora con una de mis..., compañeras de Fuerte Tenebroso. Me ha informado de que mi hija fue embarcada en

un barco de esclavos zhéntico, el mismo que tenía que llevar al sur un cargamento de esos malditos enanos, el mismo del que vos os ocupasteis. Estoy ansioso por oír vuestras explicaciones.

Todo asomo de esperanza se desvaneció de los ojos del paladín caído en desgracia.

—Fue apresada por los paladines, eso es cierto. Yo conseguí interceptarla y conducirla a un lugar donde pudiese ser adoptada.

—¿En un barco de esclavos?

—Los Caballeros de Samular tienen puestos avanzados en el sur —protestó Gareth—. Habría estado a salvo, bajo la custodia de un viejo socio que nos debe algún favor y que habría sabido ser discreto. Habría estado allí hasta que hubiera sido seguro devolvéroslo.

La verdad que había oculta en aquellas interesadas palabras se hizo evidente para Dag. Era posible que sir Gareth tuviese algo que ver en el secuestro de Cara. O quizá no. Pero lo cierto era que intentaba utilizar aquella situación en beneficio propio. Cara llevaba un anillo de Samular y eso le otorgaba un potencial para manejar poder. Era evidente que Gareth deseaba tenerla bajo su control en secreto. Y, si se veía forzado a hacerlo, podría haber «descubierto» el escondite de la chiquilla y haberse convertido en un héroe a los ojos de aquel que deseara recuperarla. Era una locura de plan, pero se había visto desbaratado.

—Quiero que me la devolváis —exigió el sacerdote—. Ahora.

—Eso será un poco difícil, lord Zoreth —repuso el caballero—. Está en la torre de Báculo Oscuro, bajo la protección y tutela de lady Laeral Manodeplata.

Dag soltó una fea maldición. La hermosa hechicera era tan poco convencional como poderosa. Si se tomaba como empeño personal conservar a Cara, ni siquiera un ejército de dragones podría hacerla desviar de su camino. Sin embargo, el archimago, dueño y señor de la torre de Báculo Oscuro, era otro asunto. Khelben Arunsun no sólo era hechicero, sino también un gobernante muy implicado en la política de la ciudad y su zona de influencia. Si conseguía plantearle el asunto como un tema político, era posible que pudiera hacerlo entrar en razón.

—Utilizad vuestro nombre y vuestros contactos. Traed a la chiquilla a El Bastión del Espino de inmediato —ordenó Dag—. Y traed también a mi hermana; en caso contrario, tendréis el mismo fin que Hronulf.

—Eso es poco probable —repuso el viejo paladín—. Por desgracia, no creo que pueda enfrentarme a hombres armados en un asedio.

El sacerdote soltó una suave carcajada.

—Hronulf no murió por causa de las heridas que le infligieron. Yo mismo le arranqué el corazón con mis manos. Será mejor que conservéis eso en la mente mientras cumplís con vuestro cometido.

Durante dos días, Bronwyn y Ebenezer cabalgaron a la velocidad máxima con que se atrevían a hostigar a sus monturas. Los paladines los perseguían a corta distancia, a pesar de que Bronwyn utilizaba todos los trucos y todos los atajos que había aprendido durante los años que había pasado en los caminos.

Al final, divisaron frente a ellos los muros de la ciudad. El sol del anochecer despedía destellos en los capiteles de Torretroll y bañaba el colosal arco de la puerta Norte a modo de bienvenida. Bronwyn inhaló aire profundamente y lo soltó en un suspiro. Parte de la tensión pareció mitigarse en sus hombros y en su nuca mientras alargaba una mano para acariciar el sudoroso cuello de su caballo.

—¡Piedras! —exclamó Ebenezer con más vehemencia de la habitual—. ¡Mira allí!

Bronwyn siguió la dirección del dedo que sostenía en alto. A lo lejos, hacia el norte, se divisaba un enjambre oscuro que avanzaba en dirección a la carretera Alta con una determinación que evocaba una migración de hormigas.

Pasó con rapidez revista a lo sucedido en los últimos días. Eran tantos los acontecimientos que habían tenido lugar desde que el capitán Orwig los dejara en los muelles de Aguas Profundas que costaba creer que hubiesen pasado sólo diez días.

—Diez días —comentó en voz alta—. Tarlamera accedió a quedarse en la ciudad durante diez días.

—Mi hermana es una enana de palabra —repuso Ebenezer, triste, mientras dirigía una mirada de impotencia hacia Bronwyn—. Bueno, tengo que irme.

Una profunda sensación de pérdida sacudió el corazón de Bronwyn. Alargó una mano para cogerlo por el hombro.

Tengo que ir a ver cómo se las arregla Cara en la torre de Báculo Oscuro, si es que todavía sigue allí. —Esbozó una fugaz sonrisa—. Los pies de esa niña tienen los mismos picores que los tuyos o los míos. Iré en cuanto pueda.

—No lo hagas. Hay pocas posibilidades de que encuentres nada.

Aquello confirmaba los peores temores de Bronwyn. Ebenezer creía que debía ir rumbo al norte a morir junto a su clan.

—No vayas —suplicó, suavemente.

—Tengo que ir. No estuve allí la última vez. No sería capaz de mirarme a la cara si volviese a ocurrirme una cosa así —replicó el enano.

Se quedaron sentados un rato mientras contemplaban cómo se iban alejando los resueltos enanos. Bronwyn aceptaba lo inevitable. Forzó una sonrisa, se inclinó y alborotó los rizados cabellos de su amigo a modo de despedida.

Ebenezer agarró la mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Luego, la soltó de repente y dio un puntapié a su agotado pony azul para ponerlo, reticente, al trote.

La brisa marina se encargó de llevar hasta Bronwyn sus refunfuños.

— He pasado demasiado tiempo entre humanos...

Bronwyn parpadeó para enjugarse las lágrimas y puso rumbo hacia la puerta Norte. Como era poco probable que pudiese entrar sin ser vista, optó por apresurarse.

Dejó los caballos en el establo público más cercano y alquiló un coche cerrado.

Siguiendo sus instrucciones, el conductor halfling puso los caballos al trote por la carretera Alta y, cuando llegaron a la torre de Báculo Oscuro, le dio la plata que había pedido por el trayecto más una generosa propina. Salió de un brinco del carruaje y echó a correr por la calle adoquinada.

El corazón le dio un vuelco cuando vio que Danilo emergía del muro negro para recibirla, con una expresión tan sombría en el rostro como el edificio de mármol que dejaba a su espalda.

—No deseas entrar ahí dentro —aseguró mientras la cogía del brazo y la obligaba a alejarse del lugar.

Acompasó el ritmo de sus pasos al de él.

—¿Qué sucede?

—Lady Laeral está haciendo las maletas para realizar un viaje inesperado. Parece que regresó a la torre después de una noche de fiesta en el distrito del Mar y descubrió que nuestra mutua cruz, el gran archimago, le había quitado a su prometedor y nueva aprendiz.

El pavor hizo detenerse en seco a Bronwyn.

—¡Cara! ¿Qué ha hecho con ella?

—Sigue andando —repuso Danilo, bruscamente—. Dudo que te quede mucho tiempo. El archimago hizo lo que pensó que debía hacer. Parece que nuestros buenos amigos del Tribunal de Justicia se enteraron del nuevo aprendizaje de Cara y convencieron al Primer Señor de que esa chiquilla era, y tenía que seguir siendo, una pupila de los Caballeros de Samular, que su destino estaba con los hermanos elegidos de su ilustre antecesor y otras pamplinas por el estilo.

—¿Y Khelben se limitó a dársela? —La furia y la incredulidad competían a partes iguales en el tono de voz de Bronwyn.

—Creyó que tenía pocas opciones en aquel asunto. Tres jóvenes paladines vinieron a por ella, con un edicto firmado por el propio Piergeiron. Khelben es muchas cosas, y entre ellas un astuto político. Era muy consciente del abismo creciente entre varias de las órdenes de paladines y los Arpistas. Si se oponía abiertamente al edicto de Piergeiron, habría dado la impresión de que el Maestro de Arpistas de Aguas Profundas se consideraba por encima de la ley, cosa que, a su modo de ver, podría poner en peligro el trabajo de los Arpistas y de los propios agentes.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—¿He dicho acaso eso? El archimago y yo hemos discutido muchas veces el tema. Basta decir que hemos tenido verdaderas broncas por el asunto, pero mi cólera es insignificante comparada con la ira de Laeral. Me temo que la hechicera tardará en regresar de la visita a la granja de su hermana.

»Pero Khelben debe enfrentarse a sus propios problemas —concluyó Danilo—.

Vamos a hablar de los tuyos. ¿Qué has encontrado?

La mujer le dedicó una mirada prolongada y apreciativa.

—¿Por qué tendría que fiarme de ti?

—Pienses lo que pienses, nunca he traicionado tu confianza, ni lo haré. —Se detuvo y se levantó la elegante casaca verde que llevaba por el hombro izquierdo para dejar al descubierto un broche que representaba una diminuta y ajada arpa de plata encastrada en una luna creciente. Se desabrochó el símbolo de su pertenencia a los Arpistas y se lo tendió a ella.

—Esto me lo dio un hombre al que admiro profundamente y cuya estima me gustaría conservar siempre. Guárdalo hasta que este asunto concluya. Si crees que mi actuación resulta falsa en algún momento, devuélveselo a Bran Skorlsun y declárame indigno de ser amigo suyo y de su hija semielfa. No te contradeciré.

El hombre no podía hacer ninguna otra promesa que inspirase más confianza a Bronwyn. La extraña pareja que formaban aquel noble de espíritu alegre y su tranquila y seria compañera semielfa era algo que Bronwyn nunca había llegado a comprender, pero sabía que nada significaba más para su amigo que el respeto de la mujer a la que había consagrado su corazón. Cogió el broche y lo introdujo en su bolsa.

—Lo mantendré a salvo. Cuando esto termine, Alice te lo devolverá, si no puedo hacerlo yo misma.

—Podrás —le aseguró, en un tono más parecido a su jovialidad habitual—. Ahora dime qué has descubierto.

Bronwyn le contó la historia de la torre del cadáver no muerto y de El Veneno de Fenris.

—Lo he guardado en lugar seguro y allí lo dejaré hasta que decida qué hacer con él.

—Los paladines estarían encantados con un artefacto como ése.

—¿Tú crees? —comentó con amargura—. Pues ahora que lo han visto, no habrá forma de negárselo.

—¿Lo han visto? ¿Cómo?

Suspiró, cansada.

—Después de haberlo recuperado de la guarida de orcos, Ebenezer quiso echarle un vistazo. No tenía más que dos anillos, y yo era la única descendiente de Samular allí presente, pero lo intenté y, aunque la torre no se formó completa, pudimos ver

bastante.

El Arpista soltó un juramento.

—¿Estás segura de que la vieron?

—Sería difícil no ver algo tan grande sobresaliendo en un campo de centeno.

—Entonces debemos darnos prisa. Tenemos que encontrar la manera de apartar a Cara de los paladines antes de que te pillen y te exijan el artefacto.

Se deslizaron por los recovecos de la ciudad, pasando por caminos que utilizaban las puertas traseras de los comercios, varias fincas privadas y túneles contiguos, e incluso, en una ocasión, tuvieron que caminar un trecho por un tejado. Existían muchas rutas de ese estilo en la ciudad, conocidas sólo por los Arpistas, que eran los únicos que tenían acceso a ellas. A pesar de toda la furia que sentía Bronwyn contra Khelben, no podía dejar de sentir cierta comodidad en la red de apoyo que la alianza le ofrecía, cuyo mayor baluarte era sin duda la resolución del amigo que la acompañaba.

Alice los esperaba en la puerta de atrás, pero los empujó de nuevo hacia el callejón.

—Regresad por donde habéis venido. Ha venido un paladín a buscarte.

Una sensación de pasar de nuevo por una experiencia ya vivida se abatió sobre Bronwyn, que soltó un suspiro de agotamiento.

—¿Un hombre alto, y rubio?

—Quizá lo fue, pero ahora no sabría decirte porque hace tiempo que lo tiene blanco. Se hace llamar sir Gareth Cormaeril.

Bronwyn miró de reojo a Danilo.

—Debería verlo. Era amigo de mi padre. Quizá pueda contarme qué está sucediendo.

El Arpista se mesó los cabellos con la mano y sacudió la cabeza, indeciso.

—Sé muy cautelosa.

—Lo seré. Entra, si lo deseas —ofreció, consciente de que de todas formas pensaba hacerlo.

Se introdujo con rapidez por la trastienda. El caballero se levantó para saludarla y vio que su atractivo y agotado rostro estaba crispado de preocupación.

—¡Gracias a Tyr, chiquilla! Confiaba en poder hablar con vos antes de que os encontrara la patrulla de vigilancia.

Aquellas palabras hicieron que Bronwyn se detuviera en seco.

—¿La patrulla?

—Sí, lord Piergeiron ha decretado que os arresten lo antes posible. No estáis segura en esta ciudad.

La mujer se desplomó sobre un pequeño arcón.

—¿Por qué?

El anciano caballero se quedó mirándola intensamente durante largo rato.

—Es tal como yo sospechaba. Sois inocente de los cargos que se os imputan.

—Contadme.

Él suspiró.

—Los tres paladines que habían sido enviados para escoltar a la chiquilla de la torre de Báculo Oscuro al Tribunal de Justicia fueron hallados muertos. La niña ha desaparecido. Muchos de mis hermanos sospechan que vos y vuestro hermano, un sacerdote de Cyric aliado con los zhentarim, estáis tras su desaparición. —Titubeó—. Y todavía hay más.

—Por supuesto que sí —musitó ella. Sintiéndose totalmente derrotada, hundió la cara entre las manos.

—Vuestro hermano, Dag Zoreth, dirige las fuerzas de El Bastión del Espino. Sé de buena fuente que mató a Hronulf con sus propias manos. No contaré a una mujer, en especial a una de vuestra edad, la naturaleza de las heridas infligidas a los jóvenes paladines que custodiaban a la niña de Dag Zoreth, pero llevaban la marca de ese rufián.

A menos que yo esté totalmente equivocado, la niña está con él..., en El Bastión del Espino.

—Oh, Cara —suspiró Bronwyn.

—La niña corre un grave peligro, y no sólo por la perniciosa influencia que puede provocarle la fe de su padre. Los paladines han estado concentrándose para llevar a cabo un asalto a El Bastión del Espino, y parece que el ataque se llevará a cabo antes de lo que mis compañeros paladines habían calculado. No disponen de hombres suficientes para montar un asedio convencional, pero los hermanos confían en salir victoriosos de todas formas. Hace menos de una hora, una joven promesa de nuestra orden, conocido con el nombre de Algorind, salió de Summit Hall en compañía de cuatro de sus hermanos. ¿Conocéis a ese hombre?

—Nos hemos visto —repuso con brevedad, sin molestarse en alzar la vista—. Él y sus amigos me han estado siguiendo de regreso a la ciudad.

—Os están buscando en este mismo instante..., a vos y al artefacto que lleváis con vos.

Esta vez sí que alzó la vista para mirar al caballero.

—Los anillos —sugirió ella.

—Y la torre de asedio —añadió él—. Pocos miembros de los Caballeros de Samular conocen la historia, pero yo la oí en boca de Hronulf y reconocí por las palabras de Algorind que se trataba de El Veneno de Fenris. Por desgracia, también se dio cuenta Laharin Barba Dorada. Veréis..., en una ocasión, hace mucho tiempo, el propio Samular capturó El Bastión del Espino con la ayuda de ese mismo artefacto. Mi hermano paladín desea utilizarlo de nuevo, para el mismo propósito, y para mayor

gloria de Tyr.

Bronwyn se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Por qué me estáis contando todo esto?

El caballero se acercó a ella y la cogió por los hombros.

—Sois la hija de mi mejor amigo y distingo en vos el espíritu de Hronulf. Se ha cometido una terrible injusticia con vuestra persona y, como sirviente de Tyr, es mi deber intentar enderezar las cosas.

Bronwyn alzó la vista para observarlo a los ojos.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestro destino os fue arrebatado de las manos cuando erais demasiado pequeña para comprenderlo. Ahora que sois una mujer adulta, hay hombres que pretenden hacer lo mismo otra vez. No es justo, a pesar de que la conciencia que los impulsa a hacerlo es correcta y que actúan por una buena causa.

—Entonces, ¿qué estáis diciendo?

—El poder os pertenece, hija de Samular. Debéis decidir por vos misma cómo utilizarlo. —Echó un vistazo por encima del hombro en dirección a la puerta—. Ahora, ¡partid! ¡Rápido! Si os entretenéis, os encontrarán.

—Tiene razón. —Danilo salió desde atrás y le tendió una mano a Bronwyn—.

Aunque debo admitir, señor, que vuestras palabras me sorprenden. Bronwyn, te sacaré de la ciudad. En cuanto estés a salvo, podrás decidir lo que debes hacer.

Alice apareció para ponerle entre las manos una bolsa de cuero.

—Lo he escuchado todo. Éstas son las cosas que mantenía a buen recaudo. Tal vez las necesites.

Bronwyn hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias y se volvió hacia el Arpista para coger la mano que le ofrecía.

—Estoy lista.

Mientras Danilo pronunciaba las palabras del hechizo, Bronwyn sintió primero que una fuerza turbulenta la envolvía y luego como si fuera absorbida por un túnel, apartada de su propio cuerpo. Nunca hasta aquel momento había viajado por los senderos plateados de la magia. Para su interior siempre se había dicho que nunca había tenido ocasión de hacerlo, pero en realidad la idea la aterrorizaba más que la perspectiva de un viaje por mar.

Sin embargo, sintió que había conseguido conjurar aquel viejo temor. De repente, supo que nunca más se dejaría arrastrar por los demonios que le asaltaban desde el pasado, ni por la creencia de que el significado y el orden de su vida sólo podía hallarlos en los secretos del pasado.

Mientras el rugido y el remolino de la magia la arrastraban, Bronwyn alzó la barbilla y se quedó mirando desafiante el blanco vacío que la envolvía. Las respuestas que ahora buscaba no estaban en un pasado oculto sino en un futuro que

todavía no había probado.

Bronwyn emergió de su viaje mágico en las propiedades que la familia Thann poseía al norte de Aguas Profundas. Como el sol ya se había puesto cuando llegaron, aceptó la petición de Danilo de quedarse a pasar la noche, pero, a pesar de que estaba exhausta y el colchón de plumas de la habitación de invitados de la mansión era sumamente cómodo, su sueño se vio turbado por recuerdos de todo lo que había sucedido durante los últimos días y por la incertidumbre y los peligros que intuía en el futuro.

Se levantó antes del amanecer y descubrió que Danilo había estado ocupado mientras ella dormía. Los sirvientes se encargaron de llevarle ropa nueva y demás cosas de viaje, junto con una bandeja de comida. Engulló los alimentos a toda prisa y se vistió, antes de acercarse a los establos siguiendo las indicaciones de los sirvientes. Allí encontró a Danilo, que supervisaba la selección y preparación de un caballo apropiado, así como la carga de todos los suministros para el viaje.

Su rostro se entristeció al verla.

—Supongo que estás resuelta a ir.

—¿Acaso tienes que preguntármelo? —Hizo tintinear la bolsa de monedas repleta que llevaba atada al cinto—. Gracias por esto, y por todo lo demás. Te pagaré todo lo que te debo cuando regrese con Cara.

Danilo titubeó. Aunque era evidente que deseaba hacerlo, no se atrevía a disuadirla de viajar rumbo al norte.

—Mi familia tiene mercenarios a sueldo. Puedo hacer que te acompañen unos cuantos hombres.

Ella sacudió la cabeza.

—No estaré sola.

Danilo sopesó su respuesta y sonrió débilmente.

—Sí, supongo que sí. Tymora te sonríe.

Salió apresuradamente rumbo al norte y estuvo cabalgado durante todo el día, evitando la carretera Alta y tomando una red de caminos secundarios que Ebenezer le había mostrado durante su primer viaje juntos. Probablemente su amigo regresaría a los dominios de su clan del mismo modo que había partido. Sólo esperaba poder alcanzarlo antes de que cayera la noche.

Llegó el crepúsculo, y todavía no había encontrado señales de los enanos.

Bronwyn no habría podido encontrarlos si no hubiera oído cómo la voz áspera de Ebenezer la llamaba. Estiró las riendas del caballo para detenerlo y se quedó escudriñando el terreno rocoso. De detrás de una roca emergió una cabeza de cabellos rizados y rojizos y, acto seguido, muchas otras siluetas, que Bronwyn había confundido con simples piedras, parecieron cobrar vida.

Bronwyn sacudió la cabeza, perpleja. Había oído decir que los enanos, aunque no poseían habilidades mágicas innatas, tenían una capacidad especial para fundirse con las piedras, pero no habría creído que fuese cierto si no lo hubiese visto con sus propios ojos.

El clan Lanzadepiedra al completo se materializó en aquel abrupto terreno y se reunió alrededor de su caballo.

—No vamos a regresar —le informó Tarlamera en un tono que sugería que no era la primera vez que iniciaba aquella discusión.

Bronwyn percibió que los enanos tenían ahora mucho mejor aspecto que diez días atrás. Habían comido en abundancia y las penurias de la batalla y del viaje por mar no eran más que un recuerdo. Todos iban bien arreglados y ataviados con vestimentas que mezclaban los colores de la tierra y de las rocas, y calzaban recias botas. De sus cinturones pendían armas y todos llevaban las barbas cuidadosamente trenzadas, tal como solían arreglarse muchos enanos antes de enzarzarse en un combate.

Tarlamera notó que los estaba examinando a conciencia.

—Te diré lo mismo que dije a aquel herrero Brian. El clan ha pagado ya por todo el dinero que nos prestó. Así que no nos mires como si creyeses que alguien ha resultado timado.

—Probablemente creerá que merece la pena pagar ese dinero y más para librarse de vosotros —comentó Ebenezer con gesto de disgusto. Luego, se volvió hacia Bronwyn—. Están resueltos a luchar. No hay forma de que entren en razón.

—Creo que deben luchar —repuso Bronwyn con firmeza—. ¿Cómo, si no, van a poder recuperar los dominios del clan?

Tarlamera soltó una carcajada, regocijada, y dio una palmada a su hermano.

—¡Creo que empieza a gustarme esta humana amiga tuya!

La preparación de la batalla con los enanos se sucedió como Bronwyn había supuesto. Los enanos estuvieron dándole vueltas durante parte de la noche, discutieron todos y cada uno de los detalles, y tomaron un par de decisiones a base de aplicar la fuerza bruta, aunque Ebenezer, con una muestra impresionante de diplomacia, persuadió a los combatientes de que decidieran el asunto con un pulso.

Aun así, consiguieron llegar a un acuerdo, y al alba, Bronwyn cabalgó hacia el norte para cumplir con su parte del cometido. Por primera vez en varios días, mejor dicho, por primera vez en toda su vida, sintió que tenía el control de su destino en sus manos. Lo que tenía por delante no iba a ser fácil, pero dependía de ella. Se sentía no ya confiada, pero al menos sí esperanzada.

El camino era cada vez más escarpado a medida que se acercaba a las colinas que rodeaban El Bastión del Espino. Espoleó a su montura prestada, una lustrosa yegua zaina que poseía una zancada larga e infatigable, para llegar a lo alto de un altozano y

se detuvo para proporcionar un breve descanso al animal, mientras se daba a sí misma la oportunidad de examinar el terreno en busca de posibles peligros.

Su mirada barrió aquel páramo desolado. No había más que colinas onduladas, una espesura de pinos y resquebrajados montículos de rocas. El sol caldeaba el ambiente y varios halcones planeaban y flotaban empujados por una suave brisa primaveral. Uno de ellos se dejó caer en picado al suelo con las garras desplegadas, y al oír el chillido breve y agudo de su presa Bronwyn apartó la mirada instintivamente.

Su vista se posó en una diminuta forma blanca que se distinguía en el camino frente a ella. Era un caballo, y sobre él se distinguía una figura ya familiar.

Bronwyn hundió ambas manos entre sus cabellos y apretó la mandíbula para no echarse a gritar de pura frustración. ¡Algorind, no, no otra vez, y no ahora! El paladín podía echarlo todo a perder.

Espoleó a la yegua para ponerla al trote y salió disparada rumbo al norte.

Inclinada sobre el cuello reluciente de su montura, descendió por la colina y bordeó el camino que conducía a la carretera Alta. Así tendría ocasión de sobrepasar a la montura del paladín. Los caminos que bordeaban las colinas tenían un fuerte desnivel y eran traicioneros, y cada zancada apresurada era un riesgo de que el caballo tropezara con las rocas desperdigadas.

La yegua se espantó y giró bruscamente hacia la derecha. Bronwyn apretó con las rodillas los costados del caballo y se aferró al cuello del animal en un desesperado intento de mantenerse en la silla, pero en vano. Cayó dolorosamente al suelo y dio varias vueltas sobre sí misma en aquel terreno pedregoso. Mientras se levantaba, vio qué era lo que había provocado el espanto del caballo. Varias serpientes recién levantadas de su sueño invernal tomaban el sol en una roca cercana. Si el caballo no se hubiese detenido, habría pasado entre ellas, con mortales consecuencias.

Bronwyn contempló su camisa rasgada y el profundo y doloroso arañazo que le llegaba de la muñeca al codo.

—Tengo que darte las gracias —dijo con suavidad mientras se acercaba a la asustadiza yegua—, pero me perdonarás si tardo un poco en hacerlo.

A su espalda oyó el retumbo que provocaban los cascos del enorme caballo blanco del paladín al acercarse. Cuando estaba ya a lomos de su montura e intentaba recuperar las riendas, la yegua se volvió y corcoveó. Bronwyn cayó de nuevo al suelo y rodó por tierra en el preciso instante en que llegaba el paladín.

El joven desmontó de un ágil salto y se acercó a ella con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—No deseo enfrentarme a una mujer. Si os entregáis pacíficamente, os llevaré a juicio.

Bronwyn extrajo un cuchillo y se agazapó. Mientras lo hacía, se le ocurrió un plan.

—¿Por qué os vais a contentar con cumplir sólo la mitad de vuestro cometido?

—¿La mitad de mi cometido? —El paladín desenvainó la espada y empezó a caminar en círculos a su alrededor—. ¿Qué clase de broma es ésta?

—Ninguna. Vos queréis a la niña. Eso lo habéis dejado claro. Voy camino de El Bastión del Espino para recuperarla.

—Ya no. —Arremetió contra ella con una estocada cuyo objetivo era hacerle caer el cuchillo de las manos. La fuerza del golpe movió hacia un costado el brazo de Bronwyn, pero ella siguió sosteniendo el arma.

—Ambos podríamos conseguir lo que queremos, si trabajamos juntos. Yo podría recuperar a Cara y, después, la llevaríamos a Aguas Profundas. Los dos juntos.

Algorind se mostraba escéptico.

—¿Por qué haríais algo así?

—¿Os agrada que la niña se convirtiera en una zhent? ¿Y qué me decís de la inminente batalla? ¿No creéis que ha visto ya suficientes combates, gracias a gente como vos y los vuestros?

—Es deber de un paladín luchar por lo que es justo.

—Y os ofrezco una oportunidad de hacerlo —insistió ella con impaciencia—.

¿Creéis que será fácil sacar a Cara de El Bastión del Espino? Tendréis ocasión de luchar.

Se acercó más a él y notó que Algorind no se retiraba. Parecía estar estudiando sus palabras.

—¿Cómo recuperaríais a la niña?

—Soy hermana de Dag Zoreth. Ha estado buscándome, igual que vos y vuestros compañeros paladines. Se supone que tengo cierto valor por quienes fueron mis antepasados. —Se encogió de hombros con impaciencia para indicar que sabía poco y sentía poco interés por el asunto.

—Así que os rendiríais ante él.

—En cierto modo, sí. Me dejarán entrar en la fortaleza y dudo que se preocupen demasiado de mi acompañante.

El rostro del paladín se ensombreció.

—Ahora que lo comentáis, ¿dónde está ese enano ladrón de caballos?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Os considerarán a vos como un compañero mucho más adecuado. De hecho —añadió con malicia—, el maestro Laharin estaba pensando en qué joven paladín podían elegir para ayudarme a seguir la línea de descendencia de los Samulares. Si actuáis correctamente en la tarea de hoy, quizá os recomiende para ese puesto.

El joven se puso nervioso, como Bronwyn esperaba.

—¿Creéis que los zhentarim permitirían que un paladín entrase en su fortaleza?

—¿Por qué no? Sois bueno con la espada, pero sois un solo hombre. La pregunta

es si seréis capaz de ayudarme a salir de la fortaleza en cuanto recuperemos a Cara.

Algorind meditó la respuesta.

—Os hablaré con franqueza. Me da la impresión de que vuestro plan conlleva graves riesgos y pocas oportunidades de éxito, pero aun así haré lo que sugerís.

Ella lo contempló un instante y blandió el cuchillo.

—Si deseáis morir con nobleza, hacedlo cuando os llegue la hora.

—No me refería a eso —repuso él con vehemencia—. Vuestro arriesgado plan es peligroso, pero no se me ocurre ninguno mejor. Es cierto que he prometido cumplir con mi deber, aunque conlleve la muerte.

Bronwyn recordó la última batalla de Hronulf en El Bastión del Espino. La misma valentía y la misma serenidad brillaba ahora en los ojos del joven paladín. De repente, se sintió impulsada a odiar a aquel hombre.

—Sin embargo, no creo que el resultado de esta aventura sea la muerte —prosiguió Algorind—. La derrota nunca es segura mientras haya vida. Podría ser que Tyr bendijese esta misión y le garantizase el éxito. —Una súbita tristeza cruzó su mirada—. Y, si no comporta el éxito, seguiré estando contento.

Su expresión puso sobre aviso a Bronwyn. Recordó el temor que había experimentado de niña, y que había vuelto a sentir durante su breve reunión con su padre, de que nunca sería capaz de cumplir las misiones que le eran encomendadas.

Aquel viejo fantasma pululaba por los ojos de Algorind y durante un instante, un breve instante, sintió simpatía por aquel joven paladín y por la severa vida que había elegido.

—Os habéis metido en un buen lío, ¿verdad?

—En ese aspecto, conocéis mis fracasos mejor que yo. Permití que un enano me engañase y me robase el caballo, que una chiquilla escapara a mi persecución...

—Y no olvidemos el incidente con la gema de salto —lo interrumpió Bronwyn—, aunque estoy segura de que deseáis olvidarlo.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de aquel joven.

—Admito mis fracasos y pago gustoso su precio.

La aceptación tranquila y apacible que traducía su voz lo decía todo. Bronwyn se puso en pie y apartó el cuchillo. Si Algorind fracasaba en el rescate de Cara, caería probablemente en desgracia, e incluso llegaría a ser desterrado. Si le faltaba el convencimiento de que él poseía razones suficientes para enfrentarse a la tarea que le encomendaban, aquello acabó con sus reticencias.

Bronwyn echó un vistazo en busca de su caballo. La yegua se había calmado y estaba paciando. La mujer giró hacia Algorind.

—De acuerdo, entonces. Vamos. Pero recordad que, cuando lleguemos a la fortaleza, seré yo quien hable.

Algorind tenía pocos deseos de conversar. Cabalgaba junto a Bronwyn con la cabeza envuelta en confusos pensamientos. ¿Habría hecho bien apostando por aquella mujer? Ella había demostrado su carácter traicionero y los compañeros que había elegido no hacían más que reafirmarlo en ese juicio, pero aun así había aceptado viajar con ella y trabajar juntos.

Le quedaba un asunto por aclarar.

—Quiero que entendáis una cosa. Pretendo cumplir con la misión que me han encomendado. Una vez haya rescatado a la niña, mi honor me obliga a devolverla a los paladines en Aguas Profundas.

—Nunca lo he puesto en duda —replicó Bronwyn, mirándolo de frente.

Cabalgaron en silencio hasta que se alzaron ante ellos los muros de El Bastión del Espino. Algorind, que no había visto nunca la fortaleza, se quedó maravillado ante la robustez de aquellas murallas antiguas. Escudriñó a conciencia el alcázar en busca de todo aquello que pudiese ayudarlos en su escapada.

—¿Veis aquella puerta de madera en mitad del muro? —dijo, señalando hacia la fortaleza—. Es una salida de emergencia. Cuando estéis en el interior de la muralla, buscad el camino que conduce a ella. Tiene que haber una rampa o una escalera.

—Recuerdo que vi ambas cosas cuando visité la fortaleza. Hronulf me enseñó el interior.

—Eso está bien. En cuanto tengáis a la niña, tendremos que abrirnos paso hasta esa salida.

Bronwyn se protegió la vista con la mano a modo de visera para que no le molestase el sol, y entrecerró los ojos.

—Está a más de seis metros de altura.

—No importa. Es la mejor vía de escape. Mi caballo acudirá a mi llamada.

Cuando lleguemos a la entrada, dejaremos las monturas fuera. Si atáis las riendas de vuestra yegua a *Viento Helado*, él la guiará.

—Podría funcionar —dijo Bronwyn, con un gesto de asentimiento.

Una cosa más preocupaba a Algorind.

—¿Cómo encontraréis a la niña en la fortaleza?

—Mi hermano no me ha visto desde que yo tenía cuatro años y supongo que querrá preguntar a Cara si soy quién aseguro ser. Conociendo a Cara, no creo que luego esté dispuesta a regresar obedientemente a su habitación.

En su breve período de gobierno como dueño de El Bastión del Espino, Dag Zoreth había transformado los aposentos del señor del castillo. Las habitaciones que en su día habían pertenecido a Hronulf, y que habían reflejado la vida austera del caballero, eran ahora símbolo del lujo y la comodidad. Un alegre fuego crepitaba en todo momento en la chimenea para mitigar el helor que se acumulaba en el interior de

aquellos muros de piedra, a pesar de que estaban en mitad del mes de Mirtul y que la temperatura exterior resultaba cálida para la época. Se había hecho traer mobiliario de lujo de Aguas Profundas, lámparas de cristales de vividos colores de Neverwinter y finas pieles de Luskan. Aunque las habitaciones no poseían la elegancia de la mansión que Osterim poseía cerca de Aguas Profundas, con el tiempo podría conseguirlo. De hecho, en la actualidad eran las mejores de cualquier puesto zhentarim, aunque en aquel preciso instante aquel pequeño éxito no le proporcionaba placer.

—Milord Zoreth.

Dag alzó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio, casi agradecido por la interrupción. Ashemmi estaba cumpliendo su amenaza y rápidos mensajeros le habían hecho llegar noticias de Fuerte Tenebroso. Sememmon, el mago que dirigía la fortaleza, y que a su vez estaba dominado por su oscura afición a la hechicera elfa, deseaba que Dag regresara a Fuerte Tenebroso llevando consigo a la niña. El control sobre El Bastión del Espino recaería en manos de otro. Durante horas, Dag había estado estrujándose el cerebro en busca de un sistema que le permitiese mantener el control sobre su liderazgo y su hija. Quizá tendría que iniciar otra conquista que decantara el asunto en su favor. Si conseguía probar que de ese modo se mejoraría el poder de los zhentarim, ni siquiera los encantos de Ashemmi podrían disuadir a Sememmon de aprobar, e incluso aplaudir, las ambiciones de Dag.

—¿Y bien? —preguntó al mensajero.

—El centinela de la torre norte indica que se acercan dos jinetes. Un hombre y una mujer.

Dag se puso de pie bruscamente.

—¿Es mi hermana?

—Podría ser. Los hombres que la vieron entrar en la fortaleza antes de nuestro ataque creen que es posible, aunque en aquel momento la vieron sólo de lejos.

Sólo había un modo de asegurarlo. Dag caminó hacia la puerta que conducía a la habitación contigua. Cara estaba sentada en su cama, con una expresión de desánimo en el rostro. Los juegos que le había proporcionado estaban cuidadosamente dispuestos en un arcón en el que, suponía, estarían también su ropa nueva y las baratijas que le había comprado. Ella prefería ponerse la ropa con la que había llegado: un vestido de seda rosa. Algún día tendría que encontrar el modo de persuadirla de que se lo quitara para permitir que se lo lavaran. En las manos de la niña había una pequeña muñeca de madera, toscamente tallada, y con un rostro tan plano y cuadrado que se parecía más a un enano que a un humano.

—Cara, tenemos visitantes. Como dama del castillo, tienes que salir a saludarlos.

Aquello pareció complacerla. Se levantó de inmediato y lo siguió por un tramo de escaleras que conducía al camino de ronda que bordeaba la muralla entera por la

parte interna. La altura no parecía molestarla en lo más mínimo; Dag ya había notado que era una niña intrépida, pero de todas formas hizo que le diera la mano y la sujetó con fuerza mientras se abrían paso rumbo a la puerta principal.

La chiquilla soltó un grito de entusiasmo.

—¿Es Bronwyn! ¿Ha venido de visita?

—Podrá quedarse, si lo deseas —respondió él, de corazón. Si podía encontrar el modo de conservarlas a las dos y de usar el poder que sólo ellas podían manejar, lo haría gustoso—. ¿Quién es el hombre que la acompaña?

Cara entrecerró los ojos e hizo un mohín con los labios.

—Ése es el hombre que me secuestró. Mató a mis padres adoptivos y me raptó.

Luego me persiguió en Aguas Profundas.

Así que, después de todo, sir Gareth había dicho la verdad. Un placer oscuro asaltó a Dag como una oleada al pensar en que iba a tener a aquel paladín en sus manos.

Aquel loco de mente estrecha probablemente esperaba poder salir de allí con vida o morir gloriosamente.

—Aquí no podrá herirte —le aseguró Dag—, pero no podemos estar seguros de que no vaya a herir a Bronwyn, a menos que los dejemos entrar. No tengas miedo.

Cara le dirigió una mirada de incredulidad.

—No tengo miedo. Estoy enfadada.

Él esbozó una sonrisa de aprobación y echó a andar. Siguieron caminando hasta que llegaron al parapeto desde el que se veía la puerta.

Su primera ojeada sobre su hermana lo afectó de un modo que no se lo esperaba.

Era hermosa y, aunque no la había visto durante más de veinte años, su rostro le resultaba familiar. Los recuerdos se agitaron en su mente, uno de aquellos recuerdos que se había quedado prendido en su memoria con una claridad total y terrible. Volvió a ver el rostro pálido de su madre y su mueca de determinación cuando se había lanzado en defensa de sus hijos. Aquella expresión se repetía ahora en los ojos de Bronwyn.

Pensó que podía utilizar aquello, en un esfuerzo por mantenerse distante. Si sentía tanto apego por Cara, estaría dispuesta a hacer lo que fuera por la niña. Su madre había muerto protegiendo a sus retoños. Ahora podría comprobar si la hija de Gwenidale había heredado también el corazón de su madre, aparte de su belleza.

Dag dio un paso al frente para que lo vieran los jinetes que esperaban en el exterior de la puerta.

—Decidme vuestro nombre y vuestro propósito.

Un dolor agudo, punzante e insistente como una puñalada, cruzó por las sienes de Algorind. Se protegió los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para observar el muro. En su mente no cabía duda de quién era el que hablaba. La maldad emergía

de aquel hombre en forma de oleadas. Algorind rogó en silencio que se le concediera fortaleza suficiente para protegerse de aquel poder maligno el tiempo suficiente para poder derrotarlo.

La mujer que tenía a su lado no pareció verse afectada por su presencia. De hecho, parecía encontrarse como en casa y una sonrisa le curvaba los labios.

—Pregunta a Cara quién soy yo —replicó.

Se sucedió un momento de silencio.

—Muy bien, hermana. Dices mucho con pocas palabras, pero has respondido sólo una de mis preguntas. ¿Qué buscas aquí?

Bronwyn dirigió una rápida mirada a Algorind y asintió. Aquélla era la señal que habían acordado. Desmontaron y caminaron juntos hasta la muralla. Gracias a Tyr, el dolor que le causaba la proximidad con la maldad no pareció intensificarse.

—Soy mercader —explicó Bronwyn—. He aprendido que no hay nada que no pueda ser comprado, si se puja lo bastante en el precio.

Algorind se quedó maravillado ante la calma que mostraba. Permanecía allí la mar de tranquila, con la cabeza ladeada y las manos apoyadas en las caderas. Uno habría dicho que el trueque por la vida de una niña no significaba nada para ella.

—¿Cuál es tu propuesta? —preguntó el sacerdote. Había en su voz un deje de ironía que resultó para Algorind más aterrador que la cólera descontrolada.

—Es muy simple. Quiero a Cara y, a cambio, te daré los tres anillos de Samular y el poderoso artefacto que controlan. Lo que tú elijas hacer con ellos es algo que no me preocupa.

Aquella traición golpeó a Algorind con más fuerza que un gélido puñetazo.

—¡No lo hagas! —protestó, completamente horrorizado ante aquella revelación de su verdadera naturaleza.

Bronwyn se volvió y le dedicó una breve y fría sonrisa.

Él echó mano de su espada, pero era demasiado tarde. La puerta maciza se abrió y una veintena de soldados zhénticos los rodearon. Algorind se vio empujado bruscamente hacia dentro, hacia el destino, fuera el que fuese, que aquella mujer traicionera tuviese en mente para él.

Dag se apresuró a bajar de la garita mientras Bronwyn y el paladín cautivo entraban en el patio de armas. Esbozó una sonrisa y se aproximó por fin para reclamar su patrimonio.

—Hola, Bron —saludó, pronunciando el casi olvidado apodo con una débil sonrisa.

—Bran. —Se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y una expresión en el rostro que le hacía parecer un lienzo arrasado por multitud de emociones que él era capaz de descifrar—. De repente, recuerdo... tantas cosas.

Lo mismo le sucedía a él. Bron y Bran, se llamaban el uno a otro. De una edad muy similar, aunque de carácter distinto, habían sido grandes amigos y acérrimos enemigos durante su infancia. Una sucesión de imágenes, fugaces y agridulces, lo asaltaron.

Ella dio un paso al frente y alargó una mano en un gesto improvisado. Él la cogió entre las suyas.

—Me has hecho una oferta, pero me gustaría que la reconsideraras. Puedes quedarte aquí, si lo deseas, con Cara y conmigo.

Sus grandes ojos marrones se concentraron en su rostro y se tornaron totalmente gélidos mientras retiraba la mano.

—¿Y vivir bajo el mismo techo que el asesino de mi padre? No, gracias. Dame a Cara, y me marcharé.

Él no permitió que su respuesta le escociera.

—Todavía no. Queda ese asunto de los anillos y el artefacto —le recordó, antes de chasquear la lengua—. Sigues siendo la misma Bron. Sigues escondiendo todos los juguetes. —Dag comprendía el encanto indudable de la memoria y blandía en aquel momento, como si fuera una espada, su conocimiento de que una vez había sido la persona que Bronwyn adoraba por encima de todas las cosas.

Ella sacudió la cabeza, dispuesta a no sucumbir.

—Quiero ver a Cara —exigió Bronwyn sin ceder.

Él alzó una ceja.

—¿No la has oído? Está en la garita, bajo la custodia de curtidos soldados que en este preciso instante desearían estar patrullando el estero de los Hombres Muertos.

Bronwyn inclinó la cabeza y sonrió con vehemencia cuando alcanzó a oír el ruido de los forcejeos de Cara.

Dag se volvió hacia el guardia que tenía junto a él.

—Hacedla bajar.

Se transmitió el mensaje, y Cara salió por la puerta de la garita como si fuese un diminuto pájaro pardo. Se lanzó en brazos de Bronwyn con un grito de alegría.

—¡Mi padre me ha dicho que has venido de visita! Dice que quizá te quedes.

Bronwyn miró a Dag por encima de la cabeza de Cara y sus ojos se quedaron prendidos.

—Ha habido un cambio de planes, Cara. Te vienes conmigo. Dale a tu padre el anillo.

Sin titubear, la chiquilla se quitó el aro y se lo tendió a Dag. Aquello no sólo lo dejó preocupado, sino que le dolió. ¿Acaso no había sabido transmitirle la importancia de conservar aquel anillo y el poder que le concedía su patrimonio? ¿Tan poco valor le daba a ello... o a él mismo?

Dag apartó de su mente aquellos pensamientos y se volvió hacia Bronwyn.

—El artefacto —dijo, con una voz que sonó a sus oídos más fría de lo que pretendía.

Bronwyn dejó a Cara en el suelo y se descolgó del hombro la bolsa. De ella extrajo un objeto diminuto, cuidadosamente envuelto en una manta de viaje. Dag observó, impaciente, cómo le quitaba la envoltura, conteniendo la respiración y sin apenas atreverse a imaginar qué cosa podía ser aquel objeto.

Ella le tendió un diminuto objeto de madera. Confuso, lo cogió. Era una torre de asedio en miniatura, una ingeniosa obra de arte, sin duda, pero un juguete al fin y al cabo.

Alzó la vista, encolerizado, para mirarla.

—¿Qué es esto?

—Precisamente lo que parece —repuso ella con brusquedad—. Mira en la plataforma. Hay tres pequeñas hendiduras. Cuando un descendiente de Samular desliza los anillos en esas ranuras, la torre adopta un tamaño gigantesco.

Dag contempló la torre con renovado interés. ¡Aquello era lo que necesitaba, exactamente lo que necesitaba! Con ella, podría hacer una rápida incursión y conseguir otra fortaleza para los zhentarim. Es decir, si funcionaba como Bronwyn decía.

Le devolvió la torre.

—Enséñamelo.

Ella parecía vacilar.

—Será mejor que esperes a mañana y saques la torre a terreno abierto. He visto cómo crece y no cabría en este patio.

Aquello lo ponía Dag en duda. A juzgar por la profundidad y el ancho de la base de aquel juguete, en relación con su altura, podría acomodarse en aquel patio sin mayores dificultades.

—¿Cuán alta se hace?

—Tanto como sea necesario —repuso ella, reticente—. La torre parece percibir las necesidades y las intenciones de la persona que la maneja. Creo que se adapta a la

muralla que se pretende conquistar.

—Bien, entonces, no hay problema, ¿verdad? Los muros de El Bastión del Espino tendrían que ser de treinta metros de altura para que no nos cupiese aquí.

Ella se mordió la lengua para intentar ocultar su consternación, pero Dag tomó buena cuenta de ella.

—Como desees. —Le tendió dos anillos idénticos al que tenía en la mano.

«Demasiado fácil», pensó Dag, y sacudió la cabeza.

—Hazlo tú.

Bronwyn respiró profundamente y cerró el puño, envolviendo con la mano los tres anillos.

—Mantente apartada, Cara —advirtió a la chiquilla—. Quiero que te vayas al muro más alejado, junto a la torre. Por seguridad.

Para sorpresa de Dag, la niña no ofreció resistencia. Aunque se quedó observando desde una cierta distancia, no había en sus ojos su habitual expresión de curiosidad. De hecho, su expresión era inusualmente impasible.

—¡No hagáis eso! —exclamó el paladín, forcejeando contra los hombres que lo mantenían sujeto—. Es mejor morir que conceder semejante poder a una persona malvada.

Dag Zoreth levantó una ceja y observó de reojo a Bronwyn.

—Éste va en serio, ¿verdad?

—No te lo puedes ni imaginar —respondió ella con los dientes apretados.

Lanzó una mirada encolerizada al paladín y colocó la diminuta torre de asedio en el suelo. Deslizó los tres anillos en posición, uno a uno, y luego se puso de pie de un brinco y corrió hacia Cara.

Instintivamente, Dag salió corriendo tras ella. A sus espaldas, oyó el roce de un objeto pesado sobre el suelo enfangado y los crujidos de la madera al expandirse. Echó una ojeada a sus espaldas y luego reanudó la carrera. El tamaño de la torre, y la velocidad con la que crecía, era sorprendente. ¡Estimulante!

En cuestión de segundos, la torre había alcanzado toda su altura y se quedó allí en mitad del patio como si fuera un faro resplandeciente que mostrara a Dag el camino para alcanzar el futuro que anhelaba.

De repente, el silencio se vio roto por el crujido de madera hecha pedazos. Una puerta lateral de la torre contigua salió volando por los aires y saltaron astillas de la destrozada cerradura.

Una feroz enana de barba rojiza apareció a la carrera. Tenía el cabello ensortijado en tirabuzones rojos que, al correr, se agitaban por detrás de la cabeza y le conferían la apariencia de una medusa vengativa. Aunque petrificado por la sorpresa, Dag recordaba el rostro de aquella enana. Su asalto a los túneles había interrumpido el festín de su boda y había dejado al enano recién convertido en su esposo, muerto con

profusión de heridas. Mientras contemplaba cómo se aproximaba aquella hembra furiosa, a Dag se le ocurrió pensar que tal vez había hecho un favor a aquel enano asesinado.

Luego, desapareció la conmoción inicial y en su lugar apareció la cólera. Una retahíla de sensaciones fluyó por su mente confusa. El retumbo de cincuenta pares de botas enanas, los gruñidos y los gritos de aquellos vengativos asaltantes, el sonido de las hachas golpeando contra las espadas, el olor de la sangre y los cuerpos de cuyo interior empezaba a adueñarse la muerte, y el sabor brillante y cobrizo del miedo.

Dag dio media vuelta y desenvainó una espada de la funda del soldado que tenía más cerca. Sin prestar atención a la batalla que se sucedía a su alrededor, buscó con la mirada el regalo que su hermana acababa de darle.

No le fue difícil localizar al paladín. Su cabello brillante captó la débil luz del sol que se ponía por el horizonte mientras entonaba con voz fuerte y joven de barítono un himno dedicado a Tyr. Dag apretó los dientes. Conocía aquel himno y habría podido entonarlo junto a Algorind si hubiese querido.

Pero eligió que cortaría de cuajo la canción en la garganta de aquel hombre.

Nunca en toda su vida había visto Algorind una transformación semejante en un rostro mortal. Cuando el sacerdote de Cyric puso la vista en su persona, la vida, la calidez y la propia humanidad parecieron desaparecer de su rostro.

Dag Zoreth levantó una espada y se llevó el filo lentamente a la frente a modo de saludo, con la mirada clavada en los ojos de Algorind. Cuando la alzó, la hoja plateada se oscureció y empezó a brillar. En los extremos empezaron a danzar llamaradas de fuego púrpura que provocaban sombras misteriosas sobre las afiladas facciones y los contornos del rostro del seguidor de Cyric.

—Prometiste luchar contra la maldad, muchacho. —La voz de Dag Zoreth no se asemejaba a la de los hombres mortales sino que parecía un coro de seres enojados hablando al unísono. La voz se impuso con facilidad por encima del fragor de la batalla y se cernió sobre Algorind como si fuese una mano invisible que lo atenazaba.

La fuerza de tanta maldad y tanto odio hicieron palidecer al paladín, pero levantó su espada e, imitando el saludo de Dag Zoreth, corrió para contrarrestar el ataque del sacerdote.

Una llamarada negra y violeta salió proyectada hacia adelante. Algorind la interceptó con su espada y saltaron chispas. Avanzó con la vista fija en aquel rostro inhumanamente diabólico, blandiendo la espada arriba y abajo para topar con la espada del sacerdote y mantenerlo a la defensiva. Tenía pocas opciones. Aquel fuego impuro confería una velocidad y una fortaleza increíbles a la espada del seguidor de Cyric, cosa que compensaba con creces su diferencia en cuanto a estatura y entrenamiento.

Algorind se había enfrentado con anterioridad a contrincantes más habilidosos, pero nunca se había topado con uno tan peligroso.

Aquella victoria, si le era concedida, sería un éxito de Tyr, no suyo.

Bronwyn cubrió los ojos de Cara para que no viera el resplandor del fuego púrpura y la terrible furia que emergía del duelo que tenía lugar a pocos metros de distancia, y, lo más terrible de todo, la maldad encarnada en el rostro de Dag Zoreth.

Cogió a Cara en brazos y empezó a levantarse.

—Tendremos que irnos —susurró.

La chiquilla se deshizo de su abrazo.

—No lo abandonaré —insistió—. ¡No puedo! Es mi derecho ver lo que sucede.

Bronwyn recordó su propia desesperación durante el asedio a El Bastión del Espino y supo que no podía negarle aquello a la niña. Tampoco habrían podido irse porque estaban de espaldas al muro más alejado de la puerta y el duelo les obstaculizaba el paso.

Una voz diáfana, de barítono, empezó a imponerse por encima del fragor de la batalla, suavemente al principio pero ganando en intensidad y poder. Aunque Bronwyn no podía ver el rostro del paladín, estaba convencida de que luciría su expresión habitual de fe absoluta y tenía motivos para saber que Algorind no era un contrincante que pudiera desestimarse con facilidad. El joven paladín cantaba mientras luchaba, invocando su lucha a Tyr con la fe inquebrantable de que la maldad no podía prevalecer.

Lentamente, la luz que iluminaba la espada de Dag Zoreth empezó a desvanecerse, primero casi imperceptiblemente. El fuego de Cyric flaqueaba ante el poder de Tyr. La luz púrpura empezó a parpadear y, luego, se esfumó. En cuestión de segundos, el sacerdote se encontró sosteniendo una simple espada.

Con tres hábiles movimientos, Algorind desarmó a Dag Zoreth. Una acometida más hizo que se desplomara al suelo. Cara soltó un grito al ver caer a su padre con la vestimenta ya negra de su dios empapada de sangre.

—¡Lo está matando! ¡No dejes que mate a mi padre!

Bronwyn reaccionó al ver el dolor que destilaba la voz de la muchacha. Saltó hacia adelante y se abalanzó sobre la espalda del paladín. Con una mano le agarró la cabellera de rizos rubios mientras con la otra extraía con un diestro movimiento su cuchillo y apoyaba el filo en su garganta.

Por un momento, la Arpista se sintió tentada de hundir el cuchillo profunda y rápidamente. Podía acabar con todo aquello, y podía hacerlo ahora, pero en su interior la herencia de su padre le impedía cometer un acto tan poco honorable. Había pillado al paladín desprevenido, cuando todo su ser estaba dedicado a entonar el himno y su alma consagrada a vencer sobre la maldad. A pesar de todo lo que

Algorind había hecho, no deseaba matarlo. Pero tampoco iba a permitir que matara al padre de Cara ante los ojos de la niña.

—Bran —gritó, llamando a su hermano por su nombre antiguo—. ¿Cuán herido estás? ¿Puedes ponerte de pie? ¿Me oyes?

El sacerdote se movió, esbozó una mueca y se sujetó con una mano el costado.

Susurró las palabras de un hechizo curativo y eso pareció retornar cierto color a su pálido rostro. Utilizando su espada a modo de bastón, luchó por ponerse de pie. Su mirada se centró en Bronwyn y en su prisionero, y una malévola sonrisa le curvó los labios.

—Bien hecho, Bron. Aguántalo y acabaré con esto.

—No.

Dag parecía confuso, y bastante enojado.

—¿No?

—Si lo suelto, te matará. Si intentas matarlo, lo soltaré. Tienes que irte. Ahora mismo.

La certidumbre alcanzó el rostro de Dag.

—Así que éste es tu juego. Cometes un error, un error que puede resultar fatal —aseguró en un tono de voz controlado y frío—. ¿Por qué me dejas marchar? ¿Por qué te molestas en salvarme la vida cuando sabes que algún día quizá tengas que lamentarlo?

—Me arriesgaré. —Alzó el filo del cuchillo un ápice en la garganta de Algorind, lo justo para que resultara una amenaza—. Vete.

—Muy bien. —Barrió con la mirada la fortaleza para contemplar por última vez lo que había perdido, y luego se volvió hacia la chiquilla—. Ven, Cara.

Bronwyn cerró los ojos con fuerza, intentando mitigar el súbito y lacerante dolor que sentía, mientras se repetía que aquello era lo que la niña deseaba. Perteneecía a su familia, a su padre.

—No —rehusó la niña, con total claridad y firmeza.

Dag Zoreth la contempló, atónito.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero quedarme con Bronwyn.

—¡Yo quiero que estés conmigo!

La sonrisa de la niña era triste y parecía muy madura para su corta edad.

—Sí, padre, siempre me dices lo mismo.

El silencio se cernió sobre ellos y en él pudo oír Bronwyn el sonido de todas las promesas rotas con la misma claridad como repicaba en sus oídos el fragor de la batalla.

Dag parecía derrotado, pero consiguió esbozar una sonrisa breve y compungida.

—Es un final extraño, sin duda —comentó con voz estrangulada—. Después de

todo lo sucedido, descubro que me parezco más a Hronulf de lo que jamás habría creído posible.

—Eso nunca —intervino Algorind, arriesgando la emisión de su propia voz para constatar lo que él consideraba cierto.

El sacerdote le lanzó una mirada de odio puro.

—Tú no sabes nada. Conozco a los que son como tú, tenéis la mente vacía de nada más que no sea Tyr. Por eso, supongo que para ti será fácil recordar lo que te voy a decir: te encontraré y te mataré, de la forma más dolorosa que pueda imaginar.

Dag Zoreth respiró hondo e inició las palabras de un hechizo. Alzó la mano pero antes de acabar el gesto, miró a su hija.

—Adiós, Cara. Nos veremos pronto. —Luego, buscó a Bronwyn, y esta vez su mirada se endureció—. Y nosotros también.

Acto seguido, había desaparecido, dejando tras de sí un pequeño remolino de humo púrpura.

Bronwyn captó la mirada de Cara, inclinó la cabeza hacia los enanos que seguían luchando, y pronunció en voz baja la palabra: «¡Corre!».

Luego, apartó el cuchillo de la garganta de Algorind y dio un paso atrás. Sin soltarle la melena, dio un puntapié con todas sus fuerzas en la parte de atrás de sus rodillas, a la vez que tiraba con fuerza hacia atrás. Las piernas del paladín se doblaron y aterrizó dolorosamente de espaldas en el suelo. Bronwyn resistió el impulso de patearle mientras todavía seguía en el suelo y salió corriendo en pos de Cara.

Un pequeño grupo de enanos que se había quedado sin contrincantes parecía estar peleándose entre sí. Cara corrió directa hacia ellos.

—Buena chica —la alabó Bronwyn cuando llegó a su lado.

Los enanos vieron cómo se aproximaba Cara y se separaron para dejarla pasar, primero a ella y luego a Bronwyn. Al mirar atrás, Bronwyn vio que habían cerrado filas para formar un muro de resolución enana en contra del paladín.

Pero una vez más, Algorind perseguía fervientemente cumplir su misión.

—Detenedlo —gruñó Bronwyn.

Levantó a Cara y se la cargó al hombro. Ante ellas había una puerta abierta. La capilla. Bronwyn recordó la escalera que se iniciaba en la parte de atrás de la capilla y que conducía a las torres. Se precipitó en el interior.

La visión la hizo detenerse en seco. Colgada sobre el altar había una enorme calavera negra detrás de la cual ardía un sol púrpura y escabroso. La malevolencia parecía emanar de aquella manifestación y posarse sobre ella como si fuera una oleada de odio y maldad más debilitadora que el tacto del cadáver no viviente.

Algorind se precipitó en el interior en su persecución, sin prestar atención al enano que pendía, tozudo, de una de sus piernas. Se detuvo, como había hecho Bronwyn, y alzó los ojos para ver aquel fuego impío. No había, sin embargo, temor

en su rostro, y sus ojos transmitían una tranquila certeza. Por un instante, Bronwyn envidió la sencilla belleza de su fe.

Una vez más, él empezó a cantar el mismo cántico que había desterrado el fuego púrpura de la espada de Dag Zoreth. Era tanto el poder de su plegaria que el enano, que a aquellas alturas había abandonado ya su presa e intentaba repetidamente golpear al paladín con un martillo de guerra, ni siquiera podía acercarse a él. Al cabo de varios instantes de intentarlo, el enano se encogió de hombros y partió en busca de un contrincante que al menos pudiese golpear.

La manifestación de Cyric era más difícil de derrotar que el encantamiento de la espada y resistía las plegarias de Algorind con espantosos chisporroteos y siseos. Los rayos del sol parecían danzar al ritmo de su cólera.

Bronwyn no se quedó a presenciar el resultado. Puso a Cara en el suelo y le cogió la mano. Luego, empezaron a bordear la capilla manteniéndose pegadas a la pared y lo más lejos que les era posible de aquel fuego espantoso y diabólico que brillaba en mitad de la estancia. En una ocasión, una ráfaga de chispas púrpura salió disparada hacia ella y la falda del vestido de Cara empezó a humear. Bronwyn se arrodilló y apagó las diminutas llamaradas con las manos. Por fortuna, la niña no se había quemado, sólo quedaron pequeños agujeros con los bordes requemados en la tela de seda rosada.

Para su sorpresa, aquella pérdida hizo que los labios de la chiquilla temblaran. Era increíble, después de lo que Cara había tenido que soportar...

—Te compraré otro —le aseguró Bronwyn mientras la empujaba para que echase a correr.

El fuego se estaba ahora apagando y Algorind no tardaría en salir de nuevo en su persecución. Se precipitaron hacia el tramo de escaleras que conducía al pasadizo que circundaba el interior de la muralla. El camino estaba despejado porque los zhentarim habían bajado al patio para enfrentarse a los invasores enanos.

Corrieron hacia la torre de la puerta principal con la esperanza de alcanzar los caballos. Los enanos habían cerrado la puerta y la habían barrado, así que sólo quedaban los dos caballos en el exterior de la puerta. Si conseguían llegar a ellos, podrían librarse del paladín.

Pero de repente se oyeron unas fuertes zancadas y una mano se apoyó con pesadez en el hombro de Bronwyn. La mujer echó el codo hacia atrás para golpear con fuerza antes de dar media vuelta. Luego, cerró el puño y dirigió el puñetazo a sus ojos.

El paladín era rápido de reflejos y consiguió esquivar el ataque. La mano de la mujer fue a topar contra la sien del joven y en ese momento decidió cambiar de táctica: extendió los dedos como si fuesen garras y le arañó toda la mejilla.

Algorind no esperaba un ataque semejante y, por un instante, retrocedió. Bronwyn

miró frenéticamente a su alrededor en busca de una vía de escape.

La única posibilidad era ir hacia abajo. Los tejados de los edificios de la parte interior del patio eran de paja y las pendientes, pronunciadas. Era lo mejor que podía hacer.

—Salta —le ordenó a Cara, y acto seguido se precipitó sobre el tejado que tenía más cerca, sin dudar que la chiquilla la seguiría.

Se deslizaron de espaldas por los aleros hasta aterrizar en el patio. Bronwyn echó a correr en dirección a la escalera que llevaba a la garita, tirando tras de sí a Cara. Echó un vistazo a sus espaldas y se quedó petrificada.

Un joven enano se había plantado en mitad del camino de Algorind, con el hacha levantada y una expresión de determinación en el rostro. El paladín ni siquiera aminoró el paso. Derribó al muchacho enano con un golpe rápido y terrible y siguió avanzando.

Bronwyn cerró con fuerza los ojos para combatir la oleada de dolor e indecisión que la embargaba. No podía dejar allí a aquellos enanos para que combatieran contra aquel hombre. Tenía demasiada destreza y demasiada resolución. Los enanos eran igualmente tozudos y no darían su brazo a torcer hasta que Algorind hubiese muerto.

Le asaltó una súbita inspiración: cambió de dirección y corrió en zigzag a través del patio rumbo a la torre de asedio. Por el camino, le dio una palmada a Ebenezer en la cabeza. Éste desvió la vista hacia ella, lo cual le costó recibir un golpe sordo del bastón de su contrincante.

—¡Atranca la puerta detrás! —le gritó ella, y luego arrastró a Cara a través de la puerta abierta de El Veneno de Fenris.

Bronwyn echó un vistazo al interior de la torre de asedio; era amplio y estaba equipado con multitud de armas: pilas de lanzas, espadas, barriles llenos de flechas.

Ninguna de ellas, al menos en sus manos, bastarían para detener al tozudo paladín que perseguía cumplir con su misión.

Alzó la vista y vio que el interior era un laberinto de andamios que conducían a una segunda planta y más allá. Levantó a Cara para situarla sobre una caja.

—¿Sabes trepar?

—Como las ardillas —respondió la niña con voz sombría y, enseguida, se levantó la destrozada falda y se dispuso a demostrarlo.

Bronwyn empezó a trepar tras ella, empujándose de una viga a otra. Supo, con absoluta certeza, el momento exacto en el que dejaron de estar solas en la torre.

—Más rápido —urgió a la pequeña—. Todavía nos persigue.

La chiquilla siguió trepando con una agilidad que Bronwyn sólo podía seguir a fuerza de voluntad. Algorind iba tras ellas, acortando poco a poco distancias.

Pero estaban a punto de llegar a la cima. Casi a punto. Bronwyn apoyó el hombro contra la escotilla y empujó.

Nada.

Volvió a intentarlo, presionando con tanta fuerza contra la trampa que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Está cerrada —musitó, desesperada.

Pero Cara no la estaba escuchando. Tenía la vista fija en la puerta de madera que había en la parte opuesta de los goznes. La madera empezó a humear y de repente irrumpió en llamas.

—Inténtalo otra vez —le propuso, con la voz muy baja por el esfuerzo que le suponía invocar aquel hechizo.

Sin embargo, Bronwyn no podía acercarse lo bastante sin correr el riesgo de quemarse. Se echó un poco hacia atrás y se sujetó con fuerza en uno de los travesaños.

Luego, dejó caer el peso de su cuerpo y empezó a balancearse en el aire por encima del paladín, que avanzaba con rapidez. Tras reunir toda su fortaleza, alzó ambos pies por encima de la cabeza y golpeó con las plantas la puerta ardiendo.

La escotilla saltó por los aires. De inmediato, Cara deshizo el hechizo y las llamaradas desaparecieron. Bronwyn volvió a situarse junto a la abertura y empujó a la niña hacia la plataforma, antes de colarse ella misma por el hueco.

Volvió a cerrar la destrozada puerta y buscó con la mirada algo con qué sujetarla.

Cara intentó levantar un proyectil de ballesta, pero se tambaleó por el peso. Juntas, consiguieron colocarlo entre el pestillo de hierro.

La puerta rebotó arriba y abajo cuando el paladín intentó empujarla. Bronwyn dudaba que los tableros chamuscados resistieran demasiado. Recuperó los tres anillos de las hendiduras y los colocó en la palma de su mano.

—¡Vamos! —exclamó, y salió disparada por la rampa a la carrera.

La torre empezó a encogerse bruscamente y parecía que el suelo se aproximaba con rapidez hacia ellas para recibirlas. Los travesaños que componían la rampa se iban comprimiendo, cada vez más cerca unos de los otros. Bronwyn juzgó mal la distancia y se pilló un pie en una de las barras.

Cayó precipitadamente hacia adelante y empezó a rodar por la rampa de forma incontrolada. La caída fue compasivamente breve, pero el aterrizaje, no tanto. Bronwyn se precipitó al suelo, rodó sobre sí misma y acabó deteniéndose con un ruido metálico.

Cuando se aclaró su vista, se encontró mirando los ojos fijos e inertes de un soldado zhentarim asesinado. La coraza que le cubría el pecho había quedado profundamente mellada por el impacto de un hacha enana.

Bronwyn se estremeció y se echó hacia atrás. Unas manos fuertes la sujetaron y, tras ponerla de pie, la sostuvieron hasta que el mundo dejó de dar vueltas.

Posó la vista en el risueño rostro de Ebenezer.

—Buena idea —la felicitó, haciendo un gesto hacia la diminuta torre de asedio que había en mitad del patio—. Aunque no me da mucha envidia ese humano que ha quedado ahí encerrado. Hace que los viajes mágicos sean como un masaje de pies, te lo aseguro.

La mujer alargó una mano para dar un afectuoso bofetón al enano, pero cambió de parecer y cayó en sus brazos. El enano la envolvió entre los suyos y, tras darle un suave abrazo, la soltó.

Ebenezer se aclaró la garganta y dio un paso atrás para concentrar su atención en lo que estaba sucediendo en la fortaleza.

Cara corrió a reunirse con ellos, con El Veneno de Fenris en las manos. Había desgarrado un pedazo de su vestido para envolver la torre y mantener el pestillo en su lugar.

El enano hizo un gesto de asentimiento hacia la torre.

—¿Qué pensáis hacer con él ahora que lo tenéis encerrado y envuelto para regalo?

Bronwyn no había pensado todavía en ello, pero se le ocurrió la respuesta.

—Voy a devolver la torre a Khelben Arunsun. En secreto. Estará segura en la torre de Báculo Oscuro, sobre todo si nadie sabe que está allí.

—¿Crees que puedes confiar en él?

—En este asunto, sí. Khelben Arunsun será lo que sea, pero no es un belicista ansioso por conquistar territorios. Y, además, no mira con buenos ojos a los que sí lo son. Mantendrá la torre a buen recaudo.

—Bien, entonces, estupendo. —El enano observó con melancolía la torre de asedio—. Antes de que lo hagas, déjame que le dé una buena sacudida o, al menos, deja que lo lance desde un lugar alto.

Bronwyn esbozó una sonrisa, pues sentía que compartía los mismos sentimientos que el enano.

—Algorind ha sido derrotado. Ahora no puedo matarlo.

Ebenezer soltó un suspiro.

—Supongo que no. Deja que el hechicero se encargue de él.

—Khelben será la última de las preocupaciones de Algorind —aseguró Bronwyn con total certidumbre. Recordó la mirada del paladín mientras hablaba del precio del fracaso. En ese aspecto, no podía hacer nada. Él había elegido la vida que llevaba y tendría que pagar por sus propias elecciones.

Tarlamera se acercó a ellos y, por primera vez desde que la conociera, Bronwyn observó que parecía casi feliz.

—Este lugar es bonito. ¿Piensas devolvérselo a los paladines?

La respuesta que acudió a la mente de Bronwyn la sorprendió, pero se dio cuenta de que era la más acertada.

—No, voy a conservar la fortaleza. El Bastión del Espino no pertenece a la orden. Legalmente, es propiedad de mi familia. Es para Cara y para mí.

—Es importante tener un buen hogar —admitió Tarlamera—, pero ¿cómo vas a conservarla?

La mujer se volvió a observar a la barbuda enana.

—Pensé que tal vez os interesaría. Se tendrán que despejar los túneles y protegerlos. Vosotros podrías utilizar la fortaleza como base hasta que hayáis acondicionado los túneles. E, incluso entonces, podéis quedaros en los dos sitios. Éste es un buen lugar para comerciar —añadió—. Estoy segura de que los enanos de Mirabar y de más al norte estarán encantados de acudir a un lugar para comerciar en el exterior de la ciudad.

—Después de haber estado en la ciudad, no veo motivos para regresar.

—Estoy segura de que hay otros que piensan como tú. Piensa en cómo una buena fortaleza, y un comercio floreciente, pueden ayudarte a reconstruir tu clan.

—Los enanos no viven en fortalezas —bufó Tarlamera, pero parecía más que intrigada. Frunció el entrecejo antes de empezar a alejarse—. Pensaré en ello —concluyó, volviendo la cabeza.

—Lo hará —tradujo Ebenezer— y te agradece el ofrecimiento.

Bronwyn se echó a reír, encantada por el repentino afecto que denotaba la voz de su amigo. El enano había recuperado a su familia y, ahora que ella misma tenía una familia propia, porque no se podía negar que ella y Cara constituían una familia, había llegado a conocer el valor que eso suponía.

—Ah —comentó, burlona—. Así que eso es lo que dijo. Jamás lo habría adivinado, pero los asuntos de familia son complicados.

—Eso es cierto. —El enano estiró el cuello y miró hacia el cielo, que se iba oscureciendo. Empezaban a despuntar algunas estrellas y el único sonido que llegaba del otro lado de la muralla era el murmullo distante del mar—. Se está haciendo tarde.

Será mejor que descanse un poco si quiero partir mañana por la mañana.

Ella se quedó mirándola, confusa.

—¿No te vas a quedar?

—Nunca lo hago. Pero no por mucho tiempo. Ahora que he recuperado el control del clan y procurado por mis congéneres, tengo que airearme un poco. Es parecido a lo que te sucede a ti, aunque me gustaría quedarme una temporada más contigo, ahora que he visto cómo vives por esos mundos y te llenas la vida de problemas para mantenerla interesante. Quizá consiga uno de esos broches de Arpista, ahora que he practicado el hábito de entrometerme en todo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Bronwyn.

—Hablando de problemas, sabes que todavía tengo el anillo.

—Así debe ser.

Epílogo

29 de Mirtul, 1368 DV

Khelben Arunsun apenas sentía temor por ninguna cosa, pero habría dado gustoso un centenar de años de su vida por no tener que acudir a la llamada procedente del palacio de Piergeiron. Se sentía en cierto modo más confiado por la presencia de su sobrino, pues el chico parecía comprender mucho más de lo que le decían. Khelben confiaba e incluso se atrevía a rezar para que el joven al que adoraba como si fuera su hijo no llegara a conocerlo más de lo que ahora lo conocía.

No sin dificultad, se concentró en la conversación que tenía lugar en el estudio de Piergeiron.

—Los Caballeros de Samular han mandado en El Bastión del Espino durante casi quinientos años —comentaba con entusiasmo el Primer Señor—. Se les necesita en ese lugar.

—Aprecio vuestros sentimientos en ese asunto —respondió Danilo con más diplomacia de la que habría sido capaz de expresar Khelben—, pero debemos ceñirnos a los hechos. La fortaleza pertenece a la familia Caradoon y Bronwyn ha decidido conservarla para transmitirla en herencia a su sobrina.

—Dos mujeres jóvenes no pueden mantener una fortaleza —señaló Piergeiron.

—Pero los enanos, sí. Hay quien podría decir que el clan Lanzadepiedra tiene derecho a ello. Pensad que han vivido debajo de esas montañas durante más siglos de los que los caballeros han vivido en la superficie.

Piergeiron suspiró.

—Habéis mostrado gran pasión en la defensa de esa mujer. Sí, es cierto que ella recuperó los anillos de Samular, pero considerad esto: ¡sólo uno de los tres anillos se encuentra en las manos apropiadas!

—Desperdigar los anillos en diferentes poderes puede resultar una sabia medida de precaución, aunque no se haya hecho intencionadamente —apuntó Khelben—. La posibilidad de que alguien pueda combinar el poder de los anillos para provocar una fuerza única de gran poder devastador disminuye considerablemente.

—No puedo estar de acuerdo con eso. Son objetos sagrados para Tyr. ¡Y, sin embargo, me han dicho que la niña mantiene lazos con su padre, que es de los zhentarim, y un sacerdote de Cyric!

—Sí, eso es cierto. Bronwyn devolvió uno de los anillos a los paladines de la orden y dejó otro en manos de los Arpistas. Está equilibrado, Piergeiron. Dejémoslo así.

El Primer Señor sacudió la cabeza con pesar.

—¿Cómo podría dejarlo? Verdaderamente, Khelben, ¿cómo puedes decir que los Arpistas son un punto de apoyo para el equilibrio cuando hay tanto tumulto entre las filas de Arpistas? Antes o después, se producirá una escisión y algún Arpista puede sentirse tentado a buscarse compromisos y apoyos donde los encuentre. Luego, está el asunto de Cara Doon. La muchacha debería regresar a la Orden para que pudiese recibir un buen entrenamiento y una buena guía.

—Con los debidos respetos, Cara fue devuelta a la Orden —intervino Danilo—, y acabó con los zhentarim en El Bastión del Espino.

Piergeiron pareció sentirse embarazado. Cogió un pergamino de la mesa y se lo tendió a Khelben.

—Esta carta puede arrojar cierta luz sobre ese desafortunado incidente.

El archimago desplegó el pergamino y examinó la adornada y antigua escritura.

Era una carta de sir Gareth Cormaeril. Tras los saludos habituales y las frases de agradecimiento por la hospitalidad recibida, el anciano caballero pasaba a informar de la perfidia de Algorind. Parecía que había cometido gran número de crímenes, entre ellos colaborar tanto con los zhentarim como con los Arpistas, a quienes había vendido una descendiente directa de Samular. Al final, había desertado de la Orden a la que había jurado fidelidad, pero no sin antes colaborar con Bronwyn y luchar a su lado, primero en Gladestone y luego en El Bastión del Espino.

—No puedo justificar todos los crímenes de los que ese joven ha sido acusado de cometer, pero al menos uno de sus pecados se describe aquí con más detalles de los que se merece —apuntó Khelben.

—Sir Gareth es un hombre prudente y cuidadoso con sus palabras —repuso Piergeiron, tozudo.

—¿Tú crees? A juzgar por sus «prudentes palabras», tu amigo parece creer que los Arpistas y los zhents son prácticamente lo mismo —comentó, secamente, Khelben.

—Perdóname, pero me inclino a pensar lo mismo que él —replicó el Primer Señor.

Un prolongado silencio siguió a las palabras del paladín. Al ver que era fútil discutir aquel asunto, Khelben hizo un gesto hacia su sobrino. Danilo colocó una diminuta caja en la mesa, junto a la bandeja con quesos y fruta, y levantó con cuidado la tapadera.

—Aquí hay una prueba de que Algorind no desertó de la orden. En cuanto a sus demás presuntos crímenes, dejemos que sea juzgado por ellos, cuando sea lo suficientemente grande para presentarse a juicio.

Danilo extrajo con cuidado de la caja una figura diminuta, un hombre del tamaño de su mano, y lo colocó en la mesa. El hombre se mantenía firme, pero su rostro mostraba más abatimiento del que Khelben habría creído posible en un rostro tan

diminuto.

El Primer Señor se acercó a la figura, la observó detenidamente y, de repente, se echó hacia atrás y soltó una bocanada de aire.

—¿Es Algorind! ¿Qué le ha sucedido?

—Me inclinaría a decir que lo adaptaron a su justa medida, pero sería poco correcto por mi parte —comentó Danilo—. Ocurrió durante la batalla de El Bastión del Espino. Se volvió contra Bronwyn e intentó apartar a Cara de ella por tercera vez.

Bronwyn lo redujo a este tamaño y lo confió a Khelben. Un noble gesto propio de la verdadera hija de un paladín.

Piergeiron no hizo comentario alguno a aquella afirmación. Se volvió hacia el archimago.

—¿Puedes devolverlo a su tamaño natural?

—No fue mi magia quien hizo esto —señaló Khelben, no sin cierta satisfacción—. Es una magia antigua, sagrada para los Caballeros de Samular. ¿Sería justo negárselo?

—Está recobrando con rapidez su tamaño —comentó Danilo amablemente—.

Tras unos pocos ciclos lunares, recobrará su medida normal. Pero esto me temo que se quedará tal como lo veis.

Cogió del cuello de su camisa lo que parecía un reluciente broche de plata. En verdad era la espada de un paladín, la de Algorind, convertida en una miniatura perfecta. Danilo pinchó un pedazo de queso con ella y la dejó vuelta hacia arriba sobre la bandeja. Una oleada de desolación asoló el diminuto rostro del paladín al contemplar aquella indignidad.

—Debería ser retornado a sus hermanos, pero en semejante estado...

—Será mejor que lo hagáis —corroboró Danilo—. Con los debidos respetos, señor, tengo poco interés en criar a un paladín, y no tengo destreza para semejantes menesteres.

El Primer Señor suspiró.

—Así lo haremos.

—En cuanto a Bronwyn... —empezó Danilo.

Piergeiron lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Accederé a olvidarme del asunto de El Bastión del Espino, pero debes tener en cuenta, Khelben, que la Sagrada Orden de los Caballeros de Samular, y muchas de sus hermandades de paladines, tiene motivos para desconfiar de los Arpistas.

Otro silencio siguió a la afirmación de Piergeiron. Durante ese lapso, Khelben oyó cómo se pasaba página en el libro de costumbres de los Arpistas. Era un libro muy largo, en efecto, y sus páginas habían sido escritas durante muchos años; en ocasiones acababa, o se interrumpía, y luego volvía a renacer. Pero, a fin de cuentas, ¿no era siempre así la historia? La ironía de aquel pensamiento le hizo brotar una

fugaz sonrisa en los labios.

—No pretendo que consideres esto un insulto personal —comentó Piergeiron en tono serio, mal interpretando la sonrisa resignada del archimago—. Hemos sido amigos durante muchos años. Nadie, y yo menos que nadie, puede dudar de la devoción que sientes por nuestra ciudad o desestimar todas las cosas buenas que has llevado a cabo, muchas de las cuales has podido cumplirlas a través de las actividades de los Arpistas que tú has dirigido. Eso no puedo negarlo.

—¿Pero?

Piergeiron mantuvo la vista fija en el rostro del archimago.

—Todavía confío en ti, Khelben, pero me temo que los hombres de buena voluntad ya no pueden depositar su confianza en tus Arpistas.